

LOS MÉDICOS DE HITLER

El episodio más siniestro de la Historia de la Medicina: la complicidad de los médicos del Tercer Reich en los crímenes nazis

Manuel Moro

Los crímenes médicos del Tercer Reich y su política de creación de una superraza aria que provocó eliminaciones en masa en campos de exterminio, delirantes ensayos clínicos y atroces experimentos médicos. Una novedosa visión del nazismo como “biología aplicada” que analiza de forma detallada las circunstancias que concurrieron para que un importante sector de la medicina alemana jugara un papel crucial en la política de exterminio del régimen. *Los médicos de Hitler* analiza de forma detallada y rigurosa cómo el programa de eliminación de niños discapacitados y enfermos mentales, ideado, coordinado y ejecutado por médicos desembocó en el asesinato en masa de los campos de exterminio y en los atroces experimentos médicos llevados a cabo por profesionales de renombre. Un exhaustivo análisis del papel crucial desempeñado por gran parte del colectivo médico en su política de exterminio y de creación de una superraza aria. Un recorrido por todos los aspectos de la biopolítica de exterminio de Hitler, desde los comienzos del movimiento eugenésico en Alemania, la publicación de *Mein Kampf*, los programas de esterilización forzada, el *Aktion 4*, las inoculaciones de malaria, los experimentos con gas mostaza… hasta los procesos judiciales que frenaron este tipo de prácticas.

Lectulandia

Manuel Moros Peña

Los médicos de Hitler

Historia incógnita - 054

ePub r1.0
Titivillus 01.09.17

Título original: *Los médicos de Hitler*
Manuel Moros Peña, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Este libro está dedicado a la memoria de don Benjamín Peña Hedo (1911-1988),
combatiente republicano, mi abuelo y mi maestro. Un hombre que perdió una guerra,
pero nunca la dignidad.

El nacionalsocialismo no es sino biología aplicada.

Rudolf Hess (1894-1987), lugarteniente de Hitler, durante una reunión del partido nazi celebrada en 1934.

Todo lo que pensaba hasta ahora que era el dictado supremo de la medicina (cuidar a los enfermos sin reparar en razas, tratar igual a cualquier paciente sin diferencias de religión o sexo, ayudar a todos y aliviar sus sufrimientos) no se considera apropiado en opinión del nacionalsocialismo. Es lo contrario. Ellos desean hacer una guerra total contra los inferiores de todo tipo, especialmente enfermos sin esperanza, y deshacerse de ellos. […] Los enfermos que no tienen posibilidades están predestinados a la eliminación, y justamente el médico es el encargado de la tarea. ¡El médico se convertirá en asesino!

Julius Mozes (1868-1942), médico progresista judío muerto en el campo de concentración de Theresienstadt (Checoslovaquia), en un artículo publicado en febrero de 1932 en el periódico *Der Kassernarzt*.

Consideraré como verdaderos traidores a la patria a cuantos desde hoy se opongan a las experiencias con seres humanos, prefiriendo así que mueran los valientes soldados alemanes en vez de salvarse utilizando los resultados de estas experiencias. No vacilaré en comunicar sus nombres a las autoridades competentes, y autorizo a todos para exponer mi punto de vista a dichas autoridades.

Heinrich Himmler, Reichsführer-SS, en una carta dirigida a Sigmund Rascher fechada el 24 de octubre de 1942.

Juramento hipocrático

Juro por Apolo, médico, por Esculapio, Higias y Panacea y por todos los dioses y diosas, a quienes pongo por testigos de la observancia del siguiente juramento, que me obligo a cumplir lo que ofrezco con todas mis fuerzas y voluntad. Tributaré a mi maestro de medicina el mismo respeto que a los autores de mis días, partiendo con él mi fortuna, y socorriéndole si lo necesitase; trataré a sus hijos como a mis hermanos, y si quisieren aprender la ciencia, se la enseñaré desinteresadamente y sin ningún género de recompensa.

Instruiré con preceptos, lecciones orales y demás modos de enseñanza a mis hijos, a los de mi maestro y a los discípulos que se me unan bajo el convenio y juramento que determina la ley médica, y a nadie más.

Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que les sea más provechoso según mis facultades y mi entender, evitando todo mal y toda injusticia. No accederé a pretensiones que se dirijan a la administración de venenos, ni induciré a nadie sugestiones de tal especie; me abstendré igualmente de aplicar a las mujeres pesarios abortivos. Pasaré mi vida y ejerceré mi profesión con inocencia y pureza. No ejecutaré la talla, dejando tal operación a los que se dedican a practicarla.

En cualquier casa que entre no llevaré otro objeto que el bien de los enfermos, librándome de cometer voluntariamente faltas injuriosas o acciones corruptoras, y evitando sobre todo la seducción de las mujeres o de los hombres, libres o esclavos.

Guardaré secreto acerca de lo que oiga o vea en la sociedad y no sea preciso que se divulgue, sea o no del dominio de mi profesión, considerando el ser discreto como un deber en semejantes casos.

Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente mi vida y mi profesión, honrado siempre entre los hombres; si lo quebranto y soy perjuro, caiga sobre mí la suerte contraria.

Hipócrates de Cos (h. 460 a. C.-370 a. C.).

Capítulo 1
Las raíces del mal

Uno de los mitos más importantes legados al mundo por la rica cultura alemana es el de Fausto, el médico que llevado por un insaciable deseo de conocimientos no dudó en pactar con el mismísimo diablo para conseguirlos, provocando con ello su propia perdición y la desgracia de quienes lo rodeaban. Johann Wolfgang Goethe, considerado por muchos el más grande de los literatos alemanes, dedicó nada más y nada menos que sesenta años de los ochenta y dos que vivió a escribir su magistral versión de la leyenda, y un número considerable de eminentes autores, desde Thomas Mann a Oscar Wilde, enriquecieron con obras basadas en ella los tesoros espirituales de la humanidad. También, ya desde sus inicios, el cine se fijó en las posibilidades del mito fáustico, y han sido incontables las ocasiones en que los realizadores lo han trasladado a la gran pantalla revestido de diferentes formas, reflejando la fascinación tanto de los creadores como de los espectadores por la leyenda del osado doctor. La impresionante versión de 1926 del también alemán F. W. Murnau comienza con una voz en *off* advirtiendo: «Mira: las puertas de las tinieblas se han abierto y los horrores de los pueblos galopan sobre la Tierra». El plano se abre y contemplamos a tres jinetes cadavéricos (el Hambre, la Peste y la Guerra) cabalgando entre las nubes, iluminados por unos haces de luz que a continuación nos descubren la fantasmal figura del diablo Mefistófeles oculto entre las sombras. La introducción sería ciertamente apropiada para dar paso a otra escena, igualmente apocalíptica pero, además, real, y por ello mucho más aterradora, que tuvo lugar tan sólo siete años después de su estreno. La noche del 30 de enero de 1933, a la luz sobrecogedora de las antorchas, miles de miembros de las SA (*Sturmabteilung* o tropas de asalto), las SS (*Schutzstaffel* o escuadras de protección) y simpatizantes del partido nazi desfilaron durante horas por las calles del centro de Berlín. Por la mañana, el presidente Hindenburg, presionado por sectores muy influyentes de la élite económica y militar alemana, había nombrado canciller a Adolf Hitler. Deseaban una dictadura estable de derechas que solucionara la crisis económica y política que arrastraba el país desde el final de la Primera Guerra Mundial y creyeron que serían capaces de dominar a aquel austriaco furibundo de aspecto ridículo, antiguo pintor de acuarelas frustrado. Estaban equivocados. Hitler no estaba dispuesto a ser controlado por nadie.



La marcha de las antorchas celebrando el nombramiento de Hitler como canciller.

El multitudinario desfile era la confirmación de su vertiginoso ascenso, la muerte definitiva de la democracia de Weimar y el inicio del régimen político más sanguinario y destructivo de la historia. Aquel día, Alemania vendió su alma a un diablo llamado Adolf Hitler y el precio a pagar fueron las vidas de cincuenta millones de personas, perdidas en el conflicto más devastador conocido por el ser humano. Cuando todo había acabado, en el verano de 1945, Churchill afirmó que Europa era tan sólo «un montón de escombros, un osario, un semillero de pestilencia y odio». Las puertas de las tinieblas se abrieron y los horrores de los pueblos galoparon sobre la Tierra.

Uno de los capítulos más espantosos y desconocidos de la historia de esta locura es la colaboración de muchos médicos alemanes en el programa de esterilización forzada y en el asesinato de enfermos mentales y discapacitados, auténtica antesala intelectual y material del Holocausto. Además fueron también muchos los profesionales de renombre, profesores universitarios, hombres con brillantísimas carreras los que pactaron con el diablo y se prestaron a utilizar el material humano proporcionado por Heinrich Himmler (el *Reichsführer-SS* o jefe supremo de las SS, encargadas de la administración de los campos) para verificar delirantes hipótesis y practicar insensatos experimentos con los deportados que, con una tenacidad implacable, llevaron a cabo hasta el desastre final.

Himmler, un ingeniero agrónomo con una cultura científica limitada, era un apasionado de las investigaciones médicas. Consideraba a sus médicos «los soldados biológicos del Tercer Reich», unas armas para combatir y aniquilar a las razas inferiores y a los enemigos del Estado tan temibles como los poderosos Panzers. Así, estos hombres cuyo oficio consistía en aliviar el dolor y preservar la vida se convirtieron en instrumentos de sufrimiento y muerte, mancillando el honor del

cuerpo médico alemán durante varias generaciones.

Inmediatamente después de tomar el poder, Hitler comenzó a poner en marcha su programa en defensa de la raza aria promulgando leyes referentes a la protección de la supuesta raza superior. El 15 de septiembre de 1935, en medio de la euforia de la celebración del congreso del partido nazi en su ciudad preferida, el *Führer* firmó las llamadas Leyes de Núremberg, que redefinían la categoría de ciudadanía alemana en términos raciales, considerándose como judío no a alguien que tuviera determinadas creencias religiosas, sino a cualquier persona que tuviera tres o cuatro abuelos judíos.

Según la primera, la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor, quedaban prohibidos los matrimonios y las relaciones sexuales entre judíos y personas «de sangre alemana o asimilada», convirtiéndose la «infamia racial», como se dio en llamar, en un delito castigado con multas e incluso penas de cárcel. De acuerdo con la segunda, la Ley de Ciudadanía del Reich, sólo eran miembros de la nación y ciudadanos reconocidos del Estado quienes ostentaban «sangre alemana o consanguínea», privando por lo tanto a los judíos de sus derechos de ciudadanía y convirtiéndolos en «extranjeros» más o menos tolerados en Alemania.

Esta higiene racial había formado parte de su ideología desde el principio. Para Hitler, era necesario depurar la raza aria de todo tipo de impurezas, y si los judíos, gitanos o eslavos eran considerados seres inferiores que debían ser eliminados, los discapacitados y los portadores de enfermedades hereditarias y degenerativas (aunque fueran arios) eran vistos como una parte enferma del cuerpo racial y no merecían un final mejor.

Contrariamente a lo que pudiera suponerse, esta idea no era original del *Führer*. Identificar a Hitler con el mal o decir simplemente que fue un demente puede ser muy reconfortante, e incluso cierto, pero no explica nada. Hitler empleó en la confección de su programa conceptos, mitos y doctrinas ya presentes en la cultura occidental desde mucho tiempo atrás. Muchos otros hombres, antes que él, le habían preparado el terreno e indicado el tenebroso camino a seguir. La hoguera que arrasó Europa fue alimentada con leña de muy diversa procedencia.

THOMAS MALTHUS Y LA CATÁSTROFE ALIMENTARIA

Uno de estos hombres fue el economista británico Thomas Robert Malthus, que en 1798 publicó su libro *Ensayo sobre el principio de la población*. En él exponía una alarmante teoría: la producción de alimentos nunca podría ir a la par del incremento de la población, pues mientras la primera crece en proporción aritmética, la segunda lo hace más lentamente, según una proporción geométrica, por lo que una explosión demográfica arrojaría a la humanidad al abismo del hambre. Para Malthus, la naturaleza se encargaba de regular este desfase eliminando a las clases menos favorecidas desde el punto de vista económico mediante hambrunas, enfermedades y guerras. Era contraproducente tratar de ayudarlos, pues al mejorar sus condiciones de

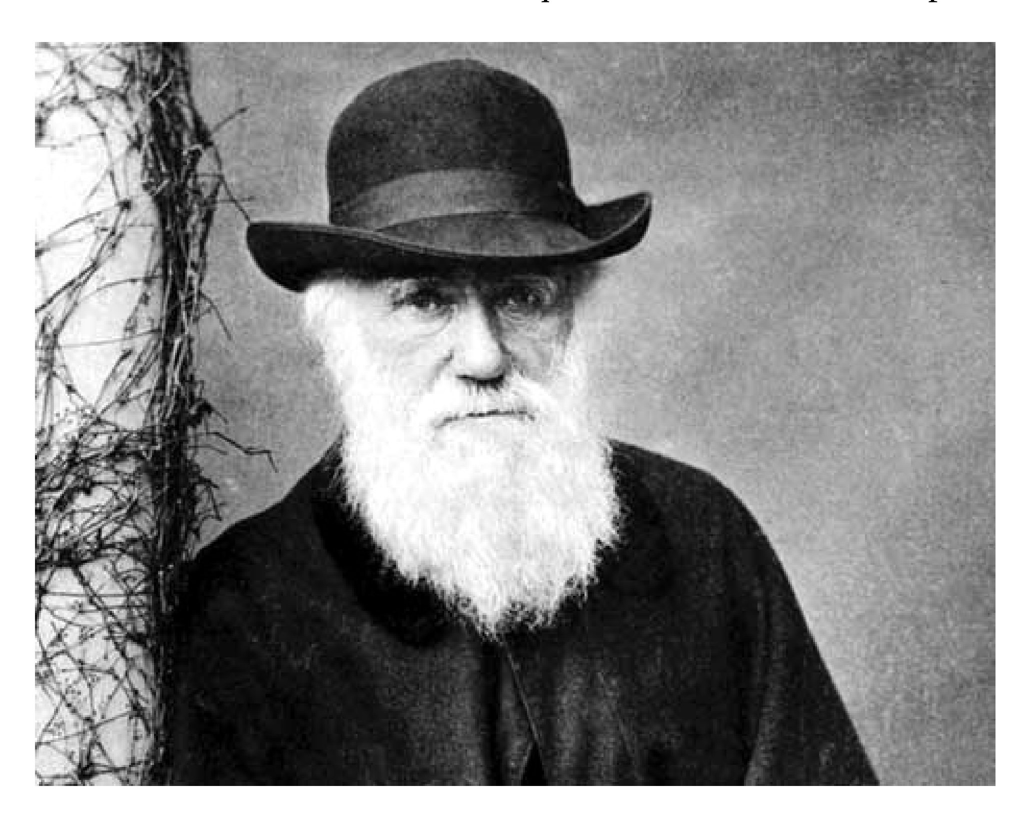
vida lo único que se conseguiría sería incrementar su número y reducir los recursos, lo que podría acabar afectando a las clases altas y arrastrar a sus miembros a padecer un sufrimiento que, por derecho, correspondía a los pobres. Por ello, aconsejaba a las clases pudientes la política del *laissez-faire*, es decir, no desperdiciar su riqueza en lo que él llamaba «una tonta filantropía». Su teoría adquiere un tono especialmente siniestro cuando dice que en lugar de recomendar a los parias de la Tierra hábitos higiénicos, habría que ayudar a la naturaleza a ejercer su control sobre la población obligándolos a vivir en casas construidas cerca de aguas estancadas, hacer las calles de sus barrios más estrechas y mantenerlos hacinados en estas condiciones para provocar la aparición de epidemias.

Al abogar por una represión activa de las clases más desfavorecidas basándose en lo que él consideraba su «inferioridad natural», Malthus creó un nuevo tipo de racismo, un racismo con bases supuestamente científicas mediante el cual, un segmento de la población debía ser discriminado no por razones étnicas, sino por su estatus socioeconómico. Si un ser humano nace pobre, si sus padres no pueden mantenerlo y si la sociedad no necesita de su trabajo, no tiene derecho a nada, ni siquiera a la vida. En el banquete de la naturaleza no hay sitio para él. La doctrina de Malthus resultó especialmente atractiva para que las clases pudientes pudieran esgrimir argumentos «científicos» a la hora de ignorar las reivindicaciones de los más desfavorecidos en los turbulentos días de la Revolución Industrial. Años después, sus ideas, enriquecidas por las de otros pensadores, acabarían arrasando en todos los círculos elitistas del mundo occidental.

CHARLES DARWIN Y EL ORIGEN DE LAS ESPECIES

Sin proponérselo, otro de estos hombres fue Charles Darwin, el británico que, fruto de las observaciones realizadas durante los casi cinco años que estuvo embarcado en el buque de investigación naval *Beagle* dando la vuelta al mundo, y tras veinte años de trabajo, publicó en 1859 uno de los libros más famosos, paradigmáticos y controvertidos de la historia del pensamiento universal, *El origen de las especies por medio de selección natural, o la preservación de especies favorecidas en la lucha por la vida*. Al contrario de lo que se cree, Darwin no fue contratado por sus conocimientos sobre historia natural, pues después de abandonar los estudios de Medicina y Derecho, se había graduado en Teología en la Universidad de Cambridge como último recurso, y sus conocimientos sobre la materia se limitaban a los de un simple aficionado. En realidad, fue invitado a participar en la travesía del buque (sin retribución alguna) básicamente como compañero en la mesa del comedor del capitán Robert FitzRoy cuyo rango, según las costumbres navales de la época, le impedía mantener contacto social con los oficiales y la tripulación. Sin embargo, durante el viaje, el joven experimentó una maduración humana y científica fuera de lo común, y para cuando regresó a Inglaterra ya era famoso por la calidad y

riqueza del material recolectado y expedido y la precisión de sus observaciones, de las que daba cumplida cuenta por carta a amigos como el profesor de Botánica John Henslow, a quien conoció durante su estancia en Cambridge y que fue quien divulgó sus apreciaciones, además de ser el hombre que se lo recomendó al capitán FitzRoy.



Charles Darwin, autor de una teoría que revolucionaría la filosofía, la religión y la política.

Para Darwin, las especies se forman a partir de una forma de vida original mediante un proceso evolutivo gradual que lleva millones de años. Partiendo del supuesto de que todos los individuos de cualquier especie difieren de forma natural unos de otros, planteó la idea de que dentro de cualquier especie se produciría una lucha competitiva que eliminaría a los individuos más débiles y dejaría vivos a los más fuertes (o mejor adaptados a su medio ambiente) para que se reprodujeran y transmitieran sus beneficiosas adaptaciones a la generación siguiente. Tras muchísimas generaciones, la acumulación de caracteres favorables acabaría formando nuevas variedades y, por último, nuevas especies: «A esta conservación de las diferencias y variaciones individualmente favorables y la destrucción de las que son perjudiciales la he llamado yo *selección natural*». Darwin confesaba en su *Autobiografía* que una de sus influencias había sido, precisamente, Malthus, cuyo ensayo leyó en octubre de 1838. En *El origen de las especies* se encuentran pasajes que muestran con claridad su deuda con Malthus:

> De la rápida progresión en que tienden a aumentar todos los seres orgánicos resulta inevitablemente una lucha por la existencia. Todo ser que durante el curso natural de su vida produce varios huevos o semillas tiene que sufrir

> destrucción durante algún período de su vida o, durante alguna estación, o de vez en cuando en algún año, pues de otro modo, según el principio de la progresión geométrica, su número sería pronto tan extraordinariamente grande que ningún país podría mantener el producto. De aquí que, como se producen más individuos de los que pueden sobrevivir, tiene que haber en cada caso una lucha por la existencia, ya de un individuo con otro de su misma especie o con individuos de especies distintas, ya con las condiciones físicas de la vida. Esta es la doctrina de Malthus, aplicada con doble motivo al conjunto de los reinos animal y vegetal, pues en este caso no puede haber ningún aumento artificial de alimentos, ni ninguna limitación prudente por el matrimonio.

Tras la publicación de *El origen de las especies*, las críticas, especialmente las de carácter religioso, no se hicieron esperar, ya que el pensamiento victoriano estaba profundamente impregnado de la teología natural, según la cual, todo cuanto existe en la naturaleza refleja el perfecto diseño creado por la mano divina. Sin embargo, la propuesta de Darwin de la selección natural y la evolución de las especies a partir de otras preexistentes durante largos períodos de tiempo chocaba con lo que se decía en el Génesis acerca de que Dios las creó a todas, cada una por separado, en unos pocos días. Darwin podía prescindir de un creador que diseñara las especies, pues los procesos naturales por sí solos podían producir cada característica, rasgo o instinto de todas ellas. Además, Dios era no sólo superfluo, sino problemático en este proceso, ya que un mecanismo que se basaba en una competición encarnizada entre las especies era incompatible con cualquier acción razonable de naturaleza divina benevolente. Sustituyendo a Dios por un proceso de selección natural, la teoría de Darwin minaba los cimientos mismos de la teología natural. Darwin era valiente, pero no temerario, y por eso evitó hacer cualquier comentario sobre la evolución humana, temiendo que la enorme polémica que levantaría podría generar entre el público prejuicios contra su teoría general, pero en su correspondencia privada dejaba muy claro que se sentía fascinado por el tema. Hay que tener en cuenta que hasta entonces, a nadie se le había ocurrido recurrir a la naturaleza para comprender la mente, el comportamiento y la moralidad de los seres humanos, que eran dejados en manos de la filosofía o la religión.

Los partidarios de Darwin, liderados por el zoólogo Thomas Henry Huxley, emprendieron una campaña de divulgación del darwinismo mediante libros, conferencias y publicaciones, y lograron obtener un notable nivel de respetabilidad, atrayendo a otros pensadores y consiguiendo una profunda transformación en el entorno cultural y el pensamiento filosófico. Libres de los prejuicios teológicos y del concepto finalista tradicional, los hombres de ciencia podían estudiar los fenómenos de la vida en su totalidad y explicarlos por causas naturales puramente mecánicas. En 1863, Huxley publicó una obra tan polémica como popular titulada *El lugar del hombre en la naturaleza,* en cuya portada se mostraba una secuencia muy bien

organizada de esqueletos de primates en orden ascendente, desde el gibón hasta el hombre, andando de perfil y de izquierda a derecha, y donde concluía que «cualquiera que sea el sistema de órganos que se estudie, las diferencias estructurales que separan al hombre del gorila y del chimpancé no son tan grandes como las que separan al gorila de los monos inferiores. […] El hombre pertenece al mismo orden que los simios y los lémures».

La idea de la evolución no resultó tan amenazadora a la sociedad británica de la época como había supuesto Darwin. Enriquecidos por la rápida industrialización de la metrópoli y unas conquistas coloniales sin precedentes, se equiparó cambio con progreso y se consideró que sus logros eran consecuencia de su superioridad natural. Se pasaba por alto que para Darwin la evolución no era sinónimo de progreso, es decir, un avance hacia una perfección cada vez mayor. Además, se lo malinterpretó cuando decía que dentro de una especie los individuos similares (pero no idénticos) competían por los mismos recursos limitados dentro de un mundo malthusiano. Darwin no quería decir que los más adaptados eliminaran a los más débiles, sino que, si por ejemplo, en un entorno donde las semillas fueran duras, una mutación diera lugar a un pájaro con un pico más fuerte, podría alimentarse mejor que sus congéneres y sería más atractivo para las hembras. También tendría más vigor para aparearse con ellas, transmitiendo de esta forma su beneficiosa adaptación a la generación siguiente, mientras que el resto moriría de hambre o tendría más problemas para aparearse y reproducirse: «El resultado no es la muerte del competidor desafortunado, sino del que deja poca o ninguna descendencia». A pesar de insistir en que usaba la expresión «lucha por la existencia» en un sentido amplio y metafórico, que incluía no sólo la vida de un individuo, sino también su éxito al dejar descendencia, la visión social de su teoría retrataba una naturaleza «roja de sangre en dientes y garras», según las palabras de Alfred Tennyson en su poema *In memoriam* (1850). Una lucha sin cuartel de todos contra todos donde sólo los más fuertes sobrevivían.

HERBERT SPENCER Y EL DARWINISMO SOCIAL

El primero en aplicar la teoría de la evolución a las sociedades humanas fue el filósofo y biólogo Herbert Spencer (1820-1903), considerado el fundador del llamado «darwinismo social», que fue además quien acuñó la expresión «supervivencia del más apto», no Darwin, como se cree popularmente.

Para Spencer, las luchas de mercado y la agresividad de los individuos eran simplemente los métodos de supervivencia de los más aptos, mediante los cuales los elementos inferiores eran eliminados. Sin vergüenza ni duda, Spencer y sus seguidores determinaron la escala de aptitud y asumieron la tarea de medir a los seres humanos con esta, en la que, de forma no sorprendente, aquellos que compartían sus atributos sociales y económicos obtuvieron las marcas más altas. Al igual que

Malthus, se oponía rotundamente a los programas sociales diseñados para ayudar a los pobres, porque esto iba en contra de las «verdades naturales de la biología», y creía que la sociedad debía actuar para prevenir la propagación de aquellos considerados inferiores, de los inherentemente no aptos, permitiéndoles morir para que no debilitaran la raza. De esta forma, Spencer no sólo les dio a los ricos y poderosos razones para creerse mejores que las clases inferiores, sino que aportó argumentos científicos a los ya dados por Malthus para echar por tierra los sistemas éticos previamente dominantes, como el judeocristianismo o la deontología de Kant, cuyos puntales eran ideas como la dignidad inherente de todos los seres humanos y el carácter sagrado de sus vidas, o que los enfermos, los discapacitados y los débiles debían ser cuidados precisamente por su mayor vulnerabilidad. Para el darwinismo social, la supervivencia del más apto es una ley de la naturaleza y, por lo tanto, las políticas que ocasionan la muerte de los no aptos se convierten en éticas. Cuando menos, se vuelve ético no ayudarles. Para cuando murió, Spencer era el filósofo más popular e influyente de su época y considerado por muchos como un segundo Newton.

EL ORIGEN DEL HOMBRE

Sintiéndose mucho más seguro, en 1871, y después de tres años de trabajo, Darwin publicó *La ascendencia del hombre y la selección sexual*, donde pretendió analizar si el hombre, al igual que las demás especies, desciende de alguna forma preexistente, comprender de qué modo se produce y evaluar las diferencias entre las razas humanas.

Llegó a la conclusión de que el hombre era «junto con otros mamíferos, el descendiente común de algún tipo inferior desconocido. […] Debemos concluir, aunque con ello se resienta nuestro orgullo, que nuestros antepasados primitivos habrían recibido con razón la denominación de simios». La teoría de que los seres humanos evolucionaron de forma natural a partir de animales sin alma socavaba la creencia en un alma espiritual que moraba en cada persona y que para muchos definía la auténtica esencia de la vida humana. Pero Darwin, evitando cualquier provocación y siempre mucho más cauto en sus escritos públicos que en su correspondencia privada, nunca se atrevió a entrar en las consideraciones filosóficas de su teoría. Otros sí lo harían, y las consecuencias a largo plazo serían catastróficas.

Para el naturalista, las razas diferían «en constitución, en aclimatación y en su propensión a ciertas enfermedades». Además, «sus características mentales son asimismo muy distintas; sobre todo en lo que se refiere a sus sentimientos, pero también, en parte, a sus facultades intelectuales». Como ejemplo, citaba «el contraste entre los taciturnos e incluso malhumorados aborígenes de Sudamérica y los negros, festivos y parlanchines». Hablaba de razas inferiores, como los fueguinos del extremo austral de Sudamérica, a los que se refería como «la clase más baja de hombres» y de

los que dudaba que fueran «criaturas como nosotros». El pasaje más llamativo aparece cuando argumenta que las discontinuidades presentes en la naturaleza no contradicen su teoría de evolución, pues la mayoría de formas intermedias ya se han extinguido. Lo mismo ocurrirá cuando tanto los simios superiores como los hombres inferiores, «las razas salvajes del mundo entero», sean exterminados por «hombres en una fase más civilizada».

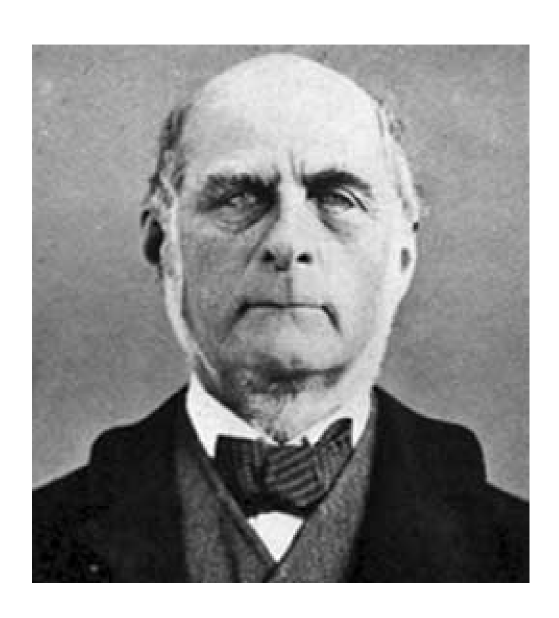
Evidentemente, no podemos etiquetar a Darwin de racista, por mucho que rechacemos esta actitud hoy en día. Como tampoco porque hablara de la «superioridad en capacidad mental» del hombre sobre la mujer podemos tacharlo de machista. Simplemente se estaba haciendo eco de los prejuicios de la época, y es un grave error juzgar a científicos de tiempos pasados con criterios actuales. La creencia en la desigualdad racial y sexual era un credo tan incuestionable entre los varones de la clase alta de la sociedad victoriana como el teorema de Pitágoras. Darwin no inventó el racismo. Puede afirmarse sin ninguna duda que la xenofobia, la prevención hacia el extraño por desconocido y potencialmente hostil, es un fenómeno universal en todas las culturas humanas y en todos los grupos sociales generados por ellas, desde la familia hasta la nación, y que el racismo, entendido como un tipo extremo de xenofobia basado en el color de la piel y otras características morfológicas, se fue desarrollando y cristalizó a partir del Renacimiento, en el siglo XV, tras la circunnavegación de África y el descubrimiento de América, y fue contemporáneo con el proceso de esclavización de los africanos por parte de los europeos para llevarlos como mano de obra forzada al Nuevo Mundo.

Fue el gran naturalista sueco Linneo quien, en su *Systema Naturae* (1758), distribuyó la especie *Homo sapiens* en cuatro categorías atendiendo a una combinación de criterios geográficos y rasgos físicos: *Homo europaeus, Homo americanus, Homo asiaticus* y *Homo afer*. En 1778, en su *Histoire Naturelle,* el conde de Buffon utilizó por primera vez la palabra «raza» para denominar a estas categorías, y la naciente antropología recurrió a este concepto clasificatorio para tratar de organizar el cuadro de las variedades de la especie humana utilizando los rasgos físicos de cada grupo. En 1795, Johann Friedrich Blumenbach presentó su clasificación de la especie humana en cinco grandes razas: caucásica (europeos, blanca); mongólica (asiáticos, amarilla); etiópica (africana, negra); americana (cobriza) y malaya (morena). Dio ese extraño nombre a la raza blanca por «la belleza superior de las gentes de esa región», y no dudó en ponerla en la cumbre de la emergente jerarquía de las razas humanas. A medida que los estudios antropológicos se sucedían durante el siglo XIX, junto al color de la piel comenzaron a utilizarse otros criterios de clasificación de las razas, como el índice cefálico ideado por el sueco Anders Retzius o el ángulo facial del holandés Peter Camper, mientras Frank Joseph Gall fundaba la frenología, la pseudociencia que sostenía que se podía conocer el carácter y las capacidades mentales de una persona según el tamaño y la forma de su cráneo. Lo que hizo Darwin al considerar las diferentes razas humanas como

eslabones de su cadena evolutiva y colocar a la raza blanca en la cúspide de esta pirámide fue dar argumentos científicos de peso al racismo. Como dice Carles Lalueza Fox en *Dioses y monstruos* (2002): «El siglo XIX regó con aguas evolutivas el germen de un racismo presente desde tiempos inmemoriales y lo hizo florecer vigorosamente al conferirle la dignidad de una teoría científica». Darwinismo social y racismo científico son las dos caras de una misma moneda, y después de Darwin, los argumentos en favor del colonialismo, las diferencias raciales y las estructuras clasistas habrían de enarbolar el estandarte de la ciencia. La «supervivencia de los más aptos» no podía quedar restringida a las desigualdades dentro de una misma sociedad, sino que también servía para justificar el dominio que ejercían los europeos sobre los nativos de diferentes continentes sobre la base de su superioridad innata. Los seres humanos eran una especie biológica más, sometida a sus leyes, y el progreso era el resultado de una evolución natural, donde las razas más aptas mostraban su superioridad en términos de salud, fuerza e inteligencia allí donde fracasaban las inferiores. Así lo dictaban las leyes de la naturaleza, y era absurdo ir contra ellas. A la raza blanca le había sido encomendada la misión histórica universal de «salvar a la humanidad agonizante de las garras de la eterna bestialidad», como hubo de decir en 1899 el infame Houston Stewart Chamberlain. Además, el darwinismo racial rechazaba la idea del monogenismo, según la cual la humanidad era producto de un único ancestro (ya fuera el mono antropoide de Darwin o los bíblicos Adán y Eva), y sostenía la hipótesis de la poligenia, según la cual las razas humanas constituían especies distintas, descendientes de adanes diferentes, por lo que no era necesario que las razas inferiores participasen de la igualdad del hombre.

FRANCIS GALTON, PADRE DE LA EUGENESIA

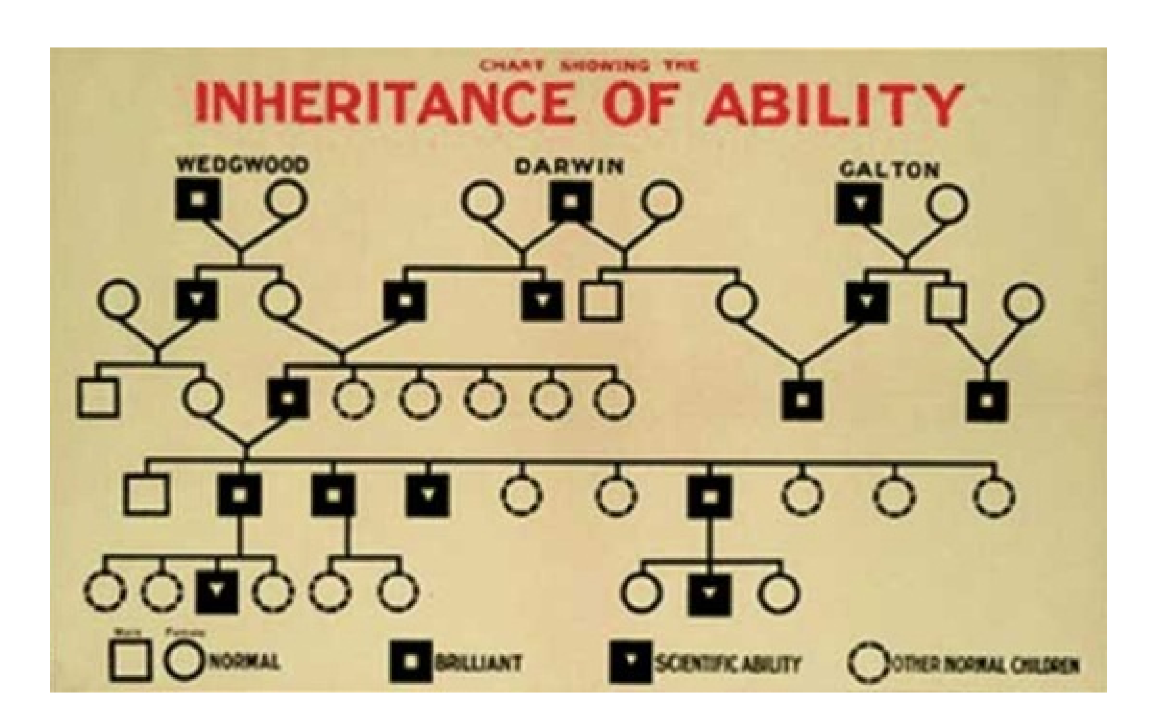
Francis Galton (1822-1911), un hombre de múltiples y variadas aficiones, seguidor del darwinismo social y primo de Darwin, dio un gran ímpetu a la doctrina del racismo científico al aportar nuevas evidencias de aquellos considerados no aptos. Basándose en una colección de malas teorías científicas y datos médicos incorrectamente recogidos o no comprobados, llegó a la conclusión de que las leyes de la herencia eran las responsables de los niveles económicos, sociales, culturales, morales y de salud de la humanidad. De este modo, dejaba de lado cualquier influencia cultural como la familia, la escuela o la comunidad en la formación de una personalidad.



Francis Galton llegó a la conclusión de que tanto el talento intelectual como la debilidad mental eran hereditarios e inmutables.

Su paso por Cambridge y su relación, por su estatus social, con intelectuales de la época le hicieron concebir la idea de que las gentes de alto nivel intelectual pertenecían a familias determinadas, en las que se transmitían las capacidades de forma hereditaria. Para Galton, el genio y el talento en el ser humano eran rasgos hereditarios. Su forma de valorar el nivel intelectual era el éxito social. No tomó en consideración la importancia de las relaciones sociales, ni se cuestionó que muy frecuentemente el poder social no tiene por qué ir de la mano con la inteligencia.

Expuso esta teoría en su libro de 1869 *El genio hereditario,* en el que recopiló genealogías de diversas familias cuyos miembros mostraban un talento fuera de lo común para diversos campos de la cultura. Junto a la familia Bach, dotada para la música, y la familia Herschell, de afamados astrólogos, Galton tuvo la inmodestia de incluir a su propia familia. En realidad, la fusión de tres, pues sólo estaba lejanamente emparentado con Darwin. Galton era nieto del abuelo de Darwin a través de Elizabeth Chandos-Pole, que fue su segunda esposa, mientras que Charles lo era por su primera esposa, Mary Howard. Galton hacía notar que numerosos representantes de su familia (cuatro de los hijos de Charles Darwin y él mismo) ocupaban posiciones influyentes en la sociedad victoriana. De las tres familias, al menos nueve varones pertenecían o habían pertenecido a la prestigiosa Royal Society.



La herencia de la inteligencia, según Galton.

Curiosamente, ninguna de las cinco hijas de Darwin, ninguna de sus cuatro hermanas y ninguna de sus siete nietas parecían haber heredado el genio, pues ninguna había sido una eminente científica. Ya sólo este hecho debería haberle hecho pensar que el destacar en cualquier disciplina se debía más a las oportunidades sociales que brindaba pertenecer a una buena familia (oportunidades que les estaban vedadas a las mujeres) que a las capacidades innatas de los individuos. Pero Galton interpretó que las mujeres estaban menos capacitadas que los hombres en todos los ámbitos y especialmente en el científico.

Del mismo modo, la debilidad mental también debía ser hereditaria. En esta categoría, extremadamente amplia, incluía a «aquellos que están seriamente afectados por la locura, imbecilidad, criminalidad habitual y pauperismo». Al igual que Malthus y Spencer, consideraba que ayudar a los más desfavorecidos era ir contra las leyes de la naturaleza. También creía que la raza negra era genéticamente inferior y que los judíos eran por naturaleza moralmente corruptos y parásitos.

Galton estaba convencido de que la población inglesa estaba sufriendo una suerte de degeneración debida a la industrialización, que hacía crecer cada vez más el número de obreros que malvivían hacinados en los insanos suburbios inmortalizados por Dickens. La lectura (y la mala interpretación) de *El origen de las especies* supuso para él toda una revelación, aunque se mostró muy escéptico en lo relativo a la forma en que su primo había intentado explicar cómo sus «variaciones favorables» se transmitían a las siguientes generaciones. En su obra *Variaciones de los animales y las plantas bajo la acción de la domesticación* (1868), Darwin postuló la «hipótesis provisional de la pangénesis», según la cual la unidad fundamental de la herencia estaba compuesta de unas partículas minúsculas a las que llamó ‘gémulas’, producidas en todos los órganos del cuerpo en mayor o menor cantidad según su

utilización, que pasaban a los órganos sexuales para incorporarse a los espermatozoides y los óvulos. Así, las células originales a partir de las cuales se desarrollaba el embrión reflejarían la condición de los progenitores en el momento de la concepción, y de esta forma, características adquiridas durante la vida de los padres y otras alteraciones inducidas por el entorno podrían ser transmitidas a los hijos, como ya había propuesto en 1802 Jean Baptiste Pierre Antoine de Monet, caballero de Lamarc, con su famoso ejemplo de las jirafas. Esta teoría no tiene ningún sentido, pues los caracteres adquiridos no pueden heredarse. Sin embargo, Darwin podía haber dado con la respuesta correcta, ya que el artículo fundacional de la ciencia de la herencia, la genética, *Experimentos sobre la hibridación de plantas*, de Gregor Mendel, ya había sido publicado en 1866, pero no tuvo ninguna repercusión entre la comunidad científica y acabó cayendo en el olvido.

Para probar la veracidad de la teoría de la pangénesis, Galton realizó transfusiones de sangre entre conejos con diferentes colores de pelaje, buscando que los descendientes heredaran un color semejante no al de sus progenitores, sino al de los conejos donantes. Evidentemente, los resultados fueron completamente contrarios a las expectativas de Darwin, quedando claro lo poco apropiada que resultaba la pangénesis como teoría hereditaria. Convencido de que la «aptitud natural», es decir, el talento intelectual, era una característica hereditaria y prácticamente impermeable a factores ambientales como la educación, comenzó a soñar con impulsar la acción de la selección natural para crear una élite compuesta por «los más sanos, más ricos y más sabios» que dirigiera al resto de la población: «Lo que la naturaleza hace ciega, lenta y burdamente, el hombre debe hacerlo previsora, rápida y suavemente», y bautizó a su particular idea «eugenesia», una palabra derivada del griego que significa ‘de buena raza’ o ‘dotado hereditariamente de nobles cualidades’. Este empeño no era algo nuevo, pues ya Platón, escribiendo en el siglo IV a. C., recomendaba en su visión utópica de la sociedad, *La República*, que «lo mejor de cada sexo debería unirse con lo mejor tan a menudo, y lo inferior con lo inferior en tan raras ocasiones, como fuera posible», según hacían los criadores de perros de caza y pájaros para la cetrería, siendo además necesario «criar los hijos de los primeros y no a los de los segundos si queremos que no degenere el rebaño». Galton usó el término por primera vez en su obra de 1883 *Investigaciones sobre las facultades humanas y su desarrollo*, donde la definió como: «La ciencia del mejoramiento de la especie que no sólo concierne al emparejamiento juicioso, sino que, especialmente en el hombre, tiene en cuenta todas las influencias que tienden, aunque sea en un grado remoto, a proporcionar a la raza o linaje más apropiados mejores oportunidades de prevalecer, con más rapidez que lo que normalmente pudieran hacer, sobre los menos adecuados».

Para Galton, la eugenesia no era una ciencia teórica sino una serie de medidas prácticas cuyo objetivo final era cambiar el patrimonio genético de la humanidad. Más tarde, Galton diría que la eugenesia es «el estudio […] de medios bajo control

social que pueden mejorar las cualidades raciales, físicas o mentales, de las generaciones futuras». En 1901 enunció estas medidas, consistentes en alentar los casamientos tempranos entre hombres y mujeres seleccionados y dispensar condiciones saludables para sus hijos, incluyendo buena comida y alojamiento. Igualmente importante era impedir o desaconsejar la reproducción de los designados menos aptos, lo que posteriormente se conocería como «eugenesia negativa», y evitar los programas de bienestar diseñados para elevar el estatus de las clases más desfavorecidas. Si se permitía a estos reproducirse libremente, «es fácil creer que puede llegar un tiempo en el que estas personas sean consideradas enemigas del Estado». Para suavizar este aspecto claramente agresivo de la eugenesia, decía que era, simplemente, un método más eficiente y humanitario de selección natural:

> Este es precisamente el objetivo de la eugenesia. Su primer objetivo es controlar la tasa de nacimientos de los no aptos, en lugar de permitirles llegar a ser, aunque condenados en grandes cantidades a perecer de forma prematura. El segundo es el mejoramiento de la raza aumentando la productividad de los aptos por medio de matrimonios tempranos y crianza saludable de sus hijos. La selección natural depende de la producción excesiva y destrucción al por mayor; la eugenesia depende de no traer más individuos al mundo de los que pueden ser adecuadamente cuidados; y esos, sólo de las mejores reservas.

LOS TRABAJOS DE MENDEL

A finales del siglo XIX, un nuevo ingrediente fue añadido a este cóctel explosivo. En 1900, y trabajando de forma independiente, el alemán Carl Erich Correns, el austriaco Erich von Tschermak-Seysenegg y el holandés Hugo Marie de Vries dieron con los trabajos de Mendel y, conscientes de su importancia, los dieron a conocer al mundo. Sus experimentos, realizados en el jardín de la abadía agustina de Santo Tomás en Brno (hoy República Checa), consistieron en cruzamientos de distintas variedades de la planta de guisante. Durante ocho años estudió la descendencia híbrida de treinta y cuatro variedades de tres especies que diferían en siete características como, por ejemplo, la longitud del tallo, la forma y el color de las semillas o el color de las flores. Según la preponderancia de los caracteres, los denominó «dominantes» o «recesivos», y descubrió que los caracteres de cada planta respondían a dos conjuntos de determinantes hereditarios, cada uno de ellos de un progenitor, y que la progenie podía presentar un abanico de todas las combinaciones de los caracteres heredados de sus progenitores. Hoy llamamos genes a esos «conjuntos de determinantes hereditarios». Llegó a la conclusión de que los procesos hereditarios se basan en la transmisión de caracteres discontinuos, pero al mismo tiempo regulares, que siguen leyes de proporciones fijas. Estas leyes se conocen, en

su honor, como Leyes de Mendel.

El redescubrimiento de las leyes de la herencia arrojó una pesada losa sobre los no aptos y las razas inferiores. Sus indeseables características eran hereditarias y, por lo tanto, inmutables. No sólo se heredaban las características somáticas, sino también la conducta, la inteligencia y los valores morales. Por lo tanto, la preservación de los aptos y las razas superiores pasaba por el mantenimiento de la pureza de su sangre y el mayor peligro radicaba en la mezcla racial, el mestizaje, puesto que conllevaría la degeneración racial y cultural de la raza superior al verse contaminada por la sangre inferior: el híbrido de la mezcla fértil entre dos individuos de raza diferente sería siempre, por las leyes de la herencia, un ser inferior a su progenitor racial superior. Hoy sabemos que prácticamente todos los rasgos importantes son producto de la interacción de muchos genes entre sí y con factores ambientales, por lo que no puede interpretarse al ser humano como el efecto de un programa prefijado por la dotación genética heredada, pero a principios del siglo XX muchos biólogos estaban convencidos de que todos los rasgos humanos se comportaban como el color, el tamaño o la rugosidad de los guisantes de Mendel. Tomando como dogma esta errónea creencia, los eugenistas llegaron a convencerse de que si incluso los rasgos más complejos eran producto de un único gen, los indeseables podrían eliminarse simplemente evitando la reproducción de los portadores de ese gen. Si hubieran podido saber que esos rasgos dependían de un centenar de genes, se habrían dado cuenta de que el control eugenésico de la reproducción no tenía razón de ser.

Las ideas de Galton ganaron fuerza después de la guerra de los Boers (1899-1903), cuando se descubrió que muchos de los jóvenes de los barrios bajos eran declarados no aptos para el servicio militar. También se vio que los jóvenes sanos de clases pudientes procedían de familias de pocos miembros, mientras que los no aptos tendían a engendrar un mayor número de hijos, depauperados, enfermos y miserables como sus padres. Si los mejores eran enviados a morir en el campo de batalla sin dejar descendencia y los degenerados seguían multiplicándose sin ningún tipo de control, la consecuencia inevitable sería la decadencia de la raza.

LA «DECADENCIA» DE LA SOCIEDAD BRITÁNICA

En unos momentos en los que muchos británicos comenzaban a temer que su poderoso imperio acabara desintegrándose como muchos otros de la Antigüedad debido a una creciente debilidad de sus tropas a causa de su pérdida de calidad biológica, la eugenesia empezó a verse como la fórmula para «cumplir con nuestras vastas oportunidades imperiales». El 16 de mayo de 1904, Galton leyó en la London School of Economics una ponencia titulada «Eugenesia; su definición, alcance y objetivos», y tras muchos años sin haber conseguido que sus teorías fueran reconocidas, en esta ocasión el impacto fue considerable. Además de profesores universitarios de reconocido prestigio, entre los asistentes se encontraron los

afamados escritores H. G. Wells y Bernard Shaw. El año anterior, Wells había escrito: «La conclusión es que si podemos prevenir o disuadir a las clases inferiores de tener hijos, y si podemos estimular o animar a las superiores de multiplicarse, conseguiríamos elevar el estándar general de la raza». Wells quedó tan impresionado por la ponencia de Galton que poco después escribió que la eugenesia debía convertirse en una religión, pues sería la única manera de que la civilización occidental no entrara en una decadencia similar a la de las grandes civilizaciones anteriores. El escritor ya había dejado plasmada su visión apocalíptica del futuro de la humanidad en el clásico de la ciencia-ficción *La máquina del tiempo* (1895), donde el crononauta viaja hasta el año 802.701 para contemplar con horror cómo el inerte y anodino pueblo de los *eloi* vive atemorizado y sometido por los degenerados y caníbales *morlocks*.

En este ambiente de miedo a la degeneración de la raza, el primer ministro Arthur Balfour constituyó ese mismo año la llamada Real Comisión para el Cuidado y Control de los Débiles Mentales, cuyo objetivo debía ser definir quién podía caer dentro de la denominación de «débil mental» para poder tratarlos del modo conveniente. Entre sus miembros, además de médicos y abogados, contó con destacados eugenistas, fundadores de asociaciones privadas supuestamente dedicadas al cuidado de los débiles mentales, como la Asociación Nacional para el Cuidado y la Protección de los Débiles Mentales, pero dedicadas en realidad a conseguir apartarlos de la sociedad e impedir su procreación. Para ellos, esta ambigua categoría abarcaba no sólo a quienes mostraran cualquier tipo de déficit intelectual, sino también a los criminales, los alcohólicos, los paupérrimos, los dependientes y otros parásitos que representaban una amenaza para el bienestar de la comunidad. En 1906 se abrió el Galton Research Institute for National Eugenics (Instituto Galton para la Investigación de la Eugenesia Nacional), con sede en el London University College, dedicado a la recolección de datos genéticos y a conseguir métodos de medición adecuados para contrastar la evolución de las diferentes razas y linajes humanos. Al año siguiente se fundó la Eugenics Education Society (Sociedad de Educación Eugenésica), con Galton como presidente honorario, que llegó a contar con representantes en cada ciudad importante de Gran Bretaña. En 1908 apareció el primer número de *The Eugenics Review*, la publicación de la Society.

Las actividades de esta sociedad no fueron meramente teóricas. Estaba especialmente orientada a sus aplicaciones prácticas y, por eso, su órgano de difusión contenía artículos acerca del tratamiento de patologías físicas y mentales, el desarrollo de métodos anticonceptivos, la legalización de las esterilizaciones forzosas o el uso de la inseminación artificial. Leonard, el hijo pequeño de Darwin, fue su presidente desde 1911 hasta 1925.

En 1909, Galton fue nombrado caballero y al año siguiente recibió la Medalla Copley, el máximo galardón otorgado por la Royal Society. Dos años después, a los ochenta y nueve años, falleció. En su testamento legaba sus posesiones (alrededor de

cuarenta y cinco mil libras) para la fundación de una cátedra de Eugenesia en la Universidad de Londres. En 1912, Karl Pearson, discípulo y amigo de Galton y director de su instituto, se convirtió en su primer profesor.

Pearson era un darwinista social que creía que la lucha por la existencia no era algo individual, sino grupal. De esta forma justificaba la competencia económica y militar entre naciones avanzadas y su despiadada explotación de los pueblos inferiores. Sugirió llevar a cabo un programa eugenésico nacional porque la sociedad configurada de esta manera tendría muchas más posibilidades de éxito en la competencia internacional. Para ello abogaba por una intervención estatal en la reproducción humana. La aplicación del programa eugenésico debía producir así dos tipos de individuos: líderes intelectuales y trabajadores manuales físicamente sanos. Como la clase social era un buen indicador de la capacidad intelectual, los líderes serían seleccionados entre quienes hubieran desempeñado un papel semejante durante generaciones, y serían, a su vez, progenitores de futuros líderes. Además, el sistema educativo ofrecería dos tipos de formación académica: una para los líderes y otra para la mayoría de las personas. Entre 1906 y 1918, el Galton Research Institute for National Eugenics de Pearson publicó unos trescientos trabajos con la eugenesia como tema principal, incluyendo una serie llamada *Estudios sobre el deterioro nacional*.

Por otra parte, Pearson era partidario de promulgar leyes que evitaran la inmigración de los judíos a Inglaterra, pues creía que constituían una raza de parásitos. En el número inicial de *Annals of Eugenics (Anales de Eugenesia)*, en octubre de 1925, se publicó un artículo suyo titulado *El problema de la inmigración extranjera a Gran Bretaña, ilustrado mediante un examen de niños rusos y polacos*. En él intentaba demostrar la inferioridad innata de los niños judíos mediante mediciones de sus cabezas, utilizando este argumento para mantener fuera de Gran Bretaña a los judíos y a otras razas inferiores.

En 1908, la Real Comisión hizo públicas sus conclusiones, pasando por alto las raíces sociales de la supuesta decadencia de la raza y sus, lógicamente, también sociales soluciones, como destruir los barrios degradados de las grandes urbes, construir viviendas saludables, pavimentar sus calles o suministrarles agua. De hecho, en 1939 se conoció que muchos de los defectos físicos de los reclutas rechazados eran debidos al raquitismo, causado por un aporte inadecuado de leche en la infancia. En ellas se afirmaba que la debilidad mental era una condición hereditaria y que quienes manifestaban esta cualidad podrían ser capaces de llevar una vida normal en circunstancias favorables, pero no lo eran, «debido a un defecto mental presente ya desde el nacimiento o a edades muy tempranas», de competir en igualdad de condiciones con sus congéneres normales o de controlarse a sí mismos o de administrar sus asuntos con la prudencia debida. Además, tenían más hijos que la media, por lo que proponían que algunos de ellos, seleccionados por un comité médico, deberían ser apartados del resto de la sociedad e internados en instituciones

especiales donde no supondrían ningún peligro para el resto de la comunidad y donde no podrían procrear. La Comisión estimaba que Gran Bretaña contaba con unos ciento cincuenta mil débiles mentales. Inmediatamente, los eugenistas comenzaron a presionar al gobierno liberal para que elaborara una ley que permitiera poner en práctica las recomendaciones del informe, pero el primer ministro, Herbert Henry Asquith, decidió que no podía considerar una prioridad un tema que no había recogido en su programa ni tomar unas medidas que pudieran resultar inaceptables para muchos de los miembros de su partido al considerarlas un atentado a la libertad de los ciudadanos.

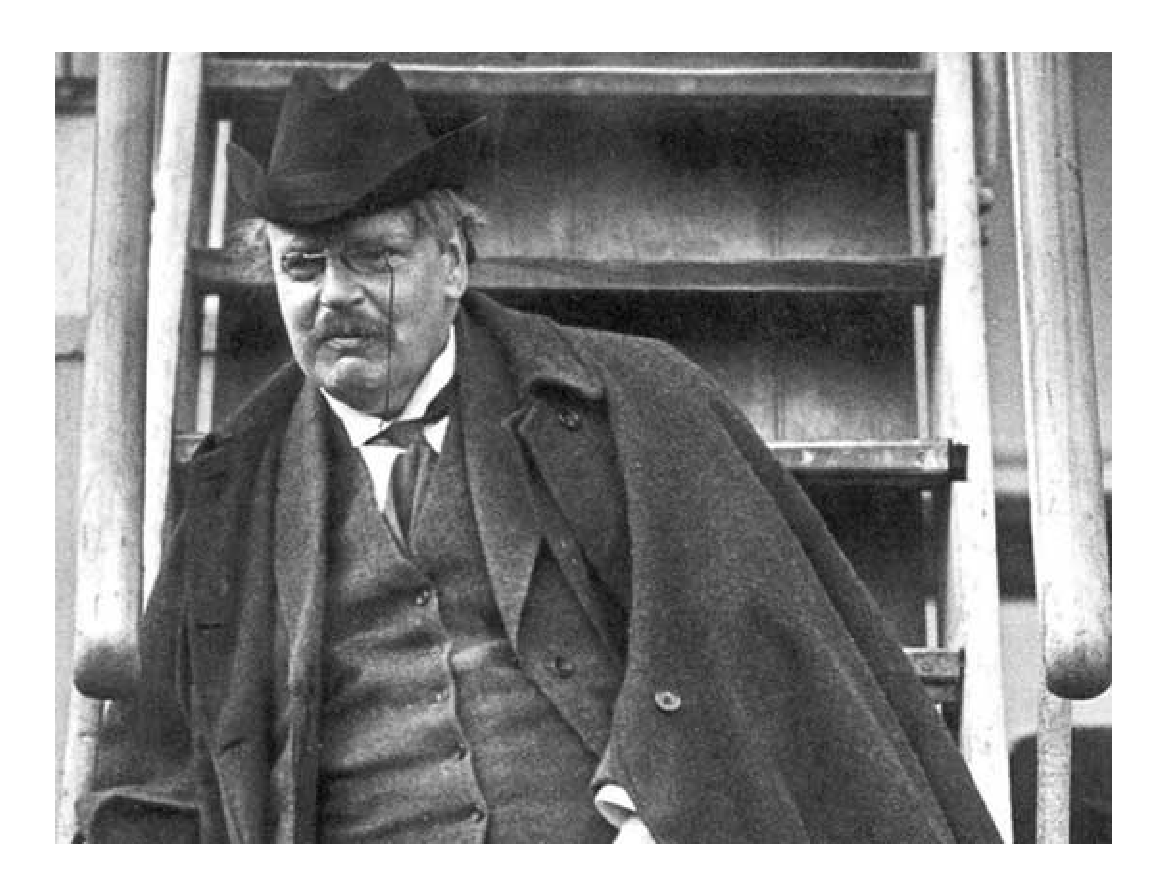
Quien sí se mostró muy partidario de elaborar un proyecto de ley que pudiera presentarse para su aprobación en la Cámara de los Comunes fue un miembro de su gabinete, un ferviente eugenista nombrado en octubre de 1910 secretario de Estado para Asuntos Internos: un hombre llamado Winston Churchill. Por esas fechas afirmó en una sesión parlamentaria sobre el asunto que si bien había que hacer «todo lo que una civilización cristiana y científica pudiera» por los deficientes mentales del Reino, también se les debería aislar «en las condiciones adecuadas para que su maldición muera con ellos y no sea transmitida a futuras generaciones». Tres meses más tarde, le escribió una carta al primer ministro en la que le decía que «el crecimiento antinatural y cada vez más rápido de la clase de los débiles mentales y los dementes, añadido a una constante restricción de los linajes sensatos, enérgicos y superiores, constituye un peligro para la nación y para la raza que es imposible exagerar». Consciente del alto coste de su internamiento, abogaba por su esterilización forzosa: «Una simple intervención quirúrgica; así, los inferiores podrían vivir libremente en el mundo sin causar muchos inconvenientes a los demás», pero hasta que la opinión pública aceptara esta drástica medida, estaba de acuerdo en recluirlos, separados del sexo opuesto para evitar su procreación.

En vista de las reticencias de Asquith a elaborar una legislación sobre el tema, la Asociación Nacional para el Cuidado y la Protección de los Débiles Mentales y la Eugenics Education Society llevaron a cabo una campaña para concienciar a la población del peligro que suponía la degeneración de la raza y, finalmente, consiguieron que la Cámara de los Comunes debatiera el 17 de mayo de 1912 su Proyecto de Ley para el Control de los Débiles Mentales, donde no se hablaba de esterilización forzosa pero se prohibían los matrimonios con débiles mentales y se prescribía el establecimiento de un registro para tenerlos controlados y, por supuesto, su internamiento. Además, aunque pareciera limitarse a los débiles mentales, en realidad era un pretexto para introducir medidas mucho más estrictas, pues uno de los argumentos clave era que había que deshacerse de los genes recesivos, es decir, recluir y restringir la reproducción de mucha gente aparentemente normal simplemente porque se sospechara de su linaje. De este modo, afectaría no sólo a los eugenésicamente indeseables, sino también a sus familiares. Es decir, de aprobarse, significaría «sentenciar a gente inocente a reclusión de por vida». El mismo Leonard

Darwin reconoció en un artículo publicado en febrero de ese año en *The Eugenics Review* que «es bastante cierto que ningún gobierno democrático llegaría tan lejos como nos gustaría a los eugenistas a la hora de limitar la libertad de las personas para mejorar las cualidades raciales de las futuras generaciones».

El proyecto de ley contó con el apoyo de importantes sectores de la sociedad británica. El comité que la promovió estuvo dirigido por dos notorios líderes de la Iglesia anglicana, los arzobispos de Canterbury y York, y hubo una gran cantidad de clérigos anglicanos dispuestos a apoyarla, como el deán de la catedral de St. Paul, William Enge, conocido como el Deán Sombrío por sus preocupaciones malthusianas sobre la población inglesa. El obispo de Birmingham, Barnes, publicó un artículo en *The Eugenics Review* llamado «Galton Lecture», donde contradecía la idea cristiana de que todos los seres humanos son iguales ante su creador: «La cristiandad busca crear el reino de Dios, la comunidad de los elegidos. Intenta hacer lo que podría llamarse una sociedad eugenésica espiritual». Añadía que «previniendo la supervivencia de los socialmente no aptos», los cristianos «están trabajando en concordancia con el plan con el que Dios ha llevado tan lejos en su camino a la humanidad». La Iglesia católica sí condenó duramente el proyecto de ley sobre la base de la dignidad humana y la libertad frente al Estado, pero su influencia en la Inglaterra de 1912 era muy pequeña.

El debate no sólo tenía lugar en el Parlamento, sino también en la prensa y en la calle. Wells y Shaw apoyaban la medida, mientras que el famoso G. K. Chesterton la rechazaba con todas sus fuerzas, llamándola con su característica ironía «el proyecto de ley de los débiles mentales» en referencia a quienes la habían propuesto.



G. K. Chesterton libró una auténtica batalla intelectual contra la ideología eugenésica que pretendía limitar los derechos y libertades de los clasificados por expertos como no aptos.

El escritor intuyó las terribles consecuencias que la eugenesia podía acarrear partiendo de la eterna premisa de quién vigila al vigilante, es decir, ¿quién determina que una persona sea no apta? ¿No podría una ley de este tipo otorgar una cobertura legal a la eliminación de todos aquellos elementos considerados de una forma u otra peligrosos o molestos para un sistema político? Para Chesterton, la definición de «débil mental» del proyecto de ley era demasiado ambigua como para no despertar suspicacias: «Las personas que aunque sean capaces de ganarse la vida en circunstancias favorables son, sin embargo, incapaces de llevar sus asuntos con la prudencia adecuada; que es, exactamente lo que todo el mundo y su mujer dicen de sus vecinos en todo el planeta».

El escritor estaba convencido de que contra quienes iba realmente dirigida la ley era contra los pobres. Contra aquellos a quienes se había despojado de sus tierras para que trabajaran en las fábricas de las grandes ciudades y que, una vez que estas contaron con la suficiente mano de obra, se hacinaban en los suburbios en unas condiciones de vida infrahumanas. Contra aquellos a quienes, después de haberles arrebatado todo, el sistema capitalista también quería privarlos de su única esperanza, sus hijos: «Aquel que no vive todavía, sólo les queda él y sólo él; y ellos buscan su vida para quitársela». Mediante conferencias y ensayos, Chesterton intentó concienciar a los británicos de los peligros de la eugenesia, influyendo sobre algunos parlamentarios como el independiente Josiah Wedgwood, emparentado con la familia Darwin, que denunció el proyecto de ley como «una monstruosa violación» de los derechos individuales. Para Wedgwood, lo que los eugenistas pretendían en realidad

cuando hablaban de internar a los débiles mentales para evitar su procreación era su esterilización forzosa, y toda la propuesta estaba «impregnada con el espíritu de la horrible Eugenics Education Society, que intenta criar a la clase trabajadora como si fuera ganado».

Al final, el proyecto de ley no fue aceptado, pero entre el 24 y el 30 de julio de ese año se celebró en Londres el Primer Congreso Internacional de Eugenesia, que contribuyó a intensificar el ambiente favorable a la elaboración de una ley. Presidido por Leonard Darwin y vicepresidido por Churchill (por entonces, primer lord del Almirantazgo), a él acudieron unos ochocientos pensadores, científicos y políticos eminentes de uno y otro lado del Atlántico, como el inventor Alexander Graham Bell, el antiguo primer ministro Balfour, el catedrático de la Universidad de Oxford *sir* William Osler (considerado el padre de la medicina moderna), Alfred Ploetz (fundador de la Sociedad de Higiene Racial alemana) o el norteamericano Charles Davenport (director de la Oficina de Registros Eugenésicos). Durante el mismo se discutió la aplicación práctica de la eugenesia para la prevención de la procreación de los no aptos por medio de métodos como la esterilización y la segregación.

LA LEY DE LA DEFICIENCIA MENTAL

Ese mismo año, el Gobierno presentó su propia propuesta: la Ley de la Deficiencia Mental, que fue aprobada en mayo de 1913 con tan sólo tres votos en contra (uno de ellos, el de Wedgwood) y que entró en vigor el 1 de abril de 1914. En ella se establecían cuatro categorías: idiotas, imbéciles, débiles mentales e imbéciles morales, y un comité que decidiría quién debía ser internado en una institución basándose en dos certificados médicos y una orden judicial para recibir «cuidados, supervisión y control para su propia protección o para la protección de los otros». Sin embargo, dejando de lado las propuestas eugenésicas, no se hacía ninguna mención a la esterilización forzosa, a las restricciones matrimoniales ni a los familiares de estas personas. Además, brindaba la posibilidad a muchos deficientes mentales, aunque fueran controlados y supervisados por un trabajador social, a seguir viviendo en su medio habitual y a otros, a que su internamiento no fuera permanente, una vez que estuvieran preparados para vivir en comunidad, como en el caso de los niños incapaces de «aprovechar adecuadamente las enseñanzas de los colegios ordinarios». Por otra parte, la aplicación de sus directrices resultó mucho más complicada de lo esperado. Las autoridades locales se mostraron reacias a construir nuevas instituciones y muchos padres se negaron a cooperar con un sistema que catalogaba a sus hijos de débiles mentales, como también lo hizo un gran número de médicos a la hora de extender certificados sin contar con unos criterios de clasificación lo suficientemente serios. Después de un año, el Comité de Control notificó que tan sólo había 6.612 personas internadas en instituciones para deficientes mentales, y que la mayoría habían sido transferidas desde asilos y hogares para pobres. A pesar de que

los eugenistas siguieron insistiendo en sus radicales propuestas, el 4 de agosto de 1914 estalló la Primera Guerra Mundial. Los miembros de la Eugenics Education Society se dispersaron y sus ramas locales fueron desmanteladas, y para cuando el movimiento británico volvió a cobrar fuerza, en los años treinta del siglo XX, lo hizo en un contexto tan diferente del período comprendido entre 1908 y 1914 que ya nadie les tomaba en serio. Los avances en la medicina de las décadas siguientes demostraron que cada vez menos personas que sufrían trastornos mentales necesitaban ser apartadas de la sociedad. Al considerar que muchos de estos trastornos tenían su origen no en la herencia sino en las deficiencias nutricionales, la pobreza y la privación, el abuso y la negligencia, se enfocó su tratamiento hacia el diagnóstico precoz, la medicación, la terapia, el apoyo a la familia y el bienestar de la comunidad. En 1951, una asociación privada llamada National Council for Civil Liberties denunció que miles de personas habían sido encerradas durante años basándose en criterios demasiados ambiguos, recogiendo casos concretos en su publicación *50.000 Outside the Law*. También denunciaron que muchos eran usados como mano de obra barata, incluso cedidos a empresas privadas. El debate suscitado provocó que ocho años más tarde se aprobara la Ley de Salud Mental, que sustituyó a la de 1913 con el propósito de «actualizar el tratamiento y el cuidado de las personas con desórdenes mentales» y que permitió, tras la revisión de muchos de los casos, que miles de los internados fueran puestos en libertad.

Capítulo 2
La eugenesia en los Estados Unidos

A pesar de que en Gran Bretaña fueron muchos los apartados de la sociedad al ser considerados injustamente «un peligro para sí mismos y para los otros», nunca se llevaron a cabo esterilizaciones forzosas. Los eugenistas llegaron mucho más lejos en Estados Unidos, el país que con mayor entusiasmo abrazó la nueva ideología. Debido a los problemas sociales que presentaba a finales del siglo XIX, las ideas eugenésicas encontraron un público receptivo en una sociedad acostumbrada a generaciones de conflictos, tanto con los afroamericanos como con las poblaciones autóctonas, conflictos que habían dado lugar a infinidad de estereotipos negativos sobre las etnias secundarias.

ESTADOS UNIDOS, UN CAMPO FÉRTIL PARA LA EUGENESIA

Después de que los Estados Unidos se convirtieran en una nación, los sentimientos nacionalistas se unieron con los religiosos para formar la doctrina que llegó a ser conocida como Destino Manifiesto, la creencia en que la raza anglosajona de religión protestante (los WASP o White, Anglosaxon and Protestant) era una raza superior, elegida por Dios para extenderse por todos los rincones de la Tierra. Esta forma virulenta de racismo se intensificó antes de la guerra con México (1846-48) y justificó la apropiación de aproximadamente la mitad de la superficie de este país, cuyos habitantes eran considerados una raza mezclada e incapaz. La justificación científica vino dada por la publicación de *El origen de las especies,* ocho años antes de que se terminara el primer ferrocarril transcontinental. Su mensaje biológico (la supervivencia del más apto) se aplicó rápidamente a los asuntos indios así como al capitalismo salvaje que caracterizó la rápida industrialización del país. Los nativos norteamericanos fueron considerados «una bestial, rapaz y artera imitación de la humanidad», y no tenían derecho a la tierra, pero los anglosajones sí porque la usaban de acuerdo con las intenciones del Creador. De hecho, Hitler tuvo muchas palabras de elogio para la eficiencia de la política norteamericana de exterminio de los nativos, y la ideología del Destino Manifiesto, traducida al alemán a principios del siglo XX, contribuyó al concepto del *Lebensraum,* el espacio vital reclamado por los nazis para justificar su expansión militar.

De igual manera, a pesar de los grandes ideales de libertad e igualdad entre los hombres que se recogieron en la redacción de su Constitución (1787), también se acordó que el Congreso no tenía poder para prohibir «la migración o importación de las personas que cualquiera de los estados actualmente existentes considere adecuado admitir». Los sujetos de la importación eran los esclavos negros. Aunque la guerra de Secesión (1861-65) se disfrazó hábilmente como una lucha para abolir la esclavitud,

en realidad se trató de una simple falacia con la que el Norte justificó la guerra. De esta manera velaba su único objetivo, consistente en frenar el creciente potencial económico sureño, apoderarse de sus activos financieros, dominar su boyante producción agrícola y liberar a los esclavos del sur empeñados en las tareas de la tierra para emplearlos por bajos salarios en las numerosas fábricas de los estados septentrionales. De hecho, la mentalidad racista no cambió después de la guerra, lo que llevó a la segregación, que duró hasta los años sesenta del siglo XX. Después de la guerra de Secesión, los afroamericanos pasaron de ser una población esclava a una población marginada. Las condiciones de pobreza en que se vieron inmersos los antiguos esclavos después de la guerra civil, que fomentaron las enfermedades y la comisión de delitos, no hicieron sino consolidar entre los WASP la creencia en que eran una raza inferior.

Al iniciarse el siglo XX, su poder industrial situaba a Estados Unidos, junto a Inglaterra y Alemania, como una de las tres potencias dominantes del mundo. Este hecho atrajo a un enorme número de inmigrantes que se hacinaban en los barrios bajos de las ciudades en unas condiciones de extremas privaciones. Antes de 1880, la inmensa mayoría de estos inmigrantes provenían del norte y del occidente de Europa, de Gran Bretaña, Alemania, Irlanda y Escandinavia. Eran anglosajones o pertenecían a culturas que podían adaptarse a la anglosajona sin problemas. Pero a partir de esa fecha, la extensión de la Revolución Industrial en estos países hizo que descendiera el número de sus emigrantes, pues también sus fábricas demandaban mano de obra. Por ello aumentó el número de inmigrantes italianos, polacos, húngaros y de todas las nacionalidades del Imperio Austro-Húngaro, países todos ellos menos industrializados. Muchos eran judíos que huían de los pogromos de Europa Oriental que siguieron al asesinato del zar Alejandro II el 13 de marzo de 1881. En 1870, la ciudad de Nueva York tenía ochenta mil judíos; para 1915, eran ya un millón y medio.

El general Francis Amasa Walker fue profesor de Economía en Yale, jefe del Departamento de Estadística de la Tesorería de Estados Unidos, superintendente del Censo de Estados Unidos, presidente de la Asociación Americana de Estadística y uno de los economistas más eminentes de la historia norteamericana. Walker era un firme defensor de la raza aria, de la que descendían los pueblos ingleses y germánicos. Entendía el importante papel que la inmigración había desempeñado en el desarrollo de su país, pero temía que la entrada de pueblos inferiores, es decir, no arios, tuviera un efecto negativo. En *The growth of the Nation in numbers* (1889), decía: «No hay razón para que cualquier grupo poblacional europeo degenerado y estancado en el cual, a lo largo de las épocas no se ha agitado ningún viento de vida intelectual o industrial, deba ser admitido como inmigrante a los Estados Unidos. […] Los problemas que tan severamente nos confrontan hoy son suficientemente serios aun sin ser complicados y agravados por la adición de algunos millones de húngaros, bohemios, polacos, italianos del sur y judíos rusos».

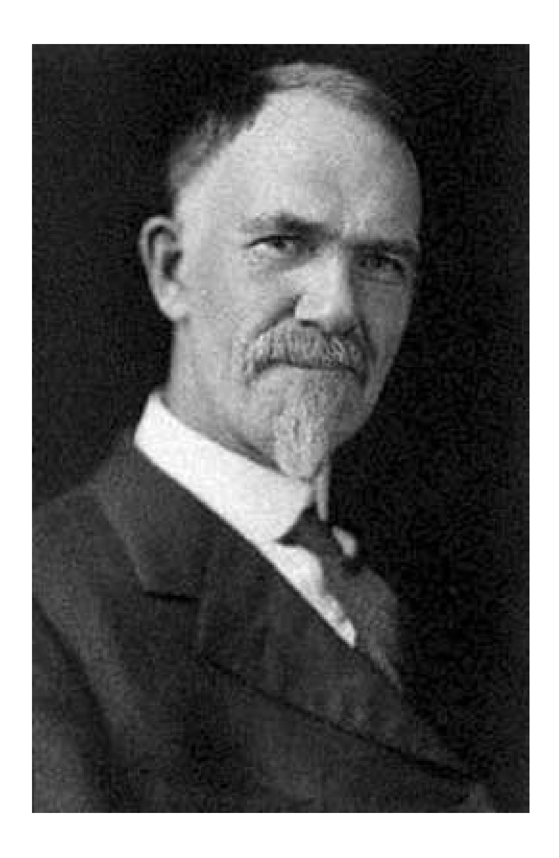
Las ideas de Walker eran compartidas por gran parte de la élite norteamericana. En 1889, Prescott Farnsworth Hall, Robert DeCourcy Ward y Charles Warren fundaron la Inmigration Restriction League (Liga para la Restricción de la Inmigración), una asociación antisemita, anticatólica y anti todo lo que no fuera anglosajón que propugnaba pruebas de lectura como método para prohibir la entrada en el país de los inmigrantes de razas inferiores. A los diez años de su fundación, incluía a destacados profesores universitarios, banqueros e intelectuales.

Toda esta combinación de factores hizo que Estados Unidos fuera un campo fértil donde las venenosas aguas de la eugenesia hicieron florecer vigorosamente la semilla de un racismo presente desde mucho tiempo atrás al otorgarle la dignidad de una teoría científica. La eugenesia suponía una excusa perfecta (y «científica») para frenar esta invasión bárbara bajo la premisa de que la pureza genética nacional debía mantenerse alejada de las razas inferiores.

Para los eugenistas norteamericanos (fieles seguidores de Galton), la inteligencia era innata, heredada e imposible de ser modificada por factores ambientales. Además, casi todos los aspectos relevantes de la conducta humana dependían de ella. Una baja inteligencia era la causa del comportamiento delictivo de los criminales y del comportamiento desordenado de los asociales. Todas aquellas personas incapaces de adaptarse a su ambiente y de ajustarse a las normas sociales o de comportarse con sensatez eran deficientes mentales. Por genética, unas razas eran más inteligentes que otras y por ello había que evitar la contaminación de las razas superiores (léase, la élite WASP). Sus esfuerzos se centraron en detectar a estas personas, evitar su entrada desde el exterior e impedir la reproducción de quienes ya se encontraban dentro.

CHARLES DAVENPORT Y LA *EUGENICS RECORD OFFICE*

El principal promotor de las ideas eugenésicas en Estados Unidos fue Charles Davenport, un biólogo de Harvard que importó el movimiento británico después de viajar a este país en 1897 para encontrarse con Galton. Al año siguiente se trasladó a Nueva York para dirigir el Laboratorio de Biología de Cold Spring Harbor, un centro para el estudio de la evolución. En 1904 convenció al Instituto Carnegie de Washington (fundado por el magnate del acero Andrew Carnegie, considerado el segundo hombre más rico de la historia) para crear en un terreno adyacente el Instituto Carnegie para la Evolución Experimental, donde trabajaron biólogos notables como George H. Shull y Thomas Huant Morgan, que adoptando los métodos de Mendel centraron su labor en la transmisión de rasgos hereditarios de una generación a la siguiente.



Charles Davenport, líder e impulsor del movimiento eugenésico en Estados Unidos.

La utilización de plantas y de animales en los experimentos evolutivos del Instituto y su interés personal en la crianza de pollos de raza hicieron que Davenport se hiciera miembro de la American Breeders Association (ABA) o Asociación Americana de Criadores, una organización de agricultores fundada en 1903 por Willet M. Hays con el objetivo de conseguir mejorar las cosechas y el ganado mediante la aplicación de los conocimientos genéticos. Entre sus socios fundadores se encontraron Alexander Graham Bell, el entomólogo Vernon Lyman Kellogg, el ictiólogo y rector de la Universidad de Stanford (California) David Starr Jordan y el botánico y horticultor Luther Burbank, criador de las famosas patatas. En 1906, por iniciativa de Davenport, dentro de la ABA se creó un Comité de Eugenesia, dedicado a mejorar las variedades de reserva humana, tal y como se había logrado mejorar el ganado por medio de la selección y reproducción de los ejemplares más productivos y las cosechas mediante la selección de las plantas de mejor calidad. La ABA fue la primera organización explícitamente eugenésica de los Estados Unidos; la primera en popularizar temas como la crianza selectiva de las razas superiores, la amenaza biológica de las especies inferiores y la necesidad de controlar la herencia humana.

David Starr Jordan fue nombrado presidente del recién creado comité y Davenport, secretario. Jordan había escrito en 1902 *La sangre de una nación,* donde afirmaba que la sangre (rasgos genéticos) era la base inmutable de la raza. Este comité reunió a los más importantes seguidores del movimiento eugenésico norteamericano, como Robert DeCourcey Ward y Prescott Farnsworth Hall, los fundadores de la Inmigration Restriction League; el psicólogo Henry H. Goddard,

director de investigaciones de la New Jersey Home for the Education and Care of Feebleminded Children (Hogar de New Jersey para la Educación y el Cuidado de Niños Débiles Mentales), en Vineland; Walter E. Fernald, una de las personas más influyentes en el campo del retraso mental y primer director de la Massachusetts School for Idiotic Children (Escuela de Massachusetts para Niños Idiotas) y Edward L. Thorndike, profesor de Psicología Educacional en la Universidad de Columbia, director de su Instituto de Investigación Pedagógica y uno de los pioneros de la psicología del aprendizaje.

El comité se dedicó a «investigar y reportar sobre la herencia en la raza humana» y a «enfatizar el valor de la sangre superior y la amenaza para la sociedad que representa la sangre inferior». Davenport sostenía que cada rasgo de carácter era producido por un gen específico, de tal modo que la «buena sangre» contenía el soporte hereditario de todas las cualidades indispensables para triunfar: la inteligencia y la salud física. Por el contrario, la «mala sangre» era el soporte de todos los defectos físicos, psíquicos y morales. Al igual que Galton, Davenport no daba ninguna importancia a la influencia del medio ambiente y la educación sobre la formación de la personalidad. Como dejó escrito en 1905 en *La herencia en relación con la eugenesia*, los italianos «tendían a cometer delitos de violencia personal» y los judíos mostraban «la mayor proporción de delitos contra la castidad y en conexión con la prostitución, los más ruines de todos los delitos».

El comité creó varios subcomités especiales encargados de propagar las ideas eugenésicas en las universidades y otras influyentes instituciones. Las teorías pseudocientíficas de Davenport sedujeron a muchos miembros de la élite, pues aportaban las pruebas que justificaban la explotación de las clases más bajas y el capitalismo salvaje. En 1910, Davenport y su mano derecha, el biólogo Harry Laughlin, convencieron a la pudiente señora Mary Williamson Harriman (viuda del magnate del ferrocarril Edward H. Harriman) para que aportara fondos destinados a la creación de la Eugenics Record Office (ERO) u Oficina de Registros Eugenésicos, con sede también en Cold Spring Harbor. A partir de 1917, la ERO fue financiada por el Instituto Carnegie. También recibió generosas aportaciones del millonario Samuel Fels y del petrolero John D. Rockefeller (considerado el hombre más rico de la historia). Rockefeller había dicho que «el crecimiento de un negocio no es sino la supervivencia del más fuerte» y que «la belleza de esa rosa americana que es la prosperidad económica solamente ha podido producirse a costa de sacrificar los esquejes que pugnaban por crecer a su alrededor». Esto nos da una idea de cómo el movimiento eugenésico contó desde el primer momento con el apoyo de las grandes fortunas norteamericanas.

La institución se dedicó a acumular datos genealógicos obtenidos mediante el envío de formularios a cientos de familias para probar la transmisión hereditaria de características como la aptitud literaria, el oído musical, la debilidad mental, la criminalidad y hasta la maestría en la construcción de barcos. También se obtuvieron

datos por medio de los registros de las prisiones, hospicios, hogares para pobres y hogares para ciegos y mediante la labor de campo que realizaron los trabajadores de la ERO, recogiendo datos puerta por puerta. Algunas familias contribuyeron orgullosamente proporcionando información sobre sus logros intelectuales o artísticos, mientras que otras lo hicieron buscando consejo sobre su aptitud eugenésica para futuras uniones. Más allá de estas motivaciones, los investigadores estaban más interesados en buscar impedir la transmisión de rasgos indeseables, de defectos genéticos que se heredarían de forma mendeliana y que se manifestarían como comportamientos anormales o degenerados, incluyendo el alcoholismo, la dependencia social, el nomadismo y las tendencias criminales. Asumieron que estos comportamientos anormales podían explicarse por factores puramente genéticos con exclusión casi total de factores ambientales como la educación. Las conclusiones fueron que muchos de estos rasgos disgénicos se asociaban con la pobreza, las minorías étnicas y raciales y un bajo nivel de inteligencia. Como no disponían de ningún método para medir la inteligencia, al igual que Galton, los eugenistas norteamericanos la identificaron con los méritos académicos. Sacaron la conclusión de que existían grupos raciales que, por herencia, eran menos inteligentes, lo que conllevaba una «carencia de control moral» que les hacía comportarse de una forma peligrosa para la sociedad. Al no dar ninguna importancia a la influencia del medio ambiente, no debía permitirse que estos elementos asociales irrecuperables siguieran procreando ni mezclándose con las razas superiores, a las que podrían acabar degenerando. Se trataba, en definitiva, de evitar un suicidio racial.

Los eugenistas norteamericanos realizaron un trabajo muy imperfecto al definir los criterios para la medición de muchos de los rasgos que estudiaron. Además, muchos de los datos fueron forzados para ajustarse a los simples modelos mendelianos. El mejor ejemplo es el de la *talasofilia* o amor por el mar. Después de analizar la genealogía de marineros notables (incluyendo al almirante Nelson), Davenport concluyó que todos estos personajes compartían los mismos rasgos hereditarios, y que este rasgo debía estar «ligado o restringido al sexo», ya que sólo los hombres lo poseían. Hoy resulta obvio que no consideró otras explicaciones igual de probables, como que los hijos de oficiales navales crecían en un ambiente dominado por los barcos o las historias sobre el mar, o que a las mujeres se les prohibía tener ocupaciones relacionadas con la marina hasta comienzos del siglo XX.

Además, parte de la información recogida fue de manera casual o informal. Con demasiada frecuencia, los datos eran completados por familiares o por terceros y en ocasiones eran meras habladurías. Muchas de las genealogías eran ejemplos de caracterizaciones de grupos sociales desfavorecidos (pobres y sin educación) más que estudios genéticos rigurosos. Tenían poco que ver con la herencia y más con patrones de comportamiento adquiridos relacionados con el medio ambiente. En 1935, una revisión científica de la ERO concluyó que toda la información recogida durante el cuarto de siglo precedente no tenía ningún valor desde el punto de vista genético.

La labor de la ERO fue desarrollada por varios comités: el Comité sobre la Herencia de los Rasgos Mentales, del que formaban parte Robert M. Yerkes y Edward L. Thorndike; el Comité sobre la Herencia de la Sordomudez, que incluía entre otros a Graham Bell; el Comité de Esterilización de Laughlin y el Comité sobre la Herencia de la Debilidad Mental, de Henry H. Goddard. La debilidad mental era un cajón de sastre que englobaba el retraso mental, las dificultades de aprendizaje y las enfermedades mentales. Dentro de los deficientes mentales, dos categorías eran generalmente aceptadas a principios de siglo: los idiotas eran incapaces de alcanzar un dominio pleno de la palabra y tenían edades mentales inferiores a los tres años; los imbéciles no podían alcanzar un dominio pleno de la escritura y sus edades mentales variaban entre los tres y los siete años. Para los eugenistas, estas personas no suponían una amenaza para la salud racial, pues eran fácilmente identificables. En palabras de Goddard, «el idiota no constituye nuestro problema más grande. Sin duda, es repugnante. […] Con todo, vive su vida; está perdido. No engendra hijos como él, que comprometan el futuro de la raza». La verdadera amenaza eran aquellos infiltrados, una «quinta columna» de personas cuyas edades mentales variaban entre los ocho y los doce años, que eran muy difíciles de identificar y que, por lo tanto, podían prosperar y propagarse. Los franceses los llamaban *débile* [débil], y los anglosajones utilizaban el término *feeble-minded* [débiles mentales]. Goddard acuñó el término *morons* [morones], inspirándose en una palabra griega que significaba ‘tonto’), para designar a estas personas. Los morones no podían ser identificados porque los eugenistas no contaban con ninguna herramienta para medir la inteligencia.

HENRY H. GODDARD, LA AMENAZA DE LOS DÉBILES MENTALES Y LOS TEST DE INTELIGENCIA

En 1912, Goddard publicó *La familia Kallikak: Un estudio sobre la herencia de la debilidad mental*. Goddard se inspiró en el libro que Richard Dugdale publicó en 1877, un estudio sobre una familia a la que se refirió como los Jukes, iniciada por Margaret, a la que llamó «la madre de los criminales». Dugdale afirmó que, a lo largo de setenta y cinco años, sus descendientes (todos ellos retrasados mentales o delincuentes) habían costado al estado de Nueva York la astronómica cifra para la época de 1,25 millones de dólares.

En *La familia Kallikak*, Goddard recogió el árbol genealógico de un soldado al que llamó Martin Kallikak, un pseudónimo formado por la unión de las palabras griegas *kalos* y *kakos* (bueno y malo, respectivamente), fundador de un linaje al que pertenecía una de sus internas, Deborah Kallikak. Durante la guerra de la Independencia, Martin había seducido a una camarera retrasada mental, con la que tuvo un hijo. Al acabar la contienda, el soldado volvió a casa y se casó con una joven cuáquera, perteneciente a una respetable familia. Según Goddard, de los cuatrocientos ochenta descendientes de la primera unión, treinta y tres habían sido depravados

sexuales; cuarenta y ocho, borrachos; tres, epilépticos y ciento cuarenta y tres, débiles mentales. Ninguno de los 496 descendientes del matrimonio de Martin había presentado ningún problema mental y todos habían llegado a ser ciudadanos respetables. Hoy en día, puede parecer fuera de toda lógica que Goddard no tuviera en cuenta la relación con el medio en que ambas ramas se criaron. Evidentemente, no es que una baja inteligencia conlleve una conducta criminal, sino que, sencillamente, ambos fenómenos tienen un origen común: la pobreza. Pero como dice Carles Lalueza Fox en *Dioses y monstruos:* «Los gobiernos siempre han encontrado más fácil luchar contra el criminal que contra la pobreza y la incultura».



Los efectos de la buena y la mala herencia
en los descendientes de Martin Kallikak.

Sin embargo, la conclusión que sacó el psicólogo fue que existía una clara relación entre inteligencia y moralidad, y que estas características eran hereditarias. La debilidad mental estaba regida por las leyes de la herencia y era dependiente de un gen que, sin duda, era recesivo en la inteligencia normal. «La inteligencia normal parece ser un carácter dominante, que se transmite de un modo realmente mendeliano», concluyó.

Si se suprimían los deficientes mentales de una población, también desaparecería la criminalidad, y como la deficiencia mental dependía de un solo gen, la solución era

bien simple: impedir que los deficientes mentales de dentro del país tuvieran descendencia y prohibir la entrada a los de fuera. Aunque Goddard no se oponía a la esterilización, pensaba que esta política, efectuada a gran escala, sería demasiado impopular como para ser llevada a cabo. Por ello, proponía su internamiento en instituciones como la suya de Vineland, donde podrían comportarse de acuerdo a sus posibilidades biológicas y se les podría mantener sexualmente inactivos. Además, aportaba argumentos de índole económica:

> Si esas colonias se habilitan en número suficiente como para cobijar a todos los casos claros de debilidad mental que existen en la comunidad, remplazarían a gran parte de las casas de beneficencia y cárceles que hoy funcionan, y reducirían sensiblemente la población de nuestros manicomios. Dichas colonias permitirían ahorrar cada año todas las pérdidas en bienes y en vidas que provocan estos individuos irresponsables, por lo que se compensaría casi todo, o todo, el gasto necesario para construir los nuevos edificios.

Para medir la inteligencia, Goddard introdujo en Estados Unidos los test ideados por el francés Alfred Binet (1857-1911). Con ellos, intentó demostrar que la inteligencia era básicamente hereditaria, sin tener en cuenta que estos test sólo medían de forma relativa determinadas aptitudes escolares en un contexto cultural muy concreto, ya que habían sido diseñados para obtener una clasificación estandarizada del rendimiento escolar de los niños.

En 1904, el ministro de Educación francés encargó a Binet el desarrollo de técnicas que permitiesen identificar a los niños cuyo fracaso escolar sugiriera la posibilidad de proporcionarles algún tipo de educación especial. Binet seleccionó una serie de tareas relacionadas con la vida cotidiana, pero que entrañaban procedimientos racionales básicos como el ordenamiento, la comprensión, la invención y la corrección. Para intentar «separar la inteligencia natural de la educación», dejó de lado las habilidades aprendidas, como la lectura, la escritura o el aprendizaje memorístico. Unos examinadores, previamente adiestrados, aplicaban los test de forma individual. Binet atribuyó a cada tarea un nivel de edad, definido como aquel en el que un niño de inteligencia normal era capaz por primera vez de realizar con éxito dicha tarea. El niño empezaba a realizar las tareas que correspondían al primer nivel de edad, y luego iba realizando tareas sucesivas hasta que llegaba a las de un nivel que no podía realizar. Su edad mental venía dada por la edad correspondiente a las últimas tareas que no había podido realizar, y su edad intelectual se determinaba restando esa edad mental de su edad cronológica real. Si un niño presentaba una edad mental muy inferior a la de su edad cronológica, podía ser seleccionado para el programa de educación especial. En 1912, el psicólogo alemán W. Stern llegó a la conclusión de que lo importante no era la diferencia

absoluta, sino la relativa entre la edad mental y la cronológica. Evidentemente, es mucho más grave una disparidad de dos años en un niño de cuatro que la misma disparidad en un adolescente de dieciséis. Por ello propuso que la edad mental debía dividirse de la edad cronológica, y así nació el cociente mental.



Inmigrantes en la isla de Ellis a comienzos del siglo XX.

Para Binet, la inteligencia no era una realidad fija y heredada, sino algo que se desarrolla con el apoyo de una educación adecuada. Advirtiendo de los riesgos que sus test comportaban, insistió en que no medían la inteligencia como una realidad innata o permanente, que la puntuación servía simplemente para identificar las carencias que la educación tenía que corregir y que los resultados bajos nunca tenían que tomarse como una etiqueta de incapacitado, sino como una posibilidad de mejora.

Entre 1900 y 1910 entró un millón anual de inmigrantes a los Estados Unidos. Este país no tuvo leyes de inmigración hasta 1875, cuando se prohibió la entrada en el país de exconvictos y prostitutas. El 3 de agosto de 1882, el Congreso había aprobado una nueva Acta de Inmigración que daba poderes a las autoridades para denegar la entrada a «idiotas, lunáticos y personas que representaran algún riesgo de convertirse en una carga pública». Pero ¿cómo detectarlos entre los cien mil inmigrantes que llegaban cada día a la isla de Ellis? Alguien pensó que, tal vez, los test de Goddard podrían ser útiles.

En 1912, el Comisionado de Inmigración de los Estados Unidos invitó a Goddard para que revisara las condiciones en que se realizaba el control de los inmigrantes. Escogió a un individuo que le pareció deficiente de entre un grupo que ya había pasado con éxito las entrevistas, inspecciones y exámenes médicos y, con la ayuda de un intérprete, lo sometió al test. Obtuvo un resultado de ocho. Alentado por esta

experiencia, recaudó fondos y, en la primavera de 1913, envió a dos de sus colaboradoras para que realizaran un estudio más cuidadoso. Debían ser capaces de reconocer a los débiles mentales con una simple inspección visual (para Goddard, las mujeres tenían una capacidad de observación más fina que la de los hombres). Escogieron a treinta y cinco judíos, veintidós húngaros, cincuenta italianos y cuarenta y cinco rusos, y los sometieron al test. Los resultados fueron sorprendentes: un 83 % de los judíos, un 80 % de los húngaros, un 79 % de los italianos y un 87 % de los rusos eran débiles mentales. Goddard llegó a la conclusión de que «ahora nos llega lo peor de cada raza», y de que los resultados de su estudio «proporcionaban importantes consideraciones con vistas a decisiones futuras, tanto científicas como sociales y legislativas», anticipando las restricciones que la ley impondría una década después. Los prejuicios sociales de Goddard se impusieron sobre los principios de Binet, al no tener en cuenta que la mayoría de los inmigrantes ni sabía hablar inglés ni conocía la historia, la cultura ni la idiosincrasia de los norteamericanos.

Aunque fue Goddard quien introdujo los test de inteligencia en Estados Unidos, quien más luchó para popularizarlos fue Lewis M. Terman (1877-1956), profesor de Psicología en la Universidad de Stanford. Terman estandarizó el test y unificó la escala de tal forma que el resultado del sujeto medio fuese de cien en cada edad cronológica y niveló también la variación entre individuos introduciendo una desviación típica de quince puntos en cada edad cronológica. Dio a su revisión el nombre de test Stanford-Binet, y en 1916 empezó a emplear el término Cociente Intelectual o CI para referirse a los valores por él obtenidos. Su test no precisaba la valoración individual de cada sujeto, sino que podía aplicarse a grupos en apenas treinta minutos, y es el referente de todos los test escritos comercializados desde entonces. Terman pensaba que su test debía ser de aplicación universal, pues no sólo era útil para detectar a los débiles mentales, sino también para encauzar a los biológicamente aptos hacia las profesiones adecuadas a sus diferentes cocientes intelectuales. Quienes obtuvieran las mayores puntuaciones (un CI superior a ciento quince o ciento veinte) ocuparían los puestos de mayor responsabilidad en la sociedad, mientras que aquellos que tuvieran las puntuaciones más bajas sólo podrían desempeñar diferentes tipos de trabajos manuales. En cuanto a aquellos cuya inteligencia fuera demasiado baja, la solución era recluirlos e impedir su reproducción, pues la falta de inteligencia conducía a la inmoralidad y al comportamiento criminal: «No todos los criminales son débiles mentales, pero todas las personas que padecen de debilidad mental son al menos criminales en potencia. Parece indiscutible que toda mujer que sufre de debilidad mental es una prostituta en potencia. El juicio moral, como el juicio comercial, el juicio social o cualquier otro proceso mental superior, es una función de la inteligencia. La moralidad no puede florecer ni fructificar si la inteligencia sigue siendo infantil».

Desde el punto de vista económico, Terman sostenía que una de las aplicaciones más productivas de los test de inteligencia era que, al identificar y apartar de la

sociedad a estas personas, se evitaría «el coste tremendo del vicio y del crimen, que con toda probabilidad asciende a no menos de quinientos millones de dólares por año sólo en Estados Unidos».

Evidentemente, también para Terman la inteligencia era hereditaria. Tras medir el CI de veinte niños internados en un orfanato de California, llegó a la conclusión de que diecisiete eran débiles mentales, a pesar de «las condiciones ambientales tan estimulantes para el desarrollo mental normal» que ofrecía la institución (sin describir estas condiciones), y que la mayoría de dichos niños procedía de clases sociales inferiores (aquellas con un CI más bajo). Estos niños «sólo pueden asimilar una educación elemental. Ningún esfuerzo educativo permitirá que lleguen a ser votantes inteligentes o ciudadanos capaces», y debían ser «segregados en aulas especiales». Como muestra de sus prejuicios raciales, pasaba de las clases sociales a las razas, afirmando que «su estupidez parece ser de origen racial». El hecho de que presentaran un nivel de inteligencia «que encontramos con una frecuencia extraordinaria entre los indios, los mexicanos y los negros» le hacía concluir en la necesidad de «abordar el problema global de las diferencias raciales con respecto a la inteligencia desde una nueva perspectiva y a través de métodos experimentales». Terman predecía que cuando se hiciera esto, «aparecerán diferencias raciales enormemente significativas en el terreno de la inteligencia general, diferencias que ningún programa de desarrollo mental será capaz de borrar».

El test de Terman presentaba los mismos fallos que el de Goddard. Las únicas respuestas correctas eran las que había prestablecido, es decir, que los resultados debían ser los esperados, por lo que desestimaba otras respuestas, por muy originales que fueran. Como el resto de eugenistas, buscaba unos datos objetivos que apoyaran sus prejuicios. Sus expectativas correspondían a normas sociales, por lo que más que medir algo tan sumamente abstracto como la inteligencia, lo que hacían era medir la familiaridad con el comportamiento habitual.

Poco importaba eso. Los eugenistas y los racistas se mostraron encantados. Por fin disponían de una nueva herramienta, objetiva y cuantitativa, para apoyar sus planteamientos. Sólo hacía falta esa nueva perspectiva de la que hablaba Terman, un estudio que contara con los suficientes datos numéricos. La Primera Guerra Mundial les brindó una oportunidad de oro.

ROBERT MEAN YERKES Y LOS TEST DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO

Robert Mean Yerkes era profesor de Psicología Comparada en la Universidad de Harvard, y en febrero de 1917, presidente de la American Psychological Association (APA). Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Yerkes vio en el conflicto bélico un medio para acelerar la respetabilidad de la profesión, pues estaba deseoso de otorgar de una vez por todas a la psicología la categoría de ciencia que muchos le negaban. Su objetivo era demostrar que la psicología podía prestar valiosos servicios a la

nación, aun en tiempo de guerra. Para ello hizo muchas propuestas, incluyendo métodos para seleccionar y reconocer a los reclutas con debilidad mental, así como métodos de asignación de los reclutas a puestos en el Ejército según su capacidad intelectual. La APA llegó a organizar hasta doce comités, encargados de investigar las motivaciones del soldado, su moral, los problemas psicológicos causados por incapacidades físicas y la disciplina. El Ejército se mostró escéptico ante las demandas de los psicólogos y finalmente sólo se aprobaron un número moderado de propuestas; sólo aquellas que implicaban la evaluación de los reclutas.

El Comité para la Evaluación Psicológica de los Reclutas fue coordinado por Yerkes, que se rodeó de todos los grandes representantes de la teoría hereditaria de la inteligencia, incluyendo a Goddard y Terman. Se reunieron por primera vez en la Escuela Práctica de Vineland en mayo de 1917, y para mediados de julio ya habían desarrollado unos test cuya intención era clasificar al contingente de reclutas de acuerdo con su capacidad mental y seleccionar a quienes debían ocupar puestos de responsabilidad.

Los test fueron de tres tipos. Quienes sabían leer y escribir debían pasar por una prueba escrita llamada Test Alfa, los analfabetos debían pasar una prueba con figuras llamada Test Beta, y quienes fracasasen en este test, debían superar una prueba individual.

Los test se realizaron a los reclutas en condiciones lamentables: falta de tiempo, carencia de instalaciones adecuadas, falta de colaboración (e incluso franca hostilidad) de las autoridades militares… Los resultados son el reflejo de estas condiciones. Sin embargo, los psicólogos ni siquiera se plantearon que pudiera haber ninguna posibilidad de error en el diseño de los test, en su manera de aplicarlos ni en su forma de interpretar los resultados. 1.726.000 reclutas fueron sometidos a los test.

La edad mental media de los blancos adultos norteamericanos era de 13,08; una cifra preocupante, justo por encima del límite de la debilidad mental. Goddard calculó que cuarenta y cinco millones de norteamericanos blancos tenían una edad mental inferior a trece años, y se mostró horrorizado pensando que algún día podían tomar el poder. Concluyó que la democracia norteamericana debía replantearse, y que las instituciones deberían dejar de malgastar millones de dólares en ayudas a los pobres, pues no tenían ninguna utilidad. A Yerkes, el hecho de que el 47,3 % de los reclutas fueran débiles mentales le hizo aceptar que «la debilidad mental, tal como es definida en la actualidad, parece muchísimo más frecuente de lo que se supuso en un principio».

Además, los inmigrantes europeos provenientes del sur de Europa y de Europa Oriental eran menos inteligentes que los del oeste y el norte de Europa. El negro se situaba en el extremo inferior de la escala, con una edad mental de 10,41 años. Para verificar otro de los prejuicios eugenésicos, pasaron el test a las prostitutas que merodeaban por los campamentos militares. Comprobaron que el 53 % (el 44 % de las blancas y el 68 % de las negras) tenían una edad mental inferior a diez años.

C. G. Brigham, discípulo de Yerkes y profesor auxiliar de Psicología en la Universidad de Princeton, recogió los resultados de los test del Ejército en su obra *Un estudio de la inteligencia americana* (1923). En el prólogo, Yerkes advertía del peligro de «desconocer la amenaza de la degeneración de la raza ni las relaciones evidentes que existen entre la inmigración, el progreso y el bienestar de la nación». Para Brigham, las naciones europeas eran mezcla de tres razas puras originales: los nórdicos, los alpinos y los mediterráneos. Examinó los resultados obtenidos en los test del Ejército para los inmigrantes pertenecientes a cada uno de estos grupos y llegó a la conclusión de que los más inteligentes eran los nórdicos (12,28), seguidos de los alpinos (11,67) y los mediterráneos (11,67). La inferioridad de estos pueblos (italianos, griegos, turcos, húngaros, polacos, rusos y otros eslavos, incluyendo a los judíos, que consideró eslavos alpinos) era un hecho que no aceptaba discusión. Brigham se quejaba de que las perspectivas para el futuro de los Estados Unidos fueran bastante lúgubres. Era necesario tomar medidas no sólo frente a la «amenaza europea», sino también frente a la amenaza de los débiles mentales del interior del país:

> Sin duda, ha de ser la ciencia, y no las condiciones de carácter político, la que dicte las medidas que deben adoptarse para preservar o incrementar nuestra actual capacidad intelectual. La inmigración no sólo tiene que ser limitada sino también muy selectiva. Y la revisión de leyes relativas a la inmigración y la naturalización sólo permitirá aliviar apenas las dificultades con que nos enfrentamos. Las medidas realmente importantes son las que apuntan a la prevención de la propagación de las estirpes deficientes en la población actual.

LA *GALTON SOCIETY*

En 1918, Davenport y Madison Grant, un virulento racista y un activista antiinmigración, fundaron la Galton Society de Nueva York. Grant había publicado en 1916 *El ocaso de la gran raza. La base racial de la historia europea,* uno de los más famosos, exaltados e influyentes trabajos sobre racismo científico publicados en Estados Unidos. Para Grant, la raza nórdica (una ambigua agrupación biológico-cultural procedente de Escandinavia) era el grupo social responsable del desarrollo humano, «una raza de soldados, marinos, aventureros y exploradores, pero sobre todo de gobernantes, organizadores y aristócratas. […] El honor, la caballerosidad y la capacidad de supervivencia en las peores circunstancias son rasgos característicos de los nórdicos». Como eugenista convencido, abogaba por la segregación e incluso la desaparición de los «tipos raciales sin valor», así como por la promoción de los «tipos raciales valiosos»:

> Un sistema rígido de selección para eliminar a los débiles e inadaptados —es decir, a los fallos sociales— solucionaría toda la cuestión en cien años y nos permitiría además librarnos de los indeseables que atestan nuestras cárceles, hospitales y manicomios. El individuo mismo puede ser nutrido, educado y protegido por la comunidad durante toda su vida, pero el Estado, mediante la esterilización, debe cuidar de que su línea termine con él, o de lo contrario caerá sobre las generaciones futuras la maldición de una carga cada vez mayor de equivocado sentimentalismo. Es esta una solución práctica, compasiva e inevitable para el problema en su conjunto, que se puede aplicar a un círculo cada vez mayor de descartes sociales, comenzando siempre con el criminal, el enfermo y el loco, y extenderse gradualmente a tipos que podemos llamar débiles más que defectuosos y quizás en última instancia a los tipos raciales sin valor.

En su libro también incluía recomendaciones para crear organizaciones civiles dependientes del sistema de salud público con poderes administrativos para aislar las razas indeseables en guetos. También era partidario de restringir la inmigración a Estados Unidos y de promover la purificación de la población norteamericana mediante reproducción selectiva. El libro terminaba haciendo notar que «si se permite que el caldero hierva sin control y seguimos haciendo caso a nuestro lema nacional y deliberadamente nos cegamos a "toda distinción de raza, credo o color", el tipo de americano nativo de ascendencia colonial se extinguirá tanto como los atenienses de la era de Pericles y los vikingos de los días de Rolo».

El ocaso de la gran raza fue enormemente popular, se reeditó en numerosas ocasiones y se tradujo a muchos idiomas, incluyendo el alemán en 1925. De hecho, como cuenta Leon Whitney en su autobiografía *Whitney Papers*, Hitler envió una carta a Grant donde le daba las gracias por escribir este libro y le decía que «era su Biblia».

Otro ferviente racista, Lothrop Stoddard, también fue miembro de la Galton Society. Stoddard, amigo y protegido de Grant, publicó en 1920 *La creciente marea negra contra la supremacía mundial blanca* y al año siguiente, *La rebelión contra la civilización. La amenaza del infrahumano,* donde advertía de las serias consecuencias de la inmigración y del «declive de la civilización nórdica».

Pero además de racistas como Grant y Stoddard, la Galton Society contaba entre sus miembros con eminentes científicos y académicos como John C. Merriam, presidente de la Institución Carnegie de Washington y el prestigioso paleontólogo y director del Museo de Historia Natural de Nueva York, Henry Fairfield Osborn (que escribió el prólogo del libro de Grant). En una carta fechada el 14 de enero de 1913, el mismísimo Theodore Roosevelt dejaba constancia a Davenport de su adhesión al movimiento: «Es obvio que si vamos a mejorar las cualidades raciales futuras, este mejoramiento debe forjarse principalmente en el favorecimiento de la fecundidad de

los tipos valiosos. […] Al presente, hacemos exactamente lo contrario. No hay control sobre la fecundidad de aquellos que son subnormales».

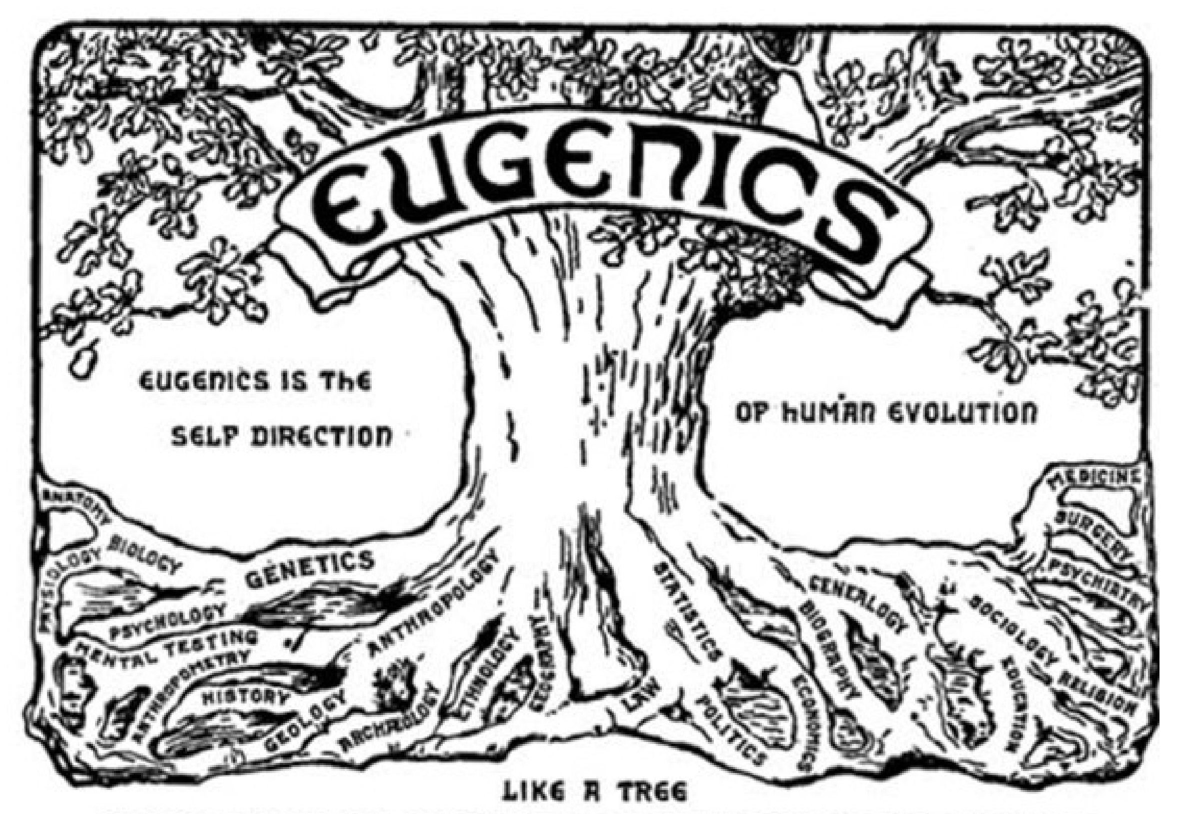
La ERO se convirtió rápidamente en el centro neurálgico de todas las actividades eugenésicas en los Estados Unidos. Su maquinaria de propaganda incluyó la publicación del boletín mensual *Eugenical News*, escrito en un lenguaje muy simple para los no iniciados, la financiación de estudios específicos, de clases de eugenesia, la creación de la Eugenics Research Association (Asociación de Investigación Eugenésica), etc. Los esfuerzos de Davenport consiguieron atraer al movimiento a destacados miembros de la comunidad científica, que incluyeron ideas eugenésicas en los cursos de muchas universidades importantes. Para 1914, las universidades de Harvard, Columbia, Cornell, Brown, Wisconsin, North Western, Clark y Utah ofrecían cursos de eugenesia.

LA *EUGENICS RECORD OFFICE* Y *EL SEGUNDO CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE EUGENESIA*

El enorme prestigio conseguido por los eugenistas norteamericanos entre la comunidad internacional hizo que en 1921 se organizara en Nueva York el Segundo Congreso Internacional sobre Eugenesia, que tuvo lugar entre el 22 y el 28 de septiembre en el Museo Americano de Historia Natural. A él acudieron trescientos delegados de países como Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica, Checoslovaquia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Japón, México, Cuba, Venezuela, India, Australia, Nueva Zelanda, San Salvador, Siam y Uruguay. Alemania y Rusia no fueron invitadas, pues fueron excluidas de muchas reuniones internacionales después de la guerra, a pesar de las excelentes relaciones que seguían manteniendo los eugenistas alemanes con los norteamericanos. El presidente fue Henry Fairfield Osborn; Madison Grant, el tesorero; Harry Laughlin, encargado de las exposiciones y Lothrop Stoddard se encargó de la publicidad.

El tono general del congreso quedó perfectamente reflejado en la conferencia inaugural, que pronunció Osborn. Dijo que América estaba entablando una batalla crucial para mantener las instituciones republicanas, que estaban amenazadas por los inmigrantes que «son incapaces de compartir las obligaciones y responsabilidades» de la democracia. Era imperativo para el Estado «salvaguardar el carácter e integridad de la raza o razas de las cuales depende su futuro». Al igual que la ciencia había «instruido al Gobierno en la prevención y la propagación de las enfermedades, también debe instruirlo en la prevención de la propagación y multiplicación de los elementos sin valor de la sociedad, la propagación de los débiles mentales, los idiotas y los enfermos físicos, intelectuales y morales». Durante los días que duró el congreso, los asistentes pudieron escuchar conferencias tanto sobre las aberraciones en los materiales cromosómicos, la herencia en los organismos unicelulares o las mutaciones como sobre el problema judío, los problemas de los matrimonios interraciales y la herencia de las enfermedades mentales o de las habilidades

musicales.



El logotipo del congreso mostraba un árbol con la leyenda «La eugenesia es el único camino de la evolución humana» y sus raíces etiquetadas con los nombres de las más prestigiosas ciencias.

Por su parte, Laughlin tampoco escatimó medios. Las exhibiciones consistieron en gráficos ilustrativos de matrimonios interraciales en Nueva York y Hawái, una estatua del varón americano medio, determinado por el Departamento de Guerra después de medir las proporciones de cien mil soldados blancos y una serie de fotocomposiciones mostrando un típico conductor de coche de caballos o un típico miembro de la Universidad de Harvard en 1897, que pretendían ilustrar la firme creencia de que el físico y el carácter estaban relacionados. Otra colección de cuadros mostraba los cerebros de cincuenta criminales presentados por el Departamento de Enfermedades Mentales de Massachusetts. También había esquemas, cuadros y moldes de yeso mostrando las diferencias entre fetos blancos y negros, un gran mapa mostrando los estados que contaban con leyes de esterilización eugenésica y pedigrís de habilidades musicales, epilepsia, alcoholismo, sífilis, debilidad mental, demencia, perversiones sexuales, nomadismo y árboles genealógicos de la tribu de Ismael, los Jukes y los Nams, así como un diagrama que mostraba «La Cercana Extinción de los Descendientes del Mayflower».

En una brillante maniobra de relaciones públicas, Laughlin consiguió que, una vez finalizado el congreso, algunas de sus exhibiciones fueran expuestas en el edificio del Capitolio, donde permanecieron durante tres meses como símbolo del

liderazgo de Estados Unidos en cuestiones eugenésicas, a la vista de quienes debatían los pros y los contras de las leyes de restricción de la inmigración y de auxilio social.

Dado el carácter internacional y la magnitud del evento, numerosos periódicos lo reflejaron en sus páginas. El discurso inaugural de Osborn fue reproducido en *Science,* y en su edición dominical del 25 de septiembre, el *New York Times* le dedicó dos extensos artículos y una editorial titulada «Los eugenistas advierten de los inmigrantes corrompidos» en la que se decía «creen [en] la restricción de la inmigración esencial para prevenir el deterioro de nuestra raza». Se decía también: «La teoría, sostenida por algunos eminentes antropólogos de que todas las razas tienen una igual capacidad de desarrollo y de que todas las cuestiones raciales, incluida la del negro, se resolverán mediante la mezcla de razas, fue vigorosamente combatida». «Uno de los ponentes más destacados —decía el *Times*— ha sido el profesor Henry Fairfield Osborn, presidente del congreso, autor de *Men of the Old Stone Age* (1915) y una autoridad en evolución». Se trataba del mismo hombre que había hablado entusiásticamente sobre los test del Ejército en los siguientes términos: «Creo que estos test valen el coste de la guerra, incluso en vidas humanas, porque han servido para mostrar claramente a nuestra gente la pérdida de inteligencia y los niveles de inteligencia de las diferentes razas que nos están llegando, de una forma que nadie puede decir que sea resultado de prejuicios. Hemos aprendido, de una vez y para siempre, que el negro no es como nosotros».

LA *AMERICAN EUGENICS SOCIETY*

Fue durante este congreso cuando se decidió crear una nueva sociedad eugenésica. Una sociedad que a diferencia de la ERO, la ERA y la Galton Society, orientadas a la investigación y al intercambio de información entre profesionales, tuviera objetivos políticos y educacionales; que se encargara tanto de concienciar a la población del grave peligro que representaban los deficientes mentales y los inmigrantes de razas inferiores como de aconsejar a los políticos sobre las medidas a tomar. La nueva sociedad recibió el nombre de American Eugenics Society (AES) o Sociedad Eugenésica Americana y su comité ejecutivo estuvo formado por Davenport, Osborn, Irving Fisher, Madison Grant, Henry Crampton, C. C. Little y Harry Olson.

En 1923, la AES decidió que sus principales esfuerzos para el futuro inmediato irían dirigidos a trabajar por la restricción de la inmigración, a enfatizar la importancia de los test de inteligencia para identificar a los débiles mentales y a conseguir su eliminación.

La orientación de la AES quedaba claramente definida en una carta enviada a diferentes personalidades en la que se solicitaba su adhesión al nuevo proyecto eugenésico: «Ha llegado el momento para un movimiento público fuerte que sea capaz de detener el curso de la temida degeneración racial. […] América necesita

protegerse frente la inmigración indiscriminada, los degenerados criminales y el suicidio racial». La carta llamaba a la resistencia contra la completa destrucción de la raza blanca. Decía que la eugenesia era el único movimiento capaz de hacer frente «a las fuerzas del deterioro racial y de mejorar el vigor, la inteligencia y la fibra moral de la raza humana». La eugenesia representaba «la forma más elevada de patriotismo y de humanitarismo» y «ofrece ventajas evidentes a nosotros mismos y a nuestros niños. Mediante las medidas eugenésicas, por ejemplo, la carga de nuestros impuestos puede ser aliviada al disminuir el número de degenerados, delincuentes y deficientes mentales mantenidos en instituciones públicas; estas medidas también aumentan la protección de nosotros mismos y de nuestras propiedades».

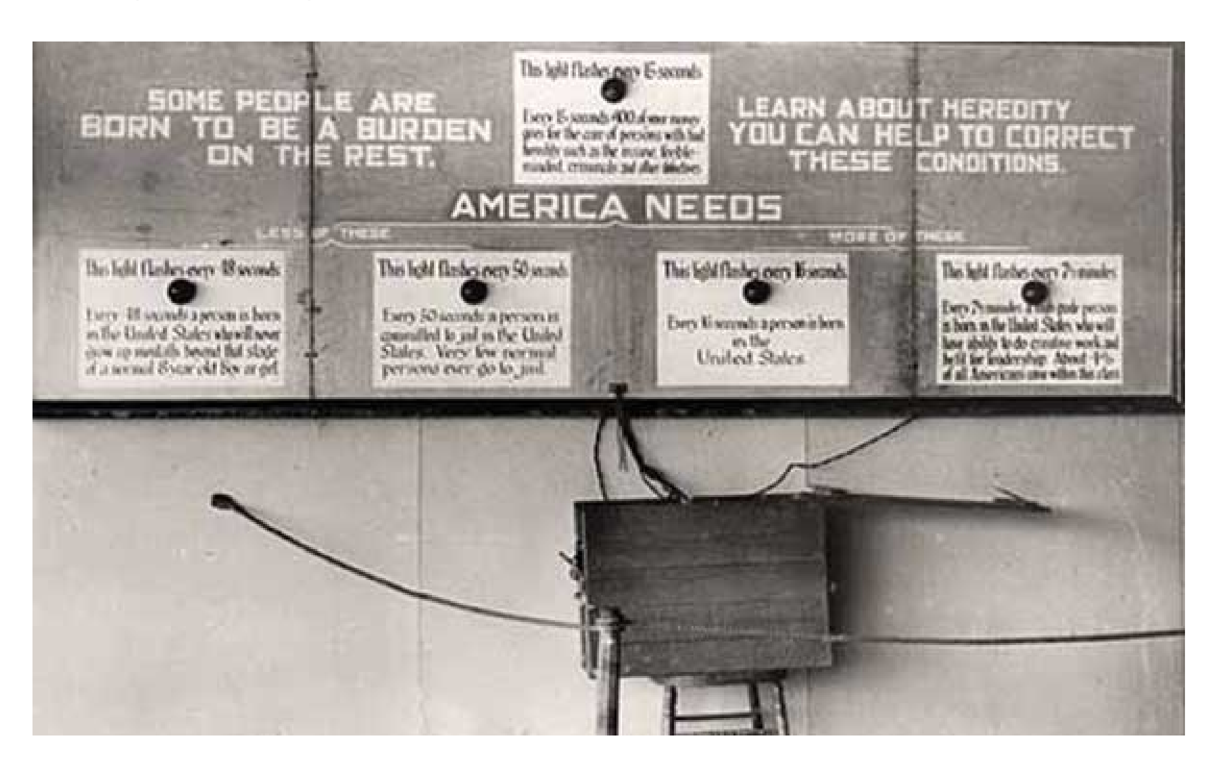
La organización creció espectacularmente durante sus tres primeros años. En febrero de 1923 contaba con cien miembros y un capital de mil dólares en el banco. El número de miembros se dobló para junio, con un capital de dos mil dólares. En 1930 contaba con mil doscientos miembros. El dinero destinado para los diferentes comités (legislación, cooperación con predicadores, educación popular, prevención del crimen, inmigración selectiva, supervisión y organización de la sociedad…) fue de unos modestos dos mil treinta dólares en 1922. Esta cifra se dobló en 1923 y en 1926 alcanzó los veinticinco mil dólares.

La AES consiguió aglutinar a los más importantes eugenistas norteamericanos, entre los que se encontraban licenciados en prestigiosas universidades como Harvard, Yale, Columbia y John Hopkins, muchos de ellos con reputaciones internacionales. Todo biólogo de renombre se unió al grupo, así como numerosos médicos, estadísticos, religiosos, educadores y filántropos. Su intención era estar presentes en todos los estamentos sociales; hacer que la información eugenésica fuera fácilmente accesible a todo el mundo. Era fundamental hacer que la suprema importancia de los factores biológicos en la vida del ser humano fuera una parte integral del sistema educativo, empezando por la escuela elemental, donde veían muy deseable fomentar la utilización de test de inteligencia para seleccionar las ocupaciones y los programas educacionales tanto de los niños más dotados como de los normales. Querían hacer que las ideas esenciales de la eugenesia fueran tan familiares a los niños como la tabla de multiplicar, usando para ello libros de texto y manuales para profesores. La educación eugenésica seguiría después con cursos en los institutos y las universidades. La AES dedicó muchos esfuerzos a introducir la eugenesia en las facultades de Derecho y Medicina, pues creían que estos profesionales serían los pilares sobre los que construir una sociedad eugenésica. Los médicos debían ser quienes determinaran quién podía tener descendencia y quienes, lógicamente, llevaran a cabo las esterilizaciones, apoyados por políticos y juristas.

Y más allá. La educación eugenésica debía superar los confines del sistema educativo. Debía estar presente en los periódicos, las iglesias, los Boy Scouts, las escuelas de verano, las ferias estatales, los sanatorios mentales, los foros de debate, el Ejército, los tribunales de justicia, las bibliotecas públicas, el cine, la radio… La AES

pretendía desarrollar una «actitud y mentalidad eugenésica». Pretendía fundar una nueva religión: la religión de una raza superior.

Este grupo promovió intensas campañas en las que se repetía la idea de que los alcohólicos, los delincuentes o los retrasados mentales suponían una pesada carga para la sociedad y un evidente riesgo de degeneración colectiva. Llegaron a patrocinar esperpentos como concursos de familias ideales en los que se premiaba a aquellas familias cuyas condiciones físicas, intelectuales y educacionales resultaran óptimas para producir niños genéticamente superiores. Se celebraban en las multitudinarias ferias estatales, desde Massachusetts a Oklahoma, con gobernadores y senadores entregando personalmente los premios y periódicos locales dedicando sus primeras páginas a los ganadores.



El panel de luces de la AES. La amenaza a la sociedad americana, según los eugenistas, estaba clara: los no aptos se reproducían con gran rapidez.

En estas ferias también se aprovechaba para dar charlas eugenésicas y realizar exhibiciones, como el famoso panel con luces parpadeantes que llamaba la atención sobre varios carteles: «Algunos nacen para ser una carga para el resto. Aprende sobre herencia. Tú puedes ayudar a corregir estas condiciones», «Cada 48 segundos nace una persona en Estados Unidos que nunca alcanzará una edad mental superior a la de un niño de 8 años», «Cada 50 segundos, una persona es enviada a la cárcel en Estados Unidos. Muy pocas personas normales van a la cárcel», «Cada 15 segundos, cien dólares de los contribuyentes van al cuidado de deficientes mentales y morales» y «Sólo cada 7 minutos y medio nace una persona de alto grado que tendrá habilidad para hacer trabajos creativos y aptitudes para ser un líder». Una foto mostraba a un grupo de personas en Wall Street portando carteles donde podía leerse: «No puedo leer este cartel. ¿Con qué derecho puedo tener hijos?», «Necesito beber alcohol para

mantenerme vivo. ¿Debo transmitir este ansia a otros?», «¿Estarían las prisiones y los sanatorios mentales llenos si los de mi clase no tuvieran hijos?», «¿Debería permitírseme reproducirme?».

La AES también patrocinó concursos en los que se entregaban premios en metálico a aquellos predicadores que mejor incorporaran el discurso eugenésico en sus sermones, pues aunque la eugenesia fue rechazada por la Iglesia católica, sí fue aceptada y convertida en dogma por otras comunidades religiosas.



Uno de los concursos de familias ideales organizados por la AES.

Gracias a la labor llevada a cabo por los eugenistas, en la década de 1920 la eugenesia ya formaba parte de la cultura popular de los Estados Unidos. Los cursos en las más prestigiosas universidades, los capítulos en los libros de texto de los institutos y las campañas de divulgación popular, todo ello avalado por los supuestos estudios científicos, habían conseguido que fuera considerada una ciencia legítima y que la segregación y esterilización de los deficientes y la restricción de la inmigración fueran tomadas muy en serio como políticas necesarias para mantener la cultura norteamericana. Un domingo, una familia media norteamericana WASP podía asistir a la feria del estado, participar en el concurso y ver las exhibiciones, asistir al sermón eugenésico de su parroquia y por la tarde, ir al cine a ver *La cigüeña negra*, escrita y protagonizada por el doctor Harry Haiselden, un tocólogo del Chicago’s German-American Hospital, partidario de la eugenesia y la eutanasia para niños nacidos con

graves malformaciones, donde se animaba de manera explícita a las parejas a someterse a exámenes físicos que valoraran su aptitud antes de contraer matrimonio y a los padres a permitir que los recién nacidos con algún defecto murieran. Haiselden saltó a la fama en 1915, por el llamado caso Baby Bollinger, cuando convenció a Anna y Allen Bollinger para que dejaran morir a su hijo, nacido con graves malformaciones. El niño murió cinco días más tarde y el *Chicago Daily Tribune* se hizo eco del suceso, lo que dio lugar a un debate nacional. El doctor declaró a los periódicos que había permitido morir a otros niños defectuosos durante la década anterior y no sólo no brindándoles ningún cuidado, sino también mediante inyecciones de narcóticos. Escribió artículos y dio conferencias donde habló de la necesidad de proteger a la sociedad de lo que llamó «vidas sin valor» e incluso invitó a periodistas al hospital para que fueran testigos de sus procedimientos. Nunca fue llevado ante los tribunales.

En la película, una mujer cuyo marido no le ha informado de que es portador de una tara hereditaria, da a luz un hijo que al nacer muestra el defecto en cuestión. El médico la apremia para que lo deje morir, bien retirándole el tratamiento o mediante una medicación letal. Ella accede después de tener una visión de cómo será el futuro del niño. En su juventud, es objeto de burlas por su cojera y su espalda encorvada. De adulto, se hunde en el crimen y la desesperación, y finalmente engendra una prole de niños discapacitados. En el momento más dramático de la película, la madre le dice a su médico: «Dios me ha mostrado en una visión lo que sería la vida de mi hijo. Sálvele de ese destino». El doctor responde a su ruego aplicando la eutanasia al niño. En un cartel promocional de la película podía leerse: «Mata a los deficientes, salva a la Nación y acude a ver *The Black Stork (La cigüeña negra)*». Estrenada en 1917, estuvo exhibiéndose hasta 1942.

LAS LEYES DE ESTERILIZACIÓN NORTEAMERICANAS

En esos momentos, varios estados contaban ya con leyes de esterilización. El primero había sido Indiana, que en 1907 había promulgado una ley de esterilización forzosa para los delincuentes reincidentes, los idiotas y los violadores. En 1904 ya se había prohibido el matrimonio a los deficientes mentales, a los portadores de enfermedades transmisibles y a los alcohólicos, exigiéndose aportar un certificado médico a quienes desearan contraer matrimonio.

La ley de esterilización establecía que «teniendo en cuenta que la herencia ocupa el lugar más importante en la transmisión de la tendencia al delito, la idiotez y la imbecilidad», los directores de los institutos donde se hallaran recluidos debían nombrar una comisión compuesta por dos médicos especialistas que deberían examinar a estos individuos. Cuando la comisión estableciera que sus condiciones físicas y psíquicas aconsejaban evitar su descendencia, se realizaba la intervención.

Anteriormente, ya desde 1902 y sin contar con ninguna cobertura legal, el doctor

Harry Clay Sharp, médico del Indiana Reformatory de Jeffersonville, ya había esterilizado a decenas de sus internos. Alegaba que de esta forma acababa con las prácticas masturbatorias, que consideraba una de las principales causas de degeneración. En un artículo que publicó ese año en el *New York Medical Journal* animaba a sus compañeros a ejercer presión para que se dictaran leyes de restricción de los matrimonios y para que se concediera autoridad legal a los directores de las instituciones para ordenar la esterilización de todos los varones internados en casas de beneficencias, asilos para dementes, institutos para débiles mentales, reformatorios y prisiones. En 1906 afirmó haber realizado doscientas seis vasectomías previas a la promulgación de la ley. Sharp contó con el apoyo del influyente clérigo Oscar McCulloch, de David Starr Jordan (entonces rector de la Universidad de Indiana) y del secretario del Consejo de Salud del Estado de Indiana, el doctor John Newell Hurty (más tarde presidente de la Asociación Americana de Salud Pública).

A Indiana le siguió California, que en 1910 aprobó una ley que permitía esterilizar a los enfermos mentales y a los deficientes psíquicos internados en los hospitales psiquiátricos estatales. En este estado se dieron movimientos eugenésicos importantes, donde se entremezclaron la agricultura, la educación, la medicina y el Gobierno, por lo que fue terreno propicio para la aparición de un régimen de esterilización de gran alcance, fomentado por la Eugenics Section of the San Francisco-based Commonwealth Club of California (Sección Eugenésica del Foro de la Comunidad de California con sede en San Francisco), la Eugenics Society of Northern California (Sociedad Eugenésica de California del Norte), la California Division of the American Eugenics Society (División Californiana de la Sociedad Eugenésica Americana) y el American Institute of Family Relations (Instituto Americano de Relaciones Familiares). En California se encontraba también la sede de la Human Betterment Foundation (Fundación para el Mejoramiento Humano), una importante asociación eugenésica fundada en Pasadena en 1928 por el magnate de los cítricos Ezra Seymour Gosney, y cuya influencia tuvo mucho que ver en el enorme número de esterilizaciones que se realizaron en este estado. Al año siguiente, Gosney publicó junto a Paul Popenoe (uno de sus colaboradores) *Esterilización para la mejora humana: Un sumario de los resultados de 6.000 operaciones en California entre 1909 y 1929*, donde se definía la esterilización forzosa como «sólo una de las muchas medidas que el Estado puede y debe usar para protegerse del deterioro racial». Creían que con esta política la población de enfermos mentales podría reducirse a la mitad en tres o cuatro generaciones. Este fue uno de los primeros libros traducidos al alemán por el Gobierno nazi, citado frecuentemente por los teóricos de la higiene racial alemana para justificar su propio programa de esterilización. Desde su comienzo, California defendió la esterilización como una medida profiláctica que simultáneamente podía defender la salud pública, preservar recursos fiscales valiosos y mitigar la amenaza de los inadaptados y los débiles mentales.

New Jersey promulgó su ley de esterilización forzosa en 1911, Washington en

1912, Iowa en 1913… Para 1926, veintitrés estados contaban con leyes de esterilización eugenésica.

Sin embargo, y a pesar de contar con una cobertura legal, el número de esterilizaciones no contentaba a los eugenistas, lo cual no es extraño, pues en 1914 la ERO había previsto un ambicioso programa estatal diseñado para esterilizar una décima parte de la población en cada generación, es decir, unos quince millones de personas en una década. Sin embargo, a excepción de California, en el resto de los estados prácticamente no se llevaba a cabo. Maine, Minnesota, Nevada, New Jersey, Dakota del Sur y Utah no habían realizado ninguna. Idaho y Washington, una cada uno; Delaware, 5; Kansas, 335; Nebraska, 262; Oregón, 313 y Wisconsin, 144. En California, 4.636. En total, entre 1909 y 1927 se llevaron a cabo tan sólo unas nueve mil esterilizaciones forzosas.

Laughlin publicó en 1922 *Esterilización eugenésica en los Estados Unidos*, donde llegó a la conclusión de que los médicos encargados de seleccionar a los pacientes y de llevar a cabo la intervención tenían miedo a las posibles reclamaciones que pudieran sufrir si eran llevados ante los tribunales, pues suponían que las leyes estatales podían violar los principios constitucionales. Era necesario, pues, que se aprobara una ley capaz de superar un paso por el Tribunal Supremo. Para ello, acompañó el libro de una copia de su Ley Modelo de Esterilización Eugenésica, confeccionada por él mismo y cuidadosamente diseñada para ser a la vez constitucional y ampliamente utilizada.

Laughlin decía que las autoridades estatales estaban legalmente autorizadas a esterilizar a «todas las personas del estado que, a causa de sus cualidades hereditarias degeneradas o deficientes sean padres potenciales de unos hijos socialmente inadecuados». En este grupo incluía a

> débiles mentales, enfermos mentales (incluyendo los psicópatas), criminales (incluyendo los delincuentes e incontrolables), epilépticos, alcohólicos (incluyendo los drogadictos), enfermos (incluyendo los tuberculosos, sifilíticos, leprosos y otros con enfermedades crónicas, contagiosas y legalmente segregables), ciegos (incluyendo aquellos con la visión seriamente dañada), sordos (incluyendo aquellos con la audición severamente dañada), deformes (incluyendo a los lisiados) y dependientes (incluyendo huérfanos, desocupados, sin hogar, vagabundos y pobres).

Su ley fue el modelo que el abogado Aubrey Strode utilizó para redactar la ley de esterilización de Virginia, aprobada en 1924. Sólo era necesario llevar ante la Corte Suprema un caso especialmente diseñado que la superara, sentara un precedente e hiciera que se disiparan las dudas legales de las autoridades estatales a la hora de realizar las esterilizaciones. El caso tuvo un nombre: Carrie Buck.

Carrie Buck, de dieciocho años, había sido recluida a los diecisiete en la Colonia Estatal de Virginia para Epilépticos y Débiles Mentales por haber dado a luz a una hija ilegítima, Vivian. Su madre, Emma, también había estado internada en esta institución años atrás, acusada de inmoral y de practicar la prostitución. Al no poder mantener a Carrie, la había dado en adopción nada más nacer al matrimonio Dobbs.

El doctor Albert Priddy, superintendente de la Colonia, realizó un test de inteligencia a Carrie y determinó que su edad mental era de nueve años, por lo que la catalogó de débil mental y delincuente moral, y recomendó a la junta directiva que fuera esterilizada. Como la intención era llevar el caso ante la Corte Suprema, la misma junta se encargó de designar como defensor de Carrie a Irving Whitehead, un antiguo miembro de la junta e íntimo amigo de Aubrey Strode, que representó a la Colonia. De hecho, la junta pagó los honorarios de Whitehead.

El 19 de noviembre, el caso Buck contra Priddy se presentó en el Tribunal del Condado de Amherst. Strode presentó ocho testigos que afirmaron que Carrie había heredado la debilidad mental de su madre. Carolina Wilhelm, una trabajadora social de la Cruz Roja, afirmó que Vivian tampoco le parecía una niña normal (en aquellos momentos la niña tenía siete meses) porque tenía «algo en su aspecto que no era muy normal». Arthur Estabrook, de la ERO, dijo que, por lo que él conocía de las leyes de la herencia, Carrie era una débil mental y probablemente la progenitora potencial de una descendencia socialmente inadecuada. Afirmó que le parecía que Vivian era una niña «por debajo de la media». El doctor Priddy testificó en último lugar y dijo que Carrie «dejaría de ser una carga social si fuera esterilizada. Eliminaríamos una fuente potencial del incalculable número de sus descendientes que serían débiles mentales». Como prueba, también se presentó una declaración jurada por escrito de Laughlin en la que se mostraba de acuerdo con Priddy, a pesar de no haber examinado jamás a Carrie. En febrero de 1925, el juez Gordon autorizó su esterilización; Whitehead apeló y consiguió que el caso llegara a la Corte Suprema, donde se conoció como Buck contra Bell, porque Priddy había fallecido y había sido sustituido por el doctor J. H. Bell. Ocho de los nueve miembros del jurado votaron a favor de la esterilización de Carrie. El 2 de mayo de 1927, el juez Oliver Wendell Holmes sentenció:

> Es mejor para todo el mundo que, si en lugar de esperar a ejecutar por sus delitos a los vástagos degenerados, o a dejarlos morirse de hambre por su imbecilidad, la sociedad impida a aquellos que son manifiestamente no aptos que continúen con su estirpe. El principio que respalda la vacunación obligatoria es lo suficientemente amplio como para contemplar la ligadura de las trompas de Falopio. Tres generaciones de imbéciles son suficientes.

El doctor Bell esterilizó a Carrie Buck en octubre de 1927. Más tarde se supo que

el acto de inmoralidad cometido por Carrie fue en realidad el resultado de una violación por parte del sobrino de su madre adoptiva (el internamiento de Carrie en la colonia fue un intento de la familia Dobbs de evitar la vergüenza pública) y que su hija era completamente normal, llegando a ser de las mejores alumnas en su escuela hasta que murió a los ocho años. Una vez esterilizada, Carrie fue puesta en libertad condicional, se casó dos veces y se ganó la vida cuidando ancianos y enfermos crónicos. Todos los que la conocieron dieron fe de que no era una deficiente mental, y los especialistas que la examinaron posteriormente tampoco encontraron ninguna evidencia de ello. Siempre se lamentó amargamente de no haber podido tener más hijos.



El juez Oliver Wendell Holmes: «Tres generaciones de imbéciles son suficientes».

Sabiendo que la ley de Laughlin contaba con el apoyo del Tribunal Supremo, muchos estados modificaron sus leyes según este modelo, y otros aprobaron leyes de esterilización similares a la de Virginia, con lo que el número de esterilizaciones se disparó. Según la American Society of Neurology, en 1936, treinta y seis estados tenían leyes de esterilización obligatoria, y unas cuarenta y cinco mil personas habían sido esterilizadas forzosamente. Aun después de conocerse los horrores nazis, algunos estados siguieron manteniendo sus leyes en vigor, y para 1963, más de sesenta y cuatro mil individuos habían sido esterilizados forzosamente en los Estados

Unidos. De hecho, la ley estatal de esterilización de California fue derogada en 1979, cuando ya se habían realizado veinte mil esterilizaciones no consensuadas a personas alojadas en hogares estatales y hospitales, y ello como consecuencia de la denuncia que presentaron diez mujeres de Los Angeles contra el Hospital para Mujeres de la Universidad de California del Sur. Las demandantes de este caso, llamado Madrigal contra Quilligan, fueron obreras de origen mexicano que habían sido forzadas a una ligadura de trompas después de haber dado a luz por cesárea.

Aparte de este programa a gran escala de Estados Unidos, muchos otros países también llevaron a cabo programas de esterilización de personas declaradas deficientes mentales por el Estado. Este fue el caso de Francia, Suiza, Austria, Finlandia, Canadá y Dinamarca. En el verano de 1997, el periodista Maciej Zaremba sacó a la luz que en Suecia el Estado había esterilizado secretamente a miles de mujeres. A raíz de su denuncia, una investigación del Gobierno descubrió que entre 1935 y 1996 se habían esterilizado a 230.000 «en el marco de un programa basado en teorías eugenésicas» y por razones de «higiene social y racial». Centenares de mujeres fueron obligadas a esterilizarse para salir de la cárcel o para no perder la custodia de sus hijos. Otras fueron coaccionadas para poder abandonar el hospital tras un aborto o un internamiento psiquiátrico. Se dieron casos de mujeres esterilizadas por tener dificultades de aprendizaje o simplemente por ser miopes. También se aplicó a minorías étnicas (lapones y gitanos) en la creencia de que la raza condicionaba la salud mental y física.

La eugenesia norteamericana se apuntó otro tanto cuando en 1924 se aprobó la Ley de Restricción de la Inmigración.

CERRANDO LA PUERTA DORADA

En 1921, Albert Johnson, presidente del Comité de Inmigración y Naturalización de la Cámara de Representantes del Congreso, organizó una serie de charlas con un grupo de expertos con el propósito de obtener asesoramiento para introducir una ley que limitara la inmigración. Uno de ellos fue Laughlin, que compareció en tres ocasiones. El eugenista habló de los aspectos biológicos de la inmigración, mostró pedigrís, esquemas y gráficos relacionados con la amenaza racial de los inmigrantes, citó los datos obtenidos de los test de inteligencia del Ejército y un nuevo estudio donde reflejaba el desproporcionado porcentaje de inmigrantes del sur y el este europeos que se encontraban recluidos en instituciones mentales y prisiones. En una de sus comparecencias empapeló las paredes de la sala de conferencias con fotos tomadas en la isla de Ellis bajo un cartel donde podía leerse: «Portadores del plasma germinal de la futura población americana». También habló del alto coste para las arcas públicas que suponía mantener a los inmigrantes que precisaban cuidados profesionales o estaban encarcelados. Johnson quedó tan impresionado que lo nombró experto en cuestiones eugenésicas del Comité de Inmigración. El único

miembro del grupo de expertos que consideró los datos de Laughlin sesgados y erróneos fue Herbert Spencer Jennings, un eminente biólogo y genetista de la Universidad John Hopkins, pero sólo se le permitió hablar durante cinco minutos. Era evidente que las tesis de los eugenistas eran más acordes con lo que pensaban en aquel momento muchos norteamericanos: que los inmigrantes eran diferentes y que esa diferencia amenazaba el *American way of life* [el estilo de vida americano], un punto de vista compartido por el mismo Johnson. En gratitud por los servicios prestados a la causa eugenésica, en 1923 fue nombrado presidente honorario de la Eugenics Research Association. El congresista se refirió a esta organización como «el gran perro guardián americano cuyo trabajo es proteger la sangre de los americanos de la contaminación y la degeneración».

Gracias al soporte científico de Laughlin, la Ley de Restricción de la Inmigración, también llamada ley Johnson, fue aprobada por el Congreso en 1924. Restringía la cuota anual de inmigrantes de cada país a un 2 % del total de los originarios de ese país que ya residían en Estados Unidos, pero no según el censo de 1920, sino el de 1890. Si entre 1900 y 1924 se aceptaban 435.000 inmigrantes anuales, la cuota quedó restringida a 165.000. La Puerta Dorada se cerró de golpe, y se mantuvo así durante cuarenta años, hasta la Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1965.

Obviamente, la intención de la ley era limitar el número de inmigrantes procedentes de las regiones meridionales y orientales de Europa; las razas inferiores de débiles mentales y delincuentes que amenazaban con contaminar la sangre anglosajona. Hasta 1890, los inmigrantes de esos países eran relativamente pocos, por lo que su número (que suponía el 75 % del total en 1914) cayó al 15 % después de 1924. El 85 % de los inmigrantes que se permitía entrar cada año correspondía a los países del norte de Europa, con Alemania, Inglaterra e Irlanda a la cabeza.

Los eugenistas consideraron la Ley de Restricción de la Inmigración un gran triunfo. Al firmarla, el presidente Calvin Coolidge afirmó al respecto: «América debe ser para los americanos. Las leyes de la biología demuestran que los nórdicos se deterioran cuando se mezclan con otras razas».

En el año 1924, antes de llegar al poder, un político alemán también alababa la política de inmigración estadounidense:

> Sé que lo que afirmo no será recibido con simpatías, mas es preciso proclamar que apenas si es posible concebir nada tan extravagante ni tan poco meditado como nuestras actuales leyes de ciudadanía, vigentes en la mayoría de los estados. Pese a esto, existe de todos modos un país en el cual se advierten algunas débiles tentativas encaminadas a mejorar la situación. No me refiero, por supuesto, a nuestra república alemana, espejo de repúblicas, sino a los Estados Unidos de América donde se procura, en parte por lo menos, que las decisiones sean presididas por la cordura. Allí se niegan a aceptar la inmigración de elementos nocivos desde el punto de vista de la salud social y

> prohíben en absoluto la naturalización de ciertas y determinadas razas, dando así algunos tímidos pasos en dirección a un modo de contemplar las cosas que se parecen muchísimo al concepto de Estado nacional.

El nombre de este político era Adolf Hitler. Durante toda la década de 1930, miles de personas que pretendían emigrar a los Estados Unidos huyendo de los nazis fueron abandonadas a su suerte, incluso cuando los cupos asignados a los países del norte y el oeste europeo no llegaron a cubrirse. Entre 1933 y 1941, los nazis intentaron convertir Alemania en un país *Judenrein*, 'limpio de judíos', haciendo tan difícil la vida de los aproximadamente seiscientos mil judíos alemanes que estos se vieron forzados a salir del país. En 1938, cerca de ciento cincuenta mil, uno de cada cuatro, ya lo había hecho. Después de que Alemania se anexionara Austria en 1938, otros 185.000 judíos fueron puestos bajo dominio nazi. En respuesta a la creciente presión política, el presidente Franklin D. Roosevelt convocó una conferencia internacional para facilitar la emigración de refugiados de Alemania y Austria, y a principios de julio de 1938, los delegados de treinta y dos países se reunieron en el balneario francés de Evian. Durante la cumbre, que duró nueve días, un delegado tras otro se alzó para expresar su compasión por los refugiados, pero la mayoría de los países, incluyendo Inglaterra y Estados Unidos, dieron excusas para no admitirlos. Sólo la República Dominicana aceptó acoger más refugiados adicionales. El Gobierno alemán comentó lo asombroso que le resultaba que les criticaran por su política antisemita, pero que ningún país les abriera sus puertas. La prensa internacional informó de los violentos incidentes de la Noche de los Cristales Rotos, el 9 de noviembre de 1938, cuando bandas callejeras, sin ser molestadas por la policía, saquearon y destrozaron siete mil quinientas tiendas e incendiaron al menos ciento setenta bloques de viviendas y casi doscientas sinagogas. Noventa y un judíos fueron asesinados y veinte mil detenidos y enviados al campo de concentración de Buchenwald. Pero los estadounidenses se siguieron negando a recibir a los refugiados judíos, y las cotas se mantuvieron intactas. Incluso los esfuerzos de algunos de salvar al menos a los niños resultaron fallidos: el proyecto de ley Wagner-Rogers, un intento de admitir a veinte mil niños judíos que estaban en peligro, no fue aprobado por el Senado ni en 1939 ni en 1940.

En su obra *The legacy of Malthus* (1977), Allan Chase se preguntaba: «¿Cuántos de los 6.065.704 candidatos a inmigrantes excluidos por cuotas raciales fijadas por los eugenistas sobrevivieron a la guerra?».

Una mala idea es como una pistola cargada. En cualquier momento, alguien puede apretar el gatillo para que dispare y, por supuesto, mate…

Capítulo 3
El vientre de la bestia

Los primeros pasos de la eugenesia en Alemania

A pesar de que su cultura y su idioma están entre los más antiguos de Europa, Alemania nació en fechas tan tardías como 1871 gracias a la habilidad de Otto von Bismarck, el Canciller de Hierro, que consiguió llevar a Prusia a una imprevisible victoria contra Austria, Dinamarca y Francia, lo que animó al resto de los estados alemanes a aceptar a su rey, Guillermo I, como el emperador del nuevo y poderoso Estado.

LA SEGURIDAD SOCIAL DEL CANCILLER DE HIERRO

Pronto, el Imperio alemán (el Segundo Reich, después del Sacro Imperio Romano Germánico) se enfrentó a serias dificultades. La rápida industrialización, con el consiguiente paso de la mano de obra de las zonas rurales a las grandes fábricas de las ciudades, produjo grandes tensiones sociales. Hacia 1800, sobre una población de veintitrés millones de habitantes sólo había ochenta y cinco mil obreros industriales. En 1840, la población había ascendido a treinta y tres millones, con una masa obrera que se acercaba al millón de personas, y la rígida estructura política del Reich, apoyada por los aristócratas, los militares, los industriales y los altos burócratas comenzó a sentirse amenazada por las huelgas, los cierres de empresas y la creciente popularidad del marxista SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) hasta el punto de que el cada vez más numeroso proletariado industrial llegó a ser considerado como un grupo hostil e incontrolable. Para aliviar el creciente malestar de los obreros, ganarse su lealtad y alejarlos de las doctrinas revolucionarias, Bismarck puso en marcha una serie de concesiones de orden social. Como en las minas, los altos hornos y las grandes industrias se producía una elevada morbilidad, agravada por la dureza del trabajo y las deficiencias en la alimentación y en la higiene, y la mayoría no podía costearse un médico, la primera fue instaurar la obligatoriedad de un seguro de enfermedad, que entró en vigencia en 1883. Financiado tanto por el obrero como por el empresario (a razón de un tercio la empresa y dos tercios el trabajador) y con un subsidio estatal equivalente al 25 % de los gastos, cubría tratamiento médico gratuito, fármacos y prestación por enfermedad. Al año siguiente se decretó un seguro de accidentes y en 1889, los de invalidez y vejez. Sin embargo, en lugar de poner este primer modelo de Seguridad Social bajo control gubernamental directo, su gestión quedó al cargo de compañías aseguradoras privadas ya establecidas llamadas *Krankenkassen* ‘cajas de enfermos’, que se convirtieron en los únicos responsables de la gestión del plan de prestaciones sanitarias. Estas aseguradoras eran administradas

por un comité elegido en una asamblea general de trabajadores y empresarios, y su composición reflejaba la proporción de contribución. Por ello, la estrategia de Bismarck para debilitar al SPD no dio los resultados esperados, ya que la mayoría de las aseguradoras quedaron en manos de sindicalistas y miembros o simpatizantes del SPD, muchos de los cuales eran judíos.



Otto von Bismarck, creador del primer modelo de Seguridad Social.

En 1885 había 4.294.000 obreros asegurados, la mayoría perteneciente a los sectores laborales que se preveían más conflictivos, como fábricas, minas, altos hornos, astilleros y ferrocarriles. Sin embargo, el aumento del ritmo de industrialización, la subida gubernamental del límite de ingresos que marcaba la obligatoriedad del seguro, la extensión a otros sectores y la ampliación de las prestaciones ofrecidas, como la inclusión de los familiares de los trabajadores a partir de 1892, hicieron que para 1913 su número alcanzara los 13.566.000 (un 20 % de la población). Para 1928, prácticamente todos los trabajadores alemanes y sus familias estaban incluidos en el seguro.

Las compañías crearon clínicas dotadas de laboratorios donde los médicos contratados por cada una de ellas atendían a sus asegurados, muchos de los cuales eran por primera vez atendidos por un profesional cualificado, ya que hasta entonces sólo las clases altas que podían pagarlo tenían acceso a él mientras que los más

desfavorecidos debían recurrir a la beneficencia, de mucha peor calidad. Ahora, los médicos tenían en sus manos la capacidad de decidir quién era realmente merecedor de poder seguir alimentando a su familia mientras estuviera enfermo o de cobrar una pensión de por vida si ya no podía trabajar. También eran los encargados de velar por la seguridad en el trabajo para evitar accidentes que costarían dinero a las aseguradoras y de garantizar unas medidas de higiene como prevención de enfermedades. Eran ellos los encargados de mantener la economía del país asegurando que los obreros pudieran seguir trabajando y, por lo tanto, produciendo. Los médicos asumieron el liderazgo para conseguir una nación sana, limpia e industrializada. Muchos estudiantes vieron en el programa de seguro de enfermedad una gran oportunidad laboral, por lo que el número de médicos que salían de las facultades creció de forma espectacular, pasándose de los 13.278 médicos en el Reich de 1876 a los 27.374 de 1900.

Pero si al principio esta medicina socializada difería de la actividad privada de los años anteriores tan sólo en la financiación, en las últimas décadas del siglo XIX se había convertido en un negocio, cada vez más burocratizada, con consultas abarrotadas, listas de espera y servicios centralizados. Conforme aumentaba el número de asegurados, el poder de las *Krankenkassen* era cada vez mayor, disminuyendo la calidad de sus servicios, limitando la opción de los asegurados de escoger a un médico y controlando cada vez más a estos hasta el punto de despedir a quienes siguieran ejerciendo la actividad privada, pues tenían un gran número de médicos jóvenes deseosos de obtener un primer trabajo a cualquier precio. Además, quienes se mantuvieron fuera del sistema se sintieron amenazados por esta socialización de la medicina que les restaba pacientes, sobre todo cuando gran parte de la población estaba asegurada por una serie de compañías que sólo cubrían los gastos de las consultas de sus médicos autorizados. Por otra parte, los médicos a sueldo de las aseguradoras sentían que su profesión también se había proletarizado, que sus ingresos eran muy inferiores a los de otros tiempos haciendo el mismo trabajo y otro que no creían que les correspondiera, como el burocrático, y que habían perdido libertad en el ejercicio de su profesión al estar sometidos a la política de unas empresas que veían la relación médico-paciente en términos económicos (llegando a obligarlos a recetar los medicamentos más baratos), porque lejos de interesarse por la salud de sus asegurados sólo buscaban enriquecerse gracias a las partidas destinadas a los programas de seguro de enfermedad. En 1900, un grupo de médicos, inspirados por el doctor Hermann Hartmann, se organizó en una asociación llamada *Leipziger Verband* (más tarde renombrada, en su honor, *Harttmannbund*) con la intención de defender sus derechos frente a las aseguradoras, demandando, por ejemplo, la libre elección de médico. En 1911, más del 95 % de los médicos alemanes pertenecía a ella. Su descontento fue tal que en 1913 convocaron una huelga general. El Gobierno se vio obligado a intervenir y las tres partes firmaron el Tratado de Berlín, donde acordaron reformas como una mayor participación de los médicos en la gestión de los

fondos, un aumento salarial y la libre elección de especialistas. No obstante, en la práctica, las aseguradoras continuaron con su política de antaño, por lo que los conflictos siguieron siendo la norma. Como veremos después, esta insatisfacción de los médicos con sus condiciones de trabajo y su hostilidad hacia los socialdemócratas (y por extensión, hacia los judíos) responsables de la gestión de las compañías aseguradoras tendría graves consecuencias.

LA MEDICINA ALEMANA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Paradójicamente, al mismo tiempo, el desarrollo de la medicina científica elevó a la clase médica alemana a una posición social sin precedentes. La comunidad internacional reconoció su valía gracias a enormes avances como los de Emil Adolf von Behring, que en 1901 recibió el primer Premio Nobel en Medicina y Fisiología por conseguir desarrollar un suero antidiftérico que permitió la inmunización masiva contra tan grave dolencia. En 1905, el prestigioso premio fue concedido a Robert Koch, que en 1882 y 1883 descubrió las bacterias causantes de la tuberculosis y el cólera, «los dos mayores enemigos de la humanidad», responsables en aquella época de la muerte en el mundo de millones de personas cada año. Tres años después, como reconocimiento a su contribución a la inmunología, lo recibió Paul Ehrlich, quien, además, obtuvo en 1909 el compuesto que llamó *salvarsán* (arsénico que salva), eficaz contra la sífilis, inaugurando la nueva ciencia de la quimioterapia, con el objetivo de conseguir fármacos (él las llamó «balas mágicas») que destruyesen los gérmenes causales de las enfermedades sin perjudicar el organismo del enfermo.

Tanto el Gobierno como el pueblo reconocieron la enorme importancia de las investigaciones médicas, y grandes sumas de dinero fueron destinadas a financiar tanto los laboratorios de microbiología como las cátedras de las universidades. La expansión de la nueva teoría microbiológica de la enfermedad hizo que se llegara a creer que era posible encontrar una bacteria para cada enfermedad. El progreso médico parecía no tener límites y los médicos eran considerados semidioses, lo que reforzó la imagen que tenían de sí mismos como guardianes de la salud y del bienestar social.

Pero aunque los descubrimientos de Koch auguraban una nueva y brillante época en la clasificación y el tratamiento de las enfermedades infecciosas, un colectivo de médicos no se sintió ilusionado en absoluto. Se trató de los psiquiatras que, decepcionados en relación a las terapéuticas clásicas reducidas al tratamiento moral de Pinel y Esquirol, tampoco encontraban en la microbiología ninguna solución para el número creciente de alienados internos en asilos. Estos especialistas, en cambio, veían explicado el hecho de que los enfermos mentales y los anormales con un comportamiento aberrante fueran incurables mediante la teoría de la degeneración expuesta en 1857 por el psiquiatra francés Bénedict August Morel en su obra *Tratado de las degeneraciones físicas, intelectuales y morales de la especie humana.* Morel

creía que esta clase de trastornos podía tener diferentes causas, entre las que incluía los suelos pantanosos, las epidemias, los miasmas palúdicos, el aire viciado, las intoxicaciones, el consumo de alcohol y drogas o las condiciones insalubres y la miseria producidas por las actividades industriales, que causaban lesiones cerebrales y del sistema nervioso que podían ser observadas en los cadáveres de los alienados. Estas lesiones, al afectar al «órgano del alma», comportaban un comportamiento inmoral o socialmente aberrante, pero, al formar estos dos órdenes del ser humano una unidad indisoluble, también un comportamiento inmoral podía afectar al sistema nervioso, dando lugar a «degeneraciones físicas que provienen de un mal moral». De hecho, concluyó que «no sólo es difícil, sino imposible estudiar separadamente las causas exclusivamente morales y exclusivamente físicas».

El punto de mayor interés para sus contemporáneos de la teoría de Morel fue el vínculo que estableció entre el desorden cerebral y la transmisión hereditaria. De hecho, afirmaba que la herencia era la causa más importante, pues estaba presente, de algún modo, en todas las formas de degeneración. Para ello utilizó tres nociones fundamentales: la predisposición, las causas predisponentes y las causas determinantes. El proceso de degeneración se iniciaría con las causas predisponentes, es decir, los agentes físicos o morales que pueden provocar trastornos mentales que, aun siendo poco graves, serán transmitidos a los descendientes. Ellos, al ser expuestos a una causa determinante, que puede ser física, moral o social, tendrán mayor predisposición para desarrollar una enfermedad nerviosa, que en su caso será más grave, transmitiendo a su vez esa predisposición a sus descendientes. Este proceso de degeneración se manifestará de formas diferentes, aunque cada vez más graves, en las sucesivas generaciones: «Los desvíos del tipo normal de la humanidad, que aparecen en las generaciones sucesivas, se revelan por signos interiores y exteriores mucho más alarmantes, con un debilitamiento aún mayor de las facultades mentales y morales». Por ejemplo, para Morel, el hijo de un alcohólico no tenía por qué ser necesariamente un alcohólico ni presentar sus mismas lesiones cerebrales. Sin embargo, y según uno de sus casos analizados, la segunda generación de unos alcohólicos padecía accesos maniacos y parálisis general; la tercera, a pesar de ser abstemios, poseía ideas persecutorias y homicidas; y la cuarta eran retrasados mentales profundos. Del mismo modo, una tuberculosis materna podía causar, al cabo de pocas generaciones, un caso de demencia.

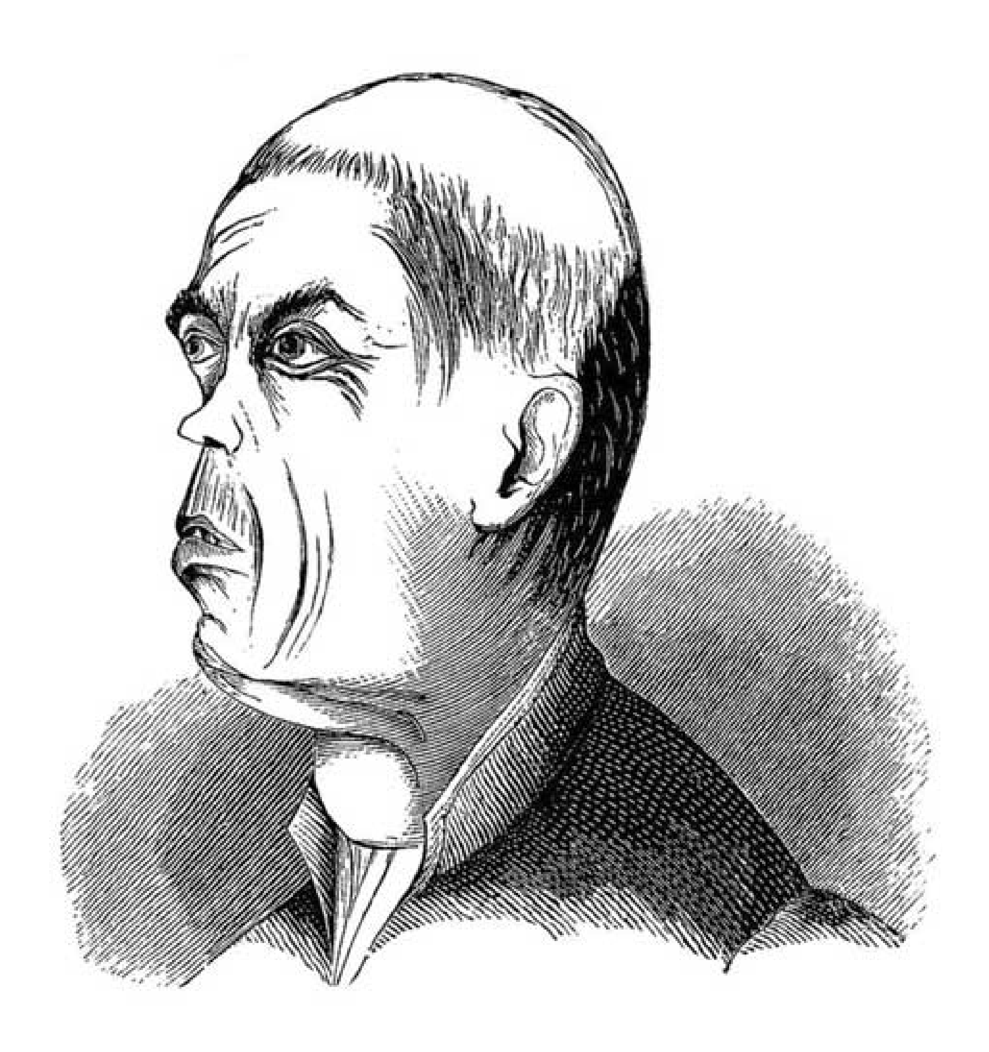
Para el francés, en los asilos de alienados se podían encontrar los más degradados de estas familias de degenerados. Allí era posible apreciar los efectos devastadores que el exceso del consumo de alcohol, la miseria, las privaciones, las profesiones insalubres y un comportamiento inmoral dejaban en los cuerpos de los individuos y su descendencia. La «masa enorme de seres incurables confinados en asilos» era el último eslabón de la cadena de degeneraciones que había marcado a sus familias. Imposible hablar de curación o recuperación. Los asilos albergaban sujetos condenados: «Nunca, desde el origen de esa institución médica, fueron tantos los

esfuerzos destinados a recuperar a los desdichados alienados. ¿Cómo explicar ese estado de cosas, cuando el número de curas obtenidas está lejos de responder a las legítimas esperanzas de los sabios y al progreso del sistema sanitario?». Dada la extremadamente limitada utilidad de estas instituciones como espacio de cura, su única función era aislar a estos enfermos irrecuperables para que no pudieran hacer daño al resto de la sociedad.

Además de ser irrecuperables, estos degenerados podían reconocerse por presentar una serie de características físicas fáciles de descubrir, como una baja estatura, una conformación defectuosa de la cabeza, malformaciones de las orejas, unos rasgos particulares del rostro o alteraciones de los dientes o el pelo, por poner un ejemplo.

EL CRIMINAL NATO DE LOMBROSO

Íntimamente relacionada con la teoría de la degeneración se encontraba la del criminal nato, expuesta por el psiquiatra italiano y catedrático de la Universidad de Turín Cesare Lombroso en su libro de 1876 *El hombre delincuente,* traducido al alemán por el neurólogo y también psiquiatra Hans Kurella. Lombroso era seguidor de Franz Joseph Gall (1752-1828), fundador de la frenología, la disciplina dedicada a valorar las diferentes capacidades intelectuales basándose en el tamaño de las regiones cerebrales donde estarían localizadas, reflejadas en los relieves del cráneo detectables al tacto, y durante casi diez años realizó un estudio antropométrico de 383 cráneos de criminales muertos y de 3.839 criminales vivos. Finalmente llegó a la conclusión de que algunos individuos tienen una tendencia innata al crimen, y que pueden reconocerse porque llevan en su rostro los estigmas de su degeneración moral, unos rasgos físicos que reproducían «los instintos feroces de la humanidad primitiva y de los animales inferiores» como una enorme mandíbula, pómulos pronunciados, arcos superciliares prominentes, gran tamaño de las órbitas, cejas pobladas, orejas grandes, frente baja y estrecha, muelas del juicio demasiado grandes, labios carnosos, prominencia de la protuberancia occipital, brazos largos y cráneos pequeños. Unos rasgos que recordaban más su pasado simiesco que el aspecto del hombre actual.



Un individuo mostrando los típicos rasgos del criminal nato, según Lombroso.

Desde el punto de vista evolutivo, el criminal nato representa un salto atrás, un atavismo, y por ello se ve impulsado a comportarse como un ser primitivo, cuya conducta es considerada en nuestra civilizada sociedad como criminal. Porque además de estas características antropométricas, Lombroso le añadió otras de índole psicológica e intelectual. Los criminales natos eran avariciosos, alcohólicos y viciosos, vengativos y feroces, cínicos y mentirosos, perezosos y lascivos, poseían una vanidad sin límites y un desmedido afán por poseer joyas, les gustaban los tatuajes, tenían una menor sensibilidad ante el dolor, eran incapaces de sentir piedad y de sonrojarse y experimentaban un ansia irrefrenable de practicar la maldad por sí misma, «el deseo no sólo de extinguir la vida de la víctima, sino también de mutilar el cadáver, desgarrar su carne y beber su sangre». Además, muchos de ellos padecían en mayor o menor grado epilepsia, una enfermedad que Lombroso interpretó como otro signo de degeneración moral, lo que contribuyó a estigmatizar durante años a estos enfermos y a convertirlos en uno de los principales blancos de los programas eugenésicos. Con la intención de evitar cualquier posible refutación de su teoría, Lombroso no atribuyó todos los actos criminales a personas con estigmas atávicos, estimando que un 40 % de los criminales obedecían a un impulso hereditario, mientras que los demás actuaban movidos por la pasión, la furia o la desesperación, pero como la tendencia al crimen formaba parte de su propia naturaleza, estos

asesinos natos eran irrecuperables para la sociedad. Fundó una nueva pseudociencia que se llamó Antropología Criminal, y durante muchos años su teoría, al echar por tierra las bases del Derecho Penal, fue muy debatida en los círculos legales y penales, apoyada por unos y muy criticada por otros, que consideraban sus observaciones claramente sesgadas, subjetivas y anecdóticas y que negaban la existencia del tipo criminal alegando que las características que Lombroso encontraba en los asesinos también se daban en personas honradas y que el crimen era un fenómeno que dependía básicamente del medio social.

Hasta la Primera Guerra Mundial la idea del criminal nato fue el tema de una conferencia internacional que cada cuatro años reunía a jueces, juristas, funcionarios gubernamentales y científicos. Para Lombroso y sus seguidores, la única solución para proteger a la sociedad del criminal nato era la pena de muerte, el confinamiento de por vida en colonias penitenciarias o la deportación a comarcas no cultivadas por ser zonas de paludismo endémico aun cuando el estigmatizado fuera a parar al banquillo por un delito sin importancia. Una pena breve sólo reduciría el plazo para la realización del próximo delito, quizás más grave. En su obra *Crimen: Sus causas y sus remedios* (1911), incluso se mostró partidario de hacer una selección previa entre los niños para que los maestros supieran a qué atenerse con los alumnos portadores de los estigmas del criminal nato.

Por sorprendente que parezca, Lombroso actuó como perito en diversos juicios, aunque desconocemos el número de inocentes que fueron injustamente condenados simplemente por lucir tatuajes o tener las orejas grandes. Afortunadamente, la influencia de su escuela se vio limitada porque la mayoría de jueces y abogados rechazaban sus ideas, pero no por considerarlas carentes de toda base científica, sino porque veían a los antropólogos criminales como intrusos en su campo profesional. Con el tiempo, la teoría del criminal nato acabó cayendo en descrédito, aunque en ningún momento Lombroso transigió ni abandonó su premisa básica de que el crimen tenía raíces biológicas.

Nadie hizo tanto por difundir las ideas de Lombroso en la Alemania guillermina como Kurella. En unos años en que el número de actos delictivos había crecido de forma alarmante, Kurella criticó las leyes penales de su país, ya que tan sólo castigaban o intentaban reformar y reintegrar a los delincuentes una vez que hubieran cumplido su condena, ignorando el hecho de que este sistema no tendría ningún efecto en el caso de un individuo que de forma innata tuviera una tendencia a delinquir. También Emil Kraepelin, el más prestigioso de los psiquiatras alemanes y el hombre considerado el fundador de la psiquiatría moderna, agradeció en sus memorias la influencia que Lombroso ejerció en su formación. En 1883 Kraepelin publicó *Psiquiatría. Un manual para estudiantes y médicos,* un libro que continuó revisando y ampliando durante treinta años (la novena y última edición apareció en 1927) y que sirvió de referencia a varias generaciones de psiquiatras. Aunque en un principio divulgó la idea de la insanidad moral como una condición biológica y

hereditaria y que, por lo tanto, nada se podía hacer por esta clase de personas, en su edición de 1904 ya se refirió a esta condición como el criminal nato. Para principios del siglo XX, pocos de estos profesionales dudaban de la necesidad de aislar a estos asociales junto con todos los demás tipos de degenerados.

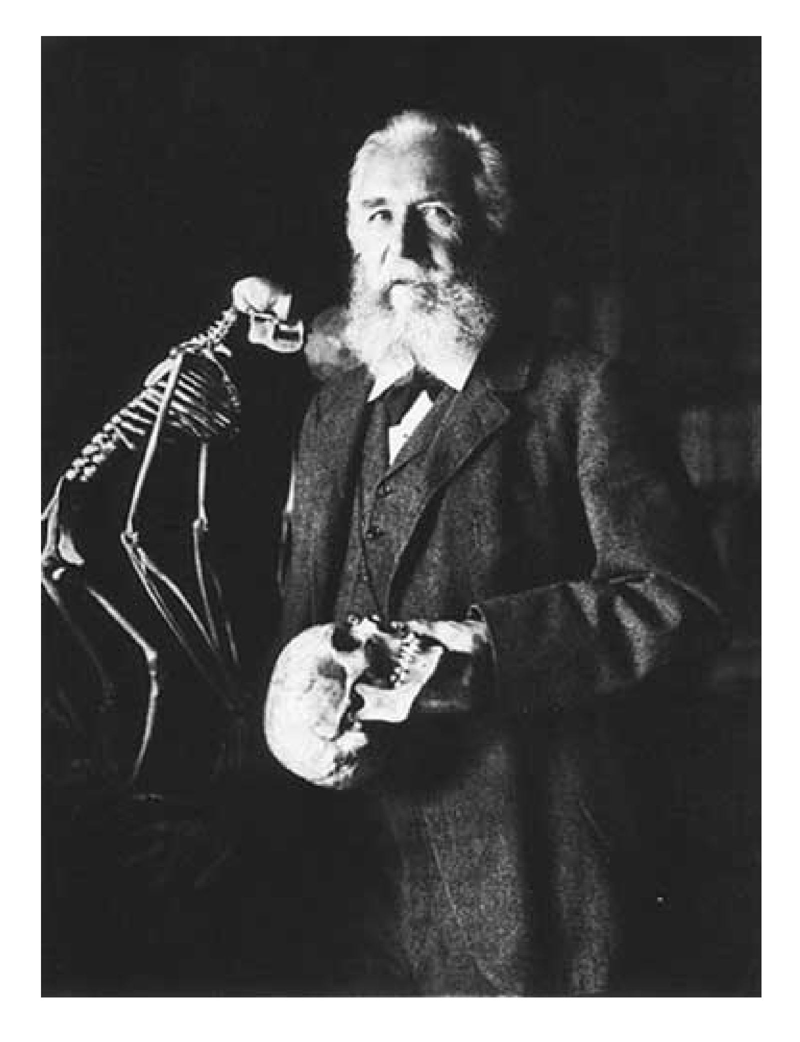
El concepto fue extendiéndose gradualmente hasta incluir otra clase de enfermos además de los mentales. Una persona podría tener por herencia una constitución degenerada que le haría más susceptible de contraer enfermedades como la tuberculosis, por ejemplo. Para finales de siglo, eran pocas las enfermedades o las conductas socialmente reprobables (como el alcoholismo, el suicidio o el ejercicio de la prostitución) que no fueran consideradas *Degenerationszeichen* (signos de degeneración). En su obra *Psychopathia sexualis* (1886), el psiquiatra Richard von Kraft-Ebing incluyó a los homosexuales dentro del grupo de los degenerados. El libro fue un gran éxito de ventas y marcó un hito dentro de la visión de esta opción sexual.

La degeneración sirvió a los médicos alemanes no sólo para justificar su fracaso en el tratamiento de las enfermedades mentales, sino para clasificar como «una rama degenerada de la especie humana» a todos aquellos cuya conducta amenazaba el ideal de una sociedad armónica, bien ordenada y libre de conflictos. Cumplía de este modo una función política, ya que implicaba que la responsabilidad del aumento del número de asociales no debía buscarse en la nueva estructura social causada por la rápida y tardía industrialización, en quienes la fomentaban ni en quienes se lucraban de ella, sino en la genética defectuosa de una parte de la población; una minoría de marginados, degenerados y enfermos que amenazaba con destruir a las personas honestas, sanas y sociables. El problema, por lo tanto, no exigía soluciones políticas, sino biomédicas, y no debían ser los políticos sino los médicos los responsables de resolver los problemas sociales. Por ello, si en Norteamérica fueron biólogos, zoólogos y psicólogos los más firmes defensores de la eugenesia, en Alemania fueron ellos (y principalmente los psiquiatras, que eran quienes mantenían un contacto más cercano con los degenerados) quienes abanderaron el movimiento eugenésico.

EL DARWINISMO EN ALEMANIA

Estas ideas llegaron a Alemania de la mano de Ernst Haeckel (1834-1919), médico, zoólogo y catedrático de Anatomía Comparada de la Universidad de Jena. La lectura en 1860 de la primera traducción alemana de *El origen de las especies* le supuso toda una revelación, ya que encontró «en la grandiosa concepción unificada de la naturaleza elucubrada por Darwin» la solución a todas las dudas que le venían asaltando desde el inicio de sus estudios. El alemán hizo más que ningún otro científico de la época (más que incluso el mismo Darwin o su *bulldog*, Thomas Huxley) por divulgar sus revolucionarias teorías gracias al enorme éxito que obtuvieron sus libros, auténticos *best-seller* de la época. *El enigma del universo* (1899) llegó a vender ciento cincuenta mil ejemplares tan sólo en un año, y para 1919

había alcanzado diez ediciones y había sido traducido a treinta idiomas. Para 1933, había vendido la astronómica cifra de quinientos mil ejemplares, convirtiéndose en uno de los mayores éxitos editoriales de la historia de la ciencia. Su volumen suplementario, *Las maravillas de la vida* (1904), alcanzó más de quince ediciones de treinta a cuarenta mil ejemplares cada una. Haeckel visitó en varias ocasiones a Darwin, siempre enfermo y recluido en su remota casa de campo de Downe, y le envió un sinnúmero de cartas en las que le detallaba los éxitos del darwinismo en Alemania y le informaba de cómo había convertido Jena en una «fortaleza del darwinismo». Para Darwin, la popularidad de sus teorías en este país era la «razón principal para mantener la esperanza en que nuestros puntos de vista acabarán prevaleciendo».



Ernst Haeckel, ferviente defensor de Darwin y
de la teoría de la selección natural en Alemania.

Haeckel pensaba que el gran mérito de Darwin había sido asestar un golpe fatal al dogma antropocéntrico «del mismo modo que Copérnico dio su golpe de gracia al dogma geocéntrico en 1543», y que toda su teoría quedaba casi eclipsada «por la importancia desmesurada que adquiere por sí sola una consecuencia única y necesaria de la teoría: el origen animal del hombre». El prusiano no se limitó a seguir el camino de Darwin, sino que llegó más lejos que él al proclamar que si los seres humanos son

simplemente una especie animal más, producto de la evolución por selección natural de unos mamíferos parecidos a los simios, no tienen por qué poseer un alma inmortal de la que carecen estos. Afirmó que todas las actividades tradicionalmente atribuidas a ella como la capacidad de raciocinio, las emociones, la consciencia, la moralidad e incluso la religión, no eran sino procesos materiales originados en el sistema nervioso central. Por lo tanto, creía necesario abandonar la creencia judeocristiana según la cual los seres humanos habían sido creados a imagen de un dios que era todo amor y dotados de almas desde su misma concepción, y convertir la selección natural en el fundamento de las sociedades humanas y su moralidad. De este modo, rechazaba el principio de esta doctrina según el cual los seres humanos tienen un estatus moral único basado en su alma inmortal y que, por ello, toda vida humana es intrínsecamente sagrada e inviolable, fundamento de uno de los elementos más importantes de esta religión: «No matarás». En contraposición al tradicional dualismo mente-cuerpo, Haeckel denominó a su filosofía laica «monismo», no reconociendo más principio divino que una clase de sustancia en perpetua evolución, «que es al mismo tiempo Dios y la naturaleza», que se iba organizando sucesivamente para formar desde la materia inorgánica y los organismos unicelulares hasta al hombre mismo, que quedaba de este modo incluido en el mundo natural en su conjunto.

HAECKEL Y LA EUGENESIA

Su radical punto de vista lo acercó a las posturas eugenésicas al considerar que no todas las vidas humanas eran igual de valiosas. Subordinaba el individuo a la comunidad, ya que todos los individuos mueren (incluso muchos lo hacen sin llegar a reproducirse), pero la especie sigue adelante, lo que implicaba que el valor de la vida individual sólo podía medirse en función de su contribución potencial al bienestar de la comunidad. La clave para conseguir una nueva humanidad, unificada y biológicamente superior, era promover la reproducción de los más aptos e impedir de alguna forma la de los tipos inferiores. La política sólo era biología aplicada. Por ello, abogaba por el aborto y el infanticidio basándose en lo que llamó «ley biogenética», según la cual la ontogenia (o recorrido del individuo en su desarrollo) recapitula la filogenia (o historia evolutiva del grupo al que pertenece el individuo). No creía que los seres humanos pudieran considerarse personas desde el mismo momento de su concepción ni aun después de abandonar el vientre materno, sino sólo desde el momento en que su característica distintiva, la mente o «consciencia racional» se revelaba por primera vez, «en el momento en el que el niño habla de sí mismo no en tercera persona, sino como *yo*». Consideraba, por lo tanto, que un recién nacido no tenía consciencia, sino que era «una simple máquina de reflejos, como cualquier otro vertebrado inferior» y que, por ello, eliminar a recién nacidos «débiles, enfermizos o afectados con algún defecto corporal» no era diferente a matar a cualquier otro animal, y no podía considerarse un asesinato. En *Las maravillas de la vida* escribió:

«Por eso, matar niños recién nacidos lisiados como hacían, por ejemplo, los espartanos, con el fin de seleccionar a los más capaces, no puede, por eso, razonablemente, caer en absoluto bajo el concepto del asesinato, como sucede aún en nuestros códigos de leyes. Antes bien, debemos aprobarla como una medida útil y conveniente tanto para los implicados como para la sociedad».

También estaba a favor de la eliminación de los leprosos, los pacientes con cáncer y todos aquellos que sufrieran enfermedades incurables cuyas vidas carecían de valor y eran una carga para la sociedad: «¿Qué utilidad reporta a la humanidad mantener y criar a los miles de cojos, sordomudos, idiotas, etc… que nacen cada año con la carga de una enfermedad incurable?», se preguntaba. En cuanto a los enfermos mentales, calculaba su número en Europa en dos millones, de los que más de doscientos mil eran incurables, y decía: «¡Qué monstruosa cantidad de sufrimiento significan estos números para ellos mismos! ¡Qué enorme cantidad de problemas y penas para sus familias y qué pérdida de patrimonios privados y costos estatales para la comunidad! ¡Cuánto de este dolor y de este gasto se podría ahorrar si la gente se decidiera, por fin, a cambiar su mentalidad y liberar a los enfermos incurables de sus indecibles tormentos con una dosis de morfina!».

Dejaba en manos de una comisión de médicos «confiables y concienzudos» determinar quién debía ser eliminado por el bien de los demás. La medicina tradicional sólo servía para obstaculizar la selección natural y, por lo tanto, el progreso:

> El progreso de la moderna ciencia médica, aunque en realidad todavía sea poco capaz de curar enfermedades, ya posee y practica más de lo que solía el arte de prolongar la vida durante años de los enfermos crónicos. Tales demonios devastadores como la tuberculosis, la escrófula, la sífilis y muchas formas de trastornos mentales, son transmitidos por padres enfermos a algunos de sus hijos, e incluso a toda su descendencia. Por lo tanto, cuanto más tiempo puedan los padres enfermos, gracias a los cuidados médicos, prolongar su enferma existencia, más numerosos serán los descendientes que heredarán los demonios incurables, y más numeroso será el número de estos individuos en sucesivas generaciones, gracias a la selección médica artificial, que estarán infectados con enfermedades crónicas incurables.

De este modo, el principal divulgador del darwinismo en Alemania otorgó una pretendida base científica al asesinato de los biológicamente no aptos, tanto niños como adultos, tendiendo un puente que conduciría directamente desde el naturalista británico, pasando por Galton, hasta la política eutanásica y genocida de Hitler. Porque además, según su visión del mundo, la lucha por la existencia no quedaba limitada a la librada contra los miembros no aptos dentro de una misma sociedad, sino que abarcaba también a la que sostenían las razas humanas superiores contra las

inferiores y, de hecho, la competencia entre razas y naciones era más decisiva para la evolución humana que cualquier forma de competencia entre individuos. Siendo mucho más radical que Darwin, estaba convencido de que las diferentes razas eran diferentes especies, dotadas cada una de ellas con diferentes características hereditarias que iban desde el color de la piel a la inteligencia y la capacidad moral. Consideraba, por ejemplo, que «los negros de pelo rizado» eran «incapaces de llegar a poseer una cultura propia y un desarrollo mental superior» y que «la diferencia entre el intelecto de un Goethe, un Kant, un Lamarck o un Darwin y la del salvaje más bajo es mucho mayor que la diferencia entre la del último y la de los mamíferos más "racionales", los monos antropoides». En *La historia natural de la creación* (1868) dejó escrito que los europeos estaban conquistando el mundo entero, llevando a otras razas, como los nativos norteamericanos y los aborígenes australianos, a la extinción: «Incluso aunque estas razas se multiplicaran más rápidamente que los europeos blancos, tarde o temprano sucumbirán en la lucha por la existencia». Llegó a decir que como estas razas inferiores estaban «psicológicamente más cercanas a mamíferos como monos y perros que a los europeos civilizados», era necesario «asignar un valor totalmente diferente a sus vidas».

Para Haeckel, «darwinismo» era sinónimo de selección y «selección» a su vez era sinónimo de progreso. Los conflictos raciales no sólo eran algo natural, sino también necesarios para el progreso en un mundo malthusiano donde sólo los más aptos pueden sobrevivir. Y el ario rubio, de ojos azules, constitución atlética y vigoroso temperamento era moral, mental y físicamente superior a las otras razas, por lo que abogaba por una Alemania fuerte y unificada que dominara al mundo.

LA RAZA SUPERIOR

La idea de la supremacía de la llamada raza aria tampoco era algo nuevo. Había sido preconizada anteriormente por un escritor y diplomático francés, el conde Joseph Arthur de Gobineau, en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, publicado en cuatro tomos en Francia entre 1853 y 1857. En él afirmaba que todas las razas son diferentes entre sí a nivel físico, psicológico y anatómico: «Los pueblos de la Tierra pueden ser hermanos, pero jamás iguales». Comparaba la historia humana «con un inmenso tapiz, donde las dos variedades inferiores de la especie humana, las razas negra y amarilla, representan el trabajo más basto y de base, hecho de algodón y lana. Luego viene la raza blanca, situada en un estadio superior que superpone su trabajo en seda, mientras que el grupo ario remata la superficie, a través de generaciones ennoblecidas, con filigranas deslumbrantes de plata y oro».

Contrariamente a lo que se piensa, Gobineau no fue quien acuñó el término «ario». Fue un naturalista británico llamado James Parsons quien, en 1767, sembró la primera semilla del arianismo con la publicación de *Los restos de Jafet* o *Investigaciones históricas sobre la afinidad y los orígenes de las lenguas europeas*.

En su estudio, Parsons encontró llamativas semejanzas entre muchas lenguas europeas y algunas asiáticas, por lo que concluyó que derivaban todas de una lengua ancestral común, probablemente la que hablara Jafet, el tercer hijo de Noé, y no la hablada por el mayor, Sem, de quien se decía era el padre de los pueblos semitas, pues no encontró ninguna relación entre el hebreo hablado por los judíos y la gran familia lingüística recién descubierta. De este modo, al considerar la humanidad dividida entre dos grandes grupos, puede decirse que la distinción entre arios y judíos, eje principal de la cosmovisión nazi, tuvo en el trabajo de Parsons su más remoto referente.

La obra de Parsons no tuvo ninguna repercusión entre la comunidad científica, pero en 1786, un destacado orientalista llamado William James llegó de forma independiente a las mismas conclusiones. Al encontrar sorprendentes coincidencias entre el sánscrito y la mayoría de lenguas europeas, propuso que todas ellas descendían de una misma, ya extinguida, a la que dio el nombre de indoeuropeo, sin ninguna pretensión racial u antropológica. Sus observaciones fueron extremadamente bien recibidas e, inspirándose en ellas, el alemán Friedrich Schlegel aventuró en 1819 la hipótesis de una avanzada raza que, procedente de Asia Central, habría conquistado el norte de la India hacia 1700 a. C., estableciendo el sistema de castas para preservar su pureza racial. Desde aquí se habrían extendido por todo Occidente, aportando sus avanzados conocimientos, fundando imperios y llegando incluso a las inhóspitas tierras de Escandinavia. Dio a esta civilización el nombre de «arios», un término que en sánscrito significaba ‘noble, ilustre o de linaje aristocrático’, y que Schlegel vinculó con el alemán *Ehre* ‘honor’, subrayando su supremacía con respecto a los pueblos conquistados. Durante su expansión, esta raza superior habría ido mezclándose con las razas autóctonas y degenerando. Sin embargo, por su disposición geográfica, los arios del norte de Europa se habían mantenido puros y físicamente similares a sus ancestros que, por lo tanto, debían ser también altos, rubios, de cráneo alargado y ojos azules. También por las venas de los germanos, procedentes del norte, corría la sangre de los arios.



La escultura de Georg Kolbe, *Pareja* (1936), pretendía mostrar la imagen idealizada del hombre y la mujer arios.

Recogiendo estas peligrosas teorías que establecían la existencia de una raza superior, Gobineau afirmó que sólo a la raza blanca, caucásica, correspondía el ímpetu civilizador y que a ella debían atribuirse todos los progresos culturales más importantes de la humanidad. Dentro de ella, el máximo exponente serían los arios o indoeuropeos, y dentro de ellos, «la raza maestra» serían los arios del norte de Europa, los nórdicos o germánicos, que a diferencia de los demás pueblos arios, habrían permanecido racialmente puros.

Gobineau estaba especialmente preocupado por las causas de la caída de las grandes civilizaciones del pasado. Llegó a la conclusión de que el problema de las razas condicionaba todos los demás problemas de la historia y de que la decadencia de una cultura tenía su origen en la hibridación de la raza que la había desarrollado con otras razas inferiores: «Un pueblo no decaería jamás si estuviera compuesto siempre de los mismos elementos nacionales». Como esto siempre había ocurrido así en el pasado, era muy probable que siguiera ocurriendo siempre, por lo que se

resignaba a la inevitable degeneración de la raza aria.

Sus teorías no calaron en su país, donde su libro fue visto como la pataleta de un aristócrata ofendido por la turba revolucionaria que, desde el punto de vista de su ascendencia, eran inferiores y, por lo tanto, de ninguna manera capaces de gobernar un estado. No ocurrió lo mismo en Alemania gracias a su amistad con Richard Wagner, el prestigioso compositor cuyas óperas (sobre todo, *El anillo del nibelungo*) reflejaban la grandeza y el pasado místico de la nación alemana, y que opinaba que «todos los hombres proceden del mono, pero los ariogermanos, por su origen, están enlazados directamente con los dioses». Además, sentía un odio visceral hacia los judíos, como había dejado escrito en *El judaísmo en la música,* publicado bajo un pseudónimo en 1850 y reimpreso en 1869 con su nombre en una versión ampliada, donde decía que carecían de creatividad artística, que tan sólo eran capaces de imitar y que, sin importar a qué nación europea pertenecieran, los judíos siempre tenían en su apariencia exterior «algo aborreciblemente extraño a esa nación». Además, denunciaba el control judío sobre la cultura y la vida alemana: «Gobierna y gobernará en tanto que el dinero siga siendo el poder ante el que todos nuestros actos y labores pierden su fuerza».

La residencia de Wagner en la pequeña ciudad bávara de Bayreuth se convirtió en centro de peregrinación de destacados nacionalistas y antisemitas, y la defensa del músico de las ideas de Gobineau influyó para que su obra pronto fuera traducida al alemán. Además le presentó a Ludwig Schemann, que en 1894 fundó la Gobineau Vereinigung (Asociación Gobineau) con el propósito de difundir sus teorías.

Un hombre fascinado por Gobineau y también por la música de Wagner fue el inglés Houston Stewart Chamberlain. De hecho, se trasladó a Alemania, vivió en Bayreuth y acabó casándose con Eva, la hija del compositor. En 1899 publicó *Los fundamentos del siglo* XIX, una obra que puede muy bien ser definida como una continuación del *Ensayo,* pero más agresiva, menos teórica, con alusiones inmediatas a la política europea y mundial. Además de insistir sobre la supremacía de la raza aria, culpaba a los judíos de causar la decadencia de las grandes civilizaciones. La raza judía había profanado la ley de la sangre para extender su influencia por todo el mundo mediante la expansión de «un rebaño de mestizos pseudohebraicos, un pueblo que más allá de toda duda está degenerado física, mental y moralmente». La guerra racial sólo terminaría con la eliminación de los judíos, por lo que directamente proponía campañas de eugenesia y esterilización, así como juntar los mejores especímenes arios para lograr una descendencia más fuerte y saludable. El texto de Chamberlain tampoco contó con ningún apoyo en su país natal, pero obtuvo un considerable éxito en Alemania, donde fue alabado por el propio káiser Guillermo II, que lo hizo comprar para las bibliotecas de soldados y oficiales.

Haeckel criticaba duramente al judeocristianismo por haber inventado la «fábula antropocéntrica», desplazando al hombre del lugar que realmente le correspondía en la naturaleza, y por haber contribuido a la degeneración de la especie al no hacer

distinciones raciales y permitir la supervivencia (y por lo tanto, la reproducción) de los menos aptos. Esperaba reemplazar la adoración del dios cristiano por la adoración de la naturaleza, el culto al sol de los antiguos arios y sustituir el individualismo egoísta por un nuevo monismo ético donde todos reconocerían que el interés personal y el comunitario eran uno y el mismo, aconsejando a los alemanes volver a sus raíces raciales, a su idiosincrasia histórica y natural, para de este modo deshacerse de la nefasta influencia de la fe cristiana.

Se ha debatido mucho sobre el antisemitismo de Haeckel, pues al margen de sus ataques a la religión fundada por el pueblo elegido por Yahvé, dejó poca constancia en su prolífica obra de tal sentimiento. Sin embargo, en *El enigma del Universo* decía que los méritos de Cristo se debían a que sólo era medio judío, ya que María había sido seducida por un soldado romano. Además, en la entrevista que concedió en 1894 al periodista Hermann Bahr dejó pocas dudas en cuanto a su posición sobre el tema. Haeckel le dijo que para él, la cuestión judía *(Judenfrage)* era un problema racial y nacional, y las extrañas costumbres de los judíos, intolerables para el pueblo alemán. Explicaba el antisemitismo como una reacción natural frente a la particular forma de ser de este pueblo, y lo consideraba un movimiento social saludable pues cumplía la función de empujarlos hacia la única solución posible, que sería su integración en la cultura y vida alemanas, abandonando su religión y sus costumbres. Por ello, se mostraba contrario a permitir la inmigración de judíos del Este porque, en su opinión, «ese miserable grupo de gente» nunca podría adaptarse a las costumbres alemanas. Tampoco pueden pasarse por alto los estrechos lazos que mantuvo con Jules Soury y Georges Vacher de Lapougue, dos de los más destacados escritores antisemitas europeos de la época, que tradujeron al francés muchos de sus libros y con los que mantuvo correspondencia durante muchos años.

LOS SEGUIDORES DE HAECKEL

Revestidas de un fuerte romanticismo de corte nacionalista, las doctrinas de Haeckel fueron bien recibidas por un gran número de alemanes. El 11 de enero de 1906 fundó la Liga Monista *(Monistenbund),* con miembros tan prestigiosos como el premio nobel de química Wilhem Ostwald. Cinco años después, contaba con seis mil afiliados, mantenía reuniones de grupos locales en unas cuarenta y dos localidades de Alemania y Austria y publicaba una revista (primero mensual y después semanal) llamada *El Siglo Monista*. Los monistas negaban la igualdad de los seres humanos, optaban por un racismo basado en las características físicas y veían a las personas útiles sólo en el contexto de la supervivencia y de la utilidad para su propia especie y para la evolución de la vida en general. Atacaban al cristianismo por «haber protegido erróneamente a los débiles» y pedían un retorno a la brutalidad en las relaciones humanas y especialmente en las políticas gubernamentales hacia los eugenésicamente indeseables. Para la mayoría de los monistas, la principal función

del Estado debía ser asegurar la supervivencia y reproducción de únicamente los individuos más aptos.

La Liga Monista tuvo una gran influencia en el movimiento *Völkisch,* desarrollado a finales del siglo XIX bajo la influencia del Romanticismo, que evocaba las cualidades intrínsecas de los germanos y subrayaba la singularidad racial, lingüística y cultural de un pueblo alemán unido a través de la historia por dos elementos claves, la sangre y la tierra *(Blunt und Boden)*: el *Volk*. El origen de esta visión del mundo databa de las guerras napoleónicas, cuando, como en muchos otros casos, el país empezó a desarrollar una conciencia nacional contrapuesta a los valores de la potencia invasora, que en este caso era portaestandarte de la Edad Moderna y de los valores democráticos, el liberalismo y el racionalismo. Esta actitud se intensificó cuando Alemania se convirtió de golpe en una gran potencia industrial, un país de enormes fábricas y ciudades superpobladas, de tecnología y burocracia, y muchos comenzaron a anhelar el regreso a un mundo arcaico, casi mítico, de campesinos germánicos unidos por lazos de sangre. Veían a los judíos como la encarnación de la modernidad que temían tanto como odiaban. Eran ellos los que habían destruido su forma de vida original mediante el cristianismo, y ahora continuaban el proceso con el capitalismo, el liberalismo, la democracia, el socialismo y el modo urbano de vida, que eran idea suya y generaban el entorno en el que prosperaban. Evidentemente, esto no era cierto, y ni todos los ricos empresarios o banqueros eran judíos ni todos los judíos eran ricos empresarios o banqueros, aunque las concentraciones de judíos acomodados en determinados sectores de Berlín o Hamburgo podían hacer creerlo. En Austria, donde los judíos eran mucho más conspicuos que en Alemania, una minoría constituía una gran parte de la clase profesional, y algunos eran banqueros muy ricos, pero la inmensa mayoría vivía en la mayor de las miserias. Sin embargo, para los artesanos y pequeños comerciantes, los más amenazados por el desarrollo del capitalismo moderno y los más atraídos por la doctrina *Völkisch,* los judíos, extraños, diferenciados y lo bastante exclusivos como para constituir una minoría reconocible, eran ideales para desempeñar el papel de chivo expiatorio de todos sus males.

El primer defensor importante de esta idea fue Paul de Lagarde. En su obra *Escritos alemanes* (1878), expresaba su desilusión con la Alemania unida que acababa de nacer y exigía la creación de una unidad más elevada, el *Volk,* una comunidad natural y orgánica que volviese a vivir como lo había hecho en el pasado remoto. El problema era el nuevo orden creado por los judíos. Preveía un combate mortal entre judíos y alemanes, y decía que había que exterminarlos «como a bacilos». Sin embargo, no los concebía como raza, sino simplemente como los fieles de una religión. Pero para entonces empezaba a dar sus primeros pasos el racismo científico, y en 1873, Wilhelm Marr, en *La victoria del Judaísmo sobre la Germanidad,* considerada desde un punto de vista no sectario, y en 1881, Eugen Dühring, en *La cuestión judía como cuestión de raza, moral y civilización,* fueron más allá y mostraron a los judíos no sólo como la encarnación del mal, sino como

irremediablemente malvados, pues el origen de su depravación no se hallaba únicamente en su religión sino en su misma sangre. La visión de los judíos como una auténtica raza de depravados, sin posibilidad de redención, sería popularizada en el decenio de 1890 por Theodor Fritsch, que en los innumerables folletos y publicaciones de su editorial, *Hammer,* proclamaría que al haberse demostrado científicamente la maldad de la raza judía, los racistas alemanes no sólo estaban iniciando un avance prodigioso de los conocimientos humanos sino una nueva época de la historia.

Haeckel también influyó a miembros de la más radical Liga Pangermánica, fundada en 1891, defensores de un fuerte nacionalismo germánico y partidarios del imperialismo como instrumento para superar las divisiones sociales y unir a todas las clases. También eran antisemitas y consideraban a los judíos destructores de la comunidad nacional.

Otro gran apoyo del darwinismo social y la eugenesia alemana fue la teoría del plasma germinal formulada por primera vez en 1883 por el biólogo de Friburgo August Weismann (1834-1914). Para desacreditar el concepto de característica adquirida, Weismann llevó a cabo un experimento en el que cortó las colas de veintidós generaciones sucesivas de ratones, observando que ninguno de las siguientes generaciones nacía sin ella. De ello sacó la conclusión de que sólo una porción de cada célula portaba el material hereditario y que este plasma germinal era completamente distinto del resto de la célula y heredado sin ser modificado por influencias externas. Por lo tanto, los efectos de la educación y el medio ambiente no podían ser transmitidos a las futuras generaciones. Lo que podía interpretarse como que las cualidades genéticas adecuadas podrían encontrarse en todos los individuos de una población fue asimilado como que estas cualidades sólo corresponderían a los individuos situados en lo más alto de la pirámide social, quienes se encontrarían mejor dotados genéticamente que el resto. Aparte de manipular directamente el plasma germinal, solamente la selección podría preservar y mejorar una raza. Sólo la eugenesia sería la única estrategia práctica para asegurar el progreso racial y evitar la degeneración.

ALFRED PLOETZ Y LA HIGIENE RACIAL

En 1895, Alfred Ploetz, también médico, publicó *La excelencia de nuestra raza y la protección de los débiles.* Ploetz había estado trabajando en una clínica mental de Suiza, donde fue consciente de las limitaciones terapéuticas de la medicina en este campo, y la lectura de los libros de Haeckel lo acercó a posturas eugenésicas. En su libro planteaba, en términos políticos y económicos, si el Estado debía proteger a los más desfavorecidos aunque ello supusiera una disminución de la aptitud general de la comunidad. La solución que daba era sustituir el proceso inhumano e ineficaz de la selección natural por una política científica y más humana de selección racional. Lo

que tenía en mente era una visión utópica de selección en un estadio previo a la fertilización, una forma de selección del plasma germinal. Según su plan, las células germinales mejor dotadas genéticamente de los matrimonios serían elegidas para dar lugar a una nueva generación. De esta forma, las inhumanas medidas sociales y los sistemas económicos previamente considerados necesarios para evitar la degeneración biológica resultarían superfluos. La prevención del nacimiento de individuos débiles eliminaría las luchas sociales derivadas de la escasez de recursos materiales para alimentar a la especie. Por otra parte, a fin de asegurar la erradicación de los débiles, creía necesario conceder a los médicos la autoridad para decidir si cada recién nacido merecía seguir viviendo. Deberían eliminarse no sólo a todos los niños débiles y malformados, sino también a los gemelos, los séptimos hijos y los recién nacidos de madres de más de cuarenta y cinco años o de padres de más de cincuenta, pues creía que era muy probable que todos ellos fueran física o mentalmente inferiores.

Esta nueva política de higiene, al contrario que la higiene tradicional que buscaba mejorar la salud de cada individuo, tendría como objetivo mejorar la aptitud hereditaria de la raza humana, por lo que acuñó el término *Rassenhygiene* (higiene racial) para referirse a ella. En Alemania, este término sería intercambiable con «eugenesia». De hecho, era considerado su traducción al alemán.

Aunque Ploetz fue el primero en emplear el término «higiene racial», su libro no fue el primer tratado de eugenesia que se publicó en Alemania, pues en 1891 ya había aparecido *Acerca de la amenaza de la degeneración física de la humanidad civilizada*, escrito por Wilhem Schallmayer, también médico y miembro de la Liga Monista, que también contaba con experiencia con enfermos mentales pues había trabajado en el psiquiátrico del hospital de la Universidad de Múnich, llegando posiblemente (al igual que Ploetz) a una completa decepción con respecto a la efectividad de la intervención médica en estos enfermos, lo que lo acercó a las teorías de Haeckel y el darwinismo social.

Para Schallmayer, la selección natural era la responsable de que nuestros ancestros hubieran sido capaces de crear algo tan complejo como una sociedad industrial. Pero el progreso no era algo inevitable. Si el continuo proceso de desarrollo social y biológico resultaba en un mayor perfeccionamiento o, por el contrario, en una degeneración, dependía principalmente de la eficiencia del proceso de selección. Y no era optimista. Como Haeckel, pensaba que la civilización y sus instituciones sociales interferían con este proceso. Sobre todo la medicina, ya que al prolongar la vida de los más débiles, de los defectuosos, les permitía tener un mayor número de hijos de los que tendrían bajo «las reglas de la naturaleza». Estos individuos de constitución defectuosa eran aquellos con alguna clase de enfermedad hereditaria que supusiera una amenaza o una carga para la comunidad. Al mismo tiempo, achacaba a la moderna civilización el cada vez mayor número de enfermos de este tipo, pues creía que esta clase de trastornos era debida a una incapacidad del

sistema nervioso para asumir el estrés de la sociedad industrial.

En 1900, el industrial del armamento Friedrich Alfred Krupp, un apasionado de las teorías de Darwin que deseaba profundizar en la aplicación social de estas, convocó un concurso de trabajos sobre la redacción de leyes acordes a los principios de la selección natural. Haeckel ayudó a financiar el certamen, mientras que su protegido en la Universidad de Jena, el zoólogo Ernst Ziegler, fue uno de los jueces. La gran participación fue un reflejo del interés que suscitaba el tema. Se recibieron no menos de sesenta manuscritos, cuarenta y cuatro de ellos de autores alemanes. El premio de diez mil marcos fue fallado el 7 de marzo de 1903, y el ganador fue, precisamente, Schallmayer con *Herencia y selección en la competencia de los pueblos,* un estudio sobre la selección de individuos por medio de la intervención del Estado, al que consideraba responsable de preservar la calidad racial de la sociedad. La eugenesia o *Vererbungshygiene* (higiene hereditaria, como la llamó) era la herramienta perfecta para conseguir un estado sano. Schallmayer fue muy cauto con su aspecto negativo, y aunque claramente creía que se debía impedir que los débiles mentales, los alcohólicos, los criminales y los enfermos crónicos se casaran y tuvieran descendencia, no apoyó explícitamente ningún tipo de medida legal para impedirlo, sino que opinó que debían ser decisiones voluntarias. Más bien se centró en los aspectos positivos, proponiendo estimular la realización de matrimonios entre los más aptos, que a su parecer serían jóvenes cultos, bien educados y con una buena posición social, premiando su descendencia numerosa y castigando económicamente a los pertenecientes a esta meritocracia que decidieran permanecer solteros.

Este trabajo, junto con los ocho finalistas, fue publicado ese mismo año con el título *Naturaleza y Estado: Contribuciones para un estudio científico de la sociedad,* en lo que puede considerarse una auténtica enciclopedia del darwinismo social, sin equivalente en ningún otro país.

LA SOCIEDAD DE HIGIENE RACIAL

Es probable que el reconocimiento científico y la atención pública otorgadas al premio Krupp fueran lo que decidió a Ploetz a convertir lo que hasta entonces era una idea en un auténtico movimiento. En enero de 1904 fundó una de las revistas más influyentes de su temática, *Archiv für Rassen und Gesellschaftsbiologie (Archivos para la Biología Social y Racial),* a lo que siguió la creación de la Gesellschaft für Rassenhygiene (Sociedad de Higiene Racial), constituida en Berlín el 22 de junio de 1905 junto a su primer cuñado, el psiquiatra Ernst Rüdin; el hermano de la que entonces era su mujer, el abogado Anastasius Nordenholz y el antropólogo Richard Thurnwald, con el propósito de «estudiar la relación entre la selección y la eliminación entre individuos y la herencia y la variabilidad de sus rasgos físicos y mentales». Reconociendo la gran influencia que había ejercido Haeckel sobre su forma de ver el mundo, lo nombró miembro honorario, como también hizo con

Weismann. En 1905, la sociedad contaba con treinta y dos miembros; para 1907, ya eran cien. Por profesiones, el grupo más importante estaba constituido por los médicos. Del resto, la mayoría eran biólogos y antropólogos. La sociedad contó con miembros de todos los partidos políticos y de todas las opciones religiosas, incluyendo judíos. La única condición para pertenecer a ella era ser blanco y apto, es decir, bien situado socialmente. Ese año Ploetz pretendió crear una gran sociedad que aglutinara las de otros países, por lo que se cambió el nombre por el de Internationale Gesellschaft für Rassenhygiene (Sociedad Internacional de Higiene Racial), que mantuvo contactos con eugenistas de Suecia, Noruega, los Países Bajos, Gran Bretaña y Estados Unidos. Aunque no articuló ninguna política social concreta, durante una reunión en 1910 Ploetz enumeró una serie de objetivos: estimular a las familias aptas para tener el mayor número posible de hijos, restringir la procreación de los no aptos mediante el ingreso en instituciones o restricciones matrimoniales, luchar contra los venenos del plasma germinal (la sífilis, la tuberculosis y el alcohol), proteger al país de la entrada de inmigrantes inferiores, establecer comunidades de aptos incluso mediante leyes de expropiación y conseguir unas condiciones higiénicas favorables entre la población urbana e industrial.

En 1907 se fundaron delegaciones en Berlín y Múnich, y dos años más tarde se inauguró la de Friburgo, con el antropólogo Eugen Fischer como presidente y un joven médico genetista llamado Fritz Lentz como secretario. Este último había conocido a Fischer tras asistir a las clases que impartía en la Facultad de Medicina de la universidad de la ciudad.



Alfred Ploetz, fundador de la Sociedad de Higiene Racial.

Fischer sería posteriormente muy reconocido por su trabajo *Los bastardos rehoboth y el problema del mestizaje en el hombre,* publicado en 1913. En él llegó a la conclusión de que los *rehoboth,* el término despectivo usado para los hijos de padres holandeses blancos y madres hotentotes de la colonia alemana de África del Sudoeste (la actual Namibia), eran superiores a la población nativa debido a la herencia de sus padres, pero inferiores a ellos a causa de la carga genética heredada de sus madres. Por lo tanto, estaba en contra del mestizaje y se mostraba partidario de la segregación racial en las colonias: «Sin excepción, todo pueblo europeo que ha aceptado sangre de razas inferiores —y el hecho de que los negros, los hotentotes, son inferiores sólo puede ser negado por los soñadores— ha sufrido un deterioro intelectual y cultural como resultado de la acogida de elementos inferiores».

Fischer encabezó un equipo de investigadores que viajó hasta tierras africanas en 1909, poco tiempo después de que el Ejército alemán hubiera asesinado a casi la totalidad de los ochenta mil nativos hereros que se habían sublevado contra los ocupantes de sus tierras en lo que el militar al mando, Lothar von Trotha, llamó «una guerra racial», un auténtico genocidio, una masacre sin cuartel donde los hereros no podían esperar un trato humano ya que «no eran humanos». Los quince mil supervivientes (en su mayoría mujeres) fueron enviados a *Konzentrationslager,* es decir, campos de concentración, según la orden emitida por el canciller Von Bülow,

donde se usó por primera vez este término de modo oficial. Allí eran obligados a trabajar en unas pésimas condiciones, lo que hizo que más de la mitad muriera. Muchos de sus cráneos, que los mismos nativos tenían que limpiar, fueron enviados a Alemania para efectuar sobre ellos mediciones científicas. Los campos fueron cerrados en 1908, cuando ya quedaban pocos hereros que someter. Qué duda cabe de que su exterminio (un hecho, por cierto, poco conocido) fue un claro precedente de lo que vendría después…

A pesar de contar entre sus filas con racistas, no puede decirse que la Sociedad de Higiene Racial lo fuera desde un primer momento, pues aglutinaba tanto a académicos de derechas como de izquierdas, liberales y reaccionarios, defensores de la supremacía de los nórdicos y quienes abominaban de Gobineau y sus seguidores de la Gobineau Vereinigung. Esta asociación, gracias a los esfuerzos de Schemann, se ganó la simpatía de asociaciones de extrema derecha como la ultranacionalista Liga Pangermánica o los grupos *Völkisch* más radicales. Combinando las teorías de Gobineau con las de Weissmann y las técnicas craneométricas de los antropólogos franceses de la escuela de Paul Broca, desarrollaron una nueva forma de racismo que en algunos círculos gozó de respetabilidad y que pretendía dotar de legitimidad científica a la ideología de la supremacía de la raza nórdica. El médico y zoólogo Ludwig Woltmann reunió en torno a sí a un grupo de intelectuales, entre quienes se encontraban el antropólogo Otto Ammon o el francés Georges Vacher de Lapouge, denominándose a sí mismos la escuela socioantropológica y cuyo órgano de difusión fue la revista *Politisch-Anthropologische Revue*, fundada por Woltmann en 1902. En líneas generales, pensaban que la raza aria era la única capaz de conseguir importantes logros culturales, sociales e intelectuales. En su ensayo para el concurso de Krup, Woltmann dejó escrito que la raza nórdica o germánica, era «el más grande producto de la evolución», realizadora de todos los progresos culturales significativos. Los indios, los persas, los griegos y los romanos fueron en principio de piel blanca y pelo rubio, pero degeneraron tras mezclarse con elementos de piel más oscura. Incluso Cristo descendía de los amoritas rubios, y todos los genios renacentistas italianos y los impulsores de los logros culturales de Francia habían sido rubios y de ojos azules.

Estos arios se reconocían por compartir una serie de características físicas que incluían el pelo rubio, los ojos azules y un cráneo ovalado (dolicocéfalos), y se encontraban enfrentados en una lucha constante por sobrevivir con razas inferiores, principalmente con las de ojos marrones, pelo oscuro y cráneo redondeado (braquicéfalos). La civilización occidental se encontraba en un grave peligro dado el desproporcionado aumento de los inferiores, y podía acabar desapareciendo si estos desplazaban del poder a los arios. Por lo tanto, el objetivo de los antropólogos sociales era estudiar el proceso vital de la raza aria, describir su difusión social y geográfica, evaluar los efectos de los factores favorables y perjudiciales para su supervivencia y, finalmente, proponer medidas que devolvieran el predominio a los

arios.

Muchos de los más destacados miembros de la Sociedad de Higiene Racial compartían esta ideología. De hecho, en 1911, Ploetz, Lenz y un médico llamado Arthur Wollny fundaron una organización secreta llamada el Anillo Nórdico, cuyo objetivo era mejorar la raza nórdica, y en sus clases Fischer se refería a Gobineau como un precursor del pensamiento moderno. Max von Gruber y Rüdin también fueron entusiastas defensores de la supremacía aria. Sin embargo, otros como Schallmayer, el jesuita Hermann Muckermann, Arthur Ostermann y Alfred Grotjahn nunca compartieron este punto de vista. Los primeros pertenecían a la rama de Múnich de la Sociedad, mientras que los segundos eran mayoritariamente miembros de la rama berlinesa, pero no puede decirse que existieran diferencias insalvables entre ambas ramas ya que, a pesar de sus diferentes opiniones sobre el ideal nórdico, la Sociedad de Higiene Racial era mucho más meritocrática que racista, como demuestra el poco espacio dedicado en sus publicaciones tanto a la ideología *Völkisch* como a la exaltación de la raza nórdica. Su intención era diseñar estrategias que aumentaran el número de individuos aptos y disminuyeran el de los no aptos de Alemania, entendiendo por «aptitud» la productividad social y cultural y por «no aptitud» el comportamiento antisocial y la incapacidad de contribuir a la sociedad, como forma de crear una nación más sana, más productiva y más poderosa. Por ello, entre sus principales preocupaciones se encontraban los llamados «fenómenos degenerativos». Se realizó un estudio de la familia Zero, unos suizos similares a los Jukes norteamericanos, y Rüdin escribió numerosos artículos acerca de la herencia de las enfermedades mentales, haciendo énfasis en su transmisión mendeliana. La única eugenista destacada, Agnes Bluhm, dedicó sus esfuerzos a demostrar la influencia negativa del alcohol sobre las futuras generaciones y la supuesta disminución de la capacidad de las alemanas para dar el pecho a sus hijos. También se estudió el aumento de las enfermedades venéreas en las grandes ciudades, los efectos degenerativos de la homosexualidad y la necesidad de reformar el código penal siguiendo líneas eugenésicas. Y como sus colegas norteamericanos, los alemanes también analizaron el coste social y económico de mantener a los no aptos, los llamados *Minderwertigen,* es decir, los menos valiosos.

En 1911, una importante revista científica llamada *Umschau* organizó un concurso similar al de Krupp, centrado esta vez en la cuestión económica. Ofreció mil doscientos marcos (una cantidad considerable para aquellos días) a quien calculara lo que los «elementos biológicamente inferiores» que «valdría más que no hubieran nacido» costaban a la sociedad. El ganador fue Ludwig Jens, que estimó el coste de mantener a los inferiores tan sólo en Hamburgo en 31.617.823 marcos anuales. Julius Tandler, profesor de Anatomía en la Universidad de Viena, tenía muy claro la conclusión que debía extraerse. Citando el estudio de Jens durante una conferencia en 1913, dijo: «Por muy cruel que pueda sonar, debe decirse que el continuo incremento del apoyo a estos elementos negativos es incorrecto desde el

punto de vista económico y eugenésicamente incorrecto». Dos años antes, durante una charla a la Sociedad de Médicos y Científicos Alemanes, el antropólogo y eugenista Felix von Luschan había dado una detallada lista de estos elementos negativos: «Los enfermos, los débiles, los estúpidos, los alcohólicos, los vagos, los criminales; todos ellos son inferiores comparados con los sanos, los fuertes, los inteligentes, los sobrios y los puros». Para Luschan el objetivo principal de la antropología era determinar qué debía hacerse con los elementos inferiores de la sociedad. Ignaz Kaup, de la Universidad de Múnich, también estudió el coste de mantener a los hijos de estos inferiores, que heredarían los rasgos de sus padres, y llegó a la conclusión de que la sociedad debía aislar a los discapacitados para que no pudieran reproducirse ya que «nuestros hijos sanos tienen el derecho a que los protejamos de la decadencia de los genéticamente pestilentes, y cada nación progresista tiene el deber de reducir el lastre de los costes de los inferiores». El término «pestilente» *(Keimschädlinge)* era utilizado en el sentido de «parásitos». Ya en 1893, en *La historia natural del criminal,* Kurella había utilizado este término para describir a los gandules y en un artículo de 1895 en defensa de la eugenesia incluyó como parásitos a los borrachos y a los criminales, psíquicamente inferiores, todos ellos miembros de una estirpe cuyos hijos serían tan «inútiles socialmente» como sus padres debido al papel crucial de la herencia en determinar los rasgos físicos, mentales y morales de un individuo. Como ya hemos visto en el caso de Norteamérica, esta visión de los inferiores como parásitos que se alimentaban con la sangre de su huésped social y que podían llegar a destruirlo en el proceso también fue un componente fundamental de la eugenesia alemana. Sin embargo, Kaup dudaba que la sociedad alemana estuviera preparada para aceptar la esterilización, como había ocurrido en Norteamérica. Por ello, era partidario de recluirlos en colonias de trabajo, donde podría evitarse que tuvieran descendencia y donde podrían devolver a la sociedad algo del dinero gastado en su mantenimiento. No opinaba lo mismo el psiquiatra Paul Näcke, que lideró una campaña destinada a conseguir la esterilización forzosa de delincuentes habituales, alcohólicos y enfermos mentales, a los que consideraba «hereditariamente degenerados». Su propuesta, como pensó Kaup, fue sumamente controvertida, pues la esterilización era ilegal en Alemania incluso aunque fuera solicitada de forma voluntaria, pero se ganó rápidamente el apoyo de muchos eugenistas como Luschan o el mismo Rüdin, que en una conferencia sobre alcoholismo sugirió la esterilización forzosa para los alcohólicos que se pensaran casar.

Otra preocupación de los eugenistas alemanes a principios del siglo XX fue el de la población. A pesar de que la Alemania del Segundo Reich era el segundo país más poblado de Europa y de que había aumentado en veinticuatro millones su número de habitantes entre 1871 y 1910, la tasa de natalidad había caído desde el 37,6 por mil de 1880 al 35,1 de 1902 para después, en tan sólo doce años, caer un 8,3 por mil más, por lo que el aumento de la población había sido a expensas de la disminución de la

tasa de mortalidad. Es decir, los alemanes vivían más años gracias a la mejora de las condiciones sanitarias, pero cada vez tenían menos hijos. Los eugenistas culpaban de esta situación tanto a los neomalthusianos como a los movimientos feministas, que defendían de forma indiscriminada los métodos anticonceptivos como una forma de mejorar la calidad de vida. Para la Sociedad de Higiene Racial, esto era un grave error, pues quienes más utilizaban estos métodos eran las clases altas, lo que conduciría inevitablemente a la degeneración de la raza. Ploetz, por ejemplo, defendía que el control de la natalidad debía estar en manos de los médicos y no ser una decisión que persiguiera fines individuales en lugar de la salud biológica de la nación, y así lo expuso en Londres en 1912 durante el Primer Congreso Internacional de Eugenesia.

Gruber, además, atribuía la baja natalidad a la esterilidad causada por las enfermedades venéreas, que en las grandes ciudades habían alcanzado proporciones epidémicas. Como los hombres de las clases más favorecidas tendían a casarse a edades más avanzadas, eran quienes más recurrían a las prostitutas y, por lo tanto, quienes corrían más riesgo de acabar infectados de gonorrea. Además, el día que se casaran, transmitirían la enfermedad a sus mujeres, causándoles esterilidad permanente y privando a la nación de nuevas generaciones de niños aptos.

Además de por la degeneración de la raza, el problema poblacional preocupaba porque en los años previos a la Gran Guerra, Rusia, que rodeaba a Alemania con una población de ciento cinco millones de personas y sin problemas de natalidad, un ejército de un millón de hombres y aliada de los potenciales enemigos del Reich, Francia e Inglaterra, era vista como una amenaza muy real. Y no sólo desde el punto de vista de su potencial bélico, sino también desde el punto de vista demográfico y biológico, pues se temía que el aumento desproporcionado de los rusos y otros pueblos eslavos en comparación con los alemanes podría provocar una gran corriente emigratoria que conduciría a una eslavización de Alemania.

Hasta la Primera Guerra Mundial, las propuestas eugenésicas no contaron con un apoyo político o institucional como había ocurrido en Norteamérica, un país que les servía de referente. Después de la primera reunión internacional de Londres, la rama berlinesa distribuyó un folleto alabando «la dedicación con la que América apoya la investigación en el campo de la higiene racial, y cómo llevan a la práctica esos conocimientos teóricos». Los alemanes seguían detalladamente los progresos de sus colegas de al otro lado del océano gracias a la información facilitada por Géza von Hoffman, vicecónsul de Austria en California y miembro de la sociedad, que durante su estancia en este país escribió numerosos artículos y, en 1913, el libro *Higiene racial en los Estados Unidos de Norteamérica*.

En el documento también se elogiaba el fantástico control de la inmigración por medio de leyes restrictivas y se aplaudía a los estados norteamericanos que habían aprobado leyes para prevenir que las «familias inferiores» tuvieran descendencia. El folleto terminaba formulando esta pregunta: «¿Podemos tener alguna duda de que los

americanos conseguirán estabilizar y mejorar la fuerza de su pueblo?». Como dice Stefan Kuhl en *The Nazi Connection* (1994), la cuestión de fondo era: «¿Podremos los alemanes hacer lo mismo?».

Todo cambió después de la espantosa contienda en la que Alemania, aliada con los imperios austrohúngaro y otomano, se enfrentó a Rusia, Francia, Serbia, Bélgica e Inglaterra en lo que prometía ser la guerra que acabaría con todas las guerras.

Capítulo 4
La eugenesia alemana tras la Gran Guerra. La República de Weimar

Los alemanes dieron la bienvenida a la primera guerra total, pues sentían que eran una gran potencia industrial que necesitaba y merecía un imperio. Alemania había llegado tarde al reparto de África y las pequeñas posesiones que había adquirido en la década de 1880 no podían satisfacer las pretensiones de la derecha, según la cual, el rápido aumento de la población había convertido a Alemania en un «pueblo sin espacio vital» por lo que, además de exigir un imperio comercial colonial, anhelaba una expansión territorial por la Europa Oriental a expensas de los inferiores pueblos eslavos. Existía la sensación de que la guerra era necesaria y saludable, una forma de redención y renovación que acabaría con la discordia y las discrepancias de los años anteriores. El asesinato del heredero de la Corona del Imperio austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, en Sarajevo (Serbia) el 28 de junio de 1914 fue tan sólo una excusa. Francia quería desquitarse por la *debâcle* de Sedán y la pérdida de Alsacia y Lorena, reiteradamente disputadas con Alemania en los siglos anteriores, Inglaterra era un gran rival comercial y en medio de todo estaba el avispero de los Balcanes, donde chocaban las ansias de expansión de Alemania y el Imperio austrohúngaro con el sueño, casi milenario, de Rusia de contar con una salida al mar Mediterráneo.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La mañana del 4 de agosto, 1.600.000 soldados alemanes cruzaban la frontera belga, comenzando una guerra que se preveía corta y triunfal, como la guerra franco-prusiana de 1870, con batallas teatrales y el enemigo vencido al perder la capital del Estado.

Pero el entusiasmo pronto se convirtió en decepción. Los aliados comenzaron una guerra de trincheras, pues contaban con el tiempo como un factor decisivo para su victoria al sospechar que los recursos de Alemania no serían suficientes para satisfacer al mismo tiempo las demandas del frente y las condiciones de vida de la retaguardia en el caso de que el conflicto durara más de lo previsto. Y no se equivocaban. Los británicos fueron dueños y señores de los mares y sitiaron a la Marina alemana en sus puertos, impidiéndoles la importación de alimentos y materias primas. Los alemanes supieron lo que era el hambre y el frío, lo que hizo que el descontento general de la población civil hacia un Estado que les había metido en una guerra que no sabía ganar se expresara en forma de huelgas en las minas y las fábricas de municiones. El verano de 1916, los diputados del SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), con mayoría en el Parlamento, se asociaron a liberales y

católicos para pedir el fin de las hostilidades. Sin embargo, el Gobierno no era responsable ante el Parlamento, sino solamente ante el káiser. Y Guillermo II era un hombre mediocre, poco dotado de habilidad política y diplomática (había despedido a Bismarck a los dos años de subir al trono), que había delegado toda responsabilidad en los militares, liderados por el mariscal de campo Paul von Hindenburg y el general Erich Ludendorff, que era quien tomaba las decisiones importantes. En la práctica, eran los militares quienes gobernaban Alemania y determinaban la calidad de vida de los civiles en función a las necesidades de la guerra y, a pesar de las protestas de los políticos, estaban dispuestos a ganarla a cualquier precio.

Si los Imperios Centrales ganaban, Estados Unidos nunca recuperaría la enorme cantidad de dinero que había prestado a los Aliados, tanto en forma de préstamos como en material de guerra cedido por sus empresas, por lo que el 3 de febrero de 1918, Estados Unidos rompió las relaciones diplomáticas con Alemania y tres días más tarde entraba en lo que hasta entonces consideraba una guerra europea. En junio desembarcaba en Francia una primera división simbólica compuesta por veinticinco mil hombres, lo que tuvo un gran impacto psicológico sobre el Gobierno alemán, que se vio forzado a asestar un golpe definitivo a los Aliados antes del desembarco del grueso de las divisiones norteamericanas (dotadas del más moderno material de guerra, bien alimentadas e infundidos de una moral de victoria), que se anunciaba para el verano.



Soldados alemanes durante la guerra que se suponía
acabaría con todas las demás guerras.

La firma de la paz con la Rusia bolchevique el 3 de marzo de 1918 permitió desplazar divisiones alemanas al frente occidental, aunque el temor al contagio del comunismo hizo que Alemania ocupara Ucrania, lo que distraía gran parte de sus fuerzas. Para mayo, los alemanes se encontraban a setenta kilómetros de París, pero el constante afluir de los norteamericanos a Francia minó la moral de los hambrientos soldados alemanes, que empezaron a retroceder sin concierto hasta el 8 de agosto. Ese día sufrieron una grave derrota en Amiens, después de la cual tuvieron que retroceder hasta Bélgica. A partir de esas fechas, el frente se estabilizó.

Todo parecía anunciar el aniquilamiento del Ejército alemán. Antes de que ocurriera tal catástrofe, el general Ludendorff, completamente desconcertado, requirió del káiser la petición de un armisticio, que solicitó, en efecto, el 4 de octubre el canciller Max von Baden al presidente norteamericano Woodrow Wilson, aceptando como base de negociaciones sus catorce puntos en los que precisaba que la paz debía hacerse sin anexiones ni indemnizaciones, sin vencedores ni vencidos.

Ludendorff no quiso asumir la responsabilidad y la humillación de la derrota y se aferró a la opinión expuesta por Wilson de que los jefes militares y los monarcas autocráticos constituían un obstáculo para las negociaciones. Por ello, pidió al káiser una apertura política para que fueran asumidas por los políticos que habían firmado el manifiesto del verano del año anterior: «Veremos, pues, entrar a estos señores en los ministerios. A ellos corresponde gestionar la paz que debe realizarse. Ahora deben tomarse la sopa que nos han preparado». Estos cambios fueron aceptados el 28 de octubre. Desde ese día, el Imperio alemán pasó de ser una monarquía constitucional a una parlamentaria, con el canciller y sus ministros subordinados al Parlamento y el mando militar transferido del káiser al Gobierno. Ludendorff fue destituido y huyó disfrazado y con un pasaporte falso a Suecia, que era neutral. Allí estuvo durante un año, dedicado a escribir sus memorias del conflicto.

LA REVOLUCIÓN

El fin de la guerra más cruenta que hasta entonces había conocido el mundo fue el principio de la revolución en Alemania. Tras cuatro años de conflicto, el país tuvo que afrontar sus terribles consecuencias: más de dos millones de hombres, jóvenes y sanos, habían fallecido, 4.250.000 habían sido heridos o mutilados y la población civil se hallaba sumida en el hambre y la miseria. Nunca hasta entonces una población no combatiente había padecido más directamente a causa de la guerra. La revolución comenzó a finales de octubre en el puerto de Kiel, donde durante la noche del 29 al 30 de octubre las tripulaciones de varios barcos de guerra se amotinaron cuando recibieron la orden de prepararse para lanzar un último ataque contra la Royal Navy en el Canal de la Mancha. A ellos se les unieron los soldados enviados para sofocar la revuelta y numerosos trabajadores descontentos. Desde aquí, la revolución se propagó por toda Alemania. En Múnich se proclamó la República de Baviera. El rey Luis III fue el primero en abdicar, el 7 de noviembre, seguido de los príncipes gobernantes de los demás estados alemanes. Por fin, Guillermo II abdicó el 9 de noviembre y huyó a Holanda. Ese mismo día, el canciller dimitió y nombró como sucesor al socialdemócrata Friedrich Ebert, que no quería un régimen como el soviético pues temía perder el apoyo de los industriales y el Ejército y un empeoramiento de la ya precaria situación de suministros si la administración caía en manos de revolucionarios sin experiencia, por lo que rápidamente convocó elecciones para una Asamblea Nacional Constituyente. Los políticos del SPD se consideraron a sí mismos como salvadores *in extremis* de una crisis nacional, e intentaron volver lo más pronto posible a la normalidad, con los ojos puestos en la Asamblea Nacional como el puerto seguro que era necesario alcanzar cuanto antes. El 11 de noviembre de 1918, una delegación alemana encabezada por el ministro de Asuntos Exteriores en funciones, el político católico centrista Matthias Erzberger (que había liderado la solicitud de paz del Reichstag), firmó el armisticio en un vagón de tren estacionado

en el bosque de Compiègne.

La revolución había terminado antes de empezar y las clases populares habían quedado marginadas de la política, lo que causó la indignación de comunistas como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que soñaban con llevar a cabo una revolución proletaria como en Rusia. Las elecciones se celebraron el 19 de enero de 1919. El SPD obtuvo mayoría, formando un gobierno de coalición con los católicos del Partido del Centro (Zentrum) y los liberales de izquierdas del Partido Democrático de Alemania (DDP), que presidió el socialdemócrata Scheidemann. Fueron ellos quienes debieron firmar en Versalles, el 28 de junio de 1919, el tratado que, lejos de los conciliadores puntos del presidente Wilson, impuso gravosas y humillantes condiciones de paz para Alemania.

EL TRATADO DE VERSALLES

Francia, el país que más daños había sufrido durante la guerra, quería humillar a los alemanes e imposibilitarlos para nuevas empresas bélicas, mientras que el objetivo de Inglaterra era destruir su economía, verdadero motivo por el que había participado en el conflicto. Los Imperios Centrales no fueron escuchados en la Conferencia de Paz, sino que al término de la misma se los obligó a firmar lo acordado por los Aliados. No fue por lo tanto una paz pactada, es decir, concertada libremente entre las naciones adversarias, sino un *Diktat,* como fue calificado por los alemanes; una paz obligada sin posibilidad de alternativa, que llevaba dentro el germen de Hitler y la Segunda Guerra Mundial.

Entre las cesiones territoriales destinadas a debilitar a Alemania estaba la recreación de Polonia, un Estado inexistente desde 1795. Para ello se le cedía la provincia de Posen, una parte de la Alta Silesia y la mayor parte de Prusia Occidental, dándole acceso al mar Báltico a través del llamado «corredor polaco», mientras que la ciudad de Danzig, con su importante puerto fluvial y marítimo en la desembocadura del Vístula, quedaba desmilitarizada y unida aduaneramente al nuevo país. De esta forma, Prusia Oriental quedaba aislada del resto de Alemania. Las ricas Alsacia y Lorena eran devueltas a Francia; el norte de Schleswig, cedido a Dinamarca; las ciudades de Eupen, Moresnet y Malmedy, a Bélgica; el territorio de Memel, a Lituania; y se obligaba a Alemania a renunciar a todas sus colonias, que fueron repartidas entre Francia e Inglaterra. En total, Alemania perdía un octavo de su territorio continental y 6.500.000 habitantes de su población. Además, se le concedía a Francia el derecho a explotar durante quince años las ricas minas de carbón de la cuenca del Sarre.

Militarmente, Alemania se comprometía a reducir su ejército a cien mil hombres y desmantelar su fuerza naval, que quedaba reducida a quince mil hombres, seis barcos de combate, seis cruceros pequeños, seis destructores y doce torpederos. Todos los submarinos, tanto en servicio como en construcción, debían ser entregados

y se le prohibía fabricar armamento pesado y más armas y municiones de las que necesitara el ejército fijado. Se eliminaba el servicio militar obligatorio. La región de Renania, frontera natural con Francia, Luxemburgo, Bélgica y los Países Bajos, quedaba desmilitarizada en una franja de cincuenta kilómetros al este del Rin, y su orilla occidental ocupada por las tropas aliadas hasta 1935.

Pero la parte más indignante era la sección octava, donde se hacía únicos responsables de la guerra a Alemania y sus aliados. Por ello, se la obligaba a pagar la astronómica cifra de 132.000 millones de marcos-oro en concepto de reparaciones de guerra (es decir, cuatro veces las reservas de oro mundiales), a un interés del 6 % durante los siguientes treinta y siete años, lo que suponía dos mil millones de marcos de oro anuales, tres veces más de lo que el país se podía permitir.

Las condiciones del tratado eran tan intolerables que Scheidemann se negó a firmarlo vociferando fuera de sí ante la Asamblea: «¡Así se pudra la mano que firme tal tratado!», y dimitió. Fue sustituido por el también socialdemócrata Gustav Adolf Bauer. En nombre del nuevo Gobierno, la responsabilidad de la firma recayó en Hermann Müller, ministro de Exteriores, y Johannes Bell, ministro de Transporte.

LA CONSTITUCIÓN DE WEIMAR

El 31 de julio se aprobó en la ciudad de Weimar una nueva Constitución basada en la soberanía popular. Se eligió esta ciudad para evitar los tumultos de Berlín y porque contaba con los locales apropiados para las reuniones y era fácil de asegurar militarmente. Fue por ello que la república y su época (hasta el ascenso de Hitler al poder en 1933) fueran conocidas como la República de Weimar.

La nueva Constitución reconocía a Alemania como un estado democrático, federal y parlamentario, liderado por un presidente elegido por sufragio directo cada siete años. El poder legislativo correspondía a dos cámaras: una elegida por el pueblo cada cuatro años, el Reichstag, y otra, el Reichsrat, compuesta por representantes de los diecisiete estados federales *(Lander)*, cada uno de los cuales contaba con su propio Gobierno. El presidente nombraba al canciller, o jefe del poder ejecutivo, que generalmente sería el líder del partido mayoritario y formaría un gobierno, que debería responder frente al Reichstag. En esta cámara se aprobaban las leyes, que posteriormente serían aprobadas o rechazadas por el Reichsrat. En caso de emergencia, el presidente podía disolver el Reichstag y convocar elecciones anticipadas, vetar leyes e incluso elegir un gobierno sin mayoría democrática.

Además, la Constitución incluía un catálogo de los derechos fundamentales de los alemanes, recogiendo no sólo la igualdad ante la ley, el derecho al voto de las mujeres, la gratuidad de la enseñanza, la libertad de expresión, de religión y asociación sino también la creación de un amplio sistema de seguros para atender «a la conservación de la salud y de la capacidad para el trabajo, a la protección de la maternidad y a la previsión de las consecuencias económicas de la vejez, la

enfermedad y las vicisitudes de la vida». La Constitución de Weimar puede considerarse la primera en recoger los principios de lo que más tarde se llamaría el estado del bienestar, obedeciendo, probablemente, al deseo de tranquilizar a las masas trabajadoras revolucionarias, pues en nada se correspondían estos loables propósitos con la deplorable situación económica del país.

EL MITO DE LA PUÑALADA POR LA ESPALDA

Sin embargo, en el verano de 1919 no hubo en Alemania entusiasmo alguno por la Constitución. Sólo se hablaba del infame tratado, que produjo una honda amargura. La propaganda triunfalista que había asegurado la victoria hasta el último momento no había preparado psicológicamente al pueblo para la derrota, y eran muchos los que no entendían cómo los políticos habían pedido un armisticio y aceptado las humillantes condiciones de Versalles cuando las tropas alemanas se encontraban todavía más allá de sus fronteras. Muchos de los soldados desmilitarizados, profundamente frustrados por la inexplicable rendición, fueron incapaces de adaptarse a la vida civil y se unieron a organizaciones paramilitares ultranacionalistas que se formaron por toda Alemania y que se llamaron de forma genérica *Freikorps* (cuerpos libres).



Un grupo de *Freikorps*, cuerpos paramilitares fuertemente armados contrarios al armisticio.

Se pasaba por alto que, en realidad, Alemania había sido derrotada militarmente y que la negativa a firmar el Tratado de Versalles habría supuesto la entrada de los

Aliados en Berlín. Pero Ludendorff evadió su responsabilidad ideando o cuando menos propagando el mito de la puñalada por la espalda, que tan útil sería para la propaganda nazi. Se trataba de hacer creer que los soldados en el frente habían sido traicionados por los judíos bolcheviques mientras daban hasta la última gota de sangre por su país. Eran ellos quienes estaban detrás de las huelgas que habían minado la moral y causado la escasez de suministros y municiones de los heroicos soldados del frente; ellos quienes controlaban a los políticos socialdemócratas que habían permitido que el 15 de abril de 1917 Lenin saliera desde la estación de Zúrich en un vagón de tren precintado y cruzara Alemania para liderar la Revolución rusa, los mismos políticos marionetas (los criminales de noviembre) que habían solicitado el armisticio antes de la derrota y firmado el humillante tratado; ellos quienes estaban también detrás de los Gobiernos francés e inglés que lo habían confeccionado para sumir a Alemania en la miseria y así prepararla para la Revolución bolchevique. El mito de la puñalada por la espalda perjudicó gravemente a la República de Weimar ya desde su nacimiento, pues muchos la consideraban una sinagoga al servicio de la conspiración judía internacional cuyo objetivo era impulsar movimientos revolucionarios en distintos países para que sus ambiciosos dirigentes se hicieran con el poder mundial.



Caricatura de 1919 ilustrativa de la teoría de
la puñalada por la espalda sufrida por Alemania.

LA CONSPIRACIÓN JUDÍA INTERNACIONAL

La verdad era que las huelgas, la revolución y el descontento general no habían

sido consecuencia de siniestras maquinaciones, sino del hambre y la miseria. Además, el Partido Socialdemócrata en mayoría en el Gobierno estaba dirigido por sindicalistas gentiles, la mayoría de los cuales no simpatizaban con los izquierdistas judíos, a quienes consideraban indeseables intelectuales de la clase media, y eran un grupo cauteloso y prudente, esencialmente más preocupado por conservar lo que ya habían conseguido que por lanzarse a nuevos y peligrosos experimentos sociales. Desde un primer momento se habían distanciado del estilo autocrático y antidemocrático con que gobernaba Lenin, sintiendo recelos ante el deseo de los comunistas rusos de propagar la revolución proletaria a nivel mundial, por cuanto estos se dirigían a la misma clase obrera que constituía el electorado natural de los socialdemócratas alemanes, amenazando con representar un serio rival para sus aspiraciones reformistas. Tanto el Gobierno de tinte soviético establecido en Baviera en noviembre de 1918 como el levantamiento de la Liga Espartaquista comunista en Berlín entre el 5 y el 12 de enero de 1919 fueron violentamente reprimidos por el Gobierno con ayuda de los *Freikorps,* que torturaron y asesinaron a sus dirigentes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Y los únicos políticos judíos de Weimar que tuvieron una cierta importancia fueron Rudolph Hilferding, ministro de Finanzas en 1923 y 1928, y Walther Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores en 1922, el hombre que había llevado el peso de las finanzas durante la guerra y sin cuya gestión Alemania no habría podido combatir. Este último fue asesinado el 24 de junio de ese año por un grupo nacionalista, tan sólo seis meses después de haber sido nombrado y después de haber sido sometido a una fuerte campaña de desprestigio que lo acusaba de formar parte del Gobierno secreto judío.

Esta teoría del Gobierno judío en la sombra que conspiraba para hacerse con el poder mundial no era nada nuevo. Tradicionalmente, los judíos, una minoría de costumbres extrañas, considerados responsables de la muerte del hijo de Dios, carentes de un Estado propio y de un respaldo político y militar, siempre habían sido un colectivo al que era muy cómodo culpar de cualquier penuria política o económica de cualquier sociedad de la que formaran parte. A ello contribuía su omnipresencia en el mundo financiero, pues muchos desempeñaban la fundamental pero poco popular profesión de prestamistas, ya que la Iglesia católica no permitía a sus fieles prestar dinero con intereses. A comienzos del siglo XX, eran muchos los que creían que los judíos, todos los judíos del mundo, formaban un conjunto de conspiradores empeñados en arruinar al resto de la humanidad para después dominarla. Uno de los escritos más influyentes para fomentar esta creencia fue *Los Protocolos de los Sabios de Sión,* que pretendía ser las supuestas actas de una reunión secreta del Gobierno judío mundial en la sombra celebrada en 1897 en Basilea, Suiza, donde se habría aprobado un plan para la conquista del mundo utilizando para ello el control de las finanzas internacionales, la prensa y los medios de comunicación. Además, reconocían estar detrás de la Ilustración y la francmasonería para difundir ideas en contra de la Iglesia católica, y del bolchevismo para conducir una revolución mundial

acorde a sus intereses. Apareció por primera vez en 1903, cuando el periódico ruso *Znamya* lo publicó por entregas.



Cubierta de una edición francesa
de *Los Protocolos,* hacia 1934.

En realidad, el documento había sido cuidadosamente elaborado por la policía secreta zarista rusa para canalizar el cada vez mayor descontento del pueblo por las miserables condiciones en que se hallaba sumido y evitar una revolución. Una forma de ahogar la revolución en sangre judía que, efectivamente, dio lugar a espantosos pogromos que contaron con la indiferencia, cuando no de la cooperación, de las autoridades. *Los Protocolos de los Sabios de Sión* fue editado a millares durante la posguerra en Alemania y otros países europeos. La primera versión en alemán fue publicada en 1920, y para 1933 ya habían aparecido treinta y tres ediciones.

Gracias al mito de la puñalada por la espalda, los mandos militares alemanes limpiaron su imagen, cargando sobre los conspiradores el peso de la responsabilidad de su derrota. Alemania no se había rendido ni había perdido la guerra por cuestiones

tácticas. Había sido traicionada por los judíos bolcheviques al servicio de su Gobierno mundial en la sombra, instigando huelgas en las industrias armamentísticas en momentos críticos de la ofensiva que dejaron a los soldados sin el adecuado suministro de material. El mito fue sublimado al vincularlo a Sigfrido, el héroe de *El cantar de los nibelungos* de la mitología nórdica, considerado representante por excelencia de las supuestas virtudes alemanas (valentía, heroísmo, lealtad), asesinado por la espalda de un lanzazo del traidor Hagen, tras descubrir que era allí donde tenía su único punto vulnerable.

LA SANIDAD ALEMANA TRAS LA GRAN GUERRA

Triste consuelo el de la traición para los alemanes, que después de la Gran Guerra se vieron a sí mismos como una nación humillada, una sociedad contaminada y lisiada, llena de enemigos internos que conspiraban para destruirla, amenazada por el hambre, los trastornos mentales y el alcoholismo consecuencia de los traumas de la guerra, del desempleo y del caos político, la tuberculosis, la grave epidemia de gripe de 1918, las enfermedades venéreas transmitidas por los soldados que volvían del frente… un organismo enfermo, moribundo, a quien era necesario devolver la salud. Por ello, el Gobierno desarrolló un vasto esquema de salud pública, con campañas de promoción de la salud y la creación de una red de centros de salud donde se realizaban labores de asistencia, prevención y educación sanitaria dirigidas a sectores de la población sujetos a determinados riesgos en razón de su condición. De esta forma, la totalidad de la población tuvo acceso a una serie de conocimientos y remedios reservados hasta entonces a una minoría privilegiada. Se esperaba de esta forma aumentar el nivel de salud de la nación y conseguir así una nueva generación de alemanes sanos que compensara las pérdidas de la guerra. Por lo tanto, el objetivo de esta nueva medicina social era más los grupos sociales que los individuos, en lo que puede considerarse una estrategia de «eugenesia nacional». A diferencia del médico clínico clásico que examinaba, diagnosticaba y trataba casos individuales de forma inmediata, la función del médico social era el pronóstico a largo plazo, utilizando como pauta de criterio la salud del grupo, aplicando para ello sus conocimientos de higiene, estadística, ciencias sociales y legislación con la intención de determinar los factores extrabiológicos, socioeconómicos, causantes de la enfermedad y actuar sobre ellos, elaborándose bases de datos donde se recogieron tanto información de los centros de salud y de los hospitales como de escuelas, de la policía y de las iglesias. Una información que sería muy útil para los nazis.

Esta democratización de la asistencia sanitaria supuso una gran oportunidad profesional para el colectivo médico, muchos de los cuales pasaron de ejercer una actividad privada o de ser empleados de una entidad particular o una sociedad filantrópica a ser funcionarios públicos, a sueldo del municipio o del Estado. Ello propició que se vieran a sí mismos como un colectivo responsable de velar por la

salud y el vigor de la nación, como un poderoso grupo encargado de desempeñar un papel esencial en su reconstrucción, comenzando a aceptar un papel que ponía la salud del *Volk* por encima del bienestar individual de sus pacientes y otorgando mayor valor a servir al Estado que a su responsabilidad profesional. Años después, esta lealtad sería utilizada por un Estado que identificó el bienestar social con la eliminación de los incapaces de valerse por sí mismos para pedirles que le sirvieran asesinándolos.

Obviamente, esta política no fue vista con buenos ojos por los higienistas raciales. Mientras la administración creía algo necesario la asistencia sanitaria de los sectores más desfavorecidos al considerar que repercutía en la elevación general del nivel de vida de toda la comunidad, para los más radicales era inútil dedicar recursos a quienes mostraban su debilidad en su fracaso en la lucha por la vida. Desde su punto de vista, el sistema del bienestar suponía un derroche financiero en unos momentos de crisis en los que millones de los mejores ejemplares de la nación pasaban hambre a causa del desempleo, y una intervención en el proceso natural de selección al preservar y por lo tanto permitir la reproducción de los defectuosos.

VIDAS INDIGNAS DE SER VIVIDAS

Mientras que en los años previos se había hablado en términos abstractos de mejorar la raza, durante los años de la República de Weimar los higienistas raciales se mostraron especialmente preocupados de evitar la degeneración del *Volk,* poniendo un especial énfasis sobre la forma de reducir el coste social de los no productivos, dando lugar a propuestas tan radicales como las expuestas por el psiquiatra Alfred Erik Hoche, profesor de la universidad y director de la Clínica Psiquiátrica de Friburgo, y el jurista Karl Binding, profesor de Derecho Penal de la Universidad de Leipzig, que serían utilizadas posteriormente por los nazis como justificación de sus crímenes.

En 1920, dos años después del final de la Gran Guerra, publicaron una influyente monografía titulada *La libertad para la destrucción de las vidas sin valor: su medida y su forma*. En ella defendían el derecho del Estado a legitimar la eutanasia para prevenir la progresiva y alarmante degeneración que estaba sufriendo el pueblo alemán. Para Binding, el hombre es soberano de su vida, de donde deriva la legitimación moral y jurídica del suicidio, lo que conduce lógicamente a la liberalización de la eutanasia. Esta liberalización debía aplicarse en primer lugar a la eutanasia pura, que simplemente reemplaza la causa de una muerte por otra, después a la eutanasia de los enfermos incurables, que piden con insistencia ser liberados de sus sufrimientos, y finalmente a la eutanasia de los enfermos mentales. La decisión de proceder a su eliminación, tomada por un Comité de Liberalización compuesto por un jurista y dos médicos, se funda en un deber legal de compasión. La eventualidad de una decisión tomada por error no era relevante comparada con los beneficios que se

obtendrían: «La humanidad pierde a tantos de sus miembros por error que uno más o menos no significa realmente una gran diferencia».

A Hoche le resultaba paradójico y muy difícil de aceptar que uno de sus hijos hubiera muerto en el frente al mismo tiempo que en los manicomios se mantenía con vida a cientos de miles de enfermos crónicos y deteriorados, a los que llamó *Lebensunwerten Lebens*, es decir, vidas inútiles, sin valor, vidas indignas de ser vividas. Millones de jóvenes bien dotados genéticamente para sobrevivir habían encontrado la muerte en las trincheras mientras enfermos mentales incurables eran custodiados de por vida en los manicomios, lo que suponía un gran coste para el Estado a cambio de ningún beneficio. Sus argumentos iban dirigidos a justificar su eliminación desde el punto de vista médico. Para ello los colocaba al mismo nivel que los seres irracionales. Según el psiquiatra, los enfermos mentales no pueden atribuirse subjetivamente un derecho a la vida, y los caracteriza de faltos de existencia y de seres vacíos que, además, representan una carga para el Estado.

FRITZ LENZ

Durante los años de Weimar, el higienista racial más influyente fue Fritz Lenz. Decepcionado por la situación del país, Ploetz compró un costoso equipo, formó un grupo de trabajo y se concentró en investigar los efectos del alcohol sobre la herencia en ratones y conejos y en seguir publicando eruditos artículos en *Archiv*. Sin embargo, Lenz se hizo enormemente popular tras la publicación en 1921 de *Principios de herencia humana e higiene racial,* dos volúmenes escritos junto a Fischer y el genetista y botánico Erwin Baur. En su apartado de antropología racial, Fischer hizo hincapié en la desigualdad entre las razas, explicando que la raza «es uno de los factores más decisivos en el entero curso de la historia de los pueblos» a causa de las diferencias mentales interraciales. El segundo volumen, obra exclusiva de Lenz, trataba sobre higiene racial y en él, como todos los eugenistas, apoyaba la existencia de rasgos hereditarios tanto físicos como mentales asociados a las diferentes razas. Así, los aborígenes australianos eran «los más cercanos a nuestros propios ancestros simiescos» y los negros eran inferiores a los blancos porque sufrían un retraso mental al llegar a la pubertad, lo que les hacía comportarse como niños incapaces de controlar sus instintos más básicos, por lo que tenían una tendencia innata a cometer crímenes, ser promiscuos y acabar viviendo en la pobreza, como demostraban los test de inteligencia realizados a los soldados norteamericanos y como probaba el hecho de que «no han desarrollado ningún tipo de arte ni elaborado sagas ni mitos». Los judíos eran vistos no como los miembros de una religión sino como una raza también claramente diferenciada, definida en este caso no «por el control y la explotación de la naturaleza, sino por el control y la explotación de otros hombres», lo que demostraba su éxito en los negocios, su participación en los movimientos revolucionarios y su imposibilidad de crear un estado propio. Para no

despertar sospechas, intentaban imitar las costumbres y apariencias de sus huéspedes, en un típico caso de mimetismo animal, donde un ser vivo «obtiene ventaja en su lucha por la vida adquiriendo un parecido con otro organismo»; por ello, «mientras los alemanes podrían vivir bien sin los judíos, estos no podrían valerse sin los alemanes». En la cima de la pirámide racial, como puede imaginarse, colocaba a la raza nórdica, poseedora de toda clase de virtudes, creadora de las lenguas indoeuropeas y de todas las grandes civilizaciones, desde la hindú a la persa, la griega e incluso la romana. Los nórdicos habían sido decisivos en los descubrimientos y conquistas de los portugueses, en la reforma protestante, en los imperios británico, ruso y español y en los grandes avances científicos de la humanidad. También advertía sobre los peligros de las medidas de protección de los individuos inferiores y recomendaba impedir su reproducción. Además, apoyaba el infanticidio para los niños discapacitados, considerándolo una medida humanitaria.

Los tres autores reconocían el liderazgo de los Estados Unidos en el movimiento eugenésico y hacían referencia en repetidas ocasiones a los trabajos de Goddard, Davenport, Brigham y Terman. Lenz, en particular, insistía en que no había diferencias entre las posturas adoptadas por los eugenistas norteamericanos y los alemanes, ya que todos estaban «acostumbrados a pensar biológicamente». Aunque los alemanes iban retrasados en cuanto a aplicar sus ideas a la política, confiaba en que cuando las ideas eugenésicas fueran lo suficientemente conocidas, pronto llegaría la promulgación de leyes.

Por extraño que pueda parecernos hoy en día, el libro de Lenz, Baur y Fischer fue considerado como el más prestigioso tratado sobre genética en Alemania durante más de veinte años, reeditándose en cinco ocasiones entre 1921 y 1940. En los Estados Unidos, el *Journal of Heredity* describió la edición de 1923 como «enciclopédica» y «en la línea de la mejor tradición erudita alemana». En 1928 la misma revista lo elevó a la categoría de «modelo de libro de texto sobre genética humana», no sólo en Alemania, sino en todo el mundo. Cuando fue traducido al inglés en 1931 fue recibido por el mundo anglosajón como una obra realmente científica, «un valioso libro que servirá de referencia durante los años venideros» y que estimularía «muchas más investigaciones».

JULIUS LEHMANN Y LA SOCIEDAD THULE

El editor del libro fue Julius Friedrich Lehmann, conocido por publicar no sólo textos de medicina famosos por la calidad y precisión de sus ilustraciones, sino también tratados de antropología social, higiene racial y de difusión del movimiento *Völkisch*. De hecho, Lehmann era miembro tanto de la Sociedad de Higiene Racial como de la Liga Pangermánica y de la Sociedad Thule. Después de la Gran Guerra se hizo también cargo de *Archiv für Rassen und Gesellschaftsbiologie*. Así, mientras proporcionaba a la comunidad médica manuales y obras de referencia indispensables,

la J. F. Lehmann Verlag fundó prácticamente ella sola la disciplina de la ciencia racial en la República de Weimar, otorgando a la pseudociencia racista unas credenciales científicas de las que hasta entonces había carecido.

La Sociedad Thule se fundó el 17 de agosto de 1918 en Múnich a partir de una organización anterior a la guerra, la *Germanenorden*, creada en Leipzig en 1912 para unificar una serie de pequeños grupos antisemitas. Tomó su nombre del mítico lugar que, a partir de la década de los ochenta del siglo XIX, se consideraba que era la patria primigenia de los arios, tal y como habían postulado autores como Karl Penka en *Origines ariacae* (1883). Reticentes a aceptar un origen racial tan poco identificable con los valores germánicos como la India, la situaron en el norte de Europa, en un continente libre de hielo cuyos vestigios geológicos serían Groenlandia, Islandia y el archipiélago Svalbard. Una tierra que los autores clásicos griegos habían llamado Hiperbórea, pues estaba situada más allá de donde soplaba el helado viento del norte (bóreas) y cuya capital era Thule, también conocida como Ultima Thule. Allí, disfrutando de un clima privilegiado, los primitivos arios habían desarrollado una avanzada civilización, pero cuando una modificación del eje terrestre provocó que los hielos cubrieran sus tierras, se vieron forzados a emigrar hacia el sur, de temperaturas mucho más benignas, extendiéndose por el continente europeo y después por Asia, hasta alcanzar China, Caldea y la India.

La Sociedad Thule usaba como insignia una daga rodeada por hojas de roble (el árbol alrededor del cual los antiguos germanos se reunían para rendir culto al sol) superpuesta a una esvástica de brazos curvos. La esvástica es un símbolo de buena suerte presente desde los tiempos más antiguos en todo el ámbito euroasiático y toda América, aunque, curiosamente, no entre los pueblos semitas (judíos y árabes). Los partidarios de la supremacía de la raza aria se apropiaron de la esvástica en parte porque la consideraron un símbolo exclusivamente ario y en parte porque la supusieron un antiguo símbolo solar de las tribus germánicas, representando el movimiento rotatorio e incesante del astro rey.



El emblema de la Sociedad Thule, dedicada al estudio de la antigua cultura germánica, ya mostraba alguno de los símbolos nazis.

A la Sociedad Thule pertenecieron futuros dirigentes nazis tan destacados como Gottfried Feder, Hans Frank, Karl Fiehler, Rudolf Hess, Alfred Rosenberg o Dietrich Eckart, así como abogados, aristócratas y militares de clase media-alta. Después de la guerra intentaron extender su influencia a la clase obrera de Múnich y para ello contactaron por medio del periodista deportivo Karl Harrer con un cerrajero de los talleres ferroviarios llamado Anton Drexler, fundador en noviembre de 1918 del Círculo Político de los Trabajadores, que se reunía periódicamente para analizar temas nacionalistas y racistas como «Los judíos como el enemigo de Alemania» o «Responsabilidad por la guerra y la derrota». Con el apoyo de Thule, Drexler fundó el 5 de enero de 1919 el Partido de los Trabajadores Alemanes. El 12 de septiembre, Hitler asistió por primera vez a una de sus reuniones y a mediados de 1921 reemplazó a Drexler en la jefatura del partido, que pasó a llamarse Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP). Lehmann también se afilió al partido nazi, y mantuvo muchos contactos con el futuro *Führer*, a quien regaló muchos de sus libros.

El 1 de abril de 1924, Hitler fue condenado a cumplir cinco años de cárcel en la fortaleza de Landsberg por alta traición por el fracasado golpe de Estado de noviembre de 1923, cuando intentó tomar el poder en Múnich acompañado de seiscientos miembros de las SA, su ejército privado. Aprovechó los treces meses a los que finalmente se redujo su condena para escribir *Mein Kampf (Mi lucha),* que según sus propias palabras constituía la piedra angular de su doctrina. Lenz afirmó posteriormente, muy orgulloso, que uno de los libros que leyó durante su estancia en la prisión y en los que se inspiró fue una segunda edición de *Principios de herencia humana e higiene racial* y que «muchas partes se ven reflejadas en las expresiones de Hitler».

Lehmann también publicó las traducciones alemanas de *La muerte de la gran raza* de Grant y *La creciente marea negra contra la supremacía mundial blanca* de Stoddard, y al menos diecisiete libros de otro alumno de Fischer, el erudito literario metido a antropólogo Hans F. K. Günther, llamado *Rassengünther* (Günther racial) por sus opiniones radicales sobre la pureza racial. Amigo personal de Madison Grant y seguidor de Gobineau, Chamberlain, de Lapouge y Stoddard, Günther advertía que a menos que se implantaran medidas eugenésicas negativas, el mestizaje (especialmente con los judíos) acabaría destruyendo a la superior raza nórdica. Günther reconocía que Alemania no era un país mayoritariamente nórdico, sino que la herencia nórdica total era a lo más un 45-50 % y que, basándose en características puramente físicas, el número de nórdicos puros de Alemania no superaba el 5 % de su población. Por ello hablaba de un ideal nórdico, una combinación de belleza física y de los más elevados valores intelectuales al que habría que aspirar, escogiendo lo mejor entre sus elementos raciales originales y evitando su mezcla con razas inferiores. La cuestión no era si los alemanes eran más o menos nórdicos, sino si serían capaces de preparar a las siguientes generaciones un mundo racialmente puro acorde al ideal, un concepto que vino muy bien a los dirigentes del partido nazi, la mayoría de los cuales no se correspondía físicamente con la imagen clásica del ario-nórdico alto, rubio, atlético y de ojos azules. Como escribió Chamberlain: «Aunque llegara a demostrarse que en el pasado nunca existió una raza aria, nosotros querríamos que en el futuro hubiera una».

Libros como *Estudio de la raza del pueblo alemán,* publicado en 1922, o su edición abreviada de 1929, fueron enormemente populares, llegando a vender el último 272.000 copias entre su año de publicación y 1943. En 1923, Lehmann le regaló a Hitler un ejemplar con la dedicatoria «Al guarda versado en el pensamiento racial alemán», así que es muy probable que también lo leyera durante su reclusión. De hecho, Hitler incluyó los libros de Günther en la lista de lecturas recomendadas para los miembros del partido nazi.

LA EUGENESIA EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR

El auge de Lenz y de la rama racista de la Sociedad de Higiene Racial acrecentó las diferencias con la otra principal facción, la de Berlín. Mientras estos reflejaban el apoyo de esta ciudad y de Prusia en general a la república, Baviera y en particular Múnich se convirtieron en el refugio de organizaciones de extrema derecha como los paramilitares *Freikorps,* el naciente Partido Nacional Socialista y todos los antisemitas y antibolcheviques ultranacionalistas que temían la reinstauración de la odiada y efímera república de tintes soviéticos fundada en esta región en noviembre de 1918 y que sólo duró hasta mayo del año siguiente. Por ello, la rama de Berlín (liderada por Hermann Muckermann y Arthur Ostermann, después de que Schallmayer muriera el 4 de octubre de 1919 de un ataque al corazón) apoyó la propuesta de los siete mil miembros de la Reichsverband der deutschen Standesbeamten o Asociación del Reich de Registradores Alemanes, un grupo de funcionarios civiles con base en Berlín, encargados de registrar los nacimientos, defunciones y muertes y de promocionar la salud. De ellos partió la idea de crear una asociación paralela a la Sociedad de Higiene Racial, pero sin sus tintes racistas ni meritocráticos, que fuera capaz de difundir las ideas eugenésicas a todas las clases sociales, incluida la obrera, para concienciar al mayor número posible de ciudadanos del problema que representaba la degeneración y de las medidas que debían tomarse, entre todos, para conseguir una «regeneración nacional». Así, el 16 de marzo de 1925 se fundó en Berlín la Deutscher Bund für Volksaufartung und Erbkunde (Liga Alemana para la Regeneración Nacional y la Genética), que se reunió por primera vez el 3 de septiembre de ese año. La Liga contó en un principio con quinientos miembros y eligió como presidente al médico, eugenista y alto funcionario gubernamental Karl von Behr-Pinnov, dejando bien clara desde un primer momento su orientación de centro-izquierda y no racista. Ello, unido a que muchos de sus miembros ocupaban cargos públicos, hizo que la Liga contara con algo de lo que siempre había carecido la Sociedad de Higiene Racial: un importante apoyo gubernamental, tanto del Ministerio Alemán de Bienestar como del de Interior y de los ministerios de Bienestar, Interior y Educación de Prusia, lo que se tradujo en importantes subvenciones. Al año siguiente de su fundación, la Deutscher Bund contaba ya con mil quinientos miembros, muchos más que la Sociedad de Higiene Racial, a la que presentaba como realizadora de un trabajo de naturaleza más teórica mientras que la nueva asociación cultivaba y propagaba la eugenesia de una forma popular y comprensible para todos.

Para difundir sus ideas, la Liga publicó la revista mensual *Zeitschrift für Volksaufartung und Erbkunde,* con una tirada de cinco mil ejemplares, a la que sustituyó a partir de 1928 *Volksaufartung, Erblehre, Eheberatung,* ambas editadas por Ostermann. En ellas se recogieron artículos cortos y no demasiado técnicos, claramente diferentes en tono y estilo a los de *Archiv*. Aunque *Zeitschrift* y *Volksaufartung* también advertían sobre los peligros del descenso de la tasa de natalidad y la tendencia de las clases favorecidas a tener cada vez menos hijos, sus

páginas estaban libres de toda clase de artículos proarios o antisemitas, lo que hizo que Lehmann se refiriera a la nueva asociación como «una camarilla subversiva de judíos de Berlín». Sin embargo, a pesar de no alinearse con el movimiento nórdico, y de no hacer distinción entre razas superiores e inferiores, la Liga mantuvo muchos de los objetivos de la higiene racial, propugnando la esterilización de los inferiores físicos y mentales y declarando la guerra a las enfermedades venéreas, el alcohol y las drogas, a quienes consideraban «los enemigos externos de la herencia». Entre sus principales objetivos se contó el dar a conocer los *Eheberatungstellen* (centros de consejo matrimonial), cuya creación aprobó el Gobierno de Prusia mediante un decreto emitido el 19 de febrero de 1926. En ellos, médicos a sueldo de los municipios realizaban exámenes a las parejas que deseaban casarse y les daban recomendaciones siguiendo los principios de la eugenesia con la intención de disuadir a los inferiores (como alcohólicos o enfermos de tuberculosis o sífilis) de tener descendencia. Todo ello de forma voluntaria, pues cualquier tipo de prohibición habría ido en contra de la Constitución, que reconocía los derechos fundamentales de todos los alemanes. Para 1928 había doscientos veinticuatro de estos centros en Prusia, cuyo ejemplo siguieron otros estados de la república como Bremen o Sajonia.

Otra forma de popularizar las ideas eugenésicas durante los años de Weimar fue su inclusión en los cursos de las universidades. Si antes de 1920 tan sólo se impartían algunos cursos en algunas facultades, en 1923 se creó una cátedra de Higiene Racial en la Universidad de Múnich, que le fue asignada a Lenz, y para 1932 se impartían más de cuarenta cursos en diferentes universidades, la mayoría en facultades de Medicina. Además, bajo el auspicio de la prestigiosa institución científica Kaiser Wilhelm Gesellschalft (Sociedad Káiser Guillermo) y subvencionados por la Fundación Rockefeller, se fundaron dos importantes centros de investigación. En 1927 se inauguró en Berlín el Instituto Káiser Guillermo de Antropología, Genética Humana y Eugenesia, del que Fischer fue nombrado director y encargado de coordinar el Departamento de Antropología, mientras Hermann Muckermann hacía lo propio con el de Eugenesia. El de Herencia quedó a cargo de un médico genetista llamado Otmar von Verschuer, especialmente interesado en el estudio de los gemelos, en quienes esperaba encontrar las claves de la herencia. El Instituto nació con la intención de investigar a los alemanes desde el punto de vista antropológico, determinar los efectos del alcohol y las enfermedades venéreas sobre el plasma germinal, analizar árboles genealógicos y tendencias demográficas y estudiar la herencia de los trastornos mentales y neurológicos, la tendencia al crimen, el cáncer, la tuberculosis y otras enfermedades. A su inauguración oficial, Fischer invitó a Charles Davenport, que recomendó investigar sobre las consecuencias eugenésicas del mestizaje. Ese mismo año, la Eugenics Record Office y el Instituto elaboraron conjuntamente un cuestionario para distribuir a mil médicos, misioneros y diplomáticos de todo el mundo, esperando reunir datos globales sobre los efectos de la mezcla de razas. Davenport fundó junto a Fischer un Comité de Mestizaje dentro

de la Federación Internacional de Organizaciones Eugenésicas, del que Lenz fue nombrado presidente, solicitando investigar los matrimonios entre judíos y gentiles.

Por otra parte, el Instituto Alemán para la Investigación Psiquiátrica de Múnich, fundado en 1918 por Kraepelin, cambió su nombre por el de Instituto Káiser Guillermo de Psiquiatría, inaugurando en 1928 un nuevo edificio dedicado a investigar las enfermedades mentales y a intentar demostrar que estos trastornos tenían una base orgánica y que se heredaban siguiendo un patrón mendeliano. Rüdin fue nombrado responsable del Departamento de Genealogía y Demografía, pasando en 1931 a dirigir el centro.

Una muestra de cómo la eugenesia fue haciéndose cada vez más popular durante los años de Weimar fue la gran exposición conocida como *Gesolei* (por las siglas de *Gesundheit, Soziale Fürsorge und Leibesübungen;* es decir, salud, bienestar y ejercicio), celebrada en Düsseldorf durante el verano de 1926, a la que asistieron nada más y nada menos que siete millones y medio de personas. Fue organizada por el Museo Alemán de Higiene de Dresde, que con el apoyo del Comité para la Educación de la Salud del Reich realizaba exposiciones itinerantes para la promoción de la salud. La *Gesolei* incluyó abundante material sobre eugenesia e higiene racial, proporcionado por destacados miembros de la Sociedad de Higiene Racial como Grotjhan, Krohne, Lenz y Muckermann. Dos años después, Múnich albergó una reunión de la Federación Internacional de Organizaciones Eugenésicas, donde los eugenistas alemanes tuvieron oportunidad de mostrar a sus colegas de otros países el laboratorio de Ploetz en Herrsching y las instalaciones del Instituto Káiser Guillermo de Psiquiatría. La sociedad creció hasta alcanzar 1.100 miembros para finales de la década de 1920.

LA CRISIS ECONÓMICA

El estado del bienestar de la República de Weimar se vino abajo el 24 de octubre de 1929, el tristemente famoso Jueves Negro en el que se produjo el *crack* de la Bolsa de Nueva York. La república se había visto obligada a afrontar serios problemas económicos ya desde su nacimiento, consecuencia tanto de la crisis de producción como de los desmesurados pagos de reparaciones de guerra a los Aliados y del incremento del gasto público provocado por su política social. Para poder financiar estos compromisos, el Gobierno no tuvo otra alternativa que emitir enormes cantidades de dinero, que se depreciaba tan pronto como se imprimía. La consecuencia natural de esta política de expansión monetaria fue la espiral de inflación más desesperante que haya conocido una nación industrializada. En 1923, las amas de casa utilizaban grandes cestos de mimbre para llevar los billetes de millón necesarios para hacer la compra diaria. Un panecillo llegó a costar lo mismo que una lujosa mansión años antes, y para adquirir un dólar se llegaron a necesitar 4.200 millones de marcos. Los billetes de menor valor de los días anteriores eran

directamente utilizados como combustible para la estufa, para empapelar paredes o como relleno térmico de los abrigos. Los alemanes se ahogaban en un mar de dinero.

La hiperinflación arruinó a millones de alemanes que dependían de un sueldo o a rentistas que, de la noche a la mañana, vieron que sus ahorros no tenían ningún valor. Pero también enriqueció espectacularmente a unos pocos, especuladores y banqueros (muchos de ellos judíos), que obtenían enormes créditos bancarios que devolvían posteriormente con la moneda devaluada después de comprar a tiempo divisas, bienes raíces, negocios o joyas o realizar depósitos e inversiones en el extranjero. Ello hizo crecer entre la población el sentimiento antisemita, acusándolos no sólo de aprovecharse de la desgracia de los demás, sino de haber propiciado ellos mismos esta dramática situación para lucrarse.



En 1923, un ama de casa alemana enciende
la cocina con billetes de días anteriores.

A Estados Unidos le interesaba que Alemania pudiera hacer frente a las reparaciones, ya que así, Francia, Italia y Gran Bretaña podían pagarle sus propias

deudas adquiridas durante el conflicto. El resultado fue el llamado Plan Dawes (que tomó el nombre del presidente de la comisión nombrada al respecto, el norteamericano Charles G. Dawes), que en abril de 1923 recomendó fijar los pagos anuales en dos millones y medio de marcos-oro y acordó la concesión a Alemania de créditos por valor de ochocientos millones de marcos-oro. De esta forma, el período 1924-29 se caracterizó por una cierta recuperación económica, pero Alemania dependía casi exclusivamente de los Estados Unidos. El *crack* hizo que todo el sistema se viniera abajo. La producción industrial cayó un 42 % y se pasó de los quinientos mil desempleados de 1927 a los seis millones de 1932. La República de Weimar estaba herida de muerte. En este clima de pesimismo, de miseria, de angustia y división, en medio de la impresión de ineptitud que producían unos gobernantes que habían arruinado al país, muchos se sintieron atraídos por los cantos de sirena de Hitler, que prometía una vida mejor y una gloria renovada para Alemania. En las elecciones nacionales del 14 de septiembre de 1930, los nazis lograron su primer triunfo importante: casi 6,5 millones de votos (ocho veces más que dos años antes) y ciento siete escaños en el Reichstag, convirtiéndose en el segundo partido más importante después de los socialdemócratas. El tren de la muerte se había puesto en marcha… y Alemania se había subido a él.

Ahora, las críticas al estado del bienestar y a su proteccionismo de las clases más desfavorecidas no provenían sólo de los higienistas raciales, también de poderosos industriales que abogaban por que la política social se adaptara a la catastrófica situación económica. Y aunque no eran algo nuevo, lo que sí fue una novedad es que fueron consideradas muy seriamente por el Gobierno.

LA EUGENESIA AL SERVICIO DEL BIENESTAR DE LA NACIÓN ALEMANA

El 18 de septiembre de 1931, y por mediación de Muckermann, la sociedad se unió a la Liga bajo el nombre de Deutsche Bund für Rassenhygiene (Eugenik), es decir, se equiparaba la higiene racial con la eugenesia, pretendiendo despojar a la sociedad de todo contenido racista. Se creaba de esta forma una sociedad más numerosa, más popular y más influyente. Ello no quería decir que Lenz, Rüdin o Ploetz abandonaran sus sentimientos proarios. Simplemente los dejaron de lado en favor de la unidad del movimiento. Pronto los recuperarían, pues la higiene racial ya no estaba confinada al programa de un grupo de profesionales médicos, sino que era un concepto cada vez más relacionado con el partido nazi. El año anterior, Lenz había definido a Hitler como «el primer político realmente importante que ha tomado la higiene racial como un importante elemento de la política de estado».

La revista de la nueva sociedad, *Eugenik,* editada por Ostermann con una tirada de cinco mil ejemplares, publicó numerosos artículos donde presentó la eugenesia como una solución a los problemas económicos. La sanidad pública y la asistencia social habían interferido con la selección natural al preservar y permitir la

reproducción de individuos con taras hereditarias. El Estado mantenía y cuidaba a estos enfermos indignos de vivir mientras cien mil aptos habían perdido sus hogares y millones de ellos pasaban hambre a causa del desempleo: «¿No es suficiente argumento como para realizar una "economía planeada", por ejemplo, una política de salud basada en la eugenesia?».

Muckermann publicó uno donde decía que cada enfermo mental internado en una institución pública costaba 3,45 marcos al día, lo que significa un gasto total para el Estado de cerca de 185 millones de marcos anuales en un momento en el que no había suficiente dinero para evitar que los individuos sanos pasaran hambre. Aunque el antiguo jesuita nunca sugirió que se tratara a los degenerados de una forma inhumana, tenía muy claro que en tiempos de crisis, estos elementos no productivos debían ser considerados ciudadanos de segunda clase y recibir del Estado sólo lo mínimo necesario para su subsistencia.

La necesidad de recortar el gasto público junto con la constante presión ejercida por Ostermann, Muckermann y otros influyentes eugenistas hizo que, finalmente, el Gobierno de Prusia atendiera sus demandas. El 20 de enero de 1932 aprobó una resolución para reconocer la importancia de la eugenesia, popularizarla por todos los medios posibles y disminuir la cantidad de dinero dedicada a los improductivos a un nivel «que pueda ser soportado por un pueblo completamente arruinado». El 2 de julio se reunió un comité para debatir sobre «La eugenesia al servicio del bienestar de la nación». A la reunión asistieron veintitrés miembros del Consejo de Salud, treinta y seis expertos, ocho representantes de organizaciones de asistencia social y once representantes del Reich y de los ministerios de Prusia. De setenta y ocho participantes, treinta y siete eran médicos, la mayoría con conocimientos eugenésicos, como Ostermann, Muckermann, Baur, Fischer, Agnes Bluhm o Verschuer. Fischer insistió mucho en que sólo unos pocos expertos poseían los suficientes conocimientos de herencia humana y de eugenesia como para aplicarlos a una política social, y que debían ser estos expertos quienes asesoraran a gobernantes, economistas y juristas. Las conclusiones a las que llegaron fueron que el Estado debía centrar su ayuda en aquellos económicamente productivos, que debían tomarse medidas para apoyar la vida en el medio rural —ya que «cada granja es una fuente de vitalidad de la nación»— y que cada trabajador de las fábricas debería tener una casa con el suficiente terreno como para plantar verduras. Pero además, se preparó un proyecto de ley para esterilizar a aquellos que padecieran enfermedades mentales hereditarias, retraso mental o epilepsia. La esterilización requeriría el consentimiento de la persona o, en su defecto, de sus padres o su tutor. La decisión debía contar con la aprobación de un tribunal compuesto por dos médicos y un abogado experto en las leyes relacionadas con los trastornos mentales. No se hizo ninguna mención a la esterilización basada en motivos raciales o sociales y se rechazó la eutanasia con propósitos eugenésicos. La propuesta contó con el apoyo de varias asociaciones de médicos, tanto dentro como fuera de Prusia, pero nunca llegó a entrar en vigor

durante la república. El 20 de julio, en medio del caos político y de violentos enfrentamientos entre nazis y comunistas, el nuevo canciller, el conservador Franz von Papen, depuso el Gobierno de Prusia, bastión vital de la socialdemocracia, y se convirtió en comisario del Reich para ese Estado. Pronto, todos se verían superados por los acontecimientos…

Capítulo 5
Hitler, el médico del pueblo

Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889, no en Alemania, sino en una ciudad austriaca llamada Braunau am Inn, en la frontera entre ambos países. Fue un mal estudiante, incapaz de adaptarse a la disciplina escolar y más aficionado a las novelas del Oeste de Karl May que a los libros de texto. Su padre, Alois Hitler, fue un hombre que nunca pasó de desempeñar modestos cargos en aduanas situadas a orillas del río Inn. Un hombre temperamental, autoritario y distante que pasaba más tiempo dedicado a sus abejas que a su familia. En 1895 compró una pequeña granja en la aldea de Hafeld, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Linz, y se jubiló para dedicarse por completo a la apicultura. La granja consumió sus recursos hasta el punto de que en noviembre de 1898 terminó vendiéndola y mudándose con su familia a una residencia más modesta en Leonding, en las cercanías de Linz, donde pasó el resto de sus días.

EL JOVEN HITLER EN LA VIENA ANTISEMITA

Adolf dejó los estudios a los dieciséis años para preparar su ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena. Los días 1 y 2 de octubre de 1907 se presentó a los duros exámenes y fue rechazado (cosa muy de lamentar en su caso). Pasó los años siguientes vagando por la ciudad sin ningún objetivo claro, alojándose en cuartuchos de alquiler, albergues y asilos para desempleados, malviviendo de las acuarelas que conseguía vender o de trabajos ocasionales como llevar maletas y durmiendo a la intemperie cuando se le acababa el dinero. Una vida que Hitler describiría más tarde como «de penurias y de miseria, de hambre y de pobreza». Los años que pasó en la capital austriaca le dejarían una marca indeleble, y determinarían decisivamente su forma de ver el mundo, cargada de prejuicios y fobias. En *Mein Kampf* escribió que en ese período «aprendí más que en cualquier otra época de mi vida». Con mucho tiempo libre, Hitler leía constantemente libros prestados de las bibliotecas, así que es muy posible que leyera alguno de los libros de Haeckel, enormemente populares en aquellos días, o que tomara contacto con la doctrina del darwinismo social por medio de los periódicos, la prensa mundial que leía asiduamente, ya que, como escribió después, fue durante estos años cuando se formó su «concepto del mundo», al que «poco tuve que añadir después».

En aquellos días Viena era una mezcla de alemanes, eslovacos, checos, polacos, eslovenos, serbios, croatas, italianos, rumanos y húngaros procedentes de todos los rincones de un inmenso imperio de cincuenta millones de habitantes, atraídos por la apariencia de majestuosidad y esplendor de la capital del Danubio. Sin embargo, la magnífica fachada del Imperio no podía ocultar el germen de la decadencia, y Viena

ejemplificaba más que ninguna otra ciudad europea el fin de una época. Había miedo en el aire. Miedo a las nuevas corrientes políticas, al marxismo, a la democracia, a la producción en serie de las fábricas, a los sindicatos de trabajadores… Era una sociedad en crisis que miraba con recelo a los cerca de doscientos mil judíos que vivían en la ciudad, más que en ninguna ciudad alemana. Junto a los perfectamente integrados y con un alto estatus social había judíos pobres, *ostjuden* procedentes del Este, refugiados de los pogromos zaristas, a los que nadie aceptaba y a los que muchos consideraban propagadores de las temidas ideas marxistas, fácilmente reconocibles por sus rizos y su forma de vestir tradicional, con sombrero y caftán negros. Por lo tanto, se podía acusar a los judíos tanto de explotadores capitalistas como de revolucionarios, un discurso del que se hizo eco el agitador y populista alcalde Karl Lueger, que pretendía «liberar al pueblo cristiano de la dominación judía» metiéndolos a todos «en un barco bien grande y hundiéndolo en alta mar». En el cambio de siglo, Viena era una de las ciudades más antisemitas de Europa, una atmósfera a la que Hitler, el inadaptado, no pudo sustraerse. Hitler dijo que había tenido una especie de revelación cuando durante su vagabundear por las calles de Viena se había encontrado con un *ostjuden:*

> En cierta ocasión, paseándome por la Ciudad Interior, me hallé de improviso frente a un sujeto ataviado con un largo caftán, que peinaba negros rizos laterales. «¿Será un judío?», fue lo primero que me pregunté. En Linz no los había visto jamás vestidos de semejante forma. Observé al individuo con insistencia y gran cautela, y cuanto más contemplaba aquel extraño semblante, estudiándolo rasgo por rasgo, tanto mayor era el ímpetu con que surgía en mi cerebro en forma diferente la pregunta: «¿Será alemán?».

Como diría años más tarde: «En Viena dejé de ser cosmopolita y me convertí en antisemita». Culpándolos de su propia degradación y personalizando en los judíos su odio hacia una ciudad que no apreciaba su genio, comenzó a leer periódicos, panfletos y revistas antisemitas saturados de darwinismo social racista como el *Deutsches Volksblatt,* que vendía entonces unos cincuenta y cinco mil ejemplares al día y que describía a los judíos como los causantes de la corrupción de la sociedad y los vinculaba con toda clase de perversiones sexuales y la prostitución. Valga este ejemplo para hacer ver que Hitler no leía para suplir las lagunas intelectuales propias de su falta de formación académica: sólo leía para confirmar sus propias intuiciones. Según August Kubizek, que vivió con él durante un tiempo, le enseñaba libros e, invirtiendo la lógica, le decía: «Mira, también el hombre que ha escrito esto es de mi opinión».

También es probable que durante sus años en Viena se empapara de los delirios raciales de Jörg Lanz von Liebenfels leyendo su revista *Ostara*, titulada así por la divinidad germánica de la primavera. Lanz era seguidor de las excéntricas teorías de

la ocultista, falsa médium y sobrevalorada Madame Blavatsky, que afirmaba en *La doctrina secreta* (1888) que los arios descendían de los atlantes, seres prodigiosos cuya sangre seguía fluyendo por las venas de los arios y su rama germánica. Para Lanz, desde tiempos remotos, la semidivina raza aria rubia se veía amenazada por una raza predadora de hombres bestias, oscuros, de lujuria animal e instintos brutales que se aprovechaban sexualmente de las hermosas mujeres arias, dando lugar con ello al nacimiento de seres híbridos que acabarían haciendo desaparecer la raza superior. Valía más no fiarse de las mujeres, porque siempre muestran «cierta tendencia instintiva a desdorar la raza». Lo mejor sería establecerlas en lugares de «fecundación pura» como simples «auxiliares conyugales». Para conseguir la pureza racial propugnaba la creación de granjas humanas donde se produciría una superraza mediante el cruce de los mejores ejemplares y evitar que las razas inferiores la siguieran contaminando confinándolos en campos de concentración (donde podrían ser utilizados como cobayas en todo tipo de experimentos o usados como esclavos), esterilizándolos o deportándolos a la isla de Madagascar y, si todo lo anterior fallaba, exterminándolos para después incinerarlos como sacrificio a Wotan, el dios de la guerra de los antiguos pueblos germánicos. También abogaba por la eliminación del socialismo, la democracia y el feminismo, que consideraba vehículos de su influencia corruptora. En su *Teozoología o ciencia de los simios sodomíticos y del dios Electrón. Una introducción a la filosofía más antigua y original del principado y de la nobleza* (1905), Lanz expuso con más detalle sus teorías, haciendo una clasificación de las razas humanas según el porcentaje de sangre y rasgos arios o simiescos que poseyeran. Para Lanz, la raza más pura, prácticamente arios, era la nórdica, seguida de los germánicos, y los más cercanos a los «hombres bestias» eran los judíos: «Los no arios no son seres humanos y pueden situarse en la escala evolutiva apenas por encima del mono; la historia no es otra que la eterna lucha del bien, encarnado en la raza aria, contra el mal, que representan semitas y jafeítas». Lanz había fundado en 1903 la Orden de los Nuevos Templarios (ONT), con sede en el viejo castillo de Werfenstein, en cuya torre ondeaba una bandera con una esvástica, que según Blavatsky era el símbolo de la raza aria. *Ostara* se publicaba quincenalmente, con unas portadas muy llamativas donde aparecía a veces la cruz gamada, y llegó a alcanzar la descomunal tirada para aquellos tiempos de cien mil ejemplares. Aunque Hitler nunca la citó como una fuente de su visión del mundo, Wilfried Daim, en su biografía de Lanz titulada *El hombre que dio ideas a Hitler* (1957), escribió que este le había dicho que en 1909 había recibido la visita de un joven que le había pedido algunos números atrasados y que, al ver que no parecía nadar en la abundancia, se los había regalado. El joven le dijo llamarse Adolf Hitler, y la dirección que le dio coincidía con la que tenía en aquel momento en Felberstrasse. Otro testimonio fue aportado por Joseph Greiner, autor de *El fin del mito de Hitler* (1947), que recordó que Hitler tenía una colección de unos cincuenta ejemplares de *Ostara* cuando vivían en el Albergue para Hombres entre 1910 y 1913. Sin embargo, Hitler nunca

reconoció la influencia de un personaje tan extravagante como Lanz, y de hecho prohibió sus obras en 1935 y ordenó clausurar la ONT en 1942, acusándolo de «falsificar el pensamiento racial por medio de una doctrina secreta», tal vez en un intento de borrar huellas y hacer pasar su doctrina por algo realmente original. Son muchos quienes ven demasiados puntos en común entre los postulados de Lanz y la política de Hitler como para atribuirlos a la casualidad.

EL SOLDADO HITLER

En mayo de 1913, queriendo eludir la obligación de realizar el servicio militar en el Ejército austriaco, Hitler abandonó Viena con destino a Múnich. Allí pasó un tiempo que describió como «de los más felices de mi vida». Se alojó en un cuarto que le alquiló la familia Popp, ganándose la vida de forma más o menos desahogada con la venta de sus acuarelas de paisajes. Frecuentaba cafés y seguía leyendo libros de las bibliotecas públicas. Libros donde, al igual que en sus lecturas de Viena, no buscaba aprender nada nuevo, sino tan sólo confirmar sus prejuicios contra judíos y marxistas.

Fue allí donde le sorprendió la Gran Guerra, y como otros muchos cientos de miles de jóvenes en toda Europa, corrió a alistarse. La guerra lo rescató de su anodina existencia. En el frente, el vagabundo holgazán cambió por completo; colaboró con entusiasmo y verdadero arrebato patriótico. A primeros de diciembre de 1914 fue condecorado con la Cruz de Hierro de Segunda Clase, y en agosto de 1918 se hizo merecedor de la de primera. La guerra fue para el inadaptado «una liberación elemental, porque al fin se ha desatado la tormenta depuradora».

En octubre de 1918, al sur de Ypes, Bélgica, el cabo Hitler perdió la vista temporalmente a causa de un ataque con gas mostaza, por lo que fue trasladado a un hospital de Pasewalk, en el norte de Alemania. Allí se enteró de que una revolución había hecho abdicar al káiser, se había proclamado la república y se había perdido la guerra: «Todo había sido en vano. ¡En vano los sacrificios y trabajos; en vano el hambre y la sed sufridos por espacio de interminables meses; en vano las horas consagradas al deber, sobrecogidos por el temor a la muerte; en vano la vida de dos millones de seres!». Como otros muchos, se aferró al mito de la puñalada por la espalda: «Todo esto fue el resultado de la huelga de municiones. Hizo renacer las esperanzas de victoria en las naciones enemigas y acabó con el desaliento que paralizaba las acciones en el frente aliado; como consecuencia de ello se inmoló la sangre de miles de soldados alemanes. Y los que promovieron aquella perversa y desdichada huelga eran los mismos que esperaban conquistar en la Alemania revolucionaria los mayores galardones del Estado». Y tenía muy claro quiénes habían sido los traidores de noviembre: «El emperador Guillermo fue el primer emperador alemán que ofreció su mano y su amistad a los cabecillas del marxismo, sin pensar que los pillos carecen de honor. Estos, mientras estrechaban con una mano la diestra imperial, con la otra acariciaban el puñal. Con los judíos no se puede llegar a ningún

convenio».



Hitler en la Gran Guerra. A causa de su falta de capacidad de liderazgo sólo pudo ascender a cabo.

Hitler regresó a Múnich el 21 de noviembre de 1918 para unirse a la séptima compañía del primer batallón de reserva del segundo regimiento de infantería, esperando su desmilitarización. Pero ya no era la ciudad de sus días felices. Un consejo de trabajadores y soldados quitó el mando a las todopoderosas autoridades militares y obligó al último rey de Baviera, Luis III, a renunciar al trono el día 7 de ese mes. Kurt Eisner, el socialista y periodista judío líder del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), proclamó la república por primera vez en el Reich. Eisner había formado parte del movimiento que desde 1917 exigía el final de la guerra denunciando el hambre y la miseria del país, de los que culpaba a la monarquía, y había contribuido a avivar la agitación industrial durante la huelga de enero de 1918, por lo que había sido acusado de traición y encarcelado durante nueve meses. Muchos de los dirigentes revolucionarios eran también judíos, algunos de ellos del Este, con conexiones y simpatías bolcheviques, lo que no hizo sino dar mayor credibilidad a la leyenda de la puñalada por la espalda y a la de la conspiración judía internacional. Sin embargo, Eisner se distanció de los planteamientos de la Revolución rusa, declarando que protegería la propiedad privada. Ello no evitó que el 21 de febrero fuera asesinado por un nacionalista de derechas, un antiguo oficial y aristócrata llamado Graf Anton von Arco-Valley. Su muerte hizo que todo se precipitara en el caos.

Comunistas y anarquistas tomaron el poder, y el 6 de abril de 1919 proclamaron la República Soviética de Baviera, organizando su propio *Rote Armee* (Ejército Rojo), formado por soldados reclutados en los cuarteles de la ciudad y reforzado por miles de obreros. Temiendo que la revolución se extendiera por todo el país, el Gobierno envió tropas regulares para reprimirla, a las que se unieron *Freikorps*. Cuando comenzaron a llegar noticias de las atrocidades cometidas en los arrabales por este «ejército invasor», los revolucionarios respondieron fusilando a ocho prisioneros (entre ellos una mujer y varios miembros de la Sociedad Thule) y dos soldados del gobierno capturados. Ello precipitó un cruento asalto a Múnich, donde se utilizaron lanzallamas, artillería pesada, vehículos blindados e incluso aviación. Cuando el 3 de mayo acabó la batalla, las calles estaban llenas de muertos. Las cifras oscilan alrededor de los seiscientos, de los que aproximadamente la mitad eran civiles.

En realidad, la *Räterepublik* tampoco habría llegado muy lejos. Sus idealistas propuestas de confiscar propiedades privadas y de crear un nuevo orden político y social eran tan radicales que nunca habrían podido llevarse a cabo. Pero el fallido experimento marcó profundamente el ambiente político de la región durante los siguientes años. La propaganda derechista construyó y divulgó una imagen de un «Reino del Terror», minimizando la cruenta represión (cincuenta y tres prisioneros de guerra rusos que no tenían nada que ver fueron ejecutados en una cantera) y magnificando los fusilamientos de los revolucionarios como «matanza bestial de rehenes inocentes». Se habló de agentes rusos, de agitadores extranjeros bolcheviques o judíos que se habían apoderado del Estado, amenazando las instituciones, las tradiciones, el orden y la propiedad, cometiendo terribles actos de violencia y propiciando una situación caótica que sólo beneficiaba a los enemigos de Alemania. Baviera se convirtió en un auténtico nido de víboras. La primavera de 1919 Múnich era un conglomerado de grupos paramilitares, de ideología *Völkisch*, antisemitas y extremistas de derechas de toda Alemania, antirrepublicanos y antirrevolucionarios unidos por su odio a los traidores de noviembre. Baviera se negaba a reconocer la existencia de Weimar y Versalles. Hitler estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado…

LOS COMIENZOS DEL PARTIDO NAZI

Durante la primavera y el verano, Múnich fue una ciudad gobernada por los militares. Después del aplastamiento de la *Räterepublik*, el Ejército consideró una prioridad eliminar de los soldados cualquier idea subversiva, por lo que se creó un Departamento de Información, al frente del cual se puso al capitán Karl Mayr. Hitler fue seleccionado para formar parte de un equipo encargado de impartir charlas antibolcheviques a oficiales y soldados, siendo enviado para ello a un curso realizado en la universidad de la ciudad entre los días 5 y 22 de junio, donde ya destacó por su

particular capacidad de oratoria. Después se le ordenó impartir un curso de cinco días en un campamento de Lechfeld, cerca de Augsburgo, debido a la escasa confianza que inspiraba la actitud de muchos de sus soldados. Se lanzó a la tarea «con el mayor entusiasmo y amor», pues había descubierto cuál era su mayor talento: «Lo que yo siempre había supuesto por pura intuición sin saberlo seguro, quedó ratificado entonces: *era capaz de hablar*». No cabe duda de que Hitler fue la estrella del curso y de que ya en aquellos días era un orador fuera de lo común, que gracias a sus capacidades innatas para la retórica, su fanatismo y el uso estudiadamente teatral de su gesticulación corporal era capaz de fascinar y dirigir las voluntades de un público ya de por sí bastante receptivo.

Una de las funciones del Departamento de Información era la vigilancia del cerca de medio centenar de organizaciones y partidos de Múnich, que iban de la extrema izquierda a la extrema derecha. Hitler recibió el encargo de informar sobre una asamblea del Partido de los Trabajadores Alemanes que iba a celebrarse el 12 de septiembre en la cervecería Sterneckerbräu, pues su nombre llevó al Ejército a pensar (erróneamente) que pertenecía a la izquierda, cuando su ideología era justamente la contraria. Cuando un tal profesor Baumann intervino para defender el separatismo bávaro, proponiendo la emancipación de Prusia y la anexión a Austria, Hitler le replicó con tal vehemencia que el hombre cogió su sombrero y se marchó antes de que Hitler hubiera acabado su discurso. La facilidad de palabra de aquel desconocido impresionó al presidente del partido, Anton Drexler, que le regaló un ejemplar de su obra *Mi despertar político*. Aquella noche, Hitler no podía dormir y aprovechó para leer el folleto, donde el autor contaba cómo se había convertido en un feroz nacionalista alemán y un virulento antisemita después de que el desempleo le hubiera hecho pasar de ser un apático obrero a poco menos que vivir en la indigencia a causa del «estrangulamiento económico de los judíos». El librito le pareció muy interesante, pues le recordaba el proceso que él mismo había experimentado hacía doce años. Para su sorpresa, una semana después recibió una tarjeta en la que se le comunicaba que había sido aceptado en el partido y que debía asistir unos días después a una reunión del comité para hablar del asunto. Hitler no había pensado afiliarse a ninguno, pues anhelaba fundar uno propio, pero le pudo la curiosidad y decidió asistir a la reunión. Al menos, así lo recordaba él en *Mein Kampf*. Según la versión no oficial, en realidad había sido el capitán Mayr quien le había ordenado ingresar en el partido para espiar más de cerca sus actividades, lo que explicaría que siguiera perteneciendo al Ejército y cobrando por ello (al contrario que otros militares que ingresaban en partidos políticos) hasta que fue licenciado el 31 de marzo de 1920. Sea como fuere, en algún momento de la segunda mitad de septiembre, Hitler ingresó en el Partido de los Trabajadores Alemanes, entregándosele un carnet con el número 555, aunque en realidad era el 55, ya que el partido comenzó la numeración en el 500 para aparentar que tenía más afiliados.

Allí conoció a un curioso personaje llamado Dietrich Eckart, poeta, dramaturgo,

periodista y bohemio. Una figura importante, no sólo en Múnich sino en buena parte de Alemania gracias a su adaptación teatral del *Peer Gynt* de Ibsen, que únicamente en Berlín había sido representada en más de seiscientas ocasiones. Racista, antisemita y nacionalista hasta la médula, Eckart pertenecía a la Sociedad Thule, a la que ayudaba a financiar. Los dos hombres simpatizaron desde el primer momento. Adolf encontró en aquel hombre de impresionante estatura, cabeza ferozmente calva, penetrantes ojos azules y gran bigote, culto, cosmopolita y veinte años mayor que él la figura del padre que nunca tuvo. Por su parte, Eckart vio en Hitler la pasión y la experiencia en el frente que andaba buscando desde hacía mucho tiempo para liderar un grupo que aglutinase las diferentes asociaciones *Völkisch* y consiguiese el suficiente apoyo popular como para acabar con los odiados criminales de noviembre. En su obra de teatro *Lorenzaccio,* estrenada en el otoño de 1916, ya contaba los desesperados esfuerzos de un príncipe florentino para encontrar un *Führer* (empleaba este término) o caudillo carismático que restableciera el orden en su zozobrante ciudad-estado.

Eckart se convirtió en su mentor, moldeando la blanda arcilla de su mundo intelectual y emocional y radicalizando su antisemitismo y su patriotismo. De hecho, el propio Hitler reconoció que fue obra suya la vinculación entre los judíos y el bolchevismo, y que Eckart había sido su padre intelectual y el hombre que había tenido la mayor importancia en su evolución personal, calificándolo de «estrella polar» del movimiento nazi. También le puso en contacto con otros miembros de la Sociedad Thule, como Julius Lehmann, el editor que aparte de fondos para el partido también proporcionó a Hitler libros de su catálogo, donde encontró tanto las supuestas bases científicas del racismo y el antisemitismo como los postulados del darwinismo social, la eugenesia y la higiene racial. Lehmann siguió proporcionándole libros durante años, con dedicatorias donde expresaba a menudo intenciones pedagógicas, como si el *Führer* necesitara mejorar o actualizar su preparación intelectual, dejando por escrito que el libro serviría de contribución para la consolidación de su ideario. En la biblioteca personal de Hitler, confiscada por el Ejército americano en 1945 y conservada en la Biblioteca del Congreso de Washington, figuran más de sesenta libros donados por Lehmann entre 1923 y 1935, muy usados y algunos subrayados y anotados. En el primer tomo de *Principios de herencia humana e higiene racial,* Lehmann escribió: «Al señor Adolf Hitler, un pilar importante que le permitirá profundizar en sus conocimientos. Con afecto, J. F. Lehmann». Hitler agradeció sus pedagógicas contribuciones concediéndole en 1934 el honor de ser el primer miembro del partido nazi en recibir la *Goldene Ehrenzeichen* (la Medalla de Oro de Honor).

Eckart no sólo le abrió a Hitler las puertas de miembros ricos e influyentes de la burguesía de Múnich que apoyaban la ideología nacionalista y rechazaban el vergonzoso tratado, sino que sus frecuentes visitas a Berlín con motivo de sus representaciones también le proporcionaron la ocasión para introducirlo en los

círculos de la alta burguesía de la ciudad, más refractaria a sus ideas que Múnich. También fue Eckart quien recurrió a sus adinerados contactos para financiar el partido y para comprar el *Völkischer Beobachter (El observador del pueblo),* el periódico que se convertiría en el principal órgano de propaganda del partido nazi. En 1923, en su lecho de muerte, Eckart pronunció estas reveladoras palabras: «¡Seguid a Hitler! Él bailará, pero soy yo quien ha compuesto la música». De hecho, Hitler dedicó la segunda parte de *Mein Kampf* a su mentor: «A quien consagró su vida a la tarea de despertar a su pueblo, a nuestro pueblo, con sus escritos, sus ideas y, por último, con sus obras».

Siguiendo el símil, para 1921 Hitler ya era la estrella de la pista de baile, jaleado por el cada vez más numeroso público que acudía a sus incendiarios mítines. Un público integrado por obreros, estudiantes, soldados y ciudadanos de la clase media, jóvenes y viejos, todos ellos agobiados por la caótica situación del país. El 3 de febrero llenó la sala más importante de la ciudad, el Zirkus Krone, donde reunió a más de seis mil asistentes, y en julio sustituyó a Drexler en la jefatura, asumiendo el control absoluto del partido, que para atraer tanto a nacionalistas como a socialistas había pasado a llamarse Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (*National-sozialistische Deutsche Arbeiterpartei* o NSDAP). Hitler se encargó personalmente de diseñar su bandera: una esvástica negra destacada sobre un círculo blanco y todo ello sobre un fondo rojo. Hitler sintetizó su significado en *Mein Kampf:* «Como nacionalsocialistas vemos nuestro programa reflejado en nuestra bandera: en el rojo vemos el pensamiento social del movimiento, en el blanco, el nacionalista, y en la esvástica, la misión del combate por la victoria del hombre ario y, al mismo tiempo, también la victoria de la idea del trabajo productivo, que es y será eternamente antisemita».

Los descontentos iban a oírlo no por lo que decía, sino por cómo lo decía. Su mensaje no se diferenciaba del de los otros setenta y tres grupos *Völkisch* de Alemania, de los que había al menos quince en Múnich. Mensajes llenos de odio y resentimiento hacia los criminales de noviembre y los judíos, donde se pedía la revocación del Tratado de Versalles, la protección de la clase media y la persecución de los especuladores y se prometía devolver a Alemania al lugar que le pertenecía junto a las potencias mundiales. La originalidad de Hitler radicaba en su puesta en escena. Comenzaba a hablar titubeante, inseguro, hasta que al cabo de unos minutos comenzaba a sentir la unión con su público, que le transportaba a un estado de exaltación que a su vez era capaz de transmitir hasta que orador y público eran llevados por un frenesí en el que ya podía convencerlos de cualquier cosa. Los estudiosos de las artes ocultas han llegado a hablar de una auténtica posesión y de que en aquellos momentos Hitler se convertía en la encarnación de algún tipo de entidad demoniaca sedienta de sangre. Para psiquiatras como Juan Antonio Vallejo-Nágera en su obra *Locos egregios* (1977), Hitler tan sólo era un psicópata paranoide con ocasional comportamiento histérico, capaz de arrastrar a un delirio colectivo a un

público resentido que compartía sus ideas básicas.

Una mezcla inesperada de azar natural (disponer de capacidades innatas para la oratoria), azar social (la inexplicable derrota de Alemania, la herida abierta en el orgullo nacional por las oprobiosas condiciones impuestas en Versalles y la proclamación de la *Räterepublik*) y azar eventual (el descubrimiento de que «era capaz de hablar») dispuso lo que había de venir. En otro lugar y en otras circunstancias, el pintor sin talento, el vagabundo de Viena, el cabo que ni tan siquiera pudo ascender a sargento por falta de capacidad de mando, se habría quedado en el agitador de cervecería al lado del cual todo el mundo evita ponerse.

LAS SA

A medida que el partido iba adquiriendo importancia, sus dirigentes advirtieron la necesidad de organizar un servicio de orden cuyo objetivo sería protegerlos de sus adversarios políticos en los mítines y reuniones privadas. Con el tiempo, se convirtieron en la milicia del partido, a la que Hitler llamó *Sturmabteilung* o SA (tropas de asalto). Muchos fueron reclutados del *Freikorps*. Estas organizaciones paramilitares compuestas por antiguos soldados eran alentadas, entrenadas y financiadas por el ejército regular, el *Reichswehr,* ya que desde la reducción de sus efectivos, los generales veían en ellos una fuerza auxiliar que podía ser subrepticiamente armada y utilizada cuando fuera necesario. Relacionado con todos estos grupos estaba Ludendorff, que había vuelto de su exilio en febrero de 1919 y fijado su residencia en Múnich, y era considerado un jefe simbólico de la derecha radical nacionalista. En mayo de 1921, Rudolf Hess, que había sido teniente en las Fuerzas Aéreas y después militante de los *Freikorps,* lo puso en contacto con Hitler, lo que le abrió muchas puertas.

Dados los estrechos vínculos que Hitler mantenía con el Ejército, también estos hombres fueron captados, instruidos y armados por el *Reichswehr*. En su creación jugó un papel fundamental un hombre llamado Ernst Röhm, que después de luchar en la Gran Guerra se había incorporado al *Reichswehr* como capitán, siendo destinado a Múnich, donde coincidió con Hitler. Röhm era un auténtico perro de la guerra, literalmente lleno de cicatrices de combate, poseedor de la gracia y sutileza de un tanque y sin el menor interés en ningún otro tipo de vida. Era un importante activista de la política paramilitar, con excelentes relaciones en el Ejército y la derecha *Völkisch,* y desde el final de la contienda había luchado por conservar algo de la fuerza militar en medio de las ruinas de la derrota, ocultando armas y munición de contrabando por toda Baviera para armar a los *Freikorps* en el caso de que el Ejército los necesitara.

Röhm se había afiliado al partido poco después de asistir al primer gran acto de masas en el que había hablado Hitler, el 16 de octubre de 1919. En noviembre de 1921, las SA contaban con trescientos miembros, conocidos como los «camisas

pardas» por el color de sus uniformes, excedentes de los utilizados durante la guerra por las tropas coloniales alemanas estacionadas en África. Tan sólo un año después ya eran seis mil, dirigidos por Johann Ulrich Klintzsch, un antiguo capitán de corbeta y miembro de la llamada Brigada Ehrhardt, el más numeroso, poderoso y violento de los grupos *Freikorps*. En marzo de 1923, Hitler le sustituyó por un héroe de la aviación, un piloto de caza que había reemplazado al mítico Barón Rojo al frente de su escuadrilla. Su nombre era Hermann Göring. Ese mismo mes, Hitler creó su propia guardia pretoriana, un grupo de ocho hombres encargados de su seguridad personal, al mando de los cuales puso a Julius Schreck y Joseph Berchtold. Schreck era un íntimo amigo suyo, y había sido uno de los primeros afiliados al partido nazi. El grupo se llamó en principio *Stabswache* (guardia de la plana mayor), aunque en mayo se cambió su nombre por el de *Stosstrupp Adolf Hitler* (tropas de choque de Adolf Hitler). Para diferenciarse de las SA incorporaron a sus gorras el *Totenkopf*, la calavera con las tibias cruzadas usada por diferentes grupos de élite del Ejército prusiano.

EL «PUTSCH» DE MÚNICH

Para el otoño de 1923, la caótica situación económica era ya insostenible. El descontento general propició levantamientos revolucionarios comunistas en Turingia y Sajonia, que el Gobierno del Reich reprimió con dureza. Sin embargo, usando como pretexto la amenaza roja y tomando como referencia la marcha sobre Roma de Mussolini, la extrema derecha, sobre todo en Baviera, creyó que había llegado el momento de marchar sobre Berlín, derrocar al odiado Gobierno republicano de los criminales de noviembre y proclamar una dictadura. La noche del 8 de noviembre de 1923, mientras Gustav von Kahr, líder del Gobierno bávaro, se disponía a dar un discurso a un grupo de hombres de negocios y funcionarios en la *Bürgerbräuklller*, una gran cervecería del centro de Múnich, Hitler irrumpió en el lugar y, subiéndose a una mesa, disparó con un revólver al techo gritando que el local estaba rodeado por seiscientos hombres armados de sus tropas de asalto, que había comenzado la revolución nacional y que se había formado un gobierno provisional. Sin embargo, los grupos que en un principio le habían ofrecido su ayuda (el Ejército, la Policía y el Gobierno bávaros) se negaron a cooperar y todo lo que Hitler llegó a tener bajo su control fue esa gran cervecería. Por la mañana, sin saber muy bien qué hacer, encabezó con Ludendorff una columna de dos mil hombres que marchó hacia el centro histórico de la ciudad con la intención de tomar el Ministerio del Interior. La policía puso fin violentamente a la revuelta, y dieciséis miembros de las SA y cuatro agentes murieron durante el tiroteo. Hitler abandonó rápidamente el lugar de los hechos con un hombro dislocado y se refugió en casa de su amigo Ernst Hanfstaengl, donde fue arrestado por la policía, que lo encerró en la vieja fortaleza de Landsberg am Lech. El golpe de Estado, el llamado *Putsch de la cervecería*, había llegado a su

fin.

El juicio contra los golpistas se celebró entre el 26 de febrero y el 27 de marzo de 1924. Un periodista que asistió a él lo describió como «un carnaval político». Había demasiada gente importante implicada, entre ellos, el presidente bávaro Von Kahr, el jefe de policía Seisser y el comandante del *Reichswehr* Lossow, aunque en el último momento se hubieran echado atrás. Ante el juez, alegaron en su descargo que habían tratado de disuadir a Hitler, pero que este les había obligado a colaborar a punta de pistola. Ludendorff ni siquiera entró en la cárcel; llegó al juicio en su lujoso automóvil y dijo que no sabía nada. El juez lo creyó y lo absolvió.

Por eso, Hitler sabía que si las cosas se ponían feas, siempre podría arrastrar a unos cuantos consigo. Cuando Hanfstaengl lo visitó en su celda, lo encontró muy tranquilo: «¿Qué pueden hacerme?», le dijo. «No tengo más que decir un poco más, sobre todo de Lossow, y se organiza el gran escándalo. Los que están al tanto del asunto saben muy bien eso». A Hitler se le permitió hablar durante cuatro horas vestido con su traje, no con ropa de preso, y luciendo su Cruz de Hierro de Primera Clase. Concluyó su defensa con la célebre frase: «Podéis declararnos culpables mil veces, pero la diosa del tribunal eterno de la historia sonreirá y romperá en pedazos la acusación del fiscal y la sentencia del Tribunal, porque ella nos absolverá».

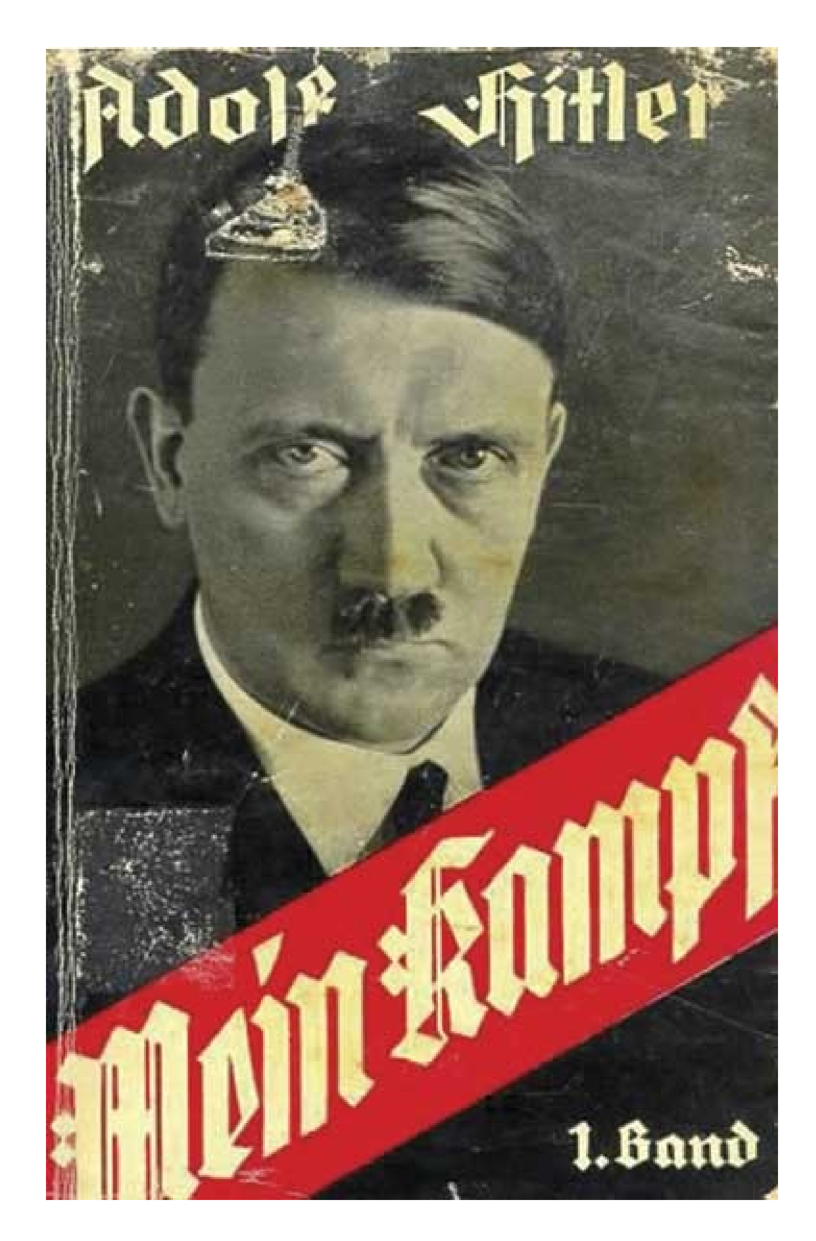
Hitler debería haber sido deportado, pues era austriaco, pero no lo fue por los servicios que había prestado voluntariamente a Alemania durante la guerra. Tan sólo se lo condenó a cinco años de cárcel por alta traición (menos los cuatro meses y dos semanas que ya había pasado encerrado), más una promesa de libertad condicional. Volvió a su confortable y amplia celda de Landsberg donde recibía regalos, flores, cartas de apoyo y numerosísimas visitas. Hasta algunos guardianes le saludaban con un «¡Heil Hitler!».

Aquellos largos días de ocio obligado fueron ideales para la lectura. Siguiendo su costumbre, leyó todos los libros de la biblioteca que consideró oportunos para confirmar que sus ideas eran correctas, desde Chamberlain a Bismarck, y también los que le proporcionó Lehmann, como el manoseado ejemplar de la *Tipología racial del pueblo alemán* de Günther que se conserva en Washington. Incluso se suprimió el apagón nocturno para que pudiera leer por la noche, como era su costumbre. Años después, Hitler le dijo a Hans Frank, destacado abogado nazi y más tarde al mando del infame Gobierno General polaco, que Landsberg había sido su «universidad pagada por el Estado».

«MEIN KAMPF»

Después decidió ajustar cuentas con aquellos que en un principio habían apoyado el golpe y más tarde se habían desentendido de él. Se puso a escribir un libro que iba a llamarse *Cuatro años y medio de lucha contra las mentiras, la estupidez y la cobardía*, donde tenía la intención de contar su carrera política en Múnich y relatar

los hechos que condujeron al *Putsch*. Sin embargo, con el tiempo, un proyecto lleno de rencor acabó convirtiéndose en algo mucho más ambicioso. En algún momento se dio cuenta de que cualquier intento de tomar el poder estaba condenado al fracaso si no contaba con el respaldo del *Reichswehr*. Por eso abandonó (de momento) el golpismo paramilitar y decidió comprometerse con la legalidad. Sólo una victoria en las elecciones le permitiría llegar al Reichstag respaldado por quienes lo habían dejado en la estacada en noviembre. El juicio lo había convertido en un personaje enormemente popular en Alemania, así que pensó aprovechar el tirón y hacerse propaganda, algo que consideraba fundamental para ganarse el apoyo de las masas, y decidió escribir su autobiografía. El banquero Emil Georg, director del poderoso Deutsche Bank y uno de los principales benefactores del NSDAP le regaló una magnífica máquina de escribir Remington, la mejor de la época, y Winifred Wagner, la nuera del compositor, le envió gran cantidad de papel, lápices, gomas y papel carbón. Durante horas, día y noche, mecanografió personalmente su texto, o bien se lo dictó a sus compañeros de presidio, a su chófer Emil Maurice o a Rudolf Hess. El resultado fue un voluminoso manuscrito mal escrito, superficial, tergiversado y lleno de inexactitudes, donde se presentaba como el auténtico líder, el gran hombre formado a sí mismo, combinación de teórico, organizador y caudillo y predestinado a salvar al país. La encarnación viviente del anhelo de la nación. Fue Max Amann, antiguo sargento de Hitler y director de Eher-Verlag, la editorial del partido, quien le sugirió cambiar un título con tan poco gancho por el de *Mein Kampf*, más conciso y expresivo.



Portada del volumen I de la primera
edición alemana de *Mein Kampf.*

Hitler terminó su libro el 16 de octubre de 1924 y fue liberado por buena conducta el 20 de diciembre. El libro apareció en julio del siguiente año, pero no fue acogido como esperaba el autor. El *Frankfurter Zeitung* lo calificó de «suicidio político», un periódico de Berlín expresó sus dudas acerca del estado mental de su autor e incluso se dice que ni Goebbels ni Göring consiguieron acabarlo. Pero Hitler sí estaba satisfecho, y prueba de ello es que en el momento de su publicación ya estaba trabajando en lo que sería su segunda parte.

Si el tema de su primer libro era eminentemente autobiográfico, el segundo fue puramente político. Y a estas alturas de nuestro propio libro, seguro que ninguno de los conceptos expresados allí nos parece en absoluto original. Siguiendo su costumbre, Hitler hizo escasa o nula referencia a sus fuentes, lo que ha dado pie a numerosos estudiosos a elucubrar si sus ideas eran el fruto de lecturas intensas y extensas, de la frecuentación de fuentes secundarias y periódicos o, simplemente, una exposición de las conversaciones mantenidas con Eckart. El segundo volumen,

escrito en su bonito chalet de los Alpes bávaros, la Haus Wachenfeldt, que se convertiría en el Berghof, apareció en diciembre de 1926. En 1930, los dos volúmenes fueron reunidos en uno solo y publicados en formato de bolsillo.

UNA MEZCLA EXPLOSIVA

Mein Kampf era una mezcla explosiva de darwinismo social, eugenesia, higiene racial, antisemitismo e ideología *Völkisch*, es decir, de las doctrinas más peligrosas de la época. Y lo que nos resulta más chocante, casi un siglo después, es que en un país tan inestable como la Alemania de Weimar, donde todo podía suceder, a nadie se le ocurriera que algún día Hitler pudiese llegar al poder y que, de hacerlo, no dudase en poner en práctica sus desquiciados planes. Es como si alguien viera a un demente preparando un cóctel molotov en una gasolinera y no se le pasara por la cabeza que, en un momento u otro, va a utilizarlo. Nadie prepara una bomba para pasar el rato. Cómo fue posible que este libro fuera difundido libremente y que pese a ello, años después de estar circulando, Hitler alcanzara el poder es, sin duda, uno de los mayores misterios del Tercer Reich.

Como los darwinistas sociales, Hitler argumentaba que la ley natural es la ley de la eterna lucha entre los fuertes y los débiles, y que la vida humana no está exenta de su implacable selección: «Quien desee vivir debe luchar, y quien no estuviese dispuesto a ello en este mundo de luchas eternas, no merece vivir. Por más doloroso que resulte, simplemente es así». La naturaleza preserva al más fuerte y elimina al débil: «La lucha por el pan cotidiano deja sucumbir a todo el que es débil, enfermo y menos resuelto». Haciéndose eco de la ya enraizada doctrina de la supremacía de la mítica raza aria, escribió:

> Es un intento ocioso querer discutir qué raza o razas fueron las depositarias de la cultura humana y los verdaderos fundadores de todo aquello que entendemos bajo el término «humanidad». Pero sencillo es aplicar esa pregunta al presente, y, aquí, la respuesta es fácil y clara. Lo que hoy se presenta ante nosotros en materia de cultura humana, de resultados obtenidos en el terreno del arte, de la ciencia y de la técnica es casi exclusivamente obra de la creación del ario. Es sobre tal hecho en el que debemos apoyar la conclusión de haber sido este el fundador exclusivo de una humanidad superior, representando así el prototipo de aquello que entendemos por hombre. Es el Prometeo de la humanidad, y de su frente brotó, en todas las épocas, la centella del genio, encendiendo siempre de nuevo aquel fuego del conocimiento que iluminó la noche de los misterios, haciendo elevarse al hombre a una situación de superioridad sobre los demás seres terrestres. Exclúyasele, y, tal vez después de pocos milenios, descenderán una vez más las tinieblas sobre la Tierra. ¡La civilización humana llegaría a su término y el

mundo se volvería un desierto!

El ario sometió por la fuerza de la espada a los pueblos inferiores, «quienes trabajaron desde entonces bajo su dirección, con arreglo a su voluntad y para la satisfacción de sus propósitos». Sin embargo, había sacrificado la pureza de la sangre mezclándose con las razas inferiores que había conquistado, perdiendo el lugar en el paraíso que él mismo había preparado: «Los pueblos no mueren como consecuencia de guerras perdidas, sino debido a la anulación de aquella fuerza de resistencia que sólo es propia de la sangre incontaminada». Como los eugenistas, Hitler afirmaba que la naturaleza rehúye la mezcla de especies en la reproducción: «Todo cruzamiento de razas provoca tarde o temprano la decadencia del producto híbrido». Por todo ello, el nuevo Estado nazi tendría como uno de sus objetivos básicos, como «deber con lo más sagrado», velar por la pureza racial, por la conservación y la expansión de la superior sangre aria, ya que «toda mezcla de sangre aria con la de los pueblos inferiores tuvo por resultado la ruina de la raza de cultura superior». Tomaba como referente a Estados Unidos, «cuya población se compone en su mayor parte de elementos germanos, que se mezclaron sólo en mínima escala con los pueblos de color, racialmente inferiores» a diferencia de «los pueblos de la América Central y la del Sur, países en los cuales los emigrantes, principalmente de origen latino, se mezclaron en gran escala con los elementos aborígenes». Gracias a la conservación de su pureza, el elemento germano se había convertido en «el señor del continente americano», y mantendría esa posición mientras no cayera «en la ignominia de mezclar su sangre». También alababa la política de inmigración norteamericana, «presidida por la cordura», que negaba la entrada al país de «elementos nocivos para la salud social» y excluía de la naturalización, «sin reparo alguno, a los elementos de determinadas razas», reconociendo en parte «el principio que fundamenta la concepción racial del Estado Nacionalsocialista».

La raza aria estaba amenazada, no sólo desde el punto de vista biológico, sino también físicamente por los inferiores pueblos eslavos del Este, que con su expansión y su mayor tasa de natalidad estaban arrinconándolos y privándolos de su *Lebensraum* o espacio vital, considerado (después de la defensa de la raza) el segundo gran axioma de la política nazi. Este concepto tampoco era nada nuevo. Había sido acuñado ya en 1897 por el geógrafo y antropólogo Friedrich Ratzel en su *Geografía Política* y desarrollado por autores como Rudolf Kjellén, Friedrich von Bernhardi, Hans Grimm y Karl Haushofer (profesor de Geografía de Rudolf Hess en Múnich, que probablemente fue quien se lo transmitió a Hitler). Según esta teoría, el Estado, como toda criatura viva, necesitaba un espacio vital donde desarrollarse y alcanzar su plenitud, y Alemania vivía en un territorio excesivamente pequeño en un mundo en el que las grandes potencias casi abarcaban continentes enteros. En un principio la adquisición de nuevo espacio se planteó mediante la conquista de colonias siguiendo el ejemplo de Inglaterra y Francia, pero para 1912, ya desechada

esta posibilidad, Von Bernhardi expuso por primera vez en su obra *Alemania y la siguiente guerra* que el necesario espacio vital (una necesidad biológica) sólo podía adquirirse mediante la expansión hacia el Este. Para Hitler, «son los hombres quienes crean las fronteras de los Estados y son ellos mismos los que las modifican», y sólo en la fuerza de los conquistadores y en la impotencia de los conquistados residía el derecho de posesión de la tierra. Una tierra que debía adquirirse no siguiendo «el eterno éxodo germánico hacia el sur y el oeste de Europa», sino dirigiendo la mirada hacia el Este, hacia Rusia que, «despojada de su clase dirigente de origen germano», había caído en manos de los judíos, «fermento de descomposición» y no «elemento de organización», que a la larga serían incapaces de sostener bajo su poder el gigantesco organismo ruso: «El coloso del Este está maduro para el derrumbamiento».

La conquista de este nuevo *Lebensraum* donde se asentarían colonos alemanes (como efectivamente se hizo con alemanes procedentes del Báltico y el mar Negro tras la invasión de Polonia) proporcionaría alimentos y materias primas que ayudarían a Alemania a resolver sus problemas económicos, la harían más fuerte militarmente y contendría la expansión del odiado bolchevismo inspirado por los judíos. Alemania debía avanzar por ese camino «que la sacará de la actual estrechez de su espacio vital y la llevará hacia una nueva tierra y suelo, liberándola así del peligro de desaparecer de este mundo o, en cuanto a pueblo esclavizado, de tener que dedicarse a servir a los demás». En cuanto a los inferiores eslavos, serían esclavizados, deportados más allá de los Urales e incluso exterminados para evitar la contaminación de la sangre aria.

La pureza de sangre no sólo se veía amenazada por elementos de razas no arias, sino también por aquellos individuos defectuosos de la propia raza. Por ello, otra obligación del Estado era cuidar de que sólo los individuos sanos, los más aptos, tuvieran descendencia:

> Debe inculcar que existe un oprobio único: engendrar estando enfermo o siendo defectuoso. […] El Estado pondrá al servicio de estos hechos aceptados todos los conocimientos médicos modernos. Declarará impropio para la reproducción a todo aquel que se halle evidentemente enfermo o padezca de incapacidad hereditaria, respaldando su actitud con la acción. […] Sólo una prohibición, durante seis siglos, de procreación de los degenerados físicos y mentales no sólo liberaría a la humanidad de esa inmensa desgracia sino que produciría una situación de higiene y de salubridad que hoy parece casi imposible. Si se realizara con método un plan de procreación de los más sanos, el resultado sería la constitución de una raza que portará en sí las cualidades primigenias perdidas, evitando de esta forma la degradación física e intelectual del presente. Sólo después de haber tomado ese derrotero es cuando un pueblo y un gobierno conseguirán mejorar una raza y aumentar su capacidad de procreación, permitiendo después a la colectividad gozar de

> todas las ventajas de la existencia de una raza sana, lo que constituye la mayor felicidad de una nación.

El Estado sería también el encargado de confirmar la aptitud para la procreación emitiendo certificados de salubridad a los jóvenes una vez cumplido su servicio militar, «como testimonio de sanidad corporal para el matrimonio». En sus discursos, Hitler habló a menudo de eugenesia y política de población, dando a entender en ocasiones que los no aptos eran prescindibles. Sin embargo, sólo muy rara vez se refirió explícitamente a la eliminación física de los que consideraba inferiores. Sí lo hizo en el tercer libro que escribió, que terminó en 1928, que nunca fue publicado y que permaneció guardado en una caja fuerte de la editorial Eher-Verlag, en el centro de Múnich, hasta el final de la guerra, diecisiete años después. En el llamado *Zweites Buch (segundo libro)*, se explayó sobre la eterna lucha por la supervivencia, origen de las razas, las tribus, los pueblos y, en última instancia, las naciones. La política era «la acción de la lucha por la vida de un pueblo»; una lucha cruel y despiadada en la que no había sitio para los débiles ni los enfermos: «La humanidad, por lo tanto, sólo es la esclava de la debilidad y en verdad la más cruel destructora de la existencia humana». Recurría entonces al ejemplo de Haeckel de los espartanos para defender el asesinato de los niños discapacitados dado que, desde su punto de vista, sus vidas tenían poco o ningún valor. Según expuso, matarlos era más humano que permitirles seguir viviendo:

> Esparta debe ser vista como el primer Estado *Völkisch*. La exposición de los enfermos, los débiles, los niños deformes, en definitiva, su destrucción, era más decente y en verdad mil veces más humana que la miserable locura de nuestro tiempo que preserva a los sujetos más patológicos y, de hecho, lo hace a cualquier precio; y, sin embargo, toma la vida de cientos de miles de niños sanos como consecuencia del control de la natalidad o por medio de abortos, para, posteriormente, engendrar una raza de degenerados cargados de enfermedades.

El enemigo natural del ario era el judío. Mientras el ario creaba civilizaciones, el judío las corrompía mediante el mestizaje y la destrucción de la pureza racial. Para Hitler, como para los antropólogos raciales, los judíos no eran seguidores de una religión, sino «un pueblo con características raciales bien definidas» cuyo gran mérito era, precisamente, hacer creer que no lo eran utilizando la religión como una tapadera. Si los judíos eran una raza, entonces el carácter judío se heredaba, y nada se podía hacer por cambiar su forma de ser. No se podía ir contra las inmutables leyes de la naturaleza. Sin embargo, a pesar de lo que generalmente se cree, Hitler no consideraba a los judíos una raza inferior como los eslavos o los africanos, sino una

raza realmente peligrosa, diferente de los humanos, que en la lucha por la existencia había conseguido «sobrevivir intacta a las más terribles catástrofes» en el transcurso de los últimos dos mil años. Un pueblo caracterizado por su falta de espíritu de sacrificio y por un «instinto gregario muy primitivo» que sólo mostraba un sentido de solidaridad cuando debían hacer frente a un peligro común, «tal como puede observarse en muchos otros seres de la naturaleza», pero que «una vez alejado el peligro que a todos amenazaba», volvía a mostrar «las señales del egoísmo más crudo, y el pueblo, antes unido, de un instante al otro se transforma en una manada de ratas feroces». Por eso nunca habían poseído un estado con fronteras definidas, ni «base alguna donde erigir una cultura». Acorde a su visión biológica de la política, y negando su pertenencia a la raza humana, los llamaba «parásitos en el organismo nacional de otros pueblos», que como todo parásito, buscaban propagarse para buscar "un nuevo campo de nutrición", explotando sin ningún escrúpulo "el comercio y todos los negocios financieros como su privilegio personal" y apoderándose de la prensa para "cercar, manejar y mover el conjunto de la vida pública". Siguiendo la teoría de la conspiración desarrollada en *Los protocolos de los Sabios de Sión* afirmaba que los judíos estaban detrás del parlamentarismo que había derrocado a las monarquías, del capitalismo y la Revolución Industrial que había arrancado a campesinos y artesanos del medio rural y los había convertido en obreros a los que manejaban mediante la doctrina marxista para acabar con la burguesía exigiendo «cosas no sólo exorbitantes, sino prácticamente irrealizables» e implantar su dominio político. Su odio hacia los judíos (no hacia el concreto, visible, sino a una entidad abstracta que lo trascendía y completaba) era tal que su imaginación les atribuía tanto poder como para estar tanto detrás del capital financiero internacional como tras el comunismo soviético y el pacifismo derrotista que minaba la fortaleza militar de los Estados, siempre teniendo como fin último «la esclavización y el aniquilamiento de todos los pueblos que no son judíos». Ponía como ejemplo a Rusia, donde «el judío, dominado por un salvajismo realmente fanático, hizo perecer de hambre o bajo torturas a treinta millones de personas, con el solo fin de asegurar de este modo a una caterva de judíos, literatos y bandidos del mercado de valores, la hegemonía de todo un pueblo». Eran ellos quienes habían «apuñalado por la espalda» a Alemania durante la Gran Guerra y quienes estaban detrás de los hombres de paja del Gobierno de Weimar que habían firmado el humillante tratado y arruinado al país: «Si se hubiera aplicado gas venenoso al principio de la Primera Guerra Mundial a 12.000-15.000 "corruptores hebreos del pueblo", no habría sido en vano el sacrificio de millones en el frente». Victoria o destrucción total. No había alternativas. La cuestión judía era un problema existencial para todos los pueblos, no sólo para el alemán, «pues Judá es la plaga del mundo». Por ello, los judíos debían ser tratados como se hace con los gérmenes patógenos causantes de las plagas: exterminándolos, de forma aséptica y desapasionada, sin ningún tipo de conflicto moral. Ya Lagarde, refiriéndose a los judíos, había escrito que «con los bacilos y triquinas no se negocia,

sino que se los aniquila». En uno de sus monólogos de sobremesa, Hitler comparó la batalla contra los judíos con la mantenida por Pasteur y Koch: «¡Cuántas enfermedades no tienen su origen en el virus judío! […] Sólo recuperaremos nuestra salud eliminando al judío». Ya en agosto de 1920 había hablado de combatir la «tuberculosis racial» mediante la eliminación del «agente casual, el judío», y en 1925 se lamentó de que el Estado no tuviera los medios necesarios para «controlar la enfermedad» que estaba penetrando sin ningún impedimento «en el flujo sanguíneo de nuestro pueblo». En *Explicando a Hitler* (1999), Ron Rosenbaum cuenta que cuando le preguntó a Efraim Zuroff, director del Centro Simon Wiesenthal en Israel, si creía que Hitler tenía conciencia de estar haciendo el mal, este le respondió: «¡Por supuesto que no! ¡Hitler se creía un médico! ¡Mataba gérmenes! ¡Eso es lo que eran los judíos para él!». El pueblo alemán era el paciente, la comunidad judía una enfermedad, sus componentes la encarnación de los bacilos, el cáncer, la gangrena, los tumores o los abscesos, y Hitler, un médico bienhechor cuyo programa político era contemplado en términos de terapia, medidas quirúrgicas, purgas y antídotos. De hecho, años después, la propaganda de Goebbels se refería en ocasiones al *Führer* como *Artz des deutschen Volkes* (el médico del pueblo alemán). Como puede entenderse fácilmente, las consignas pseudocientíficas y paramédicas de Hitler fueron muy bien acogidas por los profesionales de la medicina, la biología, la antropología y otras profesiones relacionadas con la higiene racial. A fin de cuentas, sólo repetía lo que ellos llevaban diciendo desde hacía años sin que los políticos les tomaran demasiado en serio. Pero ahora la situación había cambiado. Él podía ponerlas en práctica.

El 20 de diciembre, a las 12:15 horas, ante la indignación del fiscal del distrito Ludwig Stenglein, Hitler abandonaba su jaula dorada de Landsberg gracias a su buena conducta. Stenglein había actuado como fiscal jefe en su juicio, y siempre se había opuesto enérgicamente a la suspensión de su condena alegando que en cuanto saliera de prisión retomaría las cosas donde las había dejado y que, por lo tanto, su puesta en libertad constituiría un peligro para el orden público. El tiempo le daría la razón…

Apenas quince días después, Hitler consiguió entrevistarse con el presidente bávaro Heinrich Held, al que convenció de que estaba dispuesto a aceptar la autoridad del Estado, prometiéndole que no intentaría dar otro golpe. Más tarde, Held diría que «la bestia salvaje está domesticada», y que se podían permitir «aflojar la cadena». El camino estaba despejado para que el 16 de febrero se levantase la prohibición del NSDAP y de las SA.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL NSDAP

Tras salir de prisión decidido a destruir el sistema parlamentario desde dentro, Hitler tuvo que afrontar la difícil tarea de reconstruir un partido que en su ausencia se

había escindido en facciones rivales. Haciendo gala de su habitual sentido del espectáculo y tal y como había predicho Stenglein, Hitler regresó a los escenarios políticos donde lo había dejado, en la Bürgerbräukeller. La noche del 27 de febrero de 1925, con cuatro mil personas apretujadas en su interior y mil más sin poder entrar, habló durante casi dos horas. Empleando su hipnótica capacidad de oratoria advirtió que había llegado el momento de dar por finalizadas las rencillas personales y que él, como único líder del movimiento, no estaba dispuesto a aceptar compromisos ni condiciones. Su tarea era hacer olvidar las diferencias. Para él, cada camarada del partido era tan sólo una persona que apoyaba una idea común. Después, entre aplausos, vítores tumultuosos y gritos de «¡Heil Hitler!», los antiguos rivales subieron al estrado y se abrazaron. Hitler llegó a la cervecería siendo el cabeza de turco de un disparatado golpe de Estado, pero salió de ella siendo el *Führer*. Held se había equivocado. La bestia seguía sin domesticar. Y lo que era peor, ahora lideraba una peligrosa manada que le seguiría incondicionalmente allá donde les guiara…

Hitler dividió el territorio en *Gaue* (la antigua palabra germánica que significaba ‘distrito’), dirigidos por *Gauleiter.* Röhm, disgustado tanto por el nuevo compromiso del partido nazi con la legalidad como por su debilidad a la hora de emplear tácticas más enérgicas, dimitió y se marchó a Bolivia para trabajar allí como instructor militar, siendo sustituido por Franz Pfeffer von Salomon. Además, reorganizó el *Stosstrupp*, llamándolo *Schutzstaffeln* (escuadras de protección), o SS, con la función de ser unas fuerzas de élite de total confianza que, formando grupos locales, se encargaran de la seguridad de los líderes del partido durante sus desplazamientos por las diferentes ciudades, poniéndolas al mando de Julius Schreck. Al año siguiente, ya existían setenta y cinco de estas escuadras, compuestas cada una por diez miembros cuidadosamente escogidos «por su fidelidad sin condiciones a un ideal» y por ser «capaces de ir contra sus propios hermanos y de ser leales hasta la muerte». El 20 de enero de 1929, después de que comprobara su capacidad organizativa, su celo y, sobre todo, su fanática convicción, Hitler nombró *Reichsführer* o líder de las SS a un joven enclenque, aquejado de múltiples dolencias reales e imaginarias, pequeño bigote y gruesas gafas redondas, diplomado por la Escuela Técnica de Agricultura, cuyo único empleo había sido investigar los usos del estiércol para una firma agrícola de productos químicos y que había participado en el *Putsch* de Múnich. Un joven fascinado por la mitología nórdica, el ocultismo y la doctrina nazi que soñaba con convertirse algún día en el líder de una élite de guerreros arios que conquistaran el mundo por la fuerza de las armas y aniquilaran a las razas inferiores, a los judíos, a los comunistas y a todo aquel que amenazara con contaminar la pureza racial. Su nombre era Heinrich Himmler.



Heinrich Himmler, *Reichsführer-SS.*
La confianza que le brindó Hitler facilitó su rápido ascenso.

Al año siguiente, Himmler cambió las camisas pardas, los quepis y las corbatas negras de las SA que las SS habían llevado desde su fundación por elegantes uniformes negros con gorras con visera y botas de montar hasta las rodillas, que resultarían efectivos señuelos para atraer a miles de ciudadanos comunes hacia la telaraña de Himmler. Hasta 1934 siguieron usando como emblema el impactante *Totenkopf* del *Stosstrupp Adolf Hitler,* pero desde entonces utilizaron su propio diseño, una calavera sonriente, con mandíbula, que se mantendría a lo largo de toda la historia de la organización.

El *Reichsführer-SS* no tardaría en dar forma a sus sueños, que serían las pesadillas de muchos inocentes. Como su misión era proteger al *Führer* tanto de los enemigos externos como de las amenazas internas, creyó necesario contar con un servicio de información, por lo que en 1931 creó el SD o *Sicherheitsdienst* (servicio de seguridad). Al frente del mismo puso a Reinhard Heydrich, un fanático racial, oficial de la Marina especialista en radiofonía recién licenciado, en quien confió por su aspecto ario y que con el tiempo mostraría una crueldad a la hora de conseguir sus objetivos tan implacable como la del mismo *Reichsführer*. En abril de 1930, Goebbels, jefe del *Gau* de Berlín, donde desarrolló un estilo de agitación de gran eficacia, asumió el cargo de director de Propaganda.

Sin embargo, el período de estabilización económica que siguió en abril de 1924 a la aprobación del Plan Dawes gracias a la enorme cantidad de dinero extranjero prestado a Alemania, especialmente por parte de inversionistas norteamericanos, parecía ofrecer pocas esperanzas de éxito para el partido nazi y los mensajes apocalípticos de su líder. No sólo el Gobierno del Reich, sino también los Estados, las grandes ciudades, los industriales y los grandes hombres de negocios tomaron dinero prestado a elevados tipos de interés y a corto plazo, gastando a manos llenas y sin preocuparse demasiado de cómo amortizarían los préstamos. De esta forma, Alemania pagó puntualmente sus reparaciones, financió la reorganización y renovación de sus industrias, aumentó notablemente los servicios sociales y elevó el estándar de vida de todas las clases sociales. El 7 de junio de 1928 se firmó el Plan Young, que fijó unos pagos anuales considerablemente más bajos que los que se estaban pagando bajo el Plan Dawes. Ese verano, el desempleo se redujo a tan sólo seiscientos cincuenta mil parados, en tanto que para el año siguiente, los salarios se habían elevado un 10 % sobre el promedio de 1925. El odiado Gobierno de los criminales de noviembre no sólo había logrado restaurar el orden, estabilizar la moneda y negociar las reparaciones, sino que también consiguió asegurar el ingreso de Alemania en la Liga de Naciones. En los años dorados de la República de Weimar los jóvenes alemanes estaban más interesados en comprar en los grandes almacenes, ir al cine y bailar el charlestón en las salas de fiestas que en la cuestión judía o en la conquista del espacio vital. De hecho, en las elecciones para el Reichstag de 1928 (las primeras a las que se presentó el NSDAP con su propio nombre), los nazis sólo obtuvieron el 2,6 % de los votos. Es muy probable que sin las terribles consecuencias que tuvo en Alemania el *crack* de Wall Street de octubre de 1929, el partido nazi hubiese acabado fragmentándose de nuevo y esfumándose en el olvido, pasando a la historia como un fenómeno pasajero de los turbulentos años de la posguerra.

EL ASCENSO DEL PARTIDO NAZI

Ningún país del mundo sufrió la depresión más que Alemania. A las reclamaciones de los préstamos a corto plazo se sumaron la interrupción de nuevos créditos y una grave contracción del mercado mundial que hizo imposible para el país valerse por sí mismo y costearse su reconstrucción aumentando las exportaciones. Para enero de 1930, la cifra oficial de parados era de 3.218.000, aproximadamente un 14 % de la población en edad laboral. A esta cifra habría que añadir los trabajadores temporales y todos aquellos que ni se molestaron en inscribirse, por lo que la cifra real se ha estimado en unos cuatro millones y medio. En medio del descontento general, con millones de hogares sin comida ni calor y las calles de todas las ciudades llenas de hombres inactivos, el canciller Brüning intentó aprobar una serie de decretos de emergencia para disminuir el gasto público y aumentar la presión fiscal, pero el Reichstag no los aprobó, por lo que Brüning lo disolvió y convocó elecciones

para el 14 de septiembre. Craso error. Los nazis supieron ganarse a los campesinos, a los funcionarios, a los obreros, a los estudiantes universitarios, a un amplio espectro de votantes de todas las clases sociales que ya no creían en nada. Hitler culpaba a todos los demás partidos de haber arruinado a Alemania. Sólo el nacionalsocialismo podía, desde las cenizas de un Reich desmoronado, alzar uno nuevo apoyado en los valores raciales, en la selección de los mejores sobre la base del logro, la fuerza, la voluntad y la lucha y restablecer el poder de Alemania como una nación. Y mientras Hitler hablaba y llenaba estadios, los cien mil hombres de las SA desfilaban y se hacían dueños de las calles; unas calles que la maquinaria propagandística de Goebbels sembraba de folletos, proclamas y pasquines. La fórmula funcionó. El NSDAP obtuvo el 18,3 % de los votos, ciento siete escaños que lo convirtieron en el segundo partido del Reichstag. 6.409.600 alemanes habían votado a Hitler. Sin duda, uno de ellos debió ser Lenz, que se refirió a él como «el primer político realmente importante que se ha tomado la higiene racial como un serio componente de la política de Estado».

Para la segunda mitad de 1932, la producción industrial había disminuido hasta casi la mitad desde 1929. La cifra oficial de parados era de unos seis millones, mientras que la real podía acercarse a casi los nueve millones, es decir, prácticamente la mitad de la mano de obra. En las elecciones del 31 de julio, Hitler obtuvo el 37,4 % de los votos, doscientos treinta escaños. El NSDAP era el mayor partido del Reichstag, pero el presidente Hindenburg se negó en redondo a nombrar canciller al «cabo bohemio», y Hitler no estaba dispuesto a aceptar apoyar ni a formar parte de ningún gobierno que no fuera el suyo. Hindenburg y el canciller centrista Franz von Papen acordaron seguir con un «gabinete de lucha», disolver el Reichstag alegando un estado de emergencia nacional y aplazar indefinidamente unas nuevas elecciones hasta conseguir una forma de reducir los poderes de la cámara y acabar con el régimen de partidos. Pero los nazis se le adelantaron y, sorprendentemente, apoyaron una propuesta de los comunistas para vetar al Gobierno. Después del fiasco, Von Papen y Hindenburg decidieron que no era el mejor momento para experimentos. El 6 de noviembre se celebraron nuevas elecciones, pero los votantes (e incluso el propio Hitler) ya estaban cansados. El número de votos fue el más bajo desde 1928, y su porcentaje descendió al 33,1 %, pasando de 230 a 196 escaños en el Reichstag, algo que se atribuyó al hecho de que Hitler hubiera rechazado incorporarse al Gobierno, lo que había alejado a los votantes de un partido cuyo líder no parecía saber lo que quería ni tenía ningún programa para acabar con la crisis.

La situación seguía igual, porque los únicos partidos que podían apoyar al Gobierno (los nacionalistas conservadores del DNVP y los liberales del DVP) contaban sólo con el 10 % de los votos, y una coalición entre socialdemócratas y centristas no bastaría por sí sola para tener una mayoría absoluta en el Reichstag. El 17 de noviembre, todos los miembros del gabinete de Von Papen dimitieron.

Nuevamente, Hindenburg le comunicó a Hitler su negativa a nombrarlo canciller.

El viejo militar, curtido en mil batallas, temía que «un gabinete presidencial dirigido por usted desembocaría inevitablemente en una dictadura de partido con todas sus consecuencias de acentuación extraordinaria de los conflictos en el pueblo alemán». Sin embargo, la mayoría de los alemanes de buena posición e incluso una minoría considerable de la clase obrera, ante la dura elección entre nacionalsocialismo y comunismo, entre las SA y la Liga de Luchadores del Frente Rojo que distaban poco en número y en el ejercicio de la violencia callejera, preferían a los nazis. Había mucho miedo a los comunistas, que proclamaban revoluciones, eliminaban la propiedad privada, imponían una dictadura de clase y gobernaban de acuerdo a las directrices de Moscú. Obviamente, quienes más preocupados se mostraban eran los grandes empresarios y financieros o los poderosos terratenientes, que eran quienes más podían perder. Temían al bolchevismo y confiaban en que si los nacionalsocialistas (liderados por un dirigente que formara un gobierno que se mantuviera mucho tiempo en el cargo) alcanzaban el poder, proporcionarían un clima político estable que permitiría la recuperación de la economía. Lo mismo se pensaba en el *Reichswehr*, que se veía incapaz de controlar una posible guerra civil entre comunistas y nazis, y mucho menos un ataque de los polacos que podían aprovechar el caos para invadir el país.

Finalmente, Hindenburg cedió a la propuesta de Von Papen y la mañana del lunes 30 de enero de 1933 aceptó nombrar a Hitler canciller de un gobierno de coalición, con Von Papen como vicecanciller, ocho ministros pertenecientes a la derecha conservadora del DNVP (Partido Nacional del Pueblo Alemán), y tan sólo otros dos nazis en el gabinete (Wilhelm Frick como ministro de Interior y Hermann Göring como ministro del Interior de Prusia). Se creía de esta forma poder domesticar a Hitler; de hecho, cuando alguien le reprochó que habían entregado el poder a un fanático sin un verdadero programa político, Von Papen se defendió diciendo que, realmente, lo que habían hecho era contratarlo. Sin embargo, su antiguo compañero de armas, Ludendorff, temiéndose lo peor, pues conocía bien a Hitler de los días del *Putsch* telegrafió a Hindenburg: «Yo profetizo solemnemente que este hombre maldito precipitará nuestro Reich en el abismo y hundirá nuestra nación en una miseria inconcebible. Las generaciones futuras os maldecirán en vuestra tumba por lo que habéis hecho».

EL REICHSTAG EN LLAMAS

La noche del 27 de febrero, el gigantesco edificio del Reichstag fue pasto de las llamas. Se culpó del incendio a un vagabundo holandés de veintitrés años llamado Marinus von der Lubbe que fue detenido en las inmediaciones, casualmente, con un carnet del partido comunista holandés en el bolsillo. Ya aquella misma noche Hitler, clavando la mirada en las llamas, profirió terribles amenazas contra los comunistas y, rodeado por los expectantes periodistas, prometió un juicio sensacional donde se

desenmascararía a los comunistas del mundo entero: «¡Este fuego es una señal divina! ¡Si este incendio es, tal como creo, obra de los comunistas, entonces debemos aplastar a esa plaga asesina con puño de hierro!». Todo ello antes de que se tomara declaración al sospechoso, que no tenía ninguna conexión con los comunistas alemanes y que había abandonado las filas del partido holandés hacía dos años. A día de hoy, todavía no está claro si detrás del incendio del Reichstag hubo algún tipo de conspiración. Sin embargo, resulta muy significativo que durante la comida ofrecida por el Cuartel General con motivo del cumpleaños del *Führer*, el 20 de abril de 1942, cuando se debatió sobre el valor artístico del edificio, Göring dijera entre grandes risotadas: «El único que realmente sabe sobre el edificio del Reichstag soy yo, porque fui yo el que lo incendió». Así lo contó William L. Shirer en su *The Rise and Fall of the Third Reich* (1960), citando como fuente al general Franz Halder, presente en la reunión, aunque pudo tratarse de una bravuconada más del excéntrico morfinómano llamado a suceder a Hitler, que posteriormente negó toda responsabilidad durante su juicio en Núremberg antes de suicidarse. Lubbe fue juzgado y ejecutado el 10 de enero de 1934. Hasta el último momento sostuvo que había actuado en solitario como forma de protesta frente a la represión que sufrían los trabajadores alemanes, aunque su salud mental siempre fue puesta en entredicho y su testimonio, por lo tanto, carece de todo el valor que desearía el historiador.

Posiblemente, nunca sabremos la verdad de lo ocurrido aquella noche. Lo que sí está claro es que Hitler supo sacar provecho del incidente. Al día siguiente, con la excusa de proteger al Reich de los incendiarios y terroristas comunistas hizo firmar al presidente un decreto de emergencia «Para la Protección del Pueblo y del Estado», que suspendía indefinidamente las libertades personales proclamadas en la Constitución (incluidas la libertad de expresión, de asociación y de prensa, y la inviolabilidad de las comunicaciones postales y telefónicas). La noche anterior, Göring ya había empezado a detener a diputados y funcionarios comunistas, pero también a socialdemócratas, sindicalistas e intelectuales de izquierdas. Para abril, el número de los que se hallaban en «custodia para protección» sólo en Prusia eran unos veinticinco mil, encerrados en prisiones improvisadas o en los sótanos de los cuarteles locales de las SA y las SS. El 22 de marzo, en las afueras de Dachau, a unos veinte kilómetros de Berlín, se instaló el primer campo de concentración. El periódico *Miesbacher Anzeiger*, en su editorial del 2 de marzo, daba la bienvenida al decreto afirmando que había alcanzado «por fin el centro de la enfermedad alemana, la úlcera que ha envenenado e infectado a lo largo de muchos años la sangre alemana, el bolchevismo, el enemigo mortal de Alemania».

ASALTO AL PODER

Hitler forzó a Hindenburg a autorizarle la disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones, que se celebraron el 5 de marzo en un clima de

intimidación y violencia por parte de las SA. Pese a todo, el NSDAP no obtuvo la mayoría absoluta, tan sólo un 43,9 % de los votos, mientras que sus socios de coalición del DNVP consiguieron un 8 %. A pesar de la campaña de desprestigio y de que los líderes comunistas ya estaban detenidos o habían huido, el KPD obtuvo un sorprendente 12,3 % y los socialdemócratas el 18,3 %. Hitler, por lo tanto, no contaba con los suficientes escaños en el Reichstag como para aprobar una Ley de Habilitación que transfiriera todo el poder al canciller y su Gobierno durante cuatro años, una ley de plenos poderes por la que el Gobierno pudiera aprobar leyes sin contar con el Reichstag y aunque fueran en contra de la Constitución, porque precisaba el visto bueno de al menos dos tercios.

La votación tuvo lugar el 23 de abril, en la Kroll Oper de Berlín, donde habían pasado a celebrarse las reuniones del Reichstag, en una sala presidida por una gigantesca y amenazadora esvástica. Hombres armados montaban guardia en todas las salidas del edificio. Con la ausencia de los diputados del KPD y el voto en contra de tan sólo los noventa y cuatro socialdemócratas, la llamada Ley para Acabar con la Penuria del Pueblo y del Reich fue aprobada con 441 votos a favor, entrando en vigor al día siguiente. Alemania había sucumbido a la llamada «revolución legal» y el Reichstag había votado su suicidio como órgano democrático. El camino estaba libre de obstáculos para que Hitler implantara una dictadura personal. Llevados unos por un sentimiento de inutilidad y de miedo otros, los partidos alemanes se disolvieron. El 14 de julio se promulgó la Ley contra la Reconstrucción de los Partidos Políticos, por lo que el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores quedó como único partido.

LA NOCHE DE LOS CUCHILLOS LARGOS

Para junio de 1934, las SA contaban con cerca de cuatro millones de hombres y se habían convertido en un gigante difícil de controlar. A finales de 1930, Hitler había convencido a Röhm para volver de Bolivia y ponerse al frente de la organización confiando en que su prestigio conseguiría acabar con su indisciplina. Pero Röhm era tan megalomaniaco como Hitler, y lo que hizo fue enfrascarse en una ambiciosa campaña de reclutamiento cuyo resultado fue el enorme número de militantes con que llegaron a contar las SA. Röhm anhelaba una sociedad dirigida por los trabajadores y convertir a su organización en el futuro ejército del pueblo al estilo napoleónico, lo que no era visto con buenos ojos ni por los generales ni por los hombres de negocios cuyo apoyo necesitaba el nuevo régimen. Hitler pensaba que las SA estaban demasiado interesadas en el elemento socialista del nacionalsocialismo. Además, Göring y Himmler odiaban a Röhm por su abierta homosexualidad y su organización de escandalosas orgías, y deseaban subordinar las SA a las SS. A pesar de que nunca habían considerado tal posibilidad, comenzaron a hacer correr rumores acerca de que planeaban dar un golpe de Estado. El 30 de junio, una fecha que pasó a

la historia como la Noche de los Cuchillos Largos, setecientos cincuenta hombres de las SS, utilizando armas y transportes proporcionados por el *Reichswehr,* ejecutaron a Röhm y a todos los jefes de las SA, extendiendo además la matanza a adversarios políticos y enemigos personales del *Führer*. Se calcula que perdieron la vida unas cuatrocientas personas. Algunos SA, creyendo ser víctimas de un golpe de Estado comunista o de un *Putsch* militar cayeron bajo las balas gritando: «¡Heil Hitler!». Para 1935, el número de hombres de las SA había disminuido en un 60 % después de que los mejores abandonaran la organización para unirse al *Reichswehr,* degenerando hasta convertirse en poco más que una asociación de excombatientes aficionados a la cerveza y quedando su papel limitado al de figurantes en los fastos del partido. En cambio, desde esa fecha, y como agradecimiento a sus grandes servicios, las SS comenzaron a crecer y a acumular poderes hasta convertirse en un verdadero Estado dentro del Estado. Ningún aspecto de la vida de la nación quedó inmune a su interferencia. La Orden Negra de Himmler no sólo se haría cargo de la Policía y los campos de concentración, sino que extendió sus funestos tentáculos a la ciencia, la agricultura, la sanidad y la industria. Su rama militar, las *Waffen-SS,* avanzó por toda Europa al lado del Ejército regular para librar alguno de los más feroces combates de la Segunda Guerra Mundial, conciliando los notables éxitos obtenidos en el campo de batalla con las indudables atrocidades que algunas de sus unidades, integradas en los temibles *Einsatzgruppen,* cometieron tanto contra soldados como contra civiles.

Hitler se hizo responsable de todo lo ocurrido, y en un discurso ante el Reichstag el 13 de julio, dando nuevas muestras de su visión biomédica del Estado, dijo: «Di la orden de ejecutar a los que eran culpables de esta traición y di luego orden de cauterizar, hasta la carne viva, las úlceras de nuestro pozo de veneno interior y del veneno que venía de fuera».

El viejo Hindenburg murió el 2 de agosto. Menos de una hora después de haberse radiado la noticia de su fallecimiento se hizo otro anuncio: Hitler había reunido a su Gobierno y le había hecho firmar una ley por la que el cargo de canciller llevaría anejo el de presidente del Reich, es decir, jefe del Estado y comandante en jefe supremo de las Fuerzas Armadas; una ley que habría de confirmarse por plebiscito del pueblo alemán, que se convocó para el día 19. Ese mismo día, el Ejército le juró lealtad. El 19 de agosto de 1934, casi el 90 % de los votantes dieron su aprobación a Hitler. En dieciocho meses había dominado la maquinaria estatal, suprimido la oposición, afirmado su autoridad sobre el partido y las SA y asegurado para sí mismo las prerrogativas de jefe de Estado y comandante del Ejército. El «cabo bohemio» se había convertido en dictador.

ECONOMÍA DE GUERRA

Cuando Hitler asumió las tareas de un país con seis millones de desempleados prometió «trabajo, trabajo y trabajo». Gracias a un espectacular programa de

construcción de obras públicas, a su política de rearme y a la reinstauración del servicio militar obligatorio, para 1939 ya se había conseguido el pleno empleo, pero a costa de un desenfrenado endeudamiento llevado a cabo mediante todo tipo de manipulaciones financieras hasta el punto de que el resultado final no podía ser otro que la bancarrota o la conquista de espacio vital que sirviera para eliminar la carencia de recursos monetarios y de materias primas. De hecho, no hubo ningún período en la economía del Tercer Reich que no estuviera encaminado directamente para la guerra, y ya en 1936, Hitler dio instrucciones a Göring para que en cuatro años el Ejército (que pasó a llamarse *Wehrmacht*) estuviera listo para una moderna guerra motorizada. Una vez conseguido el pleno empleo y eliminado el malestar social, con la propaganda de Goebbels presentando al *Führer* como el clarividente planificador de la recuperación de Alemania, la mayoría de los alemanes se convencieron de los aspectos positivos de su política y de las ventajas del Estado Nacionalsocialista. El culto al *Führer*, el «caudillo de la Nueva Alemania», encarnación viviente de la unidad nacional, ya estaba plenamente consolidado y sus decisiones eran indiscutibles. Había llegado el momento de poner en marcha su delirante proyecto político. Un proyecto que su lugarteniente Rudolf Hess llamó, llana y simplemente, «biología aplicada». La frase no era suya. Había sido utilizada en 1931 por Lenz para presentar la tercera edición de su clásico manual de higiene racial, y él, a su vez, tampoco había sido demasiado original: la había tomado de Haeckel.



Para 1935, la propaganda nazi había conseguido convertir a Hitler en el líder mesiánico enviado por el destino para rescatar a Alemania.

Capítulo 6
Los médicos de Hitler

Aunque pueda resultar muy chocante, lo cierto es que los médicos alemanes fueron un colectivo que acogió con entusiasmo las propuestas nazis, incluso mucho antes de que Hitler llegara al poder. De hecho, se unieron al partido antes y en mayor número que ningún otro grupo profesional. Ya en 1929, durante el congreso del partido en Núremberg, un grupo de cuarenta y cuatro médicos fundó la *Nationalsozialistischer Deutscher Ärztebund* (NSDÄB) o Liga Nacionalsocialista de Médicos Alemanes con el objetivo de coordinar su política y «purificar la comunidad médica alemana de la influencia del bolchevismo judío», requiriendo para aceptar a un médico entre sus filas que este se afiliara al NSDAP. Como presidente fue elegido el cirujano y ginecólogo Ludwig Liebl, de vicepresidente, el psiquiatra Theo Lang y como tesorero, el médico general Gerhard Wagner.

La Liga tenía entre sus principales objetivos la promoción del conocimiento de la eugenesia y «proporcionar al partido nazi y al futuro líder de la nación expertos en todas las áreas de salud pública y biología racial». En el primer número de su revista, *Ziel und Weg (Meta y camino)*, aparecido en 1931, se reconocían el alma y la raza alemanas, se criticaba la burocratización de la medicina y se definían como «las tropas de asalto de la profesión médica alemana». A comienzos de 1933 contaba con dos mil ochocientos miembros, un 6 % del total del colectivo, mientras que tan sólo un 2,3 % de los ingenieros y un 1 % de los jueces habían pasado a engrosar las filas del NSDAP. Para octubre eran once mil, y para 1934, el número de solicitudes para ingresar en la Liga era tan grande que desde *Ziel und Weg* se pidió que no se enviaran más hasta que todas las pendientes fueran procesadas. Se estima que, finalmente, el 45 % de los médicos llegó a pertenecer al partido. El 26 % de los hombres formaba parte de las SA (comparado, por ejemplo, con el 11 % de todos los profesores de colegio) y más del 7 % eran miembros de las SS (tan sólo lo era el 1 % de la población masculina en edad laboral). Para 1942, la Liga contaba con cuarenta mil afiliados, y con seis mil más al año siguiente. Si había unos noventa mil médicos activos en Alemania entre los años 1931 y 1945, esta cifra representaba más de la mitad del colectivo.

CRISIS Y ANTISEMITISMO

Durante los años de Weimar, los médicos también habían sufrido las consecuencias de la crisis. En 1922 las cajas empezaron a retrasarse en el pago de sus honorarios mientras insistían en que, de no abaratarse costes, el sistema estaba abocado a la quiebra. En mayo de 1926 la *Hartmannbund* hizo público que de los 28.784 médicos que trabajaban para el sistema de seguros, el 42 % ganaban menos de

dos mil *Reichsmarks* anuales, el 28 % ganaban entre dos mil y seis mil, y poco más del 10 % ingresaban más de doce mil *Reichsmarks*. Según los honorarios de ese año, significaba que casi la mitad de los médicos estaban ganando tan sólo un poco más que la media de los obreros de las fábricas. En 1929, el 48 % ganaban menos de lo mínimo necesario para sobrevivir, y el colapso económico de 1929-32 no hizo sino empeorar la situación, pues, al caer en picado el número de asegurados, afectó a los médicos igual que al resto de los trabajadores. En 1932 sólo un 10 % de todos ellos ganaba más de quince mil *Reichsmarks* anuales, y para 1932, el porcentaje de los que trabajaban simplemente para subsistir había saltado al 72 %. En el *Neuste Züricher Nachrichten* del 13 de marzo de 1934, Carl Jung habló de la miseria sin límites de los médicos alemanes durante los duros años de la depresión, y se estima que un 10 % de ellos llegó a pasar hambre. Mientras, en su actividad diaria, veían con indignación cómo el Estado mantenía con un dinero público que a ellos les era escatimado a los improductivos, a los degenerados, a las vidas indignas de ser vividas.

Es decir, antes del ascenso del nazismo, un colectivo que tradicionalmente había gozado de un alto estatus estaba pasando por serias dificultades no sólo económicas sino, como ya hemos dicho, profesionales, pues sentían que el sistema de las cajas de seguros les coartaba su libertad en aras de su propio beneficio, y culpaban de su situación a los socialdemócratas del Gobierno, pero también a los judíos, lo que los acercó a las posiciones nazis.

Una de las ocupaciones clásicas de los judíos desde la Edad Media era la medicina, en parte porque era de las pocas profesiones que se les permitía ejercer, ya que antes de su emancipación en el siglo XIX no podían poseer tierras ni ocupar cargos públicos, por ejemplo. Para finales de ese siglo constituían el 16 % de este colectivo, a pesar de ser tan sólo un 1 % de la población. En Berlín, un tercio de todos los médicos era judío. En 1933, más de la mitad lo eran, como lo era el 13 % de los cincuenta mil médicos alemanes. Muchos habían llegado al país huyendo de los pogromos zaristas o de la Revolución bolchevique, y en el clima democrático de la República de Weimar habían conseguido trabajo en las universidades o en instituciones dependientes del Estado. Participaban activamente en las políticas sociales y la mayoría de los dirigentes de la Asociación de Médicos Socialistas profesaba esta religión. Además, jugaron un importante papel en la administración de las compañías de seguros a las que los médicos culpaban de la proletarización de su profesión y que los nazis identificarían más tarde con el capitalismo judeobolchevique. Por otra parte, no sólo los médicos con trabajo se quejaban de su situación. El número de licenciados que salían de las facultades de Medicina había aumentado espectacularmente desde finales del siglo XIX (entre 1897-1898, por ejemplo, el número de médicos alemanes creció más de un 52 %, aunque la población creció tan sólo un 14 %), pues el sistema de seguros de Bismarck parecía ofrecer buenas perspectivas de trabajo para muchos jóvenes. De los 13.728 médicos con que contaba el Reich en 1876 se pasó a los 27.374 de 1900. Para 1927 ya se decía que

Alemania, con cuarenta y cinco mil médicos, tenía cinco mil más de los que necesitaba, a pesar de lo cual, las facultades, basándose en sus principios democráticos, seguían admitiendo más y más estudiantes. Enfrentados a una dura competencia, fueron muchos los médicos sin trabajo que durante los años de Weimar exigieron despedir a sus colegas judíos para contratar médicos alemanes, mientras que quienes lo tenían los acusaban de explotarlos para enriquecerse por medio de las compañías con el beneplácito de los socialdemócratas del Gobierno, considerados por muchos los criminales de noviembre al servicio del Gobierno judío en la sombra.

EL CADUCEO Y LA ESVÁSTICA

En estas circunstancias, los nazis intensificaron sus esfuerzos de captación de este colectivo, diciéndoles que no habría ninguna profesión tan necesaria como la del médico para asegurar la grandeza y el futuro de la nación. Sus proclamas eugenésicas y de higiene racial no les resultaban ajenas, pues, como hemos visto, la mayoría de los líderes de este movimiento lo eran y, además, muchos cursos de esta materia (veintiséis durante el curso 1932-1933) eran impartidos en las facultades de Medicina. En una reunión con la NSDÄB, Hitler dijo que podría llevar a cabo su política, de ser necesario, sin ingenieros, abogados o arquitectos, pero que «sin vosotros, médicos nacionalsocialistas, no podría hacerlo ni durante un solo día, ni tan siquiera durante una hora. Si me falláis vosotros, todo está perdido. ¿De qué servirían nuestros esfuerzos si la salud de nuestro pueblo está en peligro?». Sólo ellos, con sus valiosos conocimientos, eran capaces de llevar a la práctica una política que salvaría a la nación de la degeneración y devolvería la salud al *Volk*. Se les ofrecía la posibilidad de recuperar el prestigio perdido, de escapar de practicar una medicina cada vez más devaluada y peor pagada, de volver a convertirse en guardianes de la salud al cargo de una misión realmente importante, de expulsar de la profesión a los judíos que copaban los puestos de trabajo y los explotaban por medio de las compañías con el beneplácito de los socialdemócratas. Los nazis devolverían el honor y la dignidad a su profesión y reconocerían a la medicina no como una actividad mercantil, sino como una auténtica vocación. En diciembre de 1933, el *Deutsches Ärzteblatt*, la publicación médica de mayor difusión, describía el futuro de la profesión bajo los nazis con las siguientes palabras: «Nunca antes se le ha encomendado a la comunidad médica alemana una tarea tan importante como la prevista por el ideal nacionalsocialista». Los nazis necesitaban a los médicos para poder configurar su ideal de sociedad y estos se sentían orgullosos de poner sus conocimientos al servicio del partido y de la ideología que lo sustentaba.

El 21 de marzo de 1933 tuvo lugar una reunión entre los líderes de la NSDÄB y los de las dos principales asociaciones de médicos del país, la Asociación Médica Alemana y la *Hartmannbund*. Ese mismo día, el doctor Alfons Stauder, en nombre de ellas, le envió un telegrama a Hitler donde le confirmaba el apoyo incondicional de la

profesión al nuevo régimen.

Wagner fue nombrado *Führer* de los médicos alemanes *(Reich-särzteführer)*, siendo reconocido el 24 de marzo como líder también de las otras dos asociaciones y del Colegio de Médicos del Reich. En la portada del número de ese mes de *Ziel und Weg* podía leerse: «¡Tenemos el mando!». En el país de Fausto, los médicos vendieron su alma al diablo, con el «cabo bohemio» asumiendo el papel del seductor Mefisto. Y como en la leyenda, la firma del pacto exigió sangre humana y abrió las puertas de las tinieblas…

LA PURGA DE LOS MÉDICOS JUDÍOS

El 7 de abril de 1933, el Gobierno aprobó la llamada Ley para la Restauración de la Administración Pública Profesional, que prohibía a aquellos con ancestros no alemanes (en la práctica, los judíos) y a quienes no compartían la ideología del régimen (comunistas y socialistas) trabajar en esos servicios, lo que incluía las universidades. El 22 de abril se amplió a quienes trabajaran para los seguros médicos, lo que significó la expulsión de los médicos judíos, que se refugiaron en la práctica privada. Sin embargo, al quedar privados de su ciudadanía por la segunda Ley de Núremberg, promulgada el 15 de septiembre de 1935, cada vez tuvieron más difícil seguir desempeñando su trabajo. Finalmente, el 25 de julio de 1938, la Cuarta Ordenanza de la Ley de Ciudadanía exigió que para el 30 de septiembre, todas las licencias de los médicos judíos fueran revocadas, permitiéndoseles únicamente tratar a otros judíos, y sólo con un permiso especial. Para finales de ese año, seis mil médicos judíos habían salido del país o desaparecido, quedando tan sólo tres mil, a los que se permitió vivir en Alemania, pero sujetos a la *Berufsverbote* (la prohibición de ejercer su profesión). Los puestos de trabajo que dejaron vacantes fueron ocupados por jóvenes médicos gentiles sin empleo, lo que explicaría que este colectivo permitiera la expulsión de los judíos de su profesión y que se mostraran tan receptivos a apoyar al nuevo régimen. Además, los nazis reformaron el sistema de las *Krankenkassen,* hasta entonces controladas por los trabajadores, que consideraban un bastión de la socialdemocracia en manos de marxistas y judíos. En julio de 1934 se abolió el sistema de autogestión de estas entidades y, siguiendo el principio del *Führer,* se designó a una única persona nombrada por un oficial del Reich para sustituir a los comités ejecutivos dominados por los trabajadores. Esta persona, un miembro leal del partido (generalmente, un «viejo luchador»), era aconsejado por un comité constituido por un número igual de trabajadores y empresarios, así como por médicos y representantes de las autoridades locales. Por otra parte, cerraron los ambulatorios creados por las compañías, símbolos de la burocratización que había intentado socializar a la clase médica, que fueron reconvertidos en oficinas del partido. Finalmente, la Ordenanza de los Médicos del Reich, promulgada el 13 de diciembre de 1935, disolvió la Asociación Médica Alemana y la *Hartmannbund,*

integrándolas en la Asociación de Médicos Alemanes del Seguro Médico, subordinada a la Liga Nacionalsocialista de Médicos Alemanes, obligando a las compañías a negociar con una organización única poseedora de un monopolio legal sobre los servicios médicos y respaldada además por el Gobierno. El resultado final, tras la *Berufsverbote* de los judíos, la reorganización del sistema sanitario y la consecución del pleno empleo, fue un aumento de los honorarios médicos, que pasaron de una media de 9.280 *Reichsmarks* en 1933 a los 14.940 de 1938. A cambio, se les encomendó promocionar la pureza racial, como quedó expuesto en la Ley para la Regulación de los Médicos Alemanes de 1937, donde se les encargaba fomentar la procreación y evitar los métodos anticonceptivos y los abortos entre la población aria, al mismo tiempo que se les animaba a impedir la reproducción de los no aptos. Ello implicaba algunos cambios fundamentales en su ética, por lo que en esta misma ley se les disculpaba de la obligación de mantener la confidencialidad sobre los datos médicos de sus pacientes «en el cumplimiento de una obligación legítima y moral por el interés de cualquier objetivo que sea socialmente deseable o si la consideración principal es una amenaza al bienestar público». En esencia, los nazis redefinieron el papel de los médicos, que se apartaron de su objetivo principal de curar a los enfermos para convertirse en parte del aparato político del Estado.

LA LEY DE ESTERILIZACIÓN

El viejo sueño de los eugenistas alemanes estaba a punto de cumplirse, superando con creces a sus envidiados colegas norteamericanos. En 1933, el ministro de Propaganda Joseph Goebbels pidió que todos los médicos fueran educados «en el pensamiento eugenésico». Ese año, Lenz era el único profesor de Higiene Racial, pero tres años más tarde ya se habían creado cátedras en Berlín, Bonn, Colonia, Frankfurt, Giessen, Hamburgo, Heidelberg, Jena, Königsberg, Múnich y Würzburg, y la ciencia racial se enseñaba en todas las demás facultades de Medicina alemanas, a veces como rama de la antropología (como hacía Fischer en Berlín) o de la psiquiatría (como en las clases de Rüdin en Múnich), y los estudiantes tenían que examinarse de esta materia para obtener su título y poder trabajar. En 1937, Verschuer pudo decir con orgullo que la Higiene Racial se había convertido en «una más de las asignaturas de los estudiantes de Medicina», que podían ampliar sus conocimientos en el instituto de Fischer en Berlín, en el de Rüdin en Múnich o en alguno de los muchos institutos de Higiene Racial universitarios. Para Verschuer, todo médico debía ser un higienista racial.

El 2 de junio de 1933, el ministro de Interior del Reich, Wilhelm Frick, anunció la formación de un Comité de Expertos sobre Cuestiones de Población y Política Racial compuesto por los más destacados eugenistas e higienistas raciales, como Ploetz, Lenz, Günther y Rüdin, que presidió Arthur Gütt, el médico y *SS-Brigadeführer* al cargo de los asuntos de Salud Pública del Reich. Frick advirtió que el número de

genéticamente enfermos estaba alcanzando unas proporciones realmente alarmantes. Estimaba que podían ser unos quinientos mil, «aunque algunos expertos consideran que la cifra real sería tan alta como el 20 % de la población». Tomando como referente la experiencia californiana y como modelo la ley de Laughlin, elaboraron la llamada Ley para la Prevención de la Descendencia Genéticamente Enferma, que entró en vigor el 1 de enero de 1934. Poco después, la editorial de Lehmann publicó una monografía que pretendía justificarla, firmada por Rüdin, Gütt y el abogado Falk Ruttke. Según la también llamada Ley de Esterilización, un individuo podía ser esterilizado si sufría de una severa enfermedad genética como la debilidad mental hereditaria (un término muy, pero que muy ambiguo), la esquizofrenia, la psicosis maniaco-depresiva, la epilepsia hereditaria, la corea de Huntington, la ceguera y la sordera hereditarias, las malformaciones congénitas y el alcoholismo severo. Lenz llegó a aconsejar que se debería esterilizar también a todo aquel que mostrase el más leve signo de enfermedad mental, aunque reconoció que la aplicación radical de esta medida supondría esterilizar nada más y nada menos que a ¡unos veinte millones de personas!

Las instituciones sanitarias, las escuelas especiales, las casas de acogida, las prisiones, los médicos y los tutores de estas personas tenían la obligación de notificar estos casos para su examen al correspondiente Tribunal de Salud Hereditaria *(Erbgesundheitsgerichte)* de los 181 que se establecieron por toda Alemania, cada uno de ellos compuesto por un jurista y dos médicos, uno de ellos un funcionario de salud y el otro un especialista en genética y herencia. Si se demostraba que su dolencia estaba dentro de las contempladas por la ley, se llevaba a cabo su esterilización. El examen para valorar a aquellas personas sospechosas de ser débiles mentales contemplaba la realización de test psicológicos de dudoso valor, usando el coeficiente intelectual de Wilhelm Stern, pero también la inspección de estigmas de degeneración como la forma de las orejas. Incluso la ideología política contaba a la hora de establecer un diagnóstico. En una directiva, Martin Bormann, secretario personal del *Führer*, recomendó que cualquiera que pensara de forma contraria a los nazis debía ser considerado un débil mental y, por lo tanto, esterilizado.

Los higienistas raciales comentaron a la prensa internacional que el coste del programa de esterilización sería de unos catorce millones de *Reichsmarks*, una cantidad insignificante comparada con los mil millones que costaba al Estado la «descendencia genéticamente enferma». Evitar que quienes tuvieran este tipo de enfermedades las transmitieran a sus hijos supondría el ahorro de miles de millones de *Reichsmarks* en las siguientes décadas. Para concienciar a la opinión pública de la necesidad de la ley, Goebbels, el todopoderoso ministro de Propaganda, utilizó libros educativos, programas de radio, panfletos y películas como *Erbkrank (Los genéticamente enfermos)*, donde se decía que «un pueblo que construye palacios para los hijos de los borrachos, criminales e idiotas, y que al mismo tiempo permite que sus trabajadores y granjeros vivan en miserables cuevas, está en camino hacia una

rápida autodestrucción». A continuación se presentaban imágenes de deficientes mentales, como «cuatro hermanos débiles mentales» que «durante más de ocho años de institucionalización le han costado al Estado 153.000 *Reichsmarks*». Un subtítulo proclamaba que «muchos idiotas son peores que los animales». La película concluía alegando que «la prevención de las enfermedades hereditarias es una obligación moral» pues implica «el mayor respeto por las leyes naturales dictadas por Dios». En el popular libro de texto editado por Adolf Dorner, *Matemáticas al servicio de la educación política nacional*, se pedía a los estudiantes que calcularan los costes de mantener a estos enfermos a expensas de los sanos: «La construcción de un asilo para enfermos mentales cuesta seis millones de *Reichsmarks*. ¿Cuántas casas familiares a un coste de quince mil *Reichsmarks* pueden construirse con el dinero gastado en uno de estos asilos?».



En esta ilustración de apoyo a la Ley de Esterilización podía leerse: «Una persona aquejada de defectos hereditarios cuesta a la comunidad sesenta mil *Reichsmarks* durante su vida. ¡Alemán, ese es tu dinero!».

Durante el primer año fueron esterilizadas más de cincuenta mil personas. Los

eugenistas norteamericanos recibieron con entusiasmo la iniciativa de los nazis. En una nota enviada a varios periódicos, Leon F. Whitney, secretario de la AES, dijo que con la política de esterilización, «Hitler había demostrado su gran valor y su calidad como hombre de Estado». Uno de sus miembros llegó a sugerir que debería nombrarse a Hitler socio honorario. En 1934, *Eugenic News* decía que «corresponde a Alemania liderar a las naciones del mundo en el reconocimiento de las bases biológicas del carácter nacional. Es probable que los estatutos de varios estados norteamericanos y la ley alemana de esterilización marquen, dentro de la historia de las leyes, un hito que señalará el control por parte de las naciones más avanzadas del mundo de un aspecto fundamental en el control de la reproducción humana». En la misma publicación, Laughlin alababa la ley alemana y concluía: «Sin duda, la experiencia de los veintisiete estados norteamericanos ha inspirado la redacción de su nueva ley de esterilización. Para alguien versado en la historia de la esterilización eugenésica en América, el texto de la ley alemana copia casi textualmente nuestra ley modelo». Como reconocimiento, la Facultad de Medicina de Heidelberg lo nombró doctor honoris causa en 1936. Laughlin se hizo con una copia en inglés de *Erbkrank*, y consiguió fondos de la Carnegie Institution y de la Pioneer Fund del millonario Wickliffe Draper para distribuirla en Estados Unidos, ya que, en su opinión, reflejaba con fidelidad la política alemana de «prevenir tan a largo plazo como sea posible la degeneración hereditaria». La Eugenics Record Office envió propaganda a los profesores de Biología de tres mil institutos, siendo exhibida en veintiocho ocasiones entre el 15 de marzo de 1937 y el 10 de diciembre de 1938. Aunque Laughlin nunca vio plasmado su deseo de una distribución nacional, la propaganda nazi dijo que *Erbkrank* había sido un éxito en Estados Unidos, y que había recibido una excepcional acogida entre sus eugenistas.

La intervención se llevaba a cabo en clínicas de pacientes mentales o discapacitados. En el caso de los hombres se practicaba una vasectomía y en el caso de las mujeres, una ligadura de trompas. La esterilización de los hombres era algo relativamente sencillo, que se realizaba en cinco o diez minutos simplemente con anestesia local, pero la de las mujeres requería entre ocho y quince días de hospitalización.

Alrededor de la ley se desarrolló toda una industria, que hizo ganar mucho dinero a los laboratorios proveedores de material médico-quirúrgico e impulsar la investigación de nuevas técnicas (no exentas de riesgos), más rápidas y que redujeran los días de hospitalización en el caso de las mujeres. Una de ellas fue un método especialmente doloroso, consistente en provocar la inflamación y posterior obstrucción de las trompas mediante inyecciones intrauterinas de diferentes sustancias químicas, como el dióxido de carbono frío o el nitrato de plata. Se estima además que un 12 % de las esterilizaciones fueron llevadas a cabo mediante la más rápida técnica de la exposición a los rayos-X. En 1939, con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el número de esterilizaciones cayó en picado. Para

entonces, el número de personas esterilizadas legalmente podía llegar a las cuatrocientas mil. Si para todas las formas de esterilización la mortalidad se sitúa en torno al 1 %, podemos suponer que unas dos mil murieron en la mesa de operaciones. Probablemente, el motivo por el que el número de intervenciones disminuyó hasta prácticamente desaparecer tras el comienzo de la contienda fue que a partir de esa fecha, el Gobierno del Reich tenía otros planes para los defectuosos.

EL PROGRAMA DE EUTANASIA

A finales de 1934, Hitler había creado la Cancillería del *Führer* como el órgano encargado de mantenerle en contacto con las preocupaciones de su pueblo, nombrando responsable a Philipp Bouhler. En 1936 contaba con seis departamentos, siendo el más importante de ellos el Amt 2, dirigido por Viktor Brack, que se ocupaba de las llamadas «peticiones de gracia», donde podía acudir cualquier ciudadano del Reich que deseara solicitar algo a Hitler. Su sección IIb estaba dirigida por Hans Hefelmann, y tenía a su cargo atender las peticiones que tocaban temas delicados que afectaban a la competencia del Departamento de Salud del Ministerio de Interior.

En marzo de 1939 se recibió allí una carta cuando menos peculiar. La firmaba un tal Knauer, de Pomssen, cerca de Leipzig. Era un miembro del partido que tenía un hijo de nueve semanas que había nacido ciego, sin una pierna y parte de un brazo y que, además, padecía un retraso mental, por lo que solicitaba al *Führer* autorización para acabar con su vida por el bien de la raza. Hitler envió a su médico de escolta, Karl Brandt, a examinar personalmente al niño y, si su situación era la que se recogía en la carta, a autorizar a los médicos que trataban al niño a acabar con su vida.

Brandt era un cirujano que se había alistado en el partido nazi a los veintiocho años, en enero de 1932. Ese mismo año conoció personalmente a Hitler por mediación de su novia, Annie Rebhorn, campeona del mundo de natación, a la cual admiraba el *Führer*. Los dos jóvenes solían participar de las veladas íntimas en el Berghof y de los desplazamientos privados del nuevo jefe de Estado. El 10 de junio de 1933, durante uno de esos viajes desde Berchtesgaden a Berlín, uno de los Mercedes de la comitiva tuvo un accidente en el que resultó malherido el ayudante de campo de Hitler, William Brüchner. Brandt le intervino con éxito en el hospital de Traunstein, la ciudad más próxima, y en agradecimiento, Hitler lo nombró su médico de escolta, entrando a formar parte de su círculo íntimo. Al año siguiente ingresó en las SS, y el *Führer* comenzó a delegar en él algunas responsabilidades sanitarias. Gozando ya de su plena confianza, el 28 de julio de 1942 lo nombró plenipotenciario de los Servicios Médicos y de Salud del Reich, con la misión de coordinar los servicios médicos civiles de Leonardo Conti con los militares de Siegfried Handloser. En septiembre de ese año fue ascendido a comisario general para dichos asuntos y, finalmente, en agosto de 1944 se convirtió en el máximo responsable de los servicios sanitarios del Reich *(Reichskommissar)*.

Brandt examinó personalmente al hijo de Knauer y gestionó su traslado a la Clínica Infantil de la Universidad de Leipzig, donde su director, Werner Catel, le puso una inyección letal de barbitúricos. Una semana después, Brandt volvió a Berlín. La eutanasia (en griego, 'buena muerte') se había realizado sin problemas. Como parte de su política de ingeniería racial, Brandt recibió de Hitler la orden verbal de actuar del mismo modo en casos similares. En la lucha por la vida, no había lugar para los débiles ni para gastar recursos en bocas no productivas, en «vidas indignas de ser vividas»…



Karl Brandt, cirujano de escolta de Adolf Hitler, acabaría convirtiéndose en la máxima autoridad sanitaria del Tercer Reich.

Se decidió que la operación fuera llevada en estricto secreto, pues, evidentemente, no todos los padres estarían de acuerdo en sacrificar a sus hijos. Además, Hitler quería mantener, de momento, buenas relaciones con el Vaticano, relaciones que se verían gravemente afectadas si se supiera que el régimen estaba decidido a llevar a cabo una política totalmente contraria a la doctrina católica. Lógicamente, tampoco la comunidad internacional estaría dispuesta a consentir una política de «asesinatos administrativos». Ni los eugenistas norteamericanos se habían atrevido a llegar tan lejos en sus propuestas.

Por ello, en mayo se creó un supuesto Comité para el Tratamiento Científico de Enfermedades Severas Determinadas Genéticamente, compuesto por Brandt, Hefelmann, Herbert Linden (médico, consejero del ministro del Interior y responsable de los hospitales y asilos estatales), el oftalmólogo Hellmuth Unger, el psiquiatra Hans Heinze (director del asilo de Brandenburgo-Görden) y los pediatras

Ernst Wentzler y Catel, todos ellos defensores de la eutanasia. De hecho, Unger había escrito en 1936 una novela titulada *Sendung und Gewissen (Misión y consciencia)*, donde una mujer enferma de esclerosis múltiple pedía a su marido, médico, que la salvara de una vida indigna de ser vivida, a lo que este accedía inyectándole una dosis letal de morfina. Por iniciativa de Wagner, la novela fue llevada al cine con el título de *Ich klage an (Yo acuso)* y estrenada en 1941 en Berlín. Según la Gestapo, la película fue todo un éxito propagandístico a la hora de concienciar a la población de la obligación moral que tenía un médico de conceder una muerte compasiva a los enfermos terminales como forma de no prolongar su sufrimiento. Su director, Wolfang Liebeneier, reconoció abiertamente después de la guerra que la película se había realizado con la intención de preparar el terreno para la legalización oficial de la eutanasia, algo que, finalmente, nunca ocurrió.

El 18 de agosto, el Comité envió una circular secreta a los Gobiernos de cada estado para que instaran a los pediatras y matronas a notificar a las autoridades sanitarias el nacimiento de cualquier niño con deformidades o anomalías congénitas como idiocia o mongolismo, especialmente si asocia ceguera o sordera; microcefalia o hidrocefalia de naturaleza severa o progresiva; deformidades de cualquier tipo, especialmente ausencia de miembros; malformaciones de la cabeza o espina bífida; o deformidades invalidantes como la parálisis espástica, con la supuesta intención de investigar «ciertos aspectos científicos» relacionados con estas enfermedades. La circular también hacía saber la obligación de todo médico al cuidado de cualquier niño de hasta tres años que presentara los trastornos indicados de notificar estos casos a las autoridades sanitarias. El Ministerio de Salud se encargó de enviar a todos los médicos del Reich unos cuestionarios elaborados con este propósito que, una vez rellenados, eran remitidos a la oficina de Hefelmann que, a su vez, los enviaba a Catel, Heinze y Wentzler. Estos expertos nunca llegaban a ver a los niños, sino que basándose simplemente en los datos recogidos en los cuestionarios, decidían cuál de ellos debía ser eliminado. Para ello contaban con un documento que incluía, en su lateral izquierdo, los nombres de los tres expertos. A la derecha, bajo el eufemístico epígrafe «tratamiento» (es decir, el asesinato del niño), otras tres columnas. Si el primero consultado decidía «tratarlo», ponía una cruz en la columna de la izquierda. Si decidía que podía seguir con vida, ponía el signo «menos», y si no estaba seguro de la conducta a seguir, escribía en la columna de la derecha «temporalmente pospuesto», explicando los motivos de su decisión. A continuación, el mismo documento y el cuestionario eran pasados a otro de los médicos que, por lo tanto, ya conocía la opinión del primero y pocas veces le contrariaba. Más difícil, si no imposible, sería que el tercero no pensara lo mismo que sus otros dos colegas. Por ello, no resulta nada extraño que la unanimidad requerida para tratar a un niño fuera algo extraordinariamente corriente.

Una vez que se tomaba la decisión, se engañaba a los padres del niño diciéndoles que debía ser ingresado en un centro sanitario donde recibiría «el mejor y más

efectivo tratamiento disponible». Si mostraban algún tipo de duda, se les decía que este no podía posponerse más tiempo, que pensaran en primer lugar en la salud de su hijo, y que deberían estar agradecidos por las facilidades que se les estaban dando. Y si aun así continuaban oponiéndose a separarse de su hijo, se los amenazaba con retirarles la custodia. Los niños eran después trasladados a alguna de las salas habilitadas en veintiocho hospitales, entre los que se encontraban algunos de los más prestigiosos del país (Eglfing-Haar, Brandenburg-Görden, Hamburg Rothenburgsort, Uchtspringe y Meseritz-Obrawalde, entre otros), cuyos directores y más importantes médicos estaban al corriente de la operación y de acuerdo con cumplir con las directrices del Comité. Antes de ser asesinados, se los mantenía ingresados un tiempo para dar la impresión de que realmente se les estaba dando algún tipo de tratamiento, después de advertir a los padres de que sería necesaria una cirugía no exenta de riesgos o un novedoso tratamiento con posibles efectos secundarios. En estas salas también eran ingresados los niños cuyo tratamiento había sido temporalmente pospuesto para ser observados. Después de un tiempo, los expertos recibían información adicional de estos niños junto con los cuestionarios originales de cara a tomar una decisión definitiva. En la mayoría de los casos, su destino sería el mismo que el de los niños marcados con la cruz. Probablemente no todos sufrieran enfermedades incurables o discapacidades permanentes, sino simplemente problemas de aprendizaje o pequeñas minusvalías. Sus vidas serían truncadas por tres individuos que ni tan siquiera los habían explorado personalmente.

Generalmente, a los niños se les administraban tabletas de un barbitúrico llamado fenobarbital o de somníferos, disueltas en un líquido, como el té, que se les daba a beber por la mañana y por la noche durante dos o tres días. Las dosis acumuladas del fármaco hacían caer al niño primero en un sueño profundo y después en coma hasta que moría. A los niños que tenían dificultades para beber se les inyectaba. Alguno de ellos había desarrollado tolerancia, ya que habían sido tratados antes con este medicamento, muy utilizado para tratar, por ejemplo, la epilepsia. En estos casos eran asesinados mediante una inyección de morfina y escopolamina. En algunos centros como el hospital para enfermos mentales de Eglfing-Haar, en Múnich, simplemente se les dejaba morir de hambre, pues su director, el psiquiatra Hermann Pfannmüller, creía que este método llamaba menos la atención de la prensa internacional y de «los caballeros de Suiza» (la Cruz Roja). Así lo contó durante su testimonio en Núremberg Ludwig Lehner, un profesor de escuela que visitó el centro en el otoño de 1939:

> Recuerdo lo esencial de los comentarios de Pfannmüller: «Estas criaturas (se refería a los niños), naturalmente representan para mí como nacionalsocialista tan sólo una carga para la salud del cuerpo de nuestro *Volk*. No matamos (tal vez usó un eufemismo) con veneno o inyecciones, porque proporcionaría material inflamable a la prensa extranjera y a ciertos "caballeros de Suiza".

> No, nuestro método es mucho más simple y más natural, como pueden ver». Con estas palabras, sacó a un niño de su cuna con la ayuda de una enfermera. Mientras exhibía al niño como un conejo muerto, dijo con una expresión de complicidad y una cínica sonrisa: «A éste le llevará dos o tres días más». La imagen de este hombre gordo y sonriente, sosteniendo en sus manos carnosas aquel esqueleto lloroso, rodeado de otros niños famélicos, está todavía muy presente en mi memoria. El asesino dijo después que no se les privaba del todo de comida, sino que se les iban reduciendo progresivamente las raciones. Una señora que formaba parte de los visitantes preguntó —conteniendo su indignación con dificultad— si una muerte más rápida mediante una inyección no sería más misericordiosa. Pfannmüller insistió en que su método era mucho más práctico de cara a la prensa extranjera. Sólo encuentro explicación a la franqueza con que se refería a sus métodos de tratamiento en el cinismo y la insensibilidad.

En otros centros se los dejaba morir de frío. De esta forma, los médicos podían alegar que realmente no eran unos asesinos, sino que se habían limitado a no prestar ningún cuidado a los niños y «dejar que la naturaleza siguiera su curso».

A los padres se les enviaba una carta estándar, usada por todas las instituciones, donde se les informaba de que su pequeño había muerto de neumonía, meningitis o cualquier otra enfermedad infecciosa y que, debido al riesgo de contagio, el cuerpo había tenido que ser incinerado. Se calcula que fueron unos cinco mil los niños asesinados durante esta primera fase del programa nazi de eutanasia.

Aunque en un primer momento la eutanasia de los niños había quedado limitada a aquellos por debajo de los tres años, en diciembre de 1940, en una reunión con los médicos del Comité, Hefelmann expuso que este límite podría ser «excedido ocasionalmente». El 12 de julio de 1941 se ordenó a los médicos, enfermeras y profesores notificar a las autoridades sanitarias todos los niños con algún tipo de discapacidad. Quien no lo hiciera se enfrentaba a multas desde ciento cincuenta *Reichsmarks* a varias semanas de cárcel. Para el otoño, el programa de eutanasia de niños se había ampliado hasta cubrir adolescentes de dieciséis o diecisiete años, anticipando lo que vendría después.

Según declaró Karl Brandt una vez acabada la guerra, Hitler había expresado en privado su intención de exterminar a los enfermos mentales ya en fechas tan tempranas como 1933. Sin embargo, no fue hasta 1935, durante el congreso del partido en Núremberg, que estos planes fueron tratados oficialmente por primera vez. Allí, Wagner atacó el liberalismo y el marxismo por haber negado «el valor diferente inherente» a cada vida humana. La doctrina de igualdad era una amenaza mayor (hablando en términos biológicos) que la Revolución rusa, ya que equiparaba a «los enfermos, los moribundos y los improductivos con los sanos y fuertes». Recurriendo a Lenz, argumentó que la media de los componentes de las familias inferiores

doblaba a la de las sanas y que por ello, el número de enfermos mentales había aumentado hasta el 450 % en los últimos setenta años, mientras que la población sólo había crecido un 50 %. Por lo tanto, los no aptos vivían a expensas de los sanos: «Más de mil millones de *Reichsmarks* se gastan en mantener a los genéticamente discapacitados, en contraste con los 766 millones gastados en policía o los 713 de las administraciones locales». Wagner dijo que se estaban tomando medidas para luchar contra esta injusticia que se estaba cometiendo «contra los miembros sanos y normales de la población». Así, mientras en el resto del mundo se mantenía «la enfermiza idea de la igualdad», Alemania, como nación, había reconocido «la desigualdad de los hombres como algo natural y otorgado por Dios». Fue entonces cuando Hitler le dijo que en el caso de que estallara la guerra, autorizaría un vasto programa de eutanasia de los no aptos, ya que, según Brandt, en tiempo de guerra, la oposición de algunos sectores, como la Iglesia, no sería tan tenida en cuenta como en circunstancias normales. Siguiendo a Hoche y Binding, si los más aptos, sanos, jóvenes y fuertes eran enviados a dar su vida por la patria, ¿por qué no deberían hacer lo mismo los enfermos mentales? Ellos no podían trabajar en las fábricas de armas, consumían recursos y alimentos sin dar nada a cambio y ocupaban camas en los hospitales; unas camas necesarias para atender a los soldados heridos en el frente. Además, su eliminación supondría la culminación de la lógica nazi de promover la superioridad de los más aptos. Y la guerra, la adquisición de nuevo *Lebensraum*, como había dejado bien claro Hitler en *Mein Kampf*, era algo inevitable. Entre 1933 y 1938, Alemania gastó en armamento el triple que Francia o Inglaterra y, quizás, el doble que la Unión Soviética. El 10 de marzo de 1935, el ministro Göring anunció la existencia de unas fuerzas aéreas alemanas (la *Luftwaffe*) y seis días más tarde, Hitler proclamó solemnemente la implantación del servicio militar obligatorio, lo que suponía una flagrante violación del Tratado de Versalles. El 7 de marzo de 1936, tropas alemanas entraban en la zona desmilitarizada de Renania. El 12 de marzo del año siguiente lo hacían en Viena sin encontrar resistencia y, poco después, mediante un plebiscito que contó con el 90 % del apoyo de la población, Austria quedaba anexionada al Tercer Reich *(Anschluss)*. Todo ello ante la pasividad de las potencias europeas, que optaron por buscar una conciliación con Hitler e intentar solventar los conflictos con buena voluntad para evitar los horrores de una nueva guerra sin escuchar las advertencias de un visionario parlamentario británico llamado Winston Churchill, que comenzaba a estar realmente preocupado a pesar de que en un primer momento sólo había tenido palabras de elogio para el partido nazi. El 12 de septiembre de 1938, en el marco del congreso del partido en Núremberg, Hitler exigió el derecho de autodeterminación de los tres millones de alemanes que vivían en los Sudetes checoslovacos, denunciando los horrores a los que estaban sometidos. El 29 de septiembre se reunieron en Múnich Hitler, el italiano Mussolini, el británico Chamberlain y el francés Daladier, y acordaron que las zonas predominantemente germanas de Checoslovaquia fueran cedidas a Alemania. Pero los nazis siguieron

trabajando para anexionarse el país entero, y el 13 de marzo, Hitler ordenó al secesionista monseñor Tiso que proclamase la independencia de Eslovaquia. Ante la gravedad de la situación, el presidente Hacha se vio obligado a poner al pueblo checo en manos del *Führer*. El 15 de marzo los alemanes entraban en Praga y al día siguiente Hitler anunciaba
la creación de un protectorado alemán sobre Bohemia-Moravia. El día 23, también Eslovaquia quedó bajo la protección de Alemania. Hitler había terminado sus conquistas pacíficas. Lo siguiente sería una auténtica guerra. El día 1 de septiembre de 1939, a las 4,45 horas, con la excusa de recuperar el corredor de Danzig, los alemanes entraron en Polonia. El día 3, Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania. Era el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Los nazis odiaban Polonia por considerarlo un país recreado en Versalles a costa de territorios alemanes y por albergar la mayor población de judíos (a excepción de la Unión Soviética) de Europa. Además, la mayoría de los polacos eran considerados infrahumanos, algo por encima de los judíos pero muy lejos de los arios. Por todo ello, su intención era hacer desaparecer el país como entidad administrativa y cultural. En virtud del Pacto Ribbentrop-Molotov, la Unión Soviética invadió las provincias más orientales y Alemania se anexionó los territorios occidentales para crear dos nuevas subdivisiones políticas: el Reichsgau de Danzig-Prusia Occidental y el del Warthegau, con capital en Lodz, que se convirtieron en parte del Reich. El resto de Polonia, incluidos los distritos de Varsovia, Lublin y Cracovia, se disolvió en una entidad ocupada militarmente y administrada por Alemania que se llamó simplemente Gobierno General y que los nazis consideraban un «cubo de basura racial»; un lugar donde deportar a los *Untermenschen* polacos para proporcionar un alojamiento apropiado a los cientos de miles de inmigrantes de casta germánica de los Estados bálticos enviados para colonizar el Nuevo Reich según el pacto firmado con Stalin. Durante la primavera de 1941, los deportados al Gobierno General llegaron a un ritmo de quince mil al mes, arrojados de los trenes y abandonados a su suerte. No corrieron mejor suerte los dos millones de judíos polacos, que durante los primeros meses de la ocupación fueron reagrupados en los guetos de las principales ciudades como el de Lodz en el Warthegau o el de Varsovia, en el Gobierno General, donde el hacinamiento, el hambre y las enfermedades acabaron con miles de ellos.

El destino de los improductivos alemanes había quedado sellado meses atrás cuando Hitler, ya con los ojos puestos en Polonia y sabiendo cierta una intervención de Francia e Inglaterra, decidió que el esfuerzo bélico requeriría de todos los recursos disponibles.

AKTION T4

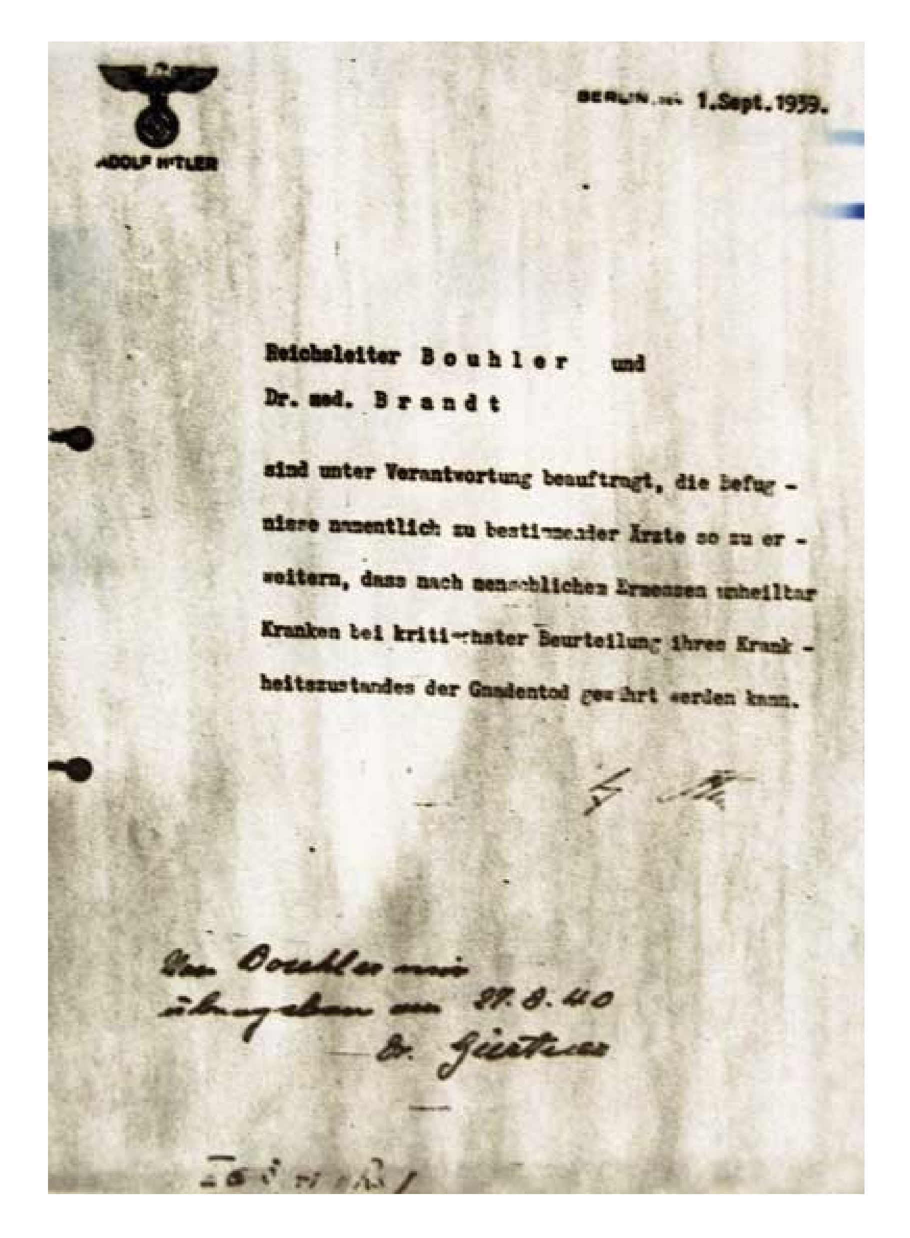
Wagner murió el 25 de marzo de 1939 y fue sustituido en la jefatura de la Liga Nacionalsocialista de Médicos Alemanes y del Colegio de Médicos por Leonardo

Conti, que había sido el primer médico en ingresar en las SA en 1923, haciéndose miembro de las SS en 1933. También fue nombrado secretario de Estado para la Salud en el Ministerio del Interior, es decir, responsable de los servicios de sanidad civil, y líder de la salud del Reich dentro del partido, dependiente de la Cancillería del Partido dirigida por Martin Bormann. El 18 de julio de 1939, Hefelmann le dijo a su superior, Viktor Brack, que Hitler había autorizado a Conti a poner en marcha un programa de eutanasia de enfermos mentales adultos. Él se había enterado porque se lo había comentado, en el más estricto secreto, el oftalmólogo Unger. Para no perder el control, Brack le hizo redactar un breve memorando de los manicomios y se lo llevó a Bouhler, que no tuvo demasiados problemas para conseguir que Hitler ampliase la autorización que anteriormente les había otorgado a él y a Brandt para ocuparse de la eutanasia infantil. En agosto, Hitler le dijo que la operación debía ser llevada en el más estricto secreto, para evitar tanto el retraso burocrático que supondría su aprobación legislativa como el rechazo de la Iglesia. De hecho, la única prueba de que tan horrible encargo partió personalmente del *Führer* es un documento que ha llegado hasta nuestros días, redactado en un papel oficial del tipo que usaba para su correspondencia personal, en cuya parte superior izquierda figura el águila nazi sobre su nombre, y en el que puede leerse: «El jefe de la Cancillería Bouhler y el doctor en Medicina Brandt están encargados de la responsabilidad de extender la autoridad de ciertos médicos, que designarán personalmente, con la finalidad de que a todos los pacientes que se consideren incurables, según el mejor de los juicios humanos disponibles, se les garantice una muerte piadosa».

Años más tarde, Brandt diría en Núremberg que «pacientes incurables» significaba ante todo «enfermos mentales». El documento llevaba la fecha del 1 de septiembre aunque, con toda seguridad, fue redactado después, probablemente en octubre. Tal vez Hitler le puso la fecha del día en que comenzó la invasión de Polonia en la convicción de que una atmósfera bélica predispondría a la población a aceptar unas medidas extremas en unos momentos en los que «la flor de nuestra juventud debe entregar su vida en el frente mientras los deficientes mentales siguen con su tranquila existencia en los asilos». En aquellos momentos, de seiscientas mil camas de hospital disponibles, la mitad estaban ocupadas por enfermos mentales. Además, la lectura implícita era que al mismo tiempo que habían comenzado las hostilidades contra el enemigo externo, dentro de Alemania se había abierto otro frente contra el enemigo interno, contra las vidas indignas de ser vividas que contaminaban el *Volk*.

Bouhler encargó la puesta en marcha de la organización a Brack, a su asistente Werner Blankenburg y a la Oficina IIb de Hefelmann y sus ayudantes, Richard von Hegener y Reinhold Vorberg, que ya se estaban encargando de la eutanasia infantil. El enlace con el Ministerio del Interior fue por medio de su departamento IV, el de Salud Nacional, dirigido por Fritz Cropp. Como secretario de Estado, Conti asistió a algunas reuniones y firmó algunas circulares, pero no intervino en las cuestiones diarias. Sí lo hizo en cambio Linden en su calidad de responsable de las instituciones

sanitarias estatales. Además de con los médicos ya involucrados en el anterior programa de exterminio (Heinze, Wentzler, Catel y Pfannmüller), se contactó con destacados psiquiatras y con los directores de los principales manicomios del país, como Carl Schneider, director de la Clínica de Psiquiatría y Neurología de la Universidad de Heidelberg; Maximilian de Crinis, de la de Berlín; Paul Nitsche, de la Universidad de Halle y director del psiquiátrico de Sonnenstein; Berthold Kihn, de la Universidad de Jena; Wilhelm Bender, director del psiquiátrico de Berlín-Bunch; Gustav Adolf Waetzold, director del de Wittenauer o Friedrich Mennecke, director del hospital de Eichberg, pues en el documento firmado por Hitler quedaba claro que debían ser los médicos los responsables de la muerte piadosa de los incurables. Todos ellos fueron reunidos en la Cancillería, en Berlín, e informados sobre los procedimientos relativos al programa de exterminio de los enfermos mentales, asegurándoles que aunque no estuviera encuadrado en un marco legal, no debían temer nada, pues era una orden personal del *Führer*, tal y como quedaba plasmado en el documento que les fue enseñado. Se mostraron abrumadoramente favorables y dispuestos a colaborar. Todos eran miembros del partido, la mayoría pertenecía además a las SS y, como ya hemos expuesto, el colectivo de psiquiatras era el más concienciado con las teorías eugenésicas. Firmes creyentes en la teoría de la degeneración, aceptaban la imposibilidad de tratar las enfermedades mentales y apoyaban la eutanasia activa como una forma de limpieza de los genes de la raza, de eliminar una parte putrefacta del cuerpo social en beneficio de la comunidad y de acabar con las bocas inútiles incapaces de servir a la nación.



ADOLF HITLER

BERLIN, den 1.Sept.1939.

Reichsleiter Bouhler und
Dr. med. Brandt

sind unter Verantwortung beauftragt, die Befugnisse namentlich zu bestimmender Ärzte so zu erweitern, dass nach menschlichem Ermessen unheilbar Kranken bei kritischster Beurteilung ihres Krankheitszustandes der Gnadentod gewährt werden kann.

Von Bouhler mir übergeben am 27.8.40
Dr. Gürtner

La carta de Hitler autorizando la eliminación de los incurables.

Aunque Brack y Blankenburg supervisaban la operación desde la Cancillería del *Führer* en la calle Vosstrasse, las oficinas administrativas se instalaron en el número cuatro de la calle Tiergartenstrasse, por lo que la operación fue conocida como *Aktion T4* (acción T4). Su primer director fue el SS Gerhard Bohne, que fue sustituido en el verano de 1940 por Dietrich Allers. Al frente del entramado médico de la organización se puso a Werner Heyde, del psiquiátrico de Würzburg. Bouhler le conocía porque en marzo de 1933 había sido el psiquiatra que había valorado a Theodor Eicke, el oficial de las SS a quien el líder regional del partido en Renania-Palatinado, Josef Bürckel, quería internar por considerarlo «mentalmente enfermo y un peligro para la comunidad». Los dos hombres intimaron y Heyde intercedió por él ante el todopoderoso Himmler, lo que hizo que quedara en libertad y que en junio de 1933 fuera nombrado comandante del campo de Dachau, donde dio inequívocas muestras del imperdonable error diagnóstico de Heyde. El brutal y fanático Eicke instauró en Dachau un régimen de terror con el fin de degradar psicológica, moral y físicamente a los internos hasta despojarlos de cualquier rasgo de su condición

humana y convertirlos en poco más que bestias de carga. Su modelo fue adoptado por los demás campos cuando, a mediados de 1934, Himmler le puso al mando del recién creado Cuerpo de Inspectores, encargado de coordinarlos.

El 21 de septiembre de 1939, Conti, en nombre del Ministerio del Interior, envió una circular a todas las administraciones gubernamentales de los estados instándolas a remitirle una relación de las instituciones que albergaran enfermos mentales. El siguiente paso fue enviar a sus directores un cuestionario que debían rellenar para que un supuesto Grupo de Trabajo del Reich para Sanatorios y Asilos (en realidad, una tapadera de T4) utilizara estos datos con fines puramente estadísticos. Para darle mayor credibilidad iba acompañado de la circular del Ministerio y se decía que en él debía anotarse, por ejemplo, el número de camas, médicos y enfermeras y el presupuesto anual. Pero su siniestro propósito se adivinaba por el énfasis puesto en la necesidad de notificar los internos que padecieran una serie de patologías concretas, su capacidad o incapacidad para realizar un trabajo productivo y su raza (alemán o asimilado a la raza alemana, judío, negro o gitano y sus grados de mestizaje). Estas patologías eran la esquizofrenia, la epilepsia, las enfermedades seniles, las parálisis resistentes al tratamiento y otras secuelas de la sífilis, la debilidad mental de cualquier causa, la encefalitis, la corea de Huntington y otros trastornos neurológicos de los considerados incurables. También debían notificarse los pacientes que llevaran al menos cinco años ingresados y los delincuentes con algún tipo de trastorno mental recluidos en la institución.

Los cuestionarios rellenados eran enviados al departamento de Linden en el Ministerio del Interior, quien, a su vez, los remitía a las oficinas de la calle Tiergartenstrasse. Después eran valorados por un grupo de unos cuarenta peritos médicos (muchos de ellos con los mínimos conocimientos de neurología o psiquiatría necesarios para realizar la selección), que marcaban con una cruz roja a aquellos que consideraban que debían ser eliminados y con un signo «menos» azul a los que se podía permitir seguir con vida. A continuación, pasaban a los tres expertos (Heyde, Linden y Nitsche) que, dado el enorme número de cuestionarios a revisar, simplemente se limitaban a corroborar el dictamen ya establecido.

LOS MATADEROS DE AKTION T4

Una vez hecha la letal selección, el departamento de Linden enviaba una circular a las autoridades estatales para que notificaran a la institución que, en fechas próximas, estos pacientes serían trasladados a otro centro por necesidades de planificación. Para este último viaje, T4 creó una organización que se llamó Corporación Benéfica para el Transporte de los Enfermos *(Gemeinnützige Kranken-Transport o Gekrat)*, que empleaba autobuses grises con las ventanillas pintadas para que nadie viera lo que transportaban en su interior. Los encargados de subir a los pacientes y controlarlos durante el viaje eran miembros de las SS vestidos con

uniformes o abrigos blancos para dar la impresión de que eran algún tipo de personal médico.

Desde los psiquiátricos, los enfermos eran llevados a alguno de los seis centros de exterminio: Hartheim, Sonnenstein, Grafeneck, Bernburg, Brandenburg o Hadamar, situados en zonas aisladas y rodeados de altos muros, a salvo de miradas indiscretas y lejos de donde alguien pudiera oír los gritos de los discapacitados al ser bajados de los autobuses. Al frente de estos centros se puso a alguno de los médicos que desde la primera reunión se habían mostrado dispuestos a colaborar. Así, por ejemplo, Rudolf Lonauer fue encargado de dirigir Hartheim, asistido por Georg Renno, que lo sustituyó a mediados de 1943; Grafeneck fue dirigido hasta el verano de 1940 por Horst Schumann y después por Ernst Baumhard y Günther Hennecke; Schumann pasó después a dirigir Sonnestein, ayudado por Kurt Schmalenbach, Ewald Worthmann, Kurt Borm y Klaus Endruweit; Irmfried Eberl se encargó primero de Brandenburg y después de Bernburg; y Hadamar quedó al cargo de Baumhard, Hennecke, Friedrich Berner y Hans-Bodo Gorga β.

El primero de estos centros (auténticos mataderos) en abrir sus puertas fue el de Brandenburg, cerca de Berlín, una antigua prisión rehabilitada para su nueva y macabra función. En un primer momento, el método elegido para asesinar a los enfermos fue la inyección letal, para lo cual se probaron diferentes combinaciones de morfina, escopolamina, curare y ácido prúsico, que Brandt y Conti administraron personalmente a unos cinco o seis enfermos. Pronto se descartó por ser demasiado lento. Parece ser que fue Brandt quien sugirió el uso de gas, pues en una ocasión había inhalado gases de un horno estropeado y la sensación que había experimentado fue que, de haber muerto, no habría sufrido en absoluto. Por ello, esta clase de muerte le parecía en concordancia con la «muerte caritativa» que había ordenado el *Führer*. Se consultó el tema con un químico de la Oficina de Policía Criminal del Reich *(Kripo)* llamado Albert Widmann, que recomendó que el gas utilizado fuera monóxido de carbono. Christian Wirth, jefe de la *Kripo* de Stuttgart, fue enviado para supervisar la operación. También se habló con la Oficina Principal de Seguridad del Reich (*Reichssicheritshauptamt* o RSHA), uno de los departamentos principales de las SS, encargado del control de la seguridad interna del Reich, que controlaba a todas las fuerzas de seguridad del Estado y el partido, incluyendo la *Kripo,* la Gestapo y la oficina de inteligencia de las SS o *SD (Sicherheitdienst,* servicio de seguridad). Este departamento había sido creado justo al comienzo de la contienda, quedando bajo el control de Reinhard Heydrich, el auténtico cerebro del temible aparato represivo nazi y organizador de la solución final. August Becker, químico de la RSHA fue el encargado de conseguir las bombonas de monóxido de carbono en la BASF, la fábrica de la todopoderosa corporación química I. G. Farben en Ludwigshafen.

La primera prueba tuvo lugar el 4 de enero de 1940. A ella asistió toda la plana mayor de T4, incluyendo a Brandt, Brack, Conti, Bouhler, Linden, Blankenburg, Hefelmann, Vorberg, Von Hegener, Bohne, Heyde, Nitsche, Ebert, Schumann,

Baumhard, Widmann, Becker y Wirth. Ese día, uno de los autobuses grises llevó a Brandenburg a un grupo de unos treinta enfermos desde el psiquiátrico de Waldheim, cerca de Postdam. Primero fueron examinados por los médicos, que fueron anotando la que posteriormente se alegaría que habría sido la causa de la muerte de cada uno, acorde con su estado. Así, en el caso de que se tratara de pacientes con escasa higiene, se anotaba una infección generalizada, un edema cerebral si presentaban alguna malformación craneal o una neumonía si se trataba de enfermos inmovilizados. Además, se marcó con una cruz a quienes llevaban dientes de oro. Después se los desnudó y se los pasó a lo que parecía ser una simple sala con duchas. A continuación, Widmann abrió la válvula que permitía la entrada del gas letal, cuyos tanques se encontraban instalados en el cuarto adyacente. A los diez minutos se produjeron las primeras caídas al suelo. Diez minutos más tarde, estaban todos muertos.

El primero en abrir la válvula fue el químico, pero después siempre fueron médicos quienes lo hicieron, tal y como había especificado Hitler. Así lo contó Becker: «Al final del experimento, Viktor Brack que, por supuesto, estaba presente, se dirigió a los demás. Parecía muy satisfecho por los resultados y repetía, una y otra vez, que esta operación debería ser llevada a cabo tan sólo por los médicos, según la máxima: “La jeringuilla sólo debe estar en manos del doctor”. Karl Brandt habló después de Brack, e insistió en lo mismo».

A los cadáveres de los enfermos marcados se les arrancaron los dientes de oro. Después, todos fueron incinerados en dos hornos crematorios acoplados a la chimenea de la prisión. Sus familiares recibieron tres cartas. En la primera se les notificaba el traslado del paciente «por importantes medidas relacionadas con la guerra». La segunda les informaba de su buen estado de salud y de que «en este momento, la defensa del Reich y la escasez de personal debida a la guerra hace imposibles las visitas o respuestas a preguntas de cualquier tipo, aunque la familia recibirá información inmediata de cualquier cambio en la salud del paciente». La tercera, firmada por un supuesto Departamento de Condolencia, comunicaba su fallecimiento debido a la falsa enfermedad que antes habían anotado los médicos, y les decía que la institución se había visto obligada a incinerar el cadáver para evitar la propagación de infecciones. Por último, se les daba la posibilidad de recoger una urna con las cenizas. Unas cenizas que nunca eran las del familiar, ya que al no ser nunca los cuerpos incinerados individualmente, lo que se entregaba era una mezcla de las cenizas de varios cadáveres.



La cámara de gas de Sonnenstein, uno de los seis
centros de exterminio de *Aktion T4*.

Así es como se puso en marcha la maquinaria de matar más implacable, rápida, eficaz y económica de la historia. Los demás centros de exterminio adoptaron el modelo de Brandenburg, incluyendo el importante papel desempeñado por los médicos, tanto como encubridores de la operación como ejecutores de los enfermos. Además, a aquellos enfermos que presentaban alguna patología considerada especialmente interesante se les practicaba la autopsia y se les extraía el cerebro para estudiarlo antes de incinerar sus cadáveres.

Los enfermos judíos recibieron un tratamiento especial, pues en su caso no se realizó ninguna selección previa basada en los formularios. El 15 de abril de 1940, Linden pidió a las agencias encargadas de la administración de los hospitales y asilos que le enviaran un listado completo de todos los pacientes judíos ingresados por presentar enfermedades mentales o debilidad mental. Una vez que se contó con esta información, los enfermos fueron siendo agrupados en una serie de instituciones donde les recogieron los autobuses de la Gekrat en lo que sería su último viaje al centro de exterminio más cercano. Ocurrió por primera vez en la provincia prusiana de Brandenburg y la ciudad de Berlín, donde los enfermos judíos fueron reunidos en el complejo hospitalario de Berlín-Buch, desde donde fueron siendo trasladados por la Gekrat durante junio y julio. Los del norte de Alemania fueron llevados al

complejo de Langenhorn, en Hamburgo; los del noroeste, al hospital de Wunstorf, en Hanover; los de Baviera, al de Eglfing-Haar, de Pfannmüller; y el mismo proceso tuvo lugar en otras regiones. En Austria, cuatrocientos enfermos judíos fueron reagrupados en el hospital de Vienna Am Steinhof, desde donde partieron a finales de agosto. El Ministerio del Interior alegó que el motivo de su traslado eran las quejas recibidas por parte de los familiares de los enfermos alemanes gentiles y del mismo personal acerca de que unos y otros tuvieran que compartir instalaciones. En realidad, todo formó parte de una campaña de limpieza étnica, y el destino de todos estos enfermos fue morir gaseados en alguno de los centros de exterminio por el simple hecho de estar catalogados como judíos. Entre ellos había ancianos que simplemente precisaban cuidados y niños huérfanos. Cuando sus familiares preguntaron por ellos, desde T4 se dijo a las instituciones de partida que les informaran que habían sido llevados a Polonia. En el colmo del cinismo, llegaron a cobrarles (a ellos o a sus compañías de seguros) por los cuidados que recibían unos enfermos que estaban muertos ya desde el primer día de su traslado. Meses después, recibieron una carta de condolencia desde un supuesto Asilo Mental de Chelm, en Lublin, mucho más escueta que el resto, donde simplemente se les notificaba la fecha y la causa de la muerte de su ser querido. En realidad, ninguno había cruzado la frontera alemana. El hospital de Chelm sí que existía, pero en 1940 no estaba en condiciones de acoger a ningún enfermo. El 12 de enero, sus cuatrocientos veinte internos habían sido ejecutados por los *Einsatzgruppen* (grupos operativos) de las SS que avanzaban detrás de la *Wehrmacht* limpiando las zonas conquistadas de elementos indeseables, y permaneció cerrado durante toda la guerra. De hecho, ya el 9 de enero, Richard Hildebrandt, el futuro director del RuSHA o Departamento Principal de Raza y Asentamiento (encargada de organizar la colonización alemana de los territorios conquistados en el Este) había notificado a Himmler «la eliminación de aproximadamente cuatro mil enfermos mentales incurables de los asilos polacos» y, más tarde, «la eliminación de aproximadamente doscientos enfermos mentales incurables del asilo de Konradstein», de Danzig, empleando el expeditivo método de las ejecuciones en masa. Pero para finales de año, el *Sonderkommando* (unidad especial) del *SS-Haupsturmführer* Herbert Lange estaba asesinando enfermos de los territorios ocupados utilizando camiones dotados de un compartimento trasero herméticamente cerrado donde se introducía monóxido de carbono embotellado, claramente inspirados en las cámaras de gas de T4. Probablemente, también fueron usados para acabar con los judíos de pequeños pueblos del Warthegau.

Un testimonio de primera mano del destino de los enfermos judíos alemanes fue aportado en la década de 1960 por Herbert Kalisch, un técnico electricista de T4 que en junio de 1940 colaboró en el transporte de unos doscientos judíos, de entre dieciocho y cincuenta y cinco años, desde el hospital de Berlín-Buch al cercano matadero de Brandenburg. Según confesó, fueron llevados allí en seis grandes autobuses. Nada más llegar, fueron desnudados y llevados en grupos de veinte a las

cámaras de gas, marcando antes a quienes llevaban dientes de oro:

> Las puertas se cerraban tan pronto como el número adecuado de personas había entrado en la «sala de duchas». En el techo había unas alcachofas a través de las cuales el gas entraba en la habitación. Se ventilaba después de quince o veinte minutos, tan pronto como se comprobaba por medio de una mirilla que no quedaba nadie vivo. […] A los cadáveres marcados se les extrajeron los dientes de oro. Después, unos hombres de las SS destinados a la prisión los llevaban al crematorio. De esta forma, todos fueron eliminados ese mismo día.

Teniendo en cuenta la rapidez y la eficacia del método, no resulta extraño que, para finales de ese año, casi todos los judíos internados en hospitales alemanes no fueran ya más que cenizas, anticipando lo que vendría después.

Los médicos expertos de T4 delegaron la responsabilidad de eliminar a los enfermos mentales incurables en los médicos más jóvenes, que aunaban a su falta de experiencia su entusiasmo político y sus deseos de medrar profesionalmente. En Brandenburg, por ejemplo, Eberl sólo tenía veintinueve años cuando aprendió a operar el mecanismo del gas. Rudolf Lonauer, que dirigió Hartheim, treinta y dos; Horst Schumann, que se encargó primero de Grafeneck y después de Sonnenstein, treinta y tres; y Ernst Baumhard, que primero fue el ayudante de Schumann en Grafeneck y después pasó a dirigir Hadamar, veintiocho. Es decir, que para cuando se puso en marcha T4, todos estaban en torno a los treinta años, prácticamente comenzando su carrera. Tampoco eran mucho mayores el resto de los diez médicos que los ayudaron. De hecho, Aquilin Ullrich y Heinrich Bunke tenían tan sólo veintiséis años cuando se incorporaron a los centros de exterminio.

Una vez que eran reclutados por T4, estos jóvenes médicos recibían instrucción sobre su macabra tarea tanto en los propios centros de exterminio como en instituciones psiquiátricas colaboradoras con la organización como la dirigida por Carl Schneider en Heidelberg o la de Hans Heinze en Brandenburg-Görden. Las prácticas de autopsias los ayudaban a mejorar sus conocimientos de anatomía y cirugía. Cuando todo hubo terminado, Heinrich Bunke, que obtuvo su título en 1939 y que participó en los crímenes de Brandenburg y Bernburg explicó así los motivos por los que se había enrolado en T4: «Me dio la oportunidad de colaborar con profesores expertos, hacer un trabajo científico y completar mi formación».

Es decir, que desde los inicios de su carrera, estos médicos se familiarizaron con el «asesinato administrativo» autorizado por sus superiores, hombres de gran prestigio científico a los que respetaban y en los que confiaban porque les habían formado en las universidades y que, además, cumplían órdenes que emanaban directamente del todopoderoso *Führer*, el hombre llamado a salvar a la nación; el hombre que prometía seguridad y prosperidad aunque ello significara aniquilar a

quienes la amenazaban, tanto dentro como fuera del Reich. Tal vez antes de que Hitler se hiciera con el poder los alemanes no tuvieran una actitud única frente al nacionalsocialismo y muchos despreciaran a los nazis, pero para principios de la década de 1940, muchos millones de los alemanes que permanecían en el país (quienes no se habían exiliado, habían sido asesinados o enviados a los campos de concentración) creían que era la solución para un momento específico de la historia alemana en el que un pueblo se defendía de sus enemigos y vengaba antiguas afrentas. Otros se aprovechaban de la situación, tenían miedo o permanecían indiferentes ante el desarrollo de los acontecimientos. Para el escritor Hans Erich Nossack, después de 1945, al llegar el momento de afrontar el horror nazi, los alemanes sólo podían «confesar u olvidar, no hay una tercera opción».

DE SANADORES A ASESINOS

Y llegados a este punto, podemos intentar contestar a la inquietante pregunta con la que iniciamos este libro: ¿Cómo pudieron unos hombres que habían consagrado su vida a aliviar el dolor de sus semejantes convertirse en instrumentos de sufrimiento y muerte? Siempre seremos muy cautos en este sentido, pues como dice Peter Fritzsche en su obra *Life and Death in the Third Reich* (2008), «la violencia de los nazis fue tan excesiva y su sensación de estar por encima de la moral convencional tan completa que ante ellas cualquier intento de explicación vacila». Los psicólogos recurren a varios mecanismos para explicar este fenómeno, esta «inhumanidad del hombre con el hombre», este cruce de la «delgada línea roja», de la barrera permeable y nebulosa que convierte a una persona moral en un asesino sin sentido del bien y el mal ni sensación de culpabilidad. Lo analiza magistralmente Philip Zimbardo, profesor emérito de Psicología de la Universidad de Stanford, que en 2004 declaró como perito judicial de la defensa en el consejo de guerra contra uno de los policías militares estadounidenses acusados de conducta criminal en la prisión iraquí de Abu Ghraib. En *El efecto Lucifer* (2007), Zimbardo cuenta el experimento que llevó a cabo en 1971 en la Universidad de Stanford, en California. Creó una cárcel ficticia en los sótanos del centro para estudiar el comportamiento de un grupo de veinticuatro voluntarios universitarios, en el que la mitad haría de carceleros y la mitad de presos. El reparto de roles fue completamente aleatorio, pero todos ellos eran jóvenes normales, sin antecedentes ni comportamientos sociópatas. A las veinticuatro horas de comenzar el experimento aparecieron los primeros abusos por parte de los carceleros. Pronto, todos habían olvidado que aquello no era real. El experimento tenía una duración prevista de dos semanas, pero se suspendió a los seis días para salvaguardar la integridad física y mental de los participantes. No sólo hubo abusos de autoridad, sino también malos tratos tanto físicos como psicológicos. Todo se le fue de las manos a Zimbardo que, a pesar de ser consciente en todo momento de lo que estaba ocurriendo, tardó demasiado en detenerlo. Él mismo confiesa que en su

calidad de superintendente de la prisión llegó a ser indiferente al sufrimiento. En su libro habla de la enorme influencia sobre el comportamiento humano de las llamadas «fuerzas situacionales», es decir, que dentro de poderosos entornos sociales, «la naturaleza humana se puede transformar de una forma tan drástica como la transformación química del doctor Jekyll en *mister* Hyde». En nuestra vida diaria todos tenemos que representar diferentes roles, asociados a unas funciones concretas, como ser camarero, profesor, sacerdote, médico o presidente del Gobierno, que la persona asume cuando se encuentra en esa situación. Roles que suelen pasar a un segundo plano cuando regresa a su otra vida, la «normal». Y alguien puede hacer cosas horribles cuando se encuentra en un entorno en el que lo que se espera de él y lo que se refuerza positivamente le desconecta de la moralidad y los valores tradicionales de su vida «normal». En la medida en que alguien sea capaz de meterse a fondo en su nuevo papel y aun así distanciarse de él cuando sea necesario, de recurrir a un mecanismo de autodefensa psicológica llamado «compartimentación» y separar mentalmente aspectos contradictorios de sus creencias y experiencias en cámaras aisladas para evitar interferencias, estará en la posibilidad de eludir la responsabilidad de estos actos y atribuirla al rol diciéndose que es ajeno a su naturaleza habitual: «Yo no tengo la culpa, sólo representaba mi papel en ese momento y en ese lugar, no era mi verdadero yo». O como se alegó una y otra vez durante los juicios de Núremberg: «Me limitaba a cumplir órdenes». La estructura de orden y obediencia instaurada por el Tercer Reich estaba perfectamente diseñada para esfumar responsabilidades por todo el entramado burocrático que participaba en los crímenes de T4. Cumpliendo órdenes del *Führer,* «alguien» había puesto en marcha la organización, «alguien» había rellenado los cuestionarios, «alguien» había elegido a los enfermos, «alguien» había diseñado las cámaras de gas, «alguien» se encargaba de proporcionar el monóxido de carbono, «alguien» conducía los autobuses y, finalmente, un médico abría la válvula, cumpliendo órdenes que, además, no le parecían moralmente reprobables sino que eran por el bien de la comunidad. Formaba parte de un plan para renovar, proteger y preservar la nación en el convencimiento de que la única forma de salvaguardar las vidas dignas era destruir lo que a sus ojos eran vidas indignas. En 1951, el brutal Pfannmüller, acusado de participar en el asesinato de al menos ciento veinte niños, se defendió ante sus jueces alegando que no se sentía responsable «porque las órdenes venían de otros», y que las había acatado respetando el principio de autoridad y porque eran acordes con su ideología, una mezcla de clichés nazis y de las teorías científicas de la higiene racial que todos sus colegas aceptaban como válidas.

Para Zimbardo, los médicos nazis representan «el peor de los ejemplos posibles», al abandonar su función sanadora habitual, traicionar el Juramento Hipocrático y adoptar un rol nuevo, ayudando a asesinar mediante el acuerdo colectivo de que su conducta era necesaria para el bien común. Todo ello en un entorno en el que un régimen autoritario elaboró su política usando un batiburrillo de conceptos

provenientes del darwinismo social, la eugenesia y el racismo biológico que no le eran ajenos a la clase médica desde hacía mucho tiempo, ya que, como hemos visto, en Alemania fueron ellos los principales difusores de tan perniciosas ideas. Desde el momento en que la medicina aceptó consignas ideológicas tendenciosas como categorías solventes para la práctica como el vacuo concepto de «vidas sin valor» o de «subhumanos» y los médicos se comprometieron a colaborar con el nuevo régimen por los motivos que hemos intentado aclarar en las páginas anteriores, entraron en la «pendiente resbaladiza» de la que habló el doctor Leo Alexander en su ya clásico artículo *La ciencia médica bajo la dictadura* (publicado en el número de julio de 1949 de *The New England Journal of Medicine*), cuyo destino final sería el abismo de los campos de exterminio. Estos conceptos científicos permitieron a los médicos nazis contar con más motivos para racionalizar su conducta y justificarla ante sí mismos y ante los demás. No sólo obedecían órdenes, sino que no acababan con la vida de sus semejantes. No eran asesinos. Al referirse a determinados grupos como bocas inútiles, caparazones humanos vacíos, parásitos, piojos, alimañas o tumores se les estaba haciendo lo peor que se le puede hacer a otro ser humano, que es despojarlo de su humanidad, borrando de la conciencia de todas las personas involucradas en su eliminación toda cualidad humana que pudieran tener en común con ellos. Nuevamente, Zimbardo: «El hecho de ver a esos "otros" como subhumanos, inhumanos, infrahumanos, prescindibles o animales se facilita mediante etiquetas, estereotipos, consignas e imágenes propagandísticas», como bien sabía Goebbels. Lo mismo ocurrió en Ruanda, donde durante la primavera de 1994, y en tan sólo en tres meses, los hutus asesinaron a golpes de machete entre ochocientos mil y un millón de tutsis, mientras radios populares como Radio Ruanda o Radio Mil Colinas hacían llamamientos para exterminar a todas las «cucarachas».

La deshumanización del «otro» facilita muchísimo las cosas a la hora de someterlo a actos de gran crueldad o asesinarlo, porque entonces la regla de oro de no hacer a los demás lo que no nos gustaría que nos hicieran a nosotros deja de tener valor. No hay remordimientos, ni sensación de haber hecho nada malo. La autocensura moral queda anulada, pues sólo es aplicable a nuestros semejantes. ¿Puede sentirse culpable un exterminador que, cumpliendo su obligación, limpia una casa de insectos o ratas que amenazan a la comunidad con la transmisión de terribles enfermedades? De hecho, el personal encargado de arrastrar los cadáveres desde la cámara de gas a los hornos era conocido como los descontaminadores *(Desinfekteure)*.

Pero cuidado. El que los médicos responsables de T4 creyeran que estaban actuando correctamente y dentro de la legalidad al acabar con la vida de unas «cosas» que amenazaban el bienestar del *Volk* o que intentemos entender las razones de su conducta no les exime de culpa, cualquiera que fuera el mecanismo psicológico que su mente utilizara para no afrontar la realidad de su complicidad en los crímenes. El Tribunal de Núremberg no trató el tema de si un Estado tiene derecho o no a dictar

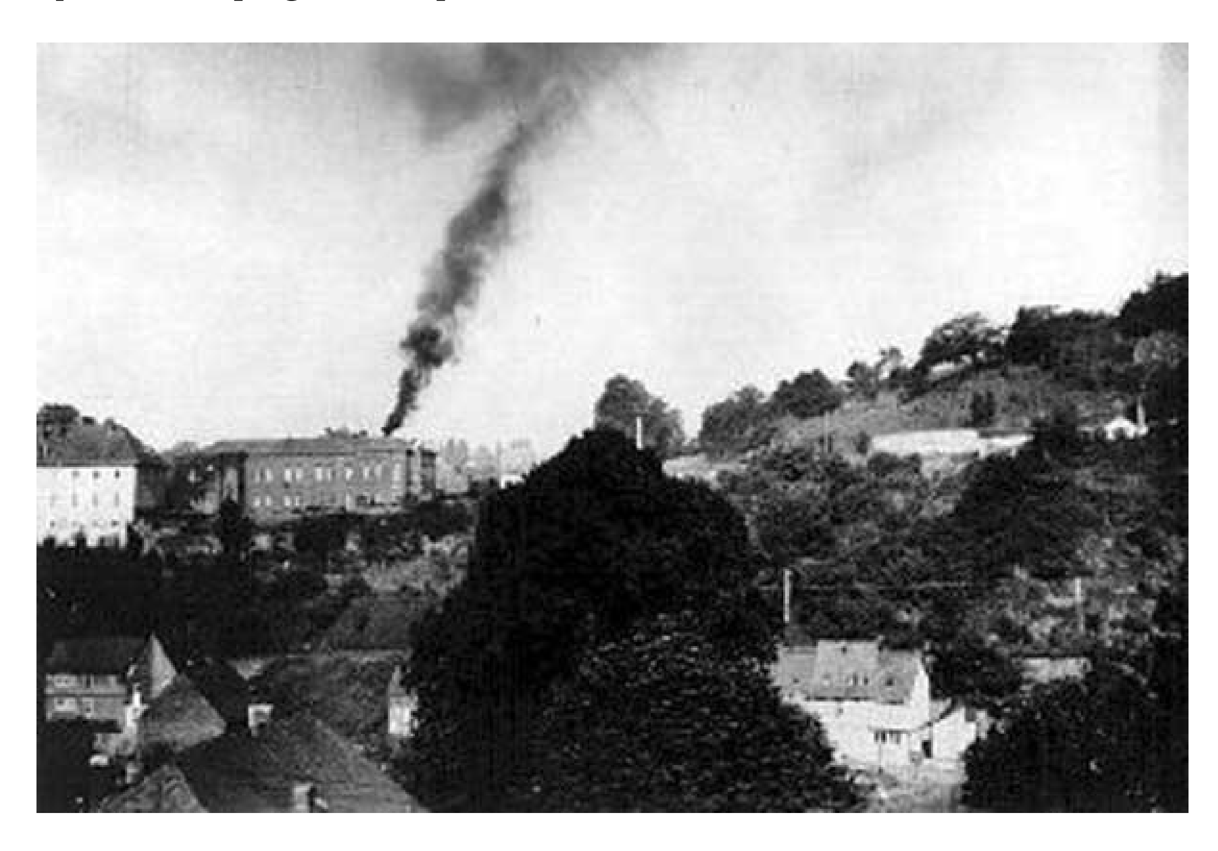
unas leyes para aplicar la eutanasia a ciertas categorías de sus ciudadanos, sino que se remitió al no reconocimiento de leyes de este tipo por parte de la comunidad internacional, amparándose en que existen derechos naturales del hombre que son anteriores a todo ordenamiento social. Además, desde el primer momento en que muchos médicos alemanes aceptaron colaborar en la eutanasia infantil o en T4, se estaban colocando al borde de la «pendiente resbaladiza» de Alexander.

Leo Alexander era judío y se había formado como neurólogo y psiquiatra en la Universidad de Viena. Mientras trabajaba en la Clínica Universitaria de Frankfurt, el ascenso de los nazis al poder lo obligó a emigrar a Estados Unidos, donde dio clases en las universidades de Harvard y Duke. Durante la guerra sirvió como oficial médico en Europa con el rango de comandante. Al terminar la contienda fue, junto con el fisiólogo Andrew Ivy, uno de los dos médicos que asesoraron a jueces y fiscales durante el juicio de los médicos nazis de Núremberg. En su artículo expuso que la corrupción de la clase médica no ocurrió de la noche a la mañana, sino que fue producto de «meros sutiles cambios en la actitud de fondo de los médicos. Se comenzó aceptando la postura, básica en el movimiento eutanásico, de que existe una cosa como "vida que no merece la pena vivirla". Esta actitud, en su inicio, concernió únicamente a los enfermos crónicos graves. Gradualmente, el campo de los incluidos en esta categoría se fue ampliando hasta incluir a los socialmente improductivos, los ideológica y racialmente indeseables y finalmente a todos los no germánicos». Alexander expuso que el declive en el estándar de la ética profesional ocurrió «en un tiempo notablemente corto» como consecuencia de una «subversión repentina» provocada por las descargas cerradas de fuego propagandístico de los nazis, un argumento utilizado por la comunidad médica alemana después de la Segunda Guerra Mundial para presentar a los médicos nazis como las primeras víctimas de un régimen que los engañó para utilizarlos: «Cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde para hacer nada». No se trató por lo tanto de una caída brusca, de una colaboración desde el primer momento con el régimen, sino más bien de un deslizarse por una pendiente resbaladiza de la que ya no había vuelta atrás y en la que se embarcaron al aceptar esterilizar por la fuerza, pero dentro de la legalidad, a quienes constituían una amenaza genética para el *Volk*. En ese sentido, Alexander falló al no reconocer que el camino a Auschwitz venía siendo empedrado desde mucho antes de la fundación del NSDAP. Hitler fue el fruto venenoso de un árbol que había comenzado a echar raíces entre los médicos alemanes y los había colocado en la pendiente resbaladiza hacía ya mucho tiempo, desde el momento en que un científico tan prestigioso y tan popular como Haeckel abogó por la eliminación de los niños lisiados y los enfermos mentales incurables y propuso dejar en manos de estos profesionales determinar quién debía ser eliminado por el bien de los demás. Como hemos intentado exponer, fue una coincidencia de catastróficas circunstancias lo que convirtió en Alemania lo imposible en inevitable. La apropiación por parte de Hitler de estas ideas y la complicidad de una gran parte de la clase médica con un estado

autoritario y racista con el que sintonizaban ideológicamente y al que recibieron con entusiasmo hizo que se pudieran llevar a la práctica, y que unos hombres que habían jurado no dañar a sus semejantes «ya sean libres o esclavos» y apartarse «de toda corrupción» siguieran dejándose llevar por la pendiente resbaladiza hasta el mismísimo infierno, involucrándose en crímenes que por su magnitud y planeada crueldad constituyen, sin duda, el episodio más oscuro de la historia de la medicina.

LA DENUNCIA DEL OBISPO VON GALEN

Para agosto de 1941, T4 ya era un secreto a voces. El espeso humo que salía de las chimeneas de los crematorios podía verse desde lejos, y un nauseabundo olor a carne quemada impregnaba las poblaciones cercanas a los centros de exterminio.



El espeso humo saliendo de la chimenea del crematorio de Hadamar era claramente visible desde la cercana población del mismo nombre.

Además, estaba implicada demasiada gente, tanto víctimas como asesinos. El personal se emborrachaba en las tabernas y contaba lo que estaba ocurriendo en su interior, y los niños seguían a los camiones grises gritando: «¡Ahí van otros que van a ser gaseados!». Empezaron a darse errores administrativos. Algunas familias recibieron dos cartas de condolencia diferentes, con dos causas distintas de la muerte de su familiar, otros fueron informados de que había fallecido de apendicitis cuando hacía años que se le había extirpado el apéndice o la fecha en que se databa la muerte correspondía a unos días en que le habían visitado en la institución en la que estaba ingresado. Los rumores se convirtieron en certeza, y cada vez más sectores de la

población empezaron a reaccionar contra un régimen que asesinaba, fuera de la legalidad y en contra de su voluntad y de sus familiares, a una parte del pueblo alemán. Hubo denuncias ante los tribunales y protestas de los representantes eclesiásticos. El día 3, domingo, Clemens August Graf von Galen, obispo de Münster, dio un paso adelante al hacer público el exterminio de los enfermos mentales durante su sermón en la iglesia de Saint Lamberti:

> El artículo 139 del Código Penal dice que «cualquiera que tenga conocimiento de una intención de asesinar a cualquier persona […] y no informe a su debido tiempo a las autoridades o a la persona cuya vida está en peligro […] está cometiendo un delito». Desde hace meses hemos estado oyendo noticias acerca de que los internos de las instituciones para el cuidado de los enfermos mentales que llevan mucho tiempo en este estado o que parecen incurables están siendo trasladados por orden de Berlín. Pronto, sus familiares reciben la notificación de que ha muerto, que su cuerpo ha sido incinerado y que pueden recoger sus cenizas. Hay una sospecha general, rayana en la certeza, de que estas numerosas e inesperadas muertes no ocurren de forma natural, sino que son provocadas intencionadamente acorde a la doctrina que afirma que es legítimo destruir las llamadas «vidas sin valor», en otras palabras, asesinar a hombres y mujeres inocentes si se piensa que sus vidas ya no pueden aportar nada a la comunidad y al Estado. Una terrible doctrina que busca justificar el asesinato de inocentes, que legitima la muerte violenta de los discapacitados que no pueden trabajar, de los tullidos, de los enfermos incurables y de los ancianos. […] ¡Alemanes y alemanas! El artículo 211 de nuestro Código Penal todavía vigente dice: «Cualquiera que mata a un hombre intencionadamente es culpable de asesinato y será castigado con la pena de muerte». […] Se me ha asegurado, sin embargo, que en el Ministerio del Interior y en la oficina del Oficial Médico Jefe, el doctor Conti, no es ningún secreto que un gran número de enfermos mentales alemanes están siendo asesinados y de que existe la intención de que esto siga siendo así. […] Como esta acción no sólo es contraria a la ley de Dios y la ley moral natural, sino castigada por el Código Penal con la pena de muerte, expongo aquí el asunto en cumplimiento de mi obligación según el artículo 139, y solicito que se tomen inmediatamente las medidas necesarias para proteger a los enfermos afectados de las autoridades que tienen planeado sus traslados y asesinatos, y que se me informe de estas medidas […].

El obispo estuvo muy acertado al predecir que si el principio por el que el valor de una vida humana se medía por su capacidad de ser útil quedaba establecido, permitiendo asesinar por ello a los improductivos enfermos mentales, nada impediría que en un futuro se matara también a otros improductivos, como «los tuberculosos

incurables, los ancianos, los discapacitados en accidentes de trabajo o los mutilados de guerra». Nadie estaría seguro desde el momento en que «un comité podrá incluirle en una lista de improductivos que, a su juicio, no merecen seguir viviendo. Y no habrá policía que le proteja, ni tribunal que lleve a sus asesinos ante la justicia. ¿Quién podrá entonces confiar en ningún médico? ¡Podría diagnosticarle de improductivo y dar instrucciones para que le maten! […] ¿Qué será de todos nosotros cuando seamos viejos y enfermos?».

El sermón de Von Galen fue leído y difundido por las diversas parroquias católicas, y obtuvo un enorme eco en la opinión pública. Los aviones ingleses llegaron a arrojarlo en forma de octavillas sobre las tropas alemanas, así que los esfuerzos de T4 por mantener en secreto su campaña de exterminio habían fracasado estrepitosamente. La alarma social hizo que, el día 24 de ese mes, Hitler comunicara a Brandt su decisión de detener *Aktion T4.* Para entonces, se ha estimado que el número de gaseados estaría en torno a los ochenta mil. Y no todos ellos habían sido llevados a los centros de exterminio desde asilos o institutos psiquiátricos. No todos ellos eran incurables…

AKTION T4 EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN: 14F13

A principios de ese año, Himmler había hablado con Bouhler para saber si el personal y las instalaciones de T4 podrían ayudar a descongestionar unos campos de concentración cada vez más masificados. Fue el comienzo de una nueva campaña de exterminio que se conoció como Tratamiento Especial 14f13, ya que «tratamiento especial» *(Sonderbehandlung)* era el término empleado para matar a los prisioneros. Se le asignó un código porque llevados por el afán burocratizador de los nazis, las SS los empleaban para llevar un registro de las muertes de los prisioneros (la «f» correspondía al alemán *Todesfälle,* [muertes]); «14» era el código del inspectorado de los campos. Así, por ejemplo, 14f7 era muerte por causa natural, 14f8 por suicidio y 14f14 por ejecución. 14f13 vino a designar la muerte de prisioneros en las cámaras de gas de las instalaciones de T4.

El programa 14f13 fue implantado en los principales campos: Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald, Flossenbürg, Mauthausen, Neuengamme, Ravensbrück, Wewelsburg, Auschwitz y Gross-Rosen, constituyendo el punto de transición entre el asesinato de los enfermos mentales y los discapacitados y el exterminio de los asociales y las razas consideradas inferiores o peligrosas. Para entonces, los médicos de T4 ya no distinguían si los «elementos extraños» lo eran desde el punto de vista médico, racial, político o social. Todos ellos amenazaban con contaminar la pureza racial del *Volk* y debían ser exterminados. Simple biología aplicada…

Como en el programa de eutanasia infantil y en T4, los médicos de los campos debían hacer constar en unos formularios los datos de aquellos que, por debilidad o enfermedad, ya no eran capaces de trabajar o de quienes mostraban un

comportamiento inadecuado. También debían incluir a los asociales (gitanos, prostitutas, delincuentes o alcohólicos), indicando los motivos de su detención, y a los judíos. En este último caso bastaba con hacer constar su raza. Una vez realizada esta preselección, los médicos de T4 iban al campo para dar el visto bueno, a veces en solitario y otras formando equipos. Los elegidos fueron al menos doce: Hans-Bodo Gorga β, Otto Hebold, Werner Heyde, Rudolf Lonauer, Friedrich Mennecke, Robert Müller, Paul Nitsche, Viktor Ratka, Kurt Schmalenbach, Horst Schumann, Theodor Steinmeyer y Gerhard Wischer. No era que la dirección de T4 no se fiara del criterio de los médicos de los campos, sino una forma de asegurar que el control del programa de eutanasia siguiera estando en manos de la Cancillería del *Führer*. De hecho, los médicos enviados se limitaban a hacer una simple inspección visual de los prisioneros ya preseleccionados. Ocurrió por primera vez a principios de abril de 1941, en el campo de Sachsenhausen, cercano a Berlín, donde Mennecke, Steinmeyer y Hebold se encargaron de seleccionar entre trescientos cincuenta y cuatrocientos prisioneros en tan sólo cuatro días. En su obra *Auschwitz: the nazis and the «Final Solution»* (2005), Laurence Rees aporta el testimonio de Kazimierz Smolen, encerrado en Auschwitz por motivos políticos:

> Durante la revista vespertina se dijo que todo el que estuviese enfermo podía abandonar el lugar para curarse. Algunos presos lo creyeron, y todos se sentían esperanzados. El personal de 14f13 llegó allí el 28 de julio. Del campo salieron unos quinientos reclusos enfermos, entre voluntarios y escogidos, que fueron conducidos a un tren. Estaban agotados. No gozaban del menor atisbo de salud. Aquella era una marcha de espectros. La fila la cerraban enfermeras con gente en camilla. El espectáculo era macabro. Nadie les lanzaba gritos ni se reía. Los enfermos estaban encantados, y decían: «Por fin van a tener noticias mías mi esposa y mis hijos».

Pero ninguno volvió a ver a sus seres queridos. Al principio, las víctimas de 14f13 fueron gaseadas junto con los enfermos en Hartheim, Bernburg y Sonnenstein. Después, y a pesar de que Hitler ordenó suspender T4 en agosto, las instalaciones siguieron funcionando para los prisioneros de los campos hasta que T4 y las SS se embarcaron en un proyecto mucho más ambicioso de exterminio en el Este. Algo conocido como Solución Final. En Bernburg y Sonnenstein se siguió gaseando hasta 1943 y en Hartheim hasta finales de 1944. Este último matadero siguió funcionando hasta fechas tan tardías porque sus directores, Lonauer y Renno, ambos oficiales de las SS, mantenían muy buenas relaciones con el comandante del cercano campo de Mauthausen, Franz Ziereis, que (sin procedimientos previos) les seguía enviando prisioneros para ser gaseados como una especie de cortesía profesional. En total, se calcula que el número de víctimas de 14f13 podría acercarse a las veinte mil.

A pesar de la orden de Hitler de suspender T4, los no aptos siguieron siendo asesinados. El programa de eutanasia infantil siguió adelante porque nunca había utilizado las instalaciones de los centros de exterminio, ya que los niños eran asesinados dentro de los mismos centros hospitalarios colaboradores. Después de agosto, el programa de exterminio de las bocas inútiles siguió adelante con una nueva fase descentralizada que se conoció como «eutanasia salvaje». Una vez dictadas las pautas, simplemente se dejó en manos de los médicos de determinadas instituciones donde eran trasladados los enfermos decidir quién no merecía seguir viviendo, sin necesidad del dictamen final de los expertos de T4. El método más utilizado fue la administración oral o intravenosa de una dosis letal de narcóticos, aunque también se les dejaba morir de hambre. Emil Gelny, director del hospital austriaco de Gugging, utilizó métodos tan originales como los *electroshocks*. Hadamar fue otro de estos centros, convirtiéndose por lo tanto en la única institución utilizada tanto en la primera fase de T4 como en la eutanasia salvaje. También lo fueron las instituciones de Eichberg, Eglfing-Haar, Kalmenhof, Kaufbeuren, Meseritz-Obrawalde, Tienghof y muchas más, donde el asesinato fue asumido por el personal sanitario como una rutina más. En Eichberg, entre 1941 y 1945, fueron asesinados 2.722 adultos. En Meseritz-Obrawalde, unos diez mil, procedentes de al menos veintiséis ciudades alemanas, incluyendo no sólo aquellos incapaces de trabajar, sino también «pacientes que dan demasiado trabajo a las enfermeras, sordomudos, indisciplinados o que se quejan demasiado», así como «pacientes que han intentado fugarse y aquellos que disfrutan con relaciones sexuales indeseables». En Hadamar se asesinó a niños sanos etiquetados de *Mischlingskinder* (‘mestizos judíos’). El 6 de septiembre de 1944, el Ministerio del Interior también incluyó en el programa a los deportados de los territorios ocupados de Polonia y Rusia que, enfermos (la mayoría de tuberculosis), ya no podían seguir trabajando, y que fueron catalogados por ello de enfermos mentales. El mejor ejemplo de hasta qué punto el obispo Von Galen tenía razón al denunciar que tarde o temprano el programa de eutanasia escaparía a todo control es lo que ocurrió en Kaufbeuren, en Baviera. A pesar de tener a las tropas norteamericanas estacionadas a menos de un kilómetro desde finales de abril y de que Alemania se había rendido incondicionalmente el 7 de mayo, el personal del hospital estatal siguió con su macabra tarea hasta el 2 de julio de 1945. Los rumores que circulaban acerca de lo que estaba ocurriendo allí llegaron finalmente al Alto Mando, que envió a un grupo de soldados al hospital. Allí descubrieron «una auténtica planta de exterminio», sin ningún tipo de higiene y con los internos cubiertos de sarna, piojos y toda clase de bichos. En una morgue sin refrigerar encontraron cadáveres amontonados de hombres y mujeres, algunos ya en descomposición, que pesaban entre veintiséis y treinta kilos. Entre los niños que todavía estaban vivos había uno de diez años que no pesaba más de diez kilos y cuyas piernas a la altura de las pantorrillas tenían un diámetro de tan sólo seis centímetros. El informe de

Inteligencia se refirió al hospital como Campo Médico de Exterminio de Kaufbeuren, Baviera: «La enfermera jefe, que confesó sin coerción que había asesinado aproximadamente a doscientos diez niños en el curso de dos años mediante inyecciones intramusculares, simplemente preguntó: “¿Me pasará algo?”». El 29 de mayo se había «eliminado» a un niño de cuatro años llamado Richard Jenne, que se convirtió de esta forma en la última víctima de T4 a pesar de que para entonces los hombres que la pusieron en marcha estaban más ocupados en huir o en preparar su defensa que en la higiene racial, ya que en aquel momento eran muchos los que pensaban que las únicas vidas indignas de ser vividas eran las de quienes habían provocado tal horror. Se calcula que el número de víctimas de la eutanasia salvaje estaría en torno a las cien mil. En total, la mayor parte de los autores sitúa la cifra de asesinatos del programa de eutanasia en unos trescientos mil. En *The origins of nazi genocide* (1995), Henry Friedlander dice que una lista de los médicos participantes en T4 incluía unos sesenta nombres, contando a los doce que colaboraron en 14f13, aunque no constaban los nombres de los al menos veinticinco que ejecutaron el programa de eutanasia infantil ni, por supuesto, los de todos aquellos involucrados en la descentralizada eutanasia salvaje, no sólo médicos, sino también enfermeras y todo el personal sanitario que llegó a contemplar el asesinato de inocentes como una rutina hospitalaria más, concebida para el beneficio de la nación. Un buen ejemplo de lo que Hannah Arendt llamó «la banalidad del mal» fue la macabra ceremonia celebrada en Hadamar con motivo de la cremación del cadáver número diez mil. Todo el personal (médicos incluidos) se reunió frente al horno, con el cuerpo desnudo y cubierto de flores expuesto sobre una camilla mientras uno de ellos, disfrazado de sacerdote, decía unas palabras. Cada uno recibió una botella extra de cerveza como gratificación por su dedicación. El alcohol no escaseaba en los centros de exterminio donde, además, el personal de estas cadenas de la muerte se entregaba a frenéticas orgías. En *The Murderers Among Us* (1967), Simon Wiesenthal cuenta que Bruno Bruckner fue contratado por T4 para hacer fotografías de los últimos momentos de los enfermos y de sus cerebros, unos siniestros documentos que Wirth llamaba «material científico» y que enviaba a Berlín. Según dijo Bruckner, «la comida era buena y siempre había bebida», y una práctica habitual de este auténtico «castillo de los horrores» era que «todos se acostaban con todos» mientras en el aire flotaba un horrible hedor procedente de los hornos crematorios.

AKTION T4, antesala del Holocausto

La Operación T4 es el mejor ejemplo de cómo la cosmovisión nazi llegó a corromper la medicina alemana y cómo el concepto de «vidas indignas de ser vividas» se extendió hasta llegar a englobar a todos aquellos que el régimen consideraba una amenaza (judíos, gitanos, homosexuales, comunistas, eslavos y prisioneros de guerra). Sin embargo, como hemos visto, sería tan correcto decir que

la política racial nazi se impuso sobre la comunidad científica como afirmar que se edificó sobre ella. Por ello, son muchos los autores que sostienen que sin T4 no habría habido solución final. Como dice Friedlander, «la eutanasia no fue un simple prólogo, sino el primer capítulo del genocidio nazi», y la decisión de acabar con la cuestión judía usando gas se tomó teniendo en cuenta que el sistema ya había funcionado para acabar con los enfermos mentales y los discapacitados.

Se desconoce el momento exacto en el que Hitler tomó esta espantosa decisión, pues, hasta la fecha, no se ha encontrado ningún documento al respecto. Es muy probable, además, que nunca se encuentre, puesto que se fiaba enormemente de la comunicación verbal para dar órdenes a sus subordinados. Según la cadena de mando, lo más probable es que Heydrich recibiera la orden de Himmler, que a su vez debía haberla recibido directamente de Hitler, ya que una empresa de tal calibre era demasiado importante como para que se hubiera llevado a cabo sin su consentimiento. En un principio, tras la invasión de Rusia, la idea era exterminar a los odiados y temidos judíos soviéticos «portadores del germen del bolchevismo» para después enviar a estos territorios a los judíos occidentales antes de deportarlos, una vez acabada la guerra, todavía más al Este, más allá de los Urales, donde serían abandonados a su suerte. Los cuatro *Einsatzgruppen* de las SS que siguieron a la *Wehrmacht* en su avance hacia el Este llevaron a cabo espantosas matanzas de judíos, pueblo por pueblo y ciudad por ciudad.

Pero el método de las ejecuciones en masa se reveló excesivamente lento y costoso, a lo que se añadía el desgaste psicológico que causaba en los SS. De hecho, hasta el mismo Himmler se sintió tan impresionado cuando asistió a una de estas ejecuciones en Minsk, base del *Einsatzgruppe B*, a mediados de agosto de 1941, que casi perdió el conocimiento. Fue entonces cuando su comandante, Arthur Nebe, decidió recurrir a T4 y su técnico, Albert Widmann, fue enviado al Este. Como los tanques de monóxido de carbono eran demasiado caros y difíciles de transportar hasta los territorios ocupados, Widmann decidió utilizar el producido por los motores de los camiones, conectando el tubo de escape de uno de ellos al sótano de ladrillo de un hospital psiquiátrico de Moguiliov, al este de Minsk, donde ordenó encerrar a un cierto número de pacientes: «El experimento fue, entonces, todo un éxito —visto, claro está, desde el punto de vista nacionalsocialista—: Widmann había descubierto un modo económico y eficaz de ejecutar a las víctimas con el menor impacto psicológico para quienes perpetraban el crimen», dice Laurence Rees.

Para el otoño, el curso de la guerra no era el previsto. Se esperaba que durara tan sólo unos meses, que la *Wehrmacht* hubiera llegado a Moscú a mediados de agosto y que terminara el 1 de octubre, pero la heroica resistencia del Ejército Rojo y el inesperado desgaste del material por el polvo y el barro de las inmensas llanuras rusas detuvieron el avance alemán, lo que pudo predisponer a Hitler a descargar su rabia y frustración sobre sus eternos enemigos. Además, con el compromiso de buscar «la destrucción final de la tiranía nazi» alcanzado el 14 de agosto por estadounidenses y

británicos en la Carta del Atlántico, los dirigentes nazis aceptaron el hecho de que, antes o después, Estados Unidos acabaría entrando en la guerra, lo que para Hitler era la confirmación del poder internacional de los judíos para controlar los acontecimientos. De esta forma, para Hitler el mundo se había convertido en el escenario de una lucha a muerte por la supervivencia entre judíos y arios, y ya el 30 de enero de 1939, en el discurso al Reichstag con motivo del sexto aniversario de su nombramiento había afirmado claramente cuál sería su reacción frente a la guerra: «Hoy volveré a ser de nuevo un profeta. Si la comunidad financiera judía internacional de Europa y de fuera de ella lograse de nuevo arrojar a las naciones a otra guerra mundial, la consecuencia no sería la bolchevización de la Tierra, y por lo tanto la victoria de los judíos, sino la aniquilación de la raza judía en Europa». Así que es muy probable que fuera en este momento cuando la destrucción de la amenaza judeobolchevique soviética y la solución final del problema judío en la Europa dominada por los nazis se unieran para formar una única política de exterminio.

La orden del 15 de septiembre según la cual los judíos debían llevar la estrella de David cosida a sus ropas marcó el comienzo de las deportaciones al Este de los judíos de Austria, Alemania y el Protectorado. A mediados de octubre, los judíos y gitanos alemanes comenzaron a ser enviados al gueto de Lodz y después a Ostland, la región administrativa que incluía Letonia, Estonia, Lituania y Bielorrusia, los territorios soviéticos ocupados. Otros fueron enviados a los guetos de Riga, Minsk y Kovno, o a los del distrito de Lublin en el Gobierno General polaco, como Izbica, Piaski y Trawniki. Para el año nuevo, 53.000 judíos alemanes y austriacos habían sido expulsados de sus hogares y trasladados al otro lado del Reich para afrontar un destino incierto.

Los detalles de la solución final, el exterminio de los once millones de judíos europeos, fueron acordados durante una reunión celebrada el 20 de enero de 1942 en una villa del distrito berlinés de Wannsee. El día 11, Alemania le había declarado la guerra a Estados Unidos después de que el 7 de diciembre sus aliados japoneses bombardearan Pearl Harbor. Con la entrada en el conflicto del coloso dormido, la profecía de Hitler estaba a punto de cumplirse, y los judíos estaban abocados al exterminio. La Conferencia de Wannsee fue presidida por Reinhard Heydrich, y a ella acudieron quince responsables de diferentes departamentos implicados, desde los ministerios de Asuntos Exteriores, Justicia, Interior y de los Territorios Ocupados del Este, hasta la Cancillería del Reich y del partido, la Policía y un delegado del Gobierno General. Como secretario de actas actuó Adolf Eichmann, responsable del Departamento Judío de la RSHA *(Amt IV-B-4 «Juden»)*. En el protocolo final de la conferencia, firmado por Heydrich, quedaron recogidas las líneas generales del exterminio de los judíos europeos:

> La emigración ha cedido el lugar a partir de ahora a otra posibilidad de solución: la evacuación de los judíos hacia el Este, solución adoptada con el

> acuerdo del *Führer.* […] La solución final del problema judío en Europa deberá ser aplicada a alrededor de once millones de personas. […] En el marco de la solución final del problema, los judíos deben ser trasladados bajo fuerte escolta al Este y ser destinados allí al servicio del trabajo. […] Se sobreentiende que una gran parte de ellos se eliminará de forma muy natural por su estado de deficiencia física. El resto que subsistirá a fin de cuentas —y que habrá que considerar como la parte más resistente— deberá ser tratado en consecuencia. En efecto, la experiencia de la historia ha mostrado que, liberada, esta élite natural porta en germen los elementos de un nuevo renacimiento judío. En vista de la generalización práctica de la solución final, Europa será barrida del este al oeste […].

Eichmann fue encargado de dirigir y coordinar las deportaciones a escala europea, pues ya había demostrado su valía organizando la emigración forzada de los judíos austriacos después de la incorporación de este país. Sin embargo, cabe preguntarse si la Conferencia de Wansee merece el lugar que se le ha dado en cuanto a la reunión más significativa de la historia de los crímenes nazis. En realidad, puede decirse que la solución final ya había comenzado a principios del mes anterior, el 8 de diciembre de 1941, con la inauguración de la primera instalación diseñada para el exterminio en masa utilizando gas. El lugar elegido fue un antiguo fortín en Chelmno, a unos ochenta kilómetros de Lodz, en el Warthegau, y el hombre nombrado responsable de la operación fue Herbert Lange, quien ya había comprobado la eficacia del método. Las víctimas fueron enviadas desde el gueto de esta ciudad, donde en una superficie de cuatro kilómetros cuadrados rodeada de una alambrada llegaron a estar hacinados en unas condiciones infrahumanas cerca de 165.000 judíos procedentes tanto del Warthegau como de Alemania, Austria, el Protectorado y Luxemburgo. Tras un viaje en tren o en camiones, se les ordenaba desnudarse en grupos de cincuenta o sesenta, diciéndoles que iban a ser enviados a un campo de trabajo, pero que antes debían ser desinfectados. Después, atravesando un subterráneo donde colgaban carteles que indicaban «a los baños» o «al médico» eran obligados a subir una rampa que conducía a la parte trasera de un camión en cuyo interior se introducían los gases del tubo de escape. Cinco minutos más tarde todos estaban muertos. El camión se dirigía entonces al cercano bosque de Rzuchów, donde los cadáveres eran descargados y enterrados en fosas comunes. Para marzo de 1943, la mayoría de los judíos del Warthegau habían sido asesinados en Chelmno. Fue desmantelado el 7 de abril, pero volvió a ser puesto en funcionamiento entre el 23 de junio de 1944 y el 17 de enero de 1945 para acabar definitivamente con el gueto de Lodz. Se calcula que, al menos, 152.000 judíos fueron gaseados en Chelmno.

OPERACIÓN REINHARD

Poco después de la apertura de Chelmno, Odilo Globocnick, jefe de las SS y de la Policía en Lublin, recibió la orden de Himmler de poner en marcha la eliminación de todos los judíos polacos (la llamada Operación Reinhard), lo que significó la apertura entre la primavera y el verano de 1942 de tres nuevos centros de exterminio: Belzec, Sobibor y Treblinka, donde se construyeron cámaras de gas fijas en las que se introducía el gas producido por un motor diésel siguiendo el modelo de Widmann. La mayoría de los judíos concentrados en los guetos polacos fueron deportados allí en vagones de ganado, donde las ochenta o cien personas agolpadas en cada vagón apenas podían moverse, permaneciendo así, sin letrinas y sin comida ni bebida, durante días. Los más débiles fallecían antes de llegar a su destino. El resto eran asesinados apenas dos horas después. Belzec estuvo funcionando hasta diciembre de 1942, y Sobibor y Treblinka hasta el otoño de 1943. Sus actividades cesaron, simplemente, porque la solución final de los judíos en territorio polaco se dio prácticamente por concluida. En Belzec fueron gaseados seiscientos mil judíos; en Sobibor, doscientos cincuenta mil, y en Treblinka, que llegó a contar con diez cámaras de gas y recibir cinco mil deportados al día, más de setecientos mil. Como en T4, a los cadáveres se les arrancaban los dientes de oro. Después eran arrojados a fosas comunes, rociados con material inflamable y quemados.

Para poner en marcha la Operación Reinhard, Globocnick también recurrió a T4 y a su gran experiencia en el asesinato en masa. Así, como expertos en el uso del gas, Widmann y Becker fueron encargados de supervisar las cámaras, y al menos noventa miembros del personal de T4, embrutecidos y familiarizados con la muerte, fueron enviados a Belzec, Sobibor y Treblinka. Christian Wirth fue nombrado comandante de Belzec y después, inspector de los tres centros de exterminio de la Operación Reinhard. El jefe de Policía de Hartheim, Franz Stangl, fue nombrado comandante de Sobibor en mayo de 1942, afirmando en 1960 que su cámara de gas «era exactamente igual a la de Hartheim». El médico Irmfried Eberl, director de los mataderos de Brandenburg y Bernburg, fue comandante de Treblinka entre julio y agosto de 1942, pero el suyo fue un caso excepcional. T4 necesitaba médicos para efectuar la selección, asignar las falsas causas de muerte y aplicar en los hospitales la eutanasia infantil y la de los adultos durante la fase «salvaje». Además, Hitler había especificado que sólo ellos podían administrar la «muerte digna». Sin embargo, en el caso de los judíos, Hitler sólo había dado orden de acabar con ellos, sin especificar nada en concreto. Una vez demostrada la eficacia de un rápido método de exterminio, los médicos no eran necesarios en absoluto.

LA SOLUCIÓN FINAL

Sí lo eran, en cambio, en los otros dos centros usados por Himmler en la solución final: Auschwitz, en la Alta Silesia, y Majdanek, en un suburbio de Lublin. Estos dos campos no fueron concebidos en principio como centros de exterminio, sino como

campos de trabajos forzados, pero la magnitud de la operación hizo que también en ellos se instalaran cámaras de gas. Allí, los médicos de las SS eran los encargados de decidir con un simple movimiento de la mano quién debía morir en las cámaras de gas y quién podía seguir viviendo. Dependiendo de las necesidades del campo, separaban de los grupos de deportados recién llegados a los hombres y mujeres jóvenes y sanos, a los que se obligaba a trabajar en unas condiciones infrahumanas que debilitaban el cuerpo y minaban el espíritu. Los prisioneros apenas recibían comida y debían soportar horas interminables de trabajo extenuante y sádicos castigos, hacinados en barracones llenos de piojos, casi siempre sin calefacción y sin lavabos ni las mínimas condiciones sanitarias hasta que finalmente también morían. Majdanek empezó a funcionar en octubre de 1941 y llegó a acoger a medio millón de prisioneros, procedentes de veintiocho países. Murieron 235.000 de ellos, la mayoría de hambre, enfermedades y agotamiento; 140.000 nada más llegar, en las siete cámaras de gas que empezaron a estar operativas en 1942. Auschwitz fue en principio un campo de concentración construido sobre unos antiguos barracones del Ejército polaco situados en una zona de fácil acceso por ferrocarril y rica en recursos naturales que se abrió en mayo de 1940 para acoger prisioneros políticos polacos. En un radio de treinta kilómetros alrededor del campo se extendía una red de minas con uno de los filones de carbón más ricos de Europa, lo que despertó el interés de I. G. Farben, el gigante industrial alemán, que lo necesitaba para fabricar caucho y gasolina, dos productos esenciales para la industria bélica alemana. La necesidad de mano de obra hizo que Himmler decidiera en marzo de 1941 ordenar a su comandante, Rudolf Höss, ampliar las instalaciones del viejo campo para que pasara de acoger de diez mil a treinta mil prisioneros, levantar otro campo para cien mil prisioneros de guerra (lo que sería Auschwitz II o Birkenau), y preparar para Buna, la fábrica de I. G. Farben, instalaciones para sus diez mil trabajadores forzados (el futuro Auschwitz III o Buna-Monowitz). La invasión de la Unión Soviética y la adopción de la solución final lo acabarían convirtiendo en el paradigma del horror nazi y el escenario del mayor genocidio de la historia de la humanidad. En Auschwitz se daban las condiciones necesarias para cumplir las líneas maestras dictadas en Wannsee: trabajo y exterminio. Como dejó escrito Höss en sus memorias *Kommandant in Auschwitz* (1958): «Si antes de la guerra
los campos de concentración habían nacido, teniendo como fin a sí mismos, ahora que estábamos en guerra, según la voluntad de Himmler, se habían convertido en medios para alcanzar un fin. En efecto, en primer lugar habían de servir a las necesidades de la guerra misma, los armamentos. En lo posible, cada prisionero se había de convertir en un obrero de la producción bélica». Los prisioneros seleccionados eran obligados a trabajar hasta el límite de sus fuerzas para empresas privadas, que pagaban por cada uno entre cuatro y seis *Reichsmarks* diarios a la dirección del campo, lo que suponía una enorme fuente de ingresos para las SS, que no gastaba en la manutención de los prisioneros más allá de treinta céntimos de

marco diarios. Llegó a haber hasta veintiocho campos secundarios dependientes de Auschwitz dedicados directa o indirectamente a la industria armamentística para empresas como Siemens-Schuckert, la Weichsel Union Metallwerke de Krupp o la misma I. G. Farben. Se calcula que Auschwitz llegó a generar treinta millones de *Reichsmarks* de beneficio neto para las SS. Cuando se consideraba que los prisioneros ya no estaban en condiciones de trabajar, después de haber sido maltratados durante meses, eran llevados a las cámaras de gas emplazadas en el campo de Birkenau, a unos tres kilómetros del campo principal. Para comienzos del verano de 1943 ya estaban en pleno funcionamiento cuatro cámaras de gas con crematorios, con una capacidad total de acabar con la vida y de deshacerse de los cuerpos de cerca de cuatro mil setecientas personas al día, porque en Auschwitz no se utilizó monóxido de carbono como en los otros campos, sino un método más rápido y efectivo. Fue el subordinado inmediato de Höss, el *Lagerführer* o jefe de campo Karl Fritsch, quien sugirió el uso de ácido prúsico cristalizado (cianuro), comercializado en latas por la empresa Degesch (parcialmente controlada por I. G. Farben) con el nombre de Zyklon B (por *Blausäure,* ácido prúsico), que se usaba para acabar con los piojos. De muy fácil manejo, los cristales eran introducidos por pequeñas aberturas del techo de las cámaras donde, una vez en contacto con la humedad desprendida por los cuerpos hacinados, producían el gas que causaba la muerte casi instantánea a quien lo inhalaba.



El Zyklon B, producido y distribuido por las firmas Degesch y
Testa, ambas subsidiarias del gran consorcio químico I. G. Farben.

La rampa de desembarque de Birkenau fue el destino final de trenes de deportados procedentes de todos los rincones de Europa, desde Francia a Hungría y desde Grecia a Noruega. Aquí era donde los médicos seleccionaban y enviaban directamente a las cámaras de gas a aquellos a quienes, con una simple inspección visual, consideraban incapaces de trabajar. El resto traspasaba las puertas del campo principal, sobre las que figuraba en grandes letras la máxima *Arbeit macht frei* (el trabajo os hará libres). Acababan de escapar de la muerte sin saberlo, pero ello no significaba en absoluto que volvieran a ser libres. A la maldad se añadía el escarnio. De hecho, una frase muy repetida en Auschwitz era: «Aquí se entra por la puerta, pero se sale por la chimenea». De los 1.300.000 deportados que fueron enviados a Auschwitz durante sus cuatro años y medio de existencia, 1.100.000 nunca abandonaron el campo. Allí murieron centenares de testigos de Jehová, homosexuales y de otras minorías, quince mil prisioneros de guerra soviéticos, veintiún mil gitanos, setenta mil presos políticos polacos y un millón de judíos (entre ellos, un mínimo de doscientos mil niños).



Una selección en la rampa de desembarque de los trenes en Birkenau.

Uno de estos médicos seleccionadores pasaría a la historia de la infamia indisolublemente unido al horror de la máquina de matar de Auschwitz. Josef Mengele siempre será recordado como la encarnación de la perversión de la medicina nazi. El hombre al final de la pendiente resbaladiza. Un hombre criado en una familia

acomodada, devotamente católica, con una sólida formación científica, un alumno ambicioso y disciplinado que, sin embargo, no sólo envió a las cámaras de gas a cerca de cuatrocientos mil hombres, mujeres y niños, sino que también utilizó a centenares de ellos para llevar a cabo delirantes pseudoexperimentos sin ninguna base científica, realizados la mayoría con el pretexto de beneficiar a la raza aria, pero otros simplemente con el objetivo de satisfacer su insana curiosidad. Al fin y al cabo, iban a morir tarde o temprano, y tan sólo eran «vidas indignas de ser vividas». Y el suyo no fue un caso aislado. El doctor Lettich, deportado en Auschwitz escribió: «Desde el primer momento nosotros pudimos constatar que los médicos alemanes obraban todos del mismo modo, con un absoluto desprecio de la vida humana. Consideraban a los deportados no hombres, sino únicamente material humano». Fueron muchos los médicos que, respaldados y estimulados por Himmler, utilizaron este material humano en beneficio de la pureza del *Volk* o para mantener la salud y la seguridad de la *Wehrmacht,* unos enfermizamente imbuidos de la cosmovisión nazi y otros simplemente como forma de promoción de sus carreras profesionales y académicas. En julio de 1944, estando Brandt buscando monos para que los médicos de la *Wehrmacht* experimentaran con ellos, dada la proximidad fisiológica de estos respecto al ser humano, se encontró con Himmler en el Cuartel General del *Führer* y este le preguntó por sus gestiones. Brandt le contestó que el ministro de Armamento, Albert Speer, le había dicho que el coste de transportar estos animales desde África del Norte o Gibraltar podría ascender a doscientos mil francos suizos. Himmler sonrió sarcásticamente y le dijo: «Los míos, vea usted, se portan como un verdadero encanto. Además, no tienen que sufrir ningún viaje y no me han costado nada». Se estaba refiriendo a los prisioneros de los miles de campos de concentración establecidos por los nazis tanto en Alemania como en los países ocupados, que para 1943 tenían capacidad para albergar a más de dos millones de personas.

Capítulo 7
Los campos

En su obra *El mundo de ayer. Memorias de un europeo,* Stefan Zweig lo contó así:

> Luego se produjo el incendio del Reichstag, el Parlamento desapareció y Göring soltó a sus hordas: de un golpe se aplastaron todos los derechos en Alemania. Horrorizada, la gente tuvo noticias de que existían campos de concentración en tiempos de paz y de que en los cuarteles se construían cámaras secretas donde se mataba a personas inocentes sin juicio ni formalidades. Aquello sólo podía ser el estallido de una primera furia insensata, se decía la gente. Algo así no podía durar en pleno siglo XX. Pero era sólo el comienzo.

El comienzo del horror de los campos de concentración. En marzo de 1933, Göring, como ministro del Interior de Prusia, independizó a la Policía Política prusiana del Ministerio Fiscal alegando que: «Derecho es lo que beneficia al pueblo alemán» y la convirtió en la *Geheime Staatspolizei* (policía secreta del Estado) o Gestapo, poniéndola a las órdenes de su hombre, Rudolf Diels. A partir de la entrada en vigor de este principio se abrieron las puertas a la arbitrariedad policial de quienes manejaban este poderoso instrumento de represión, completamente desvinculado de los tribunales de justicia. Además, Göring incorporó unidades de las SS y las SA a modo de policía auxiliar y les dejó muy claro cuál debía ser su modo de actuación contra los enemigos comunistas: «No puedo actuar contra el populacho rojo con policías que tienen miedo de los procedimientos disciplinarios mientras se encuentran en el cumplimiento de su deber. […] La responsabilidad es mía y sólo mía. Deben entenderlo, si hacen fuego, soy yo el que dispara».

LA AFIRMACIÓN DEL PODER MEDIANTE LA REPRESIÓN: LA SCHUTZHAFT

Después del incendio del Reichstag, los poderes de emergencia que Hindenburg otorgó al nuevo Gobierno para «proteger al pueblo y al Estado» permitieron a las SA, las SS y la Gestapo desencadenar una violencia sin precedentes contra sus adversarios políticos, que se repitió después de la estrecha victoria de los nazis en las elecciones de marzo. Mediante la figura llamada *Schutzhaft* (prisión preventiva, sin juicio ni estipulación del tiempo de presidio o comunicación a sus familiares), miles de opositores comunistas y socialistas, pero también conservadores y liberales, fueron encarcelados en los llamados «campos salvajes»; fábricas abandonadas, sótanos, cuarteles, fortalezas, recintos deportivos o centros de prisioneros de guerra de la

Primera Guerra Mundial, donde fueron golpeados, humillados, torturados e incluso asesinados. Sin embargo, los veinticinco mil matones de las SA se convirtieron en un problema, ya que sus intervenciones descontroladas y rabiosas amenazaban con dañar la autoridad del partido y el Estado. Göring ordenó a la Gestapo que investigara sus actividades y mandó clausurar varios de sus campos, pero no se ocupó de lo que sucedía en los campos abiertos por las SS, que se veía como el instrumento adecuado para tener a raya a los indisciplinados SA.

El 9 de marzo, Himmler fue nombrado jefe de policía de Baviera y seis días después, «responsable político ante el Ministerio de Interior bávaro», lo que le confería el control de la Policía Política del Estado. El día 20, mediante un comunicado de prensa, anunció la apertura de un campo de concentración con capacidad para acoger a cinco mil personas en una fábrica de municiones abandonada en Dachau, un pequeño pueblo situado tan sólo a veinte kilómetros de Múnich: «Aquí se concentrarán todos los comunistas y, si fuera necesario, los oficiales *Reichsbanner* y marxistas que amenacen a la seguridad del Estado porque, a largo plazo, no se puede mantener a los oficiales comunistas en prisión individualmente sin sobrecargar la maquinaria del Estado y, por otro lado, no se puede poner a esos oficiales en libertad».

De esta forma, Himmler consiguió un control absoluto sobre el sistema del terror del estado de Baviera y los encarcelamientos *Schutzhaft*, autorizados además por la Policía Política. Al día siguiente, cuatro camiones de la policía trasladaron desde la prisión de Stadelheim y la fortaleza de Landsberg a los primeros doscientos prisioneros políticos. El primer comandante de Dachau fue el *SS-Obersturmführer* Hilmar Wäckerle, que instauró en el campo una ley marcial basada en un salvaje código penal que incluía la tortura e incluso la pena de muerte, dictada por él mismo, para delitos graves como el intento de fuga. Las inhumanas condiciones del campo no sólo trascendieron a la opinión pública, sino que motivaron la intervención de la fiscalía de Múnich. Durante las investigaciones, el fiscal Wintersberger le preguntó a Himmler por la muerte en condiciones bastante sospechosas de cuatro prisioneros judíos y le mostró las fotos de los cadáveres desfigurados. Himmler se vio forzado a destituir a Wäckerle, nombrando en su lugar, el 26 de junio, a un hombre del que ya hemos hablado, el conflictivo Theodor Eicke, que reconoció que de no ser por el *Reichsführer* «habría seguido siendo un presidiario durante toda mi vida y no hubiera sido capaz de ocupar un cargo público». Desde el primer momento, Eicke aleccionó a sus guardias para que consideraran a los prisioneros peligrosos enemigos del Estado, generando un odio y un desprecio hacia ellos inconcebible para las personas de fuera del campo, y haciéndoles hincapié en que era impropio de un hombre de las SS sentir compasión hacia un enemigo. Entre sus SS no había lugar para los débiles, sólo para hombres duros que obedecieran cualquier tipo de órdenes con indiferencia: «Ustedes son soldados incomparables, incluso en tiempo de paz, día y noche contra el enemigo, contra el enemigo que se encuentra tras las alambradas». Serían los

primeros miembros de una nueva formación de las SS que se llamó *Totenkopfverbände* (unidades de la calavera), que se encargarían de la custodia de los campos de concentración.

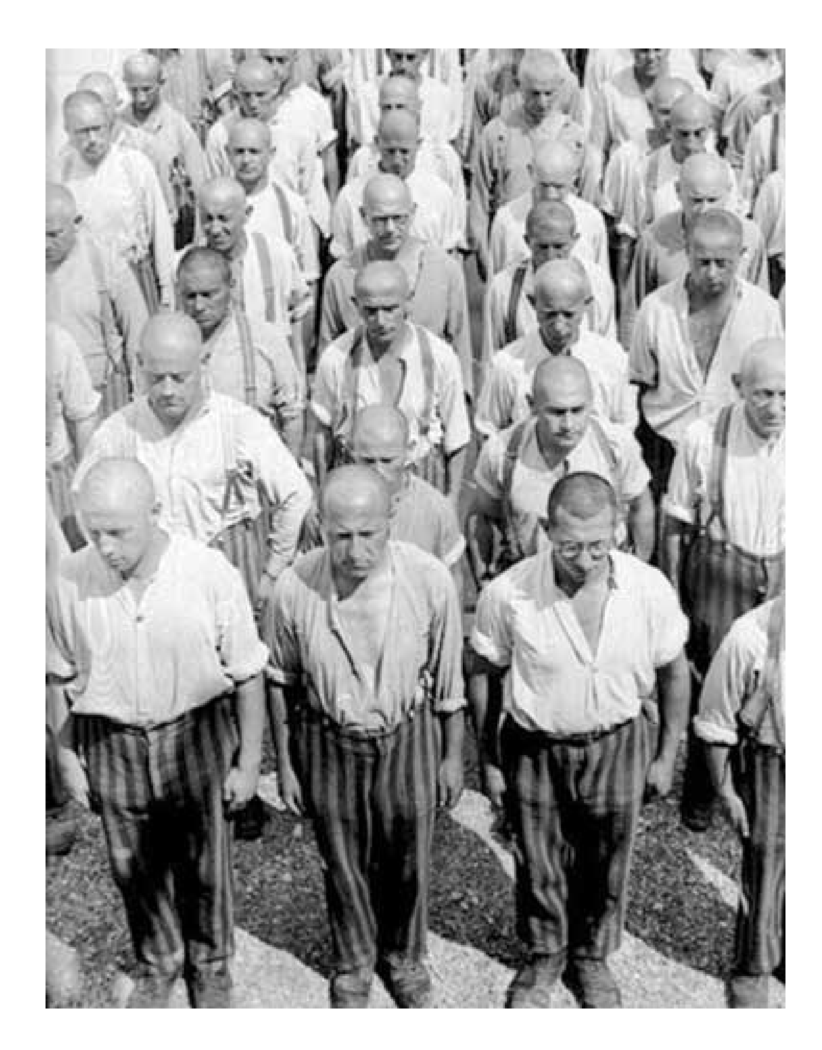
EL MODELO DACHAU

Este condicionamiento mental de los SS se vio enormemente favorecido por el proceso de deshumanización al que eran sometidos los presos, a los que se afeitaba la cabeza, se uniformaba con unos raídos pijamas a rayas y se asignaba un número. En ese momento dejaban de ser personas y, de hecho, los guardias se referían a ellos como cerdos, inmundicias y cosas peores. Los judíos eran judíos inmundos o basura judía. Las palizas eran constantes. Además, el sabotaje o producir daños materiales en el campo suponía la pena de muerte. También era castigado con la horca desobedecer una orden, negarse a trabajar o incitar a otros a hacerlo, gritar o quejarse, hablar de política con fines subversivos, hacer comentarios provocadores, formar grupos, holgazanear, transmitir noticias del campo o intentar ponerse en contacto con el exterior. Otros delitos menores como hacer «comentarios irónicos o insultantes sobre un miembro de las SS» o no saludarlo intencionadamente eran castigados con detención en una celda sin espacio ni para sentarse y una dieta de pan y agua, precedida y seguida de veinticinco latigazos. En Dachau se introdujo también el sistema de *kapos*, que acabaría por adoptarse en toda la red de campos de concentración. El término parece haberse derivado del italiano *capo*, ‘jefe’. Las autoridades del recinto nombraban a un prisionero de cada barracón o brigada de trabajo, generalmente un «verde» o condenado por delitos comunes, para que sirviera como policía interior del campo. Los *kapos* tenían la capacidad de disponer a su antojo del resto de reclusos, abusando con frecuencia de su privilegiada posición y maltratando, impartiendo castigos de forma arbitraria y humillando a los deportados a su cargo bajo los ojos complacidos de los SS.



Miembros de las *Totenkopfverbände* de las SS del campo de Mauthausen.

Los prisioneros, hacinados en barracones de madera, recibían mínimas raciones de comida y eran obligados a trabajar como esclavos desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, construyendo nuevas instalaciones para el campo o desarrollando otras tareas para las SS. Los que llevaban mucho tiempo estaban flacos y débiles debido a las privaciones y los trabajos forzados, y con frecuencia padecían enfermedades como la disentería que todavía los debilitaban más. Sobre la puerta de entrada, Eicke hizo poner en letras de hierro forjado el *Arbeit macht frei* que también podría leerse, años después, sobre la de Auschwitz, porque Höss (como otros muchos de los comandantes de los posteriores campos de concentración) aprendió aquí sus obligaciones. A lo largo del tejado del edificio de servicios públicos que construyeron los prisioneros frente a los barracones se escribió: «Hay un camino para la libertad. Sus hitos son: la obediencia, el celo, la honradez, el orden, la limpieza, la moderación, la verdad, el espíritu de sacrificio y el amor por la Madre Patria». Todo ello impuesto, claro está, por medio de las brutales medidas disciplinarias. La peor tortura, la tensión más demoledora que minaba hasta las voluntades más firmes era no saber si alguna vez iban a quedar en libertad.



Despojados de todas sus pertenencias, con el cabello cortado al cero y el uniforme a rayas, los prisioneros perdían definitivamente su condición de seres humanos.

EL DESARROLLO DE LOS CAMPOS

Para 1934, bien directamente o por medio de hombres de su confianza, Himmler ya dirigía las Policías Políticas de todos los estados, excepto la de Prusia. Finalmente, el 20 de abril, Göring le confió la dirección de la Gestapo. A partir de esta fecha, Himmler podía vigilar por medio de la SD, detener por medio de la Gestapo (cuya jurisdicción amplió más allá de Prusia hasta abarcar Alemania entera) e internar en sus campos de concentración a quien considerara oportuno. En mayo encargó a Eicke la reorganización de los campos de Prusia. Se hizo cargo del campo de Lichtenburgo, en Sajonia, y comenzó a remodelarlo según el modelo de Dachau. El 20 de junio fue nombrado oficialmente inspector de los campos de concentración. A principios de julio, después de la Noche de los Cuchillos Largos, mandó ocupar y disolver el campo de Oranienburgo, cerca de Berlín, que se encontraba bajo el control de las SA. También fueron clausurados otros campos. A continuación reorganizó el de Esterwegen y sustituyó a los guardias de las SA por sus SS. De la misma forma procedió en el de Sachsenburgo, cuya dirección asumió en agosto. La Columbia Haus, la cárcel de las SS en Berlín, le fue encomendada en diciembre de 1934, y el

campo de Sulza, en Turingia, en abril de 1936. De esta forma, la primera reorganización de los campos quedó completada.

El 17 de junio de 1936, el *Reichsführer-SS* fue nombrado jefe de toda la Policía Alemana, lo que significó su segregación definitiva del tradicional aparato administrativo y su fusión con las SS en un cuerpo de protección del Estado completamente novedoso, no coartado por una «normalización legal». Según Himmler, las funciones de la Policía debían ser «ejecutar la voluntad de la jefatura del Estado y crear y mantener el orden que esta desea» y «preservar de la destrucción y la corrupción a la colectividad orgánica del pueblo alemán, así como la fuerza vital y las instituciones del mismo», y esas atribuciones no debían «ser bloqueadas por trabas formales, porque esas trabas se contrapondrían también a los mandatos de la jefatura del Estado». De esta forma se podía detener y enviar a los campos tanto a los «enemigos ideológicos y políticos del pueblo alemán» como a aquellas personas «que, por degeneración física o anímica, se separaron del contexto natural de la colectividad popular y violaron, al perseguir de forma desinhibida sus intereses personales, las normas dictadas para la protección del pueblo y la comunidad», sobre los que, además, había que actuar de forma preventiva ya que al tratarse de criminales natos, biológicamente predispuestos al crimen, tarde o temprano acabarían delinquiendo. Una política dirigida contra un conglomerado de enemigos del Estado de los más diversos signos que dejaba en manos del *Reichsführer* el poder absoluto, sin límites legales, de definirlos y perseguirlos. Aunque la función originaria del SD de Heydrich fue tan sólo vigilar la vida privada de los miembros del partido, tras el nombramiento de Himmler como jefe supremo de la Policía Alemana se convirtió en el órgano informativo de la Gestapo y extendió su campo de acción a todos los ciudadanos alemanes con una red de cien mil informadores. El 27 de septiembre de 1939 se creó una sola unidad administrativa, la RSHA o *Reichssicherheitshauptamt* (Oficina Principal de Seguridad del Reich), también dirigida por Heydrich, con la misión de coordinar las actividades de la Gestapo y el SD y de extender por medio de sus funcionarios su acción a los territorios ocupados.

Después de los comunistas se dio caza a las fuerzas opositoras intelectuales (masones, judíos y sacerdotes comprometidos políticamente), asociales (su nombre en clave era reacios al trabajo en el Reich), vagabundos, mendigos, gitanos y «personas ambulantes a la manera gitana», delincuentes de todo tipo, alcohólicos, parados crónicos, proxenetas, testigos de Jehová (que se negaban a prestar el servicio militar o saludar al estilo hitleriano), homosexuales y judíos con antecedentes de una pena de cárcel de duración superior a un mes.

Entre los veranos de 1936 y 1937, Himmler cerró los campos de prisión preventiva, a excepción de Dachau, para diseñar nuevos centros que lo tomarían como modelo. El primero fue el de Sachsenhausen, cerca de Berlín, que sustituyó a los de Esterwegen y la Columbia Haus y se inauguró en julio de 1936. En el verano de 1937 se abrió el de Buchenwald y se amplió considerablemente Dachau. Se estima

que para el verano de 1937 el número de prisioneros de los campos de concentración era de unos siete mil quinientos. En el invierno de 1937-1938 se implantó la normativa de distinguir a los prisioneros mediante triángulos de tela cosidos a sus pijamas cuyo color informara sobre la categoría a la que pertenecían: rojo para los políticos, verde para los criminales, violeta para los testigos de Jehová, negro para los asociales, rosa para los homosexuales y marrón para los gitanos. Los judíos llevaban un triángulo amarillo que atravesaba sus marcas rojas, verdes, negras o de otro color, formando así una estrella de seis puntas. Todos aquellos que pudieran constituir una amenaza para el *Volk* eran detenidos por la Policía Secreta y llevados a los campos, donde tenían que someterse a la salvaje disciplina y al código de castigos diseñados por Eicke para Dachau, que administraban los *Kommandanten* de cada uno y sus *Totenkopfverbände*.



Con sus treinta y cuatro bloques, torres de vigilancia, doble alambrada electrificada y el inhumano trato a los prisioneros, Dachau se convirtió en el modelo de los campos de concentración.

En mayo del año siguiente se abrió el de Flossenbürg, y en agosto de ese año de 1938, tras la incorporación de Austria, el de Mauthausen, donde fueron encerrados los comunistas, nacionalistas, monárquicos y los dirigentes de la oposición austriacos. Ese mismo año, la noche del 9 al 10 de noviembre, tuvo lugar la tristemente célebre *Kristallnacht* (la Noche de los Cristales Rotos), un auténtico pogromo que marcó el inicio de la persecución de los judíos alemanes. Dos días antes, el tercer secretario de la embajada alemana en París, Ernst von Rath, había sido malherido en un atentado perpetrado por Herschel Grynszpan, un joven judío de diecisiete años de origen checo, que dijo haber actuado en venganza por los problemas que estaban causando los nazis a quienes profesaban su religión. Murió el 9 de noviembre y la noticia llegó

a Múnich por la tarde. Esa noche, en todo el territorio del Reich, militantes del partido, de las SA, las SS, las Juventudes Hitlerianas y de otras organizaciones nacionalsocialistas incendiaron sinagogas, destrozaron negocios e instituciones de los judíos, saquearon sus viviendas y los sacaron por la fuerza de ellas, humillándolos, maltratándolos y, en muchos casos, asesinándolos. Se quemaron ciento noventa sinagogas y se estima que las viviendas y negocios judíos destrozados pudieron superar los siete mil quinientos, llenándose las calles alemanas de cristales rotos, que dieron su nombre a tan fatídica noche. Las cifras oficiales hablaron de noventa y un muertos, pero probablemente fueron más. Un diplomático británico que se encontraba en Berlín escribió que se habían desatado las fuerzas de la barbarie medieval. Además, entre veinte mil y treinta mil judíos «ricos, varones y no demasiado mayores», a los que se culpó de los desórdenes, fueron detenidos y enviados a los campos de concentración, según Heydrich, «para reforzar el impulso de emigrar». Para el 12 de noviembre, Buchenwald ya estaba lleno. En los campos fueron vejados, apaleados y sometidos a una dura rutina de trabajo físico. Centenares de judíos murieron entre noviembre y diciembre, tal vez más de un millar. Pasarían dos o tres meses antes de que se permitiera a los supervivientes regresar a lo que quedaba de sus hogares. Además, se impuso una multa de mil millones de *Reichsmarks* a los judíos cuyas posesiones excedieran los cinco mil mediante una sobretasa del 20 %, y se prohibió a todos llevar empresas de venta al por menor y de transporte, así como dedicarse al comercio. A partir de la *Kristallnacht*, el único papel que iban a tener en la vida alemana sería el de subordinados. Para 1939, eran unos cuatrocientos cincuenta mil los judíos que habían abandonado la zona del Gran Reich Alemán (Alemania, Austria y las tierras checas de población germánica), es decir, la mitad de los que vivían allí.

El 15 de mayo de 1939 se abrió el campo de Ravensbrück, al norte de Berlín, destinado a la reclusión de mujeres, y ese mismo año, el de Bergen-Belsen. Después de la invasión de Polonia se construyeron campos en Neuengamme y Auschwitz (1940), en Gross-Rosen (1941), en Stutthof (1942) y en Majdanek (1943) y los de la Operación Reinhard. Entre 1942 y 1943, en los territorios ocupados a la Unión Soviética, los de Riga, Kaunas y Vaivara; en el otoño de 1944, el de Dora-Mittelbau, donde se construyeron las bombas volantes V-1 y V-2. En Francia, Drancy, Natzweiler, St. Cyprien, Le Barcarès, Gurs, Les Milles, Rivesaltes y Le Vernet, entre otros; en los Países Bajos, Breendock y Vught; en Italia, el de Trieste y los dos campos de tránsito de Fossoli y Bolzano… Es imposible saber con exactitud el número de campos de concentración abiertos por los nazis, ya que cada uno de los campos principales tenía decenas de campos exteriores subordinados. Según un informe del Ministerio de Justicia de Alemania Federal hecho público en 1967, fueron un total de 1.634. En cuanto al número total de personas enviadas a los campos por el régimen nacionalsocialista, sólo es posible llevar a cabo estimaciones aproximadas debido a los constantes traslados de prisioneros. En su obra *El Estado*

de las SS, Eugen Kogon, prisionero durante seis años en Buchenwald, dice que en el curso de los doce años de dominio nazi pudieron pasar por los campos entre ocho y diez millones de personas. En cuanto a la población media constante, es decir, el número de prisioneros que en un determinado momento se encontraban en los campos, lo estima en un millón. De hecho, al acabar la guerra había en los campos un mínimo de setecientos mil prisioneros.

EL TRABAJO OS HARÁ LIBRES

Himmler y Oswald Pohl, director administrativo de las SS *(SS-Verwaltungschef)* se dieron cuenta pronto de las posibilidades económicas que para su organización significaba disponer de una mano de obra barata. Por eso, cuando el arquitecto de Hitler, Albert Speer, presentó al *Führer* su ambicioso proyecto urbanístico para el Reich de los Mil Años, Himmler se ofreció para proporcionar los materiales necesarios. Nada podía ser tan idóneo como que los oponentes al régimen contribuyeran a su engrandecimiento. Tal y como dijo Speer: «A fin de cuentas, los judíos ya fabricaban ladrillos en tiempos de los faraones». En 1938 fundaron la primera de las numerosas compañías de las SS, la Deutsche Erd und Steinwerke o DESt (Empresa de Ladrillos y Sillares de Alemania), dedicada a la explotación de recursos naturales. Los emplazamientos de los campos abiertos entre 1937-38 demuestran hasta qué punto Himmler adoptó su sistema concentracionario a la necesidad de mano de obra esclava que proporcionara a los arquitectos e ingenieros de Hitler, que despreciaba el yeso y el hormigón, la piedra, los ladrillos y el granito necesarios para sus megalomaniacos proyectos. Buchenwald proporcionaría piedras para Weimar, a la que Hitler quería convertir en la Meca del arte dramático, y para Núremberg, donde se celebraban los congresos del partido; Flossenburg, no muy alejada, suministraría el granito; el campo de Neuengamme fue abierto por su proximidad a Hamburgo, llamada a convertirse en el mayor puerto del mundo y la cabeza de puente del Gran Reich hacia los otros continentes; a los prisioneros de Dachau les correspondería la construcción de los grandiosos monumentos proyectados en Múnich; Sachsenhausen, en Oranienburg, iba a ser encargada de la realización de los planes concernientes a Berlín, y Mauthausen de los de Linz, la ciudad donde Hitler pasó su juventud, que se convertiría en un monumento y un lugar de peregrinación, puesto que la tumba de sus padres inmortalizaría el culto a los muertos y la divinización de la herencia germánica. Los prisioneros de Mauthausen eran obligados a trabajar en las canteras de granito de sol a sol, teniendo que transportar a hombros, exhaustos y hambrientos, las piedras extraídas hasta la cima de la colina donde se encontraba el campo. Los 186 escalones excavados en la pared que debían recorrer día tras día se llamaban la «escalera de la muerte» por los deportados que allí morían aplastados por el peso de las masas de granito. Los nazis se divertían con los prisioneros «jugando a los bolos», golpeando a un prisionero con

la piedra que llevaba a su espalda y haciéndolo rodar para ver cuántas caídas provocaba la primera.

Como hemos visto, para cuando estalló la guerra la población de los campos todavía era muy reducida, pero eso cambió cuando el inicio del conflicto puso en manos de las SS una enorme cantidad de enemigos del *Volk*, tanto políticos como raciales. Para la primavera de 1942, su número ya se había duplicado. Entonces se creó la *SS Wirtschafts und Verwaltungshauptampt* o WVHA (Dirección General de Economía y Administración de las SS) para coordinar el trabajo de los prisioneros y el emporio empresarial creado por Himmler, y pocos días después, el 7 de febrero, Hitler nombró a Speer ministro de Armamento y Munición, lo que marcó un punto de inflexión en la movilización de los prisioneros. El propio Speer pidió a Himmler que le proporcionase tantos prisioneros de los campos como le fuera posible, y en mayo, el ministro de Justicia, Thierack, le permitió usar también a los presos de las cárceles. En un memorándum dirigido a Himmler el 30 de abril, Pohl señalaba que la prioridad máxima de los campos de concentración era «la movilización de toda la mano de obra reclusa para la realización de tareas de guerra (incremento de la producción de armas)». Pohl adjuntaba una nota dirigida a los comandantes de los campos en la que les advertía que su función era hacer trabajar exhaustivamente a los prisioneros «en el sentido literal del término exhaustivo», lo que prueba el poco interés que tenían los nazis en mantenerlos vivos, ya que pensaban que los países y territorios ocupados eran una fuente aparentemente interminable de esclavos. Un efecto colateral de esta premisa fue que pudieron permitirse asesinar a los judíos sin preocuparse de la pérdida de mano de obra. Como explicó Höss en Núremberg: «La principal razón por la que los prisioneros se encontraban en tan malas condiciones al final de la guerra, por la que tantos miles de ellos fueron hallados enfermos y escuálidos en los campos, era que cada internado tenía que ser empleado en la industria de los armamentos hasta el límite extremo de sus fuerzas». Degradados hasta más allá de la condición humana, desnutridos, aterrorizados, hacinados en barracones sin las mínimas condiciones higiénicas, enfermos y cubiertos de parásitos, los únicos estímulos para el trabajo y la obediencia eran los golpes de sus guardianes y las ejecuciones. Después de una inspección a las fábricas de los cohetes V, en el complejo subterráneo de Dora-Mittelbau, excavado por los propios prisioneros en las montañas de Harz, el doctor A. Poschmann dijo que había contemplado el infierno de Dante, describiendo «rostros impasibles, ojos en los que ni siquiera se podía ver odio, cuerpos exhaustos embutidos en pantalones sucios gris azulados». Los cadáveres de los ejecutados eran colgados en los túneles como advertencia, como los cerca de doscientos que fueron ahorcados por no acabar un cohete a tiempo. Antes de pasar lista, los SS simplemente daban un puñetazo en la cara a los reclusos: aquellos que permanecían erguidos se consideraban aptos para el trabajo. Cinco mil de ellos murieron tan sólo entre noviembre de 1944 y marzo de 1945. Los cuerpos, llenos de piojos y que con frecuencia pesaban solamente unos treinta y cinco kilos, eran llevados a Buchenwald

para ser quemados a un ritmo de mil al mes.

LOS «MUSULMANES»

El médico de las SS Heinz Thilo definió Auschwitz como *anus mundi*. Allí, el último estadio previo a la muerte se conocía como «musulmanización». Un «musulmán» *(Muselmanner)* era aquel a quien la falta de alimentos provocaba que, después de quemar su propia grasa, cubriera su déficit calórico consumiendo sus proteínas. En muchos campos de concentración el aumento del número de deportados hizo que los únicos alimentos que recibían fueran menos de un litro de una sopa consistente en agua caliente en los que se encontraban unos pedacitos de legumbres secas, alguna hoja de col y nabos y ciento cincuenta gramos de un pan mohoso, hecho con sucedáneo de harina y aserrín. Un total de unas trescientas a quinientas calorías diarias frente a las tres mil requeridas por el intenso trabajo físico. En pocos meses, los músculos se derretían y el individuo quedaba reducido a piel y hueso; un cadáver viviente vacío tanto física como mentalmente, de movimientos lentos, sin reflejos, que se hacía sus necesidades encima y ya no sentía ningún interés por nada de lo que le rodeaba. Se cree que el nombre se debió a la postura encorvada que adoptaban, que recordaba a la de un islamita rezando sus plegarias.



Convertido en un cascarón vacío, más allá de toda esperanza, el «musulmán» sólo podía esperar una muerte rápida.

El profesor Robert Weitz, que trabajó en la enfermería del campo, describió así este horrible estado: «A cambio de un poco de pan se dejaba arrancar los puentes y coronas de oro que llevaba en la boca. […] Puede decirse que, en conjunto, el ser humano era retrotraído al estado animal y, a veces, esta comparación resultaba un insulto para los animales». La muerte les llegaba en ausencia de cualquier síntoma anunciador, durante el sueño, en pleno día, a consecuencia de un esfuerzo o yendo a su lugar de trabajo. En *Vida y muerte en los campos de concentración y de exterminio* (1973), Franco Sarcinelli aporta el testimonio de G. Stroka, «que recalca el estado de agonía psicofísica de estos individuos, penosos fantasmas, espectrales imágenes de la muerte»:

> Cuando aún andaban, se movían como si fueran autómatas y, en cuanto se paraban, ya no eran capaces de efectuar el menor movimiento. Caían al suelo, exhaustos, indiferentes a todo. Si con su cuerpo cerraban el paso, se podía andar por encima de ellos, no apartaban un centímetro brazos y piernas; de sus bocas, siempre entreabiertas, no salía un grito de protesta ni de dolor. Y sin embargo, aún estaban vivos. Los *kapos*, los mismos SS podían pegarlos, empujarlos; no se movían, se habían vuelto totalmente insensibles a todo. Eran seres sin pensamientos, sin reacciones y, se podría decir, casi sin alma. Alguna vez, bajo los golpes, se ponían bruscamente en movimiento, como una manada de animales, empujándose unos a otros.
>
> Era imposible lograr de ellos que dieran su nombre y, aún menos, su fecha de nacimiento; ni la dulzura lograba hacerlos hablar; se limitaban a mirar, con una larga mirada, carente de expresión. Y cuando querían contestar, no lograban emitir sonidos, porque la lengua no lograba tocar el paladar reseco. Sólo se desprendía un fétido aliento, como si saliera de unas vísceras en estado de descomposición.

Es difícil estimar el número de personas que perdieron su vida detrás de las alambradas de los campos de concentración nazis a causa del hambre, el frío, los trabajos forzados, las epidemias, los malos tratos y las ejecuciones. Se piensa que pudieron ser cerca de un millón. La tragedia se cumplió hasta el final y, a la llegada de las vanguardias aliadas, se presentó ante ellas un horroroso espectáculo de cadáveres y auténticos despojos humanos.

LOS EXPERIMENTOS MÉDICOS

Pero trabajar hasta morir no era la única forma en que los prisioneros podían ser útiles al Reich. También podían contribuir con sus vidas a la obtención de valiosos conocimientos médicos que ayudaran a mejorar la salud del *Volk*. Al fin y al cabo, sus vidas eran indignas de ser vividas. Ya en fechas tan tempranas como mayo de 1935,

Hitler había dejado muy clara su opinión al respecto. Arrastraba desde hacía varios meses una afonía que ninguno de los médicos de las SS que le había enviado Himmler había sido capaz de resolver, por lo que, por iniciativa de Brandt, decidió ponerse en manos del profesor Von Eicken, titular de la cátedra de Otorrinolaringología del Hospital de la Caridad de Berlín. Este diagnosticó un pólipo de las cuerdas vocales, «un tumor totalmente benigno, debido sin duda a la tendencia del *Führer* a colocar mal su voz a lo largo de sus discursos», que debía ser extirpado. Antes de dormirse bajo los efectos de la anestesia, Hitler le dijo al doctor: «¡Profesor Von Eicken, espero que no me utilice de cobaya! ¡Si las necesita, es inútil utilizarme, sabe! ¡Las cárceles y los campos de concentración tienen suficientes condenados a muerte para ello!». Esta terrible advertencia, que anunciaba ya los experimentos con humanos, fue recordada por Brandt durante su testimonio en Núremberg.

Fue Himmler quien, personalmente, autorizó el uso de los prisioneros como cobayas humanos. El hombre cuyo aspecto físico era una caricatura grotesca de sus propias leyes, reglas e ideales, de quien el *Gauleiter* de Danzig-Prusia Occidental dijo: «Si me pareciera a Himmler, no se me ocurriría ponerme a hablar de la raza», tenía sin embargo el poder y la firme voluntad para embarcarse en cualquier proyecto, por delirante que fuera, que beneficiara a la supuesta raza superior. Preocupado por la baja natalidad del país, y llevando al límite las teorías eugenésicas, dio orden en 1935 de establecer la *Lebensborn* (fuente de la vida), una red de establecimientos dedicados a la procreación donde mujeres cuidadosamente seleccionadas, «racial y genéticamente valiosas», acudían para ser fecundadas por SS de pura raza aria. Himmler puso el proyecto bajo su supervisión personal y brindaba gustoso su padrinazgo a los niños nacidos en estos hogares, que podían quedarse con sus madres o ser dados en adopción a familias aprobadas por las SS. Los nacidos el 7 de octubre, el día de su cumpleaños, eran particularmente mimados, recibiendo juguetes y otros regalos. Sin embargo, no todos veían las *Lebensborn* con la reverencia que al *Reichsführer* le habría gustado, y eran muchos los alemanes que las ridiculizaban como auténticos burdeles para los SS o «granjas humanas para yeguas».

LA AHNENERBE

En 1935 fundó también la *Ahnenerbe* (herencia ancestral), la elitista organización dedicada a probar las teorías raciales e históricas defendidas por el nacionalsocialismo que reclutó a eruditos y científicos alemanes respetados tanto en su patria como en el extranjero para hacer plausibles las ideas nazis y dar forma a una nueva visión del mundo antiguo en el que se vería a una raza alta y rubia de paleoalemanes dando origen a la civilización y llevando la luz a las razas inferiores, tal como afirmaba Hitler. Su director general desde su fundación fue Wolfran Sievers, un autodidacta especializado en teoría racial, etnología germana, genética, prehistoria y el examen de los enemigos oficiales del partido nazi, es decir, los judíos, los

jesuitas, los masones y los bolcheviques. Su primer presidente fue el profesor Hermann Wirth, uno de los más famosos prehistoriadores de toda Alemania. En septiembre de 1936 fue desprestigiado en público por Hitler por sus investigaciones sobre «una mítica cultura atlante» y sustituido por Walter Wüst, una autoridad en literatura antigua y decano de la prestigiosa Universidad Ludwig Maximilian de Múnich.

La *Ahnenerbe* se convirtió en una parte más de las SS, y de ella formaron parte arqueólogos, etnólogos, zoólogos, botánicos, lingüistas, astrónomos, historiadores, geólogos y folcloristas, pero también médicos, biólogos y genetistas, a cuya disposición puso Himmler a los prisioneros de los campos, convertidos en un inmenso laboratorio experimental. Manifestando un absoluto desprecio por las más elementales normas éticas en experimentos médicos, también se los proporcionó a los médicos de la *Wehrmacht* como ayuda para aumentar la salud y la seguridad de las tropas del frente. En otras ocasiones, fueron los propios médicos SS de los campos quienes, sabiéndose protegidos por su *Reichsführer,* infligieron sádicos daños sin ninguna finalidad científica con el único objeto de satisfacer su morbosa curiosidad. En un discurso que pronunció el 4 de octubre de 1943 en Posen ante los *SS-Gruppenführer* allí reunidos, Himmler expuso lo poco que le importaba el destino de quien no perteneciera a la raza de los señores: «Un principio fundamental debe servir de regla absoluta a todos los hombres SS. Debemos ser honrados, comprensivos, leales, buenos camaradas con los que son de nuestra sangre y con nadie más. Lo que le pase a un ruso, a un checo, no me interesa absolutamente nada». En una carta dirigida al infame Sigmund Rascher llegó todavía más lejos: «Consideraré como verdaderos traidores a la patria a cuantos desde hoy se opongan a las experiencias con seres humanos, prefiriendo así que mueran los valientes soldados alemanes en vez de salvarse utilizando los resultados de estas experiencias. No vacilaré en comunicar sus nombres a las autoridades competentes, y autorizo a todos para exponer mi punto de vista a dichas autoridades». En el Tercer Reich, los animales tenían muchos más derechos que los enemigos del *Volk*. De hecho, la legislación nazi en cuanto a la protección de los animales fue la más estricta de la historia. El 16 de agosto de 1933, Göring prohibió la vivisección de animales en todo el territorio de Prusia para evitar «la insoportable tortura y el sufrimiento de los experimentos con animales», amenazando con enviar a los campos a quienes trataran a los animales «como objetos inanimados». El 24 de noviembre se promulgó la Ley de Protección Animal del Reich *(Reichstierschutzgesetz),* en la que no sólo se prohibió su participación en rodajes de películas o actos públicos donde pudieran resultar dañados, sino también la alimentación forzosa de las aves de corral o la amputación de las ancas de ranas vivas. Incluso se llegó a legislar la manera menos dolorosa de herrar a un caballo o el modo de cocinar langostas y cangrejos para evitar que se cocieran vivos. Los experimentos con animales sólo fueron permitidos siempre que se atuvieran a ocho estrictas condiciones, con el objeto de reducir su dolor y los experimentos

innecesarios. Primates, caballos, perros y gatos fueron acogidos bajo una protección especial, y las licencias sólo fueron dadas a instituciones recomendadas por las autoridades locales, nunca a personas individuales. Léon Degrelle, *SS-Obersturmbannführer* y amigo personal de Hitler, escribió que el *Führer* era vegetariano porque «no soportaba comer carne, porque significaba la muerte de una criatura viva. Sólo toleraba los huevos, porque la puesta del huevo significaba que la gallina había sido conservada en vez de sacrificada». Sobran las palabras…

LOS EXPERIMENTOS MÉDICOS EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR

Además, un hecho muy poco conocido es que la Alemania de la República de Weimar fue el primer país occidental en legislar la experimentación con seres humanos, y que los nazis nunca derogaron dicha ley. El 28 de febrero de 1931, el Ministerio del Interior elaboró una detallada guía «para nuevos tratamientos y experimentación con humanos» basada en una directiva que el Ministerio para Asuntos Religiosos, Educativos y Médicos prusiano envió el 29 de diciembre de 1900 a todos los hospitales y clínicas. Lo hizo después del escándalo suscitado un año antes cuando la opinión pública supo que en 1892, Albert Neisser, profesor de Dermatología y Venereología de la Universidad de Breslau y descubridor del gonococo, buscando un método de prevención de la sífilis, había inyectado suero de sifilíticos a ocho mujeres de entre diez y veinticuatro años ingresadas por otros motivos. Neisser no las informó sobre el experimento ni pidió su consentimiento, y cuando cuatro de ellas contrajeron la enfermedad, llegó a la conclusión de que la inoculación del suero no les había conferido ninguna inmunidad. Fue llevado ante un tribunal, donde se defendió alegando que las mujeres habían contraído la enfermedad de una forma natural dado que ejercían la prostitución, y cuando se le preguntó por qué no había solicitado su consentimiento, dijo que este sólo tendría valor «cuando se trate con gente capaz, por su experiencia y conocimientos, de comprender el verdadero significado de los posibles riesgos». A pesar de ser condenado «por no haber obtenido su consentimiento o el de sus representantes legales», tan sólo se le impuso una multa de trescientos marcos. Sin embargo, para prevenir que en un futuro se repitieran casos como el suyo, el Ministerio elaboró una serie de normas éticas relativas a la experimentación con humanos en las que advertía a los directores médicos de que cualquier acto médico aparte del diagnóstico, curativo y de vacunación quedaba prohibido si «el ser humano era menor o no competente por otros motivos» o si no había dado «su consentimiento sin ambigüedades» después de «una adecuada explicación de las posibles consecuencias negativas». Todas las investigaciones con seres humanos debían ser realizadas por los máximos responsables de cada institución o por médicos autorizados por ellos, y tanto el consentimiento informado como sus consecuencias debían quedar documentadas en las historias clínicas de los pacientes. Esta normativa nunca se convirtió en ley, como

sí lo hizo en cambio la circular de 1931 del Ministerio de Interior alemán, donde se advertía de que un nuevo tratamiento sólo podía ser administrado una vez que el paciente hubiera dado su consentimiento después de ser correctamente informado de sus posibles efectos secundarios, a no ser que su administración fuera necesaria de forma urgente para salvar su vida o para prevenir un daño severo a su salud. La investigación con fines no terapéuticos no era permitida bajo ninguna circunstancia sin el consentimiento del paciente. Además, para llevar a cabo un experimento con seres humanos se requería un informe por escrito y una clara estructura de responsabilidad, siendo el director médico el último responsable de todas las investigaciones clínicas llevadas a cabo en su institución. Era necesaria también una fase previa de experimentación con animales y se prohibían tajantemente los experimentos con moribundos. En las facultades de Medicina debía aprovecharse cada oportunidad para enfatizar la especial responsabilidad de todo médico que llevara a cabo ensayos clínicos con humanos.

No hay que extrañarse de que los nazis nunca derogaran esta normativa referida a la experimentación con seres humanos. En su cosmovisión, no afectaba a quienes permanecían hacinados tras los muros y alambradas electrificadas de los campos de concentración, pues no eran seres humanos, sino tan sólo infrahombres.

Capítulo 8
Dachau

Sigmund Rascher y los experimentos de altitud e hipotermia

Sigmund Rascher comenzó sus estudios de Medicina en 1930, a los veintiún años. Tres años más tarde se afilió al NSDAP y a las SA. En 1939 ingresó en las SS y en la *Luftwaffe*. Su fanatismo era tal que ese mismo año denunció a la Gestapo a su propio padre, también médico, al considerarlo un enemigo del régimen por defender la fidelidad a los principios hipocráticos. Cuando tenía treinta años se casó con una cantante de Múnich llamada Nini Diehl, quince años mayor que él, que había sido amante de Himmler tiempo atrás. El *Reichsführer* debía mantener un buen recuerdo de ella, ya que gracias a su mediación Rascher ingresó en la *Ahnenerbe* con el rango de *SS-Untersturmführer*. Himmler colmaba de regalos a la pareja, pues, a pesar de su avanzada edad, Nini había dado al Reich dos hijos de pura raza aria.

LOS EXPERIMENTOS DE ALTITUD

En la primavera de 1941, Rascher asistió a un curso de Medicina Aeronáutica en el *Luftgau Kommando VII* de Múnich en el que se trató sobre la respuesta del cuerpo humano en condiciones de gran altitud. En aquellos momentos se estaban desarrollando aviones capaces de volar más altos que los británicos, a alturas superiores a los doce mil metros, y la medicina aeronáutica debía resolver el problema de una tripulación sometida a un repentino descenso de la presión atmosférica (y, por lo tanto, a una falta de oxígeno) por la destrucción a gran altura de una cabina presurizada bajo el fuego enemigo o si debían abandonar el aparato saltando en paracaídas sin una fuente de oxígeno. Se había experimentado con perros y monos, pero nunca con seres humanos por el peligro que entrañaba. Viendo en la resolución del problema una magnífica oportunidad para ascender en su carrera profesional y cumplir su sueño de convertirse en profesor universitario, el 15 de mayo Rascher le envió una carta a Himmler en la que le decía:

> El estudio de los vuelos a gran altitud, exigida por el techo cada vez más alto que alcanzan los aviones de combate británicos, se ha convertido en una cuestión fundamental. Lamentablemente no se han podido hacer experiencias sobre material humano, porque estas experiencias eran muy peligrosas y nadie se prestaba a ellas voluntariamente. Por eso me he decidido a plantearle una cuestión de capital importancia: ¿Puede usted poner a nuestra disposición dos o tres criminales profesionales con fines experimentales? Estas experiencias,

> en el curso de las cuales los sujetos de las mismas pueden morir, se harían, por supuesto, con mi activa participación. Son esenciales para el estudio de los vuelos a gran altura y no pueden ser practicadas, como ya se ha intentado, sobre monos, ya que estos presentan condiciones experimentales muy diferentes. Tuve una conversación muy confidencial con un médico de la *Luftwaffe* que trabaja precisamente en estas investigaciones. Piensa exactamente igual que yo, que estos problemas no pueden resolverse si no es haciendo el experimento con seres humanos (los débiles de espíritu podrían así servir de material de experimentación).

La respuesta no tardó en llegar, en forma de una carta firmada por Rudolf Brandt, el secretario personal de Himmler:

> Por haber tenido que volar hacia Oslo, el *Reichsführer-SS* me ha dado su carta del 15 de mayo pasado con el fin de que yo le conteste en su ausencia. Puedo decirle que los presidiarios serán puestos a su disposición gustosamente para los experimentos a realizar a gran altura. He comunicado al jefe de Policía el acuerdo adoptado por el *Reichsführer* y he solicitado funcionarios competentes que los pongan a su disposición. Aprovecho esta ocasión para transmitirle mis mejores deseos con ocasión del nacimiento de su hijo.

En diciembre de ese año, Georg August Weltz, director del Instituto para la Medicina Aeronáutica de Múnich, se puso en contacto con Siegfried Ruff, director del Departamento para la Medicina Aeronáutica del Instituto Experimental de Berlín, para comunicarle la decisión de Himmler. Ruff propuso a Hans Wolfang Romberg, uno de sus mejores colaboradores, para supervisar los experimentos de Rascher. El 14 de febrero de 1942, los cuatro hombres llegaron a Dachau para entrevistarse con el comandante del campo, el *SS-Obersturmführer* Piorkowsky, que mostró grandes deseos de colaborar y se puso a su entera disposición. Sería la primera vez que seres humanos se verían obligados a participar en los experimentos médicos del Tercer Reich.

Weltz proporcionó la cabina de descompresión, que llegó a Dachau camuflada dentro de un camión de carbón. Se trataba de un habitáculo esférico dotado de un sistema de manivelas y volantes que permitía la extracción del aire a voluntad, recreando de esa forma las bajas presiones atmosféricas propias de una gran altitud (hasta los veintidós mil metros) que impiden un adecuado paso del oxígeno a la sangre. Romberg dio las órdenes de montaje y las instrucciones correspondientes. Como material humano, Rascher pidió hombres de entre veinte y treinta años en tan buenas condiciones físicas como si fuesen pilotos de la *Luftwaffe*, a los que llamó *VP* (*Versuchsperson* o sujetos de experimentación). A quien se presentase voluntario se le

prometió, por lo tanto, comida extra y la exoneración de trabajo mientras duraran los experimentos. De unos sesenta voluntarios, Rascher eligió a diez, a los que mintió asegurándoles que no correrían ningún peligro y que quedarían en libertad una vez acabadas las pruebas. Los prisioneros eran encerrados en la cámara y sus reacciones observadas a través de un tragaluz. Conectados a una máscara de oxígeno, Rascher comenzaba a simular la ascensión sacando gradualmente aire de la cámara hasta llegar a la altitud deseada. Entonces les decía que se la quitaran para iniciar el descenso. La primera prueba tuvo lugar el 22 de febrero de 1942. Al prisionero se le ordenó quitarse la máscara a una altitud de quince mil metros. Inmediatamente, su cuerpo comenzó a agitarse, presa de convulsiones. A catorce mil quinientos metros se puso rígido y «se sentó como un perro». Comenzó a jadear y a emitir gruñidos con los miembros contraídos y los ojos a punto de salirse de sus órbitas. A cinco mil metros, dejó escapar un grito desgarrador que se transformó en llanto. Con el rostro deformado, se mordió la lengua. Después de veinte minutos, una vez concluido el descenso, el hombre fue sacado de la cabina. No podía andar, ni recordaba su nombre. Había perdido la noción del tiempo y era incapaz de recordar lo que había hecho los tres días anteriores. No recuperó su estado normal hasta veinticuatro horas después, y no guardó ningún recuerdo de su estancia en la cabina. Rascher y Romberg informaron a Himmler de que «el desarrollo de los experimentos de descenso desde una altura de quince mil metros, mostrado con este ejemplo, se repite de una manera idéntica en las demás experiencias», concluyendo que «la falta de oxígeno no ha originado ninguna muerte ni ningún accidente con secuelas permanentes y duraderas».

Estos fueron los experimentos oficiales, supervisados por Romberg. Pero Rascher también llevó a cabo una segunda serie de experimentos, sin la presencia de testigos, sabiendo que todo aquel que participara en ellos moriría de una forma atroz. Su intención era dejar a los prisioneros a una gran altitud sin máscara de oxígeno y determinar la causa de su muerte. Un abogado austriaco llamado Anton Pacholegg, prisionero en Dachau por haber mantenido contactos con los servicios secretos británicos, a quien Rascher utilizó como ayudante, hizo el siguiente relato:

> He observado personalmente, a través de la ventana de la cámara, cómo un prisionero encerrado en la misma aguantaba el vacío que se iba produciendo a su alrededor hasta estallarle los pulmones. Cierta clase de ensayos han producido tal presión en las cabezas de estos hombres que se volvían locos y se arrancaban los cabellos en un esfuerzo desesperado para mitigar aquella cruel sensación. Se laceraban la cabeza y el rostro con las uñas en múltiples arrebatos de demencia. Golpeaban las paredes con la cabeza y las manos y prorrumpían en alaridos con el inútil propósito de librar a sus tímpanos de aquella presión.

Estos casos de producción del vacío absoluto acababan generalmente con la muerte del sujeto. Una prueba tan dura no podía acabar de otro modo, tanto era así que en bastantes casos la cámara era utilizada, no ya como un objeto experimental, sino como un método ordinario de ejecución.



Un deportado de Dachau sometido a los experimentos de simulación de altitud en la cámara de descompresión de Sigmund Rascher.

En las autopsias que realizó, Rascher encontró gran cantidad de embolias gaseosas en los vasos sanguíneos cerebrales. Con el fin de descubrir si los graves efectos físicos y psíquicos observados en el mal de altura se debían al paso a sangre de una gran cantidad de aire, fue todavía más lejos. En un informe remitido a Himmler el 11 de mayo, le contó lo siguiente:

> Antes de la recuperación parcial después de una experiencia de descenso en paracaídas (tras permanecer media hora a una altura de doce kilómetros), antes de recuperar el conocimiento, algunos individuos fueron mantenidos

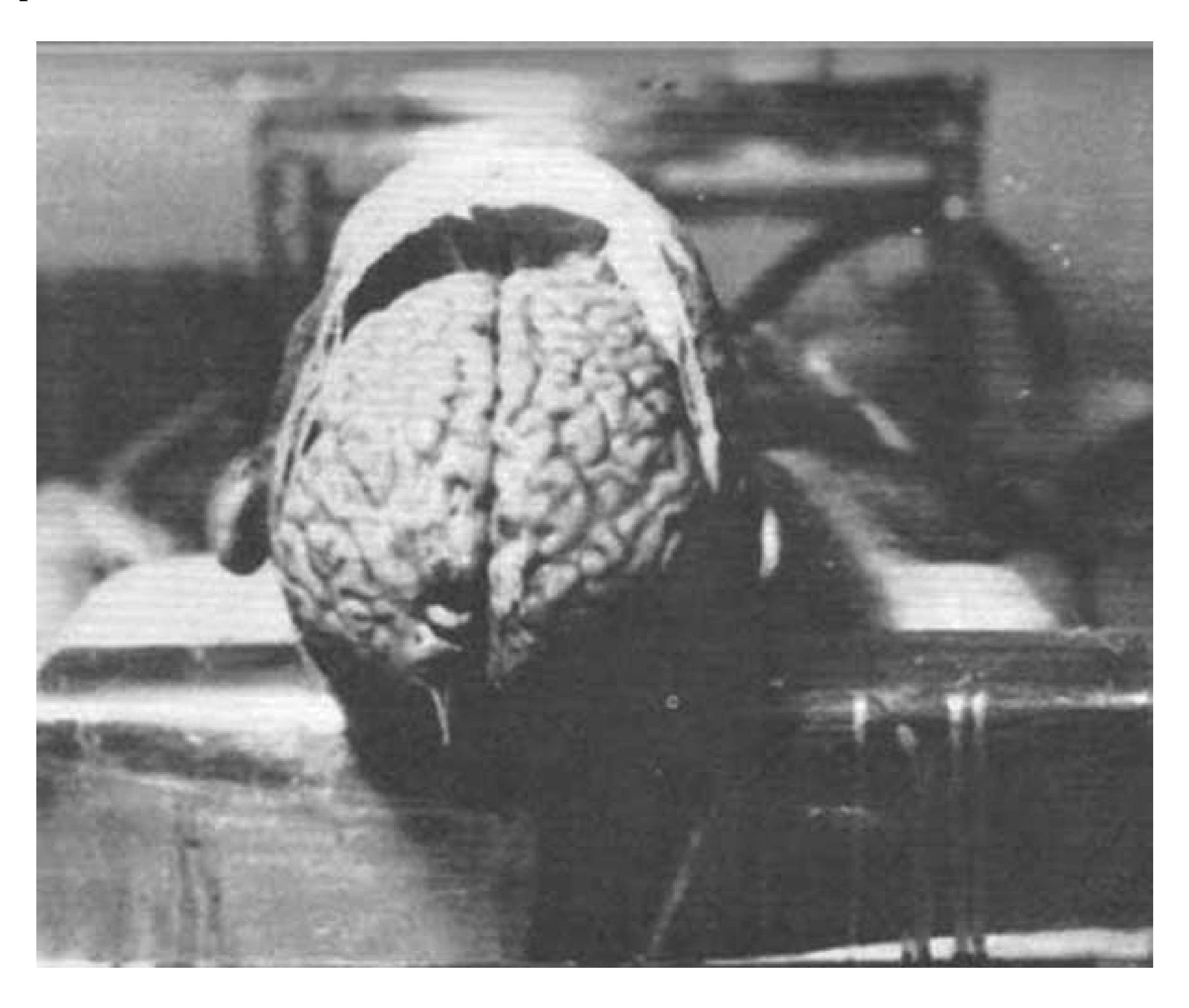
> bajo el agua hasta que murieron. Cuando el cráneo y las cavidades torácica y abdominal fueron abiertas bajo el agua, se descubrió gran cantidad de embolias gaseosas en el cerebro, en las coronarias y en las venas del hígado e intestino. Con ello se prueba que la embolia gaseosa no es mortal como hasta ahora se consideraba; es perfectamente reversible, como lo demuestra la vuelta a las condiciones normales en algunos sujetos que han sido sometidos a estas experiencias.

Rascher incluso llegó a diseccionar a personas cuyo corazón seguía latiendo. En otro informe del 4 de abril informó a Himmler de este horror como si se tratara de una simple curiosidad:

> Sólo los experimentos de permanencia en altitudes superiores a los diez mil quinientos metros acabaron en muertes. Estos experimentos demostraron que se deja de respirar después de unos treinta minutos, mientras en dos casos el corazón siguió latiendo durante otros veinte minutos.
>
> El tercer experimento tomó un curso tan extraordinario que avisé a un médico SS del campo como testigo, dado que trabajaba en solitario. Fue un experimento de permanencia sin oxígeno a una altura de doce kilómetros, realizado con un judío de treinta y siete años en buena forma física. Continuó respirando durante treinta minutos. Después de cuatro minutos, el VP empezó a sudar y a sacudir la cabeza; después de cinco minutos comenzaron las convulsiones; entre seis y diez minutos después la respiración se aceleró y el VP perdió el conocimiento; entre once y quince minutos más tarde la frecuencia respiratoria cayó a tres por minuto, hasta que finalmente dejó de respirar.
>
> Desarrolló una severa cianosis (tinción azulada de la piel) y expulsó espuma por la boca… Una media hora después de que dejara de respirar, se llevó a cabo la disección.
>
> Cuando se abrió el pecho, se encontró el pericardio a tensión (la membrana que rodea al corazón). Después de abrirlo, salieron unos ochenta centímetros cúbicos de un líquido amarillento. En el momento en que se liberó el corazón, la aurícula derecha empezó a latir, al principio a una frecuencia de sesenta por minuto y después más lentamente. Veinte minutos después de que se hubiera abierto el pericardio, se puncionó la aurícula. Durante quince minutos salió de su interior un flujo de sangre espesa. Cuando la sangre coagulada cerró el orificio de la punción, la aurícula derecha volvió a contraerse.
>
> Una hora después de que hubieran cesado los movimientos respiratorios, la médula espinal fue seccionada completamente y el cerebro extraído. Entonces, la aurícula derecha se detuvo durante cuarenta segundos. Después

volvió a contraerse, parándose definitivamente ocho minutos después. Un gran edema subaracnoideo fue encontrado en el cerebro (inflamación dentro de la membrana que hace de barrera entre la sangre y el cerebro). Se encontró una gran cantidad de aire dentro de las arterias y venas cerebrales.

Después de recibir este informe, y haciendo gala de un espantoso humor negro, Himmler le dijo a Rascher que podía perdonar a quienes fueran reanimados después de que hubieran dejado de respirar y de que sus pechos hubieran sido abiertos. Este absurdo perdón tenía además condiciones: «Los condenados a muerte serán perdonados permaneciendo en el campo de por vida». Manifestando un macabro interés en el trabajo de su marido, Nini se encargó de tomar fotografías y de grabar filmaciones tanto de la agonía como de las autopsias de los sujetos, que fueron enviadas al *Reichsführer* junto con empalagosas cartas llenas de halagos a su protector. En una de ellas, fechada el 13 de abril, le agradecía los regalos y el chocolate que les había enviado para, a continuación, alabar la crueldad de su marido: «Mi esposo es muy afortunado porque te tomes tanto interés en los experimentos. Justamente ahora, en Pascua, ha hecho él solo varios de esos experimentos que habrían provocado los escrúpulos del Dr. Romberg y habrían despertado su compasión».



El cerebro de una de las víctimas de Rascher fotografiado por su entusiasta esposa Nini.

Un prisionero llamado Walter Neff fue encargado de ayudar a Rascher. Consiguió sobrevivir y declaró en Núremberg que el número de deportados que pasaron por la cámara entre febrero y agosto de 1942 fue de unos doscientos, «de todas las nacionalidades representadas en el campo», incluyendo prisioneros de guerra soviéticos y criminales profesionales judíos, condenados por *Rassenschande* (delito contra la raza), es decir, simplemente por mantener relaciones sexuales con mujeres alemanas gentiles. También dijo que estimaba que unos ochenta de ellos habían muerto durante las pruebas y que, en su opinión de profano, cada caso de muerte en la cámara había sido provocado voluntaria e intencionadamente por Rascher, mientras que estaba convencido de que «si Romberg hubiese tenido orden de dirigir solo estas experiencias, sin Rascher, no habría habido muertos».

Los supervivientes de Dachau describieron la cámara de baja presión como «una de las torturas más pavorosas debido al intenso dolor que experimentaban las víctimas». El propio Rascher subió hasta una altura comparativamente modesta, de unos doce mil quinientos metros, consumiendo oxígeno, pero detuvo el experimento cuando sufrió unos dolores tan intensos «como los de una apoplejía». Una consideración que no tuvo con sus víctimas, a algunas de las cuales hizo ascender hasta veintiún mil metros, el límite de la cabina. Después de su propia experiencia, describió que había sentido como si le hubieran metido el cuerpo en una prensa y le hubieran arrancado la cabeza.

August Heinrich Vieweg, detenido alemán del campo, recordó que:

> En el momento mismo en que los motores de esta cámara comenzaban a girar, un silencio de muerte reinaba en la enfermería; sucedió a menudo que los enfermos o incluso enfermeros que se encontraban en los corredores fuesen conducidos inmediatamente al lugar de las experiencias. […] Un gran número de deportados eran escogidos al azar en el campo para llevarlos a la cámara. Recuerdo que un jefe de barracón, enviado al hospital por pulmonía, fue trasladado a esta estación de experimentación y unos días más tarde conducido al depósito de cadáveres.

A pesar de la matanza, Rascher no logró solucionar el problema de la altitud, llegando a la conclusión de que era imposible volar a altitudes superiores a los doce mil metros sin una cabina o un traje presurizado aunque se respirara oxígeno puro. Únicamente se limitó a constatar unos hallazgos anatomopatológicos que también podrían haber sido comprobados experimentando con gatos, perros o monos. Sin embargo, tanto Himmler como Göring, ministro del Aire y comandante en jefe de la *Luftwaffe*, se mostraron muy satisfechos. Tanto que Himmler dio instrucciones a Sievers para que fundara dentro de la *Ahnenerbe* una nueva entidad de investigación destinada a supervisar los experimentos médicos realizados con prisioneros de los campos. Se llamó Institut für Wehrwissenschaftliche Zweckforschung (Instituto de

Investigación Científica Militar) y fue estructurado en dos divisiones: una fue encargada a Rascher y la otra, a un hombre de aspecto feroz, un médico militar también miembro de las SS y director del Instituto Anatómico de la Universidad de Estrasburgo llamado August Hirt, de quien hablaremos más adelante.



Los supervivientes describieron la cámara de baja presión
como «una espantosa tortura».

LOS EXPERIMENTOS DE HIPOTERMIA

La altitud no era el único problema médico al que se enfrentaba la *Luftwaffe*. Tras la fulminante invasión de Francia, que capituló apenas un mes después de que las tropas alemanas cruzaran su frontera el 12 de mayo de 1940, Hitler, aconsejado por Göring, comenzó un ataque aéreo masivo contra Gran Bretaña. El 8 de agosto comenzó la batalla de Inglaterra, que se prolongó durante dos meses, en el curso de la cual los cazas británicos jugaron un papel decisivo al abatir diariamente docenas de aparatos nazis. Y a pesar de sus equipos especiales, las frías aguas del mar del Norte acababan con las vidas de los pilotos alemanes de manera mucho más eficaz que las balas de las ametralladoras. Además, muchos de los que eran rescatados rígidos e inconscientes, pero todavía vivos, también fallecían al poco tiempo pese a todos los cuidados que se les prodigaban. Experimentando con cobayas, Weltz llegó a la

conclusión de que el recalentamiento rápido era el método más eficaz de evitar la muerte por hipotermia, algo que ya había demostrado en el siglo XIX un científico ruso llamado Lepezinsky. Un miembro de su equipo, el doctor W. Lutz, estudió las respuestas de los cerdos a la hipotermia y descubrió que la frecuencia cardiaca disminuye al hacerlo la temperatura corporal, pero que no cesa instantáneamente. Comprobó que el corazón dejaba de latir a los 16°, y que la estimulación eléctrica no resultaba efectiva para reanudar la actividad cardiaca cuando se había llegado a una temperatura corporal de 13°, pero que por encima de esa temperatura, el recalentamiento rápido, la respiración artificial y la estimulación eléctrica resultaban eficaces para resucitar al animal hipotérmico. La observación de que se podía hacer descender la temperatura corporal hasta los 16° y después hacerla retornar hasta un valor normal de 37° fue considerada como un descubrimiento asombroso. Y lo que fue todavía más importante fue comprobar que la parada cardiaca causada por la hipotermia era reversible.

En una carta enviada a Himmler con fecha del 10 de octubre de 1942, Erich Hippke, inspector de los Servicios Médicos de la *Luftwaffe,* le agradecía «en nombre de la investigación científica alemana en la rama de la Medicina Aeronáutica» la ayuda que había prestado a los experimentos médicos realizados en el campo de Dachau «y el interés con que los ha seguido». Sin embargo, se lamentaba de que no se podían obtener «conclusiones definitivas para la práctica del lanzamiento en paracaídas», ya que no se había tenido en cuenta un factor muy importante, «a saber, el del frío», que representaba «una extraordinaria carga suplementaria para el cuerpo humano y sus procesos fisiológicos, de modo que, probablemente, en la práctica los resultados serían menos favorables que en nuestros experimentos». Himmler le propuso a Rascher llevar a cabo esta nueva serie de experimentos, pues como expuso en una carta enviada al general Erhard Milch, inspector general del Aire, le consideraba el ideal de médico SS, alguien alejado de los «círculos médicos cristianos» donde «se piensa que un joven piloto alemán debe arriesgar su vida mientras que la vida de un criminal es demasiado sagrada como para que nadie se manche con esa culpa». Himmler también le decía que necesitaría al menos diez años para «erradicar esta estrecha mentalidad de nuestra gente», pero que ello no debía afectar a «las investigaciones necesarias para nuestros jóvenes y espléndidos soldados y pilotos».

Sin embargo, la *Luftwaffe* no consideraba a Rascher un científico serio, por lo que envió a Dachau a dos de sus oficiales médicos, Ernst Holzloehner y August Finke, ambos profesores de Fisiología en la Universidad de Kiel, para supervisar los experimentos, que comenzaron el 15 de agosto de 1942. Rascher insertaba electrodos en el recto de los prisioneros para medir su temperatura corporal y luego los sumergía en un tanque lleno de agua y hielo, a una temperatura de entre 2 y 12°. Algunos fueron metidos en el tanque con los trajes protectores y los chalecos salvavidas de la *Luftwaffe,* pero otros fueron dejados en el agua helada desnudos, e incluso

anestesiados para comprobar si los movimientos voluntarios influían en el descenso de la temperatura corporal. Allí eran dejados entre una y dos horas y, mientras se estremecían de frío, perdían el conocimiento y finalmente sucumbían a la hipotermia, Rascher los observaba con clínica indiferencia, elaborando gráficas de su temperatura y de la disminución de su frecuencia cardiaca. Después intentaba reanimarlos empleando diferentes métodos con resultados irregulares. En algunos casos los sumergió en baños calientes; también los metió en sacos de dormir previamente calentados o los envolvió en mantas, utilizando asimismo fármacos y alcohol. Neff declaró que durante esta primera fase, que duró hasta finales de octubre, se utilizó a unos sesenta prisioneros, y que unos dieciséis de ellos murieron. Las conclusiones a las que llegaron Rascher, Holzloehner y Finke fueron que la temperatura corporal de alguien sumergido en agua helada sigue disminuyendo después de que haya sido rescatado, por lo que el método más eficaz de evitar la muerte por hipotermia es bañarlo enseguida en agua caliente. Ni el alcohol ni los medicamentos son eficaces. Comprobaron además que los cinturones salvavidas que mantenían a los pilotos en posición horizontal sobre el agua aceleraban su muerte porque el cuello y la zona occipital son más frágiles que el resto del cuerpo, por lo que aconsejaron que, en adelante, los cinturones deberían sostener al náufrago en una posición vertical, con la cabeza reposando sobre un reborde de caucho. Neff aclaró que durante esta primera serie, supervisada por Holzloehner y Finke, ninguno de los prisioneros murió en el agua, sino que su corazón falló durante las maniobras de recalentamiento, es decir, que «en contraste con los experimentos de la cámara de descompresión, las muertes no fueron causadas deliberadamente». Los datos obtenidos fueron considerados muy valiosos de cara a evitar las muertes por hipotermia. Aunque Rascher carecía de toda credibilidad, Holzloehner era considerado un científico de prestigio, por lo que su participación en las pruebas dio validez a los resultados. De hecho, en el informe enviado a Himmler, Holzloehner constó como el primer autor, y fue él quien presentó las conclusiones en diferentes ocasiones a los médicos de la *Luftwaffe* y la *Wehrmacht*. Cuando los norteamericanos tuvieron acceso a estos datos después de la guerra, los pusieron en manos de sus investigadores, que los utilizaron tanto para desarrollar nuevos trajes de protección contra el frío para sus pilotos como para realizar técnicas de cirugía a corazón abierto usando la hipotermia en unos momentos en los que no se habían desarrollado los procedimientos de circulación extracorpórea. Ello dio lugar al eterno debate ético sobre si unos datos obtenidos a costa de la muerte de inocentes obligados a participar en los experimentos deberían ser utilizados si ello significara salvar la vida de otros seres humanos. Un debate sin respuesta. De hecho, tanto los familiares de los prisioneros muertos en las pruebas como los supervivientes no se mostraron en absoluto de acuerdo. Mientras unos creían que la utilización de los datos significaba apoyar la filosofía nazi de justificar la muerte de determinados grupos en beneficio de la mayoría, para otros era algo totalmente justificado, pues implicaba que, al menos, la muerte de sus compañeros y seres

queridos (muchos de los cuales habrían muerto de todas formas) no habría sido en vano.

A lo que es imposible encontrar ningún tipo de justificación es a lo que Rascher hizo después de que Holzloehner y Finke abandonaran Dachau, una vez que consideraron que contaban con los suficientes datos como para dar por concluidos los experimentos. Rascher tenía sus propios planes. Como ya hemos dicho, deseaba ser profesor universitario y para ello necesitaba presentar una tesis doctoral. Para un hombre de su bajeza moral, la tentación fue demasiado fuerte…

Protegido por Himmler y sin el control de Holzloehner y Finke, Rascher siguió investigando la hipotermia, pero llevando a los prisioneros hasta el límite, pues quería que su original «proyecto de investigación» tratara sobre la causa exacta de la muerte por frío y las alteraciones que la preceden. Neff dio una detallada descripción de lo que llamó «el peor experimento», llevado a cabo con dos prisioneros rusos a los que Rascher seleccionó personalmente:

> Rascher les ordenó desnudarse y que se metieran en el tanque de agua helada. Lo normal era que un individuo en estas circunstancias perdiera el conocimiento al cabo de unos sesenta minutos, pero los rusos seguían conscientes después de dos horas. Todos nuestros ruegos a Rascher para que los anestesiara fueron inútiles. Después de tres horas, uno le dijo al otro: «Camarada, dile que nos pegue un tiro». El otro le contestó: «No esperes ninguna clase de piedad de este perro fascista». Después se dieron la mano y se dijeron: «Adiós, camarada». Si nos pueden imaginar a nosotros, también prisioneros, obligados a contemplar una muerte tan horrible sin poder hacer nada, se podrán hacer una idea de lo espantoso que resultaba estar condenados a trabajar en los experimentos.
>
> Después de que un joven polaco le tradujera a Rascher las palabras de los rusos, este se dirigió a su despacho. Apenas abandonó la habitación, el polaco cogió un frasco de cloroformo para anestesiarlos y evitar su sufrimiento, pero Rascher volvió enseguida, desenfundó su pistola y amenazó con dispararnos si nos acercábamos a los prisioneros. Murieron después de permanecer en el agua durante unas cinco horas. Sus cuerpos fueron enviados a Múnich para que se les practicara la autopsia.



Rascher supervisando sus crueles experimentos sobre hipotermia.

Durante una de sus visitas a Dachau, Himmler le sugirió a Rascher que podría investigar si resultaba útil el recalentamiento mediante el «calor animal» pues, según afirmó, era el método que empleaban las mujeres de los pescadores para hacerles entrar en calor, aunque también pudiera ser que en su sugerencia hubiera un cierto elemento de voyeurismo. Deseoso de complacer a su protector, Rascher instaló un espacioso lecho en su laboratorio, donde colocaba a los prisioneros congelados entre dos de las cuatro prisioneras traídas para tal propósito desde el campo de Ravensbrück. Completamente desnudas, las mujeres debían apretarse a él lo más posible y tratar de provocar el coito. Después de experimentar con ocho prisioneros, Rascher llegó a la conclusión de que era mucho más rápido el recalentamiento mediante un rápido baño de agua caliente que el producido por el «calor animal», y que resultaba más efectivo utilizar a una sola mujer que no a dos, «probablemente porque la desaparición de toda inhibición personal hacía que la mujer se acurrucara más íntimamente contra el sujeto congelado». Un prisionero murió «con síntomas de hemorragia cerebral confirmados en la autopsia». Para no contrariar a Himmler, Rascher propuso este método cuando otros no fueran posibles, «o en el caso de individuos muy delicados que no puedan soportar un recalentamiento masivo y rápido».

Para ampliar el campo de sus investigaciones en unos momentos en los que el riguroso invierno ruso se había convertido en el mejor aliado de las tropas soviéticas, Rascher decidió determinar si los congelados por frío seco podían ser reanimados

igual que los náufragos. Los deportados eran dejados tendidos en el suelo, fuera de los barracones, desnudos y soportando temperaturas de varios grados bajo cero durante toda la noche. Rascher había comentado el asunto con Ernst-Robert Grawitz, el jefe de los Servicios Médicos de las SS, y este le dijo que para llegar a unos resultados concluyentes debería utilizar al menos a cien prisioneros. El 17 de febrero de 1943 informó por carta a Himmler de que ya había enfriado a una treintena de ellos, y le pedía su traslado a Auschwitz, a Lublin o a cualquier otro campo del Este porque allí hacía más frío «y hay más amplitud de espacios abiertos dentro del campo, lo que permitiría que los experimentos fueran menos llamativos, ya que los sujetos experimentales gritan con frecuencia cuando se los congela severamente». Poco después, la llegada de una intensa ola de frío al campo le hizo desestimar esta idea:

> Gracias a Dios —escribió a Himmler el 6 de marzo de 1943—, ha llegado una nueva ola de frío a Dachau, de suerte que el problema del salvamento de sujetos helados al aire libre está resuelto. Algunos de los detenidos son dejados al aire libre durante catorce horas a una temperatura de seis grados bajo cero; su temperatura interna baja a 25°; tienen las extremidades congeladas, pero podrán ser salvados mediante un baño caliente. Como se dice, es fácil hacer objeciones, pero antes de hacerlas hay que venir a hacerse cargo.

Rascher dio por concluida su investigación en mayo de ese año. Según Neff, utilizó a unos doscientos prisioneros, de los que murieron más de ochenta. Además, paralelamente a las experiencias con el frío, se dedicó a preparar cápsulas de cianuro. Las mismas cápsulas con las que, irónicamente, se suicidarían Himmler y Göring tras la caída del Tercer Reich. Según contó Neff, fabricaba alrededor de sesenta a ochenta comprimidos por día y probaba su eficacia haciéndolos ingerir a los prisioneros que le eran llevados al cerco cerrado del horno crematorio. Lógicamente, ninguno de ellos regresaba a los barracones. Sería imposible determinar el número de muertes que sumó de esta forma a su ya larga cadena de crímenes, pues los cadáveres eran rápidamente incinerados. En el campo se decía que los nazis estaban fabricando venenos que les permitieran desaparecer cuando las cosas les fueran mal.

A pesar de la mediación de Sievers ninguna universidad quiso admitir a Rascher entre su profesorado, pero no por lo inmoral e inhumano de sus investigaciones, sino porque se consideraban alto secreto. Sin embargo, la casualidad hizo que a mediados de ese año creyera haber encontrado otra forma de colmar su ambición de convertirse en un verdadero científico.

EL POLYGAL

Robert Feix era un conocido químico alemán que había sido enviado a Dachau acusado de haber corrompido a ciertos funcionarios para ocultar que era judío. Confiando probablemente en obtener un trato de favor, hizo partícipe a Rascher de un asombroso descubrimiento. Se trataba de una sustancia llamada Polygal, hecha a base de remolacha y gelatina de manzana, empleada generalmente en la preparación de mermelada y que, al parecer, era un poderoso coagulante, capaz de retener las hemorragias durante seis horas, tres veces más eficaz que los más potentes hemostáticos ya fabricados y cuya fabricación costaría tres veces menos. Rascher le creyó y se dispuso a prepararlo en forma de tabletas. Su intención era hacerlas tomar regularmente a todos los soldados alemanes, en todos los frentes, durante toda su vida de combatientes. De esta forma, estarían protegidos en el caso de que fueran heridos. También sería de gran utilidad para los cirujanos y para controlar las hemorragias gastrointestinales y pulmonares espontáneas. De paso, el ambicioso médico podría amasar una auténtica fortuna. Sólo faltaba probar su eficacia…

Rascher comenzó a experimentar con prisioneros sin haber hecho ningún estudio previo. Su propio tío, también médico, declaró en Núremberg que en agosto de 1943 fue a visitarlo al campo y que pudo leer un informe que se encontraba sobre la mesa de su despacho en el que se hablaba de estas experiencias:

> Se refería a cuatro personas que fueron disparadas con el propósito de experimentar el preparado hemostático Polygal 10. Recuerdo que eran un comisario ruso y un cretense; no recuerdo quiénes eran los otros dos. El ruso fue disparado en el hombro derecho por un hombre de las SS situado sobre una silla. La bala salió cerca del bazo. Se describía cómo el ruso se retorció convulsivamente de dolor; después se sentó en una silla y murió al cabo de veinte minutos. En el protocolo de la autopsia se describía la rotura de las venas pulmonares y la aorta. También se decía que las roturas estaban taponadas por grandes coágulos, y que esa era la razón de que hubiera vivido tanto tiempo después de haber sido disparado.

Sin duda, fueron más los prisioneros usados para probar el Polygal. Pacholegg contó en Núremberg que para simular las heridas del frente, Rascher llegó a amputar brazos y piernas sanos. Publicó un entusiasta artículo titulado *Polygal: un hemostático para ser administrado oralmente,* sin especificar la naturaleza de sus pruebas con humanos, y que terminaba diciendo que «Polygal 10 no ha fallado incluso en las más variadas circunstancias». Llegó a fundar su propia compañía farmacéutica y a emplear prisioneros para trabajar en la fábrica productora del coagulante.

Sin embargo, en abril de 1944 se produjo un terrible escándalo. Después de dar a luz a tres hijos a pesar de su avanzada edad, Nini fue detenida en la estación de Múnich mientras intentaba secuestrar a un bebé. Tras ser interrogada confesó que, en

realidad, ninguno de los niños era del matrimonio, y que había fingido los embarazos usando rellenos. Según algunos autores, eran de su criada; para otros, los habían comprado ilegalmente en orfanatos. Fuera cual fuera su procedencia, los Rascher fueron detenidos bajo la acusación de *Kindesunterschiebung,* es decir, apropiación ilegal de los niños de otros. Para Himmler, el hecho de que le hubieran mentido al introducir en la comunidad de la sangre aria a unos niños cuya sangre quizás fuera impura era el peor de los delitos. Nini fue enviada al campo de Ravensbrück e, irónicamente, Rascher fue encarcelado en una celda del búnker de Dachau donde eran encerrados los prisioneros que sabían demasiado. Ambos fueron ejecutados por orden directa del *Reichsführer* poco antes de que los campos fueran liberados por los Aliados.

LOS EXPERIMENTOS CON AGUA SALADA

La desaparición de Rascher no significó el fin de los experimentos con humanos en Dachau. En julio de 1944, Himmler autorizó a la *Luftwaffe* y la *Kriegsmarine* (marina de guerra) usar a los prisioneros para resolver otro problema. Oskar Schroeder, que a comienzos de ese año había sustituido a Hippke al frente de los servicios médicos de la *Luftwaffe,* se dirigió a él exponiéndole el problema de los pilotos de aviones derribados y los marineros de buques de guerra hundidos que debían pasar varios días en alta mar hasta ser rescatados. En esa situación, el disponer de agua potable se convertía en una cuestión vital, pues aunque un ser humano puede resistir entre ocho y doce semanas sin comer, diez días sin beber llevan indefectiblemente a la muerte. En aquellos momentos existían en Alemania dos métodos de potabilizar el agua del mar: el método de Konrad Schaefer, médico y químico, y el de Berka, un ingeniero célebre. El primero era complicado y caro porque neutralizaba la sal con la ayuda de nitrato de plata, mientras que el segundo era un método simple que producía un agua muy agradable al paladar. Sin embargo, Schaefer afirmaba que lo único que se conseguía era cambiar su sabor, mientras que su composición química era la misma, resultando, por lo tanto, tan tóxica para el organismo como el agua salada, y provocando la muerte de quien la bebiera en tan sólo doce días. Schroeder quería saber cuál de los dos métodos de desalinización era el más seguro, y para ello pidió a Himmler «cuarenta sujetos de investigación sanos, que se pongan enteramente a disposición de los investigadores por un plazo de cuatro semanas», añadiendo que «en vista de que los experimentos anteriores demostraron que el campo de concentración de Dachau disponía de laboratorios adecuados, creo que dicho campo sería muy indicado para la prueba». La dirección de los experimentos fue encargada a Wilhelm Beiglböck, jefe de la clínica médica de la Facultad de Medicina de Viena y consultor de la *Luftwaffe*. El *SS-Gruppenführer* Arthur Nebe sugirió que los prisioneros seleccionados fueran gitanos, ya que «entre ellos hay hombres en buenas condiciones físicas y no sirven para trabajar». Sievers

eligió para emplazar el laboratorio un barracón de la sección del llamado Bloque Hospital, donde fueron trasladados entre cuarenta y sesenta gitanos alemanes, polacos y checos. Beiglböck los dividió en cuatro grupos. El primero no recibió nada de agua, al segundo sólo se le dio a beber agua salada, el tercero bebió el agua de Berka y los integrantes del cuarto, el agua de Schaefer.



La atroz agonía de un deportado obligado a beber únicamente agua de mar.

Nadie sabía lo que ocurría en el interior del barracón. Sin embargo, el doctor Roche, un oftalmólogo francés prisionero en el campo, consiguió convencer a Beiglböck de que sus observaciones del fondo de ojo podrían ayudar a su estudio. Quería, si algún día salía vivo, dar testimonio del alcance de los experimentos. Christian Bernadac, autor de *Les Médecins Maudits*, lo entrevistó en 1967. El doctor relató una escena pavorosa. La ingesta continuada de agua de mar obliga al organismo a orinar mucha más cantidad de agua de la ingerida en un esfuerzo por eliminar la sal; un agua procedente de los propios tejidos, lo que hace que el individuo se deshidrate. Además de una sed atroz, la deshidratación produce letargo, convulsiones, alucinaciones, demencia y, finalmente, coma. Si se sobrevive, los daños orgánicos a nivel cardiaco, hepático y renal pueden ser permanentes. Así lo contó Roche: «La balsa de la Medusa. Se volvían locos. Gritaban como cerdos. ¡Locos! ¡Estaban locos! Notaban que se volvían locos. Estaban persuadidos de que iban a morir todos. Dormitaban entre estertores de agonía cuando estaban agotados. Un espectáculo horrible: su piel apergaminada se desprendía a trozos, las arterias temporales eran sinuosas… Habían envejecido cuarenta años en pocos días».

A pesar de contemplar diariamente su sufrimiento y degradación, Beiglböck se mostró inflexible en todo momento, dispuesto a llevar el experimento hasta el final.

Uno de los prisioneros destinados para ayudarle, Joseph Vorlicek, olvidó en una ocasión el trapo con el que había estado fregando el suelo y los prisioneros se abalanzaron sobre él para succionar el agua. Beiglböck se enteró y lo amenazó con que si volvía a repetirse su negligencia lo utilizaría también a él para los experimentos. Cuando uno de los prisioneros se negó a seguir bebiendo, ordenó que lo ataran a una cama y que le trajeran un tubo de caucho de medio metro de longitud. A continuación, se lo introdujo en la boca, haciéndolo llegar hasta su estómago y administrándole a través de él una gran cantidad de agua salada mientras el resto de prisioneros, hincados de rodillas, le suplicaban que no lo hiciera. Frío como el hielo, cuando descubrió que otro de ellos había conseguido beber agua de una fuga de los lavabos, ordenó que lo ataran a su cama y le taparan la boca con un esparadrapo para que sólo bebiera lo que se le ordenara. Uno de los supervivientes, un hombre llamado Karl Hoellenrainer, fue llamado a testificar en Núremberg. Nada más entrar en la sala, se abalanzó sobre Beiglböck intentando clavarle un cuchillo que había escondido entre su ropa. Tres policías militares se lo impidieron. Después pidió perdón, alegando en su defensa que el nazi era un asesino, y que le había arruinado la vida por completo. Describió un cuadro espantoso, de prisioneros destrozados, que se revolcaban en los camastros en medio de violentos ataques, «gritando como niños, con espumarajos en la boca». Todos los días se les extraía sangre y, además, Beiglböck les realizó otras pruebas mucho más agresivas y dolorosas para comprobar su estado de salud como punciones lumbares y de hígado, practicadas sin ningún tipo de anestesia. No se pudo determinar cuántos de ellos murieron, pero, indudablemente, ni sus cuerpos ni sus mentes se recuperarían nunca de tan horrible experiencia. Como dijo Hoellenrainer, Beiglböck les arruinó la vida por completo sólo para comprobar lo que ya había dicho Schaefer: que el agua de Berka era tan tóxica como el agua de mar. Beiglböck fue sentenciado a quince años de prisión, pero fue puesto en libertad en 1951, pasando a ocupar al año siguiente el cargo de jefe de servicio del Departamento de Medicina Interna de una clínica en Buxtehude dirigida por Dietrich Allers, el director de T4. Se suicidó en 1963, a la edad de cincuenta y ocho años, después de que las autoridades austriacas decidieran volver a llevarlo ante un tribunal.

LOS EXPERIMENTOS SOBRE LA MALARIA

El decano de estos médicos del infierno fue Klaus Schilling, que también experimentó con humanos en Dachau. Schilling había nacido del 24 de julio de 1871 y dedicado toda su vida a investigar una vacuna contra la malaria, llegando a dirigir la sección de enfermedades tropicales del prestigioso Instituto Robert Koch de Berlín desde 1905 hasta su jubilación en 1936. Era considerado una autoridad mundial en el tema. A principios de 1942, Conti le presentó a Himmler, quien le pidió que siguiera sus investigaciones en Dachau, ya que el paludismo era endémico en el sudeste de

Europa y muchos soldados alemanes habían contraído la terrible enfermedad en los territorios ocupados. El *Reichsführer* quería que desarrollara la vacuna y que experimentara con nuevos fármacos para tratarla, y puso a su completa disposición a los prisioneros de Dachau. Schilling, con más de setenta años, aceptó pensando que era la última oportunidad de que su nombre pasara a la historia de la medicina. Desgraciadamente, así lo hizo, pero no de la forma en que esperaba…

Franz Blaha, un médico checoslovaco encerrado en Dachau por ser comunista, declaró que Schilling inoculó la malaria a más de mil deportados mediante la picadura de mosquitos transmisores de la enfermedad recogidos en los pantanos de Italia y Crimea o la inyección intravenosa de sangre de individuos ya infectados. Después los trataba con quinina, pirifer, neosalvarsán, antipirina, piramidón y un compuesto llamado Behring 2516. Cuarenta de ellos murieron a causa de la malaria, en tanto que un número comprendido entre trescientos y cuatrocientos murieron por otras enfermedades que resultaron fatales a causa del deterioro de la condición física provocado por la malaria. Además, un número indeterminado murió por sobredosis de neosalvarsán y piramidón.

Los soldados norteamericanos liberaron el campo de Dachau el 29 de abril de 1945. Schilling fue juzgado allí mismo, junto con otros 1.671 alemanes capturados en los territorios ocupados por Estados Unidos a los que se acusó de cometer crímenes de guerra. Durante su juicio se defendió diciendo que había actuado así «por el bien de la humanidad». Evidentemente, ello no justificaba los golpes y el maltrato que personalmente infería a los prisioneros. Según declaró el sacerdote polaco Marion Dabrowski, «nos trataba como perros». Estaba tan obsesionado con su investigación que antes de ser ahorcado el 29 de mayo de 1946 pidió al tribunal que le permitiera vivir unas semanas más, pues estaba a punto de encontrar lo que buscaba…

Capítulo 9
Ravensbrück

Karl Gebhardt y los experimentos con sulfamidas; Ludwig Stumpfegger y los injertos óseos

El 2 de octubre de 1941, Himmler dio de baja por motivos de salud a Constantin von Neurath, *Reichsprotektor* de Bohemia y Moravia. En realidad, estaba muy disgustado con él por lo que consideraba su política demasiado blanda a la hora de luchar contra los continuos sabotajes y las huelgas encubiertas que amenazaban las importantes contribuciones que hacía la industria armamentística checa a la máquina de guerra nazi. Puso en su lugar a Reinhard Heydrich, el director de la todopoderosa Oficina Central de Seguridad del Reich, un gélido asesino que en palabras de uno de sus colaboradores más cercanos, el *SS-Brigadeführer* Werner Best, era «la personalidad más demoniaca de la dirección del nazismo» y al que, en la cumbre de su poder, todos consideraban «el hombre más peligroso del Tercer Reich». Un hombre al que se encargó la solución final de los judíos europeos y la coordinación de los *Einsatzgruppen*.

Inmediatamente, Heydrich aplicó un tratamiento de choque consistente en ejecuciones y deportaciones a los campos de concentración, lo que le valió el sobrenombre del Carnicero de Praga. El 15 de febrero de 1942, Goebbels escribió en su diario: «La situación allí ha mejorado muchísimo. Las medidas tomadas por Heydrich han producido los mejores resultados. […] Afirma que no es posible educar a los eslavos como se educa al pueblo germano. Hay que pegarlos o humillarlos constantemente».



Reinhard Heydrich era conocido en las SS como *HHhH,* pues se le consideraba «el cerebro de Himmler» o *Himmlers Hirn heisst Heydrich,* en alemán.

OPERACIÓN ANTROPOIDE

El 27 de mayo tenía que volar a Berlín. Parece ser que después de haber cumplido su misión en el Protectorado, Hitler quería encargarle que se ocupase de la Resistencia francesa como se había ocupado de la checa. Pero nunca llegaría a poner un pie en aquel avión. Tras saltar en paracaídas, dos agentes del Gobierno checo en el exilio llamados Jozef Gabcîk y Jan Kubiš entrenados por el SOE (el británico Ejecutivo de Operaciones Especiales), lo esperaban emboscados en una curva de la carretera que unía su residencia a las afueras de Praga con su cuartel general, el Castillo Imperial. Heydrich iba en un Mercedes abierto, sin blindar y sin escolta, tan seguro estaba de que la terrible venganza que seguiría a un atentado contra su vida desanimaría a cualquiera de ni tan siquiera plantearse tal posibilidad. Se equivocaba. Cuando el chófer redujo la marcha para tomar la curva, uno de los hombres arrojó una granada contra el coche. Heydrich resultó malherido y fue trasladado

rápidamente al hospital Bulovka de Praga, donde fue intervenido quirúrgicamente por médicos alemanes. Según se cuenta, cuando Himmler fue informado se echó a llorar. La primera reacción de Hitler, menos sentimental, fue ordenar la detención de diez mil checos como rehenes. Esa misma noche serían fusilados cien de ellos. Además, Himmler envió a Praga a su médico personal y amigo de la infancia, Karl Gebhardt, para que supervisara el trabajo de sus colegas.

Gebhardt había ido al colegio con Himmler y participado junto a él en el *Putsch*. En 1919 había comenzado sus estudios de Medicina en la Universidad de Múnich, donde se interesó por la cirugía ortopédica y la rehabilitación ejerciendo de ayudante de Ferdinand Sauerbruch, probablemente la mayor autoridad mundial en la materia de su época. Tras obtener su doctorado con una tesis sobre la cirugía reconstructiva de la mano y los beneficios de la fisioterapia y la movilización precoz, se dedicó a intentar reintegrar a la sociedad a los discapacitados físicos, creando centros de rehabilitación en Hohenaschau, en Baviera. Sin embargo, fuertemente imbuido de la ideología nazi, en los artículos que publicaba dejaba claro qué hacer con aquellos que no podían ser recuperados, mostrándose abiertamente partidario de eliminar a las vidas indignas de ser vividas. En 1933 se convirtió en el primer profesor de Medicina del Deporte de la Universidad de Berlín y ese mismo año se afilió al NSDAP, siendo nombrado director de la Clínica de Hohenlychen, en Mecklenburg, un sanatorio para tuberculosos que convirtió en un centro de referencia tanto de cirugía ortopédica como de rehabilitación de lesiones deportivas. En 1935 se afilió a las SS. Al año siguiente, Hohenlychen fue la clínica encargada de velar por la salud de los deportistas que participaron en los Juegos Olímpicos y muchos de ellos, incluido el velocista de color Jesse Owens, fueron tratados allí. En 1937 fue nombrado catedrático de Cirugía Ortopédica de la Universidad de Berlín. Cuando en 1941 las *Waffen-SS* se hicieron cargo de la clínica para atender a sus soldados heridos en el frente, Gebhardt fue enviado a inspeccionar sus hospitales en Rusia, lo que le hizo valedor del alto rango de *SS-Gruppenführer und Generalleutnant der Waffen-SS* (general de división). En Hohenlychen, Gebhardt trató a destacados dirigentes del régimen, como Albert Speer y el ministro de Alimentación y Agricultura Walter Darré, y fue allí donde dio a luz a su segundo hijo la amante de Himmler, Hedwig «Häschen» Potthast.

Cuando Gebhardt llegó a Praga fue informado de que a Heydrich se le había extirpado el bazo, donde habían impactado varios fragmentos de la granada. También muchas de las heridas que había sufrido se habían contaminado con esquirlas de metal de la carrocería, fibras de tela del uniforme y crines de caballo procedentes del relleno de los asientos. La intervención fue un éxito pero, días después, Heydrich comenzó a presentar picos de fiebre, señal inequívoca de que su evolución no era tan satisfactoria como se deseaba…

Y llegados a este punto, hemos de hacer un inciso en nuestro viaje al reino de las sombras para hablar sobre uno de los personajes más curiosos del Reich, un charlatán

que se decía médico y que logró ganarse la confianza del *Führer* hasta el punto de que este lo nombró su médico personal, desempeñando tal cargo entre 1936 y 1945. Su nombre: Theodor Morell, un hombre de tez morena, baja estatura, rechoncho y calvo; de habla poco inteligible, aspecto descuidado y mirada huidiza parapetada tras los gruesos cristales de sus gafas. Si Hitler no hubiera muerto en el búnker, lo habría hecho a causa de sus cuidados…

THEODOR MORELL, MÉDICO DE HITLER

Morell se había casado en 1920 con una actriz llamada Johanna Möller y gracias a sus contactos y a su dinero abrió una consulta en Berlín, a la que dotó de los últimos adelantos técnicos, como los rayos-X. Para comienzos de los años treinta del siglo XX ya gozaba de un cierto renombre y una distinguida clientela. Las malas lenguas decían que sus especialidades eran el tratamiento de las enfermedades venéreas y la práctica de abortos. En la primavera de 1936, alguno de sus pacientes del mundo del espectáculo se lo recomendó a un hombre llamado Heinrich Hoffmann, amigo íntimo y fotógrafo personal del *Führer*. De hecho, fue quien le presentó a una de las dependientas de su estudio, una pizpireta rubia platino llamada Eva Braun que permanecería a su lado durante más de una década y se casaría con él en el búnker el 29 de abril de 1945, suicidándose juntos al día siguiente. A Hoffmann le estaba costando mucho superar la muerte de su esposa y ahogaba sus penas en alcohol en compañía de amistades poco recomendables, alguna de las cuales le había contagiado la gonorrea. Morell lo curó y, en agradecimiento, Hoffmann invitó a los Morell a pasar las navidades en su lujosa mansión de Bogenhausen, en Múnich. El día de Navidad, Hoffmann les propuso ir a visitar a Hitler a su casa de campo de la montaña Obersalzberg, el *Berghof*.

Este tampoco pasaba por unos buenos días. Era un neurótico y un gran hipocondriaco, y como muchos de quienes poseen este tipo de personalidad, siempre había padecido trastornos digestivos. Tenía calambres estomacales (como Himmler) y digestiones difíciles que se manifestaban en forma de espantosas e inoportunas flatulencias. Se ha especulado mucho con los motivos por los que Hitler decidió hacerse vegetariano en 1931, llegándose a decir que fue a raíz del gran impacto emocional que le supuso el suicidio el 17 de septiembre de su sobrina, Geli Raubal, de quien confesó que había sido el gran amor de su vida. Parece ser que cuando al día siguiente le pusieron delante un plato de jamón, lo apartó de un manotazo gritando: «¡Es como comerse un cadáver!», y que desde entonces, nunca más comió carne. La propaganda nazi, como hemos visto, lo achacó a un desmedido amor por los animales. Para otros, sin embargo, lo hizo en un desesperado intento de evitar sus flatulencias, sin darse cuenta de que este tipo de dieta no iba a hacer sino empeorar sus síntomas. Aquellas navidades, y después de ser tratado por numerosos médicos, sus problemas estomacales se habían agravado hasta el punto de no dejarle dormir ni

comer. Tan sólo podía beber té y comer bizcochos, lo que le había dejado tan débil que apenas podía andar. Además, la malnutrición le había provocado la aparición de un eccema en las piernas, tan molesto que tenía que vendárselas hasta el punto de casi no poder ponerse las botas. Morell le dijo que en tan sólo un año sería capaz de arreglarle no sólo ese, sino todos sus otros problemas de salud. Después de analizar sus heces, le diagnosticó una alteración en la flora bacteriana intestinal y para reponerla le recetó Mutaflor, un compuesto elaborado con la bacteria *Bacillus coli communis,* extraída de las heces de campesinos búlgaros. También le administró vitaminas y un extracto de corazón e hígado. Después de seis meses, el paciente pudo volver a comer, los calambres estomacales y el eccema desaparecieron y recuperó su peso. A los nueve meses estaba totalmente recuperado. En adelante, nunca se separó de Morell, ni discutió ninguno de sus tratamientos. Diría a todo aquel que quisiera escucharle que aquel año de 1936 estuvo a punto de morir y que Morell le había salvado la vida. Ojalá se hubiera equivocado. El médico habría salvado muchísimas más vidas…



Theodor Morell estuvo años administrándole a Hitler todo tipo

de fármacos, tanto inocuos como venenosos o adictivos.

Morell estuvo junto al dictador hasta el hundimiento del Reich. Durante esos nueve años le administró más de ochenta medicamentos diferentes, algunos totalmente inocuos pero otros potencialmente venenosos o adictivos. Para tratar sus flatulencias le prescribió «las pastillas contra los gases del doctor Koestler», que Hitler estuvo tomando diariamente hasta el final, y que contenían estricnina y belladona. Cuando se encontraba cansado le ponía inyecciones intravenosas de glucosa y de un compuesto llamado Vitamultin, que además de vitaminas llevaba un derivado anfetamínico similar al del *speed,* y para tratar sus calambres estomacales le inyectaba una morfina sintética. Usaba iodina intravenosa para tratar una supuesta esclerosis coronaria e incluso para un simple catarro. Para aumentar su vigor le inyectaba por vía intramuscular extractos de glándulas suprarrenales, de testículos de novillos y compuestos elaborados a base de placentas. Fueron muchos los que le advirtieron de que el deterioro físico que sufrió a partir de 1943 podría estar en relación con los tratamientos de Morell, que llegó a administrarle tantas inyecciones intravenosas a diario que en ocasiones le resultaba difícil encontrarle una vena. Göring le despreciaba y lo llamaba el Señor de las jeringuillas del Reich. Su ama de llaves, la señora Anni Winter, dijo que había hecho todo lo posible por alejar a Morell del *Führer,* y que cuando le explicaba los efectos nocivos de su tabaquismo, ella le decía: «Fumar no es ni la mitad de malo que las diez o quince inyecciones diarias que le pone el doctor. Le dije que le estaba matando de forma lenta pero segura, a lo que Hitler me replicó: “Esas inyecciones no me pueden hacer daño en absoluto, porque son fluidos que van directamente a mis venas”». Para la madre de Eva Braun, las inyecciones no sólo le afectaban en lo físico, sino también en su juicio y en su capacidad de discernimiento. Las anfetaminas podrían haber exacerbado el comportamiento errático, la inflexibilidad, la paranoia y la indecisión que le caracterizaron durante la guerra, y la ingesta continuada de atropina podría haber causado sus bruscos cambios de humor. Para algunos estudiosos, Hitler habría tomado sus más importantes decisiones militares bajo los efectos de un cóctel de drogas, no dejándose aconsejar por sus generales, a los que llegó a insultar llamándoles cobardes, ordenándoles estrategias completamente disparatadas, atacar en inferioridad numérica y no retroceder nunca ante el avance del enemigo. Sin embargo, nunca desconfió de Morell. En septiembre de 1944 presentó un cuadro de hepatitis, con ictericia, fiebre y fuertes dolores abdominales que lo mantuvo en cama durante cuatro semanas. El otorrinolaringólogo Erwin Giesing había sido llamado para atenderlo después de la explosión de la bomba del conde Von Stauffenberg (la Operación Valkiria), el 20 de julio, y comenzó a sospechar que las dieciséis pastillas contra los gases que ingería diariamente podrían ser las causantes. Las mandó analizar y cuando descubrió su composición lo puso en conocimiento de Karl Brandt y Hanskarl von Hasselbach, sus médicos de escolta. Sin embargo, cuando advirtieron

a Hitler, este se puso furioso, proclamó su absoluta fe en Morell, despidió a Brandt y Hasselbach, que llevaban con él desde los primeros días del régimen, y nunca más volvió a consultar a Giesing. Incluso cuando Eva se quejó de lo mal que olía, Hitler lo defendió diciendo que estaba a su lado no para oler bien, sino para cuidar de su salud. La última vez que descubrió su brazo para Morell fue el 21 de abril de 1945, mientras el estruendo de la artillería recordaba lo cerca de Berlín que se encontraba ya el Ejército Rojo. Para entonces, el hombre cuyo magnetismo había arrastrado a millones de personas a su locura era una auténtica piltrafa de color ceniciento y mirada vacía, encorvado, incapaz prácticamente de andar y de controlar el temblor de su brazo y su mano izquierdos, síntomas de la enfermedad de Parkinson que, como se expuso en el 63.° Congreso de la Academia Americana de Neurología, está relacionada con el abuso continuado de anfetaminas. Completamente desquiciado, le aconsejó que se quitara el uniforme y que volviera a su antigua consulta. Al día siguiente, Morell tomó un avión con dirección a Múnich, pero durante el vuelo sufrió un ataque al corazón, por lo que fue trasladado a un hospital de su propiedad en Reichenhall, donde fue detenido por los norteamericanos el 17 de julio. Después de pasar por diferentes prisiones, acabó en Dachau compartiendo celda con Brandt, pero como no había participado en el programa de eutanasia ni en los experimentos con humanos, fue dejado en libertad el 20 de junio de 1947. Durante todo ese tiempo su salud se fue deteriorando, muriendo de un derrame cerebral diez días después en el hospital del distrito de Alpenhof, en Múnich.

En los buenos tiempos, Morell abusó de su privilegiada posición con afán lucrativo, mintiendo descaradamente sobre las propiedades de los milagrosos productos que patentaba. Obtuvo generosos créditos bancarios y fundó sus propios laboratorios para comercializarlos, además de introducirse en las juntas directivas de empresas farmacéuticas ya consolidadas. Era propietario de Hamma Inc., que vendió cientos de millones de barritas y comprimidos de Vitamultin y centenares de miles de ampollas de extracto de hígado a las *Waffen-SS,* productos todos ellos de muy dudosa eficacia pero de los que Morell afirmaba que eran absolutamente necesarios para los soldados del frente. Abrió una subsidiaria de Hamma en Vinnitsa para explotar los inmensos mataderos de Ucrania, y el Instituto Endocrinológico de Karkhov también cayó en sus manos en 1943. Entró en los consejos de administración de Hageda, que comercializaba Mutaflor, y de la gran empresa berlinesa Walter Haupt&Co y compró una fábrica vacía en los Sudetes para fundar allí Kosolup Dye Company Inc. Puso en circulación un pediculicida que llamó Polvo Rusla del que la División de Salud del Frente elaboró un informe en el que llegó a la conclusión de que después de haber permanecido veinticuatro horas en una caja con el polvo, «los piojos saltaban con más alegría que antes». Hamma también intentó obtener penicilina en unos momentos en los que las infecciones de las heridas se cobraban la vida de miles de soldados y en los que el monopolio de la producción de este antibiótico estaba en manos de británicos y estadounidenses.

La penicilina la había descubierto por casualidad Alexander Fleming el 28 de septiembre de 1928 en el laboratorio del hospital St. Mary de Londres, pero como era bacteriólogo y no químico, no supo ver sus aplicaciones prácticas. Hubo que esperar hasta el 24 de agosto de 1940, ya en plena guerra, para que un grupo de investigadores de la Universidad de Oxford encabezado por el australiano Howard Walter Florey y un joven bioquímico judío llamado Ernst Chain, refugiado de la Alemania nazi, demostraran que la penicilina era, con mucho, el más poderoso agente químico-terapéutico producido hasta entonces. Como en aquellos momentos Inglaterra no disponía de los recursos suficientes, buscaron patrocinadores en Estados Unidos para cultivar el hongo y comenzar la producción en masa. Después del ataque a Pearl Harbor, las Fuerzas Armadas tanto británicas como norteamericanas clasificaron todo lo que rodeaba al desarrollo de la penicilina como alto secreto para evitar que cayera en manos del enemigo. Para 1943, ya se producía a gran escala en laboratorios de ambos lados del Atlántico y, desde comienzos de 1944, se dispuso de cantidades suficientes para abastecer a los ejércitos aliados y suministrarla regularmente a los heridos de guerra y los soldados enfermos, lo que lograría salvar miles de vidas en el desembarco de Normandía, en la campaña de Italia y en el frente del Pacífico.

Por lo tanto, la Alemania nazi nunca consiguió producir penicilina. Sin embargo, Morell afirmaba haberlo conseguido y, de hecho, anotó en la entrada de su diario del 20 de julio de 1944 que había tratado a Hitler con el polvo de penicilina que Hamma venía produciendo desde mayo. Siempre receloso, Giesing se hizo con dos ampollas y las hizo analizar en el Instituto de Bioquímica de Breslau y en el Instituto de Higiene y Bacteriología de Königsberg. Los resultados fueron que no sólo no contenían penicilina sino que, además, eran excepcionalmente tóxicas. Así se lo hizo saber a Morell, que no tuvo más remedio que reconocerlo y suspender su producción.

LA POLÉMICA DE LAS SULFAMIDAS

A falta de penicilina, en Alemania se usaban sulfamidas, el antibiótico descubierto en 1935 por el patólogo alemán Gerhard Domagk en los laboratorios Bayer. En pocos años se habían desarrollado más de dos mil diferentes, que diferían tan sólo en algunos pequeños cambios en su estructura molecular, sin ninguna otra razón que poder ser patentadas legalmente. Morell lo hizo con una llamada Ultraseptyl, elaborada por una empresa con sede en Budapest llamada Chinoin en la que había invertido mucho dinero. Por eso, mientras el estado de salud de Heydrich empeoraba día a día, le propuso a Gebhardt utilizarlas para combatir la infección. Conociendo su fama de charlatán, Gebhardt rehusó hacerlo, argumentando que no serían útiles, y que él contaba con muchísima más experiencia en heridas de guerra. Sin embargo, Heydrich murió el 4 de junio. Cuando Hitler fue informado vociferó que su muerte equivalía «a la pérdida de una batalla, a una derrota como todavía no

hemos sufrido». Alguien pensó que una bonita forma de rendir homenaje a su memoria era poner su nombre a la primera fase de la solución final; por eso, el programa de exterminio de los judíos en Belzec, Sobibor y Treblinka recibió el nombre en clave de *Aktion Reinhardt*.

Las represalias en el Protectorado fueron terribles. Se detuvo a trece mil personas, de las cuales casi setecientas fueron ejecutadas, y en el campo de Mauthausen fueron asesinados unos tres mil checos. La peor parte se la llevó el pueblo de Lidice, una pequeña comunidad minera donde se encontró a un miembro de la Resistencia y una radio ilegal. Hitler en persona dio orden de liquidarlos a todos. 199 hombres y jóvenes fueron fusilados. Las 195 mujeres fueron enviadas al campo de Ravensbrück y los niños declarados no valiosos, a un campo de tránsito donde murieron de hambre y de frío. Los trece de buena raza seleccionados fueron entregados en adopción a familias alemanas. El 10 de junio el pueblo fue reducido a cenizas.

Gebhardt no tenía nada claro su futuro después de que Morell se ratificara en su opinión de que si hubiera usado sus sulfamidas, Heydrich seguiría con vida. El día 5 recibió la orden directa de Hitler de regresar a Berlín. Aterrado, fue llevado a la Cancillería, donde, después de hacerlo esperar, el *Führer* no se dignó recibirlo. Aquello no presagiaba nada bueno. Al día siguiente se reunió con Himmler, a quien volvió a insistir en la inutilidad de las sulfamidas de Morell, que ni siquiera habían pasado las necesarias pruebas terapéuticas. Pero su futuro dependía de que lo demostrara, y no quería volver a arriesgarse experimentando en su propio hospital de Hohenlychen con los numerosos heridos alemanes repatriados de Rusia. Sin embargo, el hospital distaba tan sólo doce kilómetros del campo de Ravensbrück, el campo de las mujeres…

RAVENSBRÜCK, EL INFIERNO DE LAS MUJERES

Ravensbrück está situado a unos ochenta kilómetros al norte de Berlín, en una zona pantanosa cerca del idílico pueblo de Fürstenberg. El lugar fue elegido por las SS por encontrarse a salvo de miradas indiscretas pero muy bien comunicado por tren. Un comando de quinientos hombres procedentes del cercano campo de Sachsenhausen fue enviado para emprender su construcción en noviembre de 1938.



Deportadas en Ravensbrück, el infierno de las mujeres.

Las primeras 867 mujeres llegaron a Ravensbrück el 18 de mayo de 1939, procedentes de la fortaleza de Lichtenburg, usada como prisión para mujeres desde marzo de 1938. En un principio, Ravensbrück (el puente de los cuervos) fue diseñado para albergar a cuatro mil deportadas, pero en enero de 1944 ya había cuarenta mil. En septiembre de ese año había dos mil mujeres hacinadas en barracones construidos para tan sólo doscientas cincuenta, teniendo que compartir entre cuatro jergones de apenas ochenta centímetros de ancho. Por él pasaron ciento treinta mil mujeres, la mayoría prisioneras políticas polacas, de las que entre treinta mil y cuarenta mil murieron. Las francesas lo llamaron de forma muy significativa *L'enfer des femmes* (el infierno de las mujeres), porque el hecho de ser un campo sólo para mujeres no supuso ningún cambio en la organización ni en las condiciones de vida, ni un relajamiento de la disciplina, llena de castigos y restricciones, impartida por las guardianas, las temibles *Aufseherinnen* y sus pastores alemanes, entrenados para matar. Las formaban en el mismo campo y, una vez terminada su instrucción, las promocionaban en función de su crueldad. Las que se mostraban poco contundentes eran suspendidas de empleo y sueldo, por lo que para ascender en el escalafón, se empleaban a fondo con las prisioneras. Elfriede Muller tenía tal fama entre las deportadas que la llamaban la Bestia de Ravensbrück.



Alguno de los pocos niños supervivientes.

Al hambre, el frío y las enfermedades causadas por el hacinamiento en unas nulas condiciones higiénicas se sumaban las extenuantes jornadas de trabajo de doce horas en alguno de los cerca de sesenta subcampos y anexos dependientes del campo principal, descargando camiones, desecando las aguas pantanosas, empujando el rodillo de más de novecientos kilos de peso usado para alisar las carreteras de acceso al campo o en la fábrica de Siemens instalada justo al lado del campo donde se elaboraban componentes eléctricos para las bombas volantes V-1 y V-2. Las recién llegadas debían llegar al campo caminando desde la estación de Fürstenberg, y en ocasiones se cruzaban con las prisioneras que regresaban después de todo un día de trabajo; una procesión de almas en pena, con las cabezas rapadas, la ropa hecha harapos, la mirada perdida y tan delgadas que parecían esqueletos vivientes. Se estaban viendo a sí mismas en unos pocos meses…

En Ravensbrück había muchas formas de morir. Cada cierto tiempo, los médicos de las SS hacían selecciones, y las mujeres demasiado débiles para trabajar eran enviadas a Bernburg para ser gaseadas, junto con mujeres sanas clasificadas como asociales y criminales y un gran número de judías por el simple hecho de serlo. También eran fusiladas dentro del propio campo o enviadas a la enfermería donde se les inyectaba fenol en el corazón. Sus cuerpos eran incinerados en el crematorio de Fürstenberg hasta que en 1943 se instaló uno dentro del campo. En otoño del año siguiente se construyó cerca de él una cámara de gas, donde fueron asesinadas miles de prisioneras hasta la liberación del campo en abril de 1945.

Algunas de las mujeres llegaban embarazadas. Hasta 1942, eran enviadas a dar a

luz a hospitales y después devueltas al campo sin sus hijos, que eran internados en orfanatos. Después de la Conferencia de Wannsee sólo se permitía vivir a los hijos de alemanas no judías. El resto eran sumergidos en cubos de agua o estampados contra la pared, muchas veces delante de la madre. En septiembre de 1944, quizás previendo que la guerra se podía perder, se dejó de matar a los bebés, que eran enviados a la *Kinderzimmer,* una especie de guardería dentro de la enfermería donde eran dejados al cuidado de algunas deportadas con conocimientos médicos pero sin medios para atenderlos. Una de ellas fue Marie Jo Chombart de Lauwe, de la Resistencia francesa, que pudo copiar un libro de la enfermería donde constaban registrados más de seiscientos bebés, de los que sólo sobrevivieron cuarenta, los que nacieron poco antes de la liberación del campo: «¡Morían de hambre, de infecciones o por los ataques de las ratas!».

LOS EXPERIMENTOS CON SULFAMIDAS

El 25 de julio de 1942, un coche se detuvo frente a la puerta de Ravensbrück. En su interior iban Gebhardt y su ayudante, Fritz Fischer, dispuestos a comenzar el experimento. Las primeras víctimas fueron quince hombres transferidos desde el campo de Sachsenhausen. Gebhardt les hizo una incisión en el muslo de unos diez centímetros de longitud, y después infectó la herida con una mezcla de bacterias suministrada por el Instituto de Higiene de las SS en Berlín. Las heridas se trataron con diferentes sulfamidas. En trece de ellos la infección siguió su curso normal, sin que fuera posible determinar el papel exacto jugado por los antibióticos, pero en dos, las heridas se infectaron gravemente sin que las sulfamidas parecieran ser demasiado útiles. Todos fueron devueltos a Sachsenhausen. Cuando Gebhardt se reunió con Himmler para comunicarle los primeros resultados se mostró evasivo y le dijo que para obtener conclusiones significativas era necesario utilizar un número mayor de sujetos. Al *Reichsführer* no le pareció oportuno continuar introduciendo hombres en Ravensbrück si los experimentos debían prolongarse, pero ello no suponía ningún problema. Puso a su disposición a setenta y cuatro prisioneras polacas, todas jóvenes y sanas, capaces de soportar una operación y cuyo estado de salud no falseara los resultados obtenidos. Formaban parte de un transporte especial de cuatrocientas mujeres que habían llegado al campo el 23 de septiembre procedentes del distrito de Lublin, casi todas ellas arrestadas por sus conexiones con la Resistencia polaca. Serían conocidas como «las conejillas de Ravensbrück».

Con la ayuda de los médicos del campo Rolf Rosenthal, Gerhard Schiedlausky y Herta Oberheuser, Gebhardt y Fischer practicaron incisiones de entre cinco y ocho centímetros de longitud y centímetro y medio de profundidad en las piernas de las prisioneras y las infectaron con las bacterias. Además, para reproducir las heridas sufridas por Heydrich, las dividieron en tres grupos. A unas les introdujeron en las heridas serrín; al segundo grupo, fragmentos de cristal, y al tercero, cristal y serrín.

Al principio las intervenciones se hacían sin anestesia de ningún tipo, pero como la enfermería se encontraba al lado del barracón de los oficiales, cuando estos se quejaron porque les molestaban los gritos, les empezaron a suministrar morfina, por lo que las prisioneras se pasaban la mayor parte del tiempo atadas a la cama y semiinconscientes mientras la infección se iba extendiendo. Gebhardt y Fischer volvieron a Hohenlychen, encargando a Schiedlausky la elaboración de informes detallados de la evolución de la enfermedad y la administración de las sulfamidas. Al médico del campo le extrañó la pequeña dosis que debían recibir las prisioneras, probablemente sin ningún valor terapéutico, y así se lo hizo saber a Fischer. Este le respondió que eran órdenes directas de Gebhardt que no admitían discusión. Evidentemente, el cirujano no quería dejar nada al azar. Su prestigio, y tal vez algo más, estaba en juego…

Ajeno al sufrimiento de las mujeres, apenas calmado por la morfina, Schiedlausky se limitó a registrar los resultados con la seriedad imperturbable de un investigador concienzudo. Las vendas se cambiaban cada muchos días, lo que impregnó el barracón de un nauseabundo olor a pus. Así lo contó la deportada Stanislawa Baffia: «No vi a muchos médicos. Sólo recuerdo a la doctora Oberheuser, que nos visitaba todas las mañanas, y al doctor Schidlausky. Nos trataban peor que a animales de laboratorio. Recuerdo que en una ocasión que pedíamos agua la doctora Herta Oberheuser, quizás pensando que no sufríamos bastante, nos trajo agua mezclada con vinagre. ¡Eran unos seres totalmente deshumanizados!». Maria Broel-Plater dijo que tuvo que aguantar unos dolores insoportables mientras sentía cómo la sangre resbalaba por su pierna y empapaba las sábanas de su cama: «Por las noches se nos dejaba solas sin ningún cuidado. Sólo oía los gritos de mis compañeras, y también las oía pedir agua. Pero no había nadie para darnos ni agua ni orinales». Dos semanas después se presentó en el campo el *SS-Reichsarzt* (jefe de los servicios médicos de las SS) Ernst Grawitz, que estaba muy interesado en el experimento por las implicaciones que tenía a la hora de tratar a los soldados heridos en el frente. Después de visitar el barracón de las conejillas y escuchar el informe de Gebhardt y Fischer, hizo de menos sus conclusiones afirmando que las heridas eran «simples picaduras de pulga» en comparación con las que sufrían los soldados, y que si de verdad querían recrear artificialmente las espantosas heridas del frente lo que deberían hacer sería disparar a las prisioneras y contaminar las heridas con tierra y fragmentos de ropas. Gebhardt le convenció de lo inadecuado de tal procedimiento diciéndole que los resultados obtenidos jamás podrían ser presentados. A cambio, le dijo, lo que podría hacerse sería ligar los vasos sanguíneos de los bordes de las heridas con el fin de impedir la circulación de la sangre, haciendo las heridas tan peligrosas como las producidas por las balas en el frente. Se inició así una nueva serie de experimentos. Schiedlausky dio orden de evacuar la enfermería para hacer sitio a las nuevas conejillas, y las prisioneras fueron enviadas a trabajar mientras sus heridas todavía supuraban, algunas caminando con la ayuda de muletas.



Fotografía de la pierna mutilada de una de las víctimas de Gebhardt mostrada durante el proceso de los médicos de Núremberg.

Los experimentos terminaron a comienzos de 1943 arrojando, lógicamente, el resultado esperado por Gebhardt. El fracaso terapéutico de las sulfamidas despejó todas las dudas sobre su profesionalidad y le redimió frente al *Führer*. Los resultados fueron presentados en un congreso médico celebrado en la Academia de Medicina Militar de Berlín el 24 y el 26 de mayo de 1943. Gebhardt y Fischer no ocultaron que se habían llevado a cabo sobre prisioneras sin contar con su consentimiento y que varias de ellas habían muerto, algo que no pareció indignar a ninguno de los centenares de asistentes, que se mostraron más interesados en los aspectos técnicos que en la suerte de las mujeres. Mujeres como Weronica Kraska, que presentó cuatro días después de ser intervenida todos los síntomas del tétanos y que, al no serle administrado el suero antitetánico, murió días después, lo que le sirvió a Schiedlausky para confirmarle a Gebhardt algo tan evidente como que las sulfamidas no eran útiles frente a esta enfermedad. A Kazimiera Kurowska, de veinte años, se le gangrenó la pierna y también murió en medio de horribles sufrimientos, sin que

ninguno de los médicos accediera a amputársela, lo que probablemente le hubiera salvado la vida. Alfreda Prus, de veintiún años, murió desangrada sin recibir ninguna asistencia. Tampoco salieron nunca de la enfermería Aniele Lefanowicz y Zofia Kiecol. Otras seis mujeres fueron ejecutadas de un disparo porque habían quedado incapaces de volver a trabajar.

LOS EXPERIMENTOS SOBRE INJERTOS ÓSEOS

Pero los experimentos con las sulfamidas no fueron los únicos llevados a cabo en Ravensbrück. Ludwig Stumpfegger era un cirujano de las SS especialista en cirugía ósea que trabajaba con Gebhardt en Hohenlychen y que estaba especialmente interesado en «la reactivación de los miembros», ya que muchos soldados regresaban del frente ruso con graves lesiones óseas. Durante las navidades de 1942, Himmler fue invitado a visitar Hohenlychen, y allí se encontró con una enfermera alemana llamada Luisa a la que conocía. A la joven se le había destrozado el codo derecho durante un bombardeo, y aunque había sido intervenida en varias ocasiones, la articulación se le había quedado paralizada. Gebhardt reconoció su impotencia para arreglar el problema, pero Stumpfegger aprovechó la ocasión para ganarse la simpatía del *Reichsführer* diciéndole que la joven podría volver a mover el brazo si se le injertara una articulación. Conocedor de los experimentos con sulfamidas, le pidió permiso para utilizar a las deportadas para sus propias investigaciones sobre injertos óseos, y el 27 de diciembre de ese año volvió a la clínica con una autorización de Himmler en el bolsillo. Gebhardt le convenció de que la enfermera no tenía ninguna posibilidad de volver a mover el codo, por lo que cualquier nueva intervención estaba abocada al fracaso. Sin embargo, podría intentarlo con un civil alemán llamado Ladisch, a quien se le había extirpado un omóplato a causa de un cáncer óseo. Gebhardt le dio instrucciones a Fischer para ir a Ravensbrück y extraer el omóplato de una deportada para injertárselo a Ladisch. Después de la intervención, volvió rápidamente a la clínica con el hueso colocado en un recipiente mantenido a una temperatura de 38°. Allí le esperaban Gebhardt y Stumpfegger, con Ladisch ya preparado para la intervención. Años más tarde, en Núremberg, Gebhardt declaró que el injerto fue un éxito y que el paciente recuperó la movilidad de su brazo. No pareció demasiado preocupado por el destino de la donante, que fue ejecutada mediante una inyección intravenosa de gasolina.

Entusiasmado con el éxito de la intervención, Stumpfegger comenzó a frecuentar Ravensbrück a partir de enero de 1943. Numerosas prisioneras fueron conducidas a la enfermería para satisfacer su furor experimental, algunas de las cuales ya habían sido utilizadas como cobayas para las sulfamidas. El cirujano comenzó extrayéndoles fragmentos de hueso de las tibias y los peronés para comprobar su regeneración o para trasplantarlos a pacientes de Hohenlychen o a otras prisioneras para después pasar a extirparles también músculos y nervios. Zophia Maczka era una deportada

política polaca, médico especialista en radiología, que fue destinada a la enfermería, donde realizó numerosas radiografías a las conejillas de Stumpfegger. Declaró que, durante 1943, unas trece prisioneras fueron sometidas a estos experimentos, y que algunas fueron intervenidas en varias ocasiones. Barbara Pietcyk, una prisionera polaca de dieciséis años, lo fue hasta en seis, extirpándosele fragmentos de ambas tibias. A Maria Grabowska se le fue extirpando músculo de las piernas hasta que quedaron reducidas a piel y hueso. Un día se presentó Oberheuser con una prisionera que apenas podía tenerse en pie. Las radiografías revelaron que le habían sido extraídos fragmentos de cuatro o cinco centímetros de ambos peronés, pero mientras en la derecha se le había conservado el periostio, en la izquierda se lo habían extraído. El periostio es la membrana fibrosa que recubre al hueso y que es esencial para su regeneración, algo de sobras conocido por cualquier estudiante de Medicina. Cuando, horrorizada, la doctora le preguntó a Oberheuser cómo podían esperar que un hueso sin periostio se regenerara, esta le contestó, imperturbable: «Eso es justamente lo que buscamos». La deportada Gustawa Winkowska declaró que en cierta ocasión vio a Rosenthal arrastrar a una joven ucraniana a la sala de operaciones mientras esta se resistía y gritaba pidiendo ayuda, pues los experimentos ya se habían convertido en un secreto a voces. Finalmente, la joven fue anestesiada e intervenida por Fischer y Stumpfegger, que le amputaron la pierna por debajo de la rodilla y se la llevaron a Hohenlychen con algún siniestro motivo que nunca fue conocido. Esa noche, Oberheuser le administró una inyección letal. Ella misma confesó en Núremberg que lo había hecho «en cinco o seis ocasiones», algo que confirmó Rosenthal.

La inutilidad de los salvajes experimentos de Stumpfegger viene probada por el hecho de que nunca hizo públicos sus resultados. Sin embargo, Himmler quedó muy complacido por el afán investigador del cirujano. De hecho, se lo recomendó a Hitler cuando este, después del «asunto de los venenos» de Morell, decidió destituir a sus médicos de escolta. Estuvo a su lado desde finales de 1944 hasta los últimos días del búnker, donde según algunas fuentes comprobó la eficacia de las cápsulas de cianuro con su perra Blondi y ayudó a Magda Goebbels a sedar y después envenenar a sus seis hijos. También le dijo a Hitler que, para no dejar nada al azar, después de morder la cápsula de cianuro tendría tiempo de dispararse un tiro en la cabeza con su Walther calibre 7.65, como efectivamente hizo el *Führer* el 30 de abril de 1945. El 2 de mayo abandonó el búnker junto a Martin Bormann con la intención de romper el cerco ruso, pero cuando comprobaron la imposibilidad de hacerlo, también ellos dos mordieron la cápsula letal.

Stanislawa Baffia fue una de las prisioneras a las que Stumpfegger extirpó buena parte de la musculatura de las piernas, lo que hizo que caminara con enormes dificultades durante el resto de su vida. Como cuentan Montse Armengou y Ricard Belis en su obra *Ravensbrück. El infierno de las mujeres* (2008), después de siete meses salió viva de la enfermería y fue trasladada al barracón treinta y dos, al final

del campo, un pabellón especial al que las otras prisioneras tenían prohibida la entrada y donde iban a parar todas las supervivientes de los experimentos médicos. El 14 de febrero de 1945 corrió el rumor por el campo de que había llegado una orden de Berlín para eliminar a todas las deportadas del barracón treinta y dos. Evidentemente, los nazis presentían que el fin del Tercer Reich estaba cerca y no querían que ninguna de las supervivientes de los experimentos pudiera llegar a contarlo. Las prisioneras decidieron esconderse dispersándose por todo el campo y así, cuando a la mañana siguiente el comandante fue a buscarlas, acompañado por los SS, encontró el barracón vacío. Gracias a ello, cuatro de las conejillas de Ravensbrück pudieron testificar en Núremberg. Allí, Jadwiga Dzido, Maria Broel-Plater, Wladyslawa Karolewska y Maria Kusmierczuk mostraron al tribunal sus espantosas cicatrices y volvieron a encontrarse cara a cara con sus verdugos, Gebhardt, Oberheuser y Fischer. Ninguno de ellos les pidió perdón…

Capítulo 10
Buchenwald:

Erwin Ding y los experimentos con el tifus y las bombas incendiarias. La cura de la homosexualidad. La colección de tatuajes y las cabezas reducidas

El tifus exantemático epidémico es una enfermedad causada por una bacteria llamada *Rickettsia prowazekii* que se caracteriza porque después de un período de incubación de unos doce días se presenta de forma brusca un cuadro de fiebre, dolor de cabeza y malestar general. La temperatura permanece en torno a los 40° mientras aparecen los dos síntomas mayores, una erupción cutánea (exantema) y, al quinto día, el estado de suspensión de las funciones intelectuales que le dio su nombre, derivado del griego *typhos*, 'estupor'. El enfermo se encuentra inerte, somnoliento e indiferente a lo que le rodea, y al caer la noche comienza a delirar, sufriendo en ocasiones alucinaciones. Sin tratamiento, es mortal en el 50 % de los casos. En los más afortunados, la fiebre desaparece a las dos semanas, pero el período de convalecencia puede llegar a los tres meses.

La enfermedad es endémica en algunas zonas del planeta, pero no se transmite de persona a persona, sino por picaduras de piojos. Cuando se deterioran las condiciones higiénicas y los piojos proliferan, como en el caso de las guerras, la infección se extiende rápidamente y puede convertirse en una verdadera epidemia de consecuencias catastróficas. Es por ello que la historia del tifus es tan antigua como la historia de las guerras. Fue el indeseable compañero de las contiendas bélicas europeas desde los albores del siglo XVI y su importancia y trascendencia fue tal que decidió el resultado de batallas independientemente de la potencia de los bandos. El tifus acabó con centenares de miles de soldados de la *Grande Armée* napoleónica durante su campaña rusa de 1812 y durante la Gran Guerra; y las epidemias de Serbia, de Polonia, de Austria, de Rumanía y Rusia causaron más muertes que las armas de fuego. Se calcula que en este último país después del conflicto, la Revolución bolchevique y sus secuelas hubo treinta millones de casos, de los que tres millones murieron.

LA AMENAZA DEL TIFUS

En diciembre de 1941, los informes procedentes del frente ruso alertaron a los servicios médicos de la *Wehrmacht*. Sin tiempo de despiojar las zonas ocupadas, se produjeron diez mil casos de tifus que causaron mil trescientas bajas en las filas alemanas. Además, los prisioneros de guerra rusos habían llevado la enfermedad

hasta el Reich y ya se habían declarado casos en todos los campos y prisiones del país. Era necesario atajar lo que prometía convertirse en una epidemia devastadora, pero la única vacuna de demostrada eficacia era la desarrollada por el biólogo polaco Rudolf Stefan Weigl, de fabricación larga y difícil y coste muy elevado, ya que consistía en una suspensión acuosa elaborada a partir de intestinos de piojos contaminados mediante microenemas, siendo necesarios hasta un centenar de ellos para obtener una única dosis. Sólo se producían treinta y cinco mil por mes, suficientes únicamente para inmunizar a oficiales y médicos. Se estaban desarrollando nuevas vacunas basadas en el método de cultivo de la bacteria en huevos de pollo fecundados, desarrollado por el norteamericano Herald Rea Cox en la década de 1930, pero todavía no habían sido probadas en humanos.

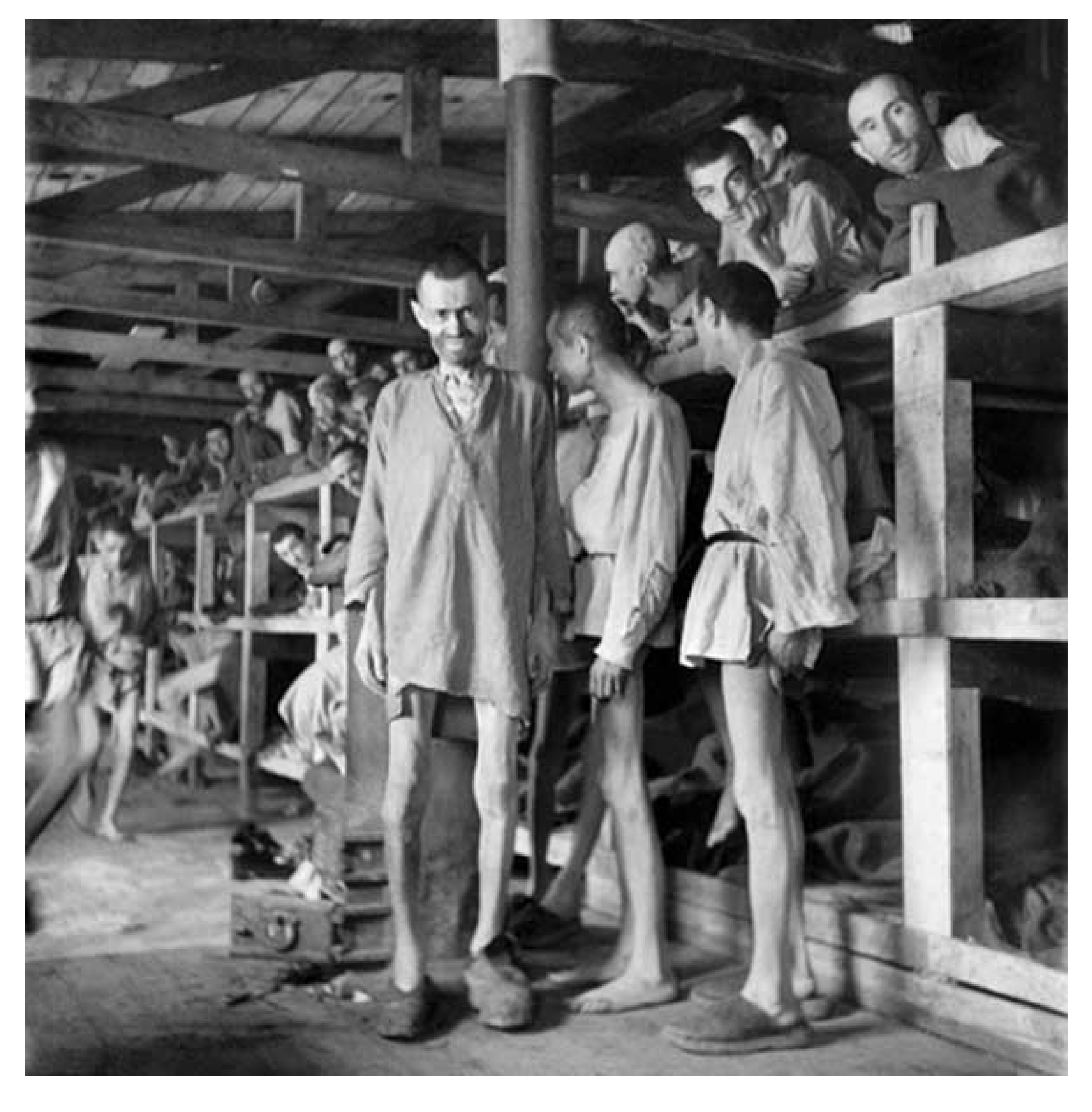
El 29 de diciembre tuvo lugar una reunión al más alto nivel en el Instituto de Higiene de las *Waffen-SS,* en Berlín. A ella asistieron Conti, como responsable de los servicios médicos civiles del Reich, y Sigfried Handloser, de los de la *Wehrmacht;* Joachim Mrugowsky, director del Instituto; Eugen Gildemeister, director del Instituto Robert Koch de Berlín; Hans Reiter, responsable del Departamento de Salud del Reich; y Albert Demnitz, de la industria químico-farmacéutica Behring-Werke, filial de la I. G. Farben, en representación de Carl-Ludwig Lautenschläger, uno de sus directivos y responsable de la planta del laboratorio Hoescht en Höscht, parte también del gigante industrial. Todos se mostraron de acuerdo en la necesidad de experimentar las nuevas vacunas en humanos, y así se le comunicó a Grawitz, quien, por supuesto, obtuvo la autorización de Himmler.

EL BOSQUE DE LAS HAYAS

En esta ocasión, el campo elegido fue el de Buchenwald (‘bosque de las hayas’, en alemán), situado a ocho kilómetros de Weimar, la ciudad de Goethe, de Schiller, de Liszt y Bach, centro tradicional de la cultura alemana, en una colina rodeada por el bosque de Ettesberg. Empezó a ser levantado durante el verano de 1937, pues Eicke pensaba que un campo en Turingia era necesario no sólo por su carga simbólica sino porque, en el caso de que estallara una guerra, el corazón de Alemania estaría particularmente expuesto a ataques subversivos. Las SS emplearon a prisioneros de Sachsenburg y Lichtenberg para talar centenares de hectáreas del bosque en extenuantes jornadas diarias de catorce horas, pero decidieron respetar un imponente roble bajo el cual se decía que Goethe se sentaba a escribir. Además, según una antigua leyenda, el destino de Alemania estaba ligado a la vida del roble de Goethe, y si alguna vez moría, también habría de caer con él el Imperio alemán.

Para finales de 1939, en el inhóspito lugar ya se había levantado una verdadera ciudad rodeada, eso sí, de una alambrada electrificada, con sus calles, sus avenidas, sus fábricas e incluso un zoo cuyos animales, a diferencia de los prisioneros, nunca pasaban hambre. Estos se encargaban de extraer las piedras de una cercana cantera y

subirlas por la ladera cargadas en unas pesadas carretas de hierro mientras los SS los obligaban a cantar y se burlaban de ellos llamándolos los «caballos cantores». Sólo la construcción de la línea de ferrocarril y la llamada Ruta de la Sangre que unía el campo con Weimar costó la vida a centenares de deportados. Cerca de doscientos cincuenta mil de ellos pasaron por Buchenwald, del que dependían además más de cien comandos exteriores y subcampos repartidos por todo el centro de Alemania. Se estima que el número de muertos fue de cincuenta y seis mil, forzados a trabajar hasta el límite de sus fuerzas, a causa de enfermedades contagiosas producto del hacinamiento, el hambre y las nulas condiciones higiénicas, ejecutados de un tiro en la nuca, ahorcados o víctimas de torturas y de los experimentos médicos. Sobre la puerta, para que todos los internos pudieran leerla, una macabra advertencia en letras de metal: *Jedem das seine* (A cada cual lo que se merece).



Deportados en uno de los bloques de Buchenwald, donde podían llegar a hacinarse hasta mil detenidos.

El comandante del campo, el *SS-Standartenführer* Karl Otto Koch, era un hombre corrupto hasta la médula que aprovechó su posición privilegiada para hacerse millonario desviando a sus cuentas bancarias dinero destinado al campo, apropiándose de joyas y dinero de los deportados y de los dientes de oro de sus cadáveres, traficando en el mercado negro con su comida o alquilándolos a empresas privadas como si fueran su particular ejército de esclavos. No le iba a la zaga su segunda mujer, Ilse, una sexy pelirroja de ojos verdes.



Karl Koch y su mujer, Ilse, conocida por la crueldad con la que trataba a los deportados.

Una de las aficiones de Ilse era montar a caballo, por lo que se hizo construir un enorme picadero de cien metros de longitud con las paredes forradas de espejos donde daba varias veces por semana sus paseos matutinos a caballo haciéndose acompañar por la banda de música de las SS. El picadero costó doscientos cincuenta mil marcos y la vida a treinta prisioneros, víctimas de accidentes mortales o asesinados durante el trabajo, pues la comandanta tenía prisa por estrenarlo. Se bañaba en vino de Madeira o leche y en el campo era muy famosa no sólo por la crueldad con la que trataba a los prisioneros, sino por aprovechar la mínima ocasión en que perdía de vista a su marido para meterse en la cama de alguno de los oficiales,

pues, al parecer, el ambiente de sufrimiento, dolor y muerte exacerbaba sus instintos sexuales. Se paseaba a caballo con ropa provocativa delante de los prisioneros para, con la excusa de que le habían mirado las piernas, golpearlos en la cara con su fusta, llegando a ordenar a los SS que apalearan brutalmente a grupos de ellos simplemente por contemplar las palizas en un ejercicio de sádico voyeurismo. No en vano era conocida como *Die Hexe von Buchenwald* (la Bruja de Buchenwald).

LOS EXPERIMENTOS SOBRE EL TIFUS

El responsable de probar en los deportados la eficacia de las vacunas contra el tifus fue un médico llamado Erwin Ding, *SS-Hauptsturmführer*, típico ejemplo de hombre mezquino y frustrado a quien el Estado de las SS dio la oportunidad de satisfacer unas ambiciones que en condiciones normales no habrían pasado de ser tan sólo los sueños de un mediocre. Era el hijo natural de una joven de Bitterfeld adoptado por un rico comerciante de Leipzig que le dio su apellido, aunque su verdadero padre era un médico aristócrata de vida licenciosa de la ciudad de Grimma, en Sajonia, llamado Von Schuler. En 1932 ingresó en el partido nazi y las SS, pero en 1936 fue rechazado al solicitar su admisión en el cuadro de oficiales de la *Wehrmacht* debido a su origen ilegítimo, algo que nunca superó. Anhelando probablemente ser reconocido por su padre y resarcirse de los desprecios sufridos durante su vida, se afanó mucho en sus estudios de Medicina con la intención, como Rascher, de obtener algún día un puesto en una prestigiosa universidad. Nada más obtener su título, en 1937, ingresó como cirujano en las *SS-Totenkopfverbände* de Eicke y al año siguiente fue enviado como médico a Buchenwald. Cuando estalló la guerra fue nombrado adjunto al cirujano jefe de la división *Totenkopf* de las *Waffen-SS*, donde estuvo hasta agosto de 1940. Después fue enviado al Instituto de Higiene, y fue estando allí cuando se le encargó organizar y dirigir los experimentos sobre el tifus de Buchenwald, el campo que ya conocía. Era la ocasión para demostrar su talento; la culminación de sus sueños. ¿Qué podían importar las vidas de unos cuantos infrahombres y enemigos del Reich? Cuando regresó al campo, el 2 de enero de 1942, ya había obtenido el permiso de Himmler para hacerse llamar Erwin Ding-Schuler…

Las vacunas a probar fueron la de Weigl; la desarrollada por Gildemeister y Eugen Niels Haagen según el método de Kox en el Instituto Robert Koch; la fabricada por Behring-Werke, que utilizaba también embriones de pollo pero mezclaba *Rickettsia prowazekii* con otra cepa de la bacteria llamada *Rickettsia mooserii;* la producida por Durand y Giroud en el Instituto Pasteur de París, preparada a partir de pulmones de conejos infectados; la elaborada por Cantacuzino en Bucarest con pulmones de perro; y un suero desarrollado en el Instituto Estatal del Suero de Copenhague a partir de hígados de ratones. Estas dos últimas fueron proporcionadas por mediación de Gerhard Rose, responsable del Departamento de

Medicina Tropical del Instituto Robert Koch.

Ding instaló su laboratorio en el Bloque 46, conocido a partir de entonces como División para la Investigación del Tifus y los Virus del Instituto de Higiene de las *Waffen-SS,* que quedó aislado del resto del campo mediante una alambrada de púas. Solicitó voluntarios para unas pruebas que, según dijo, no entrañaban ningún peligro y les aseguró que quedarían exentos de trabajar, que serían alimentados correctamente y que tendrían camas individuales en un lugar limpio.

Comenzó sus experimentos el 5 de enero de 1942 inyectando a cinco prisioneros de forma subcutánea e intramuscular una emulsión de membranas vitelinas de huevos fecundados contaminados con la bacteria, pero no consiguió que estos contrajeran el tifus. Lo volvió a intentar el día 10, esta vez contaminando con el preparado varios cortes profundos realizados en los brazos de los deportados. En su diario escribió: «Todos los sujetos experimentales utilizados para esta prueba enfermaron de un tifus genuino. El período de incubación fue de entre dos y seis días. […] Uno de ellos murió». Por un descuido, también Ding contrajo la enfermedad y mientras recibía cuidados en un hospital de Berlín fue reemplazado por otro de los médicos del campo, Waldemar Hoven, que acababa de terminar sus estudios cuando fue destinado a Buchenwald. Desde ese momento, los destinos de los dos hombres quedaron ligados a pesar de que la vida de Hoven no tenía nada que ver con la de Ding. Nacido en el seno de una acaudalada familia de Freiburg, dedicó muchos años a viajar por el mundo, trabajó como periodista en París y como extra en Hollywood. En 1933, después de la muerte de su padre, comenzó a estudiar Medicina para hacerse cargo del sanatorio que dirigía. Al año siguiente entró en las SS y en 1939 se afilió al NSDAP. Al contrario que Ding, no deseaba hacer una gran carrera en el mundo de la Medicina, sino tan sólo alcanzar una posición privilegiada en las SS que le permitiera una vida de lujos y mujeres, sus dos grandes pasiones. Sólo por ello decidió ayudarlo en sus experimentos y sustituirlo cuando este se ausentaba.

Durante su convalecencia, Ding leyó acerca de un médico turco que se volvió loco y que infectó a muchas personas con sangre de enfermos del tifus, y decidió que la inyección intravenosa de sangre contaminada sería el método más seguro, eficaz y barato de transmitir la enfermedad. Desde entonces, entre tres y cinco de los llamados «portadores» eran infectados cada mes con el único propósito de tener sangre fresca contaminada con la que infectar a otros prisioneros antes de que murieran, como lo hicieron todos. El resto de los «cobayas humanos» serían unos previamente vacunados para comprobar la eficacia de los preparados y otros no para servir como grupo de control. Evidentemente, esta no era la forma natural de transmisión de la enfermedad, y los resultados fueron catastróficos. Pronto, el Bloque 46 se llenó de prisioneros cubiertos de manchas violáceas, con los rostros febriles deformados por el dolor, algunos inconscientes y comatosos, otros dejando escapar gemidos entrecortados por frases incoherentes. Así contó su experiencia el deportado Heinz Rotheigener:

> Había conmigo alrededor de cien internados en la sala del Bloque 46; checos, polacos, judíos, alemanes. Nos habían llamado por el altavoz. Unos días antes, otros sesenta internados habían sido enviados allí de la misma manera. Durante unas tres semanas tuvimos doble ración y al cabo de ese tiempo fuimos infectados. Una semana después se manifestaron unos ligeros calambres, después náuseas, dolores violentos de cabeza y pérdida de apetito. Los dolores se hicieron tan fuertes que uno tenía la impresión de que iba a estallarle la cabeza. El menor movimiento nos hacía daño.

Un prisionero destinado al Bloque 46 como enfermero, llamado Victor Holbert, declaró que los infectados sufrían horriblemente y que tenían 40 o 41° de fiebre durante tres o cuatro semanas. Más de la mitad morían durante el período febril, y los que sobrevivían quedaban tan demacrados que parecían esqueletos: «Tras la recuperación eran designados para una columna de trabajo penoso y allí perecían». Eugen Kogon fue un sociólogo alemán detenido en 1938 por la Gestapo por su oposición al nacionalsocialismo y deportado al año siguiente a Buchenwald, donde pasaría seis años y donde sería empleado como secretario por Ding. En Núremberg declaró que en el campo todos sabían que en el Bloque 46 ocurría algo horrible, pero pocos tenían una idea exacta de lo que era:

> Aquellos que eran seleccionados y llevados al Bloque 46 sabían que iban allí a despedirse de la vida. Además, se sabía que el *kapo* Arthur Dietzsch imponía en el bloque una disciplina de hierro. Era realmente el reino absoluto del látigo de nueve colas. Por lo tanto, toda persona designada para ir al bloque esperaba la muerte; una muerte muy larga y muy horrorosa, pero también la tortura y la completa eliminación de los últimos vestigios de su libertad personal. En este estado mental, los sujetos de experimentación esperaban durante un período de tiempo desconocido. Esperaban el día o la noche en que se les haría algo; no sabían lo que sería, pero imaginaban que sería alguna espantosa forma de muerte.
>
> Si eran vacunados, tenían lugar las más horribles escenas, porque los prisioneros temían que se tratara de una inyección letal. El *kapo* Arthur Dietzsch tenía que restaurar el orden con disciplina de hierro.
>
> Después de un tiempo tras la infección aparecían los primeros síntomas del tifus que, como es bien sabido, es una de las enfermedades más serias. Durante los dos últimos años, la infección se manifestó en sus más terribles formas. Había casos de locura, delirios, gente que se negaba a comer y un gran número de muertes. Aquellos en los que la enfermedad no era tan grave, tal vez por su constitución más fuerte o por la eficacia de la vacuna, eran obligados a asistir a la lucha de sus camaradas contra la muerte. Y todo esto tenía lugar en una atmósfera difícilmente posible de imaginar. Durante su

convalecencia, los supervivientes no sabían lo que les sucedería. ¿Seguirían en el Bloque 46 y serían utilizados para otros experimentos? ¿Se les tendría miedo precisamente por ser testigos de lo que allí ocurría y ejecutados por ello? Era algo que no podían conocer y que agravaba las condiciones de estos experimentos.

De hecho, muchos no podían considerarse a salvo aunque hubieran superado la enfermedad. Mrugowsky dio instrucciones para que a los enfermos convalecientes se les extrajera sangre para desarrollar un suero protector. Regularmente se les extraían entre 250 y 350 cm^3, por lo que en un gran número de ellos, debilitados por el tifus e incapaces de tolerar la pérdida de sangre, la vida acababa abandonando sus exhaustos cuerpos.

En abril de 1943, Ding tuvo una reunión en Hoescht con Carl-Ludwig Lautenschläger y los doctores Weber y Fussgänger, de la I. G. Farben. Deseaban confiarle dos nuevos medicamentos contra el tifus que había desarrollado su firma llamados Acridina y Rutenol para que los probara en el campo. Ding debió sentirse muy halagado. Kogon llegó a conocerlo muy bien y lo definió como «un poseso, sin ningún principio moral, sin convicciones religiosas, sin ninguna creencia metafísica. Por lo que yo sé, se había unido a las SS por ambición y por seguir una carrera rápida. Sus conocimientos médicos eran relativamente débiles, pero tenía cierta actitud para resolver los problemas médicos cuando pensaba sacar de ellos ventajas personales. Deseaba hacerse conocer en el mundo médico, obtener una cátedra en la universidad, y utilizaba todos los medios para aumentar su reputación personal». Kogon estaba seguro de que Ding habría sacrificado cualquier cosa, incluso a su mujer y a sus dos hijos, si hubiese estado en juego su carrera.

Ding volvió a Buchenwald llevando muestras de los nuevos fármacos. El día 24, treinta y nueve deportados fueron llevados por la fuerza al Bloque 46. A quince de ellos, Ding les administró Acridina; a otros quince, Rutenol; y los nueve restantes sirvieron como grupo de control. Después, les inyectó por vía intravenosa 2 cm^3 de sangre contaminada. Todos cayeron gravemente enfermos. Para principios de junio, las experiencias con los nuevos medicamentos habían concluido. El doctor Weber visitó personalmente el Bloque 46 para ser informado. El número de muertos había sido de veintiuno: ocho de los tratados con Acridina, ocho del grupo del Rutenol y cinco del grupo de control. Resignado, Weber le dijo a Ding que, oficialmente, I. G. Farben negaría saber nada del asunto. De hecho, en su obra *El Estado de las SS*, Kogon cuenta que después de aparecer la primera edición de su libro en 1946, Weber y Fussgänger se dirigieron a él diciéndole que habían sido engañados por las SS, que lo que se les dijo fue que sus nuevos fármacos serían usados para tratar a soldados enfermos del tifus en los hospitales de campaña de las divisiones de las SS, y que cuando supieron que se estaban probando con los prisioneros de Buchenwald, rompieron los contactos de acuerdo con su jefe, Lautenschläger. Kogon se

preguntaba: «¿Desde cuándo permite el código moral científico y médico administrar a soldados enfermos sin su consentimiento expreso medios quimioterapéuticos que han sido probados sólo con animales?».

Ding también probó en el campo otro medicamento experimental llamado Otromina, desarrollado por Georg Lockermann en el Instituto Robert Koch, contaminando entre el 10 y el 15 de junio de 1943 a cuarenta prisioneros, veinte tratados con el fármaco, diez inmunizados y diez no inmunizados, administrando a cada uno, en una sabrosa ensalada de patatas, 2 cm^3 de emulsión de bacilos del tifus en una solución fisiológica de sal de cocina. En el Bloque 46, hasta comer era peligroso. Ding anotó en su diario los resultados: «Siete enfermaron levemente, veintitrés más o menos gravemente, seis de modo ambulatorio y cuatro no enfermaron en absoluto. Un muerto». Poco importaba si se trataba de un pobre desgraciado calificado de delincuente profesional o de alguien encarcelado por cualquier estúpido motivo. Poco importaba si tenía una familia esperándolo. Era tan sólo un número. Otro número más. ¿Qué podía importarle esto a un médico del Tercer Reich que permitía que se administrasen bacilos del tifus en las patatas?

En total, Ding utilizó para sus experimentos a unos mil prisioneros. Todos los portadores murieron (su número se estimó entre noventa y ciento veinte). En cuanto al resto, sería difícil dar un número exacto. Para Kogon, fueron 158, y así quedó certificado en Núremberg: «El resto adquirió taras en la salud para toda su vida, más o menos graves como puede confirmar todo especialista en tifus: insuficiencia cardiaca crónica, pérdida de la memoria, parálisis, etc.». Un total de casi trescientos muertos coincide con el testimonio aportado por Ferdinand Roemhild, secretario personal y asistente de Hoven. Sin embargo, para el doctor Balachowsky, deportado en el campo, «después de las conclusiones de los experimentos, a ningún superviviente se le permitía vivir, según las normas del Bloque 46. Todos eran liquidados, asesinados por medio de una inyección intracardiaca de fenol». Balachowsky también declaró que ninguno de los portadores había sobrevivido, pero elevaba su número a seiscientos, «sacrificados con el mero propósito de proporcionar bacilos del tifus».

En cuanto a los resultados, como bien dijo Kogon, «su valor científico era o bien igual a cero o muy escaso, pues el procedimiento de infección era completamente absurdo» al no utilizarse la vía natural de transmisión de la enfermedad, los piojos, sino la inyección intravenosa de sangre de enfermos. Además, de esta forma, aumentó la virulencia de los gérmenes, por lo que el efecto de las vacunas no era en absoluto valorable. Ninguno de los grandes científicos alemanes se tomó la molestia de meditar críticamente sobre estos métodos, ni de considerar si estaba permitido humana y científicamente llevar a cabo tales experimentos y dejarlos en manos de las SS. Admitieron sin vacilar los resultados y creyeron y valoraron las publicaciones de Ding sobre el tema en prestigiosas revistas médicas como *Zeitschrift für Hygiene und Infektionskrankheiten*, que no añadían nada a los ensayos con animales y que, por lo

tanto, no justificaban los experimentos con personas. Para el doctor Leo Alexander, los experimentos sobre el tifus en Buchenwald fueron «como usar un martillo pilón para cascar una nuez».

LOS EXPERIMENTOS CON BOMBAS INCENDIARIAS

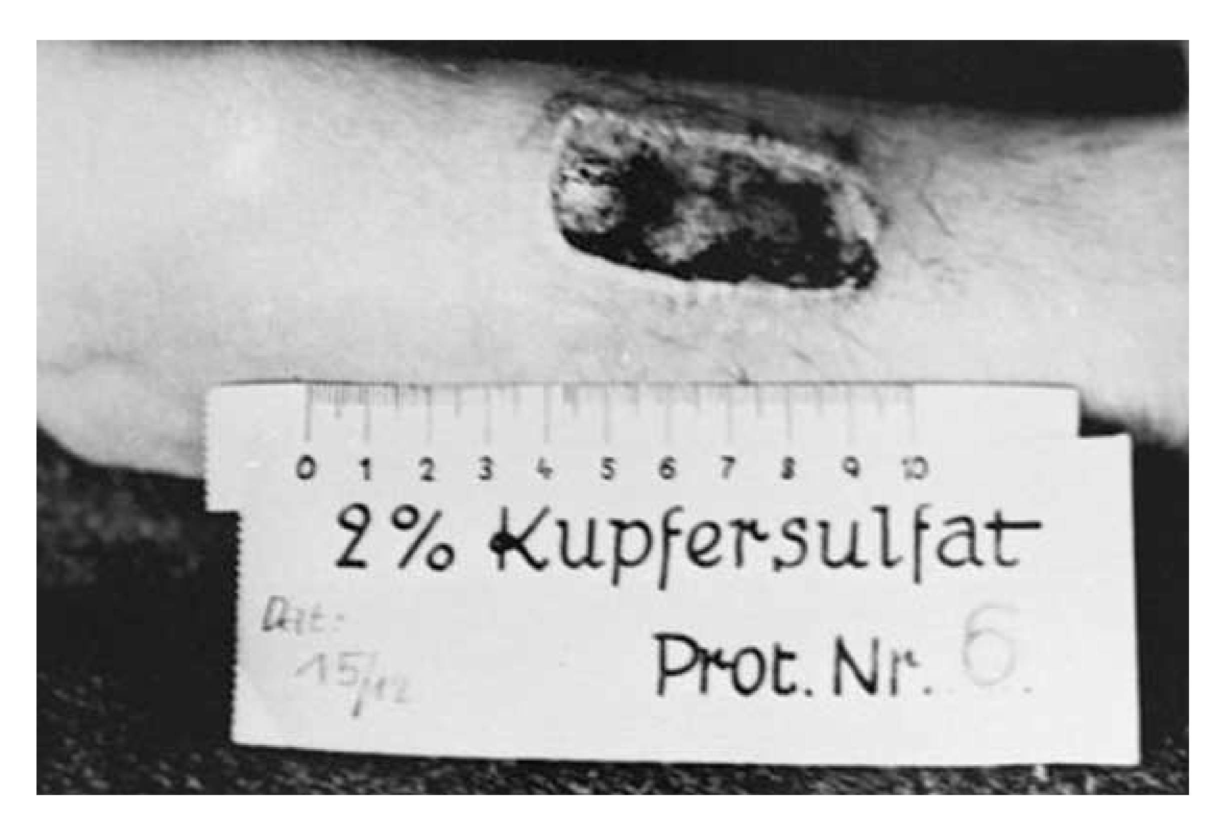
Ding también utilizó prisioneros para otros experimentos. A partir del verano de 1943, los Aliados habían intensificado sus incursiones aéreas nocturnas con la intención de destruir el potencial armamentístico y económico del Reich. En julio, cinco bombardeos sucesivos con bombas incendiarias de fósforo habían reducido Hamburgo a unas ruinas calcinadas, y eran muchas las ciudades alemanas cuyos habitantes habían sufrido graves quemaduras para las que el tratamiento habitual con sulfato de cobre no era suficiente. El 30 de septiembre, Grawitz se dirigió a Himmler comunicándole que Brandt le había pedido que probaran una nueva pomada en fase de investigación. A pesar de contar con numerosos heridos alemanes, Grawitz consideró que ese tipo de pruebas tomarían demasiado tiempo, y no creía que las experiencias con animales dieran resultados extrapolables al ser humano. Por ello, le solicitaba que diera su autorización para experimentar en el campo de Sachsenhausen «en prisioneros no aptos para el trabajo por causas de enfermedad». El 7 de octubre, la autorización de Himmler ya estaba sobre su escritorio aunque, finalmente, el campo elegido fue el de Buchenwald.

El producto a probar era uno llamado R 17, desarrollado por los laboratorios Madaus de Dresde-Radebeul, que, al parecer, había dado muy buenos resultados en conejos. Evidentemente, el hecho de que en el campo no hubiera prisioneros con quemaduras graves no era ningún problema para el ambicioso Ding: pidió que le enviaran el contenido de una bomba incendiaria encontrada cerca de Leipzig.

El 9 de noviembre, cinco prisioneros que habían sobrevivido al tifus fueron llevados ante Ding. El *kapo* Dietzsch les administró una anestesia suave para que no pudieran defenderse, pero insuficiente como para no ver y sufrir lo que les iba a ocurrir. Ding les aplicó una mezcla de caucho con fósforo sobre una superficie de piel de unos 7 por 3 centímetros. Después inflamó el preparado y lo dejó arder hasta que se apagara. En la mayoría de los casos le costó un minuto, pero en uno de los prisioneros el preparado estuvo ardiendo durante veinte. Después cubrió las espantosas quemaduras con el R 17. Además, también probó con sulfato de cobre, aceite de hígado de bacalao (que lo único que hacía era agravar la quemadura) e incluso con simple agua. Durante dos meses sufrieron los más atroces dolores. Según Kogon, era imposible que las heridas pudieran curar totalmente: «Los individuos han debido conservar cicatrices muy profundas, porque las heridas tenían una profundidad de entre 2 y 2,5 centímetros».

Después de un tiempo, Mrugowsky se encontró con Grawitz y le preguntó por los resultados. El *Reichsarzt* le dijo que el R 17 únicamente disolvía el fósforo, pero que

no contribuía en absoluto a curar las quemaduras…



Una de las quemaduras con fósforo infligidas por Ding a los prisioneros del campo.

LA CURA DE LA HOMOSEXUALIDAD

El 16 de julio del año siguiente, Ding recibió una carta de Helmut Poppendick, el segundo de Grawitz, en la que le informaba de que en próximas fechas llegaría al campo un médico danés, un *SS-Sturmbannführer* llamado Carl Vaernet (su verdadero nombre era Carl Peter Jensen), y que debía poner a su disposición a varios prisioneros de los etiquetados con el triángulo rosa. A pesar de ser una práctica común en las SA y también entre los SS y la *Wehrmacht* y de que el nazismo fuera un movimiento masculino que fomentaba la camaradería en todas sus organizaciones, los nazis consideraban a los homosexuales masculinos psicópatas, degenerados y criminales similares a los judíos por construir «un estado dentro de un estado. […] No son "pobres enfermos" que puedan ser tratados, sino enemigos del Estado que deben ser eliminados». Ya desde finales de la década de 1930 la Policía Criminal había comenzado a arrestar a miles de homosexuales y enviarlos a los campos, a pesar de que algunos de los más altos dignatarios nazis eran familiares en el ambiente gay del Berlín de entreguerras, donde Rudolf Hess era conocido como *Fräulein Anna* (la señorita Anna). De Göring se ha dicho que practicaba el travestismo, y también la posible homosexualidad del mismísimo *Führer* ha sido motivo de especulación por parte de estudiosos basándose en sus extrañas relaciones con las mujeres.

Himmler los odiaba por considerarlos hombres débiles y afeminados que no podían luchar por el Reich, además de verlos como gente que probablemente no

procrearía y no podría aumentar la tasa de natalidad de la raza aria. El 26 de octubre de 1936 formó dentro de la Gestapo la *Reichszentrale zur Bekämpfung der Homosexualität und Abtreibung* (Oficina Central del Reich para Combatir el Aborto y la Homosexualidad), encargada de darles caza. Quince mil fueron enviados a los campos, donde eran separados en pabellones especiales, sometidos a espantosas humillaciones tanto por parte de los SS como por otros prisioneros y enviados a los peores destinos.

El *Reichsführer* se mostró entusiasmado cuando supo por medio de Grawitz que Vaernet decía haber encontrado una cura contra la homosexualidad y que en Copenhague había conseguido que, después de tres meses, un homosexual hubiera cambiado sus gustos y se hubiera comprometido con una mujer. Además, Vaernet afirmaba que su remedio también era útil contra la impotencia y que servía para aumentar el vigor sexual. Sin dudarlo, Himmler le abrió las puertas de Buchenwald. El supuesto «especialista en hormonas» seleccionó a quince prisioneros homosexuales y les injertó en las ingles una cápsula hormonal compuesta de hormonas masculinas cristalizadas. Después de siete meses, Vaernet abandonó el campo admitiendo su fracaso y dejando atrás a dos muertos. El resto de los prisioneros siguió manteniendo sus gustos sexuales. A comienzos de 1945, Vaernet regresó a Dinamarca.

LAS VIVISECCIONES

Para Kogon, el peor de los médicos del campo fue el *SS-Hauptsturm-führer* Hans Eisele: «Los hechos que cometió de 1940 a 1943 superaron cualquiera de las villanías realizadas por los otros médicos de las SS». Seleccionaba al azar por las calles del campo a deportados que eran llevados a la enfermería. Allí les inyectaba apomorfina y sin necesidad de ninguna clase, tan sólo para su formación científica personal, los sometía a vivisecciones, extirpándoles órganos y amputándoles brazos y piernas. A los que sobrevivían les administraba una inyección letal. Por sus manos también pasaron centenares de mujeres del burdel, situado entre el infame Bloque 46 y el hospital, llevadas a Buchenwald desde Ravensbrück con la promesa de que serían liberadas en seis meses. Las que no satisfacían a un cliente o contraían una enfermedad venérea eran enviadas a Eisele para que «practicara». Además, era uno de los encargados de eliminar a los enfermos cuando se consideraba que su número superaba el aceptable. Kogon dice que mató por lo menos a trescientos enfermos de tuberculosis inyectándoles evipán sódico y que después se quejó frente a sus colegas de que algunos tenían el corazón tan fuerte que había necesitado hasta tres inyecciones para quitarles la vida. También colaboraba en estas liquidaciones Hoven, de quien Kogon dice que después de haber asesinado a un grupo de enfermos salió de la sala con un cigarrillo en la mano silbando la melodía *Acaba un hermoso día*. El deportado Joseph Ackermann declaró que en una ocasión, Hoven lo llamó y,

señalándole a un prisionero que partía piedras en el patio, le dijo que deseaba tener su cráneo sobre su escritorio al día siguiente: «El prisionero recibió la orden de presentarse al servicio médico. Se anotó su número. El cadáver fue llevado el mismo día a la sala de disección. El examen post mórtem reveló que había muerto a consecuencia de una inyección. El cráneo fue preparado y entregado al doctor Hoven».

LA LIBERACIÓN DEL CAMPO

El 24 agosto de 1944, los norteamericanos llevaron a cabo un ataque aéreo contra la enorme fábrica de componentes para las V-2 Gustloff-Werk II, situada dentro del campo. Ciento veinte «Fortalezas volantes» ejecutaron la acción con una precisión admirable. En el campo tan sólo cayeron unas cuantas bombas perdidas que quemaron una parte del depósito de efectos personales. De allí el fuego pasó a la lavandería y, arrastrándose sobre el techo, saltó hasta el roble de Goethe. Los bomberos del campo con sus precarias bombas contra incendios y los prisioneros pasándose baldes de agua intentaron apagar las llamas, pero, a pesar de salvar la lavandería, no consiguieron extinguir las del roble. Ardió durante toda la noche y a la mañana siguiente sólo quedaba de él el tronco tiznado. Se ordenó a un grupo de deportados que lo talaran, desenterraran sus raíces y rellenaran el hueco. Mientras lo hacían, en sus rostros demacrados podía adivinarse una alegría secreta, un triunfo silencioso, pues todos en el campo conocían la leyenda y empezaron a pensar, por primera vez en serio, en la libertad. Y así fue. El Tercer Reich sobrevivió al roble de Goethe tan sólo nueve meses más.

A partir de enero de 1945, después de las evacuaciones de Auschwitz y Gross-Rosen, el número de deportados del campo aumentó espectacularmente hasta unos cuarenta y ocho mil. Era imposible no ya alimentarlos sino incluso albergarlos allí, por lo que a comienzos de abril, las SS recibieron la orden de Himmler de liquidar el campo. Por un lado, el régimen quería conservar las únicas reservas importantes de mano de obra que le quedaban y, por otro lado, no deseaba que sus peores enemigos pudieran caer en manos de los Aliados ni moverse con libertad detrás de sus filas. Convoyes enormes fueron evacuados hacia Bergen-Belsen, Dachau y Flossenbürg, y muchos de los prisioneros murieron durante la marcha. El 7 de abril salió del campo un convoy de cincuenta y nueve vagones, abiertos y cerrados, con destino a Flossenbürg, pero debido a los bombardeos de las vías acabó en Dachau tres semanas después. De los cuatro mil quinientos deportados, tan sólo llegaron vivos ochocientos dieciséis. El resto murió de hambre, de sed o ejecutados por los SS.

El 11 de abril estalló un motín en el que tomaron parte centenares de prisioneros políticos que desde hacía tiempo estaban organizando la Resistencia y habían conseguido hacerse con algunas armas. Consiguieron reducir a los SS y apoderarse del campo antes de que los norteamericanos llegaran al anochecer. El primero en

entrar fue el capitán Frederic Keffer. Nadie le había preparado para lo que allí encontró. Nadie podía haberlo hecho. En una carta a su abuelo, lo describió como «un sueño loco no perteneciente a este mundo». Centenares de cadáveres esqueléticos se descomponían tirados en el suelo, amontonados en camiones y apilados en la entrada del crematorio, en cuyos seis hornos podían verse restos de huesos humanos. En los días posteriores, los prisioneros, ahora ya hombres libres, relataron los horrores que allí habían ocurrido, la espantosa crueldad con la que eran tratados, las torturas, los castigos, las ejecuciones… Y en el Departamento de Patología del campo les mostraron algo por lo que siempre será recordado Buchenwald. Allí, como en una película de terror de serie B, había órganos humanos conservados en jarras, trozos de piel tatuada y dos cabezas reducidas convertidas en pisapapeles.

LA COLECCIÓN DE TATUAJES, LAS CABEZAS REDUCIDAS Y LOS OBJETOS FABRICADOS CON PIEL HUMANA

Todo comenzó cuando un médico del campo, el *SS-Sturmbannführer* Erich Wagner, empezó a desarrollar un interés morboso por los prisioneros tatuados y, siguiendo a Lombroso, decidió hacer su tesis doctoral relacionando el gusto por los tatuajes con las tendencias criminales. Con el visto bueno del comandante y la ayuda de Eisele se dedicó a fotografiar los tatuajes de los prisioneros para después llevarlos a la enfermería, donde eran asesinados mediante una inyección de fenol para después cortarles los trozos de piel tatuada, que eran curtidos para ser preservados y expuestos en el Departamento de Patología. Kurt Sitte, un médico alemán deportado que había trabajado en esa sección, contó que las SS organizaban visitas guiadas a tan macabra exposición, que contaba con centenares de piezas, y que las más admiradas eran las que mostraban motivos obscenos.



En Buchenwald, llevar un tatuaje llamativo equivalía a una sentencia de muerte.

En algún momento, Ilse tuvo la enfermiza ocurrencia de utilizar alguna para fabricar pantallas de lámparas. Otro de los prisioneros, Gustav Wegerer, recordaba el día en que el comandante y el médico SS Hans Müller aparecieron por el departamento, en unos momentos en los que se estaba fabricando la pantalla: «Koch y Müller escogieron otras pieles tatuadas porque de su conversación pude deducir que a Ilse no le habían gustado los motivos seleccionados anteriormente. La lámpara se acabó y fue enviada a Koch. En esta visita, el comandante también ordenó fabricar con piel humana curtida una funda de navaja y un estuche para los instrumentos de manicura de su esposa». El deportado Andreas Pfaffenberger declaró que en otra ocasión se ordenó a todos los prisioneros tatuados que se presentaran en la enfermería. Después de ser examinados, los que lucían los más artísticos fueron asesinados mediante una inyección de fenol. Los cadáveres fueron llevados al Departamento de Patología, donde les cortaron los trozos de piel tatuada, que después fueron curtidos. Con ellos se hicieron pantallas de lámparas y otros utensilios que fueron enviados a la esposa de Koch. También se dijo que Ilse seleccionaba

personalmente a los prisioneros cuyos tatuajes le gustaban y que, poco después, esos trozos de piel aparecían en el departamento.



Una de las cabezas reducidas utilizadas como pisapapeles encontradas por los norteamericanos en Buchenwald.

Petacas, billeteras y otros objetos fabricados con piel de los prisioneros también fueron enviados a Enno Lolling, el jefe de los servicios médicos de los campos, que gustaba de regalarlos a altos mandos de las SS en sus cuarteles generales de Oranienburg. Tenían tanto éxito que Lolling decidió encargar *souvenirs* todavía más peculiares, y escribió a Wagner y Eisele pidiéndoles que investigaran la forma de reducir cabezas, tal y como hacían los jíbaros. La técnica les fue comunicada por los técnicos de la *Ahnenerbe,* pero no era fácil, y podemos suponer que fueron muchos los prisioneros decapitados hasta conseguir perfeccionarla. Es imposible saber el número de estos espantosos trofeos que salieron de Buchenwald, pero dos de ellos todavía estaban en el Departamento de Patología cuando fue liberado el campo. Se trataba de dos cabezas humanas reducidas al tamaño de un puño, montadas sobre

zócalos de ébano. Una de ellas era la de un joven polaco cuyo crimen había sido mantener relaciones sexuales con una alemana.



Fotograma del documental de Wilder donde se muestran las cabezas reducidas, la colección de tatuajes y la lámpara con pantalla de piel humana.

Karl Koch fue investigado por las SS, juzgado y declarado culpable de un delito de corrupción por apropiarse de al menos doscientos mil *Reichsmarks* que correspondían a la organización. Fue fusilado el 3 de abril de 1945. Para Ilse se pidieron cinco años de cárcel por aceptar objetos robados, pero fue absuelta por falta de pruebas después de sufrir una crisis de ansiedad delante del tribunal. Se marchó a vivir con sus dos hijos a un pequeño apartamento alquilado en Stuttgart, donde residía su hermana, creyendo que todo se olvidaría pronto. Pero no fue así. Los testimonios de los deportados hicieron que los norteamericanos la buscaran y la detuvieran en junio de 1945. Estuvo presa en unos barracones de la *Luftwaffe* en Ludwigsburg hasta abril de 1947, siendo después enviada a una celda de Dachau en espera de ser juzgada por un tribunal militar norteamericano junto a otros treinta miembros del personal de Buchenwald, incluido Eisele. Incapaz de dominar sus instintos más primarios incluso en semejante situación, Ilse se quedó embarazada.

Desde un primer momento, el general Patton había sido consciente de la importancia de contar con un testimonio gráfico de los horrores que encontraron en los campos «por si alguna vez, en un futuro, se originara una tendencia a achacar las acusaciones a simple propaganda». Durante el juicio de Buchenwald se proyectó el

documental rodado por el afamado director Billy Wilder donde se mostraban los grupos de prisioneros esqueléticos, los cadáveres amontonados, los hornos crematorios y una mesa donde se expusieron los trozos de piel tatuada, los órganos humanos preservados en formol, las dos cabezas reducidas y la famosa lámpara.

LA BRUJA EN EL BANQUILLO

Varios testigos dieron fe de la crueldad con que Ilse trataba a los prisioneros, y algunos de ellos afirmaron haber visto personalmente en casa de los Koch lámparas, un bolso y un álbum de fotografías hechos con piel humana. Como pruebas, la acusación presentó tres trozos de piel tatuada y una de las cabezas reducidas. Ilse lo negó todo y afirmó que durante todo el tiempo que estuvo en el campo se dedicó única y exclusivamente a ser una buena esposa y una madre ejemplar (a pesar de que su hija Gudrun había muerto a los cuatro meses mientras estaba de vacaciones y no quiso volver para cuidarla). El 12 de agosto de 1947, el Tribunal condenó a muerte a veintidós de los acusados, pero en el caso de Ilse no se pudo encontrar ninguna evidencia de que seleccionara a prisioneros para ser ejecutados y obtener así sus tatuajes ni de que hubiera poseído ningún objeto fabricado con su piel. Fue condenada a cadena perpetua por maltratar a los deportados, pero la sentenciada fue revisada, considerada exagerada y conmutada el 16 de septiembre de 1948 por cuatro años de cárcel. El abogado de la acusación, William Denson, lo calificó de algo «simplemente increíble». La indignación general hizo que volviera a ser juzgada nada más quedar en libertad el 17 de octubre de 1949, en esta ocasión por un tribunal alemán que la encontró culpable no sólo de maltratar a los deportados, sino también de ordenar sus ejecuciones, por lo que fue condenada nuevamente a cadena perpetua. El 2 de septiembre de 1967, Ilse Koch se ahorcó en su celda de la prisión de mujeres de Aichach.

EL DESTINO DE LOS OTROS «EXPERIMENTADORES»

Eisele fue condenado a muerte por asesinar a prisioneros mediante las inyecciones de fenol y por realizar cirugía inapropiada, pero su sentencia también fue conmutada por cadena perpetua en la prisión de Landsberg. Gracias a su buena conducta, fue puesto en libertad el 19 de febrero de 1952. Abrió una consulta médica en Múnich y vivió sin problemas hasta 1958, cuando durante el juicio al más sádico de los guardianes de Buchenwald, el *SS-Hauptscharführer* Martin Sommer, su nombre volvió a ser citado por varios de los testigos. Temiendo ser detenido de nuevo, huyó a Egipto, donde siguió trabajando como médico en un hospital militar y donde murió en 1967. Wagner escapó y estuvo viviendo bajo nombre falso en Baviera. En 1957 trabajaba en la consulta de su mujer, en Lahr, donde fue reconocido y arrestado. Se cortó las venas el 22 de marzo de 1959 en la prisión de Offenburg

mientras esperaba ser juzgado.

Hoven fue juzgado en Núremberg y Vaernet consiguió huir a Argentina. En su libro *Vaernet, den danske SS-lauge i Buchenwald (Vaernet, un médico SS danés en Buchenwald),* el profesor Niels HØiby y los periodistas Jacob Rubin, Hans Davidsen Nielsen y Niels Birgen Danielsen contaron cómo después de la guerra Vaernet fue enviado al campo de prisioneros danés de Alsgade Skode, bajo control británico, y que allí consiguió interesar a las autoridades por sus milagrosas curas de la homosexualidad. Al parecer, incluso llegó a contactar con laboratorios anglo-estadounidenses interesados en adquirir alguna de sus patentes. En noviembre fue trasladado a un hospital, donde se le diagnosticó una enfermedad cardiaca incurable, por lo que se le permitió instalarse en la granja de su hermano. Después de sus investigaciones, los autores pudieron confirmar que, en realidad, su electrocardiograma no mostraba ninguna alteración y que tampoco recibió ningún tratamiento. Sin embargo, en agosto de 1946 recibió el permiso de las autoridades para viajar hasta Suecia y recibir una novedosa cura con vitamina E en un prestigioso hospital de Estocolmo que, en teoría, era su única salvación. Por supuesto, Vaernet nunca fue allí, sino que aprovechó para fugarse a Argentina, donde poco después se reunió con su familia. Allí consiguió un trabajo en el Ministerio de Salud y se hizo muy amigo del ministro peronista Ramón Carrillo, también interesado en sus investigaciones hormonales. Para 1950, tenía su propia consulta en Buenos Aires, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en noviembre de 1965.



Soldados norteamericanos contemplan los montones de cadáveres esqueléticos de prisioneros tras la liberación del campo.

En cuanto a Ding, fue capturado por los norteamericanos el 25 de abril de 1945 y

enviado a la prisión de Múnich-Freysing, donde se suicidó el 11 de agosto. Ya lo había intentado dos meses antes, después de dejar una nota en la que decía creer, después de ser interrogado, que estaría incluido en el proceso de Buchenwald y «que no podré decidir sobre mi futuro, o por lo menos hasta dentro de muchos años». Antes de abandonar el campo intentó destruir las pruebas arrojando al fuego todos los documentos relacionados con sus experimentos en el Bloque 46, pero Kogon logró convencerlo de que le entregara su diario diciéndole que en el caso de que fuera reclamado por la justicia, el acto podría ser interpretado como una prueba de su honradez. El cuaderno fue presentado en Núremberg y utilizado para condenar a varios de los procesados, pero, evidentemente, lo que allí había anotado no sirvió en absoluto para limpiar el nombre de Ding.

Capítulo 11
Natzweiler-Struthof:

August Hirt, el gas mostaza
y la colección de cráneos;
Nils Eugen Hagen y el tifus

El 10 de mayo de 1940, Hitler dio la orden de atacar a Francia pensando que si era derrotada pronto, Inglaterra no permanecería en el conflicto ante la amenaza de perder sus posesiones ultramarinas. Además, aplastar a Francia era considerado por el *Führer* como «un acto de justicia histórica». Las fuerzas acorazadas alemanas atravesaron rápidamente las Ardenas, una región teóricamente no apta para operaciones de tanques y por lo tanto no protegida por la formidable Línea Maginot, formada por una serie de torretas de artillería unidas por un conjunto de túneles que se extendía quinientos kilómetros, desde la frontera suiza hasta Luxemburgo. La vertiginosa ofensiva asombró al mundo, y tan sólo cinco días después el primer ministro francés, Paul Reynaud, telefoneó a Churchill para informarle de que la batalla estaba perdida. El 14 de junio, las tropas alemanas entraban en París y desfilaban bajo el Arco del Triunfo mientras se colgaba una bandera con la esvástica en lo alto de la Torre Eiffel. La paz se firmó el día 21, en el bosque de Compiègne y en el mismo vagón de ferrocarril donde se había firmado el armisticio de 1918, según el deseo de Hitler. La zona costera del norte y el oeste francés quedaron bajo ocupación alemana, y el centro y el sur formaron un estado títere, dirigido por el mariscal Pétain y con la sede del Gobierno en Vichy. El disputado territorio de Alsacia-Lorena fue anexionado al Reich. En septiembre, el *SS-Standartenführer* Karl Blumberg, en viaje de prospección por la región, decidió instalar cerca de Struthof, en la comunidad de Natzweiler, un campo de concentración cerca de una cantera de granito rojo para que los prisioneros extrajesen sus piedras, destinadas a las monumentales obras diseñadas por Albert Speer para Núremberg. El 21 de mayo de 1941 llegaron los primeros prisioneros, procedentes del campo de Sachsenhausen. Ante la necesidad imperiosa de armas y municiones para las tropas del frente, la cantera dejó de tener importancia, y a partir de 1942 comenzaron a llegar prisioneros para trabajar en las fábricas de campos satélites. Aunque Natzweiler fue construido para albergar a mil quinientos, para 1944 se encontraban hacinados allí unos siete mil, mientras que catorce mil más lo hacían en alguno de los cincuenta subcampos que abastecían de mano de obra a empresas como Adler, BMW, Heinkel y Daimler-Benz. El trabajo era especialmente duro en las fábricas instaladas bajo tierra para evitar los bombardeos aliados, donde la mortalidad llegaba al 80 %, como en la de motores de Daimler-Benz en Neckarelz y la de Messerschmitt en Leonberg. El número total de deportados a Natzweiler se estima en torno a los cincuenta y dos mil,

y el de muertos en unos treinta y ocho mil, la mayoría de ellos, presos políticos.



En el campo de Natzweiler-Struthof, el trabajo era otra forma de exterminar a los deportados.

¿CÓMO IDENTIFICAR A LOS JUDÍOS?

Durante la campaña rusa, los *Eisanztgruppen* que seguían a las tropas de la *Wehrmacht* en su avance hacia el Este con órdenes de Himmler de eliminar hasta el último de los judíos de los territorios ocupados se estaban encontrando con serias dificultades para identificar a sus víctimas. Los expertos raciales todavía no habían encontrado un modo de distinguir a los miembros de la supuesta raza judía, y con mucha frecuencia caían en los viejos estereotipos antisemitas. Hablaban de su baja estatura, de su pecho hundido y sus largas y carnosas orejas, de su nariz afilada y su piel amarillenta, de sus músculos débiles, de la forma en que arrastraban los pies al andar, el modo en que mascullaban al hablar y de su gran susceptibilidad a la esquizofrenia, la depresión maniaca y la adicción a la morfina. Pero en la Unión Soviética vivían más de ochenta grupos étnicos diferentes, y los escuadrones de la muerte se encontraron, por ejemplo, con poblaciones de osetos cristianos que vivían en pueblos con nombres judíos y se casaban y enterraban a sus muertos con funerales de estilo judío, y con judíos del Cáucaso que eran excelentes jinetes y criadores de ganado y que raramente iban a ninguna parte sin ceñirse sus dagas y pistolas. Otto Ohlendorf, el *SS-Gruppenführer* del *Eisanztgruppe D,* se mostró incapaz de decidir qué hacer en Crimea con dos grupos locales, los krimchak y los caraítas. Se suponía que los primeros descendían de los judíos que habían huido de la Inquisición española, pero se parecían mucho a sus vecinos musulmanes, los tártaros, y compartían muchas de sus costumbres. Los caraítas, en cambio, eran un pueblo turco,

que hablaba un dialecto turco, pero que practicaba un devoto judaísmo. Las viejas certidumbres se desvanecían. ¿Existía realmente una raza judía?

Sievers confiaba en que la *Ahnenerbe* fuera capaz de resolver el problema. Con esa intención, el 10 de diciembre de 1941 se reunió con Bruno Beger, un antropólogo experto en *Rassenkunde* que había sido alumno de Hans Günther en la Universidad de Jena y que había formado parte de la expedición que la *Ahnenerbe* había enviado al Tíbet el 21 de abril de 1938 en busca de los orígenes de los señores arios.

Beger propuso que para buscar rasgos que definieran e identificaran la raza judía sería necesario contar con una buena colección de cráneos de judíos que incluyera a individuos pertenecientes a las dispares comunidades judías de la Unión Soviética. Beger estimó el número en un mínimo de ciento veinte, y estuvieron considerando las distintas formas de hacerse con tan macabra colección. En algún momento de la conversación, Sievers mencionó a August Hirt, el director del Instituto Anatómico de la nueva Universidad del Reich de Estrasburgo. Con cuatro siglos de antigüedad, el Ministerio de Educación del Reich la había llenado de científicos y eruditos alemanes con la intención de convertirla en el lugar de formación de la futura élite intelectual nazi. En noviembre, Sievers había cenado con Hirt durante la ceremonia oficial de inauguración, y Beger era un buen amigo suyo. Ambos estuvieron de acuerdo en que era el hombre adecuado.



Beger tomando mediciones craneales a un tibetano para confirmar

la supuesta ascendencia aria de estos asiáticos.

Siendo adolescente, Hirt había combatido en la Primera Guerra Mundial, sufriendo una grave herida de bala en el rostro que le dejó tan desfigurado que presentó un aspecto aterrador durante el resto de su vida. Tal vez por ello decidió estudiar Medicina, convirtiéndose en un prestigioso anatomista y llegando a ser profesor de la Universidad de Heidelberg en 1931, donde conoció a Beger. Dos años más tarde entró en las SS y poco antes de la invasión de Polonia se unió a una de las *Panzer-Divisionen* de la *Wehrmacht* como médico militar. Tras la anexión de Alsacia-Lorena en 1940, fue nombrado director del Instituto Anatómico de la Universidad de Estrasburgo, donde daba clases luciendo el uniforme de *SS-Hauptsturmführer,* incluida la pistola.



August Hirt, director del instituto anatómico de la Universidad de Estrasburgo, escaparate de la investigación y pedagogía nazi.

En la universidad, Hirt orientaba sus investigaciones hacia el terreno bélico. Estaba particularmente interesado en las terribles quemaduras producidas por la iperita o gas mostaza, que había sido empleado en la Primera Guerra Mundial. El uso de gases venenosos durante la contienda fue una importante innovación militar, pues aunque su capacidad letal era limitada, causaba numerosas bajas entre los soldados. Aunque los franceses fueron los pioneros al emplear granadas rellenas del gas lacrimógeno bromuro de xililo en agosto de 1914, Alemania fue la primera potencia en hacer uso a gran escala del gas venenoso como arma. El 22 de abril de 1915, el Ejército alemán liberó ciento sesenta toneladas de cloro sobre las posiciones francesas frente a Langermarck, al norte de Ypres, en Bélgica. Mucho más letal que el anterior fue el fosgeno, que, tras ser inhalado, destroza los pulmones y causa la muerte por fallo respiratorio veinticuatro horas después. En su obra *Death's Men* (1978), Denis Winter dice que una dosis letal de fosgeno producía al final «una respiración entrecortada y náuseas, el pulso por encima de ciento veinte por minuto, una tez cenicienta y la secreción de dos litros de líquido amarillo de los pulmones cada hora, de las cuarenta y ocho que duran los espasmos de ahogamiento». Fue lanzado por primera vez contra las tropas británicas en Nieltje, también cerca de Ypres, causando mil sesenta y nueve bajas y ciento veinte muertes. Y, sin duda, el gas más infame y efectivo de la Primera Guerra Mundial fue el sulfuro de etilo diclorado llamado, por su olor, gas mostaza, y como fue utilizado por primera vez por los alemanes la noche del 12 de julio de 1937 durante la tercera batalla de Ypres, también conocido como iperita. Es capaz de atravesar la tela, el cuero e incluso el caucho, causando espantosas quemaduras cuando contacta con la piel y la ceguera si lo hace con los ojos. Si es inhalado en suficiente cantidad, sus efectos a nivel pulmonar son tan devastadores como los del fosgeno, muriendo la víctima cuatro o cinco semanas después en medio de atroces dolores. Además, puede permanecer semanas durante la zona bombardeada, pues queda depositado en el suelo en forma de un líquido oleoso que se va evaporando sean cuales sean las condiciones ambientales, incluso en ausencia de luz solar. La enfermera Vera Brittain describió así sus efectos: «Me gustaría que aquellos que dicen de seguir adelante con esta guerra a cualquier precio pudieran ver a los soldados envenenados por gas mostaza. Con grandes ampollas, ciegos, luchando por respirar, sus voces convertidas en meros susurros, diciendo que sus gargantas se cerraban y que sabían que iban a morir ahogados». A los Aliados les llevó muchos meses desarrollarlo pero, para el final de la guerra, los dos bandos lo estaban utilizando. Se estima que el número total de soldados afectados por los gases venenosos durante la contienda fue de 1.240.853, de los que 88.498 murieron, quedando muchos supervivientes con secuelas pulmonares de por vida. Los ingleses usaron gas mostaza para bombardear las posiciones alemanas en los altos del sur de Wervick, cerca de Ypres, y la noche del 13 al 14 de octubre de 1918, uno de los afectados fue el cabo Adolf Hitler. Tal vez por eso, siempre se mostró reacio a usar gases venenosos en sus campañas bélicas (no así, como hemos visto, en los

mataderos de T4 y en los campos de concentración).

Sin embargo, la evolución de las bombas de aviación y los sistemas de rociado desde aeronaves en el período entre guerras hicieron que la posibilidad de que el enemigo usara gases venenosos fuera tomada muy en serio. Durante la campaña rusa, los servicios de inteligencia del Reich, la *Abwehr,* informaron de que el Ejército Rojo estaba preparando una masiva ofensiva con gas contra la *Wehrmacht* y las principales ciudades alemanas. En realidad, estos rumores formaban parte de una campaña psicológica de desmoralización y habían sido difundidos por agentes soviéticos infiltrados, pero se tomaron por ciertos. En las navidades de 1942, Sievers se reunió con Himmler y, conocedor de sus preocupaciones por la guerra química, le habló de Hirt. Es muy posible que también le hablara de la colección de cráneos judíos porque, en febrero, Beger y Hirt redactaron una propuesta para «conseguir cráneos de comisarios judeobolcheviques con fines de investigación científica en la Universidad del Reich de Estrasburgo». En ella se planteaba el hecho de que, a pesar de la existencia de amplias colecciones de cráneos de casi todas las razas y pueblos, «de la raza judía se cuenta únicamente con tan pocos especímenes de cráneos a disposición de la ciencia que la realización de un estudio sobre ellos no permite extraer conclusiones precisas». No obstante, se decía, «la guerra en el Este nos presenta ahora la oportunidad de remediar esta escasez. Al procurarnos los cráneos de los comisarios bolcheviques judíos, que personifican una infrahumanidad repulsiva, aunque característica, tenemos la oportunidad de obtener evidencias científicas tangibles».

A continuación se daban instrucciones precisas. Se decía de enviar una directiva a la *Wehrmacht* para entregar vivos a todos los comisarios bolcheviques judíos a la Policía Militar de Campaña, que informaría «a determinada oficina» del número y lugar de detención de los capturados y los vigilaría hasta la llegada de un delegado especial encargado de la recolección del material. Este sería «un médico joven asignado a la *Wehrmacht* o incluso a la Policía Militar de Campaña, o un estudiante de Medicina equipado con un coche y un chófer», que tomaría fotografías y realizaría medidas antropológicas, además de recoger todos los datos personales posibles de los prisioneros. En la parte más espantosa de la propuesta se estipulaba que:

> Tras la posterior muerte inducida del judío, cuya cabeza no debe sufrir daños, separará esta del torso y la enviará a su punto de destino en un líquido conservante dentro de un recipiente de hojalata bien sellado especialmente construido para tal propósito. Basándose en las fotografías, las mediciones y otros datos de la cabeza, y después las del propio cráneo, puede iniciarse finalmente la investigación anatómica comparada, y la investigación sobre la pertenencia racial, los rasgos patológicos sobre la forma del cráneo, la forma y tamaño del cerebro y muchas otras cosas.
>
> En concordancia con ese ámbito y esas tareas, la nueva Universidad del

Reich de Estrasburgo sería el lugar más apropiado para albergar la colección y realizar la investigación de los cráneos así adquiridos.

El 20 de abril, Sievers le envió una carta a Hirt en la que le decía que el *Reichsführer* estaba al corriente de sus investigaciones sobre la iperita y que las consideraba «muy importantes y dignas de su patrocinio», y que la *Ahnenerbe* estaba en condiciones de poner a su disposición «facilidades excepcionales para su continuación y en relación con nuestras experiencias secretas especiales realizadas actualmente en Dachau». Cuatro días más tarde, se reunían en Berlín. Hirt les puso al corriente de sus experimentos con ratas, unos animales muy sensibles al gas mostaza que morían uno o dos días después de aplicarles una pequeña cantidad en la espalda. Les dijo que administrándoles vitamina A antes de inyectarles iperita, las ratas permanecían vivas varias semanas, y que una de ellas incluso vivió un año más. También se lamentó de no poder llevar a cabo experiencias similares en humanos. Himmler se mostró entusiasmado, y dio instrucciones a Sievers para que fundara una nueva unidad de investigación dentro de la *Ahnenerbe* destinada a supervisar los experimentos médicos realizados con prisioneros de los campos. Tres meses después nacía el Instituto de Investigación Científica Militar con dos divisiones: una dirigida por Rascher y otra por Hirt. Como el campo más cercano a Estrasburgo era el de Natzweiler, se dieron órdenes a su comandante, Hans Hüttig, para que colaborara en todo lo posible con Hirt. Las experiencias con el gas mostaza podrían comenzar en otoño. En cuanto a la colección de cráneos, se decidió que transportar cabezas desde la Unión Soviética podría resultar problemático. Era mucho más práctico obtenerlos en la amplia red de campos de concentración. Beger podría seleccionar personalmente a las víctimas y realizar las correspondientes mediciones mientras todavía estuvieran vivos. Después los guardias podrían matarlos asegurándose de no dañar ningún hueso. Hirt enviaría a un ayudante a recoger las cabezas y transportarlas hasta Estrasburgo, donde el personal de su instituto las descarnaría. Se decidió que el campo fuera Auschwitz, ya que era donde iban a parar la mayoría de los judíos del Este. Sin embargo, estaba demasiado lejos de Estrasburgo, lo que requería un largo viaje en tren, y Hirt no quería trabajar con cadáveres descompuestos. Sievers quedó encargado, pues, de obtener el permiso para transportar a los seleccionados, vivos, hasta Natzweiler, donde se construiría una cámara de gas. Los preparativos avanzaban con rapidez, pero a finales de septiembre, Beger se enteró de que una epidemia de tifus se había declarado en Auschwitz. Para atajarla, las autoridades del campo empezaron a mandar a las cámaras de gas a los infectados y prohibieron que todos los prisioneros abandonaran los límites del campo, de modo que los planes para la colección de cráneos se vieron pospuestos durante los meses siguientes. Sin embargo, no había ningún problema para que los experimentos con gas mostaza comenzaran en la fecha prevista. Himmler ordenó que se preparara un laboratorio especial para las investigaciones de Hirt.

El día 8 de octubre de 1942 fue recibido por Joseph Kramer, el recién nombrado comandante de Natzweiler, un hombre brutal que pensaba obtener beneficios en su carrera colaborando con un prestigioso profesor universitario que, además, contaba con el apoyo del *Reichsführer*. Hirt llegó acompañado por su ayudante, un oficial médico de la *Luftwaffe* llamado Karl Wimmer. Kramer les condujo hasta la enfermería, donde esperaban los sesenta deportados ya seleccionados como sujetos de experimentación. Hirt rechazó a la mitad por encontrarse en muy malas condiciones. Al resto les dijo que serían sometidos a una serie de experimentos médicos de corta duración, que estarían supervisados por un médico y que no sufrirían ningún daño. Hirt dio orden a Kramer de que se les alimentara correctamente durante quince días. Pasado este tiempo, Hirt y Wimmer regresaron al campo. Ferdinand Holl, un deportado alemán destinado como enfermero jefe a la estación *Ahnenerbe* del campo fue testigo de estas primeras experiencias:

> Los prisioneros fueron completamente desnudados y llevados uno tras otro al laboratorio. Yo tuve que sujetarles los brazos y una gota de líquido fue depositada unos diez centímetros por encima del antebrazo. Las gentes que habían sido tratadas de esta manera tuvieron que permanecer con el brazo extendido. Unas diez horas después les aparecieron unas quemaduras que se extendieron por todas las zonas de su cuerpo alcanzadas por los vapores del gas. Algunos incluso se quedaron ciegos. Sufrieron terriblemente, de una manera difícilmente soportable. Era casi imposible permanecer cerca de ellos.
>
> Diariamente se les tomaban fotografías de las partes quemadas. Al cabo del quinto o sexto día sobrevino la primera muerte. […] El cadáver fue diseccionado en la *Ahnenerbe*. Sus intestinos, pulmones y otros órganos estaban completamente corroídos. Durante los siguientes días murieron otros siete. El experimento duró dos meses. Después, los supervivientes fueron enviados a otro campo.

Hirt no sólo aplicó la iperita sobre la piel de los deportados, sino que también se la inyectó y se la hizo ingerir. Según Holl, todas las víctimas de estos experimentos sin sentido murieron sin excepción a pesar de las vitaminas que les administraba. Sobre las quemaduras aplicaba tripaflavina, pues afirmaba que con este producto había curado las quemaduras de un farmacéutico que se había herido accidentalmente la mano con gas mostaza tras sufrir un accidente de laboratorio. Sin embargo, la tripaflavina es en sí una sustancia tóxica, tanto que a los investigadores que la manejan actualmente se les aconseja llevar, como mínimo, un mono o bata de laboratorio de manga larga, guantes de goma, gafas protectoras y una mascarilla facial.

LOS EXPERIMENTOS CON FOSGENO

Al año siguiente, la *Ahnenerbe* reclutó a otro profesor de la Universidad de Estrasburgo, un médico llamado Otto Bickenbach, que experimentaba con animales los efectos del gas fosgeno y que decía haber obtenido buenos resultados en cuanto a contrarrestarlos utilizando hexametilentetramina o urotropina, el producto que los británicos usaban como filtro en sus máscaras, administrándola vía oral o intravenosa. En agosto de 1943, Kramer dio con un lugar que podía utilizarse como cámara de gas. Se trataba de la cámara frigorífica del hotel de Struthof, a unos dos kilómetros del campo, completamente aislada del exterior, que ofreció a los dos investigadores la posibilidad de comprobar en vivo los efectos de inhalar los gases venenosos sin correr ningún riesgo. Hirt y Bickenbach entraban a la cámara con dos o cuatro deportados cada vez y rompían unas pequeñas ampollas de gas antes de salir corriendo y cerrar la puerta, haciéndoles permanecer inhalando el gas durante media hora. Rudolf Guttberger recordó así la espantosa agonía de su primo, Albert Eckstein, que sufrió durante tres días antes de morir en sus brazos: «Expulsaba con la tos primero sangre de color rosa y después, trozos de sus pulmones. Estuvo consciente hasta el final».

Según el testimonio de Holl, los experimentos con gases venenosos siguieron realizándose hasta el otoño de 1944. Fueron víctimas de ellos unos doscientos cincuenta deportados, de los que cincuenta murieron. Los supervivientes simplemente desaparecieron. Fueron enviados a otros campos para ser eliminados y no dejar pruebas o, débiles y enfermos por los gases, murieron allí mismo al no poder soportar las duras condiciones del campo. Ninguno de ellos pudo testificar en Núremberg.

Hirt y Bickenbach enviaron informes a Himmler notificándole los magníficos resultados obtenidos con sus novedosos tratamientos. Unos informes donde se minimizaba el sufrimiento y las muertes de sus víctimas y se presentaban unos resultados engañosos al no tenerse en cuenta las importantes diferencias físicas entre los sujetos de experimentación ni las deplorables condiciones de muchos de ellos, algunos enfermos de tuberculosis y, por lo tanto, con su capacidad pulmonar mermada. Tanto desde el punto de vista de la metodología profesional y, por supuesto, de la ética médica, sus conclusiones eran muy poco fiables, y tan inútiles como el sufrimiento de sus víctimas. Sin embargo, Sievers no escatimó elogios para Hirt, «el brillante profesor, el gran investigador de la Universidad de Estrasburgo, cuyos trabajos sobre los gases son de un interés vital para la protección de nuestras tropas y nuestro pueblo». Por su parte, Himmler recibió el informe de Hirt con júbilo, y exaltó las cualidades del «excelente doctor que se ha consagrado en cuerpo y alma a la búsqueda de los tratamientos eficaces contra los eventuales ataques con gas».

LOS EXPERIMENTOS CON LA VACUNA DEL TIFUS

Natzweiler también fue el laboratorio experimental de otro profesor de

Estrasburgo, el eminente virólogo Niels Eugen Haagen, asesor de la *Luftwaffe,* director del Instituto de Higiene de la Universidad y miembro del prestigioso Instituto Robert Koch de Berlín.

Haagen comenzó su carrera en Estados Unidos, en la Fundación Rockefeller de Nueva York, donde colaboró con Max Theiler en el desarrollo de una vacuna contra la fiebre amarilla, una vacuna que ha salvado la vida de centenares de millones de personas en todo el mundo y por la que Theiler recibiría el Premio Nobel de Medicina en 1951. Haagen no era un nazi convencido, y por este motivo no se llevaba nada bien con Hirt. Sin embargo, entró en contacto con Rose, que le puso al corriente de los experimentos sobre el tifus de Buchenwald, y en mayo de 1943 obtuvo el permiso de la *Luftwaffe* para probar en el subcampo de Schirmeck una nueva vacuna contra el tifus que había desarrollado a partir de bacterias vivas del tifus murino. Allí la probó en veintiocho prisioneros polacos. Según su testimonio posterior, en ninguno de los casos se produjo una reacción grave, aunque se tiene constancia de que, al menos, dos de ellos murieron. Así lo confirmó el deportado Georges Hirtz, que puso él mismo sus cuerpos en sacos de papel antes de ser enviados al crematorio, pero que no pudo determinar el número exacto de muertos porque fue enviado poco después a una compañía disciplinaria.

Conocedor de los experimentos de Hirt, en el otoño de 1943 Haagen se dirigió a Sievers pidiéndole cien prisioneros con los que probar la nueva vacuna en Natzweiler. El 12 de diciembre le fue enviado un transporte de gitanos procedentes de Auschwitz-Birkenau. Hacinados como ganado, sin comida y sin agua y después de varios días de viaje bajo la nieve, dieciocho de ellos habían muerto y el resto se encontraba en unas condiciones físicas lamentables. Haagen se quejó amargamente al director de la *Ahnenerbe*:

> El 13 de diciembre se procedió a una inspección de los prisioneros encaminada a determinar su aptitud para los experimentos de vacuna antitífica. De los cien prisioneros elegidos, dieciocho murieron durante el viaje; sólo doce son susceptibles de ser utilizados, y esto a condición de mejorar su estado, lo que llevaría alrededor de dos o tres meses. Los restantes no están en condiciones de ser utilizados para estos fines. Los experimentos se dirigen a conseguir una nueva vacuna, y no se podrá llegar a resultados fructíferos más que con hombres alimentados normalmente, cuya fuerza física sea comparable a la de los soldados. Yo le ruego que me envíe cien prisioneros de veinte a cuarenta años, en buen estado de salud y de una constitución física que proporcione un material de comparación. ¡Heil Hitler!

Los gitanos desechados por Haagen fueron gaseados sin que este se preocupara por su suerte. A finales de enero de 1944, un nuevo grupo de noventa gitanos fue enviado desde Auschwitz, esta vez en buenas condiciones. Se les instaló en el

Bloque 5, una estancia de reducidas dimensiones, con las camas totalmente juntas y un mínimo espacio para moverse. Se les prohibió salir, hablar entre ellos y comunicarse por el medio que fuera con los demás prisioneros. A principios de febrero, Haagen vacunó a la mitad de ellos y, días después, les inoculó el tifus a todos. En el grupo de vacunados se presentaron reacciones febriles, pero sin especial gravedad. Entre el grupo de control, la enfermedad se desarrolló rápidamente y no tardaron en producirse las primeras muertes. En total, fueron treinta, la mayoría entre los no vacunados, como declaró Hendrick Nales, el deportado destinado como enfermero al Bloque 5 que conservó sus fichas. El 9 de mayo de 1944, Haagen envió su informe a Sievers, donde le decía que a la vacunación seguía una larga reacción febril, «por lo que todavía no puede recomendarse». Debía seguir investigando y para ello le solicitaba doscientos nuevos «sujetos de experimentación», precisando que deberían estar «en unas condiciones físicas análogas a las de los miembros de las Fuerzas Armadas».

A pesar del aislamiento de los prisioneros del Bloque 5, en julio se declaró una epidemia de tifus en el campo. Las deplorables condiciones de higiene y el hacinamiento favorecieron su extensión, y se declararon más de mil casos y numerosas muertes. Haagen aprovechó el brote de la enfermedad para hacer diferentes exámenes serológicos y las observaciones más diversas. El 19 de agosto de 1944, la dirección de los servicios de sanidad de la *Luftwaffe* le envió una carta en la que le preguntaba si sus experimentos podían tener relación con la epidemia. Un mes más tarde, Haagen les contestó afirmándoles que los casos de tifus se debían a una enfermedad que procedía del exterior del campo, y que no habían supuesto ninguna influencia sobre el curso de las investigaciones. Y le creyeron.

LA COLECCIÓN DE CRÁNEOS

El 7 de junio de 1943, Beger llegó a Auschwitz acompañado del escultor de la *Ahnenerbe* Wilhelm Gabel y del médico *SS-Obersturmführer* Hans Fleischhacker, especialista en el color de la piel de los judíos. Aquella mañana, unos ciento cincuenta prisioneros habían sido reunidos frente al Bloque 28, el barracón de ladrillo rojo oficialmente calificado como enfermería. Ellos no podían saberlo, pero la misión de Beger era escoger de entre todos ellos a individuos jóvenes, relativamente sanos y que no hubieran perdido una cantidad excesiva de grasa a causa del hambre, es decir, que hubieran llegado al campo durante los últimos meses, y que representaran tantas variedades de judíos como fuera posible. Su espantoso destino sería formar parte de la colección de cráneos de Hirt.

En tan sólo tres cuartos de hora, Beger seleccionó a ciento quince de ellos con la misma frialdad y ausencia de emoción con la que un entomólogo reuniría mariposas para su colección. Al menos cinco eran adolescentes. Durante los siguientes días realizó detalladas mediciones raciales, ordenando a Gabel que sacara moldes de yeso

«cuando encontraba un judío que fuera especialmente interesante o remarcable», como recordaría el escultor años después. El 15 de junio, ante el riesgo de una nueva epidemia de tifus en el campo, Beger lo abandonó apresuradamente, dejando a Fleischhacker al cuidado de los prisioneros, alguno de los cuales murió. Después de mantener al resto en cuarentena, el 30 de julio fueron embarcados en un tren con destino a Natzweiler. Eran un total de ochenta y siete personas: cincuenta y siete hombres y treinta mujeres.

Llegaron el 2 de agosto. Hirt estaba ansioso por ponerse a trabajar. Beger realizó sus últimos estudios, haciendo dos radiografías de cráneo a cada uno de los prisioneros para realizar nuevas mediciones osteológicas. Hirt sabía del interés de Himmler por encontrar nuevas técnicas de esterilización, así que permitió a los prisioneros varones vivir unos días más, inyectándoles tripaflavina en los testículos con la intención de que les produjera infertilidad. Aun en el improbable caso de que usara anestesia, no cabe duda de que la reacción secundaria a la congestión y el edema debió resultar extremadamente dolorosa. Quería esperar al menos ocho días antes de comprobarlo, recogiendo su esperma mediante la estimulación de la glándula prostática con trozos de madera insertados a través del recto, pero no tenía ninguna razón para mantener vivas a las mujeres una vez concluidas las mediciones raciales.

La noche del 15 de agosto, Kramer y algunos SS reunieron a quince de las mujeres, pues esa era la capacidad máxima de la cámara de gas. Las metieron por la fuerza en una pequeña furgoneta y las condujeron hasta el hotel. Lo recordó así después de la guerra, tras ser capturado por los Aliados:

> Les dije que iban a ser desinfectadas. Con la ayuda de algunos guardias, las desnudamos y las empujamos dentro de la cámara de gas. Cuando cerré la puerta empezaron a dar alaridos. Puse alguno de los cristales que me había dado Hirt en un tubo situado encima de la ventana de observación, a través de la cual pude ver lo que ocurría en el interior. Las mujeres siguieron respirando durante medio minuto y después se desplomaron. Puse en marcha el ventilador, y cuando abrí la puerta estaban todas muertas, tiradas en el suelo y llenas de mierda. Les dije a algunos guardias que pusieran los cadáveres en un camión y que fueran llevados al Instituto de Anatomía a las 5.30 de la mañana. […] No sentía ninguna emoción al realizar aquellos actos, puesto que me habían dado la orden de ejecutar a aquellos prisioneros de la manera que ya les he explicado.



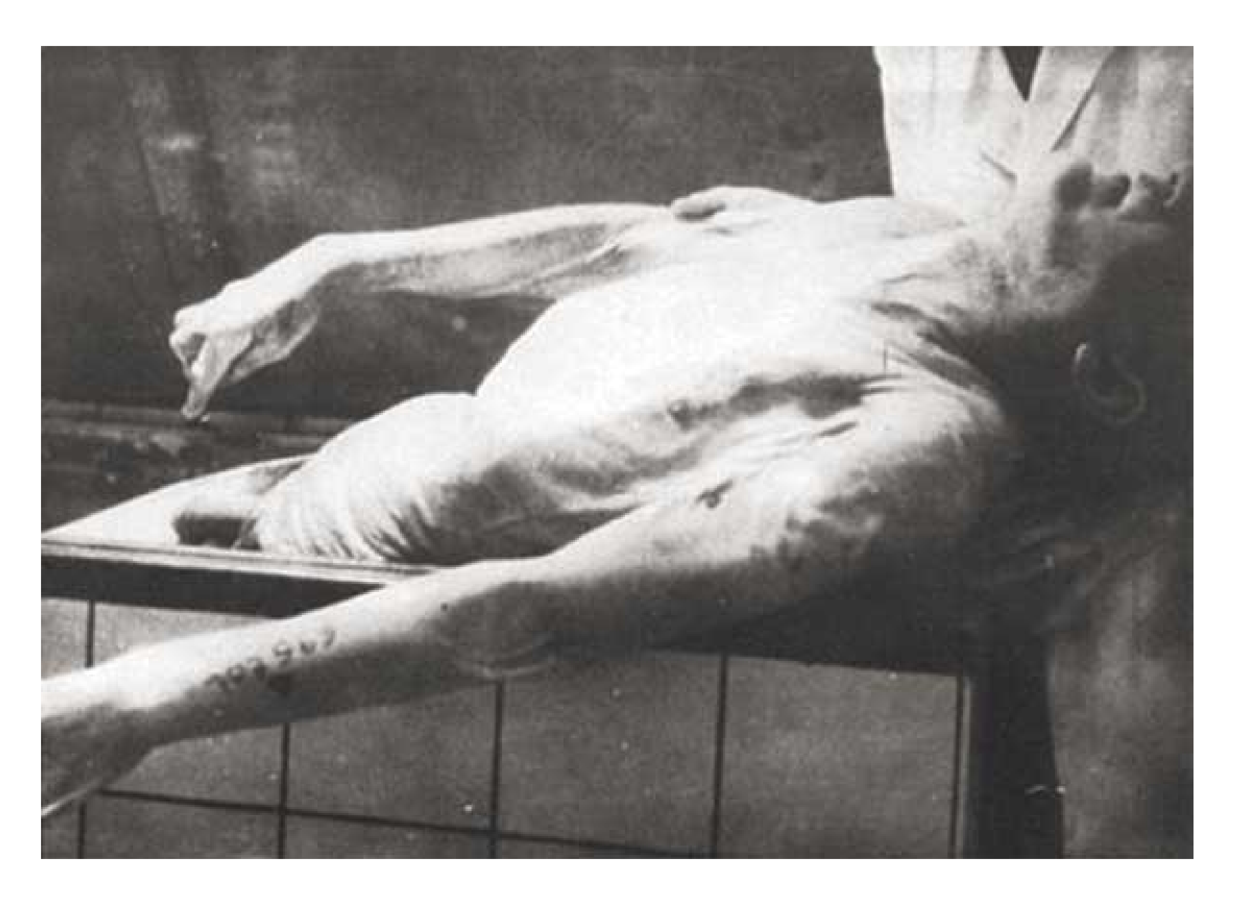
Gracias a su prestigio como anatomista, Hirt fue el hombre elegido
por Beger para recoger la colección de cráneos de judíos.

Los cristales a los que hizo referencia Kramer probablemente fueran de algún tipo de sal de cianuro, que en contacto con el agua que también se vertería por el tubo desprenderían el letal ácido cianhídrico, también llamado ácido prúsico. Dos días después, el resto de las prisioneras fueron ejecutadas con el mismo método. Los últimos cadáveres en llegar a Estrasburgo fueron los de los hombres, a los cuales se les había extirpado un testículo. En total fueron ochenta y seis, pues uno de los prisioneros se resistió a entrar en la cámara y fue ejecutado de un tiro por uno de los SS. Su cadáver no fue enviado al Instituto Anatómico por considerarse estropeado.

Los cadáveres fueron sumergidos en grandes tanques de acero llenos de alcohol. Aunque el Instituto recibía regularmente envíos de cuerpos con fines de investigación médica o para la formación de estudiantes, a uno de los ayudantes de Hirt, un civil llamado Henri Henrypierre, le llamó poderosamente la atención el gran número y el aspecto de estos últimos. La mayoría era de personas jóvenes, sus ojos estaban abiertos y brillantes, rojos y congestionados. No tenían *rigor mortis* y todavía estaban

calientes, por lo que Henrypierre calculó que hacía pocas horas que habían muerto, y estaba seguro de que no había sido por causas naturales. Tenían restos de sangre alrededor de la nariz y la boca, lo que le hizo pensar que habían sido gaseados o envenenados. Cuando le comentó el asunto a Hirt, este le lanzó una mirada escalofriante y le advirtió que si no cerraba la boca acabaría como ellos. Entonces supo que habían sido asesinados. Observó que los cadáveres tenían un número tatuado en el brazo izquierdo y, cuando nadie miraba, los anotó. No podía saberlo, pero era la forma en que se marcaba a los deportados en Auschwitz.

Un año después, los cadáveres seguían en los tanques sin que Hirt mostrara el menor interés por ellos, ya que, probablemente, en aquellos momentos dedicaba todo su tiempo a los experimentos con gases, considerados de máxima prioridad. Sin embargo, se acordó rápidamente de ellos cuando, a finales de agosto, el Ejército alemán comenzó a retroceder desordenadamente hacia Alsacia después de perder medio millón de hombres y casi la totalidad de sus carros de combate, camiones y cañones ante el imparable avance de los Aliados, que habían desembarcado el 6 de junio en Normandía. Preguntó a Sievers qué debía hacer con los cadáveres y este, a su vez, consultó a Rudolf Brandt el 5 de septiembre. Desde Berlín se dio orden de que se deshicieran de ellos lo antes posible, pero no les dio tiempo. Antes de noviembre, las tropas aliadas se encontraban ya a las puertas de Estrasburgo. Poco después de entrar en la ciudad, las autoridades francesas se enteraron de que Hirt había estado en contacto constante con el cercano campo de concentración. Los investigadores encontraron en el Instituto Anatómico dieciséis de los cadáveres de la colección flotando en los tanques, así como restos de otros sesenta cuerpos, incluyendo cincuenta y cuatro portaobjetos que contenían restos de tejido testicular humano. A quince de los cadáveres se les había arrancado el número tatuado para ocultar su origen, pero en el brazo de uno de los varones todavía podía verse claramente.



Uno de los cadáveres del Instituto Anatómico mostraba claramente el número tatuado en Auschwitz.

Los números recogidos por Henrypierre le sirvieron al profesor Hans Joachim Lang para, después de investigar en los archivos de Auschwitz, poner nombre por fin a las víctimas en su obra *Die Namen der Nummern* (2004). El 11 de diciembre de 2005 se inauguró un memorial en su honor en el Instituto Anatómico, una placa con los ochenta y seis nombres bajo la leyenda *Souvenez-vous d’elles pour que jamais la medecine ne soit devoyée* (recordadlos para que la medicina no vuelva a corromperse nunca).

En agosto de 1944, Natzweiler fue declarado zona de guerra y las SS empezaron a evacuarlo, enviando a los prisioneros a Dachau en vagones de ganado. El 23 de noviembre, los Aliados entraron en el campo y sólo encontraron, medio muertos de hambre, a unos pocos prisioneros que en el último momento se habían escondido en el horno crematorio. En octubre, Hirt había huido hacia el Este, a la ciudad alemana de Tubinga, en la otra orilla del Rin, donde junto con otros profesores universitarios exiliados pensaba refundar la Universidad del Reich. A principios de enero de 1945, los periódicos franceses y británicos comenzaron a publicar espantosos relatos sobre sus atrocidades en Natzweiler, por lo que Hirt redactó un categórico desmentido donde afirmaba que sólo había experimentado con animales, que los cadáveres descubiertos eran sencillamente utilizados para enseñar a los estudiantes y que no sabía nada de *Rassenkunde*. Asustado por la publicidad dada al asunto, en febrero abandonó Tubinga y se dirigió en secreto a la Selva Negra, donde se ocultó en una cabaña del bosque. Seguía las noticias en una granja cercana que visitaba con frecuencia, hasta que al final los propietarios le invitaron a instalarse. Fue allí donde

supo de la rendición alemana. Temiendo ser arrestado, le pidió una pistola al granjero y el 2 de junio se pegó un tiro en la cabeza.

En noviembre de 1944, Haagen se trasladó con su laboratorio a Saafeld-sur-La Saale, en Tubinga, donde fue capturado por los norteamericanos en abril de 1945. Una vez interrogado, fue puesto en libertad. Aceptó una oferta de los rusos para dirigir un instituto recientemente fundado en la parte oriental de Berlín dedicado a la investigación sobre virus y tumores, y estuvo trabajando allí hasta octubre de 1946. Creyéndose a salvo, ese día viajó hasta Zehlendor, en el sector inglés, y allí fue arrestado por los británicos. Fue llamado a declarar como testigo en Núremberg, donde afirmó que sus experimentos con las vacunas no habían causado ninguna muerte, y cuando se le preguntó sobre si los conejos y cobayas que tenía en su laboratorio del campo eran usados como reservorio de las bacterias con las que inoculaba el tifus a los deportados lo negó diciendo que eran animales sanos cuya función era entretener a los prisioneros, que se divertían amaestrándolos. En enero de 1947 fue entregado a las autoridades francesas, y juzgado junto con Bickenbach en Metz el 24 de diciembre de 1952. A pesar de que se pedía para ellos pena de muerte, finalmente fueron condenados a veinte años de trabajos forzados, un veredicto que los periódicos franceses tacharon de «escandalosa decisión». Todavía más escandaloso fue que fuera perdonado tan sólo tres años más tarde. Siguió trabajando en sus investigaciones sobre virus, primero en Tubinga y después en Berlín, donde murió en agosto de 1972. También Bickenbach fue liberado en 1956, abandonando Alemania con destino desconocido.

El 29 de junio de 1943, un día después de que los aviones británicos arrasaran Hamburgo, Himmler dio orden de evacuar la sede de la *Ahnenerbe* en Berlín. Sievers se llevó a su personal a un edificio de piedra abandonado en la pequeña localidad de Waischenfeld, al norte de la campiña bávara, desde donde organizaría y supervisaría los espantosos experimentos de la organización. En las últimas semanas de la guerra decidió ocultar los documentos más comprometedores en una cueva conocida como *Kleines Teufelsloch* (pequeño agujero del diablo), situada cerca de la vecina localidad de Pottenstein, escondidos tras los escombros de una carga explosiva que hizo estallar. Probablemente tenía la esperanza de que algún día los investigadores pudieran seguir donde ellos lo habían dejado. El 14 de abril de 1945 llegaron los norteamericanos, que supieron de la cueva y los recuperaron, iniciando la búsqueda de Sievers. Fue detenido el 1 de mayo en un granero de Waischenfeld donde se había escondido. Con semejantes pruebas en su contra, fue juzgado en Núremberg, acusado de colaborar en los experimentos médicos con seres humanos en Dachau y Natzweiler y como instigador de la colección de cráneos judíos. Declaró bajo juramento que siempre había tratado de evitar que la *Ahnenerbe* participara en investigaciones médicas, pero el Tribunal no lo creyó y el 21 de agosto de 1947 fue condenado a muerte y ahorcado diez meses después.

Beger fue capturado en Italia a finales de abril de 1945. Fue encarcelado e

interrogado durante meses y finalmente puesto en libertad en febrero de 1948 por un tribunal que, al parecer, desconocía su implicación en la colección de cráneos. Más adelante se dedicó al negocio del papel, pero en 1960 la Oficina Central de Ludwigsburg reabrió el caso y ocho años después envió a la fiscalía de Frankfurt, donde vivía Beger, las suficientes pruebas como para presentar cargos tanto contra él como contra Fleischhacker. El juicio se inició el 27 de octubre de 1970. Los acusados se defendieron alegando que desconocían cuál iba a ser el destino de los judíos que seleccionaron en Auschwitz. Fleischhacker fue puesto en libertad, pero con todas las pruebas en su contra, Beger fue declarado cómplice del asesinato de los ochenta y seis judíos en la cámara de gas de Struthof. Sin embargo, el Tribunal consideró que el antropólogo había caído de joven bajo la influencia de la doctrina nazi, lo que había obnubilado su juicio crítico. Además, tuvo en cuenta el estrés psicológico que le había ocasionado estar diez años esperando el juicio. Fue condenado tan sólo a tres años de cárcel. Su abogado recurrió la sentencia y en 1974 un tribunal redujo la pena a tres años de libertad condicional.

Heather Pringle, autora de la magnífica obra *El plan maestro* (2006), consiguió entrevistarlo en 2002, cuando Beger tenía ya noventa años de edad y vivía en Königstein, en el estado de Hesse. Volvió a insistir en que había sido engañado por Sievers y Hirt, pero «no expresó ninguna pena, ningún signo de simpatía o compasión por los ochenta y seis hombres, mujeres y niños a los que había contribuido a enviar a la cámara de gas en Natzweiler. Parecía contemplarlos como meros personajes secundarios en una gran tragedia». Antes de terminar la entrevista, Beger le dijo, con una sonrisa, que el magistrado que le había juzgado era el hijo de un funcionario alemán que había asistido a la Conferencia de Wansee…

Capítulo 12
Auschwitz

Karl Clauberg y Horst Schumann
y los experimentos sobre esterilización.
Josef Mengele y sus gemelos

OPERACIÓN BARBARROJA

La noche del 22 de junio de 1941, tal y como había anunciado Hitler a sus generales durante los preparativos de la invasión, el mundo contuvo el aliento. A las 3:15 horas, tres millones y medio de soldados alemanes y de sus países aliados, 3.600 tanques, 600.000 vehículos motorizados y 7.000 piezas de artillería, apoyados por 2.500 aviones de la *Luftwaffe*, cruzaron las fronteras en un gigantesco frente de 1.600 kilómetros y penetraron en territorio soviético en la que es considerada la operación militar más impresionante de la historia.

La llamada Operación Barbarroja precipitó la respuesta más radical concebida hasta entonces al problema judío: su exterminio a manos de pelotones de ejecución de los *Einsatzgruppen* que asesinaban a tiros, a sangre fría, con rifles o ametralladoras, a hombres, mujeres, niños y bebés en una indescriptible matanza desde el Báltico hasta el mar Negro. Sin embargo, en un principio, los judíos del Viejo Reich y de la Europa Occidental quedaron, relativamente, al margen de la carnicería. Los nazis seguían albergando la idea de llevarlos a algún lugar del Este y abandonarlos allí a su suerte una vez acabado el conflicto, algo que para Hitler, Himmler y Heydrich debía ocurrir en algún momento del otoño. Pero la rabia y la frustración que le produjo a Hitler el contraataque efectuado por el Ejército Rojo a las puertas de Moscú el 5 de diciembre y la entrada de Estados Unidos en el conflicto después del bombardeo japonés de Pearl Harbor del día 7 hicieron que decidiera hacer realidad la advertencia realizada ante el Reichstag el 30 de enero de 1939 de que «si la comunidad judía financiera internacional lograba provocar una guerra mundial», su consecuencia sería la «exterminación de los judíos de Europa».

EL PROBLEMA DE LOS MISCHLINGE

Así pues, en marzo de ese año Himmler todavía creía que la solución al problema judío sería reasentarlos en algún lugar del Este, por lo que una de sus preocupaciones era determinar quién debía ser deportado. No debía quedar ni una sola gota de sangre judía en el Reich que pudiera contaminar las futuras generaciones de los señores arios. Sin embargo, los nazis no habían logrado establecer una línea divisoria clara entre judíos y no judíos. Había en Alemania numerosas personalidades y familias

notables descendientes de judíos conversos que no tenían ya ninguna relación con la cultura judía, así como numerosas familias mixtas y sus descendientes. Un decreto del 14 de noviembre de 1935, complementando las Leyes de Núremberg del 15 de septiembre, ya había intentado aclarar el asunto sin demasiado éxito. Judío era quien tuviera al menos tres abuelos judíos, fuera cual fuera la religión que profesara; y quienes tuvieran dos o un solo abuelo judío, siempre y cuando no profesaran la religión judía ni estuvieran casados con una persona judía, eran *Mischlinge,* es decir, mestizos, híbridos o medio judíos. Los primeros, eran *Mischlinge* de primer grado, y podían ser reclasificados como judíos en función de complejas consideraciones (su religión o la de su cónyuge, por ejemplo), pero también podían ser liberados de su condición y convertirse en arios en pago a los servicios prestados al Reich o podían seguir siendo *Mischlinge,* con lo que estaban sometidos a ciertas restricciones, pero no a tantas como los judíos. No podían pertenecer al partido, a las SA, a las SS ni a ninguna otra formación del partido, pero podían formar parte de la *Wehrmacht,* aunque no podían ascender a rangos de suboficial u oficial. Sin embargo, no tenían que llevar la estrella de David, ni tenían restringidas sus actividades empresariales. Quienes tenían un único abuelo judío fueron clasificados de *Mischlinge* de segundo grado y, en general, eran tratados como arios plenos. Reinhard Heydrich, el único dirigente nazi que encarnaba a la perfección el ideal ario, era de hecho *Mischlinge* de segundo grado, un dato que fue ocultado celosamente por sus superiores. Según el censo de 1939, en Alemania, Austria y el área de los Sudetes había sesenta y cuatro mil de primer grado y cuarenta y tres mil de segundo.

Para Himmler, ninguna solución podía ser realmente final sin librarse de los *Mischlinge,* pero era consciente de que como cada uno de ellos tenía un gran número de familiares alemanes, las repercusiones psicológicas y políticas en el frente interno serían incalculables. Además, deportarlos significaría abandonar su sangre alemana. Era preferible que se extinguieran dentro del Reich mediante un proceso natural, aunque para ello hubiera que esperar treinta o cuarenta años. Lo mejor era esterilizarlos, y de tal forma que el país entero no se les echara encima. Una cosa era esterilizar judíos o deficientes mentales y otra muy diferente impedir por la fuerza la procreación de auténticos alemanes. En la primavera de 1941, Himmler pensó que la campaña rusa podría proporcionar la cobertura perfecta. Siempre podría echarse la culpa a un arma secreta química o biológica desarrollada por el enemigo. De hecho, Goebbels se encargó de hacer correr el rumor de que se había descubierto un plan de Inglaterra y Estados Unidos para esterilizar alemanes. La noticia fue publicada por todos los periódicos y difundida por millones de octavillas que se repartieron entre la población. Probablemente, Himmler no quería quedarse en los *Mischlinge* de segundo grado, sino llegar todavía más allá y esterilizar también a todo aquel que pudiera albergar una sola gota de sangre judía, es decir, unos 775.000 alemanes. Necesitaba, por lo tanto, un método rápido, eficaz y que pudiera realizarse sin que la persona seleccionada fuera consciente de lo que se le estaba haciendo.

En octubre de ese año, un médico militar ya jubilado llamado Adolf Pokorny creyó haber dado con la solución y le envió una carta a Himmler en la que le informaba de que había leído un artículo en una revista médica publicado por Gerhard Madaus donde daba a conocer sus investigaciones acerca de los efectos del extracto de una planta llamada *Caladium seguinum* que tras ser inyectado o administrado por vía oral a ratones, conejos y perros los volvía estériles. Pokorny decía que había pensado en lo «tremendamente importante» que podría ser la droga «en la presente lucha de nuestro pueblo», ya que podría prepararse con ella un compuesto para la «esterilización imperceptible de los seres humanos». Pokorny aconsejaba impedir que Madaus publicara más artículos sobre el tema («¡El enemigo escucha!»), cultivar la planta para aislar su principio activo, producirlo sintéticamente y «comenzar inmediatamente investigaciones sobre seres humanos (¡criminales!) para determinar la dosis y la duración del tratamiento». A Himmler le interesó mucho el asunto y dio órdenes al Instituto de Investigación Científica Militar de la *Ahnenerbe* para que se pusieran en contacto con el laboratorio biológico de la I. G. Farben en Ludwigshafen. Su director, Müller-Cunradi, encargó a uno de sus botánicos llamado Karl Tauboeck que viajara hasta el instituto de Madaus, en Dresde, para comprobar la fiabilidad de sus investigaciones. Para mantener el asunto en el más absoluto secreto, se le dijo que la intención era utilizarla en enfermos mentales y en los pueblos del Este. Después de examinar las preparaciones histológicas de los animales de experimentación, Tauboeck llegó a la conclusión de que la droga era realmente efectiva incluso a muy pequeñas dosis, y que no sólo esterilizaba, sino que sus efectos eran similares a los de una castración quirúrgica. Entusiasmado, Himmler le escribió en marzo de 1942 a Oswald Pohl, responsable de la Oficina Central de Economía y Administración de las SS, diciéndole que le ofreciera a Madaus la posibilidad de seguir sus investigaciones sobre «criminales que de todas formas van a ser esterilizados». Sin embargo, en octubre, Pohl le comunicó que las investigaciones habían alcanzado un punto muerto, pues la planta sólo crecía en Norteamérica y durante la guerra era imposible importarla en las cantidades necesarias. Los intentos por cultivarla en invernaderos habían tenido éxito, pero era un proceso realmente lento. En agosto, el ayudante del *Gauleiter* del Bajo Danubio, el *SS-Oberführer* K. Gund, le envió a Himmler una carta prácticamente idéntica a la de Pokorny solicitándole permiso para que el experto en cuestiones raciales del *Gau*, Fehringer, comenzara a investigar su efecto en seres humanos utilizando para ello a prisioneros gitanos del campo de Lackenbach. Su asistente personal, Rudolf Brandt, le contestó que, de momento, eso no era posible por los motivos ya mencionados.

Mientras se investigaba el uso de la planta, se barajaban otras posibilidades de llevar a cabo una «esterilización imperceptible». Viktor Brack había pensado utilizar los rayos X de una forma realmente diabólica:

> Un medio práctico de proceder consistiría en hacer aproximarse a las personas a unas ventanillas donde se les pediría que respondiesen a algunas preguntas o que rellenasen unos impresos durante dos o tres minutos. La persona sentada detrás de la ventanilla manejaría el aparato y pondría en funcionamiento dos tubos emisores de radiación, porque la irradiación debe ser bilateral. Una instalación de este tipo podría esterilizar entre ciento cincuenta y doscientas personas diarias, lo que significa que con veinte de ellas se podría esterilizar a entre tres mil y cuatro mil al día.

También el ginecólogo Karl Clauberg estaba muy interesado en poner a punto un método de esterilización femenina sin recurrir a la cirugía. Había conocido a Himmler después de haber solucionado el problema de infertilidad de la esposa de un alto cargo de las SS mediante ciertos preparados que había ideado para despejar y limpiar las trompas de Falopio, y había pensado invertir el proceso inyectando una sustancia que bloqueara las trompas sanas, lo que permitiría hacer esterilizaciones en masa muy baratas y sin tener que pasar por el quirófano. Diplomado en la Universidad de Kiel en 1925, ocupó en ella durante algún tiempo el puesto de médico asistente en el servicio de ginecología. En 1933 se afilió al NSDAP y fue nombrado profesor de dicha asignatura de la Universidad de Königsberg. Siete años más tarde, le fue otorgado el rango de *SS-Gruppenführer* en la reserva y fue encargado de dirigir tanto la Clínica de Mujeres del Hospital Knappschaft como la del Hospital de St. Hedwig, en Königshütte, Alta Silesia. El 27 de mayo de 1941 viajó hasta Berlín para exponerle su proyecto al *Reichsführer*. Había fabricado una solución cáustica que, inyectada a través de la vagina y el útero, producía inflamación y obstruía las trompas de Falopio. Una vez que hubo infligido terribles dolores y sufrimiento a un gran número de animales, ya estaba preparado para empezar a experimentar con mujeres. Himmler pensó que las *Mischlinge* podrían ser esterilizadas de este modo enviándolas a lo que pasarían por ser exploraciones ginecológicas rutinarias. Estuvo de acuerdo en proporcionarle prisioneras de Ravensbrück, pero Clauberg le dijo que no podía trasladarse al campo, dadas sus múltiples ocupaciones, y Himmler tampoco consideró oportuno mandarle prisioneras a sus clínicas de Königshütte. En el campo más cercano, Auschwitz, sólo había hombres, así que, de momento, se decidió aparcar su proyecto.



La entrada al Bloque 10 de Auschwitz I, escenario de los espantosos experimentos de Clauberg y Schumann.

Sin embargo, en marzo de 1942 se creó una nueva sección de mujeres en Auschwitz-Birkenau, donde fueron enviadas el día 26 999 prisioneras alemanas de Ravensbrück y 999 judías eslovacas. Al día siguiente llegaron 127 prisioneras políticas polacas, y Adolf Eichmann ya estaba haciendo planes para, con la mayor diligencia y meticulosidad, enviar a la muerte a millones de hombres, mujeres y niños judíos. Clauberg tendría a su disposición, y prácticamente sin tener que desplazarse, a todas las mujeres jóvenes y fértiles que considerara necesarias para sus investigaciones. El 7 de julio, el ginecólogo fue invitado a reunirse con Himmler, Gebhardt y Glücks, que le dieron carta blanca para comenzar sus experimentos en Auschwitz. También se acordó comprobar la viabilidad del plan de Brack, quedando este encargado de buscar al médico que los llevara a cabo. La persona elegida fue un antiguo conocido suyo: el *SS-Sturmbannführer* Horst Schumann, que había dirigido los mataderos de Gräfeneck y Sonnenstein y participado en 14f13.

El laboratorio fue instalado en el Bloque 10 de Auschwitz I, cuyas ventanas fueron tapadas con tablas claveteadas para que no hubiera ninguna comunicación con el exterior y para que sus ocupantes no pudieran ver las ejecuciones que tenían lugar en el patio que lo separaba del Bloque 11, el lugar destinado a las torturas. En su interior siempre había unas cuatrocientas mujeres apiladas en literas de tres pisos, que iban siendo renovadas a medida que se consideraba que ya no eran útiles para los experimentos. Los SS las seleccionaban a la llegada de los trenes según las exigencias de cada uno de los médicos. En ocasiones, jóvenes y sin hijos; otras veces, madres de hasta cuarenta años. Una deportada definió el Bloque 10 como «una

mezcla entre el infierno y un manicomio».

LOS EXPERIMENTOS SOBRE ESTERILIZACIÓN MEDIANTE RAYOS X

Schumann se dedicó a radiar los ovarios de mujeres de entre dieciséis y dieciocho años con diferentes intensidades a fin de descubrir las dosis convenientes para destruir su capacidad procreadora, lo que les provocaba espantosas quemaduras que se infectaban y que llegaban en ocasiones a afectar a los intestinos. Una experiencia criminal e inútil, pues la esterilización de mujeres mediante rayos X estaba ya perfectamente definida desde hacía más de veinte años. Después ordenaba que les extirparan los ovarios para comprobar la eficacia de su tratamiento. Las intervenciones fueron realizadas en el Bloque 21 por un cirujano polaco deportado llamado Wladislaw Dering, que, al contrario que la mayoría, se mostró encantado con la espantosa labor encomendada por Schumann, llegando a jactarse frente a los SS de que era capaz de realizar diez castraciones en dos horas. Así lo contó la doctora Adelaida Hautval, una deportada encargada de cuidar a las víctimas de los rayos X:

> Las pequeñas volvían por la tarde en un estado horroroso. Vomitaban sin cesar y se quejaban de dolores abdominales atroces. Muchas tuvieron que permanecer tumbadas durante semanas y aun meses. Muchas fueron afectadas con quemaduras radiológicas muy extendidas que necesitaban curas de larga duración. Tras esa fase se procedía a la ablación de los ovarios, ya fuera por laparotomía media, ya por incisión horizontal en el pubis. Las primeras laparotomías mostraron que los intestinos habían sido dañados por los rayos: se encontraron adherencias. Cuando se percató de su error, el médico SS las sometió a una radiación más baja. También hubo complicaciones de tuberculosis pulmonar por falta de exámenes previos, pleuresías, supuraciones prolongadas e interminables… Después de varias semanas, se extirpaba el segundo ovario. Las operaciones se hacían cada vez a mayor velocidad, hasta diez en dos horas. Los órganos extirpados, quemados por los rayos X, colocados en recipientes con formol, se los llevó el médico SS y no se volvió a oír hablar de ellos. Un grupo de estas jóvenes se negó a dejarse operar por segunda vez, y prefirió que las enviaran a Birkenau, donde se contaba con su exterminación automática.

La doctora Alina Brewda, también deportada, describió así las espantosas castraciones de Dering:

> En el anexo del quirófano, practicaba a una joven una anestesia intrarraquídea, mientras que dos enfermeros la sujetaban a la fuerza; esta inyección, sin anestesia local previa, era muy dolorosa, hasta el punto que

muchas de las jóvenes gritaban. Después era arrastrada por la fuerza hasta el quirófano por los enfermeros, atada sobre la mesa e inclinada a un ángulo de 30°, con la cabeza hacia abajo. […] El doctor Dering hacía después unas incisiones abdominales, abría el peritoneo, introducía una pinza para levantar el útero, colocaba otra pinza entre la trompa y el ovario, quitaba este y lo depositaba después en un recipiente al lado de la mesa; luego colocaba unas grapas, pero de una forma rápida y brutal, olvidándose de fijarlas fuertemente, y no peritonizaba el muñón del pedículo ovárico. Cada operación no duraba más de diez minutos, cuando tendría que haber durado, en condiciones convenientes y normales, mucho más. No se lavaban ni esterilizaban los instrumentos entre operación y operación. El médico tampoco se lavaba las manos. Durante las intervenciones consultaba unas notas colocadas a su lado y decidía, según estas notas, si extirpaba el ovario derecho o el izquierdo. Las jóvenes estaban totalmente conscientes, aunque anestesiadas de la cintura a los pies, y completamente al corriente de la intervención.

Schumann también se interesó en la castración de hombres mediante este método. Uno de los momentos más insoportables del proceso a los médicos nazis fue el desgarrador testimonio de un joven polaco que cayó en manos de Schumann:

En 1943, mi hermana mayor y yo fuimos deportados a Auschwitz, donde me dieron el número 132266. Una noche, ordenaron a todos los judíos entre veinte y veinticuatro años que se presentaran en la oficina. Yo no fui. Seleccionaron a veinte prisioneros y tuvieron que presentarse a un médico al día siguiente. Regresaron el mismo día y tuvieron que empezar a trabajar de nuevo inmediatamente. Nadie supo nunca qué habían hecho a esos veinte.

Una semana más tarde, otros veinte judíos de veinte a veinticuatro años fueron escogidos. Esta vez la selección fue hecha por orden alfabético, y fui uno de los primeros. […] Nos obligaron a desvestirnos, y nuestros órganos sexuales fueron colocados bajo un aparato durante quince minutos. Este aparato calentó fuertemente nuestros órganos y las partes de alrededor, que más tarde se pusieron negras.

Después de este tratamiento tuvimos que reanudar nuestro trabajo inmediatamente. Unos días después, los órganos sexuales de la mayoría de mis camaradas supuraron y tuvieron grandes dificultades para caminar. A pesar de ello, tuvieron que trabajar hasta perder el sentido; aquellos que se desmayaron fueron enviados a la cámara de gas.

Yo sólo tuve una exudación, pero no tuve supuración. Dos semanas más tarde, más o menos en octubre de 1943, siete hombres de nuestro barracón fueron conducidos a Auschwitz I, al barracón de los enfermos, en el Bloque 20. Allí nos operaron; nos pusieron una inyección en la espalda, que nos dejó

> insensible la parte inferior del cuerpo, mientras que la parte superior permanecía completamente normal. Nos quitaron los dos testículos. Nos habían examinado el esperma antes de la operación. Pude seguir toda la intervención a través del reflejo de una lámpara quirúrgica. […] Perdónenme si lloro. […] Después de esto estuve en el hospital durante tres semanas. Había muy poca comida y muchas moscas y muchos piojos. Cada tres semanas hacían una selección; durante la gran fiesta judía, el sesenta por ciento de los enfermos fueron transportados a la cámara de gas. Las selecciones eran siempre hechas por médicos SS.
>
> He sido liberado el 30 de abril de 1945 por los americanos. Me encuentro muy desanimado y tengo vergüenza por mi castración. Lo peor es que no tengo ningún porvenir; como muy poco y, a pesar de ello, engordo mucho. He oído hablar del proceso médico y he pensado que era mi deber venir a testimoniar a Núremberg. […] Vuelvo a pedir al Tribunal que no publique mi nombre en ningún caso, ya que tengo muchos amigos y tengo mucha vergüenza por mi castración.

Según afirmó la deportada Gustava Winnowska, Schumann también extendió su campo de operaciones a Ravensbrück:

> Un médico vino de Auschwitz durante unos pocos días, posiblemente durante una semana. Durante todo este tiempo castró a niñas gitanas usando rayos X. Las niñas volvían llorando y preguntando a sus madres qué les habían hecho.
>
> El doctor Treite le extirpó los ovarios a una niña gitana mediante una intervención abdominal, según órdenes recibidas desde Berlín. La vi después de la operación. Tenía unos trece años. Treite me dijo que había que esterilizar a las niñas gitanas porque eran capaces de tener hijos a los catorce años.

Es imposible dar una cifra exacta del número de deportados radiados y castrados por Schumann dado que, probablemente, la mayoría quedaron demasiado débiles para trabajar y fueron enviados a la cámara de gas. Se ha estimado que, entre hombres y mujeres, pudieron ser cerca de mil. Y todo este dolor, todo este sufrimiento, las secuelas de por vida de quienes pudieron sobrevivir al horror, para nada. Evidentemente, no era el método adecuado para realizar las «esterilizaciones imperceptibles». Werner Blankenburg, el sucesor de Brack en la Cancillería del *Führer,* le envió una carta a Himmler el 29 de abril de 1944 informándole de que «la castración de los varones mediante rayos X exige un esfuerzo que no compensa. Las castraciones quirúrgicas no duran más de seis o siete minutos, por lo que son mucho más rápidas y fiables».

Mientras Schumann experimentaba con los rayos X, Clauberg inyectaba en el útero de las prisioneras su misterioso preparado, un líquido turbio cuya naturaleza nunca desveló. Incluso el comandante del campo, Rudolf Höss, que se interesó por los experimentos y asistió personalmente a alguno de ellos, escribiría más tarde: «Clauberg me informó en detalle sobre su técnica, pero nunca me reveló la composición química exacta de la sustancia que usaba». Probablemente se tratara de formol, unido a algún tipo de compuesto iodado para comprobar después sus efectos mediante los rayos X. Le ayudaba Joseph Goebel, un químico de los laboratorios Schering-Kahlbaum, probablemente muy interesados en la posible comercialización del producto, quien, a pesar de no ser médico, realizó también muchas de las intervenciones.

Fuera lo que fuera lo que contenían, las inyecciones provocaban terribles dolores en forma de una sensación de desgarro o quemadura en el bajo vientre. Así lo contó Margita Neummennova:

> El doctor Clauberg me ordenó tumbarme en una camilla ginecológica y pude ver cómo Sylvia Friedmann (la deportada que lo ayudaba) preparaba una inyección con una larga aguja. El doctor Clauberg la utilizó para inyectarme en el útero. Sentí como si mi estómago estallara debido al dolor. Empecé a gritar tan fuerte que se me podía oír en todo el bloque. Clauberg me dijo rudamente que si no dejaba de gritar me enviaría de vuelta a Birkenau. Después de este experimento sufrí una inflamación de los ovarios. Tuve terribles dolores, fiebre y escalofríos. Como resultado de los experimentos de Clauberg, me ha sido imposible llevar la vida normal de cualquier mujer o dar a luz a un niño.

Bajo constante control radiológico, Clauberg inyectaba a cada mujer tres o cuatro veces con varias semanas de intervalo. Las prisioneras sufrían horriblemente y corrían a los lavabos, donde evacuaban el líquido mezclado con sangre en medio de violentos dolores comparables a los del parto. A algunas les provocaba peritonitis e infecciones que acababan con sus vidas. Sylvia Friedmann declaró que cuando alguna de ellas moría, Clauberg «no mostraba ningún interés, ninguna reacción, como si no fuera con él». Incansable, Clauberg repitió sus experiencias durante meses. Las mujeres del Bloque 10 temblaban de miedo en cuanto lo veían entrar. Lo creían capaz de todo, y cuando corrió por el bloque el rumor de que estaban siendo inseminadas con esperma de simios, lo único que se les pasaba por la cabeza era imaginar qué tipo de monstruo podían concebir…

El método tampoco era lo que buscaba Himmler, pero Clauberg le enviaba optimistas (y engañosos) informes donde le decía que su técnica era tan buena que

podía ser realizada «mediante una única inyección en la entrada del útero en el curso de una exploración ginecológica rutinaria al alcance de cualquier médico». Aun así, le pedía tiempo y un nuevo equipo de rayos X para perfeccionarla. En una carta fechada el 7 de junio de 1943, le decía que si seguía obteniendo tan buenos resultados como hasta entonces, «un médico entrenado, con el equipo adecuado y con tal vez diez ayudantes (dependiendo de la rapidez que se desee) podría llegar a esterilizar a varios cientos si no a mil mujeres diarias». Con el Ejército Rojo ya cerca de Auschwitz, Clauberg abandonó el campo con destino a Ravensbrück, donde, llevado por esa furia experimental que caracterizó a los médicos nazis, siguió con sus experimentos. En tan sólo cuatro días, durante la primera semana de enero de 1945, esterilizó a unas doscientas niñas y mujeres gitanas, a muchas de las cuales engañó diciéndoles que después serían liberadas.

EL INSTITUTO RAISKO

En el Bloque 10 había también una sección reservada para el Instituto Raisko, dependiente del Instituto de Higiene de las SS y situado a unos cuatro kilómetros de Auschwitz I, en una aldea cuyos habitantes habían sido evacuados y cuyas casas ocupaban las instalaciones y viviendas de los SS. Su director era el *SS-Hauptsturmführer* Bruno Weber, doctor en Medicina y Ciencias Naturales, con un grado por la Universidad de Chicago. Dotado con los más modernos instrumentos y las técnicas más avanzadas, en el Instituto se realizaban análisis para las SS y la *Wehrmacht*. Estaba dividido en las secciones de bacteriología, química, serología, preparación de medios de cultivo y esterilización, histología y parasitología, biología experimental, cría de animales de laboratorio, biblioteca y meteorología. Allí se realizaban diagnósticos histopatológicos de biopsias y piezas de autopsia procedentes de los distintos campos de Auschwitz, exámenes histológicos de piezas procedentes de los criaderos de perros y de las cuadras de los campos, exámenes microscópicos de productos alimenticios procedentes de sus mataderos, exámenes parasitológicos humanos y veterinarios, exámenes de muestras experimentales procedentes del mismo laboratorio y exámenes citológicos y de recuento de cromosomas. También contaba con un centro de botánica experimental. En el año 1944, los análisis y diagnósticos efectuados en las distintas secciones alcanzaban la nada despreciable cifra de más de ciento diez mil. El personal estaba compuesto por unos ciento veinte prisioneros, todos ellos especialistas en los diferentes campos, que cada día iban y volvían a pie a sus barracones. El profesor Marc Klein era uno de ellos. En su opinión, la mayor parte del trabajo que se realizaba allí no tenía ninguna utilidad. Creado en principio como parte del plan de las SS de obtener, al margen de las instituciones universitarias y científicas ya existentes, material científico a gran escala y para formar personal científico dentro de la ideología y de la jerarquía de las SS, con el tiempo se había convertido en un destino muy envidiado. Los SS hallaban en

el instituto puestos de trabajo relativamente estables y un género de vida cómodo y al amparo de los peligros del frente en unos momentos particularmente delicados. Por lo tanto, tenían un gran interés en la buena marcha del laboratorio e hinchaban desmesuradamente el número y variedad de los exámenes allí practicados, ya que los firmaban como si los hubieran hecho ellos mismos, haciéndose pasar como indispensables ante las autoridades centrales de las SS. De hecho, mandaban analizar muestras de deportados ya condenados a la cámara de gas para determinar si eran portadores de alguna enfermedad. Por otra parte, trataban con gran consideración a los prisioneros que trabajaban bajo sus órdenes, una mano de obra barata y anónima, de una competencia excepcional y absolutamente necesarios para el buen funcionamiento del laboratorio.

Weber estaba particularmente interesado en las transfusiones de sangre y en encontrar un método rápido de determinación del grupo sanguíneo. En el Bloque 10, después de averiguar el grupo de determinados prisioneros, les transfundía sangre de un grupo diferente para determinar el máximo volumen tolerado. Los transfundidos temblaban, sufrían espantosos dolores de cabeza y tenían fiebre y, como declaró el deportado Abraham Treger, «era difícil saber las consecuencias de estos experimentos sobre la salud de los pacientes porque, una vez que abandonaban el hospital, eran enviados a un destino desconocido».

También se extraía sangre a los prisioneros. Según Treger, como mínimo dos litros y medio cada vez y usando métodos tan brutales como la punción de un vaso de gran calibre como la arteria carótida, lo que hacía que muchos de ellos, ya débiles y enfermos, murieran durante la extracción. Treger declaró que en un año y medio llegaron a extraerse unos veinte mil litros. Según el testimonio de Hans Muench, uno de los médicos SS del instituto, las SS necesitaban grandes cantidades de suero para determinar los grupos sanguíneos de sus hombres, que lo llevaban tatuado en el brazo, y Weber buscaba un método de mantenerlo sin refrigerar. Treger también dijo que Weber disfrutaba extrayendo sangre a las mujeres del Bloque 10 y que para él los prisioneros eran simplemente animales con los que experimentar porque, como le dijo en una ocasión, «hoy, en Alemania, los conejos son más valiosos que las personas».

UN MACABRO MEDIO DE CULTIVO BACTERIANO

Lo más espantoso fue cuando los prisioneros del instituto descubrieron lo que se estaba utilizando como medio de cultivo de las bacterias. Normalmente se usaba carne de caballo o de vaca, pero alguien se dio cuenta de que se podía conseguir otro tipo de carne, mucho más barata, y destinar la otra para los banquetes de los SS. Una de las médicas deportadas enviada a trabajar al Bloque 10 contó que en una ocasión oyó los habituales disparos en el patio y que, a través de las grietas de uno de los tablones, vio cómo los SS se llevaban los cuerpos de cuatro mujeres y que media hora

después los volvían a poner allí, «pero mutilados, ya que les habían cortado grandes trozos de carne». Imrich Goenzi trabajaba en la cocina del instituto preparando los medios de cultivo, y también se dio cuenta de que algo espantoso estaba ocurriendo. El SS Franz Fugger le llevaba pedazos de carne que, a simple vista, ya resultaban sospechosos: «Con la ayuda del profesor Tomasek, un antiguo microbiólogo de la Universidad Masaryk, en Bruenn, llegamos a la conclusión de que se trataba de carne humana. Teníamos microscopios en nuestro laboratorio, por lo que el profesor pudo realizar estudios histológicos. Había pequeños pedazos de piel, que indicaban claramente y sin ningún género de duda su procedencia. Fugger nos estuvo enviando esta carne semanalmente durante medio año».

Treger también se hizo con algunos pedazos de la carne: «Tan sólo la piel ya era suficiente evidencia. Pero no quería confiar tan sólo en mis ojos. La lavé, la corté en pedazos, extraje algunas gotas de sangre de sus tejidos internos y determiné su grupo sanguíneo. Era sangre humana del grupo B. […] Durante un tiempo, con la carne que sobraba se estuvo alimentando a los perros».

Weber también estuvo implicado en experimentos con drogas de la verdad para interrogar a los prisioneros polacos de la Resistencia. Con este fin, investigó junto a los farmacéuticos del campo, Werner Rohde y Victor Capesius, el desarrollo de nuevos fármacos derivados de la morfina y los barbitúricos. En una ocasión administraron un brebaje parecido a café a cuatro prisioneros. Dos de ellos murieron aquella misma noche y los otros dos no mucho más tarde. Después de ser informado de las muertes, Rohde comentó que al menos habían tenido una muerte dulce, algo que, en aquel momento y en aquel lugar, podía considerarse un atisbo de humanidad, algo realmente inusual en un médico al servicio de las SS, a quienes Himmler repetía constantemente que debían sentirse orgullosos de su falta de piedad…

AUSCHWITZ, UN INMENSO LABORATORIO EXPERIMENTAL

La buena disposición del comandante del campo y del jefe de sus médicos, el *SS-Sturmbannführer* Eduard Wirths, hacia la realización de experimentos con prisioneros hizo que Auschwitz fuera el lugar donde se realizó el mayor número de estas atrocidades. Al fin y al cabo, era un lugar concebido para asesinar y deshacerse de millones de personas, y todos los cargos del campo sabían que, tarde o temprano, todos los prisioneros serían aniquilados y que nadie podría contar lo ocurrido allí. Sometidos a la brutal disciplina de los *kapos*, a los trabajos forzados, al hambre, la sed y la enfermedad, no eran sino condenados a muerte a quienes les habían concedido unos meses más de vida. En el escenario donde tendría lugar la mayor matanza de la que el mundo haya sido testigo, nadie echaría en falta a unos cuantos centenares ni preguntaría la causa de su muerte.

Helmut Vetter ingresó en las SS en 1933, y el 17 de febrero entró a trabajar en el Departamento de Fármacos Experimentales de la Bayer de I. G. Farben en

Leberkusen. Bajo el auspicio de las SS, probó los efectos de varios de ellos tanto en Auschwitz como en Mauthausen (y posiblemente en otros campos). Fármacos como el Rutenol o los preparados B-1034 y 3583 fueron administrados a entre ciento cincuenta y doscientos cincuenta prisioneros hospitalizados en Auschwitz para comprobar sus efectos sobre enfermedades como el tifus, la disentería, la tuberculosis o la erisipela a pesar de no haber pasado la fase de experimentación animal. La mayoría de los médicos deportados se mostraron de acuerdo en la inutilidad de estos fármacos, e incluso muchos que los recibían morían poco después. Incluso llegó a convencer a Wirths de inocular artificialmente el tifus a cuatro prisioneros judíos porque en aquel momento no había enfermos de este tipo. Todos murieron. Sin embargo, Vetter no lo admitía y seguía con sus experimentos, afirmando que en otros campos sí habían funcionado.

Otro ejemplo del grado de insensibilidad alcanzado por los médicos SS fue el del *SS-Obersturmführer* Johann Paul Kremer, profesor de la Universidad de Münster, que fue destinado al campo para cubrir la baja de un médico llamado Kitt entre el 30 de agosto y el 18 de noviembre de 1942. Entre sus obligaciones estaba el eliminar mediante inyecciones intracardiacas de fenol a los prisioneros hospitalizados en el Bloque 28 de Auschwitz I considerados incapaces de seguir trabajando, muchos de ellos ya «musulmanes». Kremer estaba muy interesado en estudiar los efectos de la inanición sobre los diferentes órganos, así que los examinaba y les sacaba fotografías antes de asesinarlos y tomar muestras de sus hígados, bazo o páncreas. También albergaba un gran resentimiento hacia sus colegas, que se burlaban de sus disparatadas teorías sobre la herencia de las deformidades de naturaleza traumática. Además, afirmaba que los leucocitos y otros fagocitos (las células de la sangre que atacan y digieren elementos extraños) eran células de otros órganos o tejidos que habían sufrido un proceso de regresión, por lo que consideraba particularmente útil tomar muestras frescas de los prisioneros antes de su muerte, ya que podía estudiar en ellas efectos degenerativos no atribuibles a los cambios *post mortem*.

Como médico del campo, Kremer asistió a catorce *Sonderktinen* (acciones especiales), el eufemismo empleado para las ejecuciones con gas, pues los médicos debían permanecer cerca de las cámaras por si alguno de los SS se intoxicaba accidentalmente. Metódicamente, Kremer fue anotando en su diario sus vivencias durante su estancia en el campo, enumerando con una sobriedad aterradora imágenes de un infierno dantesco mezcladas con los menús de las comidas, programas de orquesta y sus propios experimentos. Estos son algunos párrafos extraídos de su diario, un documento único en su género y el acta de acusación más horrible que un hombre pueda dirigir contra sí mismo:

> 2 de septiembre de 1942
>
> He asistido por primera vez a una acción especial. Comparado a esto, el infierno de Dante me parece una comedia. No se ha llamado sin razón a

Auschwitz campo de exterminio.

5 de septiembre de 1942

Asistí esta mañana a una acción especial concerniente al campo de concentración de mujeres (musulmanas): el más horrible de todos los horrores. El doctor Thilo tenía razón esta mañana cuando me dijo que nos encontrábamos en el *anus mundi*. A las ocho he asistido a una acción especial de holandeses. Todo el mundo desea tomar parte en estas acciones a causa de las raciones especiales a las que tienen derecho y que consisten en 1/5 de litro de vodka, 5 cigarrillos, 100 gramos de salchichón y pan.

6 de septiembre de 1942

Hoy, martes, excelente comida: sopa de tomate, medio pollo con patatas y col roja (20 gramos de grasa), postre y un magnífico helado de vainilla. […] A las ocho de la noche he asistido a una acción especial.

3 de octubre de 1942

Tomé y preservé material de cadáveres bastante frescos, principalmente hígado, bazo y páncreas.

11 de octubre de 1942

Hoy, domingo, tuvimos para comer un gran trozo de liebre asada, con col roja y pudding por tan sólo 1,25 RM.

17 de octubre de 1942

Estuve presente en un castigo y once ejecuciones. He tomado hígado, bazo y páncreas después de una inyección de pilocarpina.

31 de octubre de 1942

Un tiempo otoñal maravilloso para los últimos catorce días, tanto que cada día puedo tomar el sol en el jardín del club de las *Waffen-SS*. Incluso las noches son relativamente cálidas.

Kremer dejó Auschwitz llevándose un magnífico recuerdo gastronómico y abundantes muestras de los órganos de los deportados. Tenía grandes planes de futuro, que dejó anotados en su diario: «Abrir un laboratorio propio una vez que termine la guerra, porque el material que he conseguido en Auschwitz es absolutamente digno de ser estudiado».

Siempre abierto a nuevas experiencias, Wirths reservó una zona del Bloque 28 para que Amil Kaschub, un avanzado estudiante de Medicina, reprodujera las lesiones autoinfligidas de los soldados con el fin de poder fotografiarlas para después reconocerlas. A varios prisioneros se les aplicó superficialmente e incluso se les inyectó en los brazos y las piernas una sustancia parecida al petróleo que producía una gran inflamación y abscesos llenos de un líquido negruzco. También acetato de

plomo, causante de dolorosas quemaduras y decoloración de la piel.

Convertido en un inmenso laboratorio experimental, también se dijo que en el Bloque 41 de Birkenau, «tres profesores muy conocidos» llevaron a cabo vivisecciones exponiendo músculos de las piernas de los prisioneros para después tratarlos con misteriosas medicaciones. Incluso grupos de estudiantes de cirugía eran llevados para que practicaran en el hospital del campo de mujeres, realizando a las prisioneras innecesarias intervenciones quirúrgicas.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE DE AUSCHWITZ

En nuestro particular viaje al corazón de las tinieblas del horror nazi, al reino de la noche como lo llamó Elie Wiesel, llegamos al final de la pendiente resbaladiza y al hombre situado en ella. Un joven y elegante oficial de las SS, médico jefe del campo de mujeres de Auschwitz-Birkenau, de impecable uniforme, rostro afable y botas relucientes como el charol. Un hombre que con un movimiento de su fusta o un negligente ademán de su dedo índice envió a las cámaras de gas a centenares de miles de hombres, mujeres y niños mientras silbaba tranquilamente el *Adiós a la vida* de Tosca. Un hombre sin alma que realmente disfrutó de las oportunidades para la investigación más despiadada que ofrecía el campo. Un hombre a quien la imaginación popular asocia más que a ningún otro con los experimentos médicos nazis y el Holocausto y que ha pasado a la historia como símbolo de la perversión de la medicina durante el Tercer Reich. Porque, amable lector, es muy probable que hasta que este libro no haya caído en sus manos no supiera quiénes fueron Rascher, Hirt, Ding o Clauberg, pero seguro que, en un momento u otro de su vida, habrá oído hablar de Josef Mengele, el Ángel de la Muerte de Auschwitz…



Mengele ha pasado a la historia como símbolo de la perversión de la medicina en el Tercer Reich.

Mengele nació el 16 de marzo de 1911 en el seno de una acaudalada familia de Günzburg, una romántica ciudad medieval a orillas del Danubio, en Baviera. Su padre, Karl, era el propietario de una fundición que producía maquinaria agrícola que, en la década de 1920, era la tercera empresa de producción de trilladoras de Alemania. Aunque se esperaba que el joven Josef perpetuara la dinastía familiar, optó por estudiar Medicina, interesándose también por la antropología, ya que deseaba impresionar a su familia convirtiéndose en el primer Mengele científico, pues, según dejó escrito, su padre era «una figura fría» y su madre una persona «no mucho más cariñosa». En octubre de 1930 comenzó sus estudios en Múnich, el semillero del nazismo, donde se sintió atraído por las doctrinas racistas del NSDAP. En marzo de 1931 se unió a las juventudes de los *Stahlhelm* ('cascos de acero'), una organización de *Freikorps* que destacaba por su número y organización y que un año después se integraría en las SA. Pronto comenzó a interesarse por la genética y la eugenesia, ya consideradas en los ambientes universitarios como la llave para acceder a la creación de una raza superior, asistiendo asiduamente a las conferencias de Rüdin. Cuanto más

profundizaba en el estudio de la antropología, la genética y las leyes de la herencia, más crecía su interés por estas disciplinas. Mientras seguía estudiando Medicina, preparó su tesis para doctorarse en Antropología, que le dirigió Theodor James Mollison, el hombre que se jactaba de poder decir si una persona tenía ancestros judíos simplemente mirando su fotografía. Fue una disertación que leyó en 1935 y en la cual llegó a la conclusión de que se podía detectar a los diferentes grupos raciales estudiando su mandíbula. En el verano de 1936 se licenció en Medicina y comenzó a trabajar en la clínica de la Universidad de Leipzig, pero pronto se cansó de las interminables guardias y las agotadoras jornadas de trabajo. Estaba ansioso por volver a sus estudios de genética. El 1 de enero de 1937, gracias a la recomendación de Mollison, consiguió un puesto de investigador en el prestigioso Instituto de Higiene Racial y Herencia de la Universidad de Frankfurt, dirigido por Otmar von Verschuer, quien lo ayudó a conseguir el doctorado en Medicina asesorándole en la preparación de una tesis sobre dos malformaciones congénitas, a menudo asociadas, llamadas labio leporino y fisura palatina. En ella se encontraba ya el germen de la fascinación por las deformidades que posteriormente mostraría Mengele en Auschwitz. Siguiendo a Lenz y Von Verschuer, realizó árboles genealógicos y llegó a la conclusión de que tenían un carácter hereditario, las relacionó con patologías como las malformaciones cardiacas y el síndrome de Down y afirmó que las técnicas quirúrgicas concebidas para su tratamiento no servirían para erradicarlas, pues volverían a presentarse en sus descendientes. Aunque no lo dijera explícitamente, Mengele dejaba leer entre líneas la solución al problema, que no era otra sino la aconsejada por Von Verschuer y los higienistas raciales: la eliminación de esta rama enferma de la especie humana para evitar su reproducción. Von Verschuer también le transmitió su interés por el estudio de los gemelos, que consideraba «el método más eficiente de determinar la herencia de caracteres, particularmente las enfermedades».

Llegados a este punto, el círculo se cierra. Y si nos giramos y alzamos nuestra mirada hacia lo alto de la pendiente resbaladiza, veremos allí, contemplando salir el espeso humo negro de las chimeneas de los crematorios de Auschwitz, a un anciano de cejas pobladas, larga barba blanca y mirada perdida, cubierto con un lúgubre chal negro, tal vez pensando si aquella nublada mañana del 27 de diciembre de 1831 no habría hecho mejor quedándose en tierra y convirtiéndose, como era su intención, en un párroco rural famoso por su interés por las lombrices. Y junto a él, un caballero victoriano de gesto adusto e ideas tan extravagantes como peligrosas: su primo, Francis Galton.

LOS GEMELOS, GUARDIANES DEL SECRETO DE LA HERENCIA

Recordemos que los trabajos de Mendel no fueron redescubiertos hasta 1900, así que la única posibilidad que tenía Galton para saber si algunos rasgos indeseables se transmitían de generación en generación era observar el fenotipo (las características

externas, resultado de la interacción entre los genes y el ambiente), mucho más confuso y subjetivo que el genotipo o dotación genética. Pero no se arredró por este problema. En su *Historia de los gemelos como un criterio de los poderes relativos de la naturaleza y la educación* (1875) propuso que la solución estaba en el estudio de los gemelos idénticos, esos que de niños «tienen que ser distinguidos mediante un lazo anudado en la muñeca». Si un rasgo biológico cualquiera estaba determinado genéticamente, aparecería más en los gemelos monocigóticos (producto de un único óvulo fecundado y que por lo tanto comparten el 100 % de sus genes) que en los dicigóticos o fraternales, también conocidos como mellizos (resultado de la fecundación de dos óvulos diferentes por dos espermatozoides y que comparten únicamente el 50 % de sus genes, como cualquier hermano). La comparación con los gemelos fraternales resultaba más interesante que con los hermanos no gemelos, pues los primeros comparten un ambiente intrauterino común, a diferencia de los hermanos no gemelos que pueden nacer con muchos años de diferencia y, por lo tanto, experimentar condiciones ambientales muy diferentes. Así, un rasgo que fuera 100 % producto de la herencia (como, por ejemplo, el sexo, que depende únicamente de la dotación cromosómica del individuo) nunca mostrará diferencias entre gemelos monocigóticos, pero un rasgo básicamente ambiental se presentará con una variación parecida tanto entre parejas de gemelos monocigóticos como dicigóticos e incluso entre hermanos no gemelos. Galton creyó haber encontrado en los gemelos la clave para demostrar su teoría de que tanto el genio como la debilidad mental eran características hereditarias e inmutables. Basándose simplemente en las historias personales de tan sólo treinta y cinco supuestos pares de gemelos idénticos, llegó a la conclusión de que los parecidos mentales encontrados se debían casi exclusivamente a la naturaleza original, por lo que dudaba de que «la educación pueda hacer algo más que proporcionar instrucción y formación profesional». El efecto de los grandes educadores o de la civilización había sido sobreestimado. No se podía luchar contra la naturaleza.

Hoy en día sabemos que la cuestión no es tan simple, ya que los estudios modernos con miles de gemelos idénticos han demostrado que el ADN ejerce una influencia limitada dentro de un sistema muy complejo. Se cree que más de la mitad de los cerca de ochenta mil genes que heredamos de nuestros padres están implicados en el desarrollo del cerebro y su funcionamiento, pero también se sabe que el entorno del individuo ejerce una influencia igual de decisiva, y que aunque pudiéramos saber todo sobre el genoma y las experiencias de un individuo, tampoco seríamos capaces de predecir su comportamiento con total seguridad. Genética y ambiente son piezas de un puzle que probablemente nunca se llegue a completar. Hay científicos que creen que hay un tercer factor que afecta al comportamiento humano, una información fabricada por el cerebro por sí mismo y que sigue siendo un misterio para la ciencia: los sueños, la imaginación, el pensamiento, la memoria, las cosas que se ven y se sienten sin que estén escritas en los genes o influenciadas por el medio

ambiente. La esencia misma del ser humano. Tal vez los veintiún gramos de diferencia entre el peso de un cuerpo humano vivo y su cadáver que Duncan MacDougall registró y no pudo confirmar en perros en su clásico estudio de 1907. Tal vez esa emanación divina que conocemos como alma…

Lo mismo ocurre en el caso de las enfermedades con posible base genética, como la diabetes, las enfermedades inflamatorias intestinales, la artritis reumatoide y la celiaquía, por ejemplo. Los estudios con gemelos monocigóticos, uno enfermo y el otro no, como ocurre en la mayoría de los afectados, apuntan hacia la presencia de una susceptibilidad genética que facilitaría la aparición de la enfermedad pero siempre y cuando se asociara a unos factores ambientales igual de influyentes y todavía desconocidos.



Von Verschuer estudiando unas gemelas. En el Tercer Reich, el estudio de estos hermanos se consideraba clave para conseguir una raza superior.

Pero nada de esto podía saberse a finales del siglo XIX, y durante muchos años se creyó que los gemelos eran los guardianes del secreto de la herencia. Por eso

interesaron tanto primero a los higienistas raciales y después a los nazis, que soñaban con un mundo regido por una raza superior libre de taras hereditarias. De hecho, el primero en diseñar el método de estudio de los gemelos fue un dermatólogo alemán llamado Hermann Siemens, que en su obra *Zwillingspathologie (Patología de los gemelos)* de 1924 propuso utilizar el coeficiente de correlación de Karl Pearson, el amigo de Galton, para medir cualquier dato de los gemelos idénticos y contrastarlo con los fraternales. Si la concordancia entre los gemelos provenientes de un óvulo era significativamente mayor que entre los provenientes de dos óvulos diferentes, el dato debía ser genético. Una vez convertidos los gemelos en controles, la vida y el cuerpo de uno servía de registro duplicado del otro, o bien las vidas y los cuerpos de los gemelos no idénticos eran contrastados con las de los idénticos. Desde su cátedra en la Universidad de Leiden, en los Países Bajos, Siemens apoyó las políticas eugenésicas nazis y en su libro *Fundamentos de genética, higiene racial y política poblacional* abogó por la esterilización voluntaria de «personas patológicas», alabando en ediciones posteriores las ideas de Hitler sobre higiene racial. En 1933, Von Verschuer realizó un estudio pionero sobre varios miles de gemelos idénticos y fraternales, que fue seguido por centenares de otros. El Instituto de Fischer inauguró el 1 de abril de 1935 una nueva sección de psicología genética, dirigida por Kurt Gottschaldt, que en los veranos de 1936 y 1937 abrió campamentos para 138 gemelos arios *(Zwillenslager)* en el mar del Norte con el propósito de averiguar si las leyes de Mendel eran aplicables al comportamiento humano, llegando a la conclusión de que «las influencias hereditarias sobrepasan con mucho a los aspectos ambientales en el terreno de la acción inteligente». Heinrich Wilhelm Kranz estudió ciento cincuenta pares de criminales gemelos para demostrar la herencia del comportamiento delictivo, y los estudios sobre gemelos durante el Tercer Reich intentaron probar la transmisión hereditaria tanto de enfermedades como la epilepsia, las hernias, la tuberculosis, el cáncer o la esquizofrenia como del divorcio y la memoria. En 1936, el Instituto para el Estudio de la Raza y el *Volk* de Otto Reche había examinado a mil doscientos cincuenta pares, registrando cuarenta y dos rasgos físicos para cada uno. Fischer llamó a los estudios con gemelos la herramienta más importante en el campo de la higiene racial y Von Verschuer los llamó «el método soberano para la investigación genética en humanos». Estudios similares fueron realizados tanto en Estados Unidos como en la Unión Soviética (donde fueron prohibidos en 1936 por entrar en contradicción con el principio marxista de la maleabilidad de la naturaleza humana) y en otros países, pero no en la magnitud de Alemania, donde los higienistas raciales consiguieron fondos y el apoyo de las autoridades nazis hasta el punto de que, en 1939, el ministro del Interior, Wilhelm Frick, ordenó el registro de todos los gemelos, trillizos y cuatrillizos nacidos en el Reich.

EL JOVEN MENGELE

En la década de 1940, Von Verschuer era considerado una autoridad mundial en el estudio de los gemelos, y contagió su entusiasmo por el tema al joven Mengele, que en 1937 ingresó en el NSDAP y al año siguiente lo hizo en las SS. Su vanidad hizo que no se tatuara bajo la axila el grupo sanguíneo, como estaban obligados a hacer todos los nuevos miembros de la organización. En octubre empezó tres meses de entrenamiento en la región montañosa de Snafeldon-Tirol, y después volvió al Instituto, donde publicó un trabajo de investigación sobre la herencia de las fístulas del oído, que aseguraba que tenían una relación con las muescas del mentón. En julio de 1939, se casó con Irene Schoenbein, la hija de uno de sus profesores en la universidad, una muchacha alta, rubia y guapa. Cinco semanas después, estallaba la Segunda Guerra Mundial.

En agosto de 1940 fue enviado a Polonia formando parte de la sección genealógica del Departamento Central para la Raza y la Repoblación (RuSHA), la oficina de las SS encargada de organizar la colonización de los territorios conquistados en el Este, seleccionando para el Reich a aquellos polacos que tuvieran antepasados alemanes o bien aspecto de tener sangre aria para expulsar al Gobierno General a los elementos raciales indeseables. En junio de 1941 entró en combate por primera vez con las *Waffen-SS* en el frente ucraniano, con el rango de *SS-Untersturmführer,* y en enero del año siguiente se unió al cuerpo médico de la división Viking, que participó en la sangrienta batalla para ocupar Rostow y Bataisk. Allí consiguió una Cruz de Hierro de Primera Clase por rescatar de un tanque en llamas y proporcionar los primeros auxilios médicos bajo el fuego enemigo a dos soldados heridos. También le fueron concedidas una Cruz de Hierro de Segunda Clase, el Distintivo Negro para los Heridos y la Medalla por la Custodia del Pueblo Alemán. A finales de 1942, después de ser herido, fue destinado de nuevo al RuSHA, esta vez a la oficina central de Berlín, y ascendido al rango de *SS-Hauptsturmführer*. Para entonces, Von Verschuer había sido nombrado director del Instituto Káiser Guillermo de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia de Berlín sustituyendo a Fischer, que había decidido jubilarse. En enero de 1943, le escribió a un colega diciéndole que «mi ayudante Mengele ha sido trasladado a Berlín, así que, en su tiempo libre, puede trabajar en el Instituto».

UNA OPORTUNIDAD ÚNICA

En mayo de 1943 quedó una vacante en el cuerpo médico de Auschwitz. Después de la guerra, Von Verschuer declaró que Mengele había sido enviado allí contra su voluntad, pero es mucho más probable que fuera él quien convenciera a Mengele para que pidiera ese destino y que moviera algunos hilos para que le fuera concedido, dadas las grandes posibilidades de investigación que ofrecía el lugar. Von Verschuer recibió muchas subvenciones para sus investigaciones del Consejo de Investigación Alemán, la más prestigiosa institución científica del país, y uno de los muchos

proyectos que presentó fue la investigación con gemelos. En su memoria hizo constar que la guerra hacía difícil conseguir «material gemelar» para su estudio pero que su ayudante, «el doctor en Medicina Josef Mengele», trabajaba en Auschwitz, lo que ofrecía una oportunidad única en este sentido, ya que allí se encontraban «diferentes grupos raciales». Verschuer también estaba muy interesado en las «proteínas específicas», uno de los más importantes fraudes científicos del pasado siglo XX, perpetrado por el bioquímico Emil Abderhalden, profesor de Fisiología de la Universidad de Halle. Abderhalden afirmó haber descubierto unas «enzimas defensivas» producidas por el organismo cuando detectaba una proteína extraña, y Von Verschuer quería demostrar que eran específicas de cada raza en respuesta a las diferentes enfermedades infecciosas, por lo que podían ser utilizadas para conseguir desarrollar un test bioquímico de identificación racial. En realidad, no servían ni para diagnosticar un embarazo. En el Instituto también trabajaba Karin Magnussen, que investigaba el papel de la herencia en el desarrollo del color de los ojos como base para examinar las razas, y que experimentaba con conejos la modificación artificial del color de sus iris. Magnussen había tenido ocasión de estudiar a varios miembros de la familia de gitanos de Otto Mechau, de Oldenburg, que tenían un ojo de cada color (heterocromía), algunos de ellos gemelos y, como los gitanos eran considerados una raza criminal, estaba muy interesada en comprobar si la heterocromía podía ser considerada un estigma de asocialidad. Sin embargo, perdió la oportunidad cuando, en marzo de 1943, fueron deportados a Auschwitz. Sin duda, Von Verschuer tenía muchos motivos para enviar a Mengele al campo.

Mengele llegó a Auschwitz el 30 de mayo de 1943, el año en el que el campo asumió un papel central en la solución final. Para comienzos de ese verano, un total de cuatro complejos de crematorio y cámara de gas estaban en pleno funcionamiento en Auschwitz-Birkenau, con una capacidad total para acabar con la vida de cerca de cuatro mil setecientas personas cada día y deshacerse luego de sus restos. Cualquier persona que llegara viva a traspasar sus puertas, después del inhumano viaje en vagones de ganado, era un candidato a la muerte. Los que los médicos SS consideraban, con una simple inspección visual, que no estaban en condiciones de trabajar, eran dirigidos a la derecha y eran cadáveres en menos de una hora. La única diferencia con los de la fila de la izquierda era que durante tres meses o todo el tiempo que pudieran resistir, tendrían que soportar el hambre, las enfermedades, las humillaciones, los malos tratos y el agotador trabajo en alguno de los veintiocho campos secundarios distribuidos por toda la Alta Silesia hasta acabar también convertidos en cenizas.

EL GRAN SELECCIONADOR

Nada más llegar, Mengele se creó fama de solucionar problemas de una forma radical al atajar una epidemia de tifus enviando a las cámaras de gas a más de mil

gitanos que pensaba que podían estar infectados. Llevaba sus medallas puestas ostensiblemente en el uniforme y hablaba frecuentemente de su experiencia en el frente, lo que le dio un aura especial frente a los otros médicos, la mayoría de los cuales nunca había combatido. Además, mientras los demás se limitaban a hacer lo que se esperaba de ellos, Mengele siempre estaba asumiendo responsabilidades adicionales. Hacía escalofriantes selecciones entre los prisioneros ingresados en las enfermerías para después ejecutarlos personalmente mediante inyecciones intracardiacas, y gustaba de explicar el método a otros oficiales o a los *kapos* como si fuera una delicada intervención quirúrgica. Su celo profesional era tal que Wirths decidió nombrarlo en noviembre jefe médico del campo de mujeres de Birkenau. A finales de ese año, solucionó un nuevo brote de tifus enviando a las cámaras a seiscientas mujeres. Estas despiadadas medidas no eran más que muestras del cínico desprecio por la vida que rápidamente desarrolló en el campo y del que hacía gala durante las selecciones. En agosto le visitó Irene, y cuando le preguntó por el hedor y el humo que salía de las chimeneas, Mengele le contestó distraídamente: «No me preguntes eso». Sus colegas comentaron que nunca hablaba de su vida personal, y que ni siquiera hizo mención al nacimiento de su único hijo, Rolf, al año siguiente.

Según la médica deportada Olga Lengyel, era «con mucho, el principal proveedor de la cámara de gas». Otra deportada, la doctora Ella Lingens, dijo que mientras algunos médicos SS como Werner Rhöde o Hans König odiaban su trabajo y tenían que emborracharse para hacer las selecciones, Mengele parecía disfrutar con ellas. Cada vez que llegaba un tren, allí estaba él, día y noche. Muchos deportados hablaron de su porte arrogante, de la impresión que producía verle en su ceñido uniforme de las SS adornado con la Cruz de Hierro, con las botas negras relucientes, un par de guantes blancos en una mano y un bastón en la otra mientras hacía las selecciones, a veces sonriendo y silbando alguna de sus arias favoritas. De cómo con gestos precisos y mirándolos directamente a los ojos decidía sobre la vida y la muerte de los deportados, investido de un poder casi divino sobre una multitud aterida, hambrienta y aterrorizada. El prisionero ruso Annani Silovich Pet'ko contó que varios deportados asistieron a un espectáculo horroroso. Los SS habían encendido un gran fuego en un foso y después de un rato llegaron unos diez camiones de basura cargados de unos trescientos niños de menos de cinco años, que empezaron a arrojar a las llamas: «Los niños empezaron a gritar y algunos consiguieron escapar del hoyo de fuego; un oficial se acercaba con un bastón y volvía a echar al fuego a quienes habían logrado escapar. Höss y Mengele estaban presentes dando órdenes. […] Los comandantes de la zona me dijeron que resultaba difícil envenenar a los niños en las cámaras de gas, así que los quemaban en un hoyo».

De su figura emanaba tal sensación de seguridad y control de la situación, y tan omnipresente era Mengele en el campo, que muchos deportados creían que el jefe médico de todo Auschwitz era él, y no Wirths. Incluso en algunos textos se le cita como tal. Tan sólo perdía la compostura cuando buscaba gemelos en los trenes que

acababan de llegar, gritando con las facciones desencajadas y totalmente fuera de sí: «¡Zwillinge heraus!» (¡gemelos fuera!).

LOS EXPERIMENTOS CON GEMELOS

Entre octubre de 1933 y marzo de 1944, Mengele envió a Von Verschuer doscientas muestras de sangre de prisioneros de diferentes razas a los que supuestamente infectó deliberadamente de tifus, tuberculosis o cualquier otra enfermedad para su proyecto de «proteínas específicas». También envió al Instituto de Berlín los ojos heterocrómicos que tanto interesaban a Magnussen. El encargado de su extracción fue un patólogo judío húngaro llamado Miklos Nyiszli, que llegó al campo el 29 de mayo de 1944 y al que Mengele obligó a ayudarlo durante meses. En una ocasión tuvo que hacerlo con seis niños, gemelos gitanos, que, como comprobó al hacerles la autopsia, habían sido asesinados mediante una inyección intracardiaca de fenol. Marc Berkowtiz, un muchacho de doce años a quien Mengele había nombrado su asistente personal porque le intrigaban sus rasgos arios, confirmó esta historia, ya que él mismo fue el encargado de llevarle a Mengele los ojos, ya preservados en formol. La deportada Vera Kriegel dijo que había visto una pared llena de ojos en uno de los laboratorios de Mengele: «Estaban pinchados allí como si fueran mariposas. Pensé que me había muerto y ya estaba en el infierno». Como Magnussen, Mengele se embarcó en el delirante proyecto de intentar cambiar el color de los ojos, sólo que no utilizó conejos, sino un grupo de niños rubios de ojos marrones. Para conseguir que se volvieran azules como los de la raza aria, se dedicó a inyectarles en los ojos un colorante llamado azul de metileno, lo que, lógicamente, no sólo les produjo un espantoso dolor, sino que una de las niñas, una llamada Dagmar que nació en el campo en 1944, incluso murió, como contó Ella Lingens, y otro de los pequeños perdió la visión en un ojo, dijo Romualda Ciesielska. Evidentemente, el experimento no sólo fue una crueldad sin ningún sentido ni base científica, sino también un rotundo fracaso, pues el cambio de color sólo era temporal. Ciesielska contó que fueron treinta y seis los niños utilizados de esta forma por Mengele.

Los gemelos de Mengele eran trasladados a barracones especiales, donde se les proporcionaba buena comida y podían dormir en literas cómodas y en unas condiciones higiénicas aceptables. Incluso se les permitía conservar su ropa y, en ocasiones, hasta su pelo. Las madres de los más pequeños podían permanecer a su lado, siguiendo el plan de Mengele de mantenerlos en las mejores condiciones físicas y psíquicas, y los mayores quedaban al cargo de algún gemelo adolescente o adulto, que era conocido como *Zwillingsvater* (literalmente, ‘el padre de los gemelos’). Mengele se mostraba encantador con los niños y les llevaba caramelos y chocolate. Una deportada checoslovaca pudo comprobar de cerca este comportamiento: «Mengele acostumbraba venir al campo todos los días. Usualmente traía chocolates. […] Cuando yo gritaba y regañaba a los niños, ellos me respondían generalmente:

“Le diremos al tío que eres mala”. Mengele era “el tío bueno”». También lo contó así Lucie Adelsberger: «Sus bolsillos estaban llenos de caramelos, que repartía alegremente entre los niños. No había suficientes para todos, pero todos acababan consiguiendo uno, si no ese día, al siguiente o al otro. Los niños se alegraban mucho de ver llegar al médico. Un caramelo les hacía olvidar dónde estaban».

Pero todo era una farsa, pues en realidad Mengele no sentía ningún afecto por los niños. Para él, tan sólo eran la materia prima para sus experimentos. La oportunidad era única. La mayoría de los gemelos se ven separados por circunstancias de la vida. Viven alejados el uno del otro, en ambientes diferentes, llevando diferentes estilos de vida, contrayendo diferentes enfermedades, y no suele ser habitual en absoluto que mueran a la vez y por la misma causa. En estas condiciones es imposible hacer autopsias comparativas. Pero en Auschwitz se daba un caso único en la historia de las ciencias médicas del mundo entero: dos gemelos idénticos podían contraer la misma enfermedad y en las mismas condiciones ambientales. Si uno moría y el otro no, podía investigarse el porqué de su supervivencia. Evidentemente, ello suponía tener que sacrificarlo; algo inconcebible en cualquier otro lugar y en cualquier otro momento. Sin embargo, en Auschwitz, durante el Tercer Reich, Mengele podía hacer lo que quisiera. Su poder para torturar y asesinar según las exigencias de su sádica curiosidad era ilimitado. Tengamos en cuenta que estamos hablando de un hombre, un médico, que había arriesgado su vida para rescatar a dos compañeros de un tanque en llamas y que hasta su llegada al campo no había dado muestras de ningún comportamiento desviado. Como dice Laurence Rees en su obra *Auschwitz. Los nazis y la «solución final»* (2005): «Fueron las especiales circunstancias de Auschwitz las que dieron origen al Mengele que el mundo conocería, algo que debería recordarnos lo difícil que es predecir quién será capaz de convertirse en un monstruo en una situación excepcional».



Josef Mengele, Rudolf Höss, comandante de Auschwitz, y Josef Kramer, responsable de Birkenau.

En su laboratorio, Mengele desnudaba a los gemelos y, durante horas, tomaba de ellos exhaustivas medidas antropométricas, además de fotografías, radiografías y moldes de su dentadura. Estos exámenes podían repetirse dos veces por semana durante meses. Además, les extraía sangre en cantidades de hasta diez mililitros en cada sesión. Mengele quería cualquier detalle, especialmente cualquier diferencia que se observara entre ellos. En el campo, nadie sabía exactamente lo que se proponía, y la verdad es que incluso a día de hoy tan sólo podemos hacer conjeturas, puesto que no dejó ni rastro de sus investigaciones. Se creía que su objetivo era encontrar la causa última de los partos gemelares con el fin de repoblar Alemania una vez eliminadas las razas inferiores. Incluso Nyiszli pensaba que su propósito era este: «Dominando los mecanismos de la fecundación, las mujeres alemanas podrían alumbrar gemelos a voluntad. ¡Qué potencia adquiriría así la raza de los soberanos, capaz de reproducirse dos veces más deprisa que las demás! ¡Qué celebridad para el sabio que descubriera el secreto!». Sin embargo, esta hipótesis es poco probable, pues no mostraba ningún interés en absoluto por las madres. Lo más seguro es que, tal y como aprendió de Von Verschuer, utilizara el método de los gemelos para conocer la resistencia hereditaria a diferentes agresiones ambientales. Para ello, les trasfundía sangre de grupos diferentes a los suyos o les inoculaba el tifus u otras enfermedades infecciosas para ver cómo reaccionaba cada uno de ellos. Contamos con el testimonio de Eva Mozes Kor, que junto a su hermana gemela, Miriam, cayó en manos de Mengele en 1944, cuando tenían diez años. Eva dijo que enfermó gravemente

después de que este le pusiera una inyección en el brazo, y que a la mañana siguiente, cuando fue a verla acompañado de otros cuatro médicos, se rio sarcásticamente: «Está muy mal, es demasiado joven. Le quedan sólo dos semanas de vida». Eva ardía de fiebre y perdía el sentido constantemente, pero luchó con todas sus fuerzas contra la enfermedad porque sabía que si moría, «a mi hermana gemela, Miriam, la habrían llevado de inmediato al laboratorio de Mengele y la habrían asesinado mediante una inyección en el corazón para que pudieran realizar las autopsias comparativas». El deportado Jann Cespiva contó que él mismo había constatado cómo en el campo de los gitanos «se inoculaba el tifus a gemelos para observar si reaccionaban o no de la misma manera».

Myiszli contó que durante una noche de julio de 1945 fue testigo de cómo Mengele asesinó a siete pares de gemelos mediante una inyección intracardiaca de cloroformo. En ocasiones llegaba a acabar con su vida simplemente para resolver una duda diagnóstica y hacer prevalecer su opinión. Dos gemelos gitanos de siete u ocho años, sus favoritos, presentaban problemas articulares que Mengele creía que podían estar relacionados con la tuberculosis, pero varios médicos deportados, después de estudiarlos cuidadosamente, no encontraron ningún signo de esta enfermedad. Sin embargo, Mengele no se quedó convencido, se fue y volvió después de una hora. «Tenían ustedes razón», les dijo, y después añadió: «Lo han confirmado las autopsias». Myiszli les dijo más tarde que les había disparado en la nuca y que «mientras todavía estaban calientes, empezó a examinarlos: primero los pulmones y después cada órgano».

Eva y Miriam sobrevivieron a Mengele y a Auschwitz, y durante años buscaron a otros gemelos que hubieran sufrido su misma experiencia. Consiguieron localizar a ciento veintidós de ellos y en 1984 fundaron C.A.N.D.L.E.S, el acrónimo de *Children of Auschwitz Nazi's Deadly Lab Experiments Survivors* (Niños Supervivientes de los Mortales Experimentos Nazis de Auschwitz). Según las estimaciones de la organización, de los mil quinientos pares de gemelos utilizados por Mengele, tan sólo doscientos de ellos salieron con vida del campo.

LA FAMILIA OVITZ

Además de los gemelos, a Mengele le interesaba cualquier desvío de la naturaleza que pudiera confirmar la degeneración de la raza judía. En una ocasión se fijó en un hombre giboso, de unos cincuenta años, y en su hijo adolescente, que tenía una deformidad en su pie derecho, recién llegados al campo. Se los envió a Nyiszli para que averiguara sus antecedentes y les tomara toda serie de medidas. Después ordenó asesinarlos y que el patólogo cociera sus cadáveres y preparara sus esqueletos, que fueron enviados a Berlín. Se sentía particularmente fascinado por los enanos, que compartían barracones con los gemelos. El 18 de mayo de 1944, cuando fue informado de que en un convoy procedente de Hungría había llegado una familia

entera de enanos, estaba fuera de sí de puro júbilo. Se trataba de la familia Ovitz (siete hermanos enanos y dos de estatura normal), que se ganaban la vida como músicos itinerantes bajo el nombre de la Compañía Lilliput. Sin embargo, en medio del caos de la selección ya habían sido enviados a la cámara de gas, donde Mengele llegó hecho una furia, gritando: «¿Dónde están mis enanos?», y ordenó que los sacaran antes de que se asfixiaran. Así pues, los Ovitz fueron las únicas personas que salieron vivas de una cámara de gas. Les dejó vivir a todos porque estaba intrigado por el hecho de que dentro de una misma familia hubiera casos de enanismo y de talla normal, y les aseguró que con ellos tendría trabajo para los próximos veinte años. Durante meses, hasta la liberación del campo, les sometió a todo tipo de pruebas: extracciones de grandes cantidades de sangre y de médula ósea, incontables radiografías, extracciones dentales sin ninguna anestesia, punciones lumbares, inserción de agujas para medir sus impulsos nerviosos, instilaciones de misteriosas gotas en sus ojos y de agua caliente y fría en sus oídos para observar sus reacciones, introducción de sustancias cáusticas en los úteros… En una ocasión, Mengele les hizo permanecer desnudos en un escenario delante de un grupo de las SS, mientras con un puntero iba señalando sus deformidades. Incluso rodó con ellos una película que envió a Berlín para divertimento del *Führer*.



Siete de los miembros de la familia Ovitz padecían un tipo de enanismo llamado pseudoacondroplasia.

Lograron sobrevivir entreteniéndolo y cantando canciones alemanas para Mengele, que los consideraba sus bufones particulares y llamaba a cada uno de ellos

con los nombres de los siete enanitos de Blancanieves. A pesar de que los trataba con lo que parecía ser cariño, todos eran conscientes de que, llegado el momento, Mengele no dudaría en mandarlos a la mesa de autopsias de Nyszli. De hecho, habían sido testigos de cómo Mengele ordenaba asesinar y cocer los cadáveres de dos enanos de su barracón para enviar sus esqueletos a Berlín. Afortunadamente, seguían vivos cuando el Ejército Rojo liberó el campo el 27 de enero de 1945, convirtiéndose en la única familia que entró en Auschwitz y salió de aquel infierno con todos sus miembros vivos.

LOS DELIRANTES EXPERIMENTOS DE MENGELE

Sin duda, Mengele se creía un gran científico, y como tal se le presentó en la película *Los niños del Brasil* (Franklin J. Shaffner, 1978), basada en la novela del mismo nombre de Ira Levin, donde Gregory Peck interpretó a un Mengele capaz de crear clones de Hitler. En realidad, su contribución a la ciencia fue similar a la de un niño que quema hormigas con una lupa, y algunos de sus experimentos fueron más propios de un demente que de un científico, guardando no pocos paralelismos con los de *mad doctors* de ficción como el doctor Moreau, Herbert West o Victor Frankenstein. Una deportada llamada Ruth Eliaz contó que dio a luz en el campo y que Mengele ordenó que le vendaran los pechos porque quería comprobar cuánto tiempo podía vivir una recién nacida sin alimentarse. Ruth sacrificó a su hija al séptimo día gracias a una inyección de morfina que le proporcionó una enfermera judía. Los Reichenberg eran hermanos, pero no gemelos, y sin embargo tan parecidos que Mengele los tomó por tales. Ephraim contó que su hermano tenía una voz muy bonita y que en una ocasión cantó para los alemanes. Pero la suya era muy mala, y Mengele se interesó por descubrir por qué uno de los «gemelos» tenía una voz melodiosa y el otro no. Para ello, practicó una operación rudimentaria a los dos niños buscando diferencias en sus laringes, a consecuencia de la cual Ephraim perdió todo uso de sus cuerdas vocales. No recuperó el habla hasta finales de 1984, cuando se le instaló un micrófono especial en el cuello.

Más espantosa todavía si cabe, como salida de una pesadilla, es la historia que contó la deportada Vera Alexander:

> Un día Mengele trajo chocolate y ropas especiales. Al día siguiente, un SS, siguiendo sus órdenes, se llevó a mis dos gemelos favoritos: Guido y Nino, de unos cuatro años, tal vez tres. Días después, el SS los trajo en un estado lamentable. Habían sido cosidos juntos como siameses. El hermano contrahecho estaba unido al otro por la espalda y las muñecas. Mengele también había unido sus venas. Las heridas estaban sucias y olían fuertemente a gangrena. Los niños estuvieron gritando durante toda la noche. De alguna manera, su madre consiguió morfina y puso fin a su sufrimiento.

UN ASESINO DESPIADADO

En ocasiones, Mengele sufría arrebatos de ira salvaje e incontrolada. Anna Susmann contó que en agosto de 1944 dio a luz en el campo y que Mengele, furioso porque los médicos de la selección no habían detectado su estado, cogió al recién nacido y lo arrojó vivo a las llamas de una estufa. A un anciano que abandonó la fila de los seleccionados para la cámara de gas para despedirse de su hijo le destrozó la cabeza con una barra de hierro. La doctora deportada Giselle Perl recordó que Mengele encontró a una prisionera que en varias ocasiones había conseguido saltar del camión que conducía a las seleccionadas a las cámaras de gas:

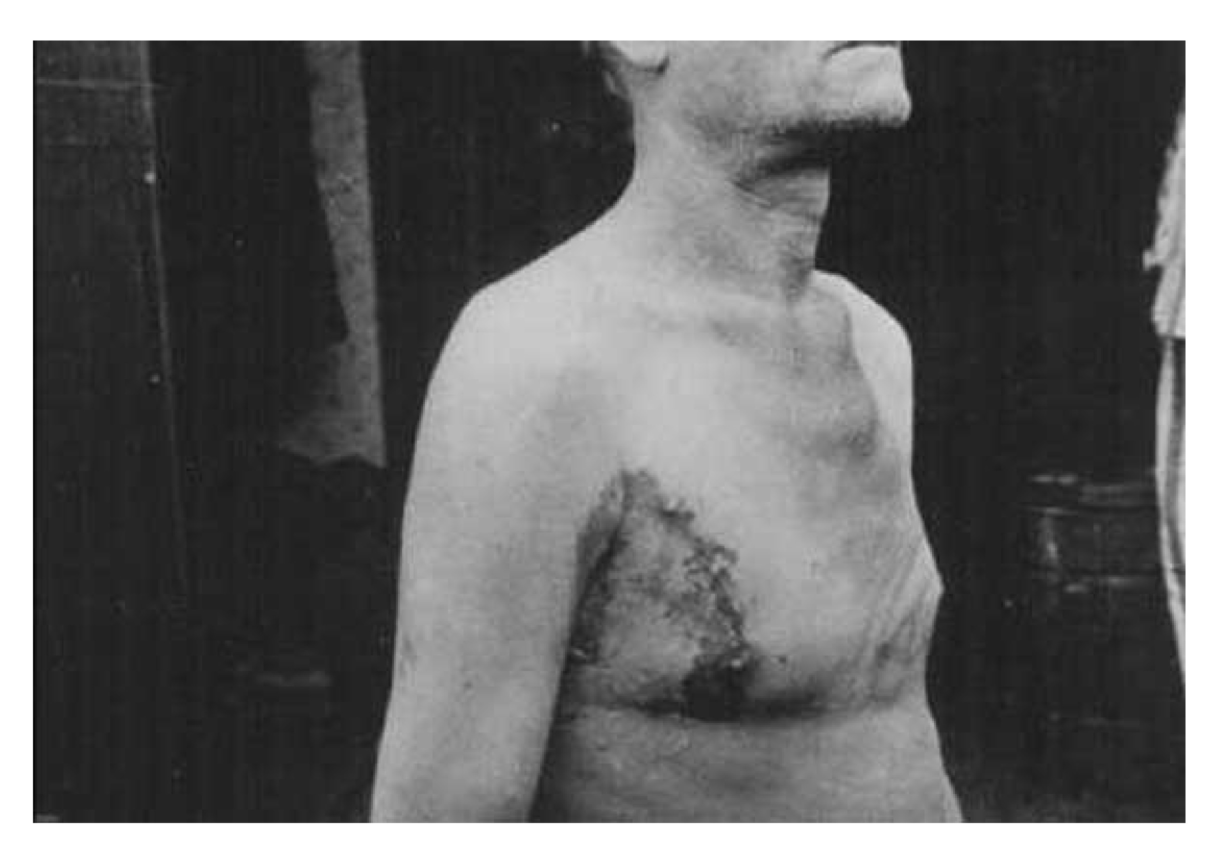
> «¿Todavía estás aquí?». El doctor Mengele salió de la cabecera de la columna y con unas rápidas zancadas se acercó a ella. La agarró del cuello y empezó a golpearla en la cabeza hasta que se la convirtió en una pulpa sanguinolenta. La golpeaba, la abofeteaba, le daba puñetazos, siempre en la cabeza, gritando a todo pulmón: «Querías escaparte, ¿verdad? Pues ahora no te puedes escapar, esto no es un camión y no puedes saltar. Vas a arder como todos los demás, vas a espicharla, sucia judía», y continuó golpeando la pobre cabeza sin protección. Mientras lo miraba, veía que sus ojos bellos e inteligentes desaparecían bajo una capa de sangre. Ya no tenía orejas, a lo mejor se las había arrancado. Y al cabo de algunos segundos, su nariz recta y puntiaguda era una masa plana, rota y sangrante. Cerré los ojos, incapaz de resistirlo, y cuando los abrí, el doctor Mengele había dejado de golpearla. Pero en vez de una cabeza humana, el cuerpo alto y delgado de Ibi llevaba alrededor de sus huesudos hombros un objeto irreconocible, demasiado horrible para mirarlo. Le dio un empellón y la devolvió a la fila. Media hora después, el doctor Mengele regresó al hospital. Sacó de su bolso una pastilla de jabón perfumado y, silbando alegremente, con una sonrisa de profunda satisfacción, empezó a lavarse las manos.

LOS NIÑOS DE NEUENGAMME

Mengele también fue el encargado de seleccionar a los veinte niños judíos, de entre seis y doce años, que fueron enviados a finales de noviembre de 1944 al campo de Neuengamme para servir como conejillos de Indias en los experimentos de Kurt Heissmeyer, un médico del sanatorio de las SS de Hohenlychen. Heissmeyer deseaba ascender en su carrera profesional demostrando la delirante teoría de que las razas inferiores, como los judíos, eran más susceptibles a padecer enfermedades infecciosas como la tuberculosis. Además, creía en la hipótesis (en aquellos momentos ya rechazada por la comunidad médica internacional) expuesta por el médico austriaco Hans Kutschera von Aichbergen en la década de 1930, según la cual un buen método de curación de la enfermedad era producir deliberadamente su variante cutánea. Para

ello, pidió a su tío August, responsable de la Inspección de los Campos de Concentración hasta mayo de 1942, permiso para experimentar con el material humano de Neuengamme. Allí, infectó a más de cien prisioneros, la mayoría rusos y polacos, inoculando directamente los bacilos en sus pulmones por medio de un tubo de caucho y provocándoles después una tuberculosis cutánea. La inmensa mayoría murió o fueron ejecutados. Aparentemente, sólo uno de ellos sobrevivió.

Lejos de darse por vencido, solicitó experimentar con los niños de Auschwitz en busca de algún tipo de cura. Dos o tres semanas después de su llegada, Heissmeyer les practicó incisiones en la piel de sus brazos, contaminándolas con las bacterias. Cuando aparecieron los ganglios axilares reactivos a la infección, ordenó al cirujano checo deportado Bogumil Doclick que se los extirpara, enviándolos a Berlín para elaborar con ellos un suero protector, porque creía que se habrían generado en ellos sustancias capaces de proteger frente a la enfermedad. Cada uno de ellos recibió inyecciones de las emulsiones obtenidas de sus propios ganglios, y para comprobar su eficacia, a Heissmeyer no le importó infectarlos con la enfermedad. El experimento fue un rotundo fracaso y, a los seis meses, la mayoría de los niños habían desarrollado grandes cavernas en sus pulmones. El 20 de abril de 1945, con los británicos a muy pocos kilómetros del campo, se dio orden desde Berlín de hacer desaparecer las pruebas. Los niños fueron enviados a la escuela de Bullenhauser Damm, en un suburbio de Hamburgo, donde el médico SS del campo, Alfred Trzebinski, los sedó con morfina. Después, fueron ahorcados junto a sus cuidadores René Quenouille, Gabriel Florence, Anton Holzel y Dirk Deutekom. Al día siguiente, sus cadáveres fueron llevados de vuelta al campo e incinerados.



Un prisionero de guerra soviético sometido a los experimentos de Heissmeyer.

Después de la guerra, los SS que participaron en la ejecución fueron detenidos, juzgados y ahorcados el 8 de octubre de 1946. Sin embargo, Heissmeyer consiguió huir y durante dieciocho años disfrutó de una brillante trayectoria profesional como director de la única clínica privada para el tratamiento de la tuberculosis en toda Alemania. Sin embargo, un artículo de investigación publicado en la revista *Stern* en 1959 provocó su detención. Fue acusado de crímenes contra la humanidad y condenado a cadena perpetua el 30 de junio de 1966. Tan sólo catorce meses más tarde sufrió un ataque al corazón y murió. Durante su interrogatorio, cuando se le preguntó por qué no había usado cobayas en lugar de humanos, contestó: «Para mí no existía ninguna diferencia entre seres humanos y cobayas». A continuación, se corrigió: «Entre cobayas y judíos».

MENGELE, EL FUGITIVO

Mengele hizo su última selección el 3 de noviembre de 1944. Sabiendo que ya todo estaba perdido, de un total de 509 deportados del campo eslovaco de Sered, mandó a la cámara de gas a 481. La noche del 17 de enero de 1945, con el sonido de la artillería del Ejército Rojo resonando cada vez más cerca, empaquetó todos los archivos relacionados con sus experimentos y abandonó el campo con destino al de Gross Rosen, en Silesia. El 18 de febrero tuvo que escapar de nuevo para evitar el avance de los soviéticos, que liberaron el campo ocho días después. Por esas fechas, Von Verschuer sacó dos cargamentos de documentos del Instituto Káiser Guillermo, asegurándose de que se destruyera toda su correspondencia con Mengele.

El Ángel de la Muerte huyó hacia el oeste, cambiando su uniforme de las SS por el de la *Wehrmacht*. En junio fue capturado por tropas estadounidenses, que lo mantuvieron bajo custodia en un campo de prisioneros con su verdadero nombre. Aunque ya en mayo, gracias al testimonio de los deportados, Mengele constaba en la lista de la Comisión de Crímenes de Guerra de las Naciones Unidas, la caótica situación de después de la guerra hizo que no llegara al campo antes del verano, y como no llevaba el tatuaje de las SS, fue liberado. Permaneció oculto en las casas de varios amigos en Baviera y trabajó en una granja cercana a su ciudad natal bajo el nombre de Fritz Hollmann. Allí se enteró, en noviembre de 1946, de que Rudolf Höss le había nombrado públicamente ante el Tribunal de Núremberg por primera vez: «Los experimentos médicos se llevaban a cabo en muchos campos. Por ejemplo, en Auschwitz, el profesor Clauberg y el doctor Schumann hicieron experimentos sobre la esterilización, y el doctor Mengele, el oficial médico de las SS, hizo experimentos con gemelos». Su futuro debió parecerle especialmente desolador después de conocer las sentencias de los juicios de los médicos nazis. Cuando fueron interrogados, tanto su padre como su mujer les contaron a los estadounidenses que había muerto, y la administración de posguerra les creyó, lo que explica que no hicieran seguir a Irene,

que le visitaba con frecuencia. El 19 de enero de 1948, Telford Taylor, el fiscal jefe en los juicios de Núremberg, hizo saber a Washington que «nuestros archivos demuestran que el doctor Mengele murió en octubre de 1947».

Pero Mengele estaba seguro de que, en un momento u otro, sería reconocido, capturado y seguramente ahorcado, por lo que en la primavera de 1948 tomó la decisión de salir de Alemania. Los negocios de su padre iban viento en popa en un país destrozado donde había mucho que reconstruir, y a finales de la década, las carretillas con el nombre Mengele grabado podían verse en los miles de edificios en construcción que había en la nueva República Federal y producían unos ingresos de 5,4 millones de marcos anuales. La prosperidad de la empresa familiar le permitiría comprar su libertad, pagar documentos falsos para viajar y guías que lo llevarían, atravesando Europa, hasta un barco que lo dejaría en Argentina, cuyo presidente, Juan Domingo Perón, acogió a muchos nazis no sólo por razones ideológicas sino también económicas, pues el dictador y su esposa Eva se llenaron los bolsillos con el botín de los campos de exterminio convertido en divisas. Irene no quiso acompañarlo, pues pensaba que aquel hombre decente, encantador, atento y divertido con el que se había casado no era el mismo que había vuelto de Auschwitz.

En Buenos Aires, Mengele se unió a un grupo de simpatizantes argentinos y nazis huidos, y frecuentaba el impresionante teatro Colón para gozar del arte de los mejores músicos y cantantes de ópera del mundo. En 1952 conoció a Adolf Eichmann, el arquitecto de la solución final, que vivía en la ciudad bajo el nombre de Ricardo Klement después de que la organización ODESSA le ayudara a salir de Alemania en 1950. A diferencia de Mengele, Eichmann sí era buscado activamente y, a diferencia de Mengele, vivía en la ruina mientras que el primero invertía las grandes sumas de dinero que le enviaba su familia en diferentes negocios, lo que le permitía vivir holgadamente. A comienzos de 1954, Mengele fue informado de que Irene quería el divorcio, así que firmó un poder ante un notario de la capital argentina para que un abogado de Günzburg pudiera tramitarlo, y el 24 de marzo de ese año, un tribunal de Düsseldorf aprobó su petición. En julio de 1958, se casó con Martha, la viuda de su hermano, y se dispuso a empezar una nueva vida como un honrado ciudadano con su nueva esposa y su hijastro, Karl Heinz, tan seguro de que su pasado había quedado olvidado que su apellido y su dirección aparecían en la guía de teléfonos.

Pero el pasado siempre vuelve, y más cuando es tan turbio como el de Mengele. Un superviviente de Auschwitz llamado Hermann Langbein descubrió el acta de divorcio de Mengele, con su dirección en Argentina, y comenzó a recoger testimonios de otros deportados para llevarlo ante los tribunales. Después de la caída de Perón en 1955, Argentina ya no era un lugar tan seguro, así que cuando Mengele fue informado de las actividades de Langbein, decidió trasladarse a Paraguay, un país caótico y corrupto gobernado con mano de hierro por Alfredo Stroessner y sin tratado de extradición con Alemania. En mayo de 1959, Mengele se estableció en una región llamada Alto Paraná, conocida localmente como Nueva Baviera, una colonia fundada

por el antisemita Bernard Förster en el siglo XIX, donde, en medio de las palmeras, vivían sesenta mil colonos de cabello rubio en chalés de estilo bávaro. Un mes después, los esfuerzos de Langbein se vieron recompensados y un tribunal de Friburgo emitió una orden de búsqueda y captura que se pasó al Ministerio de Asuntos Exteriores para que iniciaran los trámites de extradición con Argentina, que era el país donde se creía que todavía estaba. De todas formas, el 27 de octubre, el Ministerio de Asuntos Exteriores argentino advirtió de que, aun en el caso de que lo encontraran, la petición sería rechazada en base a que los crímenes de Mengele eran de naturaleza política. Había otros que también buscaban a Mengele, pero preferían no perder tiempo con lentos y estériles trámites burocráticos: los israelíes.

El 11 de mayo de 1960, un comando del Mossad secuestró a Eichmann para juzgarlo en Israel. Mengele era su otro objetivo, pero Eichmann les dijo que prefería la muerte antes que delatar a un compañero, y aunque lo buscaron frenéticamente durante los días que estuvieron en Buenos Aires, los agentes no pudieron dar con su paradero. Cuando Mengele supo que Eichmann había sido ahorcado en Jerusalén el 31 de mayo, empezó a preocuparse de veras porque, a diferencia de lo que asegura su leyenda, nunca contó con una red de guardias armados ni la protección de poderosas organizaciones clandestinas nazis capaces de enviar a casa en sacos para cadáveres a sus perseguidores del Mossad. Además, en agosto empezaron a aparecer en la prensa alemana historias detalladas de sus crímenes. Sintiendo la cuerda de la horca apretarse en torno a su cuello, decidió marcharse de Paraguay y cruzar la frontera con Brasil, dejando atrás para siempre a Martha y a Karl Heinz, que volvieron a Alemania. Fue su particular *Adiós a la vida*.

Allí pasaría el resto de su vida, convertido en un hombre atemorizado, solitario y fugitivo, lejos de su familia y su cultura, inmerso en un crisol de las razas que consideraba inferiores. Acabó sus días completamente solo, repudiado por su familia y viviendo en un miserable *bungalow* de una de las zonas más pobres de la ciudad de Caieiras, con el tejado lleno de goteras y el suelo de madera agrietada. Allí, el señor Pedro, como lo llamaban los vecinos, se sentía profundamente desdichado, lloraba continuamente, consumía muchos fármacos y, siempre con el temor a ser secuestrado, dormía con una vieja pistola máuser bajo la almohada. El psicópata al que un régimen demencial había otorgado el poder de decidir sobre la vida de cientos de miles de personas con un simple gesto de la mano había perdido el control sobre la suya propia. Un castigo para el Ángel de la Muerte mucho más justo que una rápida muerte en la horca, al que sólo cabría añadir que sus problemas de insomnio se debieran a que los gritos de los niños que torturó siguieran resonando en su cabeza cada noche…

El 7 de febrero de 1979, mientras se bañaba en la playa de Bertioga, a unos cuarenta kilómetros al sur de Sao Paulo, Josef Mengele sufrió una embolia y se ahogó. Fue enterrado bajo una lápida con el nombre de Wolfgang Gerhard. Seis años después, los restos fueron exhumados y un equipo internacional de forenses

determinó que se ajustaban a las características físicas de fotografías verificadas de Mengele. La confirmación definitiva tuvo lugar en 1992, cuando las autoridades obligaron a Rolf a hacerse las pruebas de ADN. Un último detalle. Entre los muchos nombres falsos que utilizó Mengele, uno de ellos llama especialmente la atención: Fausto. Como también se llamó Fausto el teniente coronel Shkaravski, del Primer Frente de Bielorrusia, el médico forense judío que el 8 de mayo de 1945 dirigió al equipo que realizó la autopsia a los restos calcinados del *Führer*.

Clauberg no llegó tan lejos como Mengele. Ante el imparable avance de los Aliados, viajó desde Ravensbrück hasta el cuartel general del almirante Doenitz, en la Escuela Naval de Muerwik, en Flensburg, para unirse al grupo de los líderes de las SS todavía leales a Himmler, como Rudolf Höss. Debió quedarse tan perplejo como el resto al oír la última orden del antes todopoderoso *Reichsführer-SS*: «¡Desaparezcan en la *Wehrmacht*!», es decir, corred y escondeos. Hasta el final, Himmler pensó que podría pactar con los Aliados para acelerar el final de la guerra y seguir en el poder como el nuevo líder anticomunista de Alemania. Cuando la noticia de la traición del fiel Heinrich llegó al búnker de Berlín, la explosión de rabia de Hitler fue espectacular. Antes de morir, lo expulsó del partido y de todos sus cargos y ordenó detenerlo.

El 23 de mayo de 1945, habiendo comprendido que no había ninguna posibilidad de negociación con el responsable del asesinato de millones de seres humanos, Himmler también se suicidó masticando una de las cápsulas de Rascher, que se hicieron muy populares durante aquellos días del hundimiento del Tercer Reich.

Clauberg fue capturado por los soviéticos el 8 de junio. Permaneció en prisión durante tres años, al cabo de los cuales fue juzgado por crímenes de guerra y condenado a veinticinco años. En 1953, después de la muerte de Stalin y los acuerdos diplomáticos que la siguieron, Clauberg y otros prisioneros alemanes fueron repatriados en octubre de 1955. Deseoso de publicar los resultados de sus experiencias, puso un anuncio en la sección de ofertas de empleo de un diario de gran tirada buscando mecanógrafas y dando su verdadero nombre. Muchos deportados de Auschwitz leyeron el anuncio y el clamor popular hizo que fuera detenido por las autoridades federales. El 9 de agosto de 1957, todavía en espera de ser juzgado, fue encontrado muerto en su celda. La versión oficial fue que se había suicidado, pero unos periodistas alemanes dieron a entender que poderosas sociedades químicas y laboratorios farmacéuticos para los que Clauberg había trabajado durante la guerra estaban muy interesados en callarle la boca para siempre. Quien sí se suicidó, sin ningún género de duda, fue Eduard Wirths, el jefe médico de Auschwitz. Decidió poner fin a su vida el 20 de septiembre de 1945 en el campo de Neuengamme, donde lo habían encerrado los británicos.

Menos remordimientos parecía tener Schumann, que siguió practicando la medicina hasta 1951 bajo el nombre de Gladbeck. Ese año fue reconocido como criminal de guerra, huyó y trabajó como médico en un barco. En 1955 se estableció

en Sudán, y en 1959 atravesó Nigeria y Libia hasta llegar a Ghana. En 1966 fue extraditado a la República Federal de Alemania y juzgado cuatro años después. Alegando problemas de hipertensión arterial, el juicio se retrasó hasta abril de 1971. Fue puesto en libertad el 29 de julio de 1972 y vivió tranquilamente en Frankfurt hasta que murió el 5 de mayo de 1983. Recordemos que estamos hablando de un hombre que no sólo causó el sufrimiento y la muerte de centenares de seres humanos en Auschwitz, sino que se había implicado de lleno en el programa de eutanasia de adultos, la antesala del Holocausto.

Kremer fue juzgado y, evidentemente, su diario fue utilizado como prueba en su contra. Fue encontrado culpable de crímenes de guerra y sentenciado a muerte, pero la condena le fue finalmente conmutada por la cadena perpetua. El 29 de noviembre de 1960, un tribunal de la República Federal se la rebajó a diez años, con pérdida de los derechos civiles durante cinco años más. Murió en presidio en 1965.

Pero, sin duda, la más rocambolesca de todas estas historias fue la protagonizada por Dering. Como había mostrado un entusiasmo fuera de lo común realizando las castraciones, Clauberg hizo que fuera puesto en libertad y se lo llevó a trabajar con él a su clínica ginecológica. Después de la guerra volvió a Polonia, pero, temiendo ser procesado, puso rumbo a Inglaterra. Allí fue encarcelado durante un año y medio hasta que finalmente se decidió no extraditarlo. Estuvo trabajando en África para los Servicios Médicos Coloniales durante diez años, al cabo de los cuales volvió a Inglaterra para incorporarse al Sistema Nacional de Salud. Su tranquila existencia se vio bruscamente interrumpida en 1959. Ese año, el escritor Leon Uris publicó su *best-seller Éxodo*, en el que, de forma novelada, contaba la historia del pueblo judío desde principios del siglo XX hasta la fundación del Estado de Israel. Uris habló del Bloque 10 de Auschwitz, donde los médicos nazis «usaban a mujeres como cobayas y el doctor Schumann esterilizaba mediante castración y rayos X, Clauberg extirpaba ovarios y el doctor Dehring (sic) realizó diecisiete mil experimentos quirúrgicos sin anestesia». Queriendo lavar su nombre frente a su hijo y a su segunda esposa (la primera lo había dejado tras conocer lo que había hecho en el campo), Dering denunció al escritor «por daños muy sustanciales causados a su persona». Tres médicas deportadas y varias prisioneras intervenidas por Dering testificaron contra el cirujano pero, evidentemente, no pudo demostrarse que hubiera realizado tan abultado número de castraciones ni que todas hubieran sido hechas sin anestesia. El Tribunal tuvo que fallar en su favor, pero lo condenó a pagar todas las costas y le concedió una indemnización de tan sólo medio penique, que era la moneda de menor valor circulante en la época. Basándose en este lamentable incidente, Uris publicó en 1970 *QB VII*, otro *best-seller* en el que describía los hechos y circunstancias alrededor de un caso de demanda por difamación contra un novelista por parte de un médico famoso, pero con un pasado relacionado con los nazis que trata de ocultar. Cuatro años más tarde, fue llevada a la televisión en formato de miniserie, lo que hizo que una nueva generación tuviera conocimiento de algunas de las atrocidades

cometidas por los médicos nazis.

Capítulo 13
Núremberg

La mañana fría y gris del 20 de noviembre de 1945, en medio de una febril agitación y una gran tensión, comenzó el primero de los llamados juicios de Núremberg. Aquel día, un tribunal militar formado por las cuatro principales potencias aliadas sentó en el banquillo del Palacio de Justicia de una ciudad cargada de simbolismo a los máximos responsables del horror nazi, acusados de conspiración, crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. A falta de Hitler, Himmler, Goebbels, Heydrich y Heinrich *Gestapo* Müller, durante este primer proceso se juzgó a veintiún líderes nazis, desde Göring hasta Rudolf Hess, pasando por el exministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, y Ernst Kaltenbrunner, el sucesor de Heydrich en la Oficina de Seguridad del Reich. Después de ciento dieciséis días de juicio, once fueron condenados a morir en la horca, tres a cadena perpetua, cuatro a diferentes años de prisión y tres fueron absueltos. Göring burló al verdugo masticando cuatro horas antes de ser colgado una cápsula de cianuro que le fue proporcionada de una forma nunca aclarada.

En la misma ciudad y en la misma sala, tuvieron lugar a continuación doce procesos más contra un total de 177 personas acusadas de la misma clase de crímenes. A diferencia del Tribunal Militar Internacional, fueron conducidos por cortes de la entonces administración legal del territorio alemán en que se encontraba Núremberg, es decir, las autoridades militares de Estados Unidos, y en ellos se juzgó desde los responsables de la WVHA y los *Einsatzgruppen* a industriales como Friedrich Flick y directivos de la I. G. Farben y la Krupp, pasando por el Alto Mando de la *Wehrmacht*, miembros de la administración pública y diferentes grupos de profesionales implicados en dichos crímenes.

EL PROCESO DE LOS MÉDICOS

El primero de estos doce procesos comenzó el 8 de diciembre de 1946 y fue, precisamente, el conocido como el proceso de los médicos, en el que se juzgó a veintitrés responsables, cómplices o instigadores de crímenes que iban desde la realización de experimentos médicos «en sujetos que no habían concedido su permiso para ello, cometiendo en el transcurso de dichos experimentos homicidios, violencias, atrocidades, torturas, crueldades y otras acciones inhumanas» a planificar lo que en el juicio se llamó Operación Eutanasia. La esterilización forzada de los cerca de cuatrocientos mil alemanes incluidos en la Ley para la Prevención de las Enfermedades Hereditarias de la Descendencia no fue considerada un crimen, lo que algunos han achacado a la decisión de separar los experimentos en los campos y el asesinato de los no aptos de la «genuina eugenesia». Algunas de las evidencias más

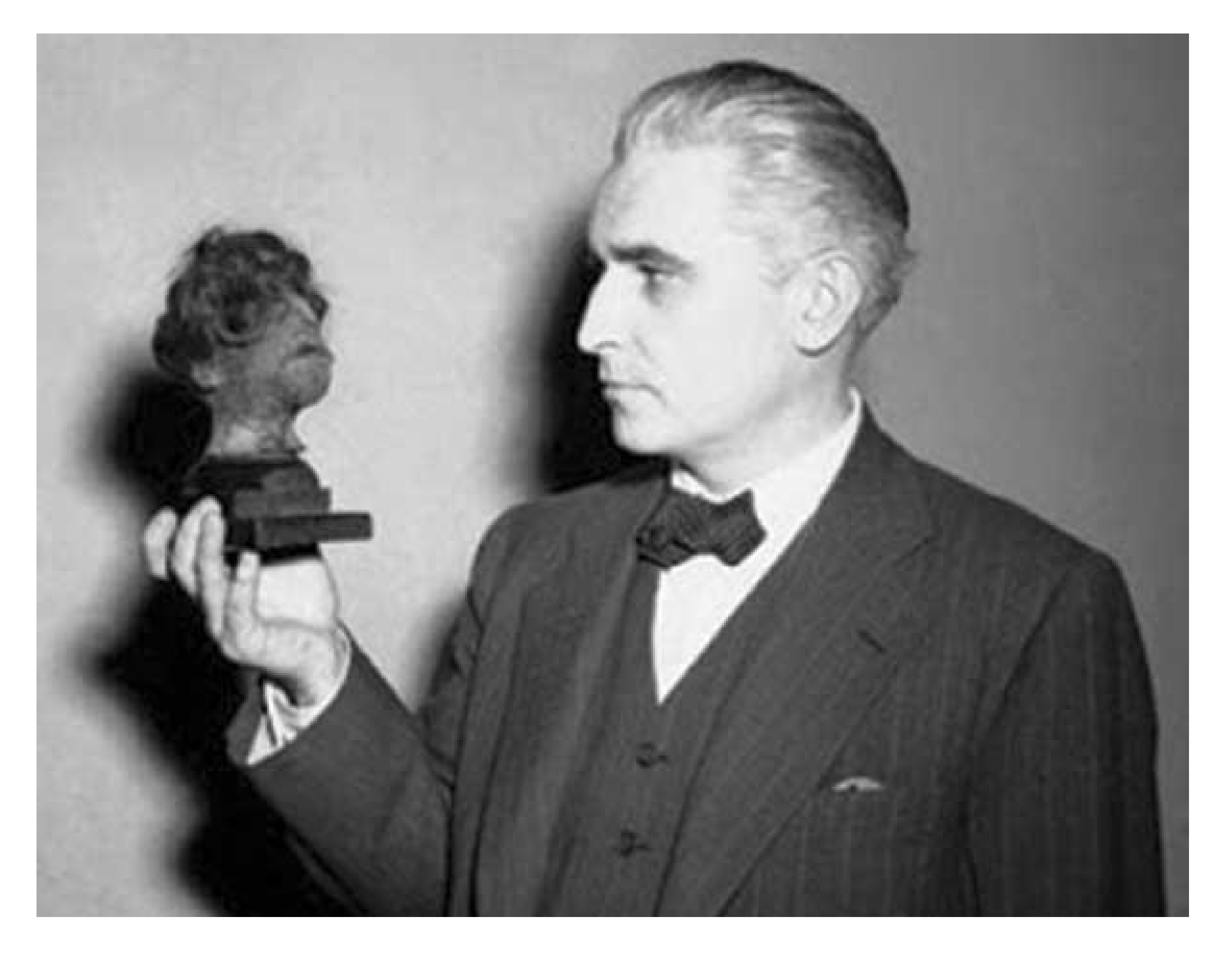
escalofriantes fueron obtenidas de los documentos recopilados por la *Ahnenerbe*. Un equipo de intérpretes los tradujo al inglés y los entregó al grupo de fiscales, que se quedaron estupefactos al leer los informes clínicos que hablaban de experimentos con gas mostaza y colecciones de cráneos.



Los veintitrés acusados de realizar experimentos médicos y de planificar la llamada Operación Eutanasia.

Veinte de los acusados eran médicos: Karl Brandt, médico de escolta de Hitler, encargado de coordinar los servicios médicos civiles y militares desde el 28 de julio de 1942 y nombrado en agosto de 1944 máxima autoridad de los servicios de salud del Reich; Siegfried Handloser, responsable de los servicios médicos militares; Oskar Schroeder, jefe de los servicios médicos de la *Luftwaffe;* Karl Genzken, de los de las *Waffen-SS;* Karl Gebhardt; Joachim Mrugowsky, jefe del Instituto de Higiene de las *Waffen-SS;* Helmut Poppendick, asistente personal de Grawitz en los servicios médicos de las SS; Kurt Blome, segundo de Conti, máximo responsable de la investigación del cáncer y la guerra biológica y química dentro del Consejo de Investigaciones del Reich y quien recomendó sin éxito a Rascher a diferentes facultades para que fuera nombrado profesor; Gerhard Rose; Siegfried Ruff, director del Departamento de Medicina del Instituto de Investigación Aeronáutica de Berlín; Hans Wolfang Romberg, miembro de dicho instituto; Hermann Becker-Freyseng, jefe de Medicina Aeronáutica de la *Luftwaffe;* Georg August Weltz, director del Instituto de Medicina Aeronáutica de Múnich; Waldemar Hoven; Konrad Schaefer, por su posible implicación en los experimentos con agua salada; Wilhelm Beiglboeck, que

supervisó dichos experimentos en Dachau; Paul Rostock, mentor de Karl Brandt y director de la Oficina para las Ciencias Médicas y la Investigación desde 1943; Adolf Pokorny; Herta Oberheuser; y Fritz Fischer, el ayudante de Gebhardt. Los tres no médicos juzgados fueron Rudolf Brandt, secretario personal de Himmler, Wolfram Sievers, director del Instituto de Investigación Científica Militar de la *Ahnenerbe,* y Viktor Brack, jefe de la Oficina II de la Cancillería del *Führer.* Diez de ellos (Karl Brandt, Genzken, Gebhardt, Mrugowsky, Rudolf Brandt, Poppendick, Sievers, Brack, Hoven y Fischer) también fueron acusados de pertenecer a las SS, una organización catalogada como criminal por el Tribunal Militar Internacional, como también lo fueron la Gestapo y el Servicio de Seguridad. Leonardo Conti, el responsable de los servicios de sanidad civiles y del partido nazi, no pudo ser juzgado porque se suicidó en su celda de Núremberg en octubre de 1945.



El fiscal norteamericano Thomas J. Dodd con una de las cabezas reducidas de Buchenwald.

Durante los nueve meses siguientes, el Tribunal examinó unos mil quinientos documentos y escuchó las alegaciones de los acusados y el testimonio de treinta y dos testigos que relataron con todo lujo de detalles los experimentos realizados en los campos de concentración. Ninguno de los inculpados se reconoció culpable, y todos se refugiaron en última instancia en la obligación de cumplir órdenes, en la urgencia de la guerra o la ignorancia.

Karl Brandt afirmó desconocer todo lo relativo a los experimentos con humanos,

pues explicó que en la mayoría de los casos eran llevados a cabo por las SS por iniciativa de Himmler y que cualquier detalle sobre este tipo de experiencias estaba rodeado de un gran secreto. Jamás había visitado un campo de concentración ni asistido a ninguno de los experimentos. Al ser preguntado por lo que pensaba respecto a ellos, dijo que, en razón de las circunstancias de la guerra, debería ser el Estado quien cubriera en su totalidad la responsabilidad del médico que los realizara, que no sería más que un instrumento, «como un oficial que recibe en el frente la orden de conducir a un grupo de tres o cuatro soldados hacia una posición donde el peligro de muerte es casi del cien por cien», pues no creía que el médico, como tal, desde el punto de vista ético y moral, efectuara esas experiencias sin el consentimiento oficial y legal que le otorgara el Estado autoritario. Brandt nunca renegó del Estado nacionalsocialista ni de su líder, y siguió convencido hasta el final de que las decisiones tomadas por el *Führer,* representante supremo y único del Estado, fueron tomadas para salvar a Alemania. Consideraba que en determinadas situaciones, el que una experiencia humana fuera practicada sin el consentimiento del sujeto podría ser algo permitido tanto por la ley como por la moral, y que en el contexto bélico, los médicos habrían estado plenamente respaldados desde estos dos puntos de vista para efectuar todo tipo de experimentos destinados a garantizar la supervivencia de su comunidad. Dichos experimentos, por lo tanto, no obedecerían a consideraciones personales y por ello no podría juzgarse a quienes los llevara a cabo. En todo caso, debería juzgarse al Estado y a la ideología por él representada.

Sin embargo, como hemos visto, Brandt se equivocaba al pensar que los experimentos de los campos fueron practicados por quienes no buscaban algún tipo de provecho personal, como lo fueron la mayoría. Tampoco se obligó a nadie a realizarlos y, de hecho, fueron muchos los que ofrecieron sus propuestas a Himmler. Y aunque lo hubieran sido, en Núremberg se quiso dejar muy claro que el hecho de que alguien hubiera actuado de forma criminal de acuerdo con una orden proveniente de una autoridad superior no lo eximía de su responsabilidad. Además, los expertos demostraron la inutilidad de los experimentos. En su opinión, las simples experiencias con animales habrían sido suficientes y posiblemente se habría llegado mucho más lejos.

EXPERIMENTOS MÉDICOS EN ESTADOS UNIDOS

Uno de los argumentos esgrimidos por los abogados defensores de los inculpados fue que también en otros países, incluyendo Estados Unidos, se habían realizado experimentos con seres humanos que no en todos los casos se habían ofrecido voluntarios, y que, en los casos en que lo habían hecho, habían sido empujados a ello mediante promesas de recompensas en dinero y certificados de participación que podían serles de utilidad. Se llegaron a presentar ciento cincuenta de estas experiencias, incluyendo las de norteamericanos como Richard Pearson Strong, un

experto en medicina tropical graduado en Yale y director del Laboratorio Biológico de Filipinas, considerado el primero en utilizar a gran escala prisioneros como cobayas humanos tras probar a comienzos del siglo XX diferentes vacunas contra el cólera y la peste en unos mil internos de la prisión de Bibilid de Manila; las de Joseph Goldberger, de la Secretaría de Salud Pública estadounidense, que en 1915 demostró que la pelagra no tenía una causa infecciosa como se creía sino nutricional, tras someter a varios prisioneros de la Rankin Prison Farm de Mississippi

a una estricta dieta a cambio de proporcionarles todos los cigarrillos que desearan o las de Walter Reed, responsable de una comisión del Ejército para el estudio de la fiebre amarilla que en 1900, en Cuba, utilizó a varios inmigrantes españoles pobres para demostrar la transmisión de la enfermedad por picaduras de mosquito, pagándoles cien dólares en oro si se dejaban inocular y doscientos si contraían la enfermedad, cuya tasa de mortalidad puede llegar al 60 % y que a día de hoy sigue sin contar con un tratamiento eficaz. Aunque no se supiera en aquellos momentos, desde 1932 el Servicio Público de Salud norteamericano venía llevando a cabo el infame experimento Tuskegee con el objetivo de conocer la evolución natural de la sífilis, una enfermedad que se había convertido en una auténtica epidemia de las comunidades del sur rural de Estados Unidos. Para ello, las autoridades pusieron en marcha un programa especial en el Hospital de Tuskegee, en el condado de Macon (Alabama), donde se seleccionó a unos cuatrocientos varones negros sifilíticos pertenecientes a estratos sociales bajos a los que, a cambio de que permitieran su seguimiento y la realización de todas las pruebas necesarias, se les ofreció tratamiento gratis y otras ventajas materiales, como poder costearse un ataúd en unos momentos y un lugar en el que los negros pobres eran enterrados metidos en un saco. Sin embargo, nunca se les administró ningún tratamiento efectivo, tan sólo vitaminas y aspirinas, y a pesar de que la penicilina ya estaba disponible a mediados de la década de 1940 y de que se conocía su eficacia en el tratamiento de esta dolencia, nunca se trató con ella a los participantes en el estudio, e incluso se elaboró una lista con sus nombres para evitar que les fuera administrada por personal sanitario ajeno al ensayo. El hecho de que, ya a principios del siglo XX, cuando no existía ningún tratamiento antibiótico efectivo, el llamado Informe Oslo hiciera una investigación similar sólo que sobre una población compuesta exclusivamente por blancos, hace pensar que el objetivo real del estudio tendría un trasfondo tan racista como muchos de los experimentos nazis, pues no sería otro sino investigar si había diferencias biológicas en la evolución de la infección entre blancos y negros y, sobre todo, obtener de sus autopsias importantes datos sobre las complicaciones de la sífilis no tratada, una enfermedad particularmente cruel en sus estadios finales, cuando puede causar parálisis, sordera, ceguera, demencia e importantes trastornos cardiovasculares. «Estos pacientes no nos interesan hasta que mueran», escribió O. C. Wenger, director de la Clínica de Enfermedades Venéreas de Hot Springs (Arkansas), a Talafierro Clark, responsable del estudio. Evidentemente, tampoco les preocupaba

en absoluto ni que contagiaran a sus mujeres ni que sus hijos nacieran con la enfermedad, como así ocurrió.



Un médico extrae sangre a uno de los afroamericanos incluidos en el experimento Tuskegee.

La defensa se centró sobre todo en un artículo aparecido en la revista *Life* el 4 de junio de 1945, en el que se informaba de que ochocientos internos de las prisiones federales de Atlanta e Illinois y de varios establecimientos correccionales de Nueva Jersey se habían ofrecido voluntarios para ser inoculados de paludismo con el objetivo de «descubrir un medicamento nuevo capaz de curar, de una vez por todas, la enfermedad». La retribución era de cien dólares. Las experiencias habían comenzado en 1942 y se continuaban todavía durante el proceso. Cuestionado por la validez de estos experimentos, el psiquiatra alemán Werner Leibbrandt, perseguido por los nazis por cuestiones raciales (su mujer era judía) y asesor de la acusación, tuvo que reconocer al defensor de Brandt, Robert Servatius, su falta de ética médica, ya que, en su opinión, la voluntariedad de un prisionero siempre podía ser puesta en entredicho por lo forzado de su situación. Además, manifestó sus dudas sobre el hecho de que ochocientos prisioneros, recluidos en diferentes instituciones, se hubieran presentado voluntarios a la vez para dichas experiencias.

Puesto entre la espada y la pared, Andrew Ivy, un reputado fisiólogo e investigador y vicepresidente de la Universidad de Illinois, enviado por la Asociación Médica Americana a Núremberg como asesor en cuestiones médicas, llegó a cometer perjurio al responder a Servatius durante su comparecencia que dichos experimentos habían sido supervisados por un comité nombrado por el gobernador del estado, y

que este había dado su visto bueno después de comprobar que ninguno de los prisioneros había sido sometido a ningún tipo de coerción. En realidad, dicho comité nunca se había reunido antes del juicio. Ivy fue uno de los que en un primer momento afirmó que «la mayor de las tragedias médicas se vio incluso magnificada por el hecho de que los experimentos no añadieron nada importante al conocimiento médico»; sin embargo, para 1947 ya decía que algunos de los datos obtenidos por Rascher con respecto a la hipotermia eran obviamente buenos, y en 1953 envió una carta a un cardiólogo pediátrico llamado J. Nestor donde le decía que algunos resultados eran muy valiosos, dando lugar a un intenso debate sobre su utilización que a día de hoy sigue sin una respuesta clara. Podría escribirse una biblioteca entera sobre la complejidad que entraña usar datos científicos válidos obtenidos por medios carentes de ética.

Finalmente, las sentencias fueron leídas el 21 de agosto de 1947. Karl Brandt, Viktor Brack, Gebhardt, Mrugowski, Hoven, Sievers y Rudolf Brandt fueron condenados a muerte. Aunque se demostró que Karl Brandt realmente no sabía nada sobre los experimentos de los campos, fue igualmente declarado culpable porque en su calidad de máxima autoridad sanitaria del Reich debería haberlo sabido. Además, se le encontró responsable de haber puesto en marcha el programa de eutanasia. Brandt pidió conmutar su ejecución, ofreciéndose como voluntario para participar en experimentos médicos, pero, obviamente, su petición fue rechazada. Todos fueron ahorcados el 2 de junio de 1948 en la prisión de Landsberg, el lugar donde Hitler escribió *Mein Kampf*.

Fischer, Genzken, Handloser, Rose y Schröder fueron condenados a cadena perpetua. Poppendick fue condenado a diez años de prisión por pertenecer a las SS. Becker-Freyseng y Herta Oberheuser lo fueron a veinte años; Beiglboeck, a quince. Rostock, Schaefer, Blome, Ruff, Romberg, Weltz y Pokorny fueron absueltos y abandonaron la sala siendo ya hombres libres.

Aunque Ivy quiso presentarse como el portavoz de la conciencia universal y de la ética médica ultrajada por los experimentadores nazis, no hizo sino revelar al mundo el lado más grotesco del Tribunal norteamericano: la falta de una legislación internacional de regulación de los experimentos con humanos. A pesar de su indiscutible autoridad moral, Hipócrates no podía ser considerado un guía eterno, puesto que no conoció el problema de la experimentación humana y su máxima «No daré veneno a un hombre aunque me lo pida» concernía únicamente al médico terapeuta y no al investigador.

EL CÓDIGO DE NÚREMBERG

Temiendo que el conocimiento de los experimentos nazis y la falta de una normativa socavaría la confianza popular en la investigación médica, la Asociación Médica Americana y la Asociación Médica Británica instaron a Ivy y Alexander a

elaborar el que sería conocido como el Código de Núremberg, aprobado el 20 de agosto de 1947 por la Asociación Médica Mundial; una declaración de diez principios enfocados a la protección de los derechos de las personas participantes en estudios de investigación médica en el cual, además de la absoluta necesidad del consentimiento informado y de la previa experimentación animal, se ponía de manifiesto que en toda investigación con seres humanos el bienestar del sujeto debía prevalecer siempre sobre los intereses de la ciencia y la sociedad ya que el médico, antes que investigador, debía ser el protector de la vida y la salud de sus pacientes, por lo que el sujeto participante en una investigación debía recibir el mejor tratamiento disponible. Sin embargo, ni el juicio ni el Código fueron considerados en su día como un punto de referencia para la ética médica y la jurisprudencia. En los Estados Unidos, los médicos nazis fueron vistos como unos sociópatas dementes; auténticos arquetipos de la más pura maldad. Como consecuencia, las lecciones de Núremberg no les parecieron demasiado relevantes para la práctica de la medicina, y el Código fue visto como algo necesario para bárbaros, pero no para médicos y científicos civilizados, por lo que su conocimiento en la posguerra no impidió violaciones de los derechos humanos en nombre de la seguridad nacional o el conocimiento científico. De hecho, el número de experimentos médicos con humanos realizados sin contar con su consentimiento aumentó espectacularmente en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. No sólo se siguió adelante con el experimento Tuskegee, sino que uno de sus investigadores, John Cutler, formó parte del grupo de médicos del Servicio de Salud Pública estadounidense que entre 1946 y 1948 viajaron hasta Guatemala e infectaron con sífilis y gonorrea a 696 presos, soldados y pacientes de hospitales psiquiátricos (sin su conocimiento o consentimiento) para estudiar los efectos de estas enfermedades venéreas y si la penicilina podía, además de curarlas, prevenirlas. Para ello se utilizó a prostitutas infectadas, pero cuando se comprobó que eran muy pocos los hombres que se habían contagiado, se pasó a la inoculación directa, inyectando las bacterias en el pene, el brazo o la cara de los sujetos de experimentación.

VULNERACIONES DEL CÓDIGO EN ESTADOS UNIDOS

En junio de 1966, Henry Beecher, profesor de Anestesiología e investigador en la Universidad de Harvard, publicó en *New England Journal of Medicine* un artículo llamado *Ethics and Clinical Research* donde denunció la falta de ética y la vulneración de la integridad y la dignidad de las personas sometidas a veintidós experimentos concretos, realizados entre 1948 y 1965 y publicados en prestigiosas revistas científicas (la lista original incluía cincuenta, pero quedó reducida por cuestiones de espacio). Los protagonistas eran todos miembros de grupos marginales de la sociedad: deficientes mentales, ancianos o personas recluidas en instituciones sociales y sanitarias. Aunque no existe comparación entre las atrocidades cometidas

por los médicos nazis y las investigaciones realizadas sin el consentimiento informado por sus colegas norteamericanos, no cabe duda de que ambas son expresión de la creencia en el mayor valor de unas vidas con respecto a otras. En la década de 1940, Paul Beeson, prestigioso experto en enfermedades infecciosas y profesor de la Universidad de Emory (Atlanta, Georgia), afirmó que «como los estamos cuidando, tenemos derecho a obtener algo de ellos a cambio, ya que nuestros impuestos están pagando sus facturas de hospital». Con anterioridad al trabajo de Beecher, Maurice Henry Pappworth había publicado en el otoño de 1962 en un número especial de *Twentieth Century* un artículo denunciando una situación similar en el Reino Unido, gracias al cual se popularizaría el término «cobayas humanos».

Los experimentos denunciados por Beecher incluían la infección intencional con el virus de la hepatitis para estudiar la evolución de la enfermedad y comprobar el resultado del tratamiento con gammaglobulina llevada a cabo en niños discapacitados internados en la Willowbrook State School de Staten Island, en la ciudad de Nueva York, o la inyección bajo la piel de células cancerosas vivas a veintidós ancianos en el Jewish Chronic Disease Hospital de Brooklyn para investigar la inmunología de dicha enfermedad. Beecher se limitó a pedir a los investigadores que prestaran más atención a la solicitud del consentimiento informado, ya que hacía tan sólo dos años que la Asociación Médica Mundial había aprobado la llamada Declaración de Helsinki, considerada la piedra angular de las modernas guías de bioética. La Declaración se elaboró para evitar que el control ético de la investigación con seres humanos saliera del ámbito de la profesión médica, por lo que basaba sus postulados éticos en la integridad moral y la responsabilidad de los médicos. En ella se incluía, en caso de incapacidad legal del sujeto de experimentación (como en el caso de los menores de edad o de los deficientes psíquicos), la necesidad de obtener el permiso por escrito del responsable legal y, además, introdujo la distinción entre investigación clínica combinada con cuidados terapéuticos realizada con enfermos e investigación no clínica o sin cuidados terapéuticos, efectuada con voluntarios sanos.

EXPERIMENTOS CON RADIACTIVIDAD EN ESTADOS UNIDOS

Otro espantoso ejemplo del poco caso que se le hizo tanto al Código de Núremberg como a la Declaración de Helsinki es el hecho de que durante los años de la Guerra Fría, decenas de miles de personas, incluidas mujeres embarazadas y niños, fueron utilizadas en cientos de experimentos secretos realizados por la Comisión de la Energía Atómica y supervisados por el Ejército de los Estados Unidos destinados a averiguar los efectos de la radiactividad en el ser humano. Estos experimentos fueron desde la administración a setenta y tres niños retrasados mentales de la Fernald State School de Massachusetts de copos de avena marcados con isótopos radiactivos hasta hacer ingerir a ochocientas diecinueve mujeres embarazadas atendidas en el Hospital de la Universidad de Vanderbilt de Nashville (Tennessee) hierro radiactivo

diciéndoles que era un cóctel vitamínico con el fin de investigar el paso de dicho elemento a través de la placenta y sus consecuencias sobre el feto, o hasta la liberación a la atmósfera en diciembre de 1949 de yodo-131 desde la planta de producción de plutonio de Hanford, al sudeste de Washington, para que la Fuerza Aérea ensayara un nuevo método de detección a distancia de la radiactividad con el fin de vigilar el programa nuclear soviético. Sin informarlos de consecuencias tan peligrosas como la aparición de tumores, el prestigioso endocrinólogo Carl Heller radió entre 1963 y 1973 los testículos de sesenta y siete internos de la Oregon State Prison para conocer los efectos de las radiaciones ionizantes en trabajadores del programa nuclear, astronautas y en quienes estuvieran expuestos a ellas en el caso, por ejemplo, de un ataque nuclear. Por participar en el experimento recibieron veinticinco dólares por cada biopsia testicular (a la mayoría se les realizaron cuatro o cinco) y veinticinco más cuando, al final, eran sometidos a una vasectomía para prevenir los nacimientos de niños con malformaciones. Uno de sus discípulos, C. Alvin Paulsen, realizó el mismo experimento con sesenta y cuatro prisioneros de la Washington State Prison. La lista completa está disponible en la página web del Departamento de Energía de los Estados Unidos.

EXPERIMENTOS DE CONTROL MENTAL: MK-ULTRA

Por otra parte, preocupados por los alarmantes reportes acerca del supuesto éxito de los soviéticos y los chinos comunistas en la «intervención de la mente individual» llevada a cabo en prisioneros de guerra del frente de Corea, la CIA se embarcó en la década de 1950 en el delirante proyecto de control mental conocido como MK-ULTRA, en el que prisioneros, enfermos mentales y todo tipo de gente se vieron sometidos sin su consentimiento a técnicas de hipnosis, privación de sueño, electrochoques, privación sensorial, condicionamiento subliminal o al uso de drogas como el recién descubierto LSD-25 o ácido lisérgico. Más de ochenta instituciones participaron en el programa, incluyendo cuarenta y cuatro universidades y doce hospitales. La CIA era plenamente consciente de que el conocimiento de estas actividades «ilícitas y contrarias a la ética» tendría graves repercusiones, por lo que muchos de los documentos relacionados con el proyecto fueron destruidos en 1972 por orden de su entonces director Richard Helms. Sin embargo, algunos registros salieron a la luz pública y el trabajo de historiadores, periodistas y varios comités del Congreso estadounidense ofreció la suficiente información para considerar a MK-ULTRA como uno de los más infames ejemplos de abusos que la CIA haya ejercido sobre su propia población.

El 26 de julio de 1972, *The New York Times* publicó en portada un artículo en el que la periodista Jean Heller desvelaba al país el experimento Tuskegee. El escándalo fue tal que el Gobierno se vio obligado a ponerle fin y tratar a los supervivientes. Para entonces, tan sólo setenta y cuatro de los sujetos de experimentación seguían con

vida. Cuarenta de sus esposas habían sido infectadas y diecinueve niños habían nacido aquejados de sífilis congénita. Se les dio una indemnización que también percibieron los familiares de los fallecidos, pero que en ningún caso superó los cuarenta mil dólares. Ninguno de los investigadores fue sancionado. En 1997, el presidente Clinton pidió perdón públicamente ante cinco de los ocho supervivientes. En noviembre de 2010, la secretaria de Estado, Hillary Clinton, y la secretaria de Salud, Kathleen Sebelius, también ofrecieron una disculpa pública a Guatemala por las «horrendas prácticas» llevadas a cabo en este país por el sistema público de salud norteamericano.

NUEVAS REGULACIONES DE LA INVESTIGACIÓN BIOMÉDICA

El gran número de abusos cometidos puso de manifiesto el fracaso de la autorregulación de los médicos a la que aspiraba la Declaración de Helsinki, por lo que la investigación biomédica con seres humanos entró en una nueva dimensión: la del control público. El 12 de julio de 1974, el Congreso aprobó la National Research Act (Acta Nacional de Investigación), que condicionaba la realización de todo experimento con seres humanos a la supervisión por parte de comités de revisión locales independientes y capacitados para analizar el protocolo experimental, la fórmula del consentimiento informado y los antecedentes científicos de los investigadores, y con autoridad para examinar el desarrollo de la investigación una vez iniciada y suspenderla en el caso de considerar que los perjuicios excedían los posibles beneficios. También creó la National Comission for the Protection of Human Subjects of Biomedical and Behavioral Research (Comisión Nacional para la Protección de las Personas Sujetas a Investigaciones Biomédicas y Conductuales), organismo encargado de redactar unas normas generales destinadas a la elaboración de los procedimientos a seguir en investigación biomédica, que finalmente redactó el llamado Informe Belmont, donde se recogieron los que posteriormente serían conocidos como principios bioéticos (beneficencia, respeto por las personas y justicia), y donde se ponía especial énfasis en la protección de los más débiles, como los niños, los mentalmente incapacitados, los enfermos terminales o en estado de coma, los miembros de las clases económicamente más desfavorecidas o los prisioneros. Después del Informe Belmont se produjo una especie de reacción pendular con profusión de regulaciones sobre investigación con humanos en los Estados Unidos, que posteriormente se extendieron al resto del mundo desarrollado. Lamentablemente, en el Tercer Mundo estas disposiciones nunca aparecieron o lo hicieron de forma tardía e incompleta, lo que unido a la globalización de los ensayos clínicos, es decir, la realización de investigaciones con seres humanos en países pobres auspiciadas por las poderosas multinacionales farmacéuticas, ha dado lugar a experimentos éticamente inaceptables. En 1997, Marcia Angell comparó en *New England Journal of Medicine* los ensayos de regímenes cortos de zidovudina

comparados con placebo (una sustancia totalmente inerte) para la prevención de la transmisión vertical madre-hijo del VIH en el Tercer Mundo con el experimento Tuskegee.

UN MURO DE SILENCIO

Después de las ejecuciones de Landsberg, un velo de silencio cayó sobre la vergonzosa participación de importantes miembros de la profesión médica en los crímenes nazis. Por encargo del Colegio de Médicos de Alemania Occidental, el doctor Alexander Mitscherlich, ayudado por su asistente, un estudiante de Medicina llamado Fred Mielke, asistió al proceso de los médicos y redactó un amplio informe donde pretendía exponer la realidad de la medicina durante el Tercer Reich: «Solamente la revelación implacable de todos los hechos y el esfuerzo sincero por investigar la verdad podrá permitir al cuerpo médico alemán sacar las consecuencias y hallar el buen camino hacia el futuro», podía leerse en su prefacio. Después de una meticulosa investigación, Mitscherlich llegó a la conclusión de que los veintitrés inculpados eran tan sólo la punta del iceberg, y que habían sido muchos más los médicos que o bien habían participado de forma activa o bien se habían aprovechado de los crímenes del nazismo. Estimó que una cifra aproximada sería la de trescientos cincuenta, aunque por lo que sabemos en la actualidad, la cifra sería mucho mayor. Mitscherlich se mostró asombrado por la dimensión de los hechos aberrantes cometidos por unos profesionales que habían jurado defender la vida humana por encima de todo. Y lo que todavía le asombraba más era la falta de conciencia y de remordimiento después de los hechos.

Evidentemente, a los no inculpados no les hizo ninguna gracia ver sus nombres en el informe, que apareció durante el juicio. El prestigioso cirujano Ferdinand Sauerbruch y Wolfgang Heubner, director del Instituto Farmacológico de la Universidad de Berlín, habían sido nombrados en Núremberg por el fiscal jefe James M. McHaney como asistentes a la conferencia celebrada entre el 24 y el 26 de mayo de 1943 en la Academia de Medicina Militar de Berlín, donde Gebhardt y Fischer expusieron sus experimentos con sulfamidas sin ocultar que habían sido realizados con prisioneras de Ravensbrück y donde ninguno de los presentes mostró ningún reparo a ello. Sauerbruch y Heubner demandaron a Mitscherlich y consiguieron que retirara el párrafo donde se les mencionaba. Al mismo tiempo, el prestigioso especialista en Medicina Aeronáutica de Göttingen, Friedrich Rein, lo acusó de irresponsabilidad al atacar las bases de la investigación científica y deshonrar la profesión médica alemana, y dijo que sólo los pervertidos podrían leer su libro.

Finalmente, se imprimieron diez mil copias de *Das Diktat der Menschenverachtung (Los dictados del desprecio a los hombres)*, que iban a ser distribuidas entre los asistentes a la Asamblea Anual de Médicos Alemanes de 1948.

Sin embargo, los ejemplares desaparecieron misteriosamente, probablemente almacenados en los sótanos del Colegio de Médicos, y ningún médico llegó a leerlo. No hubo ninguna reseña, ni ninguna carta al editor en ninguna publicación médica. Años más tarde, Mitscherlich diría: «Fue como si nunca se hubiera escrito». También dijo que en los diez años siguientes no llegó a conocer a nadie que lo hubiera leído. Sin embargo, la Asociación Médica Mundial (WMA) sí recibió una copia. Esta asociación había sido fundada el año anterior en Londres por iniciativa de los representantes de las asociaciones médicas nacionales de treinta y dos países como respuesta al conocimiento de los horrores médicos nazis. Una de sus primeras medidas fue elaborar una versión moderna del Juramento Hipocrático, con unos valores éticos universales, con el objeto de que todo médico lo ratificara en el momento de obtener su título profesional como unos estándares de conducta para definir los fundamentos de un comportamiento honorable:

> Prometo solemnemente consagrar mi vida al servicio de la humanidad; otorgar a mis maestros el respeto y la gratitud que merecen; ejercer mi profesión dignamente y a conciencia; velar solícitamente, y ante todo, por la salud de mi paciente; guardar y respetar el secreto profesional; mantener incólume, por todos los medios a mi alcance, el honor y las nobles tradiciones de la profesión médica; considerar como hermanos a mis colegas; hacer caso omiso de credos políticos y religiosos, nacionalidades, razas, rangos sociales y económicos, evitando que se interpongan entre mis servicios profesionales y mi paciente; mantener sumo respeto por la vida humana, desde el momento mismo de la concepción; y no utilizar, incluso por amenaza, mis conocimientos médicos para contravenir las leyes de la humanidad.
>
> Solemne y espontáneamente, bajo mi palabra de honor, prometo cumplir lo antedicho.

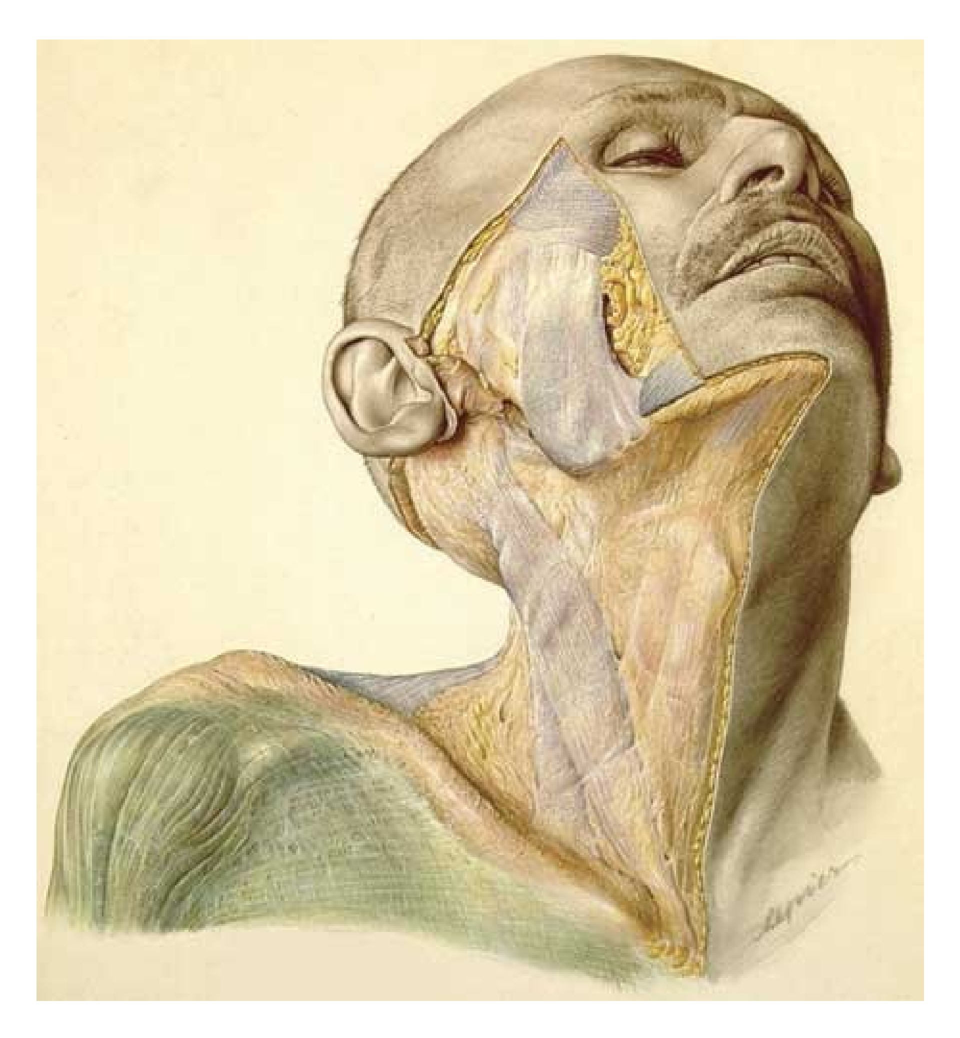
En 1948, la WMA instó a los médicos alemanes a emitir una declaración con la esperanza de que «daría a la profesión médica una oportunidad de prometer un mejor comportamiento en el futuro». Ese mismo año, se le informó de que la Asociación Médica Alemana había decidido tomar una serie de medidas para restaurar su credibilidad internacional, entre las que se incluían la obligatoriedad de que todo médico alemán se comprometiera públicamente a cumplir el nuevo juramento antes de obtener su título; pasar una resolución condenando los crímenes contra la humanidad de los médicos nazis y la reincorporación de los expulsados por el régimen. La WMA consideró el libro de Mitscherlich una prueba de que los médicos alemanes querían distanciarse de las atrocidades cometidas por sus colegas, que habrían sido tan sólo «una minoría criminal a la que se otorgó poder sobre la vida y la muerte», por lo que, en 1951, decidió incluir a Alemania en su organización. Por lo tanto, el trabajo de Mitscherlich había contribuido enormemente a salvar el prestigio

internacional de sus colegas. Sin embargo, fue sometido a una campaña de acoso y derribo por parte de los mismos a quienes había sacado las castañas del fuego, que lo consideraban un traidor y sabotearon su carrera hasta el punto de que, en 1956, la Facultad de Medicina de la Universidad de Frankfurt se negó a entregarle la cátedra de un instituto de psicoanálisis y medicina psicosomática que le había ofrecido el Gobierno del estado.

LOS BENEFICIARIOS DE LOS CRÍMENES NAZIS

En los siguientes años se publicó muy poco sobre el tema en Alemania. Se decidió enterrar el pasado y, con él, las cuestiones morales y políticas concernientes al papel desempeñado por los médicos alemanes en el Tercer Reich. El consenso implícito parecía ser que los abusos habían sido llevados a cabo por un reducido grupo de fanáticos; médicos SS, altos funcionarios del Estado u oficiales de sanidad que obedecían más a los dictados de una política corrupta que a los de la conciencia médica y la ética científica. La inmensa mayoría de los médicos alemanes, por lo tanto, había cumplido con su deber bajo la dictadura nacionalsocialista y se había mantenido fiel al Juramento Hipocrático. No sabían nada de lo que estaba ocurriendo y no tuvieron nada que ver con lo ocurrido. No se quiso afrontar (o se silenció) el hecho de que, aunque no hubieran participado directamente en los crímenes nazis, muchos médicos prestigiosos se aprovecharon de su política de terror. Julius Hallervorden, director del Departamento de Neuropatología del Instituto de Investigación Cerebral Káiser Guillermo de Berlín, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo en Brandenburg y, de hecho, habló con sus responsables para decirle que «ya que iban a matar a toda esa gente», le enviaran sus cerebros para que los estudiara, y que «cuantos más, mejor». En alguna ocasión expresó su enfado por la mala calidad de las notas clínicas que acompañaban a los cerebros que recibía, así que se encargó de seleccionar personalmente los casos con potencial interés científico, estando presente en las autopsias y extrayendo él mismo los cerebros. Se sabe que examinó en detalle al menos a treinta y tres niños antes de que fueran asesinados. Con los resultados obtenidos publicó doce trabajos científicos, siete de ellos como primer autor, incluyendo los efectos de la exposición al monóxido de carbono en el cerebro fetal. Es considerado uno de los padres de la neurología pediátrica y a día de hoy, a pesar del conocimiento generalizado de sus amistades peligrosas, un raro trastorno neurológico sigue llevando su nombre. Eduard Pernkopf, profesor y director del Instituto de Anatomía de la Facultad de Medicina de la Universidad de Viena y nombrado su decano después de la anexión, dirigió la elaboración del atlas *Anatomía topográfica del hombre*, un extraordinario trabajo que se continúa utilizando y cuyas magníficas ilustraciones siguen sin rival incluso en la actualidad. Una investigación de la universidad llevada a cabo en 1997 llegó a la conclusión de que los cadáveres utilizados le eran proporcionados por la Gestapo, y

que, basándose en sus características físicas, no podía excluirse que incluso fueran de prisioneros del cercano campo de Mauthausen. Las ilustraciones fueron realizadas por Erich Lepier, que firmaba con una esvástica, y Karl Endtresser y Franz Batke, que lo hacían con las runas de las SS. El instituto de Pernkopf recibió al menos mil cuatrocientos de estos cadáveres, que eran llevados a primera hora de la mañana en un vehículo especial que se conocía como el transporte de la muerte.



El uso de víctimas de los nazis como modelo no puede descartarse en, al menos, la mitad de las ochocientas láminas del atlas de Pernkopf.

Herman Voss, profesor de Anatomía de la Universidad de Posen, en la Polonia ocupada, investigó el contenido de sangre del bazo usando cadáveres de prisioneros de la Resistencia guillotinados por la Gestapo. También extraía sus esqueletos y realizaba máscaras mortuorias y bustos de cadáveres de judíos procedentes de los campos, que, junto con sus cráneos, vendía por encargo, como lo hizo al Museo de Historia Natural de Viena para ser expuestos en su galería de la raza. Llevaba un diario en el que dejó escrito que, contemplando los hornos crematorios de su facultad, había pensado lo maravilloso que sería librarse de todos los polacos metiéndolos en esos hornos «para que los alemanes, finalmente, podamos tomarnos un respiro en el Este». Después de la guerra, se convirtió en uno de los anatomistas más prestigiosos del país, concediéndosele la cátedra de la Universidad de Jena, y muchas

generaciones de estudiantes de Medicina alemanes aprendieron anatomía en un manual de su autoría titulado *Taschenbuch der Anatomie*. Hermann Stieve, director del Instituto de Anatomía del Hospital de la Charité de Berlín entre 1935 y 1952, estudió los efectos del estrés sobre el ciclo de la ovulación humana recogiendo entre 1943 y 1945 datos de doscientas mujeres en edad fértil encarceladas por la Gestapo en la prisión de Plötzensee. A las prisioneras se les notificaba por anticipado la fecha de su ejecución y, una vez llevada a cabo, Stieve procedía a su disección. En 1952 publicó un resumen de sus hallazgos histológicos y anatómicos, que fueron acogidos con entusiasmo por la comunidad médica internacional y considerados durante años fundamentales para comprender el funcionamiento del sistema reproductor humano. Una de sus conclusiones fue que el sangrado que presentaban las mujeres sometidas a un «inesperado trauma psíquico» no eran menstruaciones normales, sino hemorragias provocadas por el estrés. También realizó estudios sobre la migración de los espermatozoides utilizando cadáveres de mujeres violadas tras ser ejecutadas en las cárceles de la Gestapo. A su muerte, el Hospital de la Charité le dedicó una sala de conferencias e instaló un busto en su honor. Max Clara, un anatomista de la Universidad de Leipzig, describió en 1937 las células del aparato respiratorio que llevan su nombre trabajando con cadáveres de ejecutados por los nazis.

Todos los institutos de Anatomía de las universidades del Gran Reich recibieron cadáveres de ajusticiados por el régimen, algunos de ellos de personas condenadas por alta traición simplemente por contar chistes políticamente incorrectos, escuchar radios enemigas, traficar en el mercado negro o, en el caso de los trabajadores forzados del Este llevados a Alemania, mantener relaciones sexuales con una mujer alemana. Se estima que entre 1933 y 1945, se dictaron en torno a cuarenta mil veredictos de pena capital, mientras que entre 1907 y 1932, los ejecutados fueron tan sólo quinientos. A cada Facultad de Medicina se le asignó una prisión cercana, desde donde se notificaban a los anatomistas las fechas de las ejecuciones para que estuvieran preparados para recibir los cadáveres o para que fueran ellos mismos a recogerlos con vehículos de la universidad. Convertidos en parte integral del sistema de la pena capital, recibieron todos los cuerpos necesarios para sus fines docentes y de investigación, pero también cadáveres suplementarios para su incineración. De esta forma, los anatomistas solventaron el clásico problema de la escasez de cadáveres en buen estado y, por su parte, el régimen encontró un medio discreto de deshacerse de grandes cantidades de presos ejecutados. Los estudiantes que aprendían anatomía con estos cadáveres, guillotinados o con las marcas de la horca en el cuello, podían albergar pocas dudas sobre su procedencia, pero guardaron silencio y se acostumbraron a lo que Pat Barker, en su obra *The Eye in the Door* (1995), llamó monstruosidad. Tan sólo tenemos constancia de una ayudante de Stieve llamada Charlotte Pommer que, en diciembre de 1942, abandonó la sala de anatomía y su carrera después de ver, horrorizada, cómo el cadáver que iban a diseccionar era el de una prisionera política a la que conocía personalmente. La socialización profesional

de estos jóvenes se produjo en un entorno en el que el contacto con un gran número de cadáveres de quienes habían sufrido una muerte violenta a manos de un régimen criminal era visto como algo normal. Probablemente, estas experiencias influirían en su futura percepción del mundo en general y en su práctica diaria en particular que, en no pocos casos, desarrollarían en los campos de concentración.

Esta complicidad de los anatomistas alemanes con los crímenes nazis no fue conocida hasta hace algunos años, cuando trabajos como *Anatomy in the Third Reich: An Outline* (2009), de Sabine Hildebrandt, publicado en la revista médica *Clinical Anatomy,* dieron a conocer esta macabra simbiosis. Estos hombres no eran fanáticos, psicópatas o médicos SS como quiso hacerse creer en los años de la posguerra (de hecho, Stieve ni siquiera era miembro del partido nazi), sino colaboradores oportunistas de un régimen asesino que simplemente se aprovecharon de la situación. El gran suministro de cadáveres era una oportunidad a la que no supieron negarse.

LA «DESNAZIFICACIÓN» DE LOS MÉDICOS DEL TERCER REICH

En junio de 1945, los líderes aliados acordaron en Potsdam que las fuerzas de ocupación habían de exponer públicamente los errores y crímenes del antiguo régimen a fin de convencer al pueblo alemán de que no podía eludir la responsabilidad de lo que se había hecho a sí mismo. Para ello no sólo tenían que erradicar el partido nazi, sino «desnazificar» Alemania, es decir, depurar Alemania y Austria de toda influencia nazi. Así, las autoridades de los nuevos gobiernos militares establecieron tribunales locales para que, en base a un extenso cuestionario relativo a su implicación en el anterior gobierno, identificaran a los nazis más peligrosos. La mayoría de los alemanes adultos fueron clasificados en delincuentes graves, delincuentes, delincuentes menores, simpatizantes o exonerados. Para las tres primeras categorías, los tribunales eran libres de imponer penas que iban desde modestas multas hasta la condena a diez años de internamiento en un campo de trabajo acompañada de la confiscación de todas sus propiedades personales. En la práctica, este sistema estaba lleno de lagunas, pues muchos archivos habían desaparecido, consumidos por las llamas durante los bombardeos, por lo que no era nada difícil falsificar los cuestionarios. Tampoco faltaron los sobornos a los funcionarios encargados de valorarlos. El resultado fue que los tribunales exoneraron tanto a criminales de guerra como a acérrimos nazis. A ello se unió que, con el inicio de la Guerra Fría, los aliados occidentales perdieron gran parte de su fervor inicial, centrando su atención, en cambio, en la nueva amenaza comunista que acechaba tras lo que Churchill llamó el telón de acero, por lo que decidieron que si seguían juzgando y ahorcando a antiguos nazis, perderían el apoyo de una población que iban a necesitar para contener a los soviéticos. Por todo ello, muchos nazis importantes pudieron incorporarse a sus antiguos trabajos y reanudar sus vidas como si no hubiera pasado nada. Como si todo hubiera sido un accidente, un relámpago sobre un cielo

sereno…

OPERACIÓN PAPERCLIP

Además, antiguos oficiales de inteligencia de las SS y la Gestapo fueron reclutados por ingleses y norteamericanos para sus labores de espionaje en el Este, como ocurrió con Klaus Barbie, el Carnicero de Lyon, y lo mismo hicieron los soviéticos y los nuevos regímenes comunistas del otro lado del telón. La dura pugna entre norteamericanos y soviéticos por hacerse con los secretos tecnológicos del Tercer Reich desembocó en la llamada Operación Paperclip, llamada así por la inclusión de un sencillo clip en los expedientes de los seleccionados, cuyo objetivo fue la captación de científicos nazis por parte de los norteamericanos, no sólo para utilizar sus conocimientos, sino también para que no cayeran en manos de sus nuevos enemigos. Más de mil doscientos de ellos, la inmensa mayoría relacionados de una forma u otra con el partido nazi, las SS o ambas organizaciones a la vez acabaron incorporándose a diferentes programas científicos estadounidenses después de que sus expedientes fueran convenientemente retocados. Entre ellos se encontró Wernher von Braun, el hombre que se puso al frente del programa que el 20 de julio de 1969 llevó al primer hombre a la Luna, pero también el *SS-Sturmbannführer* que diseñó los cohetes V-2, las armas de venganza cuya construcción se cobró la vida de unos veinticinco mil deportados en el complejo subterráneo de Dora-Mittelbau y la de unos cinco mil civiles británicos tras ser lanzados sobre el Reino Unido. Cuatro de los médicos juzgados en Núremberg también fueron reclutados por los norteamericanos. Desde el final de la guerra, Ruff, Becker-Freysing y Schaefer estuvieron compartiendo con ellos sus conocimientos en el Centro de Medicina Aeronáutica de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas de Heidelberg. Este último fue finalmente captado por Paperclip y enviado en 1949 a Randolph Field (Texas), donde permaneció hasta 1951, cuando fue repatriado a Alemania después de que un oficial del campo informara a sus superiores de que su futuro valor para el Ejército era nulo. Según consta en un documento fechado el 30 de julio de 1945, Blome confesó a sus interrogadores que Himmler le había ordenado probar en prisioneros de los campos una vacuna contra la peste en su instituto de Posen, «ya que se encontraba más aislado». Además, uno de los testigos de la acusación soviética en Núremberg, Walter Schreiber, profesor en la Academia Médica Militar de Berlín, declaró que, tras abandonar el Instituto para la Investigación del Cáncer de la Universidad de Posnania frente al avance del Ejército Rojo, Blome le había expresado su temor de que cuando los soviéticos entraran allí, podrían reconocer fácilmente las instalaciones para experimentar con seres humanos, «cuyo propósito era obvio». Añadió que había intentado volarlo con la bomba de un Stuka, pero que había sido imposible, y que necesitaba seguir con sus investigaciones porque «si se iban a usar bacterias de la peste en el momento en que los soviéticos penetraran en territorio alemán, sería

necesario proteger a los soldados y los civiles, por lo que debía desarrollarse un suero con esta función». También se sospechó que había probado los efectos del gas sarín con prisioneros de Auschwitz. Sin embargo, como no pudieron encontrarse pruebas, fue absuelto y en 1951 fue contratado por la División Química del Ejército Estadounidense para trabajar en el desarrollo de armas químicas y biológicas en el centro de la Inteligencia norteamericana de Camp King, en Oberursel, al norte de Frankfurt. Finalmente, fue arrestado por las autoridades francesas, juzgado por crímenes de guerra y condenado a veinte años de prisión. Quien llegó mucho más lejos fue Hubertus Strughold, director del Instituto de Investigación de Medicina Aeronáutica de Berlín, de quien Becker-Freysing dijo que estaba al corriente de los experimentos de Rascher con la altitud y que tenía la suficiente autoridad como para haberlos detenido si así lo hubiera deseado. Después de la guerra, se unió a Ruff, Becker-Freysing y Schaefer en el Centro de Medicina Aeronáutica de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas de Heidelberg y en 1947 viajó hasta Randolph Field por cortesía de Paperclip. Cuando dos años después se organizó allí el primer Departamento de Medicina Espacial del mundo, Strughold fue nombrado el primer y único profesor de la materia. Sus investigaciones en este campo le valieron numerosos galardones y el sobrenombre de Padre de la Medicina Espacial. Su sospechoso pasado no fue divulgado hasta hace muy pocos años cuando, por ejemplo, algunos miembros de la Asociación de Medicina Aeroespacial exigieron que se retirara su nombre del premio anual que la asociación concede desde 1963 a uno de sus miembros.

LA UNIDAD 731

El mismo deseo de beneficiarse de sus conocimientos y experiencias fue también lo que hizo que Estados Unidos nunca llevara ante los tribunales a los médicos japoneses responsables del programa de armas biológicas cuyos experimentos con civiles de los territorios chinos ocupados (y también con prisioneros de guerra europeos, norteamericanos, australianos y canadienses) llegaron a sobrepasar con creces a los de los médicos nazis. En fábricas de la muerte instaladas en su propio país, China, Birmania, Malasia y Tailandia, unidades especializadas en la guerra biológica no sólo inocularon a seres humanos con toda clase de gérmenes patógenos, sino que también los viviseccionaron para comprobar *in vivo* los efectos de las diferentes enfermedades o simplemente para que sus médicos ganaran destreza quirúrgica. Los prisioneros también eran atados a estacas para comprobar sobre ellos la efectividad de diferentes bombas y proyectiles cargados con gérmenes. Se calcula que tan sólo en las impresionantes instalaciones de Ping Fan, la infame Unidad 731 dirigida por el microbiólogo Shiro Ishii acabó con la vida de unas tres mil personas, que los japoneses llamaban despectivamente *marutas* (‘maderos’). Los relatos de algunos de estos experimentos harían palidecer al mismísimo Mengele: «Se le

inocularon bacilos de la peste, pero no murió. Fue sometido a gas fosgeno, pero sobrevivió. Un médico militar le inyectó aire en las venas, pero seguía vivo. Finalmente, los médicos acabaron con su vida colgándole del cuello en un árbol». En su obra *Los verdugos y las víctimas,* Laurence Rees cuenta el testimonio de uno de estos médicos, al que entrevistó en Tokio en 1999, que «a primera vista no parecía más que un digno médico, ya retirado». Ken Yuasa le dijo que había participado en catorce operaciones practicadas en chinos sanos, todos los cuales murieron. La primera vez había ayudado a extirpar un apéndice, «dado que en el Ejército japonés había muchos casos de apendicitis, no teníamos antibióticos y habían muerto bastantes afectados a consecuencia de la operación». Como el cirujano no tenía demasiada experiencia, y como un apéndice sano es bastante escurridizo, tuvo que cortar tres veces; luego le extirpó el intestino, a continuación le amputó los brazos y por último le puso una inyección en el corazón. Por increíble que parezca, el chino seguía vivo, pero no duró mucho: «El doctor Yuasa y otro oficial japonés le atenazaron la garganta, medio ahogándolo, mientras el médico le inyectaba el producto que acabó con su vida».



Una joven soviética víctima de la infame Unidad 731.

Como sus colegas nazis, los japoneses también realizaron con sus prisioneros experimentos de descompresión y congelación, pero llegaron más lejos que ellos al esparcir desde aviones sobre poblaciones chinas granos de trigo contaminados con pulgas portadoras de la peste, que causaron catastróficas epidemias como las Ningbu (octubre de 1940), Chang Teh (noviembre de 1941) y Congshan (agosto de 1942). Añadiendo a las víctimas de las fábricas de la muerte los civiles muertos por los bombardeos con armas biológicas, en el Simposium Internacional de Crímenes de

Guerra Biológica, celebrado en 2002 en Changde (China), se dio la espeluznante cifra de quinientos ochenta mil.

Aunque estas actividades podían ser catalogadas claramente como crímenes de guerra, tan sólo doce médicos militares que cayeron en manos de los soviéticos fueron ejecutados o encarcelados después del juicio para crímenes de guerra celebrado en la ciudad siberiana de Khabarovsk en diciembre de 1949. Otros fueron juzgados en Australia y otros lugares del Pacífico a finales de los años cuarenta y durante la década de los cincuenta del pasado siglo. Pero aunque Estados Unidos llevó ante los tribunales a los principales criminales de guerra japoneses como el primer ministro Hideki Tojo, los máximos responsables del programa de armas biológicas, como Shiro Ishii, Yujiro Wakamatsu o Masaji Kitano, nunca fueron encausados, ya que el general McArthur, comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas del Pacífico, les garantizó una total impunidad a cambio de que entregaran toda la información relativa a los diez años de experiencias con seres humanos porque los científicos de su propio programa del Centro de Investigación de Frederick (Maryland) y del Cuerpo de Armas Químicas del Ejército de los Estados Unidos estaban muy interesados en unos resultados que representaban «cientos de millones de dólares». Así, el Alto Mando norteamericano tendió una gran cortina de secretismo de cara a los medios, la opinión pública, los políticos, las Cámaras y el propio Ejército mientras el liderato mundial en cuestión de armas biológicas pasaba de Japón a Estados Unidos. En los años posteriores, los médicos responsables de unas atrocidades comparables a las de los nazis alcanzaron puestos de responsabilidad en universidades, comunidades científicas, empresas privadas o agencias gubernamentales del Japón de posguerra. Ryoichi Naito, que colaboró estrechamente con Ishii en la Unidad 731, fundó la poderosa compañía farmacéutica Midori-juji (Cruz Verde), y todos los directores hasta 1983 del Instituto de Salud Japonés (con la excepción de Keiro Nakamura, entre 1958 y 1966), habían servido durante la guerra en alguna de estas unidades. Esta organización colaboró con la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica norteamericana en el estudio de los supervivientes de Hiroshima, en lo que fue visto como una oportunidad de oro para determinar los efectos a largo plazo de las radiaciones en seres humanos, y se vio implicada en varios escándalos relacionados con la experimentación de vacunas, por lo que en 1997 se decidió cambiar su nombre por el de Instituto Nacional de Enfermedades Infecciosas. Treinta y cinco años después, en 1981, el prestigioso *Boletín de los Científicos Atómicos* tuvo conocimiento del obsceno trueque y lo hizo público. En el prólogo del texto, su director, Robert Gomer, manifestó sentirse asqueado no sólo por las atrocidades cometidas por los japoneses sino, igualmente, por la decisión del Departamento de Estado y del Ejército de los Estados Unidos por aceptarlo.

La «desnazificación» de los médicos alemanes supuso un serio problema, dado el gran porcentaje que se había afiliado al partido nazi (45 %), las SA (26 %) y las SS (7 %) y a que, evidentemente, un país destruido no podía prescindir de ellos. Con los

mayores cómplices del régimen huidos, encarcelados o muertos, la inmensa mayoría no tuvo demasiados problemas para pasar los tribunales, afrontando, como mucho, pequeñas multas o cortos períodos de suspensión de su actividad laboral. Entre ellos se encontraron profesores y decanos de facultades, encargados de formar a las siguientes generaciones. Además, fueron muy pocos los médicos refugiados opositores al régimen o perseguidos por él que volvieron a Alemania después de la guerra, y muchos los que no sobrevivieron al Tercer Reich. Todo ello explicaría la conspiración de silencio de la clase médica alemana de los años posteriores; algo que Hans-Dieter Söling llegó a llamar el Cuarto Reich.

EL CUARTO REICH

Un buen ejemplo es lo ocurrido con el psiquiatra y *SS-Hauptsturmführer* Werner Heyde, director del Departamento Médico de T4 entre 1939 y 1942 y colaborador de 14f13. Fue detenido después de la guerra, pero el 25 de julio de 1947, cuando regresaba de declarar en Núremberg, saltó del camión que lo llevaba de vuelta a la prisión de Frankfurt. Después, bajo el seudónimo de Fritz Sawade, se puso a trabajar como médico deportivo en una escuela de Kiel, en el estado de Schleswig-Holestein, donde también ganó muchísimo dinero ejerciendo como perito para los tribunales sociales. Aunque su pasado era conocido tanto por sus superiores como por sus colegas directos y un gran número de médicos de la región, ninguno de ellos lo denunció ni a las autoridades ni al Colegio de Médicos. En 1954 realizó un informe tan en la línea de la ideología nazi que le llamó la atención al neurólogo Hans Gerhard Creutzfeldt, cuya mujer había pasado cuatro años en la cárcel por criticar a Hitler. Después de hacer algunas averiguaciones, descubrió su verdadera identidad y lo puso en conocimiento de las autoridades, pero la denuncia fue desestimada, y Creutzfeldt tampoco quiso ir más allá. Sin embargo, cinco años después, un profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Kiel llamado Helmuth Reinwein se quejó a las autoridades de la ineficacia de la justicia, que no había hecho nada por encontrar a un grupo de estudiantes bromistas que había disparado contra su domicilio, y puso como ejemplo el caso de la impunidad de Heyde. El escándalo fue tal que, finalmente, fue detenido en noviembre de 1959. Durante años, se reunió una cantidad enorme de información para preparar lo que pretendía ser el juicio definitivo a los responsables del programa de eutanasia nazi, pero después de protagonizar un rocambolesco y fallido intento de fuga con ayuda desde el exterior propio de una novela de Graham Greene, Heyde fue encontrado muerto en su celda, ahorcado con su cinturón, el 13 de febrero de 1964, cinco días antes de que se iniciara el proceso. Su muerte fue tan sospechosa como la su compañero en el banquillo de los acusados, el responsable administrativo de T4 Friedrich Tillman, que fue detenido en julio de 1960 en Castrop-Rauxel, cerca de Dortmund, donde dirigía un hospicio con su verdadero nombre. El día anterior había caído al vacío desde la octava planta de la

prisión de Butzbach. Hans Hefelmann, responsable de la Oficina IIb de la Cancillería del *Führer* que coordinó la eutanasia infantil, se libró de sentarse frente al juez porque, supuestamente, le quedaban tan sólo dos años de vida y no estaba en condiciones ni físicas ni mentales de afrontar un juicio. Murió en Múnich veintiséis años después. Por último, otro de los que iban a ser procesados, Gerhard Bohne, director de la Oficina Central de T4 hasta 1940, fue extraditado por las autoridades argentinas, pero tampoco fue juzgado por motivos de salud. Friedrich Karl Kaul, un abogado de la República Democrática de Alemania que representó a las víctimas de Bohne dijo respecto a este último punto: «Si no fuera un tema tan serio, daría risa cómo, casualmente, en este caso la medicina ha vuelto a salir en ayuda de un violento criminal nazi».

De los ocho médicos directamente responsables de los asesinatos en los centros de eutanasia que sobrevivieron a la guerra, tan sólo Hans-Bodo Gorgass, acusado de haber asesinado a dos mil personas durante los cinco meses que estuvo en Hadamar abriendo él mismo las válvulas que liberaban el monóxido de carbono, fue condenado a cadena perpetua en marzo de 1947, aunque quedó en libertad el 6 de febrero de 1958. El resto fueron absueltos por no estar en condiciones físicas o psíquicas de afrontar un juicio o porque la doctrina nazi «había nublado de tal forma su entendimiento que no eran capaces de discernir la ilegalidad de sus acciones», como se dijo en el juicio de 1967 de Heinrich Bunke, Klaus Endruweit y Aquilin Ullrich, cuyo veredicto de absolución fue recibido con aplausos por parte del público que llenaba la sala. Werner Catel, uno de los arquitectos del programa de eliminación de niños discapacitados de T4, fue nombrado profesor de Pediatría y director del Hospital Infantil de la Universidad de Kiel poco después de la guerra. En 1964, después de numerosos intentos fallidos de sentarlo frente a un tribunal, le fue concedida una completa inmunidad en base a que había estado convencido de la legalidad de sus acciones. Incluso después de retirarse en 1960, siguió publicando sobre la eutanasia. En 1979, un libro coeditado por él fue nombrado libro de texto para las enfermeras de hospitales infantiles. Debido a su avanzada edad, Pfannmüller fue condenado a tan sólo cinco años de prisión. El 25 de marzo de 1946, un tribunal de Alemania Oriental condenó a muerte a Hildegard Wernicke por el asesinato de seiscientos enfermos mentales en Meseritz-Obrawalde, convirtiéndose de esta forma en el único médico alemán implicado en los crímenes del programa de eutanasia ejecutado por sus compatriotas. El psiquiatra Hermann Paul Nitsche, que dirigió el matadero de Sonnenstein entre 1928 y 1939 y sucedió a Heyde al frente de T4, fue juzgado y ejecutado en Dresde, pero por los soviéticos.

En cuanto a los teóricos, los higienistas raciales que dieron ideas a Hitler, a ninguno de ellos se le exigió ninguna responsabilidad. Ploetz murió de muerte natural en 1940, pero los que sobrevivieron a la guerra siguieron enseñando en las universidades. Después de que el mundo conociera las atrocidades cometidas por los nazis en nombre de la mejora de la raza y de la proclamación en 1948 por parte de la

Asamblea General de las Naciones Unidas de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la palabra ‘eugenesia’ se convirtió en un término tabú entre la comunidad científica internacional y, así, las cátedras de Eugenesia se convirtieron en cátedras de una nueva ciencia: la genética, desprovista de todo rastro de racismo étnico y dedicada a mejorar la especie humana en general sin hacer distinción entre razas superiores e inferiores. Cuando fue acusado por el médico alemán Robert Havemann de aceptar el material humano proporcionado por Mengele, Von Verschuer se defendió diciendo, muy ofendido, que se había opuesto abiertamente al fanatismo nacionalsocialista y en 1951, gracias al apoyo del nuevo director del Instituto Káiser Guillermo, Hans Nachtsheim, fue nombrado profesor de Genética Humana en la Universidad de Münster y elegido poco después presidente de la Sociedad Alemana de Antropología. Después de que su cátedra de Higiene Racial de Múnich fuera disuelta, Lenz comenzó a dar clases de Genética en la Universidad de Göttingen, y a pesar de haberse retirado en 1942, Eugen Fischer siguió editando varias revistas científicas y dando conferencias sobre temas antropológicos. Incluso el extravagante Günther continuó escribiendo sobre cuestiones raciales, y en su obra *Begabungschwund in Europa* (1959) se lamentaba de las fuerzas destructivas que erosionaban el corazón de las razas blancas de Europa. Por esas fechas fundó la Liga del Norte, donde siguió ensalzando la supremacía de la raza aria. Rüdin, a quien el mismísimo *Führer* otorgó una medalla con la leyenda «Al pionero de la Higiene Racial», fue interrogado por los norteamericanos, pero después de alegar que era «un científico y no un político» y tan sólo un miembro nominal del partido quedó en libertad.

Sus colegas norteamericanos tampoco quisieron aceptar su responsabilidad en el horror nazi, a pesar de que Brandt alegó en su defensa en Núremberg que el programa de esterilización y eliminación de vidas indignas de ser vividas había estado basado en ideas procedentes del otro lado del Atlántico. Rápidamente olvidaron su antiguo y entusiasta apoyo a los higienistas raciales nazis y en *Brief History of the American Eugenics Society*, escrito por A. Bigelow en *Eugenic News* en 1946, no se encontraba ninguna mención a ello, como tampoco la hubo en *History of the American Eugenics Society*, publicado por Frederick Osborn en 1974.

Con las cátedras universitarias y muchos puestos importantes de las organizaciones profesionales ocupados por médicos que habían sido miembros activos del partido, de las SA o de las SS, no resulta extraño que durante las siguientes décadas no volviera a hablarse de la implicación de ese colectivo en las políticas raciales y los asesinatos nazis. El consenso implícito fue que los abusos y el absoluto desprecio por la vida humana fueron obra de un pequeño grupo de fanáticos, que actuaron más allá de los límites impuestos por la práctica médica tradicional llevados por el oportunismo y su propio interés personal. Los líderes de la comunidad médica alertaron contra la exageración de las acciones de lo que se llamó «una minoría que ya había desaparecido», y usaron como argumento exculpatorio el libro

de Mitscherlich y Mielke en el que se decía que de los noventa mil médicos activos durante el Tercer Reich, tan sólo trescientos cincuenta habían colaborado con el régimen, y que pocos más conocían sus actividades.

LA CAÍDA DEL MURO

La situación cambió a finales de la década de 1970, cuando la mayoría de los miembros de la vieja guardia habían muerto o se habían jubilado y una nueva generación de médicos educados en los turbulentos años 60 del siglo XX y decididos a sacar a la luz uno de los episodios más siniestros de la historia de la medicina comenzó a ocupar puestos de relevancia en las universidades. El punto de inflexión fue un congreso nacional de médicos y profesionales de la salud llamado *Gesundheitsgag*, celebrado en Berlín Occidental en mayo de 1980 como respuesta a una conferencia del Colegio de Médicos de Alemania Occidental, cuyo presidente, Wilhelm Heim, había sido miembro de las SA implicadas en 1933 en la purga de los médicos judíos de Berlín. A la reunión fueron invitados cinco médicos judíos deportados, antiguos miembros de la Asociación de Médicos Socialistas, y allí se debatió el papel desempeñado por médicos, antropólogos, genetistas y otros científicos en la esterilización en masa, el asesinato de los enfermos mentales de T4 y la selección racial de los grupos clasificados como infrahumanos. El debate suscitado y los trabajos de investigación sobre higiene racial, darwinismo social y la política médica nazi de estudiosos como Benno Müller-Hill, Ernst Klee, Götz Aly, Gerhard Baader y Gunther Mann, entre otros, hicieron que varias universidades y el prestigioso Instituto Max Planck para la Investigación Cerebral de Frankfurt retiraran de sus colecciones y enterraran las muestras obtenidas de las víctimas del régimen nazi, como las de Hallervorden.

En mayo de 1989, el Colegio de Médicos de Berlín, por entonces dirigido por los organizadores del *Gesundheitsgag*, aprovechó la oportunidad que le brindaba ser la sede de la reunión anual del Colegio de Médicos de Alemania Occidental para convencer a su presidente, Karsten Vilmar, de incluir en el programa el tema de la medicina bajo los nazis. Vilmar estuvo de acuerdo en organizar una exhibición, a pesar de contar con la oposición de varios colegios estatales, incluyendo el de Baviera, que se negaron a subvencionarla. En su apertura, Richard Toellner, historiador médico de la Universidad de Münster, dijo unas palabras que dejaban claro el cambio de mentalidad y que, por fin, los médicos alemanes estaban dispuestos a afrontar su pasado:

> Todo el espectro de representantes de la profesión médica estuvo envuelto y todos sabían lo que hacían. […] Una profesión médica que acepta el asesinato en masa de enfermos como algo normal, y que lo aprueba explícitamente como un acto necesario y justificado por el bien de la comunidad, ha fallado y

> traicionado su misión. Esta profesión médica en su totalidad debe ser considerada moralmente culpable, sin importar cuántos de sus miembros, desde un punto de vista legal, participaron directamente o indirectamente en el asesinato de los enfermos.

Durante su reunión anual celebrada en esa ocasión en la emblemática ciudad de Núremberg el 23 de mayo de 2012, la Asociación Médica Alemana emitió un comunicado en el que reconocía la participación en los crímenes nazis no de un grupo de unos pocos médicos fanáticos, sino de destacados miembros de la profesión, profesores universitarios y renombrados investigadores. Se admitía que, contraviniendo su Juramento Hipocrático, estos hombres habían sido una pieza clave en la esterilización de trescientas sesenta mil personas clasificadas como «portadores de enfermedades hereditarias» y en el asesinato de doscientos mil enfermos mentales y discapacitados, además de realizar miles de experimentos con los deportados que a menudo acabaron en muerte. Por todo ello pedían perdón a las víctimas, a los supervivientes, a los fallecidos y a sus familiares, esperando que estos hechos sirvieran como un aviso para el presente y el futuro.

Escribiendo en su *blog* para la cadena norteamericana MSNBC, Art Caplan, director del Centro de Bioética de la Universidad de Pennsylvania, dijo que no sabía si el perdón sería concedido, pero también que en la historia de las disculpas por crímenes y abusos cometidos en nombre de la Medicina, era la más importante hecha jamás: «No hace nada por suavizar el horror del Holocausto, pero culpa a quien corresponde y acaba con cualquier esfuerzo posterior por negar o confundir lo que realmente ocurrió».

Capítulo 14
La Conclusión Final

A día de hoy, contamos con la suficiente información como para albergar pocas dudas sobre el importante papel desempeñado por los médicos de la Alemania del Tercer Reich en la planificación y el desarrollo del proyecto nazi de eliminación de las vidas indignas de ser vividas. Como escribió Lenz en el número de octubre de 1933 de la revista médica *Klinische Wochenschrift:* «El núcleo de la comunidad médica alemana ha reconocido las demandas de la higiene racial alemana como suyas propias; la profesión alemana se ha convertido en la fuerza conductora para llevar a cabo dichas demandas». Además, es importante subrayar que estos médicos nunca fueron obligados a realizar esterilizaciones forzadas, ni a participar en los crímenes de T4, ni a seleccionar a los deportados, ni a participar en los experimentos médicos ni a asesinar por medio de las inyecciones intracardiacas de fenol. La higiene racial no fue impuesta por la fuerza al colectivo médico alemán, sino que fueron ellos mismos quienes recibieron con entusiasmo el ideal racial. Mitscherlich y Mielke opinaban que «si la profesión se hubiera opuesto, es probable que toda la idea […] del genocidio no se hubiera llevado a cabo».

Resulta muy tranquilizador pensar que los médicos somos diferentes al resto, que somos seres altruistas que hemos consagrado nuestras vidas al bienestar de nuestros semejantes, que la fórmula hipocrática con la que juramos abstenernos de toda intervención dañina o inútil nos obliga realmente. Pero lo que ponen de manifiesto las aberraciones cometidas por los médicos nacionalsocialistas es que, en las circunstancias adecuadas, un médico puede corromperse tan fácilmente como cualquier otro mortal. Pasados setenta y cuatro años del inicio de la Segunda Guerra Mundial y cuando se acaban de cumplir sesenta y nueve de la liberación del campo de exterminio de Auschwitz, estos acontecimientos pueden parecer a las nuevas generaciones pertenecientes a un pasado muy distante y hacerles creer que tan enorme perversidad nunca podría volver a darse. No obstante, sería un grave error dar por sentado que el declive del estándar médico en el Tercer Reich carece de todo significado para los debates bioéticos contemporáneos. Constituye una parte decisiva de la historia de la medicina, y muchos de los aspectos éticos presentes durante el período nazi, como las decisiones al comienzo y al final de la vida, los límites de la experimentación con humanos, la relación del médico con el Estado o la investigación genética, siguen presentes en la práctica médica diaria y no tienen fácil respuesta. Conocer el pasado y el papel jugado por los médicos nazis refuerza la necesidad de poner énfasis en la bioética y en la dignidad inherente a toda vida humana en el proceso de formación de todo profesional sanitario. Es necesario que este conocimiento se transmita a lo largo de los años y mantenga viva la memoria de todos aquellos cuya voz fue silenciada para siempre por culpa de una mala idea

llamada pomposamente eugenesia. No hay pasado muerto, ni hay crimen que no sirva de ejemplo. Ni nunca el olvido del mal ha hecho progresar el bien. Como reza una placa colocada a la entrada del Bloque 4 de Auschwitz I: «Quien olvida la historia está condenado a repetirla». ¿Quién se atrevería a refutar esta antigua y sabia máxima? El olvido del horror nazi forma parte del horror.

Sólo teniendo siempre muy presentes las catastróficas consecuencias de la complicidad entre poder totalitario y profesionales de la ciencia médica, las pesimistas palabras escritas en 1950 por François Bayle en su obra *Croix gammée contre caducée (La cruz gamada contra el caduceo)* se quedarán tan sólo en eso; en palabras:

> Cuando se encuentre por el mundo a un tirano comparable, pequeño o grande, que logre fanatizar a la juventud mediante una ideología tan idealista, falsa e inhumana, cuando esta ideología extirpe del pensamiento de sus poseedores toda noción religiosa (y moral), entonces renacerá lo peor. Unos médicos violarán otra vez la conciencia humana bajo pretextos científicos y utilitarios. Se iniciarán monstruosas investigaciones que no pudieron obtener resultados en Alemania, pero que se intentarán en otras partes; el Estado todopoderoso tomará sobre sí la responsabilidad y todo volverá a comenzar de nuevo.

Tampoco olvidemos la advertencia de Bertolt Brecht, el escritor que un día después del incendio del Reichstag huyó de Alemania para librarse de una muerte segura y cuyos libros, junto con los de otros veintitrés autores «antigermanos», fueron quemados en la Opernplatz de Berlín la noche del 10 de mayo de 1933. En el epílogo de su obra *La resistible ascensión de Arturo Uli,* explícita alegoría del nazismo, escribió: «Aprended a ver en lugar de mirar tontamente, a actuar en vez de hablar. Lo que habéis visto estuvo a punto de dominar el mundo aún no hace tantos años. Las naciones le enviaron donde pertenecen los de su clase. Pero no cantemos victoria antes de tiempo. ¡Aún es fértil el vientre del que salió la bestia!».

Bibliografía

ADAMS, Mark B. *The wellborn science: eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*. New York: Oxford University Press, 1990.

ALY, Götz; CHROUST, Peter; y PROSS Christian, (eds.). *Cleansing the fatherland: nazi medicine and racial hygiene*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994.

ANNAS, George J. y GRODIN, Michael A. (eds.). *The nazi doctors and Núremberg code. Human rights in human experimentation*. Oxford: Oxford University Press, 1992.

ARENDT, Hannah. *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: DeBolsillo, 2010.

ARMENGOU, Montse y BELIS, Ricard. *Ravensbrück. El infierno de las mujeres*. Barcelona: Belacqua, 2008.

BARÁIBAR LÓPEZ, Juan. *Libros para el Führer*. Barcelona: Inédita Editores, S. L., 2010.

BAUMSLAG, Naomi. *Murderous medicine: nazi doctors, human experimentation and typhus*. Westport, CT: Praeger Publishers, 2005.

BAYLE, François. *Croix gamée contre caducée. Les expériences humaines en Allemagne pendant la Deuxième Guerre Mondiale*. Neustadt: Imprimerie Nationale, 1950.

BENSOUSSAN, Georges. *Historia de la Shoah*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2010.

BERNADAC, Christian. *Los médicos malditos*. Barcelona: Luis de Caralt Editor, 1978.

BLACK, Edwin. *War against the weak: eugenic and America's campaign to create a master race*. New York: Basic Books, 2003.

BULLOCK, Alan. *Hitler* (2 vols.). Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1964.

BURLEIGH, Michael y WIPPERMANN, Wolfgang. *The racial state: Germany 1933-1945*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

BRYANT, Michael S. *Confronting the «Good Death»: nazi euthanasia on trial, 1945-1953*. Boulder, Co.: University Press of Colorado: 2005.

CAMARASA, Jorge. *Mengele. El Ángel de la Muerte en Sudamérica*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2008.

CAPLAN, Arthur L. *When Medicine went mad: Bioethics and the Holocaust*. Totowa, NJ: Humana Press Inc., 1992.

CARLSON, Elof Axel. *The Unfit: a history of a bad idea*. Cold Spring Harbor, NY: Cold Spring Harbor Laboratory Press, 2001.

CHESTERTON, G. K. *La eugenesia y otras desgracias*. Sevilla: Ediciones Espuela de Plata, 2012.

CHOROVER, Stephan L. *Del Génesis al genocidio*. Madrid: H. Blume Ediciones, 1982.

COHN, Norman. *El mito de la conspiración judía mundial. Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Madrid: Alianza, 1983.

DARWIN, Charles. *El origen de las especies por medio de la selección natural*. Barcelona: Editorial Bruguera, 1972.
—, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. Madrid: Edaf, 1972.
DUMONT, Jean. *Los médicos de la muerte* (3 vols.). Madrid: Círculo de Amigos de la Historia, S. A. Editores, 1975.
ENERGY DEPARTMENT'S OFFICE OF HUMAN RADIATION EXPERIMENTS. DISPONIBLE EN: HTTP: //WWW.OHRE.DOE.GOV/
FRIEDLANDER, Henry. *The origins of nazi genocide. From euthanasia to the final solution*. Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 1995.
FRITZSCHE, Peter. *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica, 2009.
GALLEGO, Ferrán. *De Múnich a Auschwitz*. Barcelona: Plaza&Janés Editores, S. A., 2001.
GELLATELY, Robert. *No sólo Hitler*. Barcelona: Crítica, 2002.
GOULD, Stephen Jay. *La falsa medida del hombre*. Barcelona: Crítica, 1997.
GUTMAN, Yisrael & BERENBAUM, Michael. *Anatomy of the Auschwitz death camp*. Bloomington, IN: Indiana University Press, 1994.
HARRIS, Sheldon H. *Factories of death: Japanese biological warfare, 1932-1945, and the American cover-up*. London: Routledge, 1994.
HILBERG, Raul. *La destrucción de los judíos europeos*. Madrid: Akal, 2005.
HILLEL, Marc. *En nombre de la raza*. Barcelona: Editorial Noguer S. A., 1975.
KATER, Michael H. *Doctors under Hitler*. Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 1989.
KERSHAW, Ian. *Hitler* (2 vols.). Barcelona: Ediciones Península S. A., 2004.
KEVLES, Daniel J. *In the name of eugenics. Genetics and the uses of human heredity*. Berkeley and Los Angeles: University of Carolina Press, 1985.
KOEHL, Robert Lewis. *Las SS. El cuerpo de élite del nazismo*. Barcelona: Crítica, 2009.
KOGON, Eugen. *El estado de las SS. El sistema en los campos de concentración alemanes*. Barcelona: Alba Editorial, 2005.
KOREN, Yehuda y NEGEV, Eliat. *In our hearts we were giants*. New York: Carroll&Graf Publishers, 2004.
KÜHL, Stefan. *The nazi connection. Eugenics, American racism, and German National Socialism*. New York: Oxford University Press, 1994.
KUNTZ, Dieter & BACHRACH, Susan (eds.). *Deadly Medicine: creating the master race*. Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 2004.
LAFLEUR, William R.; BÖHME, Gernot y SHIMAZONO, Susumu (eds.). *Dark medicine. Rationalizing unethical medical research*. Bloomington, IN: Indiana University Press, 2007.
LAGNADO, Lucette Matalon y DEKEL, Sheila Cohn. *Children of the flames: Dr. Josef*

Mengele and the untold story of the twins of Auschwitz. New York: William Morrow, 1991.
LARSON, Edward J. *Evolución. La asombrosa historia de una teoría científica.* Barcelona: Debate, 2006.
LEVI, Primo. *Trilogía de Auschwitz (Si esto es un hombre/La tregua/Los hundidos y los salvados)*. Barcelona: El Aleph, 2005.
LIFTON, Robert Jay. *The nazi doctors: medical killing and the psychology of genocide*. New York: Basic Books, 1986.
LONGERICH, Peter. *Heinrich Himmler. Biografía*. Barcelona: RBA Libros, 2009.
LOZANO, Álvaro. *La Alemania nazi*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2008.
MARZOUKI, Moncef. *La experimentación en el hombre. La otra cara de la medicina*. Madrid: Ediciones Júcar, 1981.
MITSCHERLICH, Alexander; MIELKE, Fred; y NORDEN, Heinz. *The doctors of infamy: the story of nazi medical crimes*. New York: Henry Schumann, 1949.
MORADIELLOS, Enrique. *La semilla de la barbarie. Antisemitismo y Holocausto.* Barcelona: Ediciones Península, 2009.
MÜLLER-HILL, Benno. *Murderous science: elimination by scientific selections of Jews, Gypsies and others in Germany,* 1933-1945. New York: Oxford University Press, 1988.
NADAV, Daniel. *Medicine and Nazism*. Jerusalem: The Hebrew University Magness Press, 2009.
NYISZLI, Miklos. *Auschwitz: A doctor's eyewitness account*. New York: Arcade Publising Inc., 1993.
OWEN, James. *Núremberg. El mayor juicio de la historia*. Barcelona: Crítica, 2009.
PADFIELD, Peter. *Himmler. El líder de las SS y la Gestapo*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2002.
PASTERNAK, Alfred. *Inhuman research. Medical experiments in German concentration camps.* Budapest: Akadémiai Kiadó, 2006.
POLIAKOV, Leon. *Auschwitz. Documentos y testimonios del genocidio nazi*. Barcelona: Ediciones de Occidente, 1964.
POSNER, Gerald L. y WARE, John. *Mengele. El médico de los experimentos de Hitler*. Barcelona: Editorial Planeta DeAgostini, 2006.
PRINGLE, Heather. *El plan maestro. Arqueología fantástica al servicio del régimen nazi*. Barcelona: Debate, 2007.
PROCTOR, Robert. *Racial hygiene. Medicine under the nazis*. Cambridge: Harvard University Press, 1988.
RAINER, Hans. *Los médicos asesinos*. Barcelona: Ediciones Rodegar, 1973.
REES, Laurence. *Auschwitz. Los nazis y la «Solución Final»*. Barcelona: Crítica, 2008.
—, *Los verdugos y las víctimas. Las páginas negras de la historia de la Segunda*

Guerra Mundial. Barcelona: Crítica, 2008.
RUBIO, Ana. *Los nazis y el mal. La destrucción del ser humano*. Barcelona: Editorial UOC, 2009.
RYBACK, Timothy W. *Los libros del Gran Dictador*. Barcelona: Ediciones Destino, S. A., 2010.
SALA, Rosa. *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona: Acantilado, 2004.
SARCINELLI, Franco. *Vida y muerte en los campos de concentración y de exterminio*. Barcelona: Editorial De Vecchi, 1973.
SEARLE, G. R. *Eugenics and politics in Britain 1900-1914*. Leyden, the Netherlands: Noordhoff International Publishing, 1976.
SHIRER, William L. *The rise and fall of the Third Reich*. New York: Simon&Shuster, 1960.
SPITZ, Vivien. *Doctors from hell. The horrific account of nazi experiments on humans.* Boulder, CO: Sentient Publications, 2005.
TESCHKE, John P. *Hitler's legacy. West Germany confronts the aftermath of the Third Reich*. New York: Peter Lang Publishing, Inc., 2001.
TORRES, Gregorio. *Diccionario del Tercer Reich*. Madrid: Tikal Ediciones, 2008.
WEIKART, Richard. *From Darwin to Hitler. Evolutionary ethics, eugenics, and racism in Germany*. New York: Palgrave MacMillan, 2006.
WEINDLING, Paul. *Health, race and German politics between national unification and Nazism, 1870-1945.* Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
WEINDLING, Paul Julian. *Nazi medicine and the Nuremberg trials. From medical war crimes to informed consent*. New York: Palgrave MacMillan, 2004.
WHITLOCK, Flint. *The beasts of Buchenwald. Karl&Ilse Koch, human-skin lampshades, and the war-crimes trial of the century*. Brule, WI: Cable Publishing, 2011.
WIESEL, Elie. *La noche*. Barcelona: El Aleph, 2002.
ZIMBARDO, Philip. *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S. A., 2008.